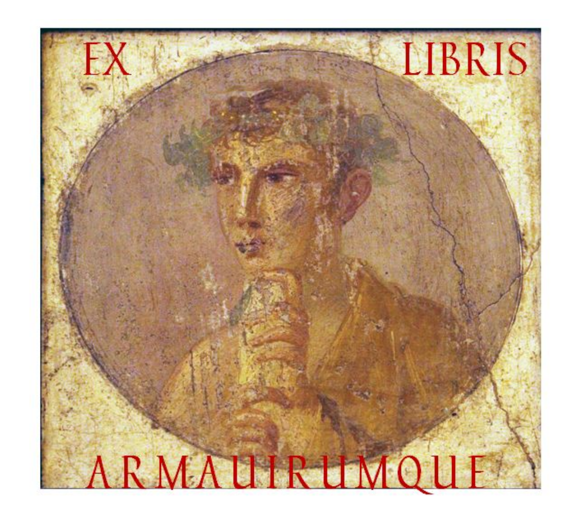
OBRAS

VOL. 3

Luciano de Samósata

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 138



LUCIANO

OBRAS

III

TRADUCCIÓN Y NOTAS POR
JUAN ZARAGOZA BOTELLA



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por PILAR MARTÍNEZ LASSO.

Depósito Legal: M. 14026-1990.

ISBN 84-249-1416-3.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1990. — 6334.

44

SOBRE LA DIOSA SIRIA

Obra cuya atribución a Luciano plantea dudas, ya que se considera escrita posteriormente. En ella Luciano imita a Heródoto en lenguaje y estilo, aunque sin pretender hablar por otra persona y no por sí mismo. Describe el famoso santuario de Atargatis en Hierápolis de Siria con un respeto que no podríamos esperar en un simpatizante de Epicuro y de los cínicos. Utiliza tanto su propia observación como la información que le dan los sacerdotes. Durante mucho tiempo se consideró espuria porque parecía contradictoria con los puntos de vista religiosos de Luciano y su supuesta tendencia a despreciar todo lo que no fuera clásico. En las últimas décadas la opinión se ha inclinado a su favor, y la mención por Galeno de un Luciano que imitaba a otro escritor jónico, Heráclito, puede considerarse decisiva.

Cualquiera que sea la conclusión que esto implique sobre sus creencias religiosas, sí es un triunfo para su capacidad de observación y su independencia de sus ascendientes clásicos. Se ha observado hace tiempo que algunos de sus detalles fueron confirmados por otros testimonios literarios, como Plinio el Viejo y Eliano, pero la evidencia arqueológica ha añadido mucho más. La «*Señal*» que cita como situada entre las imágenes de «Hera» y de «Zeus» la conocemos ahora por algunas representaciones. Su descripción de un espléndido manto del Sumo Sacerdote y la tiara de oro han sido confirmados por el relieve de la propia Hierápolis. Cuando cuenta cómo se cortó el cabello y lo ofrendó en un vaso de metal precioso, parece describir el mismo ritual

con el que un hombre de Citio en Chipre unos mil años antes se cortó el pelo y lo dedicó a Astarté en un vaso de arcilla.

Se mantiene el problema aparente de las contradicciones de Luciano en cuestiones de religión. Un recurso fácil es invocar la ironía y ver en su solemnidad una burla abierta o disimulada. Desde luego el humor está presente, y aunque parece principalmente dirigido al manierismo de Heródoto, afecta también al santuario, o más bien al narrador que toma tales cosas en serio: el efecto es completamente diferente cuando Arriano adopta el estilo de Heródoto para describir los espectáculos y la geografía de la India. Sin embargo, que ambos autores y algunos de los historiadores ridiculizados en el ensayo *Cómo debe escribirse la historia* pudieran imitar a Heródoto, sugiere que la burla no es el motivo principal de Luciano. Como un «asirio» culto, orgulloso de su ciudad nativa y de su origen étnico, contribuye tanto a impregnar el mayor santuario del norte de Siria con un aura herodotea como a llevarlo, como hizo Heródoto con las reliquias de Egipto, bajo el palio del helenismo y de la antigüedad.

El movimiento arcaizante de los siglos II y III tenía mucha relación con los cultos, y hombres eruditos investigaron las leyendas de las ciudades de la diáspora griega, tales como Egas en Cilicia. Luciano no pretende que el santuario de Atargatis sea otra cosa que bárbaro en su origen, pero explicando sus antigüedades a la manera de Heródoto fracasa en ello.

Luciano limita sus relatos únicamente a mitos, objetos y prácticas de culto, y los milagros menores a los que da crédito, como estatuas que sudan, la levitación y otros parecidos son únicamente una ligera concesión a las creencias populares.

El tratamiento que da Luciano a los oráculos, aunque implicado en el que da a los dioses, tiene distinto fin y carácter. Por lo general su escepticismo sobre los dioses es silencioso y su humor a sus expensas es amistoso. En cambio, la existencia de los oráculos la adscribe a las debilidades humanas, obra de la picaresca o de la credulidad. Su antipatía a los oráculos es fundamental en una de sus obras maestras, el ataque contra Alejandro de Abonutico, pero también está presente en algunas otras obras.

Hay en Siria una ciudad no muy distante del río Éufrates que se llama Sagrada, y está dedicada a la Hera de Asiria [1]; en mi opinión, la ciudad no tuvo este nombre desde el principio con su fundación, sino que antiguamente era otro y, más tarde, cuando surgieron los grandes santuarios de la diosa, llegó a esta denominación. Pues bien, referente a esta ciudad, me propongo decir cuanto hay en ella; hablaré también de las costumbres que siguen en sus ritos, las fiestas que celebran y los sacrificios que llevan a cabo. Voy a referirme también a los relatos que cuentan sobre los que establecieron el lugar sagrado y cómo tuvo lugar la construcción del templo. Escribo esto siendo asirio [2], y, de cuanto relato, una parte la vi personalmente y, en cuanto a la otra, recibí información de los sacerdotes, cuanto yo refiero anterior a mi propia época. 1

De cuantos hombres conocemos, los egipcios fueron 2
los primeros, según se dice, en tener el concepto de dioses, en crear santuarios y recintos consagrados y en establecer días festivos. Fueron los primeros que conocieron nombres sagrados y crearon relatos del mismo tipo. No mucho tiempo después los asirios oyeron a los egipcios relatos referidos a los dioses y levantaron santuarios y templos, en los que también colocaron imágenes y pusieron estatuas de madera [3]. Pero antiguamente, incluso entre los egipcios, los 3

[1] Se trata de Hierápolis, que significa en griego «ciudad santa» y en las monedas aparece como Hierópolis. Está situada al NO. de Alepo, a quince millas romanas del Éufrates y unas *ciento quince de Samósata*, lugar de nacimiento de Luciano. Se le dio el nombre de Hierópolis en tiempo de Seleuco Nicátor, pero no perdió su antiguo nombre sirio de Mabog. Luciano no la identifica, como hacen Filóstrato y Amiano, con la «antigua Nino».

[2] La confusión entre asirio y sirio se remonta a Heródoto, que dice que «sirio» es el equivalente griego del bárbaro «asirio» (HERÓD., VII 63).

[3] En su *Astrología,* Luciano atribuye igualmente a los egipcios priori-

templos carecían de estatuas, y hay en Siria templos casi tan antiguos como los egipcios, de los que he visto la mayor parte, y especialmente el de Heracles en Tiro, pero no del Heracles que los griegos celebran en sus cantos, sino que el que yo digo es mucho más antiguo y es el patrono de Tiro [4].

4 En Fenicia hay otro gran templo, que tienen los sidonios. Según ellos afirman, es de Astarté, y Astarté, en mi opinión, es la Luna [5]. Pero según me contó un sacerdote pertenece a Europa, hermana de Cadmo; me dijo que ésta era hija del rey Agenor y, cuando desapareció, los fenicios la honraron con un templo para su culto y contaban sobre ella un relato sagrado: debido a su hermosura Zeus la deseaba y, cambiando su aspecto por el de un toro, la raptó y con ella llegó a Creta. La misma historia se la oí también a otros fenicios, y la moneda que usan los sidonios tiene grabada a Europa sentada sobre el Toro Zeus, pero no reconocen que el templo sea de Europa [6].

---

dad sobre los caldeos en el estudio de las estrellas. En ambos casos, su punto de vista, sorprendente en un sirio, era corriente en su época, como puede comprobarse, por ejemplo, en Diodoro, I 9, 6.

[4] Se trata del dios Melkart. Los sacerdotes le contaron a Heródoto que el culto se estableció al fundarse la ciudad y que en su época (ca. 430 a. C.) tenía una antigüedad de dos mil trescientos años (Heród., II 44).

[5] El emperador Heliogábalo, que tomó nombre del dios asirio Elagábal, considerándose el sol, trajo a Astarté la Luna desde Fenicia y se casó con ella (Herodiano, V 6, 3-5). Pero ella no fue originariamente la Luna, y en Babilonia, como Istar, tenía como emblema una estrella, el planeta Venus.

[6] El templo contenía, al menos en época posterior, una pintura con el episodio de Europa (Aquiles Tacio, I 1). Esta historia está también localizada en Tiro, donde se enseñaba la casa de Agenor y el cenador de Europa (Arriano, *Anábasis* II 24, 2; Nonno, *Dionis.* XL 353 ss.), y en el s. viii el pueblo lloraba el rapto de Europa, en una fiesta llamada

Los fenicios tienen también otro templo no asirio, sino 5
egipcio, que llegó a Fenicia desde Heliópolis. Yo no lo he visto, pero también éste es grande y antiguo [7].

Vi también en Biblos un gran templo de Afrodita de 6
Biblos, en el que celebran ceremonias en honor de Adonis; también fui informado de estas ceremonias [8]. En efecto, ellos afirman que el suceso del jabalí referente a Adonis ocurrió en su propia tierra, y en recuerdo de esta desgracia cada año se dan golpes y se lamentan y celebran ceremonias y declaran grandes duelos en el país. Y cuando dejan de golpearse y de gemir, primero ofrecen sacrificios a Adonis como si hubiera muerto y luego, al día siguiente, cuentan que está vivo y lo sacan al aire y se afeitan las cabezas, como los egipcios cuando muere Apis [9]. Las mujeres que no quieren afeitarse, pagan la siguiente multa: en un día determinado se ofrecen para la venta de su belleza; el mer-

---

kakè opsinê. El nombre de Europa se considera griego; los testimonios no son suficientes para decidir si este mito es cretense o fenicio.

[7] En este templo de Heliópolis (Baalbek) se daba culto a un dios que originalmente parece que fue Hadad, pero luego, por sincretismo con el dios Sol y con el sirio «Apolo» fue adorado por todas partes como Júpiter Heliopolitano. El culto, dice Macrobio (*Saturn.* I 23, 10), vino de Heliópolis en Egipto a través de Asiria. La ambigüedad del griego de Luciano (para *hierón* sugiere «lugar santo») parece servir para dar a entender la divertida deducción de que el magnífico templo nuevo, mandado construir por Antonino Pío, fue transportado sin ayuda humana.

[8] Este templo, en el que había una piedra de betilo, está representado en monedas. Para los habitantes de Biblos su diosa era Baalat (Señora) y para otros semitas, Baalat Gebal (Señora de Biblos). Para ellos, Adonis era simplemente Adón (Señor), un nombre antiguo o quizá un epíteto.

[9] No hay motivos para suponer que estos ritos difieran en lo esencial de los ritos alejandrinos, tal como los describe Teócrito (final del idilio 15). Por él sabemos que Adonis volvió a la vida por un día, durante el cual se acostó con la diosa en el templo. Al día siguiente por la mañana las mujeres lo sacaron a la orilla del mar, y lo depositaron en las olas.

cado sólo está abierto a los extranjeros, y el sueldo se convierte en ofrenda a Afrodita [10].

7 Por otra parte, algunos hombres de Biblos afirman que Osiris el egipcio está enterrado entre ellos, y todos los duelos y las ceremonias se celebran en honor de Osiris y no de Adonis [11]. Voy a explicar el motivo por el que tienen estas creencias. Una cabeza llega cada año de Egipto a Biblos en una navegación de siete días y los vientos la llevan con gobernación divina. No tiene ninguna desviación, sino que arriba únicamente a Biblos; es todo maravilloso y ocurre cada año, como ocurrió estando yo presente en Biblos, y pude ver la cabeza de Biblos [12].

8 Todavía hay otra maravilla en la comarca de Biblos. Un río que se llama Adonis desemboca en el mar desde el monte Líbano. El río todos los años se pone rojo como la sangre y después de perder su color natural irrumpe en el mar y enrojece la mayor parte del litoral y señala el duelo a los de Biblos [13]. Cuentan que en estos mismos días

---

[10] Cf. Heródoto, I 199; *Deuteronomio* 23, 18, y *Epístola de Jeremías* 42.

[11] Los egipcios conocían Biblos desde la época del Imperio Antiguo y su diosa les impresionó profundamente. Estaba identificada con Hater al menos ya en el Imperio Medio y su historia contribuyó a dar forma al mito de Isis y Osiris. Cuando el cofre de Osiris fue lanzado al Nilo por Tifón, fue arrastrado al mar y de allí a Biblos, donde Isis lo encontró (Plutarco, *Isis y Osiris* 13 y ss.).

[12] El equívoco alude a que la cabeza era de papiro, hecha sin duda con una especie de cartón piedra, como una caja de momia. Por un comentario de Cirilo sobre *Isaías* 18 (Migne, 70, 441), sabemos de una vasija de barro que contiene una carta de las mujeres de Alejandría a las de Biblos en la que se dice que Afrodita había encontrado a Adonis. Podría haber algo en esta historia acerca del arrastre, ya que la corriente del Nilo desemboca cerca de la costa fenicia y es barro del Nilo lo que ciega los puertos fenicios.

[13] El río Adonis es el actual Nahr Ibrahim, a corta distancia al sur

Adonis es herido en el alto Líbano y su sangre al correr enrojece al río y da nombre a la corriente. Esto es lo que dice la mayoría. Pero a mí un hombre de Biblos, que parecía decir la verdad, me contó otra causa del suceso. Así me dijo: «El río Adonis, ¡oh, extranjero!, atraviesa el Líbano, y la tierra del Líbano es completamente rojiza; cuando se levantan en estos días vientos tempestuosos, arrastran hacia el río la tierra, que es como el bermellón, y la tierra lo hace sanguinolento. Y la causa de este suceso no es la sangre, como dicen, sino la tierra». Esto es lo que me dijo el de Biblos, y aunque sea cierto lo que contaba a mí me parece maravillosa la coyuntura del viento.

Subí también al Líbano desde Biblos en una jornada, 9
al enterarme de que allí había un antiguo santuario de Afrodita, que había mandado construir Cinires; vi el templo, y era antiguo [14].

Estos son los santuarios antiguos y grandes de Siria, 10
pero aun siendo tantos yo creo que ninguno es mayor que los de la Ciudad Sagrada, ni hay otro templo más santo ni otro territorio más sagrado. Hay también en él obras muy valiosas, ofrendas antiguas, numerosas maravillas y esculturas de la diosa en madera magníficas. Además, la

---

de Biblos. Una decoloración parecida está implícita en el cuento de Filón de Biblos en el que Urano era mutilado por Crono en algún sitio del interior, cerca de manantiales y ríos, a los que fluyó su sangre, y el sitio estaba todavía señalado (Müller, *Fr. Hist. Graec.* III, pág. 568). Cf. Pausanias, IV 35, 9.

[14] En Afaca, entre Biblos y Baalbek, en el nacimiento del Adonis, donde Adón fue enterrado y Baalat murió de pena. A principios del s. v una luz brillante que aparecía en el cielo convocaba a los fieles en momentos determinados y una laguna artificial daba presagios; las ofrendas eran arrojadas al agua y se hundían si la diosa era favorable, o permanecían a flote si les era adversa (Zósimo, I 58; cf. Sócrates, I 18).

divinidad se manifiesta evidentemente entre ellos, pues las esculturas de madera sudan por sí solas, se mueven y profetizan y con frecuencia surgió un grito en el templo cuando el recinto estaba cerrado y muchos lo oyeron. Y en cuanto a riqueza es el primero de los que yo conozco, pues les llega mucho dinero de Arabia y de los fenicios y babilonios y mucho también de Capadocia, más el que traen los cilicios y también los asirios. Yo vi el que está oculto en el templo, muchas vestiduras y otras cosas que se seleccionan por su plata o por el oro. Y fiestas y solemnidades ninguna otra comunidad humana ha organizado tantísimas como éstos.

11 Al preguntar yo cuántos años tiene el templo y qué diosa creen que es, contaban muchas historias, unas divinas, otras públicas, otras claramente fabulosas; unas eran de origen extranjero, otras coincidían con los griegos. Yo voy a contarlas todas, pero no acepto ninguna.

12 La mayor parte afirma que Deucalión el escita [15] fundó el santuario, el mismo Deucalión en cuyos tiempos ocurrió el gran diluvio. Acerca de Deucalión oí un relato que los griegos cuentan en su memoria. El relato es el siguiente:

Esta generación, la de los hombres de ahora, no es la primera, sino que aquélla pereció entera y ésta es la segunda generación, que, procedente de Deucalión, se multiplicó. Y de los primeros hombres cuentan lo siguiente: eran muy malvados y cometían actos impíos, ya que no respetaban los juramentos ni acogían a los extranjeros, ni amparaban a los suplicantes, por lo que les llegó la gran tribulación: al punto la tierra envió muchísima agua, se produje-

[15] Deucalión en el papel de un escita es una historia vieja, aunque puede haber un error en el texto, debido a un informador o a un escriba.

ron enormes lluvias, los ríos desembocaron crecidos y el mar creció muchísimo, hasta que todo se convirtió en agua y todos perecieron, excepto Deucalión, único mortal que quedó para la segunda generación por su buen consejo y su piedad. Su salvación fue como sigue: en una gran arca que tenía hizo embarcar a sus hijos y a sus mujeres y embarcó él mismo; al embarcar le llegaron cerdos, caballos, leones, serpientes y cuantos animales habitan en la tierra, todos por parejas. Él los aceptó a todos, y no le hacían daño, sino que entre ellos surgió una gran amistad por gracia divina; en una sola arca navegaron todos, mientras el agua se impuso. Esto es lo que cuentan los griegos sobre Deucalión [16].

De lo que ocurrió más tarde, hombres de la Ciudad 13
Sagrada cuentan un relato muy digno de admiración, cómo, en su territorio, se produjo una gran grieta que filtró toda el agua. Y Deucalión, cuando ocurrió esto, levantó altares y un templo sobre la grieta, consagrado a Hera [17]. Yo también vi la grieta, que está bajo el templo, y es muy pequeña. Ahora bien, no sé si antes era grande y ahora se quedó así, pero la que yo vi es pequeña.

Como recuerdo del acontecimiento hacen lo siguiente: dos veces al año llega agua del mar al templo; la traen, no sólo sacerdotes, sino toda Siria y Arabia y acuden al mar muchas personas de más allá del Éufrates, y todos traen agua; primero la vierten en el templo y luego va a caer en la grieta y ésta, aun siendo pequeña, admite una

---

[16] A pesar de la afirmación de Luciano, la historia es más semítica que griega.

[17] Cf. PAUSANIAS, I 18, 7...: «allí el suelo se abre hasta un codo, y dicen que por este lugar se filtró el agua después del diluvio que cayó en tiempos de Deucalión, y cada año arrojan allí harina de trigo mezclado con miel...», refiriéndose al recinto de Zeus Olímpico en Atenas.

gran cantidad de agua. Hacen esto asegurando que Deucalión estableció esta costumbre en el santuario, para que fuera recuerdo de la tribulación y del beneficio [18].

14 Tal es el antiguo relato entre ellos relativo al templo. Otros, en cambio, creen que Semíramis de Babilonia, de la que hay muchas obras en Asia, fue la que mandó hacer esta fundación, y no para Hera, sino para su propia madre, de nombre Derceto [19]. Yo vi una imagen de Derceto en Fenicia, extraña maravilla. La mitad era mujer, pero lo que va de los muslos a las puntas de los pies se extiende como una cola de pez [20]. En cambio, la imagen que hay en la Ciudad Sagrada es toda ella mujer y para ellos las garantías del relato no son totalmente evidentes. Consideran como cosa sagrada a los peces y nunca los tocan; comen toda clase de pájaros, pero sólo a las palomas no las comen, sino que para ellos son sagradas [21]. Y hacen esto a causa de Derceto y Semíramis, la primera porque Derceto tiene forma de pez, y la otra porque al final Semíramis se convirtió en paloma [22]. En lo que a mí respecta, puedo

[18] Más detalles de este rito en el capítulo 48. Pueden compararse también las Hidroforias de Atenas y la fiesta anual del vertido de agua en el Templo de Jerusalén en la Fiesta de los Tabernáculos. La representación no era meramente conmemorativa; el ofrecimiento de trigo y miel en Atenas era ctónico. En Hierópolis el objetivo era calmar a los espíritus, según Melito.

[19] Una leyenda de Ascalón hace de Semíramis la hija de Derceto y un joven sirio del que Afrodita (es decir, Astarté) hizo que Derceto se enamorara. Cf. Ctesias, citado por Diodoro Sículo, II 4.

[20] En época helenística, la diosa casi siempre se representa con figura humana.

[21] Véanse caps. 45 y 54 con sus notas correspondientes.

[22] Sobre la transformación de Semíramis en paloma, cf. Atenágoras, *Legat. pro Christ.* 76; Diodoro (II 4, 6) dice que la palabra Semíramis deriva del nombre de paloma en sirio.

aceptar que el templo sea obra de Semíramis, pero no puedo dejarme convencer de que esté consagrado a Derceto [23], pues también algunos egipcios se abstienen de comer pescado y esto no lo hacen por agradar a Derceto [24].

Hay otra historia sagrada que yo oí a un sabio, a sa- 15
ber, que la diosa es Rea y el templo fue obra de Atis. Atis era lidio de estirpe y fue el primero que instruyó en las ceremonias a Rea-Cibeles; todos los ritos que celebran los frigios, los lidios y los samotracios, los aprendieron de Atis. Pues bien, cuando Rea lo castró, dejó de vivir como un hombre, se transformó en una mujer, vistió indumentaria femenina y recorría toda la tierra celebrando ritos y contando lo que le había sucedido, mientras dirigía a Rea sus cánticos de plegaria. En estas circunstancias llegó a Siria y como las gentes de más allá del Éufrates no lo aceptaban ni a él ni a sus ceremonias, fundó el santuario en este lugar. Y la prueba de ello es que la diosa es muy parecida a Rea, pues la transportan leones, tiene un tambor y lleva una torre en su cabeza, como los lidios representan a Rea. También hablaba de los *galos* que hay en el templo, diciendo que los *galos* no rinden culto a Hera, sino a Rea-Cibeles e imitan a Atis [25].

---

[23] No está justificado el escepticismo de Luciano. PLINIO (V 81) y ESTRABÓN (XVI, pág. 785) estaban mejor informados. Atargatis es la versión griega de la forma 'Atar 'Ata (cf. PAULY WISSOWA, s. v. *Atargatis)*.

[24] En *Astrología*, cap. 7, Luciano explica esta conducta de los egipcios, dando como razón que están especialmente consagrados al signo Piscis. HERÓD., II 37, dice: «...comen de la carne ya cocida en los sacrificios, ...más el pescado es vedado para ellos...». También PLUTARCO, *Isis y Osiris* 7, 32, 72.

[25] Esta identificación de la diosa siria con Rea puede ser una leyenda de templo, o simplemente puede basarse en una semejanza real y en la presencia de *galos* en ambos cultos. Que la diosa sea de origen semítico o no semítico (hetita) es una cuestión aún no resuelta.

16 Pero, en mi opinión, todo esto tiene muy buena apariencia, pero no es verdadero, pues oí también otro motivo de la castración mucho más digno de crédito. Me gusta lo que cuentan acerca del santuario, que está muy de acuerdo con los griegos, en la creencia de que la diosa es Hera y el santuario obra de Dioniso, hijo de Sémele. Porque, sin duda, Dioniso llegó a Siria en el viaje que le llevó a Etiopía y hay en el templo muchas pruebas de su fundación por Dioniso, entre ellas vestiduras bárbaras, piedras preciosas de la India y colmillos de elefantes, que Dioniso trajo de Etiopía; hay en los propileos dos falos enormes en los que está inscrito lo siguiente: «Yo, Dioniso, ofrecí estos falos a mi madrastra Hera» [26]. En lo que a mí se refiere esto es suficiente, pero voy a decir también otra cosa que hay en el templo como ceremonial de Dioniso. Los griegos, en el culto a Dioniso, levantan falos, que sustentan sobre ellos hombres pequeños hechos de madera, con grandes vergas, y los llaman marionetas [27]; también hay de éstos en el templo; a la derecha del recinto está sentado un hombre pequeño de bronce con un gran miembro.

17 Esto es lo que cuentan sobre los fundadores del santuario. Ahora voy a hablar sobre la situación del templo, có-

[26] Estas columnas fálicas son descritas más adelante, en los caps. 28-29. La inscripción es demasiado personal para ser genuina; más bien parece una broma de Luciano, como la de *Historias verdaderas* I 7. Fueran o no originariamente fálicos, se usaban en tiempos de Luciano como «lugares elevados». *Vid.* más abajo.

[27] Véase Heródoto, II 48, sobre las marionetas egipcias, *agálmata neuróspasta:* «han inventado unos muñecos de un codo de altura, movibles por medio de resortes, que llevan por las calles las mujeres, moviendo y agitando obscenamente un miembro casi tan grande como el resto del cuerpo».

mo tuvo lugar y quién lo mandó hacer. Dicen que el templo actual no es el que se había construido primero, sino que éste se derrumbó posteriormente y el que ahora existe fue obra de Estratonice, mujer del rey de los asirios [28].

Yo creo que es la misma Estratonice de la que se enamoró su hijastro, al que delató el ingenio de su médico. En efecto, cuando le sobrevino el enamoramiento, perplejo por un mal que le parecía vergonzoso sufría calladamente, yacía sin tener ningún dolor, el color de su piel se le alteró por completo y su cuerpo día a día se debilitaba. El médico, cuando vio que no tenía ninguna enfermedad notoria, se dio cuenta de que estaba enfermo de amor; son muchos los síntomas de un amor secreto: mirada desvaída, la voz, el color de la piel, las lágrimas. Cuando lo comprendió hizo lo siguiente: con la mano derecha palpaba el corazón del jovencillo mientras hacía llamar a todos los de la casa; el muchacho se mantuvo muy tranquilo mientras entraban todos los demás, pero al llegar su madrastra se le mudó el color de la piel, empezó a sudar, le entraron temblores y el corazón le daba saltos. Lo ocurrido puso en evidencia para el médico el enamoramiento
del muchacho y lo curó de la siguiente manera: mandó 18
llamar al padre del chico, que estaba completamente asustado y le dijo: «El mal por el que está debilitado el muchacho, no es una enfermedad, sino un *pecado,* pues no sufre dolores, pero padece de mal de amor y de demencia. Desea lo que nunca alcanzará porque ama a mi mujer,

[28] Estratonice era hija de Demetrio Poliorcetes y esposa de Seleuco Nicátor, que la entregó posteriormente a su hijo Antíoco I Sóter, habido de una anterior esposa, Apama. La famosa historia que sigue la vuelve a contar también ampliamente PLUTARCO *(Demetrio* 38), con el relato de Antíoco enamorado de Estratonice.

a la que no pienso renunciar.» Así mentía el médico con astucia. Y el otro al punto le suplicaba: «Por tu sabiduría médica, no me destruyas a mi hijo, pues no incurrió en esta desgracia por su voluntad, sino que su enfermedad es involuntaria. Por ello no causes por despecho un sufrimiento a todo el reino ni asesines a la medicina siendo médico». Así suplicaba el Rey en su ignorancia. Y el médico le contestó: «Tratas de forzar una injusticia al intentar destruir mi matrimonio y extorsionar a un médico. ¿Qué hubieras hecho tú mismo si el muchacho deseara a tu esposa, y yo te hiciera la misma petición?». Y él a esto replicó que tampoco escatimaría a su mujer ni regatearía la salvación de su hijo, aunque estuviera enamorado de su madrastra, pues no era igual desgracia perder a la esposa que al hijo [29]. Cuando oyó esto el médico le dijo: «¿Qué me estás suplicando? Porque el muchacho desea a tu esposa, y lo que yo te dije era todo mentira». El Rey se dejó convencer por estas palabras y le dejó a su hijo la mujer y el reino, y él se dirigió al país de Babilonia, y fundó junto al Éufrates una ciudad a la que dio su propio nombre, donde también le sobrevino la muerte [30]. Así diagnosticó el médico el amor y lo curó.

19 Pues bien, esta Estratonice, cuando aún cohabitaba con su primer marido, tuvo un sueño en el que Hera le ordenó levantarle un templo en la Ciudad Sagrada y la amenazaba con grandes desgracias si desobedecía. Ella al principio no se tomaba ningún interés, pero más tarde le

[29] Cf. la famosa historia en HERÓDOTO, III 119, sobre la mujer de Intafernes, que antepuso su hermano al marido e hijos.

[30] Se sabe que Seleuco hizo a Antíoco partícipe del poder en el 293 a. C.; en el 281 pudo confiar toda el Asia a su hijo, con la pretensión de asumir él mismo el trono de Macedonia, pero, al cabo de pocos meses, fue asesinado por Tolemeo V Ceraunus cerca de Lisimaquia de Tracia.

sobrevino una grave enfermedad, le contó el sueño a su marido y trata de conciliarse con Hera, prometiendo levantarle el templo. Y al punto recobró la salud y el marido la envió a la Ciudad Sagrada, y con ella un gran tesoro y un numeroso ejército, lo uno para construir y lo otro por razones de seguridad. Mandó llamar también a uno de sus amigos, un joven bellísimo que se llamaba Combabo [31], a quien dijo: «Eres el amigo a quien más aprecio, por tu nobleza, y te elogio muchísimo por tu sabiduría y tu benevolencia hacia nosotros, que desde luego demostraste. Ahora necesito una persona de gran fidelidad y por ello quiero que acompañes a mi mujer para llevar a cabo una obra en mi nombre, ofrecer sacrificios y mandar el ejército. A tu regreso, tendrás una gran recompensa por nuestra parte».

Pero ante estas palabras, Combabo al punto le suplicaba con mucha insistencia que no lo enviara, ni le confiara el tesoro, que era demasiado para él, ni la mujer, ni la fundación sagrada. Combabo temía que sintiera posteriormente celos hacia él a causa de Estratonice, a la que iba a acompañar él solo. Pero como (el Rey) no se dejaba con- 20
vencer, le suplicó por segunda vez que le diera un plazo de siete días y que luego lo enviara, una vez que hubiera llevado a cabo algo de mucha necesidad. Cuando obtuvo el plazo sin esfuerzo, se dirigió a su casa y cayendo al suelo de rodillas se lamentaba con las siguientes palabras: «¡Desgraciado de mí! ¿Qué me importa esta confianza? ¿Qué me importa el viaje, cuyo desenlace ya presiento?

[31] El nombre Combabo se ha identificado con el del oponente de Gilgamés en la épica (Humbaba). Algunos creen que procede de un personaje histórico que humilló a Babilonia *ca.* 4000 a. C. Estratonice tiene un predecesor inmediato en Semíramis (AMIANO MARCELINO, XIV 6, 17).

Soy joven y voy a acompañar a una mujer hermosa, lo que para mí será una gran desgracia, a no ser que yo mismo elimine toda causa de daño; por ello tengo que llevar a cabo una gran acción, que me curará de todo miedo».

Después de pronunciar estas palabras, se castró: tras cortarse los órganos genitales, los puso en un pequeño vaso, con mirra, miel y otros perfumes; luego lo precintó con un sello que solía llevar y se curó la herida. A continuación, cuando creyó oportuno salir, se dirigió al Rey en presencia de muchos testigos, y al tiempo que le daba el vaso le dijo: «Señor, yo tenía este gran tesoro entre mis propiedades y lo estimaba muchísimo; ahora, en vista de que voy a hacer un gran viaje lo depositaré en tu poder; mantenlo seguro, pues para mí es más valioso que el oro y equivale a mi propia vida. Cuando regrese, lo recuperaré de nuevo intacto». El Rey lo aceptó, le puso otro sello y lo mandó guardar a sus tesoreros.

21 Combabo a continuación hizo el viaje sin problemas; al llegar a la Ciudad Sagrada se pusieron a construir el templo presurosamente y se les pasaron tres años con la obra, en los que ocurrió lo que Combabo temía, pues Estratonice al convivir mucho tiempo empezó a desearle y después se volvió completamente loca por él. Cuentan los de la Ciudad Sagrada que Hera fue la causante voluntaria de este suceso, que por una parte no ignoraba en absoluto que Combabo era un hombre honesto y por otra castigaba a Estratonice porque no había ofrecido el templo de buen grado.

22 Ella al principio se mostraba sensata y ocultaba su pasión, pero cuando el mal superó su tranquilidad de ánimo, se la veía consumida, andaba llorando todo el día, gritaba el nombre de Combabo y éste lo era todo para ella. Por último, no pudiendo soportar su desgracia, trata-

ba de encontrar una proposición con buena apariencia; se resistía a reconocer a otro su enamoramiento y a ella misma le daba vergüenza intentarlo. Entonces se le ocurrió la idea siguiente, emborracharse con vino y entablar una conversación con él. La franqueza entra con el vino y la desgracia ya no es totalmente vergonzosa, sino que todo lo que ocurre se olvida.

Tal como lo pensó, lo hizo. Cuando acabaron de cenar, ella acudió a las habitaciones en las que se alojaba Combabo, le suplicó abrazada a sus rodillas, y le confesó su amor. Pero él acogió sus palabras con aspereza, rechazó sus proposiciones y le reprochó su borrachera. Como ella le amenazara con hacerse un gran daño, Combabo temiéndolo todo le contó la historia, refirió toda su desgracia y puso en evidencia lo ocurrido. Al ver Estratonice lo que nunca hubiera esperado, desistió de su locura pero no olvidaba su amor, sino que acompañándole siempre, tenía este consuelo de su amor imposible. Este amor pervive todavía en la Ciudad Sagrada y aún ahora se celebra. Las mujeres desean a los *galos* y los *galos* se vuelven locos por las mujeres, pero nadie tiene celos, sino que creen que el asunto es completamente divino.

Pues bien, lo que ocurría en la Ciudad Sagrada en 23
relación con Estratonice no pasó en absoluto desapercibido al Rey, sino que muchos que venían acusaban y contaban lo sucedido. Muy afligido por estos hechos mandó llamar a Combabo desde la obra inconclusa. Otros cuentan un relato que no es cierto, que Estratonice, una vez que fracasó en su requerimiento, ella misma escribió a su marido acusando a Combabo de atentar contra ella, y lo que los griegos dicen sobre Estenebea y Fedra de Cnoso, eso es lo que los asirios cuentan respecto a Estratonice [32]. Yo

---

[32] La historia de José y la mujer de su amo (*Génesis* 39) sería en

no creo que Estenebea hiciera tales cosas, ni Fedra tampoco, si de veras deseaba a Hipólito. Pero dejemos que las cosas queden como están [33].

24 Y cuando la noticia llegó a la Ciudad Sagrada, y Combabo se enteró de la acusación, acudió confiado, porque su defensa había quedado en casa, y nada más llegar el Rey mandó encadenarlo y encerrarlo en prisión. A continuación, y en presencia de los amigos que había cuando envió a Combabo, le hizo comparecer y le acusó de adulterio y libertinaje; con gran dolor se lamentaba echándole en cara su confianza y su amistad, afirmando que era tres veces culpable, por ser un adúltero, quebrantar su lealtad y ser impío con la diosa en cuyo santuario había cometido su delito. Y muchos de los presentes le censuraban porque los habían visto juntos públicamente. Por último, todos opinaron que Combabo debía morir inmediatamente, porque había cometido acciones merecedoras de muerte.

25 En todo este tiempo, él se había mantenido en silencio. Pero cuando ya era conducido a la muerte habló y pidió su tesoro, afirmando que el Rey no lo hacía matar ni por la ofensa ni por el adulterio sino porque quería poseer lo que le había dejado al marcharse. Ante esto, el Rey mandó llamar al tesorero y le ordenó traer lo que le había dado para que lo guardara. Cuando lo trajo, Combabo rompió el sello, mostró lo que había allí y lo que a él mismo le había pasado, y dijo: «Señor, temiendo que me ocurriera esto, cuando me enviaste a este viaje yo fui contra mi voluntad y como me vi muy obligado por ti, hice esto, noble

este caso un paralelo más adecuado. Con ambos se compara el menosprecio de Istar por Gilgamés en la épica.

[33] Esta frase parodia a HERÓD., II 28, y otras parecidas: *taûta mén nyn éstō hōs ésti te kaì hōs archḗn egéneto.*

para mi Rey pero desgraciado para mí. Aun encontrándome en tal situación, se me acusa de un pecado viril».

El Rey, asombrado ante estas palabras, le abrazó y llorando le dijo: «Combabo, ¿cómo te infligiste tan gran daño? ¿Por qué te hiciste a ti mismo algo tan vergonzoso y que nadie hizo? Yo de ningún modo lo apruebo. ¡Desdichado! que tuviste valor para hacer lo que ojalá no hubieras sufrido ni yo lo hubiera visto, porque yo no necesitaba esta defensa; pero puesto que un dios así lo quiso, en primer lugar conseguirás de mí una venganza, la muerte de los propios delatores, y después te llegará una gran recompensa, abundante oro, una cantidad inmensa de plata, vestiduras asirias y caballos regios. Podrás comparecer ante mí sin que nadie te anuncie, ni te apartará nadie de mi presencia, aunque esté acostado con mi mujer»[34].

Tal como dijo, así lo hizo; aquéllos fueron llevados a la muerte y a él se le ofrecieron regalos y la amistad se iba haciendo mayor. Parecía que ningún asirio se podía comparar con Combabo en sabiduría y felicidad.

Y a continuación, al solicitar que se le permitiera ter- 26
minar las obras que faltaban en el templo —ya que lo había dejado incompleto— de nuevo fue enviado, acabó el templo y quedó allí en lo sucesivo. El Rey le concedió por su virtud y buena actuación que su imagen en bronce se instalara en el santuario. Y aún ahora en su honor hay un Combabo de bronce en el templo, obra de Hermocles de Rodas, con forma de mujer, pero con indumentaria varonil[35].

---

[34] Clara reminiscencia de Heród., III 84 y 118, con el significativo cambio de *ḕn mḕ gynaikí* a *oud'ēn gynaikí*.

[35] Hermocles de Rodas sólo es conocido por este pasaje; su nombre debió de conservarse por una inscripción en la estatua, restauración a su vez de otra más antigua del supuesto iniciador de los *galos* y posible

Se cuenta que sus mejores amigos, para consolarle de su desgracia se solidarizaron con su mutilación, se castraron y llevaban la misma vida que él. Otros mezclan a los dioses en el asunto, afirmando que Hera por amor a Combabo dio a muchos esta idea de la mutilación, para que
27 no sufriera él solo por su falta de virilidad. Lo cierto es que una vez que se estableció esta costumbre, aún hoy se mantiene y cada año son muchos los que se castran en el templo y se hacen como mujeres, ya sea para consolar a Combabo o para ser gratos a Hera. Desde luego se castran, pero ya no llevan indumentaria masculina sino que suelen vestirse con ropas femeninas y desempeñan actividades femeninas. Según oí decir, también la causa de ello se atribuye a Combabo, pues le ocurrió lo siguiente: una mujer extranjera acudió en peregrinación y al ver su hermosura, cuando todavía llevaba indumentaria masculina, sintió un gran amor, pero al saber posteriormente que estaba castrado, se mató. Ante ello, Combabo, desmoralizado por su fracaso en amor, se puso indumentaria femenina, para que ninguna otra mujer sufriera la misma decepción. Ésta es la razón de la indumentaria femenina de los *galos* [36].

Ya he hablado bastante de Combabo. Mencionaré de nuevo a los *galos* en otro relato posterior [37], hablando de

---

fundador del templo, que se instaló coincidiendo con la restauración del mismo por el Seleúcida.

[36] Teniendo en cuenta que Combabo es un nombre antiquísimo y la historia del templo le adjudica a él y no a Atis el origen de los *galos;* puesto que Atis no aparece en el culto según Luciano, es muy dudoso que los *galos* sean una importación seléucida de Frigia. Puede haber una conexión entre Combabo y Cibebos *(galo),* Cibebe (la diosa Cibeles). No puede ser mera coincidencia que Ku(m)baba sirva a Ata en Siria, mientras en Frigia Atis sirve a Cibebe.

[37] Caps. 50-53.

la forma en que se castran y de la clase de enterramiento que emplean y por qué razón no entran en el templo. Pero primero deseo hablar de la situación del templo y su tamaño, y ya voy a hacerlo.

El lugar mismo en el que está consagrado el templo 28 es una colina; se encuentra aproximadamente en el centro de la ciudad y está rodeado de doble muro; uno de los muros es antiguo y el otro no muy anterior a nuestro tiempo. El atrio del templo está orientado al Norte y tiene una extensión como de cien brazas. En él también están los falos que colocó Dioniso, y éstos tienen una altura de trescientas brazas [38]. A uno de estos falos sube un hombre dos veces cada año y permanece en lo alto del falo siete días. El motivo de su ascensión se dice que es el siguiente: la mayoría cree que en la altura conversa con los dioses y pide bienes para toda Siria, y ellos desde cerca oyen sus plegarias [39]. Otros, en cambio, creen que esto se hace por Deucalión, como recuerdo de aquella calamidad, cuando los hombres subieron a los montes y a los árboles más altos, aterrorizados por el gran diluvio. A mí esto no me parece convincente; opino que también esto lo hacen por Dioniso y mis conjeturas se basan en lo siguiente: en los falos que levantan para Dioniso ponen hombres de made-

[38] Algunos reducen estas medidas a la décima parte a ojo de buen cubero, pero estos detalles poco importantes justifican la tendencia de Luciano a la parodia.

[39] Ésta es evidentemente la razón verdadera y no las que le siguen. Es propio de la psicología semítica creer que los dioses pueden oír mejor si están al alcance de la mano, pero el uso de una montaña o zigurat o el techo de una casa, no presenta evidencias en la Siria primitiva. Fue tal vez el recuerdo de este extraño rito lo que llevó a Simeón el Estilita a subir a su columna cuatro siglos después en un lugar no muy al oeste del antiguo templo de la diosa siria.

ra, pero no voy a decir por qué razón [40]. Sin embargo, me parece que también este individuo sube al falo imitando al hombre de madera.

29 Su ascensión es así: con una pequeña cadena se abraza al falo; a continuación va subiendo sobre piezas de madera adheridas al falo, de una medida que corresponde a la punta del pie. Al mismo tiempo que va subiendo, va lanzando hacia arriba la cadena a ambos lados, como si estuviera llevando unas riendas. Si alguien no ha visto esto, ha visto, en cambio, a los que suben a las palmeras, sea en Arabia o en Egipto o en cualquier otro lugar, y entiende lo que digo [41].

Cuando ha llegado al final de su camino, suelta otra cadena que lleva consigo, esta vez larga, y arrastra hacia arriba lo que desea, leños, vestidos y utensilios con los que se construye un alojamiento a la manera de un nido, y allí permanece el número de días que dije. Muchos acuden y llevan oro y plata, otros bronce, lo depositan ante su vista y se marchan, diciendo cada uno su nombre. Otro que está al lado lo comunica al de arriba y éste al recibir el nombre reza por cada uno y al mismo tiempo hace sonar un instrumento hecho de bronce, que al moverse produce un sonido fuerte y áspero [42]. Nunca duerme, porque si el sueño le vence alguna vez, sube un escorpión, le des-

---

[40] Cf. HERÓD., II 48, y el *hieròs lógos.* La explicación que Luciano considera es probablemente la historia de Prósimno en CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protréptico* II 29-30.

[41] PLINIO cita *(H. N.* XIII 29) este procedimiento para subir a las palmeras.

[42] Muy probablemente es un sistro de bronce, como los fragmentos encontrados en Fenicia. Su finalidad era ahuyentar a los malos espíritus, que, como dice Luciano en otro pasaje, emprenden el vuelo si oyen un sonido metálico.

pierta y le hace daño. Éste es el castigo por dormirse[43]. En cuanto a lo que dicen del escorpión, son relatos sagrados y tienen buena apariencia, pero no puedo decir que son auténticos; en mi opinión contribuye mucho a la vigilia el miedo a caerse.

De los escala-falos ya se ha dicho bastante. El templo 30
está orientado a Levante. El aspecto de la fábrica es como el de los templos que hacen en Jonia. Destaca del suelo una gran base de dos brazas de altura, sobre la que está situado el templo. El acceso se ha hecho de piedra, no muy grande. Al subir, presenta un magnífico espectáculo el atrio del templo, provisto de puertas de oro; por dentro, la nave resplandece por la abundancia de oro y el artesonado es todo de oro. Exhala un olor divino, como el que se dice del país de Arabia y desde lejos al subir te envuelve un aroma buenísimo; cuando te marchas de nuevo, no te abandona sino que tu ropa retiene por mucho tiempo el perfume y tú lo recordarás para siempre.

Por dentro el templo no es simple, sino que en él se 31
ha construido otro aposento y el acceso a éste es pequeño; no está equipado con puertas, sino que todo él está abierto al exterior. Ahora bien, al gran templo entran todos, pero al aposento sólo los sacerdotes, y ni siquiera todos los sacerdotes, sino los que están más próximos a los dioses y los que tienen a su cargo todo el cuidado del templo. En el aposento están entronizados Hera y el que aun siendo Zeus ellos llaman con otro nombre[44]; ambos son de oro

---

[43] El escorpión tiene posiblemente un significado especial; no sólo aparece con frecuencia en los sellos babilónicos y después en los signos del Zodíaco, sino también en la épica de Gilgamés, donde la montaña en la que el sol se pone está custodiada por un hombre y una mujer escorpión.

[44] El otro nombre, el verdadero, es Hadad, dios del relámpago y de

y ambos están sentados, pero mientras a Hera la conducen leones, el otro está sentado sobre toros [45].

32 Desde luego, la imagen de Zeus se parece en todo a Zeus; en la cabeza, en las vestiduras, en el trono y ni aun queriéndolo podrías compararla con otra. En cambio, si contemplas a Hera, te parecerá que tiene muchas semblanzas; en conjunto, a decir verdad, es Hera, pero tiene también algo de Atenea, de Afrodita, de Selene, de Rea, de Ártemis, de Némesis y de las Parcas [46]. En una mano tiene el cetro, en la otra una rueca, y sobre la cabeza lleva rayos solares y una torre, además del cinturón bordado, con el que únicamente adornan a Afrodita. Por fuera se la ha rodeado de oro y piedras muy preciosas, unas blancas, otras como de agua, muchas vinosas, muchas ígneas y además muchos ónices de Sardes, numerosos jacintos y esmeraldas, que traen los egipcios, los indios, etíopes, medos, armenios y babilonios. Pero yo voy a contar lo que es más digno de consideración: lleva una piedra sobre la cabeza, esta piedra se llama «lámpara» y la coincidencia de la ac-

---

las aguas (lluvias e inundaciones), conocido desde tiempos muy antiguos por los semitas, en el pueblo de Mitani con el nombre de Teshub y en el de los hititas, en cuyos monumentos destaca, con el hacha y el trueno como atributos. Representa no sólo a Júpiter Heliopolitano, sino también a Júpiter Doliqueno. Como su identificación con Júpiter era inevitable, su esposa fue identificada como Juno.

[45] Las monedas confirman la aseveración de Luciano: Atargatis aparece a veces cabalgando sobre un león y otras en un trono entre dos de ellos; Hadad está sentado entre dos bueyes.

[46] Cf. Plutarco, XVII 6: «Y el primer signo de advertencia le llegó de esta misma diosa, a quien unos llaman Venus... y después su padre cayó sobre él». La identificación con Afrodita, que se produce en inscripciones de Delos, se debe a su aspecto de Astarté. Para Luciano, la idea le viene sugerida por el famoso *cestus* (cinturón). Lo que sugerían las otras diosas no parece claro en el caso de Atenea o de Némesis. Los rayos indican a Selene, la rueca a Ártemis y el cetro a las Parcas o Moiras.

ción le da nombre. De ella por la noche surge un gran resplandor, hasta el punto de que por debajo todo el templo queda iluminado como por lámparas; en cambio, durante el día la luz se debilita, pero mantiene un aspecto completamente ígneo [47]. Hay otra cosa admirable en esta escultura: si la miras estando de frente, ella te mira a ti y cuando tú cambias, te sigue su mirada; si otro la mira desde otra parte, le ocurrirá lo mismo que a aquél.

En medio de ambas, hay otra escultura de oro, que 33
no se parece en nada a las otras imágenes. No tiene carácter propio pero presenta aspectos de otros dioses. Los propios asirios la llaman «Señal», pero no le pusieron ningún nombre propio, y ni siquiera hablan de su origen o su aspecto. Unos creen que es de Dioniso, otros de Deucalión, otros de Semíramis; efectivamente, como en su parte superior hay una paloma de oro, precisamente por eso dicen que es una señal de Semíramis. Viaja dos veces cada año al mar para lo del transporte del agua a que me referí [48].

En el templo mismo, entrando a mano izquierda hay 34
en primer lugar un trono de Helios, pero no hay una imagen del mismo, ya que únicamente de Helios y de Selene no exponen imágenes. También pude yo enterarme de la razón de esta costumbre. Dicen que es lógico hacer esculturas de los otros dioses, pues sus aspectos no son visibles

---

[47] Cf. HERÓD., II 44, sobre la gran columna de esmeraldas en el templo de Melkart en Tiro. DIODORO, III 39, 8; da fe del poder del topacio.

[48] Esta «Señal» *(sēmêion)* es una interpretación errónea del nombre de una diosa, Simi, Semea. El nombre también figura en el mito de Semíramis-Derceto, porque el superintendente real se llama Simmas. Nótese que la figura tiene una paloma en su cabeza; una glosa talmúdica, citada por Drusio, dice: *Samaritanus circumcidit in nomine imaginis columbam referentis quam inventam in vertice montis Garizim certo quodam ritu colunt.*

para todos. En cambio, Helios y Selene son absolutamente evidentes y todos los ven. ¿Qué motivo habría entonces para hacer esculturas a los que se manifiestan en el aire?

35 A continuación de este trono hay una escultura de Apolo, pero no como suele presentarse; en efecto, todos en general consideran a Apolo como un joven y lo representan adolescente, mientras que sólo éstos muestran una escultura de Apolo con barba. Al hacer esto se congratulan, pero censuran a los griegos y a cuantos rinden culto a Apolo considerándolo como un niño. La razón es la siguiente: ellos creen que es una gran insensatez hacer imperfectas las imágenes a los dioses, y creen que la juventud es aún imperfecta. Todavía introducen otra novedad en su Apolo: son los únicos que adornan a Apolo con vestiduras [49].

36 Sobre sus actividades puedo decir muchas cosas, pero diré lo más digno de admiración. En primer lugar, mencionaré el oráculo. Hay muchos oráculos entre los griegos, muchos también entre los egipcios, también en Libia y en Asia hay muchos, pero estos oráculos no dan respuestas sin sacerdotes ni profetas; en cambio, él se mueve solo y lleva personalmente la adivinación hasta el final, por el siguiente procedimiento: cuando está dispuesto a pronunciar oráculos, primero se mueve en su trono y los sacerdotes lo levantan al punto; si no lo levantan, él se pone a

---

[49] Apolo es Nebo, cuya estatua, barbada y vestida, puede verse en el British Museum. Nebo era muy favorecido por Semíramis y más tarde por Antíoco Sóter, que reconstruyó su templo de Borsipa en el 268 a. C. Macrobio describe una estatua suya probablemente posterior, pues aunque lleva barba y está vestida, como en tiempos de Luciano, tenía un *calathus* en la cabeza, una lanza rematada con una figurilla de la victoria en su mano derecha y una flor en la izquierda, una coraza en su cuerpo y sobre ella una égida con serpientes, así como dos águilas junto a ella (MACR., *Saturn.* I 17, 67-70).

sudar y todavía se mueve más. Y cuando lo trasladan, colocándose ellos debajo, los lleva por todas partes dando vueltas y saltando de uno a otro. Por último, el Sumo Sacerdote se pone frente a él y le hace preguntas sobre todas las cosas. Y él, si no quiere hacer algo, retrocede, pero si lo aprueba, arrastra a sus porteadores hacia adelante, como si llevara las riendas [50]. Así reúnen sus vaticinios, y no llevan a cabo sin él ninguna actividad sagrada ni particular. Él les habla del año y de sus estaciones, aunque no le consulten. También habla de la Señal, diciendo cuando debe hacer el viaje al que me referí.

Voy a hablar también de otra cosa que hizo estando yo 37
presente. Los sacerdotes lo llevaban en alto y él los dejó abajo en tierra y se movía por el aire por su propia cuenta.

A continuación de Apolo, hay una escultura de Atlas, 38
y, más allá, de Hermes y de Ilitia [51].

Así es como está decorado el interior del templo. En 39
el exterior hay un gran altar de bronce, y hay también incontables esculturas de bronce de reyes y de sacerdotes. Voy a enumerar las que son más dignas de mención. A la izquierda del templo hay una escultura de Semíramis, señalando al templo con su mano derecha, y fue erigida por la siguiente razón: había ordenado ésta a todos los habitantes de Siria que le rindieran culto como diosa y se

[50] En Heliópolis, Júpiter Heliopolitano, después de absorber a Apolo, daba oráculos muy parecidos (Macrobio, *Saturn.* I 23, 13 y ss.). Lo mismo hizo Amón en su gran santuario libio. Diodoro nos cuenta el procedimiento de consulta cuando Alejandro lo consultó (Diodoro, XVII 50-51). Actualmente se le atribuyen poderes parecidos a la Virgen de Phaneromene (Salamina).

[51] Es, muy probablemente, la misma trinidad semítica de divinidades, con otros nombres y otras manifestaciones. Atlas podría ser Hadaranes, Hermes sería en el fondo Nebo, y por fin Ilitia sería Mylita.

desentendieran de los otros dioses, incluida la propia Hera. Así lo hicieron, pero más tarde, al sobrevenirle enfermedades, desgracias y sufrimientos de origen divino, desistió de aquella locura, reconoció que era mortal y ordenó a sus súbditos que se convirtieran nuevamente a Hera. Por ello está todavía así, indicando a los visitantes que rindan culto a Hera y reconociendo que es ésta y no ella la diosa [52].

40 Vi también allí una imagen de Helena, de Hécuba, de Andrómaca, de Paris, de Héctor y de Aquiles. Vi también una imagen de Nireo, el hijo de Aglea, y a Filomela y Procne todavía mujeres, y al propio Tereo como pájaro, y otra imagen de Semíramis y de aquel Combabo que mencioné, y una muy hermosa de Estratonice, y de Alejandro muy parecida a él, y junto a éste Sardanápalo, con otra forma y otra indumentaria [53].

41 En el patio pacen en libertad grandes bueyes, caballos, águilas, osos y leones, que no hacen ningún daño a las personas, sino que todos son sagrados y están domesticados [54].

42 Han acogido a muchísimos sacerdotes, una parte de los cuales hacen los sacrificios, otros ofrecen las libaciones, otros se llaman igníferos y otros sacerdotes del altar. En mi presencia, accedieron al altar más de trescientos. Su vestidura es completamente blanca y llevan en la cabeza un bonete de fieltro puntiguado [55]. Un Sumo Sacerdote

---

[52] Podría ser cierta esta leyenda en parte, pues Semíramis recibe realmente culto en Carchemish, justo al norte de Hierápolis.

[53] Es decir, con figura y vestimenta de mujer.

[54] Los animales sagrados eran una característica común de los templos con atrio. Platón presenta bueyes sagrados en su utópica Atlántida (*Critias* 119d).

[55] Cf. DARAMBERT-SAGLIO, *Dict. des Ant.*, s. v. *Syria-Dea*, y nota siguiente.

nuevo se presenta cada año y sólo él va vestido de púrpura y se ciñe con tiara de oro [56].

Hay también otra multitud de hombres sagrados, flau- 43
tistas, tocadores de zampoña y *galos,* y mujeres furiosas y enloquecidas.

Dos veces al día se celebra un sacrificio, al que todos 44
acuden; a Zeus le ofrecen sacrificios en silencio, sin cantar ni tocar las flautas, pero cuando sacrifican a Hera, cantan, tocan la flauta y repican las castañuelas. Sobre esto, no me pudieron decir nada seguro.

Hay también allí un lago, no muy lejos del templo, 45
en el que se crían muchos peces sagrados de muchas clases; algunos son muy grandes; tienen incluso nombres y acuden si se les llama. Cuando yo estaba allí, había uno entre ellos con adornos de oro; en su aleta había una joya de oro; yo lo vi muchas veces y tenía la joya [57].

El lago tiene mucha profundidad; yo no lo exploré, 46
pero dicen que tiene más de doscientas brazas. En medio de él hay un altar de piedra; a primera vista podrías creer que flota y nada en el agua, muchos lo creen así, pero yo creo que una gran columna colocada debajo lo soporta. Siempre está coronado con guirnaldas y se sienten los perfumes; muchos acuden todos los días a nado, con coronas, para sus plegarias [58].

---

[56] Monedas de Hierópolis del s. IV a. C. muestran al gran sacerdote Abd-Hadad con el atavío aquí descrito. Cf. HERODIANO, V 3, 6 (indumentaria de Heliogábalo); DIÓN CASIO, LXXIX 11; ATENEO, V 215.

[57] PLINIO, *H. N.* XXXII 17: «En Hierápolis, Siria, en el lago de Venus los peces obedecen las órdenes verbales de los *aeditui;* cuando les llaman acuden con sus ornamentos dorados; demuestran afecto y se dejan acariciar *(adulantes scalpuntur),* y abren sus bocas para que la gente meta la mano en ellas».

[58] GRUPPE *(Gr. Myth. u. Religionsgeschichte,* pág. 813) relaciona esta

47 Se celebran allí también grandísimas peregrinaciones, que se llaman descensos al lago, porque en ellas todos los dioses bajan al lago, y entre ellos Hera es la primera que llega, a causa de los peces, en la idea de que Zeus no los vea primero, porque si esto ocurre, se dice que todos los peces mueren. Y efectivamente él se acerca para verlos, pero ella se pone delante y se lo impide, y con súplicas insistentes lo despide [59].

48 Son magníficas las fiestas que suelen celebrar junto al mar, aunque yo no puedo decir nada seguro sobre ellas, pues ni acudí personalmente ni tengo experiencia sobre ellas, pero lo que hacen al llegar lo vi y voy a contarlo. Cada uno lleva un vaso lleno de agua; estos vasos están sellados con cera, pero no desprecintan ellos esta cera y luego vierten al agua, sino que hay un Gallo sagrado [60] que habita en el lago, el cual, una vez que ha recibido de ellos los vasos e inspeccionado el precinto, reclama una tasa, rompe el precinto y levanta la cera. Por este procedimiento reúne el Gallo muchas minas. A continuación llevan al templo sus vasos, ofrecen las libaciones, hacen sus sacrificios y se marchan.

49 Celebran la más importante de todas las fiestas que yo conozco al principio de la primavera y la llaman unos fiesta del fuego y otros de la antorcha. Hacen un sacrificio de la manera siguiente: cortan grandes árboles y los ponen en el patio, hacen llevar a continuación cabras, ovejas y otras reses vivas y las cuelgan de los árboles; añaden aves,

---

isla «flotante» con la isla santa de Tiro, la isla flotante de Chemmis en la marisma de Buto, y con las historias griegas de Delos y Patmos.

[59] El rito del descenso al agua *(katábasis,* semítico *yerid)* era común en toda Siria... Su objeto era hacer brotar de nuevo los manantiales de agua y atraer la lluvia (PAULY WISSOWA, s. v. *Hadad).*

[60] Según Dussaud, no se trata de un Gallo, sino de un superintendente.

vestidos y joyas de oro y plata, y, una vez que lo tienen todo completo, ponen las imágenes de los dioses en torno a los árboles, prenden fuego y todo arde [61]. A esta fiesta acuden muchas gentes procedentes de Siria y de los países circunvecinos y todos llevan sus propios objetos sagrados y todos tienen distintivos hechos a semejanza de éstos.

En días determinados la multitud se concentra en el 50
templo, y muchos *galos*, y los hombres religiosos de los que hablé celebran sus ritos, se sajan los brazos y se golpean unos a otros en las espaldas [62]. Muchos que están junto a ellos tocan la flauta, hacen sonar tambores, otros entonan cánticos divinos y sagrados, pero todo ello se celebra fuera del templo, y no entran en el recinto cuantos intervienen en tales actos.

En estos mismos días se hacen *galos*. En efecto, mien- 51
tras los otros tocan las flautas y celebran sus ritos, la locura furiosa ya se ha apoderado de muchos, y muchos que habían acudido al espectáculo, a continuación hicieron lo siguiente. Voy a describir también lo que hacen: el joven a quien se le ha reservado esta misión, después de arrojar sus vestidos se dirige al medio con grandes voces y se apodera de una espada, que está allí, en mi opinión, desde hace muchos años, con este objetivo. Nada más cogerla, se castra y corre por la ciudad, llevando en sus manos lo

---

[61] Pueden considerarse celebraciones paralelas las llamadas fiestas de Mayo en distintos países del Occidente europeo, incluida España, o la costumbre de Tarso de levantar una pira a imagen del dios Sandan y prenderle fuego. En la épica de Gilgamés, Humbaba es presentado por Bel como vigilante de los cedros, y los árboles sagrados todavía tienen ofrendas colgadas de ellos.

[62] Vid. *Reyes* I 18, 26-28: «Y ellos clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos».

que cortó; y en la casa a la que haya arrojado sus partes, recibe de ella vestiduras y aderezos femeninos. Esto es lo que hacen en sus castraciones.

52 Los *galos* cuando mueren no se entierran de la misma manera que los otros hombres, sino que cada vez que muere un *galo,* sus compañeros levantan el cadáver y lo llevan a las afueras; colocado en el féretro en el que lo habían transportado, lo cubren con piedras [63] y una vez que han hecho esto regresan a sus casas. Después de esperar siete días entran en el templo, pues si entran antes de este plazo cometen sacrilegio.

53 Para estos casos tienen estas normas: si alguno de ellos ve un muerto, no accede al templo en ese día, y al día siguiente entra después de haberse purificado. En cuanto a los propios criados del muerto, esperan un plazo de treinta días y se afeitan la cabeza para entrar en el templo; antes de que lo hayan hecho, no pueden entrar [64].

54 Sacrifican bueyes machos y hembras, lo mismo que cabras y ovejas. Sólo a los cerdos, por considerarlos impuros, ni los sacrifican ni los comen [65]. Pero otros no los consideran impuros, sino sagrados. De las aves, la paloma les parece el animal más sagrado y no consideran justo ni siquiera tocarlas; y si las tocan involuntariamente, están

---

[63] Cf. *José* 8, 29: «y levantaron sobre él un gran montón de piedras, que permanece hasta hoy».

[64] Acerca de la polución que produce la muerte, cf. *Levítico* 21, 1-3, 5; *Ezequiel* 44, 20, 25.

[65] Heliogábalo regalaba toda clase de animales excepto cerdos, «de los que se abstenía siguiendo las leyes fenicias» (Herodiano, V 6, 9; Dión Casio, LXXIX 11). Suidas s. v. *Domnînos,* considera esta costumbre siria, y Sofronio (Migne, *Patr.)* la adscribe al culto de Adonis. Cf. Heródoto, II 47, y Plutarco, *Isis y Osiris* 8. Luciano tal vez piensa en el cerdo como animal sagrado en conexión con los misterios de Eleusis y el culto de Deméter. Era también sagrado en Creta y tal vez en Babilonia.

impuros ese día. Por ello, conviven con ellas, entran en sus casas y comen en general en el suelo [66].

Voy a contar también lo que hacen en las peregrinacio- 55
nes cada uno de ellos. Cuando un hombre se dirige por primera vez a la Ciudad Sagrada, se afeita la cabeza y las cejas [67] y a continuación sacrifica una oveja y se come el resto de la carne troceada, extiende la piel en el suelo y se sienta en ella de rodillas; pero las patas y la cabeza de la res, las pone sobre su propia cabeza, mientras solicita en sus plegarias que se acepte el actual sacrificio y promete otro mayor más adelante [68]. Terminadas estas ceremonias, se corona con guirnaldas su propia cabeza y las de cuantos le acompañan en esta peregrinación; partiendo de su casa, se pone en marcha, utiliza para el baño y la bebida agua fría y duerme siempre en el suelo, pues no puede subir a la cama hasta que haya terminado el viaje y haya vuelto de nuevo a su casa [69].

En la Ciudad Sagrada lo recibe un hospedador que 56
él no conoce, pues allí hay hospedadores convenidos de cada ciudad y este nombramiento lo reciben en su patria

---

[66] En su *Prep. evang.* VIII 14, 50, EUSEBIO, citando a Filón de Judea, dice: «En Siria, junto al mar, hay una ciudad llamada Ascalón... allí ví una cantidad enorme de palomas por todas partes. Al preguntar la razón, me dijeron que no estaba permitido capturarlas...».

[67] En este contexto, afeitarse la cabeza y las cejas era probablemente purificatorio. Cf. PLUTARCO, *Isis y Osiris* 4.

[68] De este modo, parece claro que el devoto indica que la oveja sacrificada le sustituye a él; lo que hace y dice equivale a: «Toma esta pobre ofrenda en mi lugar, parte a parte; yo mismo me ofreceré la próxima vez». Y en una inscripción cuneiforme se lee: «El cordero, sustituto del hombre, el cordero que él da por la vida de un hombre; (da) la cabeza del cordero por la cabeza del hombre...».

[69] *Salmos* 132, 3: «No entraré en la morada de mi casa, ni subiré sobre el lecho de mi estrado».

por herencia de linaje. Los asirios llaman a estos maestros, porque les instruyen en todo.

57 Hacen sus sacrificios no en el propio templo, sino que, después de presentar la víctima ante el altar y hacer las libaciones, la llevan de nuevo viva a su casa y allí la sacrifican y hacen las plegarias.

58 Hay esta otra forma de sacrificio: coronan las víctimas con guirnaldas, las dejan caer vivas desde el vestíbulo y con la caída se matan. Algunos incluso dejan caer allí a sus propios hijos, pero no como a las reses, sino que los ponen en unos sacos de cuero y los empujan con la mano, al tiempo que los insultan diciendo que no son niños sino bueyes [70].

59 Todos se hacen marcas, unos en las manos y otros en los cuellos y de aquí que todos los asirios llevan señales [71].

60 Hacen también otra cosa, en la que coinciden con un solo pueblo de Grecia, los de Trecén. Voy a contar lo que hacen. Los de Trecén impusieron a sus muchachas y mancebos la norma de no casarse sin ofrecer antes sus cabelleras cortadas a Hipólito, y así lo hacen. Esto ocurre también en la Ciudad Sagrada. Los muchachos ofrecen las

[70] Es un vestigio de sacrificio de niños. De las excavaciones de un santuario de Tanit en Cartago se deduce que se ofrecían los primogénitos a esta diosa durante todo el período de ocupación fenicia. En Laodicea se sacrificaba anualmente una virgen a Atenea, hasta que fue sustituida por un ciervo. Heliogábalo fue acusado de sacrificar niños en su templo del Sol en Roma. Una tribu árabe sacrificaba anualmente un niño, al que enterraban bajo el altar. En muchos lugares se utilizaban para la adivinación cuerpos de víctimas sacrificadas.

[71] Luciano se refiere probablemente a tatuajes, aunque a veces se hacían auténticas marcas a fuego. Esta práctica fue prohibida por los judíos: «Y no haréis rasguños en vuestro cuerpo por un muerto, ni imprimiréis en vosotros señal alguna» *(Levítico* 19, 28).

primicias de sus barbas y dejan que a los niños les crezcan sus rizados cabellos, consagrados desde sus nacimiento; éstos, una vez que se han presentado en el templo, los cortan y los depositan en vasos, unos de plata, otros de oro, los clavan en el templo y se marchan, después de haber inscrito cada uno su nombre. Esto es lo que hice yo también cuando era joven, y todavía están mi bucle y mi nombre en el santuario [72].

[72] Cf. Pausanias, II 32, 1, aunque se refiere a muchachas.

45

SOBRE LA DANZA

Las obras *Retratos, Por los retratos* y *Sobre la danza* están relacionadas con la estancia de Luciano en Antioquía, y uno de los pasajes de ésta (cap. 76) parece dirigido a la audiencia antioquea. La obra se consideró particularmente sospechosa en cuanto a su autenticidad porque su autor no es ciegamente adicto a los clásicos y opuesto a la novedad, como Luciano, pero como en otras obras su reivindicación ha salido del contexto social e histórico. Bompaire ataca su autenticidad, pero Robertson dio los argumentos decisivos en su favor.

Es una defensa de la pantomima *(histriones)* que se remonta a época clásica, pero alcanzó su pleno desarrollo únicamente con los emperadores romanos. Un intérprete principal, normalmente masculino, representaría con gestos historias familiares, la mayor parte de las cuales estaban tomadas de tragedias clásicas. Usaba una máscara especial con la boca cerrada (una distinta para cada papel) y ropas ostentosas de las que el manto era lo más llamativo. Aunque empleaba el cuerpo entero en la representación, los brazos y las manos eran de especial importancia. Un coro mixto suplía las palabras, y la música procedía de una orquesta con instrumentos de viento, cuerda y percusión, y una sección de ritmo en la que los actores llevaban unos zapatos especiales hechos a la medida con campanillas *(kroupézai)*. Para los antiguos este arte representaba una fusión de danza y drama; a los ojos y oídos

modernos podría recordarles el mimo, el ballet o el baile con música.

Aunque ya Jenofonte conocía una forma de pantomima, empezó a florecer en el período helenístico, cuando se estableció en las dos grandes capitales del Este griego, Antioquía y Alejandría. El paso decisivo al poner un bailarín jefe mudo e introducir una orquesta completa se dio en la Roma de Augusto. Roma se convirtió en la tercera capital del arte y muchos emperadores fueron entusiastas entendidos. El conservadurismo griego la había excluido de los grandes concursos durante siglos, mientras se admitían artes tradicionales como la tragedia y la comedia. En el s. II consiguió entrar en los Juegos Capitolinos de Roma, tan famosos en renombre como los tradicionales de Grecia. Entonces, pero aún antes de que Luciano escribiera su obra, la ciudad helenizada de Nápoles admitió para danzar a Sebasta, y aparece por primera vez en los concursos del Este griego en los reinados de M. Aurelio y L. Vero. Este avance relanzó un antiguo debate sobre la moralidad del triunfante arte. Los moralistas, sobre todo estoicos y cínicos, siempre lo habían deplorado, y ahora amenazaba los baluartes del helenismo arcaico. Elio Arístides se encargó de denunciar la pantomima en carta abierta a la ciudad de Esparta; conocemos su ensayo por la réplica de Libanio. Otros muchos escritos a favor y en contra se perdieron, con la única excepción de esta obra de Luciano, que puede compararse con su tratado sobre historia, en el que manifiesta sus consejos a los historiadores, mientras disimuladamente exalta los éxitos de Lucio Vero. *La danza* es un diálogo de tipo conocido en el que un interlocutor convierte al otro de la desaprobación en el aplauso o del escepticismo en la creencia, y la persuasión está disfrazada de exposición razonada. Cuando empieza la conversación, el filósofo cínico Cratón («hombre fuerte») acaba de denunciar la danza, y Licinio se encarga de mostrar que es el mayor de los placeres de la vida. Este diálogo preliminar permite a Luciano establecer las objeciones usuales contra la danza y bosquejar su propia defensa de ella. La exposición de Luciano ocupa casi el resto de la obra y tiene tres distintas secciones: la antigüe-

dad de la danza, la sanción que le dieron los autores clásicos, y una descripción de las virtudes y defectos de los bailarines. Las dos primeras secciones explotan la imprecisión del término «danza», mientras que la tercera limita los defectos de los bailarines a unas pocas anécdotas divertidas que recuerdan las contadas en el tratado sobre la historia. Al final, Cratón, ilusionado, se pone de acuerdo con Licino para acompañarle en su visita siguiente al teatro.

Se ha supuesto que Luciano no conocía o le importaba poco el tema; es cierto que alude a manuales, pero sólo para destacar más su propia independencia. Alude a la danza en otras obras y como hombre culto debió de estar familiarizado con ella mucho antes de relacionarse con Lucio Vero. Como en su descripción de la diosa siria o de prácticas de magia, muestra un conocimiento del tema que va más allá de los libros. Cuando traza la historia de la danza, remontándose hasta su creación, siempre tiene una información exacta. Señala como principio real del arte la época de Sócrates, y esto puede ser correcto, pues Jenofonte describe lo que parece ser una forma primitiva de danza al final de su *Banquete*. Aunque Luciano no dice nada explícito sobre su fase helenística, su catálogo de temas adecuados incluye el relato de Estratónice, la hermosa joven esposa de Seleuco I y termina con la famosa Cleopatra. Sitúa en tiempo de Augusto el desarrollo de la danza dentro de su única forma imperante y también aquí está de acuerdo con las otras fuentes, puesto que muestran que el gran Pílades en tiempo de Augusto no inventó la danza, sino que más bien la modificó en un sentido crucial. De los diversos emperadores que la favorecieron hasta su propia época sólo cita a Nerón y luego alude al desarrollo reciente en el que la danza empezó a ser aceptada en los festivales helénicos.

Dedica la mayor parte de su descripción de la danza a sus intérpretes más importantes, y aquí también casi todos los detalles pueden corroborarse. No habla mucho del físico del bailarín y sus movimientos, probablemente para evitar un tema que soliviantaba a los críticos. Trata de un rasgo que contribuía a reforzar su ejemplo, el uso expresivo de las manos del bailarín, que

movió al cínico Demetrio y al renombrado estoico Timócrates a la admiración.

Habla mucho de la máscara entre los «apoyos» propios del bailarín, haciendo notar sus diferencias con la trágica y la cómica por su boca cerrada. Con la máscara, Luciano relaciona el lujoso vestido y el manto bordado que podía utilizar para sugerir distintos temas de acuerdo con su papel.

La lista que da Luciano de las diversas historias que el bailarín tenía que aprender es con mucho la más completa de cuantas sobreviven, pero también está corroborada por la evidencia contemporánea.

El propósito fundamental de Luciano en esta obra no es dar una historia o una descripción, sino justificar el arte en términos aceptables en una sociedad culta. El discurso de entrada de Cratón sirve para definir la decisión: la danza es moderna, afeminada, frívola, y el admirarla es contradictorio con la «cultura» y la «filosofía». La refutación de Luciano aspira a contradecir esta postura. Un tema importante de la obra consiste en las cualidades mentales y espirituales del bailarín. Lejos de ser enemiga de la filosofía, la danza es notable por su sabiduría. Podría decirse esto para ilustrar la división del alma de Platón y la doctrina de la belleza de Aristóteles. Luciano siempre oyó el mutismo del bailarín jefe, explicado como pitagórico. Escribiendo sobre Apolausto Menfio, Ateneo lo llama «el filósofo bailarín de nuestro tiempo» y afirma que su arte silencioso explica el sistema pitagórico mejor que cualquier palabra.

Las semejanzas entre Luciano y las inscripciones contemporáneas señalan la disputa existente en el s. II sobre la danza. Un argumento era nacionalista: la danza era una peste, que empezó en Egipto, la extendieron los sirios y ahora amenaza con contagiar a Esparta, el último refugio de la virilidad y el tradicionalismo griegos. Otro argumento procedía de la moralidad: Arístides tronó contra las costumbres depravadas de los bailarines con sus largas cabelleras y sus movimientos afeminados, y propuso que a los ruidosos bailarines, con sus calzados especiales, les cortaran los pies con los zapatos incluidos. Libanio en su réplica repite

alguno de los puntos de Luciano y ambos encuentran la danza en el orden natural y citan a Homero, Hesíodo y Sófocles en su apoyo. La única diferencia entre Luciano y Libanio es que en tiempo de éste los predicadores cristianos habían sustituido a los filósofos griegos como enemigos avanzados del teatro.

Esta obra probablemente fue escrita en el 163 ó 164 en Antioquía, para agradecer la afición de Lucio Vero a la pantomima.

1 LICINO. — Muy bien, Cratón, has lanzado una acusación ciertamente muy violenta, preparada al parecer desde hace tiempo, contra la danza, el propio arte de la danza y encima contra nosotros los que disfrutamos con tal espectáculo, dando a entender que ponemos un gran interés en algo vulgar y afeminado. Déjame que te diga hasta qué punto estás equivocado y hasta qué punto estás ciego al acusar al mayor de los bienes de la vida. Se te puede disculpar porque desde el principio has abrazado un género de vida miserable y por considerar como bien únicamente lo rudo; por ignorancia de estas actividades las consideraste dignas de acusación.

2 CRATÓN. — Pero mi querido amigo, ¿quién que sea un hombre y además haya convivido toda su vida con la erudición y haya tenido un trato discreto con la filosofía, va a dejar de interesarse por las cosas mejores y alternar con los antiguos, para sentarse, dominado por la flauta, contemplando a un ser afeminado que presume de sus refinados vestidos y sus cantos lascivos, e imita a mujerzuelas enamoradas, las más lascivas de la antigüedad, las Fedras, Parténopes y Ródopes [1], y todo esto acompañado de ras-

---

[1] Parténope, amante de Metíoco el Frigio, era la heroína de una novela perdida. Ródope es tal vez la tracia citada *infra* en cap. 51, que se casó con su hermano Hemón y fueron convertidos por Zeus en las montañas de su nombre.

guear de cuerdas, instrumentos de viento y zapateados, cosas verdaderamente ridículas y poco propias de un hombre libre como tú? Por mi parte, cuando me enteré de que te entretenías con tal clase de espectáculos, no sólo me dio vergüenza por ti, sino que me dolió amargamente que olvidaras a Platón, Crisipo y Aristóteles y estuvieras haciendo como los que se rascan la oreja con una pluma, habiendo tantísimas audiciones y espectáculos interesantes si alguien los necesita, flautistas ambulantes, cantores convencionales acompañados de lira [2], y sobre todo, la noble tragedia y la divertidísima comedia, que también se han considerado dignas de figurar en las competiciones.

Vas a necesitar por ello, mi buen amigo, una larga 3
defensa para enfrentarte con las personas cultas, si no quieres que te descalifiquen por completo y te eliminen del grupo de los hombres serios. Aunque lo mejor en mi opinión es curarse en salud negándolo todo y no reconocer en absoluto haber cometido tal delito. Y para el futuro, procura no sorprendernos convirtiéndote del hombre que eras de antiguo en una Lide o una Bacante, lo que sería motivo de acusación no sólo contra ti sino también contra nosotros, a no ser que te arranquemos, a la manera de Ulises, del loto y te reconduzcamos a tus habituales modos de vida, antes de que sin darte cuenta caigas fascinado por el hechizo de las Sirenas en el teatro. Sólo que ellas tendían sus emboscadas únicamente contra los oídos, y por ello se necesitaba cera para pasarlas de largo, pero tú además parece que estás completamente esclavizado por los ojos.

LICINO. — ¡Ay, Cratón, con qué rabia has azuzado 4
contra nosotros a tu propio perro! Aunque el ejemplo que

[2] Alusión a los citarodas, de cuyos cantos, llamados *nómos*, tenemos un único ejemplo en *Los persas* de Timoteo.

has puesto, el símil de los lotófagos y de las Sirenas creo que no se parece en nada a lo que me ocurre a mí, puesto que en el caso de los que comían el loto y oían a las Sirenas, la perdición era el castigo por haber comido y haber oído, mientras que en mi caso, además de haber sentido un placer mucho más agradable, el desenlace ha sido feliz, pues no me ha conducido al olvido de mi situación familiar ni a la ignorancia de lo que a mí atañe, sino que (si puedo expresar mi pensamiento sin ningún temor) he vuelto del teatro con más clarividencia y más perspicacia para los problemas de la vida. O más bien, para decirlo correctamente con las propias palabras de Homero, el que ha visto este espectáculo

regresa habiendo disfrutado y sabiendo más que antes[3].

CRATÓN. — ¡Por Heracles, Licino, cómo te ha afectado, que no sólo no te avergüenzas de ello, sino que parece que te sientes orgulloso! Y lo peor de todo es que no me parece que tengas esperanza de curación, ya que te atreves a elogiar algo tan vergonzoso y abominable.

5 LICINO. — Díme, Cratón, esto de la danza y de lo que ocurre en el teatro, ¿lo censuras después de haberlo presenciado personalmente muchas veces, o lo consideras abyecto y abominable, como tú dices, a pesar de no tener ni idea del espectáculo? Porque si lo viste, estás en las mismas condiciones que nosotros; pero si no, ¡hasta qué punto no podrá parecer irrazonable y audaz tu censura, al denunciar lo que ignoras!

CRATÓN. — Eso sería ya lo único que me faltaba, con esta barba tan larga y mis cabellos blancos sentarme en

[3] *Odisea* XII 188.

medio de esas mujerzuelas y de una multitud de espectadores frenéticos, y encima aplaudiendo y lanzando a gritos elogios indecentísimos a un individuo desvergonzado que se contorsiona sin ningún sentido.

LICINO. — Se te puede disculpar en esto, Cratón. Pero si me hicieras caso alguna vez y te ofrecieras sólo para hacer la prueba y abrieras los ojos, estoy seguro de que no te resistirías a ocupar un sitio adecuado antes que otros, para poder verlo y oírlo todo perfectamente.

CRATÓN. — Que me muera si aguanto alguna vez una cosa así, mientras tenga las piernas peludas y la barba sin rasurar. De momento siento compasión de ti, que estás completamente exaltado contra nosotros.

LICINO. — Bueno, amigo mío, ¿estás dispuesto a dejar 6
de lado tus insultos y a oírme lo que diga sobre la danza y sus bondades, cómo no sólo es placentera sino también útil a los espectadores, cuánta cultura e instrucción imparte, cómo armoniza las almas de los asistentes, ejercitándolos en los más bellos espectáculos, entreteniéndolos con magníficas audiciones y mostrando una belleza común del alma y del cuerpo? Conseguir todo eso con música y ritmo no puede ser motivo de censura, sino de elogio.

CRATÓN. — No tengo tiempo en absoluto para oír a un insensato haciendo el elogio de su propia locura. Pero si tú deseas esparcir sobre mí tus tonterías, estoy dispuesto a soportar amistosamente esta servidumbre y ofrecer mis oídos, aun pudiendo negarme, para oír basuras incluso sin cera. De modo que me tendrás callado, para que puedas hablar cuanto quieras como si nadie te estuviera escuchando.

LICINO. — Muy bien, Cratón, es lo que más estaba 7
deseando. Pronto sabrás si lo que voy a decir te parecen tonterías. En primer lugar, me parece que ignoras totalmente que la práctica de la danza no es reciente, ni empe-

zó ayer o anteayer, como por ejemplo en tiempos de nuestros abuelos o de los de éstos, sino que los historiadores de la danza más veraces te dirían que surgió la danza con la primera generación del universo, y su aparición coincidió con aquel antiguo Amor [4]. En efecto, el movimiento regular de los astros y la conjunción de las estrellas fijas con los planetas errantes, la comunión rítmica de ellos y su armonía disciplinada son ejemplos de la danza primigenia. Creciendo poco a poco y adquiriendo continuamente aditamentos de belleza, parece que ahora ha llegado a la cumbre de su perfección, se ha diversificado y se ha hecho totalmente armónica, convertida en bendición llena de gracia.

8 Cuentan que al principio Rea, satisfecha con el arte, ordenó danzar a los Coribantes [5] en Frigia y a los Curetes en Creta y obtuvo no pocos beneficios de ellos, puesto que danzando a su alrededor le salvaron a Zeus, hasta el punto que éste reconocería que les debía un premio por su salvación, ya que gracias a su danza consiguió librarse de los dientes de su padre. Su danza era con armas, mientras golpeaban los escudos con las espadas y daban saltos frenéticos con furor guerrero [6].

Posteriormente, los cretenses más bravos, entrenándose con energía se convirtieron en los mejores danzantes, no sólo los particulares sino también los de estirpe regia que aspiraban a ser líderes. Por ejemplo, Homero a Meriones

[4] Se refiere al cosmogónico Eros de Hesíodo, hermano de los Titanes, y no al amorcillo de Afrodita.

[5] Los Coribantes, muy citados por Luciano, son asistentes de Rea y cuidaron al niño Zeus, disimulando sus lloros con el ruido de sus escudos.

[6] Los Curetes sólo aquí son citados por Luciano: se confunden con frecuencia con los Coribantes. Toman nombre de Zeus Curos, Zeus muchacho.

lo llamó danzante, no con la idea de ponerle en ridículo, sino para enaltecerlo, y era famoso y conocido de todos por su arte de la danza, hasta tal punto que no sólo los griegos conocían este dato suyo, sino incluso los propios troyanos, a pesar de ser sus enemigos, pues veían su ligereza y destreza en el combate, que había adquirido con la danza. Los versos dicen así más o menos:

Meriones, aun siendo un buen danzarín, mi lanza te paró [7].

Sin embargo, no le paró, pues como estaba ejercitado en la danza, fácilmente, al parecer, esquivó los venablos que lanzaban contra él.

Aunque podría mencionar a otros muchos héroes que 9
se entrenaron de modo similar y convirtieron su actividad en un arte, me parece suficiente con Neoptólemo, el hijo de Aquiles, que consiguió renombre con el arte de la danza y le añadió su modalidad más hermosa, llamada pírrica a partir de él. Y Aquiles, al tener esta información sobre su hijo, se alegró más, en mi opinión, que por su belleza y sus otras proezas. Lo cierto es que a Ilión, hasta entonces inexpugnable, la conquistó y destruyó hasta sus cimientos al arte de la danza de Neoptólemo [8].

Los espartanos, que tenían fama de ser los más bravos 10
de los griegos, aprendieron de Cástor y Pólux la *cariática* (que es también un tipo de danza que se aprende en Caria, un distrito de Laconia) [9], y todo lo hacían con la ayuda

---

[7] *Ilíada* XVI 617-618.

[8] Puesto que Neoptólemo también se llamaba Pirro, era inevitable que la invención de la danza pírrica le fuera atribuida. Según Arquíloco (*Frag.* 190), la originó (la danza) cuando bailó de alegría después de matar a Eurípilo.

[9] Otros dicen que los espartanos aprendieron de Cástor un ritmo marcial

de las Musas, hasta el punto de luchar al compás y ritmo de la flauta y el avance oportuno del paso. Y la primera señal para entrar en combate los espartanos la da la flauta; por eso vencían a todos, porque les guiaba la música y el ritmo.

Todavía ahora se puede ver cómo sus efebos aprenden tanto a danzar como a luchar con armas. En efecto, cuando dejan de luchar entre sí, en los entrenamientos, dando golpes y recibiéndolos, la lucha termina en danza, y un flautista situado en medio toca la flauta y marca el ritmo con el pie, mientras ellos, siguiéndose unos a otros en fila exhiben toda clase de figuras, avanzando al ritmo, unas veces guerreras, poco después corales, que son gratas a Dioniso y Afrodita.

11 Por ello, el canto que entonan mientras bailan es una invocación a Afrodita y a los Amores, para que participen en su fiesta y les acompañen en su baile. El segundo canto (porque se cantan dos) contiene instrucciones sobre cómo se debe bailar: «Echad el pie hacia adelante, muchachos, y desfilad mejor», dice. O sea, bailad mejor [10].

12 Algo parecido hacen los que bailan la danza del collar. El collar es una danza conjunta de muchachos y muchachas que bailan alternativamente y se parecen realmente a un collar de cuentas. Inicia el baile el muchacho, con los pasos juveniles que también usará luego en la guerra; le sigue la muchacha, enseñando cómo debe hacerse la danza femenina con decoro, de modo que sea un collar trenzado con modestia y virilidad. Sus gimnopedias son una danza parecida [11].

---

llamado *castoreo.* Las muchachas de Caria que danzaban en honor de Ártemis pudieron dar origen a las famosas Cariátides.

[10] No tenemos otras noticias de estos dos cantos.

[11] Se sabe poco de las gimnopedias, excepto que incluían coros proce-

Como ya los has leído, paso por alto los versos que 13
compuso Homero en el escudo de Aquiles a propósito de Ariadna y acerca del coro que Dédalo le preparó [12], y los dos danzantes a los que el poeta llama acróbatas, que dirigen el coro, y de nuevo lo que dice en el mismo escudo: «Jóvenes danzantes daban vueltas en torno», dando a entender que esto era lo más hermoso que había grabado Hefesto en el escudo [13]. Ciertamente, era muy lógico que los feacios disfrutaran con la danza, porque eran gentes refinadas y vivían en la mayor felicidad. De hecho, Homero representó a Ulises admirándolos sobre todo por ello, y al contemplar «el centellear de sus pies» [14].

En Tesalia progresó tanto el ejercicio del arte de la 14
danza que a sus líderes y campeones los llamaban primero bailarines. Esto se demuestra por las inscripciones de las estatuas que erigían a los más distinguidos en el combate. «La ciudad», dice una, «distinguió a su primer bailarín». Y otra: «A Iletión el pueblo le levantó una estatua por haber bailado bien en el combate» [15].

Omito decir que no es posible encontrar ningún antiguo 15
rito de iniciación sin danza, por supuesto los de Orfeo y Museo, y los más importantes bailarines de la época que establecieron tales ritos, al disponer como algo bellísimo que la iniciación se hiciera con ritmo y danza. Aunque las ceremonias son así, debo callarme por los no iniciados, pero todos han oído decir que a los que anuncian los misterios la gente los llama «los danzantes».

---

sionales de jóvenes desnudos que competían entre sí danzando y cantando, en un lugar llamado Coro, junto al ágora.

[12] *Ilíada* XVIII 593.

[13] *Ilíada* XVIII 605-606.

[14] *Odisea* VIII 256-58.

[15] No conocemos tales inscripciones.

16 Y en Delos, tampoco se celebraban los sacrificios sin danza, sino que se hacían con ésta y con música. Se reunían coros de muchachos y bailaban al son de la flauta y de la cítara, mientras otros especialmente escogidos entre ellos interpretaban una danza mímica. Los cantos escritos para estos coros se llamaban hiporquemas, y la poesía lírica está llena de ellos [16].

17 ¿Pero, por qué te hablo de los griegos? Porque también los indos, cuando nada más levantarse adoran al sol, no hacen como nosotros, que besando la mano ya creemos que la plegaria está completa, sino que ellos, de pie frente a Levante, saludan al sol con danzas, manteniéndose en silencio e imitan la danza del dios. Tal es la plegaria, la danza y el sacrificio de los indos. Por ello, propician al dios con estos ritos dos veces al día, al salir el sol y al terminar el día.

18 Los etíopes cuando combaten lo hacen danzando; un etíope no dispararía una flecha arrancándola de su cabeza (porque utilizan la cabeza como carcaj, sujetando a ella las flechas en forma radial) sin danzar previamente, amenazando al enemigo con su postura y aterrorizándolo con su baile [17].

19 Puesto que hemos hablado de la India y de Etiopía, merece la pena descender en nuestro relato a Egipto, su vecina. Yo creo que el antiguo mito sobre Proteo el egipcio no significa otra cosa sino que fue un danzarín con capacidad de imitación, que podía adoptar todas las formas y cambios, hasta el punto de imitar la humedad del

[16] El carácter interpretativo del hiporquema es citado expresamente por Ateneo (I 15d), aunque las danzas claramente dramáticas eran la trágica, la cómica y la satírica.

[17] Heliodoro, en *Etiópica* IX 19, de muchos detalles.

agua, la violencia del fuego en la vehemencia de su movimiento, la fiereza del león, la rabia del leopardo, la agitación de un árbol, y, en pocas palabras, todo lo que quería. Sin embargo, la mitología, asumiéndolo en su aspecto más extraordinario, describía la naturaleza de Proteo como si realmente ocurriera lo que él imitaba. Es precisamente esa la característica de los actuales bailarines, a los que se puede ver cómo cambian con rapidez al mismo tiempo, imitando al propio Proteo. Hay que suponer que también Empusa, que se metamorfoseaba en innumerables formas, ha sido transmitida como tal ser humano por el mito [18].

Después de éstos, tampoco es justo pasar por alto la 20
danza majestuosísima y muy sagrada que los romanos más nobles, los llamados Salios (que es el nombre de un clero) ejecutan en honor de Ares, el más belicoso de los dioses.

Un relato bitinio, que no discrepa mucho de los que 21
circulan por Italia, afirma que Príapo, un genio de la guerra, al parecer uno de los Titanes, o uno de los Dáctilos Ideos, que había dedicado toda su actividad a la enseñanza de la danza con armas, recibió de Hera a Ares, aún niño, pero duro y más viril de lo normal, con el encargo de no enseñarle la lucha con armas antes de haberle convertido en un bailarín perfecto. Y con esta condición recibió como recompensa de Hera cobrar de Ares el diezmo de todos los ingresos procedentes de la guerra [19].

---

[18] Empusa, asociada a Hécate, es un demonio inmundo que asusta a los viajeros en forma de perra, vaca, joven hermosa, y con este último aspecto se une a los hombres durante la noche o la siesta y les chupa la vida hasta que mueren.

[19] Este mito bitinio de Príapo no se cita en otras partes, pero se sabe que allí era objeto de grandes cultos, parte de los cuales sería la danza con armas.

22 En cuanto a los ritos dionisíacos y báquicos, me imagino que no esperarás oír de mí que todos fueron danza. De hecho, sus tres danzas más tradicionales, la *kórdax,* la *síkinnis* y la *emméleia,* las inventaron los sátiros, servidores de Dioniso, y las bautizaron con sus propios nombres [20]. Sirviéndose de este arte, Dioniso sometió a los tirrenos, a los indos y a los lidios, y cautivó con su danza a pueblos tan belicosos con la ayuda de sus cofrades.

23 Por ello, mi admirado amigo, ten cuidado no vaya a resultar impío denunciar una práctica que es al mismo tiempo divina y mística, cultivada por muchos dioses, realizada en su honor, y que procura al mismo tiempo tanta distracción y tan útiles enseñanzas.

Me sorprende una cosa de ti, y es que, sabiendo que eres un gran aficionado a Homero y a Hesíodo (como ves recurro de nuevo a los poetas), puedas atreverte a contradecirles cuando elogian la danza por encima de todo. En efecto, Homero enumera lo más agradable y lo más hermoso, citando al sueño, la amistad, el canto y la danza [21]; únicamente a ésta la llama «intachable», y adjudica además por su propia cuenta la dulzura al canto. El arte de la danza posee ambas cosas, la dulzura del canto y la intachabilidad de la danza, que tú ahora te propones censurar. Y de nuevo, en otro pasaje de su obra dice

A uno le concedió un dios la actividad bélica
y al otro el arte de la danza y el canto
que conmueve los corazones [22].

---

[20] El drama en cada una de sus formas tiene su propia danza, la *emméleia* corresponde a la tragedia; la *kórdax,* a la comedia, y la *síkinnis,* al drama satírico.

[21] *Ilíada* XIII 636 ss.

[22] *Ilíada* XIII 730, 731.

Porque realmente conmovedor es el canto acompañado de danza y éste es el don más bello de los dioses. Al parecer, al dividir Homero todas las actividades en dos grupos, la guerra y la paz, sólo a las actividades de la guerra contrapuso éstas como las más hermosas.

Por su parte Hesíodo, que no lo conocía de oídas por 24
otro, sino que había visto personalmente a las Musas bailando al romper el día, al principio de su poema [23] cuenta de ellas como el mayor elogio

bailan con sus tiernos pies en torno
a una fuente de violetas
cuando danzan en torno al altar de su padre.

En cambio tú, mi noble amigo, casi te estás enfrentan- 25
do a los dioses con tus insultos a la danza. Sócrates, el hombre más sabio, si podemos creer a Apolo Pitio, que dijo tal cosa de él, no sólo elogiaba la danza, sino que incluso consideraba que valía la pena aprenderla, atribuyendo el más alto valor al mantenimiento del ritmo, la belleza de la música, el movimiento armonioso y al decoro en las evoluciones, y no se avergonzaba, aun siendo un viejo, de creer que era uno de los más serios temas de estudio [24]. No se iba a tomar poco interés en el arte de la danza un hombre que no vacilaba en aprender incluso lo más trivial, y acudía con frecuencia a las escuelas de las flautistas y no desdeñaba oír algo interesante de una mujer cortesana como Aspasia [25]. Aunque él veía un arte

[23] *Teogonía.*

[24] En el *Banquete* de JENOFONTE (II 15-16) Sócrates recomienda la danza como ejercicio y expresa su deseo de aprender algunas figuras que ha visto.

[25] Cf. PLATÓN, *Menéxeno* 235e y 249c; JENOF., *Ec.* III 14.

que sólo estaba empezando y que no se había desarrollado hasta tan alto grado de belleza. Pero si hubiera podido contemplar a los que ahora lo han hecho avanzar hasta el máximo, estoy seguro de que aquel hombre habría abandonado todo lo demás y habría puesto toda su atención sólo en este espectáculo, y no habría impartido a los muchachos otras enseñanzas antes que éstas.

26 Yo creo que cuando elogias la comedia y la tragedia, has olvidado que también en cada una de ellas hay un aspecto peculiar de la danza; por ejemplo, la *emméleia* es trágica, el *kórdax* cómico, y algunas veces hay una tercera, cuando se añade la *síkinnis*[26]. Pero como al principio diste más importancia a la tragedia y a la comedia, y a los flautista ambulantes y a la citarodia más que a la danza, diciendo que también esas son competitivas y por ello importantes, permite que comparemos cada una de ellas con la danza. Aunque, si estás de acuerdo, prescindamos de la flauta y de la cítara, puesto que también éstas forman parte del servicio del bailarín.

27 Por lo que se refiere a la tragedia, en primer lugar, examinemos qué características tiene a partir de su forma peculiar. Es un espectáculo al mismo tiempo repulsivo y terrible el de un hombre disfrazado con una estatura desproporcionada, montado en elevados zuecos, con un rostro alargado por encima de su cabeza y una boca enorme abierta como si fuera a tragarse a los espectadores. Paso por alto los rellenos del pecho y de la tripa para fingir una gordura añadida y artificial, para evitar que la estatura desproporcionada choque más en un cuerpo enclenque. Y encima, por dentro el individuo está dando gritos, do-

[26] Aunque era característica del drama satírico, a veces se presentaba en la comedia.

blándose arriba y abajo, a veces incluso cantando sus versos y, lo que realmente es más vergonzoso, poniendo música a sus desgracias, haciéndose responsable únicamente de su voz, porque del resto ya se encargaron poetas nacidos mucho antes que él. Mientras se trata de Andrómaca o Hécuba, su canción se puede aguantar, pero cuando entra en escena el propio Heracles cantando él solo, olvidándose de sí mismo y sin respeto a la piel de león o a la maza que le acompaña, sensatamente podría decirse que se trata de un solecismo [27].

Porque, volviendo de nuevo a lo que echabas en cara 28
al arte de la danza, que hombres imitaban a mujeres, ésta sería una recriminación común a la tragedia y a la comedia. Realmente en ellas hay más mujeres que hombres.

La comedia, por su parte, se adjudica a sí misma la 29
ridiculez de los personajes como parte de su encanto. Por ejemplo, las máscaras de los Davos, Tibeos [28] y cocineros.

Por otra parte, no soy yo quien tiene que hablar del aspecto ordenado y digno del bailarín, porque salta a la vista para los que no estén ciegos. Su propia máscara es muy hermosa y se ajusta a la acción que subyace en ella, pero no tiene la boca abierta como en la tragedia y la comedia, sino cerrada, pues tiene a muchos que gritan en su lugar.

En el pasado eran los mismos los que cantaban y 30
bailaban, pero más tarde, como el jadeo provocado por los movimientos alteraba el canto, pareció más conveniente que otros les acompañaran cantando.

Los temas de la tragedia y de la danza son comunes, 31
y no se diferencian unos de otros, salvo que los correspon-

[27] Es decir, tomar en arte lo que es un solecismo en gramática.

[28] Nombres de esclavos en la comedia.

dientes a la danza son más variados, tienen más contenido y admiten innumerables variantes.

32 Y, si la danza no forma parte de las competiciones, afirmo que la razón es que a los jueces de los certámenes les parece demasiado importante y sería como para someterla a examen. No hace falta recordar que una ciudad de Italia, la más importante de la estirpe calcídica, la incluyó casi como un realce en los juegos que allí se celebran [29].

33 Al llegar a este punto, me gustaría defenderme ante ti de las numerosas omisiones de mi relato, para no dar la impresión de ignorancia o inexperiencia. Soy consciente de que muchos antes de nosotros, que escribieron sobre la danza, dedicaron la mayor parte de su ensayo a enumerar todas las clases de danza, detallando sus nombres, cómo era cada una, quién la había inventado, convencidos de que iban a hacer una demostración de su saber enciclopédico. Yo por mi parte creo ante todo que estas porfías en tales temas son de mal gusto, pedantes e impropias de mí, por lo que he pasado de ellas.

34 Además, quiero hacerte comprender y recordarte que no me he propuesto actualmente hacer la historia de toda la danza, ni me planteé como objetivo de mi obra enumerar los tipos de danza, excepto lo poco que recordé al principio, cuando traté sus características más tradicionales. Porque lo más importante de mi obra ahora para mí es hacer el elogio de la danza tal como está establecida ahora y mostrar cuánto deleite y utilidad comprende en sí misma, aunque no empezó a alcanzar tanta belleza antiguamente, sino sobre todo en tiempo de Augusto [30].

---

[29] Alusión a Nápoles y a los importantes juegos instituidos allí por Augusto el año 2 d. C.

[30] En Ateneo, I 20d, se da a Batilo y Pílades como inventores.

Porque aquellas primeras formas eran como raíces y fundamentos de la danza, pero su floración y maduración completa del fruto, que precisamente ahora ha alcanzado su más alta perfección, es lo que trata este discurso nuestro, omitiendo lo de «hacer la tenaza», «bailar la grulla» y otras que no tienen nada que ver ya con la danza actual. Y en lo que se refiere a la forma «frigia» de danza, que acompaña al vino y a la juerga, ejecutada frecuentemente en medio de borracheras por campesinos y con música de flautas tocadas por mujeres, danza violenta con cabriolas fatigosas, que ahora todavía es frecuente en los distritos rurales, no la omití por ignorancia, sino porque no tiene ninguna relación con la danza actual. También Platón en las *Leyes* elogia unas clases de danza y otras las condena totalmente, dividiéndolas en relación al deleite y la utilidad, y eliminando las más feas, pero valorando y admirando el resto [31].

Sobre la danza en sí, con esto es suficiente, pues sería 35
de mal gusto alargar el ensayo tratando de abarcarlo todo. Voy a explicarte ya las cualidades que debe tener el propio bailarín, cómo debe entrenarse, los conocimientos que debe adquirir y por qué medios debe fortalecer su trabajo, para que te des cuenta de que éste no es un arte fácil ni de los más accesibles, sino que alcanza los límites de toda una formación, no sólo musical, sino rítmica y métrica, y en especial esa formación filosófica tuya, tanto física como moral. Porque considera impropio de sí misma su dialéctica excesiva, pero no se aparta de la retórica, sino que participa de ella por cuanto describe caracteres y emociones, a las que también tienden los oradores. Tampoco se aleja de la pintura y la escultura, sino que también imita

[31] *Leyes* VII 814e-816c.

evidentemente sobre todo la cadencia que hay en ellas, hasta el punto de que ni Fidias ni Apeles la superan.

36 Le incumbe ante todo tener propicia a Mnemósine y a su hija Polimnia y trata de acordarse de todo. Porque lo mismo que Calcante en Homero, el bailarín debe saber «el presente, el futuro y el pasado» [32], para que nada se le escape, sino que tenga a mano el recuerdo de todo. Tiene como quehacer más importante ser una ciencia de imitación y retrato, que da a conocer el pensamiento y hace inteligible lo oscuro. Lo mismo que dice Tucídides de Pericles en su elogio, la alabanza más elevada que podría hacerse de un bailarín es que conozca lo necesario y sepa interpretarlo [33]. Al decir interpretación quiero decir claridad de las posturas. Todo el equipo de su actividad lo constituye la antigua historia, como dije anteriormente; debe tener a mano su recuerdo y su presentación con decoro.
37 Empezando por el Caos y el primer origen del mundo, debe saberlo todo, hasta los acontecimientos sobre Cleopatra la egipcia [34].

Con estos límites podemos definir los múltiples conocimientos del bailarín y los saberes intermedios que debe ante todo conocer: la mutilación de Urano, los nacimientos de Afrodita, la lucha de los Titanes, el nacimiento de Zeus,
38 el engaño de Rea, la sustitución de la piedra, las cadenas de Crono, el sorteo entre los tres hermanos [35]. Y luego sucesivamente la sublevación de los Gigantes, el robo del fuego, la creación de la humanidad, el castigo de Prome-

[32] *Ilíada* I 70.

[33] Tuc., II 60.

[34] Sigue un curioso compendio mitológico, notable por su brevedad y por su disposición geográfica, improvisado por Luciano como ayuda recordatoria.

[35] Zeus, Posidón y Hades.

teo, la fuerza de ambos amores [36]; a continuación, el andar errante de Delos, los dolores de parto de Leto, el asesinato de Pitón, el engaño de Titio y el descubrimiento del punto central de la tierra por el vuelo de las águilas [37].

Después de esto, Deucalión y el gran naufragio durante 39
su vida, y el arca guardando un solo remanente del género humano, y los hombres creados de nuevo a partir de las piedras. Luego, la desmembración de Yaco [38], el engaño de Hera [39] y el abrasamiento de Sémele, el doble nacimiento de Dioniso, la historia de Atenea y la de Hefesto y Erictonio, la lucha por el Ática, Halirrotio y el primer juicio del Areópago, en una palabra, toda la historia mitológica
ática. Pero, selectivamente, las andanzas de Deméter, el 40
hallazgo de Core, la hospitalidad de Celeo, la agricultura de Triptólemo, la viticultura de Icario, la desgracia de Erígone, la historia de Bóreas, de Oritía, de Teseo y de Egeo. Igualmente, la acogida de Medea y su posterior huida a los persas, las hijas de Erecteo y de Pandión, lo que sufrieron e hicieron en Tracia. Y luego, Acamante, Fílide [40], el primer rapto de Helena, la campaña de los Dioscuros contra la ciudad, lo que le ocurrió a Hipólito y el regreso de los Heraclidas. Porque también esto lógicamente se consideraría ático.

He señalado estos poquísimos relatos atenienses, a 41
manera de ejemplo, entre los muchísimos que he omitido.

---

[36] El antiguo cosmogónico Eros del cap. 7 y el hijo de Afrodita.

[37] Las águilas enviadas por Zeus, que se encontraron en Delfos.

[38] Dioniso Zagreo (Sabacio), hijo de Perséfone, fue despedazado por los Titanes, cocido en una caldera y comido. Zeus se comió el corazón. Renació como Yaco.

[39] Induciendo a Sémele a que le pidiera a Zeus que se mostrara a ella en toda su majestad.

[40] La princesa tracia Fílide se ahorcó porque no volvió su amado, uno de los hijos de Teseo.

Viene a continuación Mégara, Niso y Escila, el rizo de púrpura, el recurso de Minos, su ingratitud hacia su bienhechora [41]. Sigue a esto Citerón y los sucesos de los tebanos y los labdácidas, la llegada de Cadmo, la postración del buey, los dientes del dragón y el surgimiento de los hombres sembrados, y de nuevo la transformación de Cadmo en dragón y la construcción de la muralla al son de la lira, la locura del constructor [42], la jactancia de la mujer Níobe y el silencio por su dolor, los sucesos de Penteo y Acteón y de Edipo, Heracles con todos sus trabajos y la matanza de sus hijos.

42 Sigue Corinto, también llena de mitos, con Glauca y Creonte, y antes que ellos Belerofonte y Estenebea, la lucha entre el Sol y Posidón [43], luego la locura de Atamante y la huida por el aire de los hijos de Néfele sobre un carnero y la acogida de Ino y Melicertes [44].

43 A continuación la historia de los Pelópidas y de Micenas y lo que ocurrió allí y antes, Ínaco, Ío y su guardián Argos; Atreo, Tiestes, Aérope, el vellocino de oro, la desfloración de Pelopia, el asesinato de Agamenón y el castigo de Clitemnestra. Y aún antes de esto, la expedición de los siete capitanes y la acogida de Adrasto a los yernos fugitivos, el oráculo acerca de ellos [45], la negativa a enterrar a los caídos y la muerte por ello de Antígona y Mene-

---

[41] Escila, enamorada de Minos, cortó el mechón de cabellos de púrpura de su padre, lo que permitió a Minos apoderarse de Mégara. Minos se desentendió de la muchacha, que se tiró al mar.

[42] Anfión, que enloqueció de dolor por la muerte de sus hijos (y de Níobe) a manos de Apolo y Ártemis.

[43] Por la posesión de Corinto.

[44] En Corinto, como divinidades marinas Palemón y Leucotea.

[45] Una de las hijas de Adrasto tenía que casarse con un jabalí, la otra con un león; Tideo llevaba un jabalí como divisa, Polinices un león.

ceo. Y los relatos de Nemea, Hipsípila y Arquémoro, 44
recuerdos imprescindibles para el bailarín. Y de tiempos anteriores conocerá la virginidad vigilada de Dánae, el nacimiento de Perseo y la lucha que él emprendió contra las Gorgonas; será también familiar para él el relato etiópico de Casiopea, Andrómeda y Cefeo, a quienes enumeró entre los astros la fe de las generaciones posteriores. Conocerá también las antiguas historias de Egipto y Dánao y el atentado de la noche de bodas [46].

También Lacedemonia proporciona no pocos de esos 45
relatos: Jacinto y Céfiro, el rival en amores de Apolo, la degollación del muchacho por el disco, la flor procedente de la sangre y la inscripción lúgubre sobre ella, la resurrección de Tindáreo y la consiguiente ira de Zeus contra Asclepio. Además, la recepción de Paris y el rapto de Helena después del juicio sobre la manzana.

Tenemos que creer en efecto que la historia de Esparta 46
está relacionada con la historia de Troya, que es abundante y tiene muchos personajes; en realidad se presenta en escena un drama para cada uno de los que cayeron allí. Hay que tenerlos en el recuerdo especialmente, desde el rapto hasta los acontecimientos que se produjeron en los regresos, incluyendo los viajes de Eneas y el amor de Dido [47].

Tampoco son ajenos a éstos los dramas de Orestes y las aventuras del héroe en Escitia, ni desentonan los acontecimientos anteriores, sino que son afines a los troyanos, como la estancia en plan casto de Aquiles en Esciros, la locura de Ulises, la soledad de Filoctetes, y en general

[46] En la que las Danaides mataron a sus cincuenta maridos, excepto a uno.

[47] Esta historia le llegó a Luciano probablemente a través de Virgilio.

todas las andanzas de Ulises con Circe, Telégono [48], el poder de Eolo sobre los vientos y el resto hasta el castigo de los pretendientes. Con anterioridad, el complot contra Palamedes, la ira de Nauplio, la locura de Áyax y la muerte del otro en las rocas.

47 También la Élide proporciona muchas oportunidades a los que intentan la danza, con Enomao, Mírtilo, Crono, Zeus, los primeros competidores en los Juegos Olímpicos [49].

48 También es abundante la mitología de Arcadia con la huida de Dafne, la bestialización de Calisto, los furores vínicos de los Centauros, el natalicio de Pan, el amor de Alfeo y su viaje bajo el mar.

49 Además, si llegas a Creta con tu narración, también allí la danza reúne muchísimos relatos, los de Europa, Pasífae, los dos toros [50], el laberinto, Ariadna, Fedra, Andrógeo, Dédalo, Ícaro, Glauco, el arte profético de Poliido, Talo, el peregrino de bronce de Creta.

50 Y si cruzas a Etolia, también allí la danza encuentra un gran número: Altea, Meleagro, Atalanta, el tizón, la lucha del río y Heracles, el nacimiento de las Sirenas [51], la emersión de las Equínadas [52] y la instalación de Alcmeón después de su locura. Además, Neso y Deyanira con sus celos, de los que vino la pira en el Eta.

51 También Tracia tiene muchos relatos imprescindibles para el bailarín, los de Orfeo, su desmembración y su ca-

---

48 Hijo de Circe y Odiseo, no aparece en la *Odisea,* pero es el héroe de una continuación tardía, la *Telegonía.*

49 Alude también a la lucha entre Crono y Zeus, con la que éste se apoderó de Olimpia.

50 El Minotauro y el toro que lo engendró.

51 Alusión al mito que hace a las Sirenas hijas de la tierra.

52 Cinco de las ninfas Equínadas fueron convertidas en islas.

beza parlante flotando sobre la lira [53], Hemo y Ródope, el castigo de Licurgo.

Tesalia todavía proporciona más, los de Pelias y Jasón, 52
Alcestis, la expedición de los cincuenta jóvenes, la nave 53
Argo y su quilla parlante, los sucesos de Lemnos, Eetes, el sueño de Medea [54], la desmembración de Apsirto, los acontecimientos de la travesía y luego Protesilao y Laodamia.

Y si pasas de nuevo a Asia, también allí hay muchos 54
dramas, porque enseguida está Samos y la desgracia de Polícrates y los viajes de su hija hasta Persia, y otros aún más antiguos, la verborrea de Tántalo, el convite de los dioses en su casa, la carnicería de Pélope y su hombro de marfil.

También en Italia, el Erídano, Faetón y sus hermanas 55
los álamos llorando lágrimas de ámbar. Un hombre así 56
conocerá también las Hespérides y el dragón que guarda el fruto de oro y el esfuerzo de Atlas, y también lo de Gerión y la expulsión de bueyes de Eritea. Tampoco ig- 57
norará todas las metamorfosis míticas, cuantas personas se transformaron en árboles, fieras o pájaros, y cuantas se convirtieron de mujeres en hombres; me refiero a Ceneo, a Tiresias y a otros como ellos.

En Fenicia se enterará de lo de Mirra [55] y del famoso 58
duelo asirio compartido [56] y también de cosas más recien-

[53] La historia de la cabeza de Orfeo es narrada por LUCIANO en *Contra el ignorante que compraba muchos libros* (11-12), t. II de esta colección.

[54] Después de llegar Jasón, Medea soñó que éste había venido para llevarse a su casa una esposa legítima y que sus padres no respetaban su promesa, por lo que se puso de su parte.

[55] Madre de Adonis, llamada Esmirna por Apolodoro.

[56] Refleja la identificación entre Adonis y Osiris entonces normal, la recuperación trozo a trozo de su cuerpo despedazado, y sobre todo la llegada de la cabeza a Biblos (cf. *La diosa siria* 7, en este mismo volumen).

tes que siguieron al poder macedonio como las aventuras de Antípatro y Seleuco por el amor de Estratonice [57].

59 Porque los relatos egipcios, que son bastante místicos, los conocerá desde luego, pero los presentará de forma más simbólica. Me refiero al de Épafo, Osiris y las transformaciones de los dioses en animales.

Ante todo, conocerá sus amores, incluidos los del propio Zeus y las formas que adoptó. Conocerá también toda la representación trágica del Hades, los castigos y las ra-
60 zones de cada uno, y la amistad de Teseo y Pirítoo hasta el Hades.

61 En pocas palabras, no ignorará nada de lo que cuentan Homero, Hesíodo y los mejores poetas, especialmente los trágicos.

He seleccionado estos poquísimos relatos entre muchos, más bien de entre una cantidad innumerable, escogiendo los más importantes y dejando el resto a los poetas para que los canten, a los propios bailarines para que los presenten y a ti para que los redescubras por analogía con los anteriormente citados; es necesario que los tenga todos a mano el bailarín, previamente preparado para cada ocasión y guardados en cantidad.

62 Como es un imitador y se compromete a explicar por medio de movimientos lo que se está cantando, necesita, lo mismo que los oradores, practicar la claridad, para que todo lo que representa resulte evidente, sin necesidad de intérprete alguno, sino que, como decía el oráculo de Delfos [58], el espectador de la danza «debe comprender a un mudo y oír a un bailarín que no habla».

---

[57] La historia del amor de Antíoco a Estratonice, la mujer de su padre, es contada en *La diosa siria* 17-18.

[58] Dado por el oráculo a Creso (Heród., I 47), aunque no se refería a la danza.

Esto es precisamente lo que dicen que le pasó a Demetrio el Cínico. Estaba éste denunciando el arte de la danza, lo mismo que tú, afirmando que era un complemento de la flauta, las siringas y el compás de los pies, sin que el bailarín contribuyera en nada a la acción, sino que se movía inútilmente, con un movimiento irracional y absurdo, sin ningún sentido, mientras la gente estaba encantada con los accesorios de la acción, los trajes de seda, la belleza de las máscaras, las flautas y sus trémolos, las buenas voces de los cantores, con todo lo cual se embellecía la actividad del bailarín, que por sí mismo no era nada. Y el bailarín que en aquel momento, en tiempo de Nerón, gozaba de gran prestigio, que no era tonto, según dicen, sino que destacaba como el que más en el recuerdo de la historia y la belleza de sus movimientos, hizo a Demetrio una petición muy discreta en mi opinión, que le viera bailar y luego lo denunciara; se comprometió además a representar para él sin flautas ni cantos. Así lo hizo; ordenó silencio a los que marcaban el compás, a los flautistas y al propio coro y él bailó por su cuenta los amores adulterinos de Afrodita y Ares, la denuncia del Sol, Hefesto tendiendo su trampa y cogiendo en sus redes a ambos, Afrodita y Ares, el retrato de cada uno de los dioses presentes, Afrodita avergonzada, Ares asustado pidiendo perdón [59], y todo lo que incluye esta historia, de modo que Demetrio, más que complacido por lo que estaba ocurriendo, pagó al bailarín con el más alto elogio: lanzó un grito y dijo a grandes voces: «Amigo, estoy oyendo la historia que estás representando, no sólo la veo; me parece que estás hablando con las mismas manos». 63

[59] HOMERO, *Odisea* VIII 266-320; LUC., *Diálogos de los dioses* 21.

64 Y, puesto que estamos en tiempos de Nerón en nuestro relato, quiero contar también lo ocurrido con un bárbaro respecto al mismo bailarín, lo que podría ser el mayor elogio del arte de la danza. Un individuo de estirpe real de los bárbaros del Ponto había llegado a presencia de Nerón por algún asunto y estaba contemplando en unión de otras personas las actuaciones de aquel bailarín, que representaba con tanta claridad que, aunque no entendía lo que se cantaba, pues era medio griego, lo comprendía todo. Cuando ya estaba a punto de volverse a su casa, al despedirse Nerón le invitó a pedir lo que quisiera, con la promesa de dárselo. Y él le contestó: «el bailarín; si me lo das, me darás la mayor alegría». Y al preguntarle Nerón «¿Y para qué podría serte útil allí?» le contestó: «Tengo vecinos bárbaros, que no hablan mi lengua y no es fácil encontrar un intérprete para ellos; si necesito uno, éste me lo interpretará todo con señales». Hasta tal punto le había impresionado el descubrimiento de la notoriedad y claridad interpretativa de la danza.

65 La mayor dedicación y el máximo objetivo de la danza es la capacidad de imitación, como dije, practicada de la misma manera que los oradores, especialmente los que se dedican a lo que llamamos «ejercicios». De hecho, lo que más alabamos en ellos es su parecido con los personajes que asumen y que lo que dicen no esté en desacuerdo con los príncipes, tiranicidas, pobres o labradores que representan, sino que se presente en cada uno de ellos su peculiaridad y su distintivo.

66 También quiero contarte el comentario de otro bárbaro sobre este tema. Al ver cinco máscaras que tenía preparadas un bailarín —pues la acción tenía cinco partes— preguntaba, al ver un solo bailarín, quiénes eran los que iban a bailar y representar los restantes personajes. Y cuando

se enteró de que la misma persona iba a desempeñar y ejecutar bailando todos los papeles, dijo: «Amigo mío, no te habías dado cuenta de que tenías un solo cuerpo, pero muchas almas».

Así opinaba aquel bárbaro. Y con razón también los 67
griegos de Italia llaman pantomimo al bailarín, precisamente por lo que hace [60]. Es precioso el famoso precepto poético de «Hijo mío, en tus relaciones con todas las ciudades, imita a las fieras marinas que andan entre las rocas» [61], y es imprescindible para el bailarín: debe compenetrarse con sus temas, conviviendo con cada detalle de lo que hace.

En general, la danza se compromete a mostrar costumbres y emociones y a representarlas, introduciendo en escena unas veces a un amante, otras a un hombre irritado, a otro enloquecido o a otro afligido, y todo ello dentro de unos límites fijados. Lo más sorprendente de todo es que en un mismo día se muestra Atamante enfurecido, al momento Ino aterrorizada, de nuevo el propio Atreo, poco después Tiestes, luego Egisto o Aérope. Y todo ello es el mismo individuo.

Además, los otros espectáculos y audiciones exhiben una 68
sola actividad. Porque, o se trata de la flauta o de la cítara o de la música vocal, la representación trágica o la bufonada cómica. El bailarín, en cambio, lo abarca todo, y podemos ver que su equipo es variado y una mezcla de todo: flauta, siringa, golpear de pies, ruido de címbalos, voz melodiosa del actor, cadencia de cantores.

Por otra parte, las otras actividades corresponden a una 69
de las dos partes del ser humano, unas al alma y otras

[60] Es decir, uno que lo imita todo.

[61] PÍNDARO, *Frag.* 43.

al cuerpo, mientras que en la danza ambas están combinadas. En efecto, la representación es una exhibición del intelecto y una expresión de actividad corporal, y, lo más importante, es la sabiduría en el desarrollo de la acción y la inexistencia de algo irracional. Por cierto, Lesbonacte de Mitilene, un hombre de bien, llamaba a los bailarines «manisabios» [62] y solía ir a verlos con la esperanza de salir del teatro convertido en mejor persona. Y Timócrates, su maestro, al ver en cierta ocasión una sola vez, sin asistir a propósito, a un bailarín que estaba haciendo su trabajo, dijo: «¡De qué espectáculo me ha privado mi respeto por la filosofía!»

70 Si es verdad lo que dice Platón sobre el alma [63], el bailarín muestra espléndidamente sus tres partes: la irascible cuando representa a un hombre encolerizado, la concupiscente cuando exhibe amantes, y la racional cada vez que sujeta con freno cada una de las pasiones: ésta se encuentra diseminada en cada una de las partes de la danza, lo mismo que el tacto está repartido entre los sentidos [64]. Y al preocuparse de la belleza y de la simetría en las figuras de la danza, ¿qué otra cosa hace sino aseverar la idea de Aristóteles, cuando elogiaba la belleza y la consideraba como una tercera parte del bien? [65]. Incluso oí a uno que aventuraba una opinión exageradamente atrevida sobre el silencio de los personajes en la danza, al decir que también esto encerraba un dogma pitagórico [66].

[62] Por su amplio uso de los gestos. Lexífanes también lo usa *(Lex.* 14).

[63] *República* IV 436-441.

[64] El tacto se consideraba no sólo una facultad aparte, sino un elemento en la actividad de los otros cuatro sentidos.

[65] Aristóteles, *Ét. Nic.* I 8.

[66] Cf. Ateneo, I 20d.

Además, mientras que otras ocupaciones procuran las 71
unas placer y las otras provecho, la danza es la única que facilita ambos y la utilidad es tanto más provechosa por cuanto va acompañada del placer. ¡Cuánto más agradable es este espectáculo que el de ver a jóvenes boxeando, echando sangre, o a otros luchando en el suelo! La danza con frecuencia los presenta de una forma más segura, más hermosa y más placentera. Y en lo que se refiere al movimiento sostenido de la danza, sus contorsiones y giros circulares, sus saltos y posturas de espalda, no sólo son agradables para los espectadores en general, sino que para sus ejecutantes son sanísimos. Yo diría que lo más hermoso y al mismo tiempo lo más equilibrado de los ejercicios gimnásticos es que suavizan el cuerpo, lo hacen flexible y ligero y le enseñan a estar dispuesto a los cambios, lo que contribuye no poco a darle fuerza.

No puede haber cosa más armónica que la danza, que 72
afina el alma, ejercita el cuerpo, deleita a los espectadores, e instruye sobre muchos aspectos de la Antigüedad con su acompañamiento de flautas, címbalos, cadencia de las canciones y magia que entra por los ojos y los oídos. Y si además buscas la perfección de las voces, ¿en qué otro sitio podrías encontrarla? o ¿qué coral podrías oír más melodiosa? O si prefieres el sonido más agudo de la flauta y la siringa, también puedes disfrutar de ellas copiosamente con la danza. Paso por alto decir que mejorarás de carácter frecuentando este espectáculo, cuando te des cuenta de que el público aborrece las cosas mal hechas, llora por las víctimas de las injusticias y en una palabra alecciona las costumbres de los espectadores.

También te voy a decir ahora lo más digno de elogio 73
en los bailarines: a mí me parece que es asombroso que puedan cultivar al mismo tiempo la fuerza y la fluidez de

los miembros, como si en una misma persona se mostrara la robustez de Heracles y la delicadeza de Afrodita.

74 Quiero ya explicarte con palabras cómo debe ser el perfecto bailarín, tanto en alma como en cuerpo. Aunque ya dije con anterioridad la mayor parte de sus cualidades intelectuales, sostengo que debe tener buena memoria, estar bien dotado por la naturaleza, ser inteligente, rápido de inventiva, capaz ante todo de obrar oportunamente, con aptitud crítica para distinguir los mejores poemas, cantos y melodías, así como para rechazar los que están
75 mal compuestos. En cuanto al aspecto físico, creo que debe conformarse al canon de Policleto, sin ser ni demasiado alto y desproporcionadamente alargado ni corto y de naturaleza enana, sino perfectamente proporcionado, sin estar demasiado gordo, porque no tendría credibilidad, ni exageradamente flaco, pues resulta ello esquelético y cadavérico.

76 Quiero contarte también, a manera de ejemplo, las rechiflas de un pueblo no lerdo para señalar tales características. En efecto, los de Antioquía, una ciudad muy inteligente que honra la danza de modo especial, vigilan con tal cuidado todo lo que se dice y ocurre, que no se les escapa nada a ninguno de ellos. Y así, al presentarse en escena un bailarín pequeñito, que representaba a Héctor, todos a una gritaron, como si fuera Astianacte: «¡Oh, Astianacte!, ¿dónde está Héctor?» En otra ocasión, un individuo exageradamente alto, intentaba representar a Capaneo y asaltar las murallas de Tebas: «¡Súbete al muro!», le gritaron, «¡porque no necesitas escalas!» Y a un bailarín muy gordo y muy pesado, que intentaba dar grandes saltos, le dijeron: «¡Por favor, ahórrate el altar!» [67]. Y al

[67] Se refiere al alto estrado en el que se situaba el jefe de coro para dirigir sus movimientos.

contrario, a uno muy flaco le dijeron: «¡Salud!», como si estuviera enfermo. No os he recordado estas anécdotas para haceros reír, sino para que sepas que también pueblos enteros se interesaron en el arte de la danza, hasta el punto de poder regular con normas sus aspectos buenos y malos.

Además de esto, el bailarín debe ser totalmente ágil 77
y de cuerpo al mismo tiempo desgalichado y compacto, para que pueda cimbrearse como un junco cuando la ocasión lo exija, y mantenerse rígidamente firme si ello es preciso.

Porque la danza no se aparta tampoco de la gesticula- 78
ción de manos de las competiciones públicas, sino que participa también de las bellezas deportivas dedicadas a Hermes, Polideuces y Heracles, como podrías ver prestando atención a cada una de estas pantomimas.

Heródoto cree que las percepciones visuales son más dignas de crédito que las auditivas, pero en la danza se unen las que llegan por los oídos y [68] las que proceden de la vista.

Su fascinación es tan poderosa que si un enamorado 79
acude al teatro, se tranquiliza viendo las funestas consecuencias del amor. Y uno que está apesadumbrado sale del teatro más alegre, como si hubiera tomado una medicina que hace olvidar y, para decirlo con el poeta, «bebiendo una droga contra el llanto y la cólera» [69]. Una prueba de la afinidad de la danza con la realidad y de que cada uno de los espectadores reconoce lo que se está representando, es que con mucha frecuencia los asistentes lloran, cada vez que se presenta algún suceso digno de compasión y lástima. La danza báquica, que se cultiva sobre todo en

---

[68] HERÓDOTO, I 8.

[69] *Odisea* IV 221.

Jonia y en el Ponto, a pesar de ser satírica, hasta tal punto ha sojuzgado a la gente de allí, que en la época señalada todos acuden olvidándose de todo y están sentados todo el día, contemplando Titanes, Coribantes, Sátiros y rústicos. Y ejecutan estas danzas los individuos más nobles y más caracterizados de cada ciudad, no sólo sin avergonzarse, sino que se jactan de ello más que de su nobleza, de sus servicios públicos y de las distinciones de sus antepasados.

80 Y ahora, puesto que ya te dije las virtudes de la danza, déjame que te explique también sus vicios. En cuanto a los del cuerpo, ya los comenté, y los del espíritu creo que tú mismo podrías observarlos con tales explicaciones. Muchos bailarines cometen terribles solecismos por ignorancia, pues es imposible que todos sean sabios. Unos se mueven de modo irracional, sin ninguna relación, por así decirlo, con la medida, con el pie por un lado y la música por otro. Otros se mueven con ritmo, pero los temas van retrasados o se anticipan, como recuerdo haber visto en alguna ocasión. Un bailarín que estaba representando el nacimiento de Zeus y a Crono devorando a sus hijos, se confundía en su danza con las desgracias de Tiestes, arrastrado por la semejanza. Y otro que representaba a Sémele fulminada por el rayo, la equiparó a Glauce, que pertenece a una generación posterior [70]. Pero no hay que condenar en mi opinión a la danza misma a causa de tales bailarines, ni hay que aborrecer su propia actividad, sino que debemos considerar que tales individuos son ignorantes, como así es, y elogiar a quienes lo hacen todo correctamente, de acuerdo con las normas y el ritmo del arte.

[70] La semejanza consiste en que Glauce murió también abrasada por la túnica envenenada que le envió Medea.

En una palabra, el bailarín debe ser perfecto en todo, 81
con un sentido completo del ritmo, bien parecido, proporcionado, coherente, irreprochable, incorruptible, íntegro, provisto de las más altas cualidades, agudo en sus ideas, con una formación profunda y sobre todo con sentimientos humanos. En realidad, la alabanza de los espectadores a tal bailarín será completa cuando cada uno de los asistentes reconozca su propia situación, o más bien se vea a sí mismo en el bailarín como en un espejo, tanto lo que suele sentir como lo que suele hacer. Es entonces cuando las personas no pueden contenerse de emoción y todos en masa se vuelcan al elogio, porque cada uno ve las imágenes de su alma y se reconocen a sí mismos. Realmente, el famoso dicho de Delfos «conócete a ti mismo» se realiza en ellos gracias al espectáculo, porque aprenden lo que tienen que elegir y lo que han de evitar, y se enteran de lo que antes desconocían.

Se produce en la danza, como en la literatura, lo que 82
la gente llama «mal gusto» cuando sobrepasan los límites de la imitación y se esfuerzan más de lo necesario; si hay que representar algo grande, lo representan inmenso, y si tierno, lo afeminan con exageración, mientras lo varonil lo llevan hasta el salvajismo y la bestialización.

Yo recuerdo, por ejemplo, haber visto una vez a un 83
bailarín que antes había sido famoso, inteligente en general y realmente digno de admiración, pero ignoro por qué destino siniestro fue a parar a una representación horrenda por exagerar la imitación. Estaba representando en efecto al Áyax enfurecido inmediatamente después de su derrota, y tanto se sobreexcitó que verosímilmente habría parecido no que representaba una locura, sino que realmente él se había vuelto loco: rompió la ropa de uno de los que lleva-

ban el compás con su calzado de hierro [71], arrebató la flauta a uno de los acompañadores, arremetió contra Ulises que estaba cerca, engreído por su victoria, y le partió la cabeza, con lo que habría perecido el desgraciado Ulises si no le hubiera protegido el gorro, que aguantó lo más fuerte del golpe, caído por obra de un bailarín enloquecido. Pero ya todo el público estaba también fuera de sí con Áyax y saltaban, gritaban y arrojaban sus vestidos; la chusma, totalmente ignorante por ello y sin pretensiones de buen gusto, incapaz de distinguir lo mejor de lo peor, creía que lo que estaba ocurriendo era una aguda imitación de la locura, mientras que las personas cultas, que se estaban dando cuenta y se sentían avergonzados por los acontecimientos, en vez de censurar la representación con su silencio, aplaudían también ellos, para disimular la insensatez de la danza ejecutada, dándose perfecta cuenta de que la realidad no era la locura de Áyax, sino la del bailarín. Nuestro héroe, no conformándose con esto, hizo otra cosa mucho más ridícula todavía: descendió al centro del público y se sentó entre dos consulares, completamente aterrorizados de que los tomara por ovejas y los apaleara.

El asunto produjo en unos admiración, risa en otros, y algunos sospechaban que por el excesivo entusiasmo en la imitación había ido a parar en una verdadera locura.
84 Cuentan que el propio bailarín, cuando recuperó sus cabales le entró tal disgusto por lo que había hecho, que incluso enfermó de pena, como si realmente se autocondenara por su locura. Y demostró personalmente su arrepentimiento de modo muy claro, pues al pedirle de nuevo sus admira-

[71] Calzado con pesadas suelas, originariamente de madera, pero de hierro en tiempo de Luciano, llamadas en griego *kroupézai,* que llevaba una persona que debía marcar el compás del bailarín y de los cantantes.

dores que representara el Áyax para ellos, disculpándose dijo al público: «Ya es suficiente que el actor se vuelva loco una vez». Pero lo que más le molestó es que su antagonista y rival, al que se le asignó el mismo papel de Áyax, representó la locura de modo tan discreto y sensato que fue aplaudido, porque se mantuvo dentro de los límites de la danza, sin estropear la representación.

Te expuse, mi querido amigo, estos pocos logros y 85
actividades de la danza, elegidos entre muchísimos, para que no te molestes demasiado conmigo si la contemplo con apasionamiento. Si quisieras participar conmigo del espectáculo, estoy seguro de que se apoderaría totalmente de ti y que te convertirías además en un danzómano. No necesitaré decirte lo de Circe:

Me tiene suspensa que hayas bebido estas drogas
sin quedar encantado [72]

porque sí que quedarás encantado, y no tendrás, por Zeus, cabeza de burro o corazón de cerdo sino que tu mente se mantendrá muy firme, y tú estarás tan a gusto que no le darás a otro para que beba ni una pizca de la poción. Exactamente como dice Homero acerca de la varita de oro de Hermes, que

adormece los ojos de los hombres

con ella

que quiere, o despierta a los que duermen [73].

[72] *Odisea* X 326.
[73] *Odisea* V 47 s.

Esto es realmente lo que hace la danza, encantando los ojos y haciéndolos despertarse y avivando la inteligencia para cada una de las actividades.

CRATÓN. — Pues bien, Licino, ya me he dejado convencer por ti y tengo los ojos y los oídos abiertos. Acuérdate, amigo mío, cuando vayas al teatro, de reservarme un asiento a tu lado, para que no seas tú el único en volver de allí más sabio.

46

LEXÍFANES

Es un ataque personal a un individuo (de nombre ficticio, inventado para ajustarse al tema) cuyo entusiasmo por la dicción ática es igualado por su ausencia de ideas. Lexífanes es un sofista que padece una enfermedad verbal, una pasión morbosa por las palabras oscuras o inventadas y riega su discurso con extraños aticismos pasados de moda. En la primera parte de la obra Lexífanes lee a Licino su *Banquete,* exhibiendo todas sus faltas hasta la saciedad. En la segunda parte Licino, con la ayuda del médico Sópolis lo cura administrándole un purgante y a continuación lo instruye en la formación y comportamiento propios de un sofista.

Luciano lo ataca con los mismos argumentos que emplea contra *El maestro de retórica:* ambos usan palabras desenterradas o acabadas de inventar, ambos abusan del mismo manojo de aticismos, ambos desprecian la antigua literatura en beneficio de las declamaciones *(melétai)* de los sofistas recientes. Por otra parte, estas acusaciones recuerdan las hechas por escritores antes y después de Luciano. En el *Banquete de los sofistas* de Ateneo, una generación posterior a Luciano, hay una escena en la que el cínico Cinulco acusa a dos invitados de manierismos lingüísticos muy parecidos a los que Luciano lanza contra Lexífanes, algunos incluso implicando las mismas palabras. Por ello se pensó que Lexífanes podía ser uno de los sofistas ulpianitas que describe Cinulco, pero parece más probable que Ateneo conociera el

Lexífanes de Luciano y tomara prestada alguna de sus plumas para usarlas contra los sofistas de su propia época, como había hecho Luciano utilizando las de los epigramáticos.

No hay ninguna certeza de que Luciano escribiera *Lexífanes* pensando en una persona concreta, y si lo hizo, se han perdido muchas de las pistas que pudieron tener los primeros oyentes y lectores. Pretende ser un amigo de Lexífanes y el escenario de la obra parece ser Atenas. Merece la pena reiterar la sugerencia que proyecta una indirecta en el *Banquete* de Lexífanes, cuando el sofista dice de sí mismo: «Tú sabes que yo soy un aficionado al campo *(phílagros)*», porque esto también podría significar «tú sabes que yo soy Filagro», y Filagro de Cilicia era un sofista muy conocido que visitaba Atenas en tiempo de Luciano. Pero si Luciano hubiera intentado que se tomara a Lexífanes por Filagro, tendría que haber exagerado mucho algunas de las peculiaridades de su víctima y omitir otras.

Un rasgo llamativo de la parodia de Lexífanes que hace Luciano es el uso de palabras que ya no se emplean en su antiguo sentido, sino en uno nuevo completamente diferente, de lo que resulta un doble significado cuya traducción adecuada con frecuencia es completamente imposible, por falta de una expresión equivalente.

1 LICINO. — ¿El bello Lexífanes, con un libro?

LEXÍFANES. — Sí, Licino, es un ensayo mío de este año, completamente impoluto.

LIC. — ¿Es que ya nos estás escribiendo algo sobre la polución? [1].

LEX. — No por cierto, ni dije polución, pero ya es hora de que llames así a lo que se acaba de escribir, aunque parece que tienes los oídos taponados de cera.

---

[1] Juego de palabras a base de *neochmós* (reciente, nuevo, impoluto), y *duchmós* (sequía, polución), casi irrepetible en la traducción.

Lic. — Perdona, amigo, pero es que entre polución e impolución hay muchas concomitancias. Pero díme, ¿cuál es la idea de tu obra?

Lex. — Con ella le hago la competencia al banquete de Aristón.

Lic. — Hay muchos Aristones, pero a juzgar por tu banquete me parece que te refieres a Platón.

Lex. — Hiciste una lectura correcta, pero ¡qué ininteligible habría sido para cualquier otra persona!

Lic. — Entonces, léeme algunos pasajes del libro, para que no me quede completamente privado del festín, pues parece que con él nos van a escanciar néctar con el vino [2].

Lex. — Abate tu irónico espíritu, haz permeables tus oídos y escucha. ¡Fuera el cipsélido tapón! [3].

Lic. — Puedes hablar con confianza, que a mí ni Cípselo ni Periandro [4] se me alojan en las orejas.

Lex. — Considera al mismo tiempo, Licino, cómo voy a desarrollar el discurso, si tiene una buena entrada, muestra abundante buena elocución, tiene rico léxico y contiene palabras importantes.

Lic. — Da la impresión de que es así, puesto que es tuyo. Pero empieza de una vez.

Lex. — «Luego cenaremos», dijo Calicles, «y después, 2
en el crepúsculo, daremos una vuelta por el Liceo, pero ahora ya es el momento de ungirnos con los calores del sol, calentarnos con su ardor y comer pan después de bañarnos. Ahora debemos marcharnos. Tú, muchacho, convóyame con el raspador, el odre, el pañuelo y los jabones

---

[2] Cf. Hom., *Il.* I 598, IV 3.

[3] La palabra *kypselís* (de cera) es una distorsión de *kypselḗ* (cerumen del oído), y hace pensar en el tirano Cípselo.

[4] Periandro también era Cipsélida. Cf. Heród., I 20, etc.

hasta el baño y tráete el importe para pagarlo. Tienes en el suelo, junto al cofre, dos óbolos. Y tú, Lexífanes, ¿qué harás? ¿Vendrás también o seguirás ahí sin hacer nada?»

«También yo», dije, «hace un montón de tiempo que estoy deseando bañarme, pues no me encuentro muy bien y tengo el perineo sensible de andar montado en la grupera de una mula. El mulero me metía prisa, a pesar de que también él saltaba a la pata coja. Pero ni siquiera en el campo me sentía descansado, pues me encontré a los obreros gorjeando la canción de verano, otros que estaban preparando la tumba para mi padre; después de ayudarles a cavar la fosa y echar una mano por poco tiempo a los que levantaban arriates, les dejé marcharse a causa del frío, y porque tenían quemaduras (tú ya sabes que con un frío muy fuerte se producen quemaduras). Por mi cuenta recorrí los campos y me encontré con los ajos que crecían en ellos y arranqué algunos rábanos; me aprovisioné de perifollos y legumbres salvajes; compré también sémolas —las praderas no estaban todavía bastante fragantes como para andar entre ellas—, monté en la mula y me desollé la rabadilla. Ahora ando dolorido, sudo muchísimo, tengo el cuerpo hecho polvo y necesito nadar mucho tiempo en el agua;
3 disfruto bañándome cuando estoy cansado. Iré pues corriendo yo mismo junto a mi asistente, que seguramente estará donde la vendedora de purés o en el baratillo esperándome, aunque se le había advertido que me encontrara en el rastro.

»Pero aquí viene oportunamente en persona, después de comprar, según veo, requesón, pan a la ceniza, morralla, pescuezo, ¡fíjate!, papada y callos sinuosos y criadillas de buey. ¡Estupendo, Atición! porque me ahorraste la mayor parte del viaje».

«Y yo», dijo él, «me he quedado bizco, maestro, al echarte un vistazo. ¿Dónde cenaste tú ayer? ¿Acaso con Onomácrito?»

«No por Zeus», dije yo, «sino que me dirigí al campo a toda mecha; tú sabes que yo soy amante del campo, pero vosotros os imaginabais que estaba jugando a los cótabos [5]. Tú entra y disfruta de todo esto; limpia también la artesa para que puedas prepararnos un pastel de lechuga. Yo saldré y me daré un masaje seco» [6].

«También nosotros», dijo Filino, «yo, Onomarco y Helánico aquí presente te seguiremos, pues la manecilla da ya sombra al centro de la esfera [7] y hay el peligro de que tengamos que bañarnos en agua usada, detrás de los Carimantes, zarandeados en masa con la chusma». 4

Y Helánico dijo: «Yo también veo mal, pues tengo las niñas de los ojos turbias, se me cierran los ojos con frecuencia, lagrimeo y mi vista necesita remedio; me hace falta algún discípulo de Esculapio que sepa oftalmología, que me prepare y me dé una medicina que me quite la inflamación de los ojos, me suprima las legañas y deje de tener la mirada húmeda».

Conversando sobre estos temas, todos los que estábamos 5 presentes nos marchamos, y una vez que llegamos al gimnasio, ya desvestidos, uno se ejercitaba en la lucha con las manos, otro en las presas de cuello y en la lucha de pie, otro hacía inflexiones untado de aceite, otro se enfrentaba con el saco de arena, otro cogía bolas de plomo y

[5] Juego consistente en echar el resto de una copa de vino en una cubeta de metal, invocando el nombre de la mujer amada; si al caer el vino producía un sonido vibrante, era señal de amor correspondido.

[6] Sin baño previo.

[7] Del reloj de sol.

las disparaba con las manos. A continuación, después de frotarnos mutuamente las espaldas y jugar en el gimnasio, yo y Filino nos bañamos en una bañera de agua caliente y salimos; los demás, tirándose de cabeza al agua fría como los delfines, nadaban bajo el agua admirablemente.

Regresamos de nuevo cada uno por su parte y nos dedicábamos a distintas actividades: yo me puse el calzado y me restregaba la cabeza con una almohaza [8] hecha con dientes, pues no me había cortado el pelo a la jardinera sino al copete [9], de modo que en poco tiempo tenía la barba y la cabeza sin pelo. Otro comía altramuces, otro vomitaba su ayuno, otro ahuecando rábanos comía sopa de pescado, otro comía hierbajos, otro engullía cebada.

6 Cuando fue la hora, cenábamos apoyados en los codos: había también sillas de tijera y jergones; la cena fue sin gastos [10]. Se habían preparado diversos manjares en abundancia: manitas de cerdo y costillas, tripas, amnios de cerda parida, hígado a la sartén, picadillo de ajos y aceitunas negras, salsa de especias y otros condimentos parecidos, compotas y hojas de parra rellenas, pasteles de miel. De las vituallas marinas, había muchas clases de peces sin escamas, todos los ostráceos, filetes de pescado del Ponto, en cestas de mimbre, anguilas del Copais, gallinas domésticas, capones; el pescado era un plato más.

También teníamos oveja completamente asada al horno y muslo de buey de edad desconocida; había panes de candeal, de buena clase, otros de la luna llena, que habían

---

[8] La palabra peine *(kteís)* no le parece a Lexífanes bastante elegante.

[9] Dejaba pelo sólo en lo alto de la cabeza. Ambos estilos estaban pasados de moda.

[10] La expresión *apò symphorôn* para Lexífanes significa «sin contribución» pero para cualquier otro de su época es «sin catástrofes».

llegado con retraso a la fiesta, verduras de superficie y subterráneas. Había vino que no era viejo, sino de odre, ya seco, pero todavía verde.

Había copas de todas clases sobre una mesa de Delfos, 7
el cubrefrentes y un cacillo obra de Mentor [11] con un asa fácil de coger, la jarra que gorgotea, la copa de cuello largo y muchas producto de la tierra, como las que cocía Tericles [12], vasos espaciosos y de amplia boca, unos de Focea, otros de Cnido, pero todos ligeros como soplos y con escamas membranosas. Había también tacitas, copitas, vasitos con inscripciones, de modo que el aparador estaba lleno.

Sin embargo, el calefactor, que hervía sobre nuestra 8
cabeza, derramaba sobre nosotros las brasas. Bebíamos sin parar y ya estábamos ligeramente borrachos. A continuación nos ungimos con pamporcino y alguien introdujo a una bailarina que también tocaba la cítara y después uno de nosotros, trepando hasta el desván... buscaba algún postre, otro jugaba a batir palmas y otro doblaba el espinazo de risa.

Al mismo tiempo que nos habíamos bañado se nos 9
presentaron autoinvitados Megalónimo el Buscapleitos, Quéreas el Orífice camaleónico y Eudemo el de las orejas rotas. Yo les pregunté por qué motivo habían llegado tarde.

Entonces Quéreas dijo: «Yo estaba martilleando unas baratijas para mi hija, pendientes y brazaletes, y por esa razón llegué con retraso a la cena».

«Y yo», dijo Megalónimo, «estaba en otras cosas, pues era como sabéis un día inhábil para la justicia y no apto

---

[11] Única alusión a Mentor en la literatura griega. Los escolios lo citan como fabricante de cristalería.

[12] Parece que fue un alfarero corintio, contemporáneo de Aristófanes.

para discursos, de modo que había suspensión de lengua, no podía medir mis palabras ni era un día fijado para hacerme conceder mi porción de agua. Al informarme de que el Pretor estaba visible, tomé ropa sin estrenar, de buen paño, calzados sin usar y salí.

10 »En seguida me encontré con un portaantorchas, un hierofante y otros celebrantes de misterios [13] que arrastraban a Dinias, empujándole hacia el tribunal, presentando contra él el cargo de que les había citado por su nombre, y eso a pesar de saber que desde que fueron consagrados eran anónimos y no podían ser nombrados, puesto que ahora eran hierónimos. Me llamaba por mi nombre».

«No sé», dije yo, «a qué Dinias te refieres».

«Se trata», dijo él, «de un asiduo tragacebollas de los garitos, gorrón y oportunista, siempre con el pelo largo, calzado con borceguíes o pantuflas, con túnica de dos mangas».

«¿Qué pasó?», dije yo, «¿fue castigado de algún modo o se marchó después de tratarle con desprecio?»

«En realidad», dijo él, «este elemento, que hasta entonces oía la flauta, ya está puesto a buen recaudo, pues el Pretor, aunque intentaba escapar, lo mandó esposar y lo encerró sujeto con cepo, collar e instrumentos de tortura, de modo que está preso, ventosea el desgraciado de miedo, huele mal y está dispuesto a dar dinero por su vida».

11 «Pues a mí», dijo Eudemo, «me mandó llamar, todavía entre dos luces, Damasias, el que fue en otro tiempo atleta y campeón, que ya está fuera de competición por su edad; tú sabes que tiene una estatua de bronce en el ágora. Me pasé el tiempo cociendo y asando, pues iba a casar a su hija hoy y ya la estaba embelleciendo, pero so-

---

[13] Se refiere a los de Eleusis.

brevino una desgracia termeria [14] que interrumpió la fiesta: su hijo Dión, en efecto, afligido por algún motivo que ignoro, o más bien alcanzado por alguna maldición divina, se ahorcó y seguro que habría muerto si yo no me hubiera acercado para descolgarlo y aflojarle el lazo, en cuclillas mucho tiempo a su lado, pellizcándole, haciéndole cosquillas y ruido, por miedo de que su garganta estuviera todavía obstruida en alguna parte. Pero lo que más le ayudó fue que sujeté sus extremidades, comprimiéndolas con ambas manos» [15].

«¿Acaso te refieres», dije yo, «al famoso Dión el marica, el de escroto lacio y afeminado, el jovencillo que masca lentisco, que se masturba y se toquetea cada vez que advierte a alguien con un hermoso miembro? Es una basura y un puto». 12

«Pues como decía», dijo Eudemo, «como Damasias venera a la diosa —tienen a Ártemis en medio del patio, obra de Escopas— postrados ante ella. Él y su mujer, que ya es mayor y tiene la cabeza completamente cana [16], le pedían que se compadeciera de ellos. Y ella al punto asintió y él ya está sano y salvo, de modo que ahora tienen un Teodoro y aún más claramente un Artemidoro [17] en el jovencillo. Y así le han ofrecido a la diosa entre otras cosas arcos y flechas, puesto que se complace con ello, ya que es arquera y luchadora a distancia Ártemis».

---

[14] Ni los antiguos sabían qué significaba lo de Termeria, salvo que era una gran desgracia. Según *Suidas*, el nombre derivaba del de la fortaleza de un tirano de Caria que se usaba como prisión.

[15] Aunque Eudemo trata de decir que intentaba ayudarle, su lenguaje es tan equívoco que parece lo contrario.

[16] Alusión equívoca a Atenea Políada (de la ciudad).

[17] «Don de dios», «don de Ártemis».

13 «Bebamos pues», dijo Megalónimo, «ya que he venido con esta botella de vino viejo, queso fresco, olivas de las que tira el viento —las guardo bajo sellos corroídos por los gusanos [18]— y otras en conserva, y estos frascos de arcilla, de agudas escamas, con sólido fondo, para que bebamos de ellos; también he traído una torta de tripas con una trenza como un copete. Tú, muchacho, échame más agua, para que no se me empiece a cargar la cabeza y llame luego a tu niñero contra ti: porque ya sabes lo mal
14 que lo paso y cómo tengo la cabeza envuelta. Después de la bebida, cotillearemos según costumbre, porque no está mal parlotear con unas copas dentro».

«Apruebo esto», dije yo, «puesto que somos la quintaesencia del aticismo».

«Tienes razón», dijo Calicles, «pues hablar en broma entre nosotros muchas veces es un estímulo para el cotorreo».

«En lo que a mí respecta», dijo Eudemo «—puesto que hace frío—, con más gusto bebería vino más puro, porque estoy congelado y una vez que me haya calentado disfrutaré más oyendo a esos manisabios [19], al flautista y al que toca el laúd».

15 «¿Qué has dicho, Eudemo?», dije yo, «¿acaso tratas de imponernos silencio, como si no tuviéramos boca ni lengua? Mi lengua ya tiene ganas de hablar y en realidad yo ya estaba zarpando para hablaros en lenguaje antiguo y anegaros a todos como con nieve con mi lengua, pero tú has intentado conmigo lo mismo que si alguien a una nave de carga de tres velas, navegando con viento favorable, con las velas hinchadas, surcando por encima de las olas,

---

[18] En tiempo de Luciano sólo un anticuario podía tener estos sellos.

[19] Porque hacían muchos gestos con las manos. Cf. *Sobre la danza* 69.

le echara áncoras de doble brazo, rejones de hierro y amarras tratando de detenerla en su carrera por el oleaje, por envidia de la buena travesía».

«Entonces», dijo él, «si tú quieres, navega, nada y corre por las olas, pero yo me quedaré en tierra bebiendo, y como el Zeus homérico contemplaré desde las rocas o desde lo alto del cielo cómo te transportas tú y a la nave impulsada por un viento favorable de popa».

LICINO. — Ya está bien, Lexífanes, de bebida y de 16
lectura. A mí me tienes ya medio borracho y con bascas, y como no vomite rápidamente todo lo que nos has contado, puedes tener la seguridad de que me voy a volver loco con el zumbido de todas las palabras con que nos has regido. Aunque al principio me provocaban risa, luego cuando salieron tantas y todas eran iguales, te compadecía por tu desgracia al ver en qué laberinto sin salida te habías metido y darme cuenta de que sufrías la más grave de todas las enfermedades, quiero decir que estabas loco de atar.

Ahora me pregunto a mí mismo de dónde pudiste 17
reunir tantas desgracias y cuánto tiempo te llevó y dónde tienes encerrado un enjambre tan grande de palabras extrañas y distorsionadas, parte de las cuales las creaste tú, otras las desenterraste cavando en alguna parte, según dice el verso

así perezcas tú que almacenaste las desgracias de los hu-
[manos

reuniendo y derramando tanto barro contra mí, que no te había hecho ningún daño. Yo creo que no tienes ni amigos, ni allegados ni personas que te quieran, ni te has encontrado nunca con un hombre libre y que hablara con franqueza para decirte la verdad y librarte de la hidropesía

que tienes, que te pone en peligro de reventar por la enfermedad, mientras crees que estás de buen ver y piensas que tu desgracia es salud, te alaban los ignorantes que no saben lo que te pasa y te compadecen lógicamente las personas cultas.

18 Pero oportunamente veo que se acerca el médico Sópolis. Ea, vamos a tratar de ponerte en sus manos y a discutir con él sobre tu enfermedad para intentar encontrar alguna curación; es un hombre inteligente y ya se ha hecho cargo de muchos medio chalados como tú y chocheando y los ha remediado con sus medicinas. ¡Salud, Sópolis! Hazte cargo de Lexífanes, aquí presente, que es nuestro amigo como sabes y actualmente está afectado por una estúpida y extraña enfermedad del lenguaje que le pone en peligro completo de muerte. Sálvale de una manera o de otra.

19 LEXÍFANES. — No a *mí*, Sópolis, sino a Licino aquí presente, que evidentemente es un imbécil, cree que están equivocadas las personas sensatas y a la manera del hijo de Mnesarco de Samos nos impone silencio y huelga de lengua. Pero por la atrevida Atenea y el gran teriómaco Heracles, no me voy a preocupar *de él ni una pizca ni* una gota. En realidad detesto totalmente encontrarme con él y pego un bufido cuando le oigo soltar tales reproches. Y ahora me voy a casa de mi amigo Clinias, porque he oído que su mujer hace tiempo que está impura y enferma porque no tiene la regla, de modo que ni siquiera la monta, sino que ella está sin hollar y sin arar.

20 SÓPOLIS. — ¿Y qué enfermedad tiene Lexífanes, Licino?

LIC. — Precisamente ésta, Sópolis: ¿No oyes cómo habla? Prescinde de nosotros, los que ahora conversamos con él, y nos habla en un lenguaje de hace mil años, distorsionando *su lengua y componiendo* palabras extrañas que se

toma muy en serio, como si fuera algo importante emplear un idioma extraño y falsificar la moneda de uso corriente.

SÓPOLIS. — ¡Por Zeus, me estás hablando de una enfermedad grave, Licino! Hay que ayudar a ese hombre por todos los medios y —como providencialmente me vine con esta medicina para algún bilioso, de modo que al beberla echará su bilis— ¡ea!, Lexífanes, sé tú el primero en beberla, para que te nos pongas bueno y te purgues, una vez que te hayas vaciado de un lenguaje tan absurdo. Hazme caso, bebe y te sentirás mucho mejor.

LEXÍFANES. — No sé lo que me estáis haciendo, Sópolis, tú y Licino, al hacerme beber esta pócima. Temo que esta bebida se me convierta en ataúd de mi lenguaje.

LICINO. — Bebe y no te retrases, para que puedas pensar y hablar como un ser humano.

LEX. — Ea, ya te hago caso y voy a beber. ¡Ay! ¿qué es esto? ¡Qué ruido de tripas tan tremendo! Parece que me he bebido un ventrílocuo.

SOP. — Entonces empieza ya a vomitar. ¡Ajá! Primero 21
lo de «acaso», inmediatamente después ha salido «y después», a continuación lo de «dijo él» y «de alguna manera» y «mi muy querido» y «en verdad» y el incesante «algunos». Haz un esfuerzo, métete los dedos en la garganta, que aún no has vomitado «conjuntamente» ni lo de «retorcerse» ni lo de «dedicarse a algo», ni lo de «atormentarse». Muchas siguen todavía dentro y tu tripa está llena de ellas [20]. Mejor sería si salieran algunas por abajo. En cualquier caso un gran pedo en las narices hará un gran ruido al coincidir su salida con el aire.

---

[20] Algunas de estas palabras *(lôste, íktar, skordinâsthai, teutázesthai, skýllesthai)* no las usa Lexífanes.

Ea, ya está limpio éste, salvo que haya quedado algo en los intestinos inferiores. Tú ahora hazte cargo de él, Licino, cambia su educación y enséñale lo que tienes que decir.

22 LIC. — Así lo haremos, Sópolis, puesto que tus enseñanzas nos han abierto el camino. A ti te corresponde, Lexífanes, la sugerencia en lo sucesivo. Si realmente deseas que te elogien por tu estilo y ser famoso entre las masas, huye y evita esta clase de expresiones; empieza por los mejores poetas y léelos con la tutela de maestros; pásate luego a los oradores y cuando te hayas familiarizado con su dicción cámbiate oportunamente a Tucídides y Platón, pero después de haberte ejercitado mucho en la hermosa comedia y la majestuosa tragedia. Porque, una vez que hayas libado todas sus bellezas, serás alguien en las letras. Pues ahora, sin darte cuenta, te pareces a los fabricantes de muñecas del ágora, que están pintadas por fuera de rojo y azul, pero por dentro son de barro y muy frágiles.

23 Si obras así, aguantas por poco tiempo el reproche de ignorancia, y no te avergüenzas de aprender de nuevo, podrás hablar con confianza al público y no se reirán de ti como ahora ni estarás para mal en la boca de las personas más distinguidas, que te calificarán de «Griego» y de «Ático», cuando ya no seas digno de figurar entre los bárbaros más conspicuos. Recuerda ante todo no imitar lo más malo de los sofistas que existieron poco antes de nosotros, *ni mordisquearlo, como haces* ahora, sino eliminarlo e imitar únicamente los antiguos modelos. Que no te seduzcan las amapolas de las palabras, sino que a la manera de la norma de los atletas, que tu alimentación habitual sea sólida, y ante todo ofrece sacrificios a las Gracias y a la Claridad, de las que ahora te has apartado muchísimo.

24 Abstente de la vanidad, la jactancia y la malicia, de fan-

farronear y de dar gritos, de burlarte de los otros y de creer que serás el primero si calumnias las obras de todos.

Tampoco es un pequeño error sino más bien el mayor que cometes cuando sin haber preparado las ideas de lo que vas a decir lo adornas con expresiones y palabras, encuentras en alguna parte una expresión extraña o la inventas tú mismo y crees que es bella; luego tratas de ajustarle una idea y te parece un castigo no poder embutirla en alguna parte, aunque no sea necesario para lo que estás diciendo, como ocurrió recientemente con la palabra «tizón», que la pusiste sin saber lo que significa y sin ninguna relación con el tema. Los inexpertos se quedaron asombrados, con los oídos sacudidos por la extravagancia, y las personas cultas se reían de ambas cosas, de ti y de los que aplaudían.

Pero lo más ridículo de todo es que en tu deseo de 25
ser el colmo del aticismo y de ajustar rigurosamente tu lenguaje al modelo más arcaico, mezcles algunos términos, o más bien la mayoría, a lo que estás diciendo, en casos que ni un niño que está empezando a aprender ignoraría. Como, por ejemplo, ¿cómo crees que yo estaba deseando que me tragara la tierra al oír tu exhibición, cuando creías que se llamaba tuniquilla una prenda masculina y denominabas «esclavitos» a los servidores masculinos, cuando nadie ignora que la tuniquilla es una prenda femenina y sólo se llama esclavitos a las mujeres? Hay otros ejemplos mucho más evidentes que éste, como lo de «aleteó», «saliendo al encuentro», «sentándose», que ni siquiera están naturalizados en la lengua del Ática [21]. Nosotros tampoco aplaudimos a los poetas que escriben poemas llenos de palabras rebuscadas, pero tus obras, comparando la prosa

[21] *Híptato, apantómenos, kathestheís.*

con el verso, serían como el *Altar* de Dosiadas, la *Alejandra* de Licofrón o cualquier otra más desgraciada por su lengua que éstas.

Si imitas estas obras y cambias de aprendizaje, habrás tomado la mejor decisión sobre ti mismo, pero si te deslizas de nuevo sin darte cuenta en la exquisitez, yo habré cumplido mi parte de advertencia y tú podrás inculparte a ti mismo cuando comprendas que has empeorado.

47

EL EUNUCO

Es una sátira maliciosa a propósito de la competición por una cátedra de Filosofía, creada en Atenas junto con otra de Retórica por Marco Aurelio. Las cátedras de Filosofía se repartían únicamente entre cuatro escuelas, la platónica, la estoica, la epicúrea y la peripatética. Había dos cátedras para cada secta, según se deduce de la afirmación de que la vacante se debe al fallecimiento de uno de los peripatéticos.

Cada cátedra tenía un estipendio de diez mil dracmas anuales. El primer nombramiento de Retórica (Teódoto) fue hecho por el propio emperador; los de Filosofía se encomendaron a Herodes Ático, que, sin embargo, sólo pudo hacer el primero, en 176 a. C., ya que su muerte no pudo ocurrir después del 178. Por ello no es sorprendente que Luciano hable de una selección hecha por un jurado de prominentes atenienses.

El diálogo, sin duda, se compuso en la época del concurso *(ca.* 179 d. C.) en Atenas. Los nombres que se dan son ficticios y no conocemos datos que permitan identificarlos.

Los interlocutores son Pánfilo y Licino, que comentan muertos de risa el pleito que acaba de plantearse para la provisión de la cátedra. Los aspirantes a la plaza, Diocles y Bagoas, han debatido sus argumentos (curriculum), pero como ninguno ha podido demostrar ser mejor que el otro, han sacado a relucir sus vida privadas (antes se llamaba la «trinca»), hasta el punto de que uno de ellos acusa al otro de eunuco e incapaz por ello de dedicarse a la Filosofía. La víctima se defiende, entre otros argu-

mentos, haciendo ver que el ser eunuco es una garantía para dedicarse a la educación de la juventud. Luego resulta que no era tan eunuco y todos se echan a reír, cuando alguien propone que se le desnude para comprobar la situación, y hasta se sugiere que cohabite con él una prostituta. Como no se ponen de acuerdo los jueces, transfieren el expediente a Italia.

1 PÁNFILO. — ¿Dónde has estado, Licino y por qué vienes riéndote? Porque tú siempre estás alegre, pero esto es algo fuera de lo corriente, en cuanto no puedes aguantar la risa.

LICINO. — Aquí me tienes procedente de la plaza, Pánfilo, y enseguida te la voy a contagiar, en cuanto oigas la tramitación del pleito a la que asistí, con filósofos discutiendo entre ellos.

PÁN. — Estás diciendo algo verdaderamente divertido, que pleiteen entre ellos los filósofos, cuando deberían resolver en paz entre sí sus diferencias, por importantes que fueran.

2 LIC. — ¿De dónde van a resolver en paz, mi querido amigo, unas personas que se enzarzan tirándose entre ellos carretadas de insultos, dando gritos y descompuestos?

PÁN. — ¿Sin duda, Licino, discrepaban en sus argumentos, como es corriente, por ser de doctrinas diferentes?

LIC. — ¡Qué va! Se trataba de algo distinto, porque ambos eran de la misma doctrina y partían de los mismos argumentos. Sin embargo, se había planteado el pleito y los jueces que votaban eran los más competentes, con más experiencia y más sabios de la ciudad, en cuya presencia cualquiera se habría avergonzado de dar la nota, y no digamos de llegar a tan gran desvergüenza.

PÁN. — Entonces podrías contarme ya por favor lo más importante del pleito, para que yo mismo conozca el motivo que te provocó tan gran risa.

LIC. — Muy bien, Pánfilo, el emperador ha establecido, 3
como sabes, una gratificación no despreciable para los filósofos según escuelas, me refiero a los estoicos, a los platónicos y a los epicúreos, sin contar a los del Perípato, la misma para todos. Al morir uno de ellos, debe subrogarse otro en su lugar, aprobado por los votos de los ciudadanos más distinguidos. La recompensa no es «una piel de buey ni una víctima» [1], según el poeta, sino diez mil dracmas anuales, con el compromiso de enseñar a los jóvenes.

PÁN. — Estoy enterado, y dicen que uno de ellos ha muerto recientemente, al parecer uno de los peripatéticos.

LIC. — Ésta es, Pánfilo, la Helena por la que lucharon en combate individual entre ellos. Hasta aquí no había nada que provocara la risa, salvo quizá que hombres que decían ser filósofos y que despreciaban las riquezas, luchaban por ellas como por la patria en peligro, los altares patrios y las tumbas de los antepasados.

PÁN. — Sin embargo, éste es también un dogma de los peripatéticos: no despreciar excesivamente las riquezas, sino considerar que son «un tercer bien».

LIC. — Es correcto lo que dices, pues tal es su afirmación y la guerra se desarrolló entre ellos según las normas tradicionales. Pero escucha lo que sigue.

Otros muchos competidores intervinieron también en 4
el discurso fúnebre por el filósofo muerto, pero dos de ellos sobre todo estaban empatados: el viejo Diocles —ya sabes a quién me refiero, al discutidor— y Bagoas, el que tenía fama de ser eunuco. Previamente ambos habían debatido sus argumentos, uno y otro habían demostrado su conocimiento de los principios y su adhesión a Aristóteles

[1] HOM., *Il.* XXII 159.

y sus ideas. Y, por Zeus, ninguno de ellos era mejor que el
5 otro. Entonces el final del pleito dio un nuevo giro, pues Diocles, prescindiendo de exponer sus propios méritos se volvió contra Bagoas e intentaba sobre todo censurar su vida privada; de la misma manera, Bagoas también empezó a comparar la vida del otro.

PÁN. — Naturalmente, Licino, y deberían dedicar más bien la mayor parte de su discurso a este aspecto. Por mi parte, si casualmente yo fuera juez creo que me ocuparía sobre todo de esto, tratando de averiguar quién llevó mejor vida antes que su mejor preparación de los temas, y lo consideraría más adecuado para la victoria.

6 LIC. — Tienes razón y cuentas con mi voto en esto. Pero cuando ya se habían insultado bastante y se habían llenado de incriminaciones, al final Diocles negó en conclusión que se pudiera permitir en absoluto que Bagoas se dedicara a la Filosofía o se beneficiara de sus recompensas siendo eunuco, sino que tales individuos merecían ser excluidos no sólo de estas actividades sino incluso de los propios templos, de las abluciones sagradas y de todas las reuniones públicas, manifestando que era un espectáculo de mal augurio y execrable si uno se encontraba con un individuo así al salir de su casa por la mañana. Y pronunció un largo discurso sobre este tema, haciendo ver que el eunuco no era ni hombre ni mujer, sino un compuesto, híbrido y monstruoso, extraño a la naturaleza humana.

PÁN. — Estás hablando de una acusación nueva, Licino, y ya me siento movido a risa al oír una inculpación tan inesperada. Pero, ¿qué hizo el otro?, ¿se quedó quieto o tuvo valor para dar alguna réplica?

7 LIC. — Al principio, por vergüenza y cobardía —cosa natural en esta clase de personas— estuvo mucho tiempo callado, poniéndose colorado y sudando de modo eviden-

te, pero finalmente, con voz débil y afeminada, dijo que Diocles obraba injustamente al intentar eliminarle de la Filosofía por ser eunuco, ya que de ella participaban incluso las mujeres y aludió a Aspasia, Diótima y Targelia, para que colaboraran en su defensa [2]; incluso a un académico eunuco procedente de la Galia, que poco antes de nuestra época había alcanzado fama entre los griegos [3]. Pero si este individuo hubiera sobrevivido y hubiera participado de las mismas pretensiones, también a él le habría eliminado Diocles, sin dejarse conmover por su fama entre el público: recordaba también las observaciones humorísticas que habían hecho contra él sobre todo los estoicos y los cínicos [4] a propósito de su defecto físico.

En esto estaban ocupados los jueces y lo más importante 8
de la reflexión sometida a disputa era si debía ser aprobado un eunuco que profesaba la Filosofía y solicitaba que se le confiara la tutela de los jóvenes: uno decía que la presencia y el buen estado físico debían formar parte del filósofo, y que lo más importante era que tuviera una barba abundante que inspirara confianza a quienes se acercaran a él con el deseo de aprender y fuera digna de las diez mil dracmas que iba a recibir del emperador, mientras que el caso del eunuco era peor que el de los castrados al servicio de Cibeles, ya que éstos al menos una vez ha-

---

[2] Targelia de Mileto fue una famosa hetaira, amante de Antíoco, rey de Tesalia *ca.* 520-510 a. C. Le sobrevivió treinta años y actuó a favor de Persia cuando Jerjes invadió Grecia. Se dice que Aspasia la tomó como modelo. Diótima puede ser una invención de Platón, que en el *Banquete* (201d y ss.) le adjudica en boca de Sócrates un discurso sobre el amor que éste repite a sus amigos.

[3] Alusión a Favorino de Arlés, a quien conocemos por Filóstrato y sobre todo por Aulo Gelio.

[4] Entre los cínicos estaba Demonacte. Cf. Luc., *Demonacte* 12 y 13.

bían probado la virilidad, mientras que éste estaba capado desde el principio y era un ser vivo ambiguo como las cornejas, que no se podrían considerar ni entre las palomas
9 ni entre los cuervos. Otro decía que no se trataba de un examen físico sino que debía ser una indagación anímica e intelectual y del conocimiento de las doctrinas. Entonces se citaba como testigo del argumento a Aristóteles, que admiraba con exageración al eunuco Hermias, tirano de Atarneo, hasta el punto de ofrecerle sacrificios como a los dioses. Todavía se aventuró Bagoas a añadir una observación, que un eunuco era mucho más adecuado como maestro para los jóvenes, porque no podía incurrir en calumnia alguna respecto a ellos ni sufrir la misma acusación que Sócrates de corruptor de la juventud. Y como también había sido ridiculizado especialmente por su falta de barba, soltó además esta pulla en tono gracioso (al menos se lo parecía a él): pues si hubiera que juzgar a los filósofos por la densidad de su barba, dijo, lo más justo sería anteponer a un macho cabrío sobre todos ellos.

10 En esto una tercera persona que estaba presente —su nombre debe quedar en el anonimato— [5] dijo: «Verdaderamente, señores del jurado, si a este barbilampiño, de voz afeminada, que en general parece un eunuco se le desnudara, os aparecería como un hombre completo. A menos que mientan los que hablan de él, incluso fue convicto de adulterio en una ocasión, con el miembro en los miembros, como dicen las leyes de Solón. Pero entonces se refugió en el nombre de eunuco y al encontrar este santuario fue absuelto, ya que los jueces desconfiaron de la acusación ante su evidente aspecto. Yo creo que ahora se retractará a la vista de la subvención que se propone».

[5] Seguramente se trata del propio escritor.

Al pronunciarse estas palabras todos se echaron a reír, 11
como era lógico. Bagoas, en cambio, estaba más alterado, totalmente confundido, poniéndose de todos los colores, cubierto de sudor frío, y ni le parecía que fuera correcto mostrar su acuerdo con la acusación por adulterio ni le parecía inútil esta acusación en el proceso presente.

PÁN. — Es verdaderamente ridículo, Licino, y parece que os proporcionó un entretenimiento poco corriente. Pero bueno, ¿qué ocurrió al final y cómo decidieron los jueces sobre la cuestión?

LIC. — Los jueces no tenían todos la misma opinión, 12
sino que unos creían que había que desnudarle como a los esclavos cuando se les compra e inspeccionarle para averiguar si podía practicar la Filosofía en lo que se refiere a sus partes. Otros hicieron la sugerencia, todavía más ridícula, de hacer venir a algunas mujeres del prostíbulo y pedirle que se reuniera y cohabitara con ellas, y que uno de los jueces, el de mayor edad y de mayor confianza estuviera presente y comprobara si podía practicar la Filosofía. Entonces, como la risa se adueñó de todos y no había quien no sufriera dolores de tripa por las contorsiones, decidieron rechazar la causa y enviarla de nuevo a Italia.

Y ahora, uno de ellos está según dicen entrenándose en 13
la demostración de su elocuencia, se prepara y fragua una acusación, trata de presentar de nuevo la inculpación de adulterio, que para él es desfavorable y en esto se comporta como los malos abogados, tratando de incluir a su adversario entre los hombres por medio de esta inculpación. Pero Bagoas, según rumores, se interesa por otras cosas, actúa como un hombre asiduamente y tiene el control de la situación en sus manos, con lo que espera ganar si consigue demostrar que no es inferior a los asnos que montan a las yeguas. Éste es, amigo mío, al parecer, el mejor crite-

rio respecto a la Filosofía y una demostración irrefutable. Por ello desearía que también mi hijo —que es todavía muy joven— tuviera el miembro apto para la Filosofía, más que la lengua o el pensamiento.

48

SOBRE LA ASTROLOGÍA

Aunque algunos consideran increíble esta defensa de la Astrología por parte de Luciano, Hall defiende su autenticidad en *Lucian's Satire*, págs. 381-88. Se trata de un elogio fingido de la Astrología judicial, puesto en boca de un personaje antiguo y respetable que emplea el dialecto jónico, casi con seguridad Demócrito, comparable a Heródoto en el uso de la prosa jónica y autor, según Cicerón, de un tratado de adivinación por el examen de las entrañas *(De divinatione* I 42). Tan inteligentemente está hecho que ha engañado a mucha gente, que lo tomaron en serio y lo creyeron espurio. Sin embargo, su origen lucianesco está claro si se estudia atentamente. Orfeo, que en otros libros de Luciano desempeña un papel importante en la introducción de la Filosofía y de la danza, es aquí también el que instruyó en la Astrología, pero no de una manera abierta, ni a la luz pública, sino mediante un lenguaje críptico (cap. 10).

La nueva asunción de distintos pueblos de Egipto que veneraban diferentes signos del Zodíaco, sirve para explicar no sólo las figuras de animales en sus dioses (un tópico al que Luciano recurre con frecuencia maliciosamente) sino también el tabú de los peces, que se repite en *La diosa siria*. El mismo cariño en la racionalización de los mitos, con un guiño en la mirada, que en otros lugares convierte en bailarines de pantomima no sólo a Proteo sino a Empusa, aquí se impone con un abandono completo, en sentido astrológico, hasta el punto de incluir a Pasífae

entre los adeptos. Y cuando el puro deseo de contar una historia le seduce hasta el punto de reiterar un cuento favorito, el de Faetón, su estilo le traiciona por completo.

Es únicamente un elogio inventado, pero a pesar de la diversión que encierra no está pensado como sátira o parodia. Es fundamentalmente un ejercicio literario sofístico de la misma naturaleza que *Fálaris I* y *II*, donde lo divertido es incidental (un *párergon* lucianesco).

1 Este escrito trata del cielo y de los astros, pero no de los propios astros ni del cielo mismo, sino de la auténtica adivinación que de ellos llega hasta la vida de los seres humanos. Pero mi relato no contiene consejos ni imparte enseñanzas sobre cómo debe manejarse esta adivinación, sino que mi objetivo es censurar a cuantos sabios ejercen las otras disciplinas y las exponen entre todos sus discípulos y únicamente dejan de cultivar y tomar en considera-
2 ción la Astrología. Y en realidad es una ciencia antigua, y no ha llegado a nosotros recientemente, sino que es una creación de reyes de la Antigüedad marcados por el favor divino, mientras que las generaciones actuales, por ignorancia, indolencia e incluso por odio al trabajo, mantienen opiniones contrarias a aquéllos y cada vez que se encuentran con personas que les hacen adivinaciones falsas, acusan a los astros y aborrecen la propia Astrología, que no consideran sana ni auténtica, sino una doctrina falsa y superficial, opinión que yo considero injusta, pues ni la impericia del artesano supone error de la artesanía ni la ineptitud del flautista es ignorancia de la propia música, sino que ellos son ignorantes de su arte, pero cada arte es sabio por sí mismo [1].

[1] Véase este mismo tema en *Sobre la danza* 80.

Fueron los etíopes quienes por primera vez comunica- 3
ron esta creencia a la humanidad. La causa de ello es por
una parte la sabiduría de este pueblo —pues los etíopes
son en general más sabios que otros— y en parte también
por la bondad de su clima, pues siempre tienen buen tiem-
po y ausencia de viento, y no están sometidos a las vicisi-
tudes del año, sino que viven en una sola estación. Por
ello, al darse cuenta de que la luna no aparecía siempre con
la misma forma entera, sino que tomaba distintos aspectos
y se cambiaba en diversas figuras, pensaron que la cosa
era digna de admiración y duda; investigaron en conse-
cuencia y encontraron la causa de estos fenómenos, a sa-
ber que la luna no tenía luz propia, sino que le venía
del sol. Descubrieron también el movimiento de las otras 4
estrellas, que nosotros llamamos planetas —pues únicamente
éstos se mueven— su naturaleza y su potencia y las activi-
dades que cada uno realiza. Además, les impusieron nom-
bres a cada uno, pero no simplemente nombres según les
parecía, sino marcas distintivas.

Esto es lo que los etíopes habían observado en el cielo; 5
a continuación, transmitieron su doctrina incompleta a sus
vecinos los egipcios y éstos, que habían recibido de aqué-
llos el arte de la adivinación estructurado a medias, lo hi-
cieron progresar, señalaron las medidas del movimiento de
cada planeta y determinaron el número de los años, meses
y horas. Midieron los meses por las revoluciones de la luna,
los años por el sol y su recorrido. Hicieron también otros 6
descubrimientos, mucho más importantes que éstos: divi-
dieron todo el cielo, con las otras estrellas que no andan
errantes y están fijas y no con las que se mueven, en doce
partes, y (les dieron) nombres propios [2]... de seres vivos

[2] Laguna. Hemos aceptado la conjetura de HARMON.

a cada parte, que imitan formas distintas, unas de animales marinos, otras de seres humanos, otras de fieras, de aves, de bestias de carga.

7 Por esta razón, todavía se representan los seres sagrados egipcios de muchas formas [3]. Porque no todos los egipcios ejercían la adivinación a partir de los doce signos completos, sino que unos usaban unos signos y otros uno diferente; así, veneran al carnero los que tienen su mirada puesta en el carnero, no comen peces los que se expresan con el signo de piscis, ni matan machos cabríos cuantos tienen conocimiento de capricornio, y así cada uno por separado rinden culto según sus ideas. Seguramente rinden culto al toro por respeto al tauro celestial, y Apis disfruta de especialísima veneración y pastorea sus campos, donde le han consagrado un oráculo, como señal de la adivinación del tauro celestial.

8 Poco tiempo después, también los libios abordaron la doctrina, ya que el oráculo de Amón también se creó con vistas al cielo y su sabiduría, por lo que representan a Amón
9 con cabeza de carnero. También los babilonios tuvieron todos estos conocimientos, según ellos afirman, antes que los otros, pero yo creo que la ciencia llegó a ellos mucho después.

10 En cuanto a los griegos, no aprendieron nada sobre la Astrología ni de los egipcios ni de los etíopes. Fue Orfeo, el hijo de Eagro y Calíope, el primero que les instruyó en estas enseñanzas, pero no de una manera abierta, ni sacó la ciencia a la luz pública, sino que recurrió al sortilegio

[3] Es cosa de Luciano esta idea de derivar las formas de animales de los dioses egipcios de los signos del Zodíaco, mientras que en la adjudicación a los egipcios de la invención de los signos coincide con sus contemporáneos.

y al lenguaje críptico, como correspondía a su mentalidad [4]. Para ello se construyó una lira, celebraba misterios y ritos con cánticos poéticos. La lira, que era de siete cuerdas, expresaba la armonía de las estrellas errantes. Con estas investigaciones y removiendo estos temas, Orfeo lo encantaba todo y sojuzgaba a todo el mundo, pues no tenía la mirada puesta en su lira ni le importaba su canto, sino que ésta era la poderosa lira de Orfeo [5], y los griegos al rendirle culto la ponían aparte en el cielo y muchas estrellas se llaman la lira de Orfeo.

Si tú ves alguna vez a Orfeo representado en piedras o en pintura, aparece sentado en el centro semejando a un cantor, con la lira en sus manos, y a su alrededor hay innumerables animales, entre los que también está el hombre, el toro, el león, uno de cada clase. Cuando lo veas, recuerda por favor cómo es el canto, cómo es la lira y cómo escuchan a Orfeo el toro y el león. Y si quieres conocer las razones de lo que digo, fíjate en cada uno de ellos en el cielo.

Dicen, sin embargo, que Tiresias, un personaje beocio, 11
cuya fama profética se ha celebrado muchísimo, declaró entre los griegos que una parte de las estrellas errantes eran masculinas y otras femeninas y que no producían los mismos efectos; cuentan que por ello también Tiresias fue bisexual e híbrido, unas veces hembra y otras veces macho.

Cuando Atreo y Tiestes disputaban por el trono de su 12
padre, es evidente que los griegos ya se preocupaban mu-

---

[4] Según Cicerón *(Tusc. Disp.* V 3, 8) y Virgilio *(En.* I 740), fue Atlas el primer astrónomo, aunque Orfeo fue muy activo en algunos aspectos, como su conexión con la Filosofía *(Fugitivos* 8) y como danzante *(Sobre la danza* 15).

[5] La idea es que los planetas forman el único instrumento musical y expresan la única música en la que Orfeo tiene realmente interés.

chísimo por la Astrología y la ciencia del universo. La comunidad de los argivos decidió que ocuparía el poder el que destacara sobre el otro en estos conocimientos. Entonces Tiestes les indicó y puso de manifiesto el carnero en los cielos y desde entonces decían que Tiestes tenía un cordero de oro. Pero Atreo les explicó el sistema del sol y sus salidas, que el sol y el firmamento no se mueven en la misma dirección, sino que giran en sentido opuesto y que lo que parecen ocasos, que son ocasos del firmamento, son salidas del Sol [6]. Al decir estas palabras, los argivos lo nombraron rey y fue grande la fama de su sabiduría.

13 En relación con Belerofonte, yo tengo la siguiente opinión: no estoy muy convencido de que naciera alado como un caballo, pero creo que persiguió esta sabiduría, alcanzó los más grandes pensamientos, conversó con los astros y subió al cielo no con un caballo sino con la mente.

14 Lo mismo puede decirse de Frixo, el hijo de Atamante, que dicen que cabalgó por el aire montado en un cordero de oro. Y, sin duda, también de Dédalo el ateniense; aunque su historia es extraña, sin embargo, no creo que deje de tener relación con la Astrología, sino que él la practicó muchísimo e instruyó a su propio hijo.

15 Pero Ícaro, abusando de su audacia juvenil, no se propuso objetivos alcanzables sino que se dejó arrastrar por la imaginación hasta el mismo cielo, se apartó de la realidad, se desvió de toda razón y fue precipitado a un mar profundo de realidades insondables. Los griegos lo han convertido inútilmente en un mito y al azar han dado el nombre de Icario a un golfo en su mar.

---

[6] Esta idea no es de Atreo, sino que ya la conocen Sófocles y Eurípides. Cf. Polibio, XXXIV princ.

Tal vez también Pasífae, que había oído hablar a Dédalo del toro y de su aparición entre los astros y de la misma Astrología, se enamoró del relato y de ahí deriva la creencia de que Dédalo la casó con el toro. 16

Hay también algunos que dividen la ciencia en distintas partes y cada uno de ellos hace descubrimientos diferentes; unos reúnen las peculiaridades de la Luna, otros las de Zeus, otros las del Sol, relacionadas con su recorrido, sus movimientos y su potencia, y así Endimión ordenó lo relativo 17
a la luna, Faetón dedujo el recorrido del sol, aunque 18
no estrictamente, sino que dejó el estudio incompleto a 19
su muerte. Los que ignoran estos detalles, sin embargo, creen que Faetón era hijo del Sol y cuentan de él una historia increíble, según la cual se dirigió a su padre el Sol y le pidió que le dejara conducir el carro de la luz, que él se lo permitió y le dio consejos para guiar los caballos. Pero cuando Faetón montó en el carro, por la inexperiencia de su juventud unas veces lo llevaba pegado a la tierra y otras suspendido muy lejos de ella en el espacio, con lo que aniquiló a la humanidad con un frío y un calor insoportables. Ante ello, decían que Zeus había fulminado lleno de indignación a Faetón con un terrible rayo. Al caer, sus hermanas le rodearon y celebraron un gran duelo, hasta que se metamorfosearon y ahora son álamos negros y destilan por él lágrimas de ámbar. No ocurrieron así las cosas ni se les puede dar crédito, ni el Sol engendró un hijo, ni su hijo se le murió.

Los griegos cuentan también otras muchas fábulas, en 20
las que no creo en absoluto. Porque ¿cómo se puede creer que Eneas fue hijo de Afrodita y Minos de Zeus y Ascálafo de Ares, o Autólico de Hermes? Lo que ocurre es que cada uno de ellos fueron protegidos por los dioses y al nacer miró por uno Afrodita, por otro Zeus, por otro Ares.

Efectivamente, los signos que mandan en el momento del nacimiento de los hombres, *actúan como padres* para ellos en todos los sentidos, en el color, en la forma, en las obras y en el pensamiento. Así, Minos fue rey porque estaba Zeus en su ascendencia, Eneas fue bello por la voluntad de Afrodita y Autólico ladrón porque el ladronicio le vino de Hermes.

21 Más aún, tampoco es verdad que Zeus encadenara a Crono ni lo arrojara al Tártaro ni imaginara las otras maldades que suponen los hombres, sino que, debido a que Crono sigue una trayectoria muy alejada de nosotros y su movimiento es lento y difícil de percibir por la vista humana, dicen que está fijo como si estuviera encadenado, y el vasto abismo del aire se llama Tártaro.

22 Especialmente a partir del poeta Homero y de las poesías de Hesíodo podrían conocerse los puntos en los que antiguamente estaban de acuerdo los astrólogos. Pues cuando Homero describe la cadena de Zeus [7] y las vacas del Sol (que yo supongo que son días [8]), y las ciudades que Hefesto forjó en el escudo de Aquiles, y la danza, y la viña de oro [9], así como cuanto ha dejado dicho sobre el adulterio de Afrodita y Ares, también ello está compuesto evidentemente sin inspirarse en otras fuentes que en esta ciencia. Está claro que la conjunción de Afrodita y Ares ha creado el canto de Homero. Y en otros versos distingue las actividades de cada uno de ellos, cuando le dice a Afrodita:

tú dedícate a los dulces trabajos del himeneo

---

[7] Hom., *Il.* VIII 18-26.

[8] *Od.* XI 104 ss., y XII 260 ss.

[9] *Il.* XVIII 490 (ciudades), 561 (viña de oro), 590 (danza).

y aludiendo a las actividades de la guerra:

el impetuoso Ares y Atenea cuidarán de ellas [10].

Al darse cuenta de ello, los antiguos utilizaron muchísimo la adivinación y no la consideraron algo accesorio, sino que ni fundaban ciudades, ni las rodeaban con murallas, ni entablaban combates, ni celebraban matrimonios sin oír previamente a los adivinos sobre cada uno de estos temas. Y sus oráculos no estaban apartados de la Astrología, sino que en Delfos una doncella tenía el cargo de profetisa como símbolo de la virgen celestial, y una serpiente hablaba bajo el trípode porque también entre las estrellas resplandece una serpiente, y en Dídimo hay un oráculo de Apolo que se llama Dídimo en mi opinión tomando el nombre de los «Gemelos» celestiales. 23

Tan sagrada les parecía a ellos la adivinación que cuando Ulises, ya harto de andar de un sitio para otro, tomó la decisión de oír la verdad sobre su situación, se dirigió al Hades, pero no 24

para ver a los muertos y un lugar desapacible [11]

sino dispuesto a tener una conversación con Tiresias. Y, cuando llegó al lugar que Circe le había indicado y cavó, hizo un hoyo y degolló las ovejas, al presentarse numerosos muertos, incluida su propia madre, porque estaban ansiosos de beber la sangre, no se lo permitió a nadie, ni a su madre, hasta que Tiresias la degustara y le obligara a decirle su oráculo, mientras soportaba la visión de su madre sedienta.

[10] *Il.* V 429-430.

[11] *Od.* XI 94.

25 En cuanto a los lacedemonios, Licurgo organizó toda su constitución a partir del cielo y promulgó una ley para que de ningún modo [12]... ni salieran del país a hacer la guerra antes de que hubiera luna llena, pues no creía que hubiera el mismo poder con luna creciente y con luna men-
26 guante, y que todo estaba sometido a su influencia. Únicamente los arcadios no aceptaron estas ideas ni honraron la Astrología y en su insensatez e ignorancia llegan a afirmar que ellos son más antiguos que la luna.

27 Pues bien, mientras nuestros antepasados fueron hasta tal punto entusiastas de la adivinación, los contemporáneos nuestros creen en parte que los hombres son incapaces de encontrarle un fin a la Astrología, porque no es creíble, según afirman, ni verdadera; ni Ares o Zeus se mueven en el cielo por nuestra causa, ni se preocupan de nuestros problemas, puesto que no tienen nada en común con ellos, sino que realizan sus revoluciones independientemente, por necesidad de rotación.

28 Otros en cambio afirman que la Astrología, aunque no miente, es inútil, pues no cambian por la adivinación cuantas cosas sobrevienen decididas por los hados.

29 Por mi parte, frente a ambas opiniones, puedo decir que las estrellas cumplen en el cielo su propia evolución, pero accesoriamente a su propio movimiento, ocurre cada uno de los sucesos que nos afectan. ¿O es que pretendes que cuando un caballo corre y las aves y los humanos se mueven, saltan las piedrecitas y se agitan las briznas con el viento que levanta la carrera, y que no ocurra nada en cambio con el torbellino de los astros? Y si de un pequeño fuego nos llega la emanación y el fuego no quema por nuestra culpa ni le importa que nos calentemos, ¿cómo

---

[12] Laguna.

no vamos a recibir ninguna emanación de los astros? Ciertamente, la Astrología es incapaz de convertir lo malo en bueno o de cambiar algo en el curso de los acontecimientos, pero es útil a quienes la consultan, pues deleita con muchísima anticipación a los que saben que les va a llegar algún motivo de felicidad, mientras acogen con más facilidad las desgracias, pues no les sobrevienen sin esperarlas, sino que las sobrellevan con más suavidad y naturalidad por su expectativa. Esta es mi opinión sobre la Astrología.

49

AMORES

Parece que hay general acuerdo en considerar esta obra, que sobrevive en el *corpus* de Luciano, como propia de un imitador, por su estilo y por sus temas, que muestran su influencia, más que por su lenguaje, y no puede ser posterior al año 250 d. C., a juzgar por la alusión a la decadencia de las ciudades de Licia que se hace en el cap. 7, tal vez posterior a la invasión de los godos y de Sapor. Por otra parte, parece que Rodas es próspera, aunque sabemos que sufrió un terremoto a mediados del s. IV a. C., y el *Código de Justiniano* (I 40-6) da a entender que había perdido su prosperidad en el 385 d. C.

La obra podría subtitularse «Los dos tipos de amor», ya que se plantean dos defensas, de amor homosexual y heterosexual. Este diálogo tiene precedentes literarios en el *Banquete,* el *Fedro* y el *Lisis* de Platón, así como en el *Banquete* de Jenofonte, ya que tratan todos ellos del amor en general, y también en los *Diálogos sobre el amor* de Plutarco, parte de los cuales anticipan el tema con el diálogo entre Dafneo, campeón del amor conyugal, y Protógenes, abogado de la pederastia. Mientras en Plutarco se declara vencedor al amor conyugal, en Luciano (cap. 51) Licino da un veredicto proclamado diplomáticamente en favor de la pederastia.

Aquiles Tacio (II 35-38) también ofrece una discusión en la que se comparan los méritos entre el amor hacia las mujeres con el amor a los muchachos, de modo parecido a este diálogo.

Algunos suponen que la que comentamos es posterior a ambas y que su autor habría podido tomar ideas de Aquiles Tacio.

El mejor estudio sobre este diálogo es el de R. Bloch, *De Pseudo-Luciani Amoribus*, en *Dissertationes Philologicae Argentorenses*, 12. 3, Estrasburgo, 1907. También pueden consultarse Helm, *Lucian und Menipp*, y Jones, *GRBS* 25 (1984), 177-181, *Tarsos in The Amores Ascribed to Lucian.*

Licino. — Teomnesto, amigo mío, desde el amanecer, 1
con tu relato sobre el juego amoroso has estado llenando mis oídos, fatigados de una atención incesante a temas más serios, y, como estaba muerto de sed de una relajación parecida, tu arroyo encantador de historias divertidas fue para mí muy oportuno. Porque el espíritu está débil para soportar afanes serios continuamente y los esfuerzos ambiciosos anhelan conseguir un pequeño respiro en sus preocupaciones más graves y tener libertad para disfrutar de los placeres. Esta mañana muy temprano me transportó de alegría la persuasión dulce e insinuante de tus licenciosos relatos, hasta el punto de que casi me imaginé que era Arístides [1], hechizado sobremanera por los cuentos milesios, y te juro por tus amores, para los que te descubriste como amplio observador, que siento que hayas dejado de contarlos. Y si crees que estoy diciendo bagatelas, te pido por la propia Afrodita, que si has omitido algún amor con un chico o, por Zeus, con una muchacha, lo rememores aquí dulcemente. Además, estamos celebrando hoy un festival y ofreciendo sacrificios a Heracles. Tú sabes, sin duda, lo impetuoso que era este dios con Afrodita y creo que aceptaría gustosísimo tu relato como ofrenda.

---

[1] Arístides, que vivió *ca.* 100 a. C., era el autor o compilador de *Milesiaká (Historias milesias)* (traducida al latín por L. Cornelio Sisena), una serie de novelas que tuvieron dudosa fama.

2 TEOMNESTO. — Licino, me parece que podrías contar más deprisa las olas del mar o los copos de una nevada que mis amores. En realidad, por mi parte creo que ha quedado completamente vacío de flechas el carcaj, y si quieren volar contra algún otro, la mano derecha desarmada de ellas se reirá desdeñosa. En efecto, casi desde la edad en que era como un niño hasta que se me contó entre los jóvenes, me he estado apacentando de una pasión detrás de otra. Los amores se han sucedido unos a otros y antes de poner fin al anterior ya había empezado el siguiente, como cabezas de la Hidra de Lerna, que renace multiplicándose, y Yolao no puede ayudar contra ella [2]. Porque el fuego no se apaga con fuego. Habita en mis ojos un tábano ágil, que arrastra hacía sí como presa a toda belleza y nunca se sacia bastante para pararse. Con frecuencia se me ocurre preguntarme perplejo a qué viene este rencor de Afrodita. Porque ni yo soy hijo del Sol [3] ni me siento culpable de la ofensa de las mujeres de Lemnos [4] ni del desprecio de Hipólito [5], como para provocar esta furia incesante en la diosa.

3 LICINO. — Acaba ya con esa representación fingida y desagradable, Teomnesto. ¿Te molesta realmente que la fortuna te haya asignado esa clase de vida? ¿Crees que es un desgracia alternar con mujeres hermosas y con muchachos en la flor de su belleza? A lo mejor vas a necesitar

[2] La Hidra de Lerna era un monstruo de nueve cabezas, a la que mató Heracles con la ayuda de Yolao.

[3] Afrodita desahogó su cólera contra los hijos del Sol porque éste le había contado a Hefesto sus amores con Ares.

[4] Las mujeres de Lemnos no honraron a Afrodita y ésta las castigó haciendo que despidieran un mal olor que desagradaba a sus maridos.

[5] La muerte de Hipólito, como refiere Eurípides, se debió a su desprecio de Afrodita.

enseguida purgantes para una enfermedad tan grave. Porque tu dolencia es terrible. Pero ¿por qué no te libras de este gran disparate y te dedicas a pensar que eres un hombre afortunado porque dios no te ha dado como lote un campo de cultivo yermo ni los lances de los comerciantes o la vida en armas de los soldados? En vez de ello, tu interés está en las relucientes palestras, los espléndidos vestidos que desprenden lujo hasta los pies, en el cuidado de la cabellera admirablemente puesta a la moda. El propio tormento de los deseos amorosos te hace gozar y encuentras placer en la mordedura del diente de la pasión, porque después de probarlo esperas, y cuando has conseguido tu objetivo has disfrutado del mismo placer en el presente y en el futuro. En todo caso, cuando estabas recitando hace poco, como ocurre con Hesíodo [6], una larga lista de tus amores desde el principio, las dulces miradas que se desprendían de tus ojos se mojaban tiernamente, dabas a tu voz una dulce suavidad, como la de la hija de Licambes [7] y enseguida ponías en evidencia, por tu propia actitud, que no sólo estabas enamorado de aquellos amores tuyos, sino también de tu recuerdo de ellos. Pero si has omitido algún residuo de tu viaje por el mar del amor, no lo ocultes, y ofrécele tu sacrificio a Heracles como una víctima perfecta.

TEOMNESTO. — Heracles es un devorador de bueyes, 4
Licino, y dicen que no le gustan nada las víctimas que no saben a humo. Pero, puesto que estamos celebrando con discursos su fiesta anual, mis relatos se están prolongando desde la mañana y producen saciedad; deja que tu Musa,

---

[6] Una de las obras de Hesíodo (atribuida) era el *Catálogo de las mujeres*, del que se conservan fragmentos.

[7] Neobule, de la que se había enamorado el poeta Arquíloco.

desviándose de su seriedad habitual, pase el día alegremente con el dios y, como veo que no te inclinas hacia ninguna de las dos pasiones, sé para mí un juez imparcial. Decide a quienes consideras mejores, a los amantes de los muchachos o a los que disfrutan con el sexo femenino. Porque yo estoy herido por ambas pasiones y me siento colgado como una balanza de precisión con los dos platillos en equilibrio. Mientras que tú, que estás fuera del juego, puedes elegir la mejor de las dos utilizando tu razón como juez incorrupto. No te hagas de rogar, mi querido amigo, y deposita ya el voto al que te ha conducido el juicio sobre mis amores.

5 LICINO. — ¡Querido Teomnesto! ¿te imaginas que mi exposición es cosa de broma o de risa? No, ella ofrece algo serio. En todo caso yo emprendí esta tarea recientemente desde que me di cuenta de que estaba muy lejos de ser un juego cuando oí a dos hombres discutiendo con vehemencia entre ellos sobre estos dos tipos de amor, y todavía resuena en mis oídos esta disputa. Estaban en desacuerdo, tanto en argumentos como en sentimientos, y no como tú, que por tu ánimo acomodaticio, en permanente vigilia, te ganas un doble salario,

conduciendo a los pastos ya bueyes, ya blancas ovejas [8].

Por el contrario, uno de ellos se complacía en exceso con los muchachos y el amor de las mujeres le parecía un infierno, mientras que el otro se mantenía virgen en el amor masculino y se volvía loco por las mujeres. Como juez que presidió la discusión entre estas dos pasiones, no sería capaz de explicarte lo que pude disfrutar. Las huellas de sus

[8] HOMERO, *Od.* X 85.

palabras han quedado impresas en mis oídos casi como si acabaran de pronunciarse. Por ello, dejando aparte cualquier pretexto para disculparme, voy a contarte con todo detalle lo que oí decir a ambos.

TEOMNESTO. — Entonces yo me levantaré de donde estoy y me sentaré frente a ti,

esperando que el Eácida haya acabado su canto [9].

Tú también divulga para nosotros con tu canto las antiguas y famosas noticias de la disputa amorosa.

6 LICINO. — Tenía el propósito de embarcarme hacia Italia y me habían preparado un navío veloz de esos de dos bancos de remeros, de los que usan al parecer sobre todo los liburnos, un pueblo que vive a lo largo del Golfo Jónico [10]. Después de rendir mis respetos, en la medida de lo posible, a todos los dioses locales, e invocar a Zeus Hospitalario para que me asistiera propicio en mi expedición al extranjero, abandoné la ciudad con una yunta de mulas y bajé al mar. A continuación me despedí de mis acompañantes (me seguía una multitud adicta de jóvenes, que por tener un largo trato conmigo se resistían a separarse), embarqué por la popa y me senté cerca del piloto. Pronto nos alejamos de tierra a impulso de los remeros, hasta que vientos favorables de popa nos condujeron como si fueran pastores; entonces izamos el mástil del centro de la nave y pusimos la antena en la cofa. Después desplegamos todas las velas por los cables cuando la lona se infló suavemente, con un silbido que pienso no envidiaba al de una flecha y volamos a través de las olas que chocaban con fuerza con la proa que las cortaba.

---

[9] HOM., *Il.* IX 191.

[10] Esta localización es únicamente aproximada.

7 Pero no es el momento de extenderse en demasiados detalles sobre lo que ocurrió en serio o en broma a lo largo de todo el viaje. Cuando después de atravesar la parte marítima de Cilicia ya habíamos alcanzado el Golfo de Panfilia, después de pasar con dificultad las Islas de las Golondrinas [11], límites felices de la antigua Grecia, visitamos cada una de las ciudades de Licia, donde disfrutamos muchísimo con los antiguos relatos, pues no se ven huellas claras de su antigua felicidad. Finalmente alcanzamos Rodas, la isla consagrada al Sol y decidimos tomar un pequeño descanso en nuestro ininterrumpido viaje.

8 En vista de ello, los remeros vararon la nave a tierra y acamparon cerca. A mí me habían dispuesto un alojamiento enfrente del templo de Dioniso y me dediqué a pasear tranquilamente, disfrutando de un placer extraordinario. En realidad, la ciudad del Sol tiene una belleza adecuada a la divinidad [12]. Recorriendo los pórticos del templo de Dioniso examiné cada una de las pinturas, disfrutando de su contemplación y rememorando los relatos heroicos. Enseguida dos o tres personas se me acercaron dispuestos a contarme la historia entera por una pequeña propina, aunque la mayor parte de lo que decían yo ya me lo había imaginado.

9 Cuando ya estaba ahíto de espectáculo y me disponía a volver a casa, me encontré con la bendición más deliciosa en un país extranjero, antiguos conocidos de mucho tiempo, a los que me parece que tú mismo conoces, por haberlos visto frecuentándome aquí: Caricles, un hombre joven de Corinto, que además de no ser feo es un experto en

[11] Una zona muy conocida por sus tormentas.

[12] Rodas era famosa por su Coloso, una estatua gigantesca de Helios, el dios Sol.

maquillaje, me imagino que porque quiere parecer guapo a las mujeres, y con él estaba Calicrátidas el ateniense, un individuo de costumbres sencillas; era un hombre preeminente, sobre todo en oratoria civil y en esta oratoria forense de nuestros días. Era también un devoto del ejercicio físico, aunque a mí me parece que las palestras le gustaban por su amor a los muchachos, pues únicamente le entusiasmaba esto, mientras que por su odio a las mujeres maldecía con frecuencia a Prometeo [13]. Pues bien, al verme de lejos, uno y otro se precipitaron hacia mí llenos de gozo y alegría. Luego, como es costumbre, me abrazaron y ambos me pidieron que fuera a su casa. Entonces yo, al ver que discutían más de la cuenta, dije: «Hoy, Calicrátidas y Caricles, lo mejor sería que viniérais los dos a mi casa, para que no llevéis vuestra rivalidad a mayores; en los días que siguen (pues yo he decidido quedarme aquí tres o cuatro días) alternativamente podréis invitarme para corresponder, echando a suertes a quién le toca primero».

Esto les pareció bien y aquel día les invité yo, al día 10
siguiente Calicrátidas y después de él Caricles. Yo vi con claridad, cuando ellos me invitaron, pruebas de la inclinación de cada uno. En efecto, mi amigo ateniense tenía experiencia en muchachos hermosos y todos sus esclavos eran casi imberbes y estaban en su casa hasta que les asomaba la primera sombra de barba, y cuando las mejillas se les cubrían de pelusa, los enviaba como administradores y encargados de las fincas en Atenas. Caricles tenía un cortejo de danzarines y cantantes, y toda su casa estaba llena de mujeres como si fueran las Tesmoforias [14], sin que hubiera ni restos de hombre presentes, excepto que en algún sitio

[13] Como creador de las mujeres.

[14] Fiestas en honor a Deméter celebradas exclusivamente por mujeres.

podía verse un niño, o un viejo cocinero jubilado, que por su edad no podía ser causa de celos. Pues bien, estos detalles, como te dije, eran indicios suficientes de la disposición de ambos. Con frecuencia, sin embargo, surgieron entre ellos pequeñas querellas, sin que el punto en cuestión pudiera resolverse. Pero, como era el momento de zarpar, accediendo a su deseo los acepté como compañeros de navegación, ya que querían navegar a Italia lo mismo que yo.

11 Como habíamos decidido fondear en Cnido para contemplar también el templo de Afrodita (famoso por tener la obra realmente más atractiva de la pericia de Praxíteles), arribamos a tierra suavemente, me imagino que con la propia diosa como guía de nuestra nave [15], con la calma tranquila de las aguas. Mientras los otros se ocupaban con los preparativos habituales, yo acompañado de aquella pareja amorosa, uno a cada lado, recorrí Cnido, disfrutando entre risas de las figurillas lascivas de cerámica, teniendo en cuenta que se trataba de la ciudad de Afrodita. Después de recorrer los pórticos de Sóstrato [16] y todo lo que podía gustarnos, nos dirigimos al templo de Afrodita. Caricles y yo íbamos muy a gusto, pero Calicrátidas contra su voluntad porque iba a ver algo femenino, y me imagino que habría cambiado con gusto el templo de Afrodita Cnidia por el de Eros en Tespias [17].

12 Inmediatamente, del propio recinto del templo emanaron hacia nosotros como unos fragantes aromas amorosos, pues el atrio no estaba en su mayor parte pavimentado como

---

[15] En Cnido se daba culto a Afrodita con la advocación de *eúploia* (buena navegación).

[16] Era una de las obras maestras de este arquitecto, descrita por Plinio en su *Historia Natural* XXXVI 12, 18.

[17] Otra estatua famosa de Praxíteles en la ciudad beocia de Tespias. El original se perdió, pero había una copia en Tespias.

un suelo estéril con baldosas pulidas de piedra, sino que, teniendo en cuenta que se trataba de un recinto de Afrodita, todo él proliferaba en frutos cultivados, que al crecer exuberantes con sus verdes ramajes hasta muy arriba, cubrían el área que los rodea. Sin embargo, por encima de todos florecía el mirto de múltiples bayas, que crecía lujuriante junto a su dueña [18] y cada uno de los otros árboles dotados de belleza. Ni siquiera las canas de una edad ya vieja los hacían marchitarse, sino que, con toda la fuerza de su juventud, crecían con ramas nuevas. Entremezclados con ellos había árboles por otra parte improductivos, pero bellos por sus frutos, como los cipreses, plátanos que se encumbraban hasta el cielo y con ellos Dafne [19], que desertó de Afrodita y huyó de ella ya hace tiempo. Pero alrededor de cada árbol trepaba con sus ramas la yedra amorosa [20]; densos racimos colgaban de las vides espesas. Afrodita es más deleitosa con Dioniso y la mezcla de ambos es dulce, pero cuando se separan alegran menos. Había en la parte más densa y más umbrosa de la selva alegres lechos para los que quisieran divertirse en ellos, y eran ocasionalmente visitados por gente de buen tono, mientras que la masa de ciudadanos se reunían allí para celebrar las fiestas y se dedicaban a los placeres amorosos.

Cuando ya habíamos disfrutado bastante de las plantas, 13
entramos en el templo. En medio de él está erigida la diosa —obra de arte bellísima de mármol de Paros— [21] sonrien-

[18] El mirto estaba consagrado a Afrodita.

[19] El laurel, árbol en que se convirtió la ninfa Dafne cuando huyó de Apolo.

[20] La yedra estaba consagrada a Dioniso, el dios del vino y promotor del amor.

[21] En otro lugar *(Zeus confundido* 10), Luciano dice que es mármol del Pentélico.

do ligeramente con una parte de su boca abierta. Toda su belleza sin cubrir por ningún ropaje se muestra desnuda, excepto que discretamente emplea una de sus manos para tratar de cubrirse el pubis. Tan grande fue el poder de creación del artista que la naturaleza firme y dura del mármol favorece todos sus miembros. Lo cierto es que Caricles dio un grito como un loco con la mente enajenada y dijo: «¡Felicísimo tú, Ares, que fuiste encadenado a causa de ella!» [22], y al mismo tiempo se lanzó, estiró el cuello todo lo que pudo y le dio un beso con labios pegajosos. Calicrátidas permanecía en silencio con el corazón atónito.

El templo tiene puerta a ambos extremos, para los que quieren tener una buena vista de la diosa por detrás y no les quede nada de ella sin admirar. Por ello es fácil para la gente entrar por la otra puerta y contemplar su belleza
14 por la espalda. Por ello decidimos ver la diosa entera y dimos la vuelta al recinto. Entonces, cuando abrió la puerta la ateniense responsable encargada de las llaves, nos quedamos de repente atónitos al contemplar su hermosura. El ateniense que poco antes miraba en silencio, cuando se fijó en las partes de la diosa comunes a un muchacho, dio un grito mucho más enloquecido que el de Caricles y dijo: «¡Por Heracles! ¡qué trasero tan bien proporcionado, qué macizos tiene los flancos, qué abrazo a manos llenas! ¡Cómo se curvan con perfecto dibujo las carnes de las nalgas, ni demasiado delgadas enseñando los huesos ni desbordadas con una gordura excesiva! Y en cuanto a los huecos marcados a ambos lados por las caderas, nadie podría expresar la dulzura de su sonrisa. Las proporciones del muslo y de la pierna, extendida en línea recta hasta el suelo, son perfectas. Un Ganimedes parecido hacía más

[22] En *Diálogos de los dioses* 21, se cuenta esta historia.

dulce el néctar que le escanciaba a Zeus en el cielo. Desde luego yo no habría aceptado la bebida de Hebe si me la hubiera ofrecido». Mientras Calicrátidas divinamente inspirado daba estos gritos de admiración, Caricles estaba casi petrificado por su excesivo estupor, aunque mostraba su emoción con la humedad que fluía de sus ojos.

Y cuando ya estábamos cansados de admirarla, adver- 15
timos una señal en uno de sus muslos, como una mancha en un vestido. Su fealdad destacaba de la brillantez del mármol en toda su superficie. Por mi parte, tratando de encontrar la verdad con una explicación convincente, pensé que era un defecto natural del mármol, porque es algo que puede ocurrir en estos casos y muchas veces la mala suerte impide que posibles obras maestras lleguen a serlo. Y así, con la idea de que la mancha era un lunar negro natural del mármol, también en esto sentí admiración por Praxíteles, porque había disimulado el defecto del material en las partes que menos podían examinarse. Sin embargo, la diaconisa que estaba a nuestro lado nos contó una historia extraña e increíble. Nos dijo que un joven procedente de una familia bastante distinguida (cuya acción hizo que se silenciara su nombre), que visitaba con frecuencia el templo, se enamoró de la diosa por funesto azar [23]. Se pasaba el día entero en el recinto y al principio daba la impresión de una veneración fanática: nada más levantarse por la mañana, desde la cama y antes de que amaneciera se dirigía al templo y por la tarde, después de ponerse el sol volvía a su casa a regañadientes. Todo el día esta sentado frente a la diosa, con los ojos fijos en ella sin interrupción, entre secretos cuchicheos y lamentaciones amorosas en una conversación furtiva.

[23] Luciano también conoce esta historia (*Los retratos* 4).

16 Cada vez que quería apartarse un poco de su sufrimiento amoroso, después de hablarle a la diosa apartaba sobre la mesa cuatro tabas de una gacela libia y echaba a suertes su esperanza, y si conseguía una buena jugada, sobre todo si alguna vez le salía la propia diosa (cuando ninguna taba *caía* del mismo lado) se postraba ante ella, convencido de que había alcanzado su deseo. Pero si como suele ocurrir, los dados caían mal en la mesa y revelaban un resultado de pésimo augurio, maldecía a toda Cnido como si estuviera ante una calamidad sin remedio y quedaba deprimido, pero poco después tiraba de nuevo los dados y trataba de aliviar su anterior mala suerte. No obstante, cuando ya su enfermedad se fue agudizando más, todo el muro se iba llenando de escritos y las cortezas de todos los árboles blandos proclamaban el nombre de Afrodita. Veneraba a Praxíteles tanto como a Zeus y todo lo que tenía guardado de valor en su casa se lo entregaba como ofrenda a la diosa. Al final, las tensiones violentas de su pasión se convirtieron en desesperación y descubrió la audacia como alcahueta de su lujuria. En efecto, un día, cuando ya se había puesto el sol, se deslizó en silencio sin que lo vieran los presentes detrás de la puerta y se ocultó en el interior del templo, sin moverse y casi sin respirar, de modo que cuando los guardianes del templo cerraron desde fuera la puerta, el nuevo Anquises [24] quedó encerrado dentro. Pero ¿por qué os cotilleo yo y os cuento con todo detalle las acciones temerarias de esa noche nefasta? Esas huellas de los abrazos amorosos se advirtieron cuando llegó el día, y la diosa tiene esa mancha como comprobación de lo que sufrió. En lo que se refiere al joven se dice, de acuerdo con el

[24] Anquises, padre de Eneas, a pesar de su condición mortal, disfrutó del amor de Afrodita.

relato popular, que se arrojó contra las rocas o contra las olas del mar y desapareció por completo.

Mientras la diaconisa narraba estos sucesos, Caricles 17 interrumpió su relato con un grito, diciendo: «Luego las mujeres son objeto de amor aunque estén hechas de piedra. ¿Qué ocurriría si alguien viera una belleza así con vida? ¿No habría valorado una sola noche así tanto como el cetro de Zeus?»

Y Calicrátidas sonrió y dijo: «Todavía no sabemos, Caricles, si vamos a oír muchos relatos como estos cuando estemos en Tespias. De momento, este es un ejemplo clarísimo de tu excesiva admiración por Afrodita».

Y al preguntarle Caricles cómo era eso, creo que Calicrátidas le dio una respuesta totalmente convincente. Le dijo, en efecto, que el joven enamorado, que había dispuesto de una noche entera para disfrutar totalmente de su pasión, sin embargo, había hecho el amor con el mármol como con un muchacho, con toda seguridad porque no quiso ponerse ante los órganos femeninos. Esto originó una gran discusión con argumentos improvisados que no venían a cuento, hasta que yo puse fin al tumulto y al alboroto, diciendo: «Amigos, mantened orden en la discusión, como corresponde a gente educada. Poned fin a esta rivalidad desordenada e interminable y que cada uno en su turno defienda su propia opinión. Todavía no es hora de embarcar; debemos emplear el tiempo libre en la distracción y en actividades serias que puedan combinarse con el deleite. Salgamos pues del templo —ya que una gran multitud acude a él por motivos piadosos— y reclinémonos en uno de estos cenadores, para que podamos oír y decir con tranquilidad lo que cada uno quiera. Pero recordad que quien sea hoy vencido ya no podrá molestarnos más con tópicos parecidos.

18 Esta propuesta mía les pareció bien y una vez puestos de acuerdo salimos del templo. Yo estaba contento porque no me agobiaba ningún problema, pero ellos iban dándole vueltas con preocupación arriba y abajo a grandes consideraciones como si fueran a competir por el primer sitio en las procesiones de Platea [25]. Cuando llegamos a un lugar de descanso espesamente poblado de árboles en pleno verano, yo dije: «Este es un lugar agradable, donde las chicharras cantan armoniosamente en las alturas», y me senté en medio de ellos, cabalmente a la manera de un juez, con toda la seriedad de la misma Heliea [26] en mis cejas. Entonces sugerí a ambos echar suertes para ver a quién le correspondía empezar, y cuando le tocó a Caricles ser el primero, le invité a que iniciara su discurso.

19 Entonces él frotándose suavemente la frente con la mano derecha, después de una breve pausa, empezó así más o menos: «A ti, mi señora, te invocan mis plegarias para que me ayudes en mi discurso en tu defensa. Porque toda empresa alcanza su más alta perfección por muy poco que le añadas de la persuasión que sólo a ti te pertenece, pero los discursos amorosos te necesitan especialmente, porque tú eres su madre más legítima. Ven pues, tú que eres la mujer, a defender a las mujeres y concede a los hombres la gracia de que sigan siendo hombres, tal como fueron engendrados. Por mi parte, nada más empezar mi discurso invoco a la madre primera y raíz de toda generación como testigo de lo que sostengo. Me refiero a la sagrada naturaleza del universo que en un principio estableció los elementos del cosmos, la tierra, el aire, el fuego y el agua y mezclándolos todos entre sí engendró todo lo que tiene vida.

---

[25] Celebraban la derrota de los persas en el 479 a. C.

[26] Principal tribunal de justicia en Atenas.

Sabiendo que somos una creación hecha con materia perecedera y que se ha asignado a cada uno un corto tiempo de vida, ideó que la muerte de un ser sea el nacimiento de otro y compensó lo que nace con lo que muere, para que mediante mutuas sucesiones podamos vivir para siempre. Pero, como era imposible que algo naciera de una sola fuente, imaginó una doble naturaleza para cada especie. Así, concedió a los machos la gracia peculiar de expulsar semen, y a las hembras las creó como un receptáculo de simiente; a ambos los unió entre sí con un común deseo, ordenándoles como una ley sagrada de la necesidad que cada uno permaneciera en su propia naturaleza y ni lo femenino se masculinizara contra natura ni lo masculino se hiciera inconvenientemente blando. Por esa razón el trato entre hombres y mujeres salvaguarda hasta nuestros días la vida de los hombres mediante sucesiones imperecederas, y ningún hombre puede presumir de ser hijo sólo de un hombre. A estos dos nombres venerables se siguen rindiendo toda clase de honores y todos veneran por igual a su padre y a su madre.

»Pues bien, al principio, cuando la vida humana tenía 20
todavía una mentalidad heroica y cultivaban una virtud que les ponía cerca de los dioses, obedecían las leyes impuestas por la naturaleza y los hombres, uniéndose con las mujeres dentro de los límites impuestos por su edad, se convertían en padres de hijos legítimos. Pero gradualmente la vida fue degenerando desde aquella nobleza hacia abismos de placer y fue perfilando extraños y aberrantes caminos a la concupiscencia. La lujuria, atreviéndose a todo, transgredió las leyes de la propia naturaleza. ¿Quién fue el primero que vio con sus ojos al macho como hembra, empleando la violencia como un tirano o sirviéndose hábilmente de la persuasión? Un solo sexo se reunió en

una sola cama. Aunque se veían mutuamente abrazados, no se avergonzaban ni de lo que hacían ni de lo que se dejaban hacer y sembrando su semilla, como dice el proverbio, entre rocas estériles, conseguían un pequeño placer a costa de una gran infamia.

21 »La osadía de algunos incluso llegó a tal punto de violencia tiránica que llegaron a violar la naturaleza con hierro sacrílego. Privando a los machos de su masculinidad, *descubrieron campos inmensos* de placer. Pero esos infelices y desgraciados para poder seguir siendo niños ni siquiera se mantienen como hombres, con un ambiguo enigma de doble sexo, en el que ni salvaguardan la misión para la que fueron engendrados ni tienen aquello para lo que cambiaron: la flor que permaneció con ellos durante su juventud, se marchita prematuramente en su vejez, porque al mismo tiempo que se les cuenta entre los niños se hacen viejos sin tener ningún intervalo como hombres. Así su lujuria infame, maestra de toda perversidad, inventa un placer desvergonzado después de otro y se desliza hacia una enfermedad que ni siquiera puede nombrarse decentemente, para no dejar sin conocer ningún rincón de la procacidad.

22 »Si cada uno de nosotros se atuviera a los preceptos que nos impuso la providencia, nos conformaríamos con el trato de las mujeres y nuestra vida estaría limpia de toda vergüenza. Sin duda, a los animales incapaces de corromper algo como consecuencia de una disposición depravada, las leyes de la naturaleza los han mantenido puros. Los leones no se vuelven locos por los leones, sino que Afrodita oportunamente les suscita el deseo hacia las hembras de su especie. El toro, rey del rebaño, monta a las vacas y el carnero llena de esperma masculino toda la grey. ¿Qué más? ¿No andan los verracos tras los cubiles de las cerdas?

¿No se juntan los lobos con las lobas? En una palabra, ni los pájaros que vuelan como el viento ni las criaturas cuyo destino es un sitio junto al agua ni ningún ser vivo sobre la tierra aspira al trato sexual con el macho, sino que las decisiones de la providencia permanecen inalterables. Y vosotros, que habéis sido elogiados por vuestra sabiduría inútilmente, en realidad bestias ruines, vosotros los seres humanos, ¿qué extraña enfermedad os ha trastornado para transgredir la ley e incitaros al ultraje recíproco?, ¿qué ciega insensibilidad vertisteis en vuestra alma para que fallárais en ambas direcciones, huyendo de lo que debíais alcanzar y persiguiendo lo que debíais evitar? Si cada uno de los hombres en particular se decidiera por imitar este camino, toda la raza humana desaparecería.

»En este punto surge de nuevo aquel maravilloso argu- 23
mento de los socráticos, por el que los oídos de los muchachos, que aún no poseen plena facultad de raciocinio, se dejan engañar. En cambio, aquellos que han alcanzado completa madurez intelectiva no podrían ser arrastrados por ellos. Finjen en efecto amores espirituales y avergonzados de rendir pleitesía a la belleza del cuerpo, se proclaman amantes de la virtud. A mí eso con frecuencia me hace reírme a carcajadas. Pues, ¿qué os ocurre, sesudos filósofos, para que miréis con desprecio una edad que a través de mucho tiempo ha dado prueba de su excelencia y testimonio de su virtud con las canas que la favorecen y su vejez, mientras que todo vuestro amor sabio se siente transportado de pasión por la juventud, aunque sus razonamientos todavía no les permiten decidirse por el camino que van a tomar? ¿O es que hay una ley por la que se condena por maldad toda fealdad y en cambio se alaba como bueno automáticamente todo lo bello? Pero, citando a Homero, el gran profeta de la verdad,

Hombre hay que inferior por su aspecto,
recibe de una deidad el adorno de la facundia, y ya todos
se complacen en mirarlo, cuando los arenga con firme voz
y suave modestia, y destaca entre los reunidos.
Y le contemplan como a un numen si por la ciudad anda [27].

Y de nuevo el poeta dice en otro sitio:

En realidad el juicio que tienes no se corresponde con tu
[presencia [28].

24 Evidentemente, el sabio Odiseo recibe más alabanzas que el hermoso Nireo. Entonces, ¿por qué no se desliza el amor entre la sabiduría, la justicia o las restantes virtudes, que han sido asignadas por una suerte común a todos los hombres maduros, mientras que la belleza en los muchachos excita las más ardientes pasiones? Sin duda, Platón, ¿uno tendría que haber amado muchísimo a Fedro a causa de Lisias, a quien traicionó, o habría sido lógico amar la virtud de Alcibiades [29], porque mutiló las estatuas de los dioses y sus voces mientras bebía parodiaron los misterios de Eleusis? ¿Quién reconoce haber sido amante de la Atenas traicionada, de la fortificación de Decelia contra ella y de una vida que aspira a la tiranía? Pero mientras su barba no estaba completa, como decía el divino Platón [30], todos lo querían, pero cuando pasó de la niñez a la virilidad, en la edad en que un intelecto hasta entonces inmaduro alcanza toda la plenitud de su razón, todos lo

[27] Hom., *Od.* VIII 169-173.

[28] Hom., *Od.* XVII 454.

[29] Alcíbiades pudo escapar a Esparta de estas acusaciones y perjudicó mucho a Atenas sugiriendo la idea de Decelia, un puesto fortificado que los espartanos establecieron en el Ática.

[30] Platón, *Protágoras,* principio.

odiaban. ¿Qué pasó entonces? Son los amantes de los muchachos más que de la Filosofía los que dan nombres honorables a pasiones vergonzosas y llaman a la belleza física virtud del alma. Y ya no voy a hablar más de este tema, para que no parezca que traigo a colación hombres famosos sólo por malevolencia.

»Y descendiendo un poco de este tema excesivamente 25
serio hasta tu nivel de placer, Calicrátidas, te demostraré que las relaciones íntimas con una mujer son mucho mejores que con un muchacho. En primer lugar, yo pienso que cualquier goce es más deleitoso cuanto más duradero es. Un placer rápido se pasa volando antes de que hayas acabado de darte cuenta, mientras que los placeres se intensifican al prolongarse. ¡Ojalá el destino tacaño nos hubiera adjudicado plazos más largos de vida y toda ella fuera con buena salud sin interrupción y sin que ninguna preocupación agobiara nuestra mente! Pasaríamos todo el tiempo entre fiestas y celebraciones. Pero, puesto que la envidiosa fortuna nos negó los bienes mayores, entre los que tenemos los más agradables son los que más duran. Por ello una mujer, desde su pubertad hasta su media edad, antes de que las últimas arrugas de la vejez cubran su cara, es una compañía muy agradable de abrazar para los hombres, y aunque haya pasado la belleza de su juventud, sin embargo

Su experiencia la capacita para hablar con más sabiduría
[que los jóvenes [31]

»Pero si alguien quiere probar un muchacho de veinte 26
años, a mí me parece que tiene deseos impuros y que persi-

[31] Eurípides, *Fenicias* 529-530.

gue un amor equívoco. En efecto, los miembros de los que ya se han hecho hombres son duros y abultados, su barba que antes era suave se ha vuelto áspera con los primeros pelos, y los muslos bien desarrollados están como sucios con los pelos. Lo que es menos visible, omito comentároslo a vosotros, los que ya lo conocéis. En cambio, en toda mujer siempre resplandece la gracia de su color, con sus bucles abundantes de racimos de cabellos, con su belleza purpúrea que se asemeja a las flores de jacinto [32], una parte cayendo por la espalda como adorno de los hombros y otra parte junto a las orejas y las sienes, más espesos que el perejil de los prados. En cuanto al resto de su persona, sin que les salga un solo pelo de más, refulge más que el ámbar, según el dicho, o que el cristal de Sidón.

27 »¿Por qué, entonces, no tratamos de conseguir los placeres que son mutuos, puesto que disfruta por igual la parte activa y la pasiva? Porque, hablando en términos generales, al contrario que los animales irracionales, no nos gusta la vida solitaria, sino que estamos unidos como por una común camaradería y creemos que la prosperidad es más agradable y las desdichas más llevaderas cuando se comparten. Por eso se instituyó la mesa común, y establecimos el comedor como intermediario de la amistad, adjudicándole al estómago el disfrute debido, no sólo bebiendo vino de Tasos, por ejemplo, ni atiborrándonos de platos caros por nuestra propia cuenta, sino que cada uno considera placentero lo que disfruta en compañía de otro, y si compartimos los placeres disfrutamos más. Las relaciones sexuales con mujeres comportan un intercambio equivalente de goce. Ambos se separan con placer cuando han conseguido el mismo efecto recíproco, a no ser que tengamos

[32] HOMERO, *Odisea* VI 231.

que prestar atención al veredicto de Tiresias [33], según el cual el placer de la mujer supera al del hombre en un cien por cien. Me parece honesto, en cambio, que los hombres dispuestos a disfrutar no traten de hacerlo egoístamente buscando su propio provecho e intentando recibir todo el placer de otro, sino que deben repartir lo que consiguen y corresponder con la parte equivalente. Pero nadie estaría tan loco como para decir una cosa así en el caso de los muchachos, sino que el amante activo, de acuerdo con su propio punto de vista, después de conseguir un placer exquisito se marcha, mientras que para el ultrajado sólo hay desde el principio dolor y lágrimas, y cuando el sufrimiento remite con el tiempo, ya no estás molesto, según dicen, pero de placer nada de nada. Y por decir una cosa pintoresca —puesto que estamos en el recinto de Afrodita—, una mujer, amigo Calicrátidas, puede utilizarse como un muchacho, para disfrutar de ella abriendo dos caminos al placer, mientras que el macho de ninguna manera puede ofrecer el goce que proporciona una mujer.

»De modo que si también a personas como tú pueden 28
darles gusto las mujeres, entonces nosotros mantengámonos separados mutuamente como por medio de un muro, pero si los machos encuentran convenientes las relaciones sexuales con los machos, en lo sucesivo que también se amen entre sí las mujeres. Ea pues, era del futuro y legislador de placeres exóticos, tú que inventaste nuevos caminos para la lascivia de los machos, concede también la misma libertad a las mujeres, y deja que las mujeres liguen entre sí como los hombres. Deja que se sometan también ellas a instrumentos artificiales de lascivia, esa misteriosa monstruosidad ausente de esperma y que se acuesten las mujeres

[33] Cf. *Diálogos de los muertos* 9.

con las mujeres, como hacen los hombres. Que aquel nombre que raramente llega a los oídos —me avergüenzo incluso de citarlo— de la lascivia lesbiana, se pasee triunfalmente. Deja que las habitaciones de nuestras mujeres imiten a Filenis [34] afeándose a sí mismas con amores sáficos. ¿Cuánto mejor es que una mujer irrumpa en la lascivia masculina que la nobleza masculina se afemine haciéndose mujer?»

29 En medio de su intensamente apasionado discurso, Caricles se detuvo, mirando con terrible fiereza. A mí me parecía que estaba utilizando su discurso como un rito purificatorio contra el amor a los muchachos. Pero yo, sonriendo tranquilamente y dirigiendo mi mirada lentamente hacia el ateniense, dije: «Yo pensaba que iba a resolver como juez una causa en broma para reírnos, pero sin saber cómo, gracias a la vehemencia de Caricles, me veo metido en un trabajo serio, Calicrátidas. Se apasionó exageradamente, como si estuviera en el Areópago [35] llevando un proceso por asesinato, incendio provocado o incluso por envenenamiento. Por ello esta ocasión, como no hubo nunca otra, reclama de ti que rememores uno de los dicursos pronunciados para el pueblo en la Pnix y que en este único discurso agotes todos los recursos de Atenas, la persuasión de Pericles y las lenguas de los diez oradores que se levantaron en armas contra los macedonios».

30 Pues bien, después de contenerse un momento, Calicrátidas, que en mi opinión, a juzgar por su expresión, estaba muy vehemente y con muchas ganas de lucha, empezó su

---

[34] Poetisa del siglo IV a. C., famosa por haber escrito un libro sobre posturas amatorias, aunque el verdadero autor pudo ser Polícrates, el sofista. Cf. *Antología Palatina* VII 345.

[35] Tribunal Supremo de Atenas.

discurso de respuesta: «Si las mujeres tuvieran acceso a la asamblea y a los tribunales y participaran de la vida política, tú serías nombrado general y protector suyo, y te honrarían con estatuas de bronce en las plazas públicas, Caricles. Porque difícilmente ni siquiera las que pasan por destacar por su inteligencia, si alguien las autorizara a hablar, hablarían en su propia defensa con tanto entusiasmo, ni Telesila, que se levantó en armas contra los espartanos [36], gracias a la cual Ares está incluido en Argos entre los dioses de las mujeres, ni Safo, la gloria de Lesbos, dulce como la miel, ni Teano [37], la hija de la Filosofía pitagórica. Tal vez ni Pericles habría defendido tan bien a Aspasia. Pero, puesto que parece oportuno que los hombres hablen en defensa de las mujeres, dejad que también nosotros hablemos en defensa de los hombres. Tú, Afrodita, muéstrate propicia, pues también nosotros honramos a tu hijo Eros.

»Yo creía que nuestra alegre discusión se había desarro- 31
llado dentro de los límites de la broma, pero desde que el discurso de éste empezó a concebirse en términos filosóficos de defensa de las mujeres, asumí gustosamente mi oportunidad, porque el amor masculino es la única actividad que combina placer y virtud. Yo desearía, si ello fuera posible, que surgiera y estuviera a nuestro lado aquel plátano que escuchó en cierta ocasión las palabras de Sócrates, un árbol más afortunado que la Academia y el Liceo, el árbol en el que se apoyaba Fedro, como nos contó aquel divino varón, el hombre más dotado que nadie por las gra-

[36] Poetisa de Argos, a la que se representaba en el acto de arrojar de sí los libros y encasquetarse el yelmo.

[37] Citada habitualmente como mujer de Pitágoras. Cf. DIÓGENES LAERCIO, VIII 42.

cias [38]. Tal vez, como la encina de Dodona, que emite su voz sagrada entre las ramas, bendeciría los amores de los muchachos recordando la belleza de Fedro. Pero eso es imposible,

porque muchas sombrías montañas
y el ruidoso mar nos separan [39].

y nosotros somos extranjeros, aislados en tierra extraña, y Cnido es una ventaja para Caricles. Sin embargo, no traicionaremos a la verdad vencidos por el temor.

32 »Únicamente tú, Señor celestial, asístenos con tu ayuda oportuna, Eros desvelador de los misterios de la amistad, que no eres un niño malvado como te retratan humorísticamente las manos de los pintores, sino que nacíste perfecto cuando te engendró la primera fuente de fecundación. Porque tú formaste todo el universo a partir de una carencia de forma oscura y dispersa. Como si hubieras removido la tumba común de todo el cosmos, expulsaste el caos que lo rodeaba hasta los últimos abismos del Tártaro, donde en realidad

sus puertas son de hierro, y el umbral de bronce [40]

de modo que, encadenado en una inexpugnable prisión nunca puede regresar. Y extendiendo una brillante luz sobre la oscura noche fuiste el creador de todo lo inanimado y de cuanto tiene vida. Tú introdujiste en los hombres la concordia como algo especial y uniste sus corazones con el venerable sentimiento de la amistad, para que la buena

[38] PLATÓN, *Fedro* 229b.

[39] HOMERO, *Il.* I 156-157.

[40] *Ilíada* VIII 15.

voluntad se desarrolle en sus almas inocentes y tiernas y llegue a una completa madurez.

»Se han inventado los matrimonios como solución a 33
una continuidad necesaria, pero únicamente el amor masculino es un hermoso deber impuesto por un espíritu filosófico. Todo lo que se cultiva por razones estéticas, en medio de la abundancia, consigue mayores honores que lo que se necesita para su uso inmediato, y en todos los sentidos la belleza es superior a la necesidad. Así, mientras los hombres llevaron una vida rústica, y las necesidades cotidianas no les dejaban tiempo para su perfeccionamiento, se contentaban con limitarse a satisfacer sus indigencias, y el agobio del momento no les daba oportunidad para encontrar un mejor sistema de vida. Pero, a medida que aquellas escaseces apremiantes se fueron acabando y la facultad de razonar de las sucesivas generaciones venideras, al librarse de sus privaciones, les dio la oportunidad de idear mejores cosas, desde ese momento se fueron desarrollando gradualmente las ciencias. Esto podemos conjeturarlo basándonos en las artes más perfectas. Los primeros hombres, nada más nacer, tenían que buscar un remedio a su hambre cotidiana y obligados por la necesidad inmediata, porque su desamparo no les permitía elegir lo mejor, comían las hierbas que encontraban, desenterraban raíces blandas y se alimentaban con frecuencia del fruto de las encinas [41]. Pero con el tiempo esto se arrojó a los animales irracionales, cuando los cuidados de los labradores descubrieron la siembra del trigo y de la cebada y vieron que volvían a salir todos los años. Ahora ni un loco se atrevería a decir que la bellota es mejor que la espiga.

[41] Bellotas comestibles, de la especie *Quercus Aegilops*.

34 »Además, desde un primer momento, los hombres, que necesitaban abrigo, ¿no se cubrieron con pieles de animales desollados? Y como refugio contra el frío idearon las cuevas de los montes o huecos sin agua producidos por viejas raíces o árboles. Y luego, mejorando continuamente su tendencia imitativa a partir de este momento, se tejieron mantos, se construyeron casas, y sin darse cuenta, las artes empleadas en estas actividades con el tiempo adquirieron maestría y en vez del simple tejido diseñaron prendas de mayor belleza; en lugar de casitas baratas, construyeron mansiones muy altas con mármoles caros y pintaron la desnuda fealdad de las paredes con floridos baños de colores. Sin embargo, cada una de estas artes y talentos, después de estar mudas y sumergidas en un profundo olvido, surgieron poco a poco hasta su propio cénit, como después de un largo ocaso. Cada hombre, si descubría algo, se lo transmitía a su sucesor. Y la sucesión de los herederos, añadida a lo que ya había aprendido, llenó las deficiencias.

35 »Que nadie reclame amores masculinos en los viejos tiempos. Las relaciones sexuales con mujeres eran necesarias para que no desapareciera totalmente nuestra raza por falta de semen. En cambio, las múltiples ramas de la sabiduría y las aspiraciones humanas a esa virtud que ama la belleza sólo con dificultad iban a salir a la luz, gracias al tiempo que no deja nada sin explorar, para que la divina Filosofía y con ella la pederastia pudieran llegar a su madurez. Por ello, Caricles, no censures otra vez este descubrimiento como inútil porque no se inventó primero, ni consideres inferior el amor masculino porque las relaciones sexuales con las mujeres están registradas en épocas anteriores. Más bien debemos considerar las ocupaciones antiguas como necesarias, mientras que hay que apreciar como

superiores a ellas las que la vida humana descubrió por añadidura cuando pudo emplear bien el ocio en el pensamiento.

»Yo había estado a punto de reírme hacía un momento, 36
cuando Caricles elogiaba a los animales irracionales y la vida solitaria de los escitas [42]. Desde luego su excesivo entusiasmo por el tema casi le hizo arrepentirse de haber nacido griego. Porque ni siquiera disimulaba lo que decía con un tono contenido, como si estuviera contradiciendo lo que había intentado defender, sino que hablando a voz en grito, decía: «Ni leones, ni osos ni cerdos se aman entre sí, sino que su apetito les empuja únicamente hacia su hembra». ¿Qué tiene eso de extraño? Porque lo que cualquiera elegiría correctamente en virtud de un raciocinio, no es posible para los que no pueden razonar por su falta de intelecto. Si Prometeo o algún otro dios hubiera dotado de pensamiento humano a todos los seres vivos, no se conformarían con la vida solitaria en el monte ni se alimentarían unos de otros, sino que construirían templos como nosotros, tendrían todos ellos su hogar como centro de su vida privada y vivirían como ciudadanos gobernados por leyes comunes. ¿Qué tiene pues de extraño que los animales, condenados por la naturaleza a no recibir de la providencia ninguno de los bienes que otorga la providencia, se hayan visto privados además de desear a los machos? Los leones no tienen esa clase de amor, porque tampoco son filósofos. Los osos tampoco lo sienten, porque ignoran el bien que nace de la amistad. En cambio en los seres humanos la inteligencia unida al conocimiento, después de frecuentes experiencias les ha hecho elegir lo mejor decidiendo que el amor entre hombres es el más seguro de todos.

[42] Un sistema de vida primitivo como el de los escitas, aunque Caricles no los citó por su nombre.

37 »En vista de ello, Caricles, no amontones los relatos meretricios de vida lasciva ni despotriques contra nuestra dignidad con un lenguaje pobre, ni hables del Amor Celestial como de un niño; piensa, aprendiendo mejor estas cosas aunque sea un poco tarde en tu vida, pero de todos modos considera ahora, puesto que no lo hiciste antes, que el Amor es un dios doble, que no frecuenta un solo camino ni incita nuestros ánimos con un solo espíritu, sino que uno de ellos, me imagino que a causa de su mentalidad completamente infantil, sin que la razón pueda dirigir su pensamiento, se concentra intensamente en las almas de los insensatos, y le interesan especialmente las pasiones por las mujeres. Este amor es el compañero de esa violencia que sólo dura un día y empuja a los hombres con impulso irracional hacia sus deseos. El otro, en cambio, es el Amor antepasado de la edad Ogigia [43], visión venerable y espectáculo aureolado de santidad, dispensador de pasiones moderadas, que insufla su suave aliento en el pensamiento de todos. Cuando conseguimos que este dios nos sea propicio, damos la bienvenida a un placer que está combinado con la virtud. En realidad, como dice el poeta trágico [44], el Amor sopla en dos direcciones distintas, y con el mismo nombre se comparten sentimientos diferentes; también el Pudor es un dios doble con un papel ambiguo entre ayuda y perjuicio:

Vergüenza que mucho daña o aprovecha a los hombres.
No era uno el linaje de las Érides, sino que sobre la tierra
hay dos, a una, cualquiera que llegue a conocerla podría [alabarla,

---

[43] Alude a las descendientes de Ogigio, hijo de Cadmo, antiguo rey de Tebas.

[44] Puede referirse a Eurípides. NAUCK, *Frag. Adesp.* 187.

pero la otra es muy reprochable, pues tienen distinta na-
[turaleza [45].

No es pues extraño que la pasión haya llegado a tener el mismo nombre que la virtud, de modo que tanto la pasión desenfrenada como un afecto sensato han podido llamarse amor.

»Entonces, podría preguntar Caricles, ¿crees que los 38
matrimonios no significan nada y eliminas a las mujeres de tu vida? ¿Cómo podremos en ese caso sobrevivir los seres humanos? Sería muy deseable, como el sapientísimo Eurípides dice [46], que sin tener relaciones sexuales con las mujeres pudiéramos acudir a los santuarios y templos y comprar hijos con plata y oro para proveer a nuestra sucesión. Porque una dura necesidad nos impone este pesado yugo en nuestros cuellos y nos obliga a obedecer sus mandatos. Aunque utilizando la razón podamos escoger la belleza, sin embargo, la utilidad tiene que ceder ante la necesidad. Dejad que las mujeres sean un número hasta que tengan hijos, pero apártate de ellas en lo demás, y ojalá me libre de ellas. ¿Qué hombre con sentido común podría soportar desde el amanecer a una mujer que trata de embellecerse con añadidos artificiales, una mujer que es realmente fea por naturaleza, pero cuyos extraños aderezos disfrazan lo poco agraciado de su físico?

»En efecto, si alguien tiene ocasión de ver a las mujeres 39
cuando se levantan por la mañana de su lecho nocturno, pensará que una mujer es más fea que esos animales cuyo nombre es de mal augurio citar en las primeras horas de la mañana [47]. Por eso se encierran cuidadosamente en su

[45] Hesíodo, *Trabajos y días* 318, 11, 12 y 13.

[46] Eurípides, *Hipólito* 618 ss.

[47] Se refiere a los monos. Cf. *El falso razonador* 17.

casa, para que ningún hombre las vea. Están rodeadas de mujeres viejas y de un tropel de muchachas tan feas como ellas, que maquillan sus desgraciados rostros con pomadas diversas. Porque no se lavan el sopor del sueño con agua limpia y se aplican enseguida a algún trabajo serio, sino que muchas mezclas de polvos perfumados dan un tono más alegre al color desagradable de su piel y, como si se tratara de una procesión pública, cada una se encarga de un cometido diferente, con palanganas de plata, aguamaniles, espejos y un montón de cajas, como si fuera la tienda de un droguero, muchos tarros llenos de mucha desgracia, en los que tienen a mano dentífricos y artilugios para ennegrecer los párpados.

40 »La mayor parte de su esfuerzo lo consume en el trenzado de sus cabellos. En efecto, por medio de pigmentos que son capaces de enrojecer sus cabellos tanto como el sol de mediodía, tiñen sus rizos de un rubio brillante, lo mismo que tiñen la lana, reprobando a su propia naturaleza. Y las que se consideran satisfechas con sus cabellos negros, gastan todo el dinero de sus maridos en perfumes de casi toda Arabia que exhalan sus cabellos, utilizan instrumentos de hierro calentados en una débil llama para ensortijar a la fuerza sus bucles, y mechones elaborados estilosamente bajan hasta sus cejas, dejando un estrecho espacio en la frente, mientras que por detrás las trenzas flotan arrogantemente hasta las espaldas.

41 »A continuación vienen las sandalias teñidas de múltiples colores, que se clavan en la carne oprimiendo sus pies, y sus velos transparentes que pasan por vestidos, para dar la apariencia de que andan desnudas. Todo su interior puede reconocerse mejor que su cara, aparte de sus pechos exageradamente prominentes, que llevan de un lado a otro atados como prisioneros. ¿Pero qué necesidad hay de contar

escándalos todavía más llamativos que éstos? Piedras preciosas de Eritrea que valen más de un talento cuelgan de sus orejas, o serpientes en sus muñecas y brazos, que ojalá fueran realmente serpientes en vez de oro. Sus cabezas están rodeadas de coronas como constelaciones de piedras preciosas de la India, de sus cuellos cuelgan costosísimos collares, y el desgraciado oro desciende totalmente hasta las puntas de sus pies, oprimiendo cualquier parte del tobillo que quede desnuda, aunque merecerían tener sus piernas encadenadas con hierro por los talones. Y una vez que todo su cuerpo ha sido embaucado con la belleza engañosa de un atractivo bastardo, enrojecen sus mejillas impúdicas con pinturas rojas, para que su tinte carmesí pueda dar color a su palidísima y fofa piel.

»¿Y qué clase de vida hacen después de tantos prepara- 42
tivos? Dejan la casa inmediatamente, visitan a todos los dioses que molestan a los hombres casados, aunque sus desgraciados maridos ni siquiera conocen sus nombres, ya se trate de Coliades y Genetílides [48] o la diosa frigia [49] o la fiesta que conmemora un amor desgraciado en homenaje al pastor [50]. Luego vienen las iniciaciones secretas y los misterios sospechosos sin hombres y, para hablar sin tapujos, la corrupción del alma. Cuando ya han terminado con todo esto, al momento se van a sus casas para darse largos baños, y, por los cielos, comidas suntuosas, acompañadas de muchos melindres hacia los hombres. Cuando ya están superhartas de comer las golosinas que tienen delante de

[48] Diosas que presidían los nacimientos y al parecer recibían culto de las mujeres con ritos lascivos. El singular Colias suele referirse a Afrodita.

[49] Cibeles.

[50] Atis.

sí, y sus gaznates ya no pueden admitir más comida, arañan con las puntas de sus dedos cada uno de los platos que les sirven, para probarlos. Entretanto, hablan de sus noches, cuentan sus sueños heterosexuales, sus camas fragantes de feminidad, al levantarse de las cuales todos los hombres necesitan un baño.

43 »Pues bien, estas son las señales de una vida femenina bien equilibrada. Pero si alguien quisiera examinar en detalle la realidad de los aspectos más desagradables, maldecirá a Prometeo en la vida real, exclamando a voces las famosas palabras de Menandro [51]:

¿No tienen razón los pintores cuando representan
a Prometeo encadenado a las rocas?
Tuvo este dios una antorcha, pero ningún otro bien.
Yo creo que todos los dioses lo odian,
porque creó a las mujeres, una raza maldita, ¡oh dioses
[veneradísimos!
Supongamos que un hombre se casa, ¿se casa realmente?
A partir de ahí, vienen las pasiones lascivas secretas,
complaciéndose en prostituir el lecho conyugal.
Envenenamientos y terribles rencores
con los que vive toda su vida una mujer.

¿Quién irá en busca de esa clase de bienes? ¿A quién le parecerá agradable una vida tan desdichada?

44 »En vista de ello, merece la pena contraponer las calamidades de las mujeres con la vida varonil de los muchachos. Nada más levantarse por la mañana de su cama de soltero, se lava con agua para quitarse el sueño que toda-

[51] *Fragmento* 718 (KOERTE).

vía le queda en los ojos, se abrocha la tuniquilla y el manto [52] con fíbulas en los hombros y

sale de la casa paterna
con la mirada baja [53]

sin mirar de frente a ninguno de los que le salen al encuentro. Le acompañan en ordenado cortejo servidores y tutores, que empuñan en sus manos los venerables instrumentos de la virtud, no las púas de un peine mellado capaces de acariciar sus cabellos, ni espejos que reproducen imágenes no pintadas de formas que se les ponen delante, sino que les siguen detrás o tablillas de escribir con muchas hojas o libros que salvaguardan los méritos de antiguas acciones, y una armoniosa lira por si tiene que ir a casa de un maestro de música.

»Después de ejercitarse con entusiasmo en todos los 45
conocimientos que enseña la Filosofía al alma, y una vez que su inteligencia ya se ha saciado de los bienes que da una enseñanza completa, perfecciona su cuerpo con ejercicios propios de un hombre libre y se interesa por los caballos tesalios. Muy pronto, después de haber formado su juventud, ejercita en tiempo de paz las actividades propias de la guerra, lanzando jabalinas y tirando dardos con mano diestra. A continuación vienen las brillantes palestras, donde con el calor del sol de mediodía su cuerpo se cubre de polvo luchando, y los sudores que le producen sus afanes en la lucha, a los que sigue un rápido baño y una comida sobria seguida de actividades inmediatas. De nue-

[52] El *chitōnískos* era una especie de camiseta, sobre la que los *épheboi* llevaban un manto *(chlamýs); chlamís,* en cambio, era un manto fino considerado como símbolo de afeminamiento.

[53] Fragmento no identificado (Kock 366).

vo los maestros y los recuerdos de acciones antiguas, con preguntas sobre temas como quién fue el héroe valiente, o *quién es citado* por su inteligencia, o qué hombres fomentaron la justicia y la moderación. Con tales virtudes rocían su alma todavía sensible y, cuando el atardecer pone fin a la actividad, rinde el tributo debido a las necesidades del estómago y duerme con el más dulce sueño, disfrutando de un descanso irreprochable después de sus fatigas del día.

46 »¿Quién no se enamoraría de un muchacho así? ¿Quién lanza miradas tan ciegas, quién tiene la inteligencia tan embotada? ¿Cómo podría no enamorarse de alguien que es un Hermes en las palestras, un Apolo con la lira, un caballero como Cástor, que persigue las virtudes divinas con un cuerpo mortal? Por mi parte, dioses celestiales, pido que mi vida sea así siempre, que pueda sentarme frente a mi amigo y escuchar de cerca su dulce voz [54], salir con él cuando él salga y compartir con él toda actividad. Y que un amante pueda pedir que su amado pueda recorrer el camino hasta la vejez sin penas, a través de una vida sin tropiezos ni desvíos y sin haber experimentado ninguna malvada maquinación de la fortuna. Y si, de acuerdo con las leyes que gobiernan la naturaleza humana, le roza una enfermedad, que yo enferme con él cuando él esté enfermo y que cuando zarpe a través de olas tormentosas, yo pueda navegar con él. Y si la violencia de un tirano ordena encadenarlo, yo pondré los mismos grilletes en torno a mi cuerpo. Todo el que lo odie será mi enemigo, y mostraré mi aprecio a cuantos estén en buenas relaciones con él. Y si veo a bandidos o enemigos que le atacan, me armaré yo también incluso por encima de mis posibilidades. Y si mue-

[54] Safo, 1, 2.

re, no soportaré la vida. Daré las últimas instrucciones a los que más quiero después de él para que nos construyan una tumba común a ambos, que mezclen los huesos con los huesos y que no separen nuestras calladas cenizas unas de otras.

»Mis amores no serán los primeros en escribir estas 47
cosas frente a los que tienen más méritos para hacerlo; más bien dio estas normas la inteligencia casi divina de los héroes, en quienes el amor de la amistad respira hasta el día de su muerte. La Fócide unió a Orestes y Pílades desde su misma niñez. Tomando al dios como mediador de sus sentimientos mutuos, navegaron juntos como si fueran en un mismo navío de la vida. Ambos mataron a Clitemnestra como si ambos fueran hijos de Agamenón, y a manos de ambos murió Egisto. Pílades sufrió más por el acoso de las Furias [55] a Orestes y lo defendió cuando lo estaban juzgando. Los afectos de la amistad no estaban limitados a las fronteras de Grecia, sino que navegaron hasta los últimos límites de Escitia, cada vez que uno enfermaba y el otro le cuidaba. En todo caso, tan pronto como arribaron al país de los Tauros, la Furia de los matricidas dio la bienvenida a los extranjeros, y cuando los nativos se pusieron en torno de ellos, Orestes cayó al suelo afectado por su habitual locura y quedó tendido, pero Pílades

le limpiaba la espuma y cuidaba de su cuerpo
y extendía delante de él su manto de fuerte trama para [protegerle [56]

dando la sensación no sólo de un amante, sino también de un padre. Y en todo caso, cuando se decidió que uno

[55] Luego Euménides.

[56] EURÍPIDES, *Ifigenia entre los tauros* 311-312.

quedaría allí para que lo mataran y el otro volvería a Micenas para llevar una carta, ambos querían quedarse en beneficio del otro, considerando que él mismo vivía en la supervivencia del otro. Orestes rechazó tomar la carta, alegando que Pílades era más adecuado para hacerlo, comportándose casi como amante más que como amado:

La muerte de este hombre sería una terrible desgracia para
[mí.
Pues yo soy el piloto de la nave de esta desgracia [57].

Y poco después dice:

dale la carta a mi compañero.
Yo la enviaré a Argos, como a él le convenga
y a mí deja que me mate quien quiera [58].

48 »Así suele ocurrir generalmente. Cuando el amor serio nos es inculcado desde la niñez y madura en la edad que ya es capaz de razonar, el objeto de nuestro afecto duradero concede amor en correspondencia y es difícil darse cuenta de quién de los dos es el amante, como si la imagen del cariño del amante se reflejara en la del amado como en un espejo. ¿Por qué lo censuras, pues, como una relajación extraña de nuestro tiempo, aunque está regulado por leyes divinas y es una herencia que ha llegado hasta nosotros? Nosotros estamos muy contentos de recibirla y la acogemos religiosamente con puro corazón. Porque es realmente feliz, de acuerdo con la sentencia del sabio, el hombre.

---

[57] *Ibid.* 598-599.
[58] *Ibid.* 603-605.

que tiene jóvenes muchachos, caballos de pezuña sin hen-
[dir[59].
Soporta su vejez aquel anciano con gran facilidad
el que es amado por los jóvenes[60].

Las enseñanzas de Sócrates y su famoso tribunal de la virtud fueron honrados por el trípode de Delfos, pues la Pitonisa pronunció un oráculo de la verdad:

Sócrates es el más sabio de todos los hombres[61].

Porque él, aparte de los otros descubrimientos con los que favoreció la vida humana, admitió también la pederastia como el más grande de los favores.

»Hay que amar a los jóvenes como Sócrates amaba a 49
Alcibíades, ya que durmió con él como un padre bajo el mismo manto[62]. Por mi parte, querría añadir con mucho gusto al final de mi discurso las palabras de Calímaco como un mensaje para todos:

Vosotros que atacáis a los jóvenes con miradas lascivas,
¡ojalá amárais a los jóvenes como Erquio os ordenó hacerlo!
Tendríais una ciudad de hombres valientes[63].

Sabiendo esto, jóvenes, sed moderados cuando os acerquéis a los muchachos virtuosos. No malgastéis por un pequeño placer un largo afecto, ni hasta que hayáis llegado a la madurez os propongáis sentimientos fingidos de amistad,

[59] Solón, 23; Teognis, 1253. Cf. Platón, *Lisis* 212e.
[60] Calímaco, *Aítia Frag.* 41, 1-2 (Pfeiffer).
[61] Plat., *Apología* 20e.
[62] Cf. Platón, *Banquete* 219c.
[63] Calímaco, *Frag.* 571. Erquio es desconocido.

pero rendid culto al Amor celestial desde la niñez hasta la vejez y mantened vuestros afectos constantes. Porque para los que aman así, al no tener nada vergonzoso en su conciencia, el transcurso de su vida es muy agradable, y después de su muerte la fama de su gloria llega a todos los hombres. Si hay que creer a los hijos de los filósofos, el cielo acoge a los hombres con estos ideales después de su estancia en la tierra. Al entrar en una vida mejor después de su muerte, encuentran una recompensa a su virtud en la inmortalidad».

50 Después de pronunciar Calicrátidas enfáticamente este vigorosísimo discurso, Caricles intentó tomar la palabra por segunda vez, pero yo se lo impedí: «Ya es hora de volver al barco». Ellos me pidieron que manifestara mi opinión, pero, después de sopesar un momento las palabras de ambos, dije: «Vuestras palabras, amigos míos, me parece que no han sido improvisadas ni preparadas sin cuidado por vosotros, sino que dan prueba evidente de una continua e intensa concentración de pensamiento. No habéis dejado apenas nada que hubiera que decir para que pudiera decirlo otro, y, aunque vuestra experiencia de la realidad es mucha, vuestra elocuencia ha sido mayor, hasta el punto que yo desearía, si ello fuera posible, convertirme en Terámenes el Coturno [64] para que ambos os marcharais como vencedores por igual. Sin embargo, como no parece que vayáis a dejar el tema y yo estoy decidido a que no me molestéis con el mismo asunto durante la navegación, voy a dar el veredicto que me parece más justo.

51 »El matrimonio es un bien útil a la vida y una bendición para el género humano cuando se tiene buena suerte,

[64] Botas que servían para todos los pies. Se le llamó así por su actitud camaleónica al final de la Guerra del Peloponeso.

mientras que el amor a los muchachos, que hace la corte a los bienes sagrados de la amistad, pienso que es privilegio únicamente de la Filosofía. Por ello, todos los hombres deben casarse y se debe permitir sólo a los filósofos practicar la pederastia, porque la virtud perfecta donde menos crece es entre las mujeres. Y tú, Caricles, no debes molestarte, si Corinto cede ante Atenas».

Y yo, después de confiar mi veredicto, precipitadamente 52
y en muy pocas palabras, por respeto, me levanté. Porque vi a Caricles que estaba completamente abatido, casi como si estuviera condenado a muerte. En cambio, el ateniense, dando un salto de alegría y con expresión triunfal en su rostro, avanzaba con mucho ímpetu. Se habría podido creer que había derrotado a la escuadra persa en la batalla de Salamina. Yo obtuve además otro beneficio de mi dictamen, cuando nos invitó a una magnífica fiesta para celebrar la victoria. Aunque ya en otras ocasiones se había comportado con mucha generosidad. Y en cuanto a Caricles, le consolé sin llamar la atención, expresándole repetidas veces mi gran admiración por su elocuencia y su competente defensa de la parte más débil.

Entretanto terminó nuestra estancia en Cnido y nuestra 53
conversación en el santuario de la diosa, que había sido una combinación de alegre seriedad y entretenimiento cultural. También tú, Teomnesto, que evocaste este antiguo recuerdo mío, si entonces fuiste juez, ¿qué sentencia dictaste?

Teomnesto. — ¡Por los dioses! ¿Tú crees que yo soy un Melítides o un Corebo [65] para que vote en contra de tu justo veredicto? Porque a causa del intenso placer que me producían tus palabras yo creía que estaba en Cnido y casi me imaginaba que esta pequeña habitación era el

[65] Locos proverbiales. Cf. Aristófanes, *Ranas* 991.

famoso templo. Sin embargo, como no es inapropiado nada que se diga en un día de fiesta, y toda broma, aunque sea exagerada, está de acuerdo con el espíritu festivo, debo decir que yo admiraba la solemnidad de los discursos exageradamente arrogantes en defensa de la pederastía, excepto que no me parecía muy agradable pasar todo el día con un muchacho sufriendo la tortura de Tántalo y cuando ya casi su belleza inundaba mis ojos, tener que aguantar la sed pudiendo coger el agua. Porque no basta con contemplar al amado, ni escuchar su voz sentado frente a él, sino que el amor se ha construido como una especie de escalera de placer y tiene como primer escalón el de la vista, para que pueda ver el objeto amado, y una vez que lo ha conseguido, desea acercarse y tocarlo. Aunque sólo lo toque con las puntas de los dedos, las ondas del placer recorren todo su cuerpo. Una vez que ha conseguido esto fácilmente, el amor intenta en su tercera escala un beso, sin entrar en detalles al principio, sino acercando suavemente los labios a los labios, y se aparta antes de tocarlos, sin dejar la más pequeña huella de sospecha. A continuación se ajusta él mismo al éxito conseguido y se funde en abrazos cada vez más insistentes, abriendo de vez en cuando ligeramente la boca y sin dejar ninguna mano ociosa. Porque los abrazos abiertos, con ropa, dan placer mutuo; o la mano se desliza furtivamente con molicie bajo la túnica y aprieta un momento los pechos, que aumentan su turgencia, mete mano suavemente, con las puntas de los dedos en la dureza del vientre rotundo y a continuación en la flor con el primer vello de la juventud. Y

mas ¿a qué recordar lo que no se debe decir? [66].

[66] EURÍPIDES, *Orestes* 14.

Una vez que el amor ha conseguido tan gran libertad, empieza un trabajo más caliente. Inicia el preámbulo por los muslos y, según el poeta cómico, «alcanza el blanco» [67].

¡Ojalá yo pueda practicar así la pederastia! Y que los 54 sublimes charlatanes y cuantos fruncieron sus cejas filosóficas por encima de sus sienes engañen a los ignorantes con los artificios de sus pomposas palabras. Porque Sócrates era amoroso como nadie y Alcibíades, una vez que se acostó bajo el mismo manto que él, no se levantó indemne. No te sorprendas por esto, porque tampoco el afecto de Aquiles a Patroclo se limitó a sentarse enfrente

esperando que el Eácida acabara de cantar [68]

sino que también el placer era el intermediario de su amistad. En todo caso, cuando Aquiles lamentaba la muerte de Patroclo, su dolor incontrolado le hizo gritar la verdad y dijo:

llorando conservé el respeto por mis relaciones íntimas con
[*tus muslos* [69].

Y los que los griegos llaman jaraneros creo que no son otra cosa que amantes descarados. Tal vez alguien aduzca que estas cosas son vergonzosas de decir, pero, por la Afrodita de Cnido, es verdad.

Licino. — Mi querido Teomnesto, no te permitiré que dispongas otro principio de un tercer discurso, que sólo puede oírse en un día de fiesta, y despachar el resto lejos de mis oídos. Abstengámonos de retrasar el tema más tiem-

---

[67] Referencia desconocida.

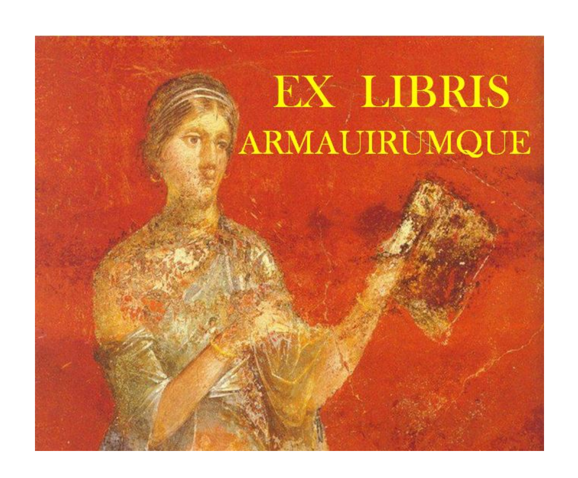
[68] *Ilíada* IX 191.

[69] Esquilo, *Frag.* 136, probablemente de *Mirmidones.*

po y salgamos a la plaza, pues ya es hora de encenderle la hoguera al dios. Es un espectáculo agradable, que recuerda a los presentes sus sufrimientos en el Eta [70].

---

[70] El monte en el que Heracles se dio muerte con el fuego. Cf. Sófocles, *Traquinias*, al final.



50

EN PRO DE LOS RETRATOS

Diálogo entre dos interlocutores, Polístrato y Licino. El primero expone las tímidas protestas de Pantea contra los elogios contenidos en la otra obra *(Los retratos)*, después de lo cual Licino contestá a las acusaciones de exageración y lisonja. Esta obra también forma un díptico, con el orden de los oradores invertido, y puede admitirse que estas dos obras se corresponden. La segunda da a Luciano la oportunidad de elogiar la modestia de Pantea y reforzar así sus anteriores pretensiones por su sabiduría.

El diálogo como vehículo de elogio pudo tener su origen entre los socráticos, y el modelo inmediato de Luciano pudo haber sido la *Aspasia* de Esquines el Socrático, en el que se citaba a Aspasia en su ausencia y se daban ejemplos de sabiduría.

POLÍSTRATO. — «En lo que a mí se refiere, Licino», 1
dice la mujer, «he advertido por tu escrito, entre otras cosas, tu gran benevolencia y consideración hacia mí, porque nadie habría expresado tan grandes alabanzas si no las hubiera sentido con tanta simpatía. Por mi parte, para que lo sepas, yo tengo contigo una actitud parecida, pero no me complacen las maneras de los aduladores, sino que me parecen tales individuos unos impostores y muy poco liberales de naturaleza. Especialmente en las alabanzas,

cuando alguien me alaba utilizando exageraciones vulgares e inmoderadas, me pongo colorada y casi me tapo los oídos,
2 porque tal cosa me parece más burla que elogio. Porque los elogios son tolerables en la medida en que el elogiado reconoce que posee cada una de las cualidades que se le atribuyen, pero lo que pasa de ahí ya resulta extraño y adulación evidente».

«Sin embargo yo sé», afirma ella, «que muchos disfrutan si alguien al alabarles añade a su discurso incluso lo que no tienen, como por ejemplo si felicita por su juventud a personas ancianas o atribuye la belleza de Nireo [1] o de Faón a individuos que son feos, porque creen que con las alabanzas se cambiarán sus formas y rejuvenecerán de nuevo, como esperaba Pelias [2].

3 »Pero las cosas no son así: ¡el elogio tendría un precio enorme si se pudiera sacar un provecho real de tal exageración! A mí me parece», seguía ella, «que a estos individuos les ocurre lo mismo que a una persona fea a la que se le pone una máscara hermosa y él anda vanagloriándose de su belleza, a pesar de que cualquiera que lo encuentre se la puede quitar y rompérsela, con lo que resultaría incluso más ridículo al mostrarse con su propia cara y verse su fealdad que estaba oculta por la bella máscara. O también diría ¡por Zeus! que es como si un enano se pusiera unos coturnos y rivalizara en estatura con quienes le superan en un codo entero desde la superficie del suelo».

4 La mujer había recordado un ejemplo parecido. Decía que una mujer de noble posición, hermosa y atractiva en general, pero muy lejos de las proporciones adecuadas por

---

[1] Homero, *Ilíada* II 673.

[2] Las hijas de Pelias fueron engañadas por Medea, que les aseguró que podía rejuvenecer al anciano con ciertos filtros, lo que no ocurrió.

su pequeñez, era alabada con sus cantos por un poeta, no sólo por sus demás cualidades, sino también por su belleza y buena estatura, y comparaba su talle con un alamo negro por su altura y buen tamaño. La mujer estaba radiante con el cumplido, como si creciera a la medida del poema y aplaudía batiendo las manos [3]; por su parte, el poeta bisaba el poema muchas veces, al ver cómo disfrutaba ella con los elogios, hasta que uno de los presentes inclinándose a su oído le dijo: «¡No sigas más, poeta, no sea que la hagas levantarse!»

Algo parecido, pero mucho más ridículo se cuenta que 5
hizo Estratonice, la mujer de Seleuco. Ésta, en efecto, propuso a los poetas un certamen, con el premio de un talento, para quien mejor elogiara su cabellera, a pesar de que era calva y tenía muy pocos cabellos propios. Pues aun teniendo la cabeza en estas condiciones, sabiendo todos que una larga enfermedad la había afectado de este modo, sin embargo, escuchaba a los malditos poetas cuando hablaban de sus cabellos como los de Jacinto [4] y hacían con ellos rizos ensortijados y comparaban con perejil lo que ni siquiera existía [5].

Pues bien, ella se burlaba de personas como éstas que 6
se entregan a los aduladores, y añadía que muchos están dispuestos a dejarse halagar y ser engañados de manera parecida, no sólo con los elogios, sino también con los retratos. «De hecho», decía, «se complacen especialmente con aquellos pintores que les hacen un retrato más bonito. Hay algunos que incluso les piden a los artistas que les

---

3 Más enfático que el aplauso era la acción de levantarse (*vid.* más adelante).

4 HOM., *Od.* VI 231, y XXIII 158.

5 El perejil se usaba para tejer coronas a los vencedores.

quiten un poco de nariz o que les pongan los ojos más negros, o que les añadan cualquier otro detalle que deseen, y no se dan cuenta de que están poniendo coronas a retratos extraños, que en nada se parecen a ellos».

7 Éstas y cosas parecidas decía la mujer, que alababa en general el libro, pero no podía soportar una cosa: que la habías comparado con las diosas, con Hera y Afrodita: «Porque tales elogios», decía, «están muy por encima de mí y aún por encima de toda la naturaleza humana. Por mi parte, ni siquiera hubiera querido que me compararas con las heroínas Penélope, Arete y Teano, y mucho menos con las diosas más nobles». Y también añadía esto otro: «Me siento muy supersticiosa y llena de temor a los dioses y por ello temo que pueda parecerme a Casiopea si admito una alabanza como la suya, si bien Casiopea se comparaba sólo con las Nereidas, pero veneraba a Hera y Afrodita» [6].

8 En vista de ello, Licino, te pide que vuelvas a redactarlo o afirma que de lo contrario ella pondrá a las diosas como testigos de que lo has escrito sin su consentimiento y afirma que tú sabías que le iba a perjudicar un libro que circula en la forma en que tú lo has dispuesto, que no es demasiado piadoso ni reverente con los dioses. Pensaba ella que se tomaría como una irreverencia y un pecado el que consintiera que se dijera que era como la Afrodita de Cnido o la que se venera en los Jardines. Y te amonesta por lo que dices al final del libro sobre ella, al afirmar que es modesta y no vanidosa, y que no trata de elevarse por encima de la medida humana, sino que tiende su vuelo a ras de tierra, y después de hacer estas

[6] APOLODORO, II 4, 3. Por querer rivalizar con las Nereidas en belleza, Posidón envió un monstruo para devastar su país. Perseo la salvó.

afirmaciones, la levantas por encima del propio cielo, hasta el punto de compararla con las diosas.

Te pedía que no la consideres menos inteligente que a 9
Alejandro, porque éste, al prometerle su arquitecto que transformaría el monte Atos entero y le daría su forma, para que todo el monte se convirtiera en el retrato del rey, con dos ciudades en sus manos, no admitió tan monstruoso proyecto, sino que pensó que era superior a sus merecimientos y le hizo cesar en su intento de fabricar colosos no convincentes, dejando en su sitio el Atos y sin empequeñecer un monte tan grande para asemejarlo con un cuerpo mezquino [7]. Ella elogiaba la magnanimidad de Alejandro y decía que había levantado con su actitud un monumento más grande que el propio Atos en el pensamiento de los que luego lo recordarían siempre; porque no es propio de un espíritu mezquino despreciar un honor tan extraordinario.

Decía que ella alababa tu composición y la idea de los 10
retratos, pero que no reconocía su parecido, ya que ni ella ni ninguna otra que fuera mujer era digna de tales imágenes. De manera que te deja a ti este honor y respeta tus arquetipos y ejemplos, pero te pide que la elogies con modelos humanos y que el zapato no sea más grande que el pie, «y me caiga de narices sobre alguien», dice ella, «una vez que me lo haya calzado».

También me pidió que te dijera esto: «He oído decir», 11
afirmaba, «a muchos (los hombres sabéis si es cierto) [8],

[7] La misma historia en *Cómo debe escribirse la historia* 12, donde tampoco se da el nombre del arquitecto, que para PLUTARCO *(Alej.* 72, y *Moral.* 1.335c) es Estesícrates, y para Estrabón, Quirócrates. Vitrubio lo cuenta de otra manera y habla de un tal Dinócrates.

[8] Las mujeres no asistían a los Juegos Olímpicos.

que ni siquiera en los Juegos Olímpicos se permite a los vencedores levantar estatuas más altas que sus propios cuerpos, sino que los Helanódicas se preocupan de que nadie sobrepase a la verdad, y el examen de las estatuas es más riguroso que la selección de los atletas. Cuida pues, dijo, para que no se nos acuse de falsificar las medidas y luego los Helanódicas nos tiren la estatua».

12 Esto es lo que ella dijo. Tú ahora, Licino, procura corregir el libro y quitar tales afirmaciones, para no pecar contra los dioses, porque ella lo ha llevado muy a mal y se horrorizó mientras lo leía y ha suplicado a las diosas para que le sean propicias. Hay que disculparla si le ha ocurrido algo propio de mujeres, aunque a decir verdad, yo tenía más o menos la misma opinión. Aunque al oírlo por primera vez yo no veía ninguna falta en el escrito, cuando ella expresó su descontento, también yo mismo he empezado a pensar como ella y me ha ocurrido algo parecido a lo que nos pasa con las cosas que vemos con los ojos: si las miramos demasiado cerca y ante los mismos ojos, no podemos distinguirlas con detalle, pero si nos apartamos un poco y las observamos desde una distancia adecuada, todo se nos aparece con claridad, lo que está bien y lo que no está bien.

13 Efectivamente, siendo ella un ser humano, el compararla con Hera y Afrodita ¿qué otra cosa es sino depreciar a las diosas? Porque en tales comparaciones no se hace mayor lo que era pequeño tanto como se empequeñece lo mayor rebajándolo a lo más humilde; es como si dos marcharan juntos, uno muy alto y el otro muy bajo de estatura y luego hubiera que igualarlos de modo que ninguno de ellos sobresaliera del otro; esto no se podría conseguir estirándose el más corto, ni aunque se levante lo más posible sobre las puntas de los pies, sino que si van a mostrarse

iguales es el mayor el que se inclinará y se hará menor. De la misma manera, en tales comparaciones, no es el ser humano el que se hace mayor si se le compara con la divinidad, sino que es necesario que la divinidad se minimice inclinada hacia lo inferior. Y si alguien por la pobreza de lo terreno levanta su discurso hasta el cielo, tendría menos culpa de actuar así por impiedad, mientras que tú, que tenías tantos ejemplos de bellezas femeninas, osaste compararla a ella con Afrodita y Hera sin necesidad.

Por ello, Licino, quita de tu libro todo lo que es excesivo 14
y motivo de celos; tampoco es así tu manera de ser, ya que en otras ocasiones no fuiste fácil ni propenso a los elogios. No comprendo ahora cómo has cambiado por completo y te has hecho pródigo en alabanzas después de haber sido hasta ahora parco y ahorrativo en las mismas. Que tampoco te dé vergüenza corregir un libro que ya está en circulación, porque según dicen así lo hizo también Fidias cuando ya había terminado su Zeus para los eleos [9]. Estuvo en efecto de pie detrás de las puertas del santuario cuando mostró y exhibió su obra, oyendo a los que le censuraban o le alababan. Uno le censuraba la nariz por demasiado gorda, otro la cara por demasiado larga y otros cualquier otra cosa. Y una vez que se marcharon los espectadores, Fidias se encerró de nuevo y se dedicó a enmendar y corregir la estatua de acuerdo con la opinión de la mayoría; pues no le parecía despreciable el consejo de tanta gente, sino que le parecía necesario que muchos vieran mejor que uno, aunque éste fuera Fidias [10].

---

[9] La estatua criselefantina de Zeus en Olimpia.

[10] La historia es apócrifa; Luciano pudo oírla a algún guía de Olimpia. Cf. un relato parecido sobre Apeles en PLINIO, *Historia Natural* XXXV 84-85.

Este es el recado que te traigo de parte de ella, y yo te doy el mismo consejo como amigo y compañero.

15 LICINO. — ¡Cómo no me había dado cuenta, Polístrato, de la clase de orador que eras! Has pronunciado un discurso tan largo y una acusación tan contundente contra mi escrito que ni siquiera me has dejado la esperanza de defenderme. Sólo que no procedisteis según las normas judiciales, especialmente tú, porque condenaste mi libro sin oír al acusado y sin la presencia del abogado defensor. Ello es facilísimo, en mi opinión, como dice el proverbio, «vencer corriendo solo», por lo que no es extraño que hayamos perdido la causa sin que se nos midiera el agua ni tener ocasión de defendernos. En cambio, y eso es lo más extraordinario de todo, los mismos fuisteis acusadores y jueces.

Entonces ¿qué es lo que quieres? ¿Que me quede tranquilo y acepte vuestra decisión, o que al igual que el poeta de Hímera [11] escriba una palinodia, o me daréis una oportunidad para defenderme en un proceso?

POLÍSTRATO. — ¡Sí, por Zeus, si es que tienes algo justo que alegar! Porque no vas a hacer tu defensa ante adversarios en un juicio, según tu afirmación, sino ante amigos. Yo, por mi parte, ya estoy dispuesto a someterme juntamente contigo a juicio.

16 LICINO. — Pero hay una cosa que me molesta, Polístrato, y es no poder hacer mi defensa estando ella presente, pues creo que sería mucho mejor. En vista de ello, ten-

---

[11] Estesícoro, que después de hablar mal de Helena, la desagravió en una palinodia, diciendo que ella nunca había estado en Troya, sino su espectro. Según la leyenda, Helena le había castigado con la ceguera y gracias a su retractación Estesícoro recobró la vista. Cf. ESTESÍCORO, *Frag.* 15; PAGE, *PMG* 192.

go que hacerla mediante procurador, a pesar de lo cual, si tú vas a ser tan leal intermediario para con ella como lo has sido de ella para conmigo, me atreveré a probar suerte.

POLÍSTRATO. — ¡Ten confianza, Licino!, en lo que a esto se refiere, que yo no voy a representar mal tu defensa ante ella, con tal de que seas breve, para que pueda recordarla mejor.

LICINO. — Sin embargo, yo necesitaría un largo discurso para responder a una acusación tan dura, pero en honor a ti resumiré mi defensa. Díle pues de mi parte lo siguiente.

POLÍSTRATO. — De ninguna manera, Licino, sino que debes pronunciar tu discurso como si ella misma estuviera presente, y luego yo te imitaré ante ella.

LICINO. — Entonces, puesto que así te lo parece, Polístrato, ella ya está aquí presente y ha pronunciado, sin duda, el discurso que tú me trajiste de su parte como mensajero. Ahora tengo que empezar yo la respuesta. Sin embargo —no vacilaré en decir ante ti lo que me ha ocurrido—, sin saber cómo, me has hecho la empresa más terrible y como ves estoy sudando ya y tengo miedo y casi me parece estar viendo a la mujer en persona y el asunto me ha causado una gran perturbación. Pero de todos modos voy a empezar, porque ya no me puedo escurrir estando ella aquí.

POLÍSTRATO. — Y por cierto muestra una gran benevolencia en su rostro, que está radiante, como ves, y propicia, de modo que pronuncia tu discurso con confianza.

LICINO. — Yo, ¡oh la más noble de las mujeres!, aun 17
habiendo hecho de ti elogios más allá de la medida, según afirmas, no veo qué alabanza hice tan grande como la que tú misma hiciste de ti al destacar tu veneración por la divinidad. Realmente, esto es casi más importante que todo

lo que yo he dicho de ti y hay que disculparme por no haber añadido a tu imagen este rasgo, que me pasó desapercibido por mi ignorancia, ya que de otro modo no habría descrito otro antes que éste. De manera que, en este aspecto, no creo haberme excedido en los elogios, sino más bien haberme quedado muy por debajo de lo que tú merecías. Considera pues la importancia de lo que omití, cuán grande demostración de tu noble carácter y recto juicio, porque cuantos veneran con seriedad a los dioses, éstos son también los mejores en las relaciones humanas. De modo que si hay que rectificar totalmente el discurso y corregir la imagen, yo no me atrevería a quitar nada de él, pero añadiré esta piedad como cabeza y vértice de toda la obra.

Hay una cosa, sin embargo, por la que reconozco que te estoy muy agradecido. Yo alabé la moderación de tu carácter y el hecho de que el actual apogeo de tu fortuna no había engendrado en ti ninguna arrogancia ni orgullo; tú al inculpar mi escrito por este motivo, diste credibilidad a la verdad de mi elogio. Puesto que el no asumir de antemano tales alabanzas, sino más bien avergonzarse de ellas y decir que eran superiores a tus merecimientos, son la demostración de un ánimo moderado y altruista. Sólo que cuanto más manifiestas tal actitud frente a los elogios, más digna te haces de mayores alabanzas y tu situación ha venido a conducirnos más o menos a lo que se cuenta de Diógenes, quien al preguntarle uno cómo podría alcanzar la gloria, le contestó que despreciándola. Yo mismo, si alguien me preguntara quiénes me parecen más dignos de alabanza , respondería: «Los que en forma alguna desean ser alabados».

18 Pero esto seguramente se aparta del tema y no tiene nada que ver con la causa. El motivo por el que tengo que defenderme es que al intentar modelar tu imagen te

comparé con la Afrodita de Cnido, con la que se venera en los Jardines, con Hera y con Atenea. Ello a ti te pareció que excedía la norma y la medida. Voy a hablar por consiguiente de este tema.

Hay un antiguo refrán que dice que los poetas y los escritores son irresponsables [12] y más aún en mi opinión los que hacen elogios, aunque lo hagan en prosa humilde y pedestre, como nosotros, y no se dejen arrastrar por el verso. El elogio es algo libre y no tiene límites establecidos en cuanto a la longitud o brevedad. El único objetivo que tiene a la vista es provocar una gran admiración y hacer envidiable por todos los medios al elogiado. Sin embargo, no recorreré yo ese camino, para que no te parezca que actúo así por falta de ingenio.

Un cosa afirmo, y es que son tales las normas que 19
tenemos para estos discursos de elogio que quien alaba debe usar símiles y comparaciones y que casi lo más importante en esto es hacer buenas semejanzas; podría juzgarse que están especialmente bien hechas no cuando se comparan cosas iguales, ni tampoco si la comparación se hace con algo inferior, sino cuando se aproxima, en la medida de lo posible, lo elogiado a algo que le supera.

Por ejemplo, si uno que trata de elogiar a un perro afirma que es mayor que una zorra o que un gato, ¿tú crees que ese individuo sabe hacer elogios? ¡Seguro que no lo dirías! Ni aunque dijera que es igual que un lobo lo habría elogiado generosamente. ¿Dónde está pues lo propio de la alabanza? Cuando diga que el perro se parece al león por su tamaño y por su fuerza. Así, cuando alaba

[12] Horacio, *A. P.*: *Pictoribus atque poetis quid libet audendi semper fuit aequa potestas.*

el poeta al perro de Orión [13] lo llama «domador de leones» ¡Ese sí que es un elogio perfecto de un perro!

Y a su vez, si alguno queriendo alabar a Milón de Crotona o a Glauco de Caristo o a Polidamante [14] dijera que cada uno de ellos es más fuerte que una mujer, ¿no crees que se reirían de él por la insensatez de la alabanza? Porque, aunque dijera que era superior a un solo hombre, ni siquiera eso habría sido suficiente para un elogio. En cambio, ¿cómo alabó el famoso poeta [15], a Glauco cuando dijo que «ni la fuerza de Polideuces» extendería sus manos contra él «ni siquiera el férreo hijo de Alcmena»? ¿Has visto con qué dioses lo comparó? Más aún, lo presentó incluso superior a ellos. Y ni el propio Glauco se enfadó al ser elogiado frente a los dioses que presiden los certámenes atléticos, ni éstos se vengaron de Glauco ni del poeta como culpable de impiedad por el elogio, sino que ambos fueron famosos y glorificados por los griegos, el uno por su fuerza, y el poeta, entre otras cualidades, especialmente por este canto.

En vista de ello, no te sorprendas de que yo, queriendo también hacer una comparación —lo que era necesario para alabar— utilizara un modelo superior, porque la razón así me lo aconsejaba.

20 Puesto que mencionaste la adulación, deja que te aplauda porque también tú odias a los aduladores, y no podía ser de otra manera, pero quiero hacerte una distinción y poner los límites entre la obra del que elogia y las exageraciones del adulador.

[13] Píndaro, *Frag.* 74a (Schroeder).

[14] Famosos pugilistas.

[15] Simónides, Bergk, *Frag.* 8.

El adulador, teniendo en cuenta que elogia para su propia utilidad y se preocupa poco de la verdad, cree que debe alabarlo todo con exceso, diciendo mentiras y añadiendo muchas cosas de su propia cosecha, hasta el punto de que no vacila en presentar a Tersites más hermoso que a Aquiles y decir que Néstor era el más joven de cuantos lucharon en Ilión. Hasta sería capaz de jurar que el hijo de Creso [16] tenía un oído más fino que Melampo, y que Fineo tenía más agudeza visual que Linceo [17], con sólo que espere obtener algún beneficio con la mentira. En cambio, el otro, al alabar la mismísima cosa no sólo no contará ninguna mentira ni añadirá ninguna cualidad que no le pertenezca, sino que tomará para engrandecerlos los bienes que tiene por naturaleza propia, y aunque no sean muy grandes, los hará mayores. Y se atreverá a decir, si quiere elogiar a un caballo como el más ligero por naturaleza de cuantos animales conocemos y más apto para la carrera, que:

corre sobre las puntas de las espigas sin romperlas [18];

ni tampoco vacilará en decir:

la velocidad de los caballos de pies como el huracán [19].

Y si quiere alabar una casa como hermosa y bien construida, diría:

---

[16] El hijo de Creso era sordomudo (Heród., I 34, 85); el profeta Melampo podía oír a los gusanos hablándose en el bosque.

[17] Fineo era ciego; Linceo veía bajo tierra (Apolodoro, III 10, 13).

[18] Hom., *Il.* XX 227, hablando de los caballos de Erictonio.

[19] Píndaro, *Nemea* I 6 *Frag.* 208 (Bowra); Simónides, 10; Page, *PMG* 515.

Tal es en verdad el interior de los palacios de Zeus en
[el Olimpo [20].

El adulador por su parte diría este mismo verso, aunque se tratara de la pocilga de un porquerizo, con sólo que espere recibir algo del guarrero. Como Cineto, el adulador de Demetrio Poliorcetes, que después de agotar todas las adulaciones posibles, elogiaba a Demetrio, que estaba afectado por un ataque de tos, diciendo que tosía armoniosamente.

21 No es éste el único distintivo entre unos y otros, mientras los aduladores que no vacilan en mentir para complacer a los elogiados, los que realmente alaban tratan de destacar las cualidades existentes. Hay otra gran diferencia entre ellos y es que los aduladores utilizan las exageraciones siempre que pueden, mientras que los que hacen alabanzas incluso dentro de ellas se muestran discretos y se mantienen dentro de los límites.

Éstos son unos pocos ejemplos, entre otros muchos, de adulación y auténtico elogio, para que no receles de todos los que alaban, sino que los distingas y midas cada uno por su propia medida.

22 ¡Ea, pues!, si te parece, junta ambos cánones a mis palabras, para que puedas averiguar si están conformes con uno o con otro. Porque si yo hubiera dicho que una mujer fea se parecía a la Afrodita de Cnido, se me habría considerado un mentiroso y más adulador en realidad que el propio Cineto, pero si se trataba de una mujer tan hermosa como la que todos conocen, el atrevimiento no fue en absoluto un salto en el abismo.

---

[20] HOM., *Od.* IV 74. Palabras de Telémaco a su amigo, admirando el palacio de Menelao.

A lo mejor se te ocurriría decir, o más bien ya lo has 23
dicho, «que se me permita alabarte por tu belleza, pero que debería hacerte un elogio intachable y no compararte con las diosas siendo una mujer mortal». Pues bien, en realidad yo —porque me va a hacer decir ya la verdad—, no te comparé con las diosas, dignísima señora, sino con las obras de los buenos artistas, hechas de piedra, de marfil o de bronce. Y no creo yo que sea una impiedad decir que son semejantes a los hombres obras hechas por los hombres. Salvo que tú hayas asumido que Atenea es la estatua modelada por Fidias o que Afrodita Urania es lo que modeló Praxíteles en Cnido no hace muchos años [21]. Pero ten cuidado, no vaya a ser una indignidad tener tales ideas sobre los dioses, cuyas imágenes reales yo pienso que son inasequibles a la imitación humana.

Pero es que aunque yo hubiera dicho que te parecías 24
muchísimo a aquellas diosas, no sería cosa mía ni sería yo el primero en haber abierto este camino, sino que hubo muchos ilustres poetas, y especialmente tu paisano Homero, al que voy a hacer comparecer ahora como abogado en mi defensa, o no habrá manera de evitar que sea condenado él también juntamente conmigo.

Le voy a preguntar por consiguiente, o más bien a ti en su lugar, puesto que te sabes de memoria sus más bellos versos, cosa que te honra, ¿qué opinas de él cuando dice, refiriéndose a la cautiva Briseida, que «lloraba la muerte de Patroclo igual que la aúrea Afrodita?» [22]. Y un poco más adelante, como si no bastara con haberla comparado sólo con Afrodita, añade:

Así dijo entre lamentos la mujer semejante a las diosas [23].

---

[21] Cf. PLATÓN, *Banquete* 181c, etc.

[22] HOM., *Il.* XIX 282.

[23] HOM., *Il.* XIX 286.

Pues bien, cuando afirma tales cosas ¿también lo aborreces a él y arrojas lejos su libro, o le concedes que tenga libertad en los elogios? Pero es que, aunque tú no se lo permitieras, en todo caso se lo ha concedido tantísimo tiempo transcurrido, y no hay quien lo haya acusado por ello, ni el que se atrevió a azotar su estatua [24] ni el que señaló sus versos espúreos mediante rayas colocadas al margen [25].

¿Es que se le va a permitir a él que compare con la aúrea Afrodita a una mujer extranjera, y encima llorando, y yo en cambio no voy a poder comparar a una mujer, con las estatuas de los dioses, no ya en cuanto a belleza, puesto que no soportas oírlo, sino en cuanto a rostro radiante y sonrisa permanente, en lo que los hombres sí son semejantes a los dioses?

25 Y en el caso de Agamenón, fíjate cómo escatimó a los dioses y cómo administró las imágenes de una manera simétrica, cuando afirma que en los ojos y en la cabeza se parecía a Zeus, en el cinturón a Ares, en el pecho a Poseidón [26], distribuyendo los miembros del individuo entre las imágenes de otros tantos dioses. En otro sitio dice que Héctor es como el homicida Ares [27], y así con otros, y que Frigio, hijo de Príamo tiene aspecto divino [28], y con frecuencia llama parecido a los dioses al hijo de Peleo [29].

Pero voy a volver a los ejemplos femeninos. Tú conoces, naturalmente, lo que dice:

Parecida a Ártemis o a la dorada Afrodita [30]

---

[24] Zoilo Homeromástix.

[25] Aristarco de Alejandría, el gramático.

[26] Hom., *Il.* II 477-79.

[27] Hom., *Il.* XI 295, XIII 802, XX 46.

[28] Paris, *Il.* III 16.

[29] Aquiles, *Il.* I 131.

[30] *Od.* XVII 37, XIX 54.

y también:

Como anda errante por los montes Ártemis [31].

Y no sólo compara con los dioses a los hombres mismos, sino que dice que la cabellera de Euforbo se parece a las Gracias [32], ¡y eso que estaba manchada de sangre! Y en resumen, tan grande es el número de comparaciones que no hay parte alguna de su obra que no esté adornada con símiles divinos. De manera que una de dos, o se borran todos esos pasajes o se nos permite también a nosotros que nos tomemos atrevimientos parecidos. Hasta tal punto está libre de censura este uso de comparaciones y símiles que Homero no vaciló en elogiar a las propias diosas comparándolas con seres inferiores. Por ejemplo, comparó los ojos de Hera con los de las vacas [33]; otro dijo [34] que Afrodita tenía las cejas como violetas. Y, en cuanto a la de dedos de rosa [35], ¿quién puede desconocerlo por poco versado que esté en la poesía de Homero? 26

Y eso que en lo que se refiere al aspecto exterior, cuando dicen que alguien se parece a los dioses, es relativamente comedido. Pero, en cambio, ¿cuántos copiaron las denominaciones mismas de los dioses y se llamaron Dionisos, Hefestiones, Zenones, Posidones y Hermes? Una tal Leto fue mujer de Evágoras, rey de Chipre, y a pesar de ello la diosa Leto no se enfadó aunque podía convertirla en piedra como a Níobe. Paso por alto a los egipcios [36], 27

[31] *Od.* VI 102.

[32] *Il.* XVII 51.

[33] *Il.* I 551.

[34] Pínd., *Frag.* 313 (Bowra).

[35] *Od.* II 1.

[36] Cic., *Tusc. Disp.* V 78; Juvenal, *Sat.* XV 1-2.

que aun siendo sumamente supersticiosos, sin embargo, abusan hasta la saciedad de los nombres divinos, porque entre ellos casi todas las cosas proceden del cielo.

28 En consecuencia, no te incumbe a ti el mostrarte escrupulosa con los elogios. Porque si en mi ensayo se ha cometido alguna falta contra la divinidad, tú no eres responsable de ello, a no ser que consideres que alguien es culpable por haber oído; es a mí a quien castigarán los dioses, pero después de haber castigado a Homero y a los demás poetas. Sólo que los dioses todavía no han castigado siquiera al mejor de los filósofos por haber dicho que el hombre era una imagen de dios [37].

Aunque podría decirte todavía muchas cosas como éstas, pensando en Polístrato voy a terminar para que pueda retener en la memoria todo lo que se ha dicho.

29 POLÍSTRATO. — No sé si podré hacerlo, Licino, porque el discurso que has pronunciado ha sido muy largo y te has pasado del agua que se te había concedido [38]. Sin embargo, intentaré acordarme de todo. Y, como ves, me voy a toda prisa hacia esa mujer, con los oídos taponados, para que no se me interponga algún otro obstáculo que me altere el orden de las ideas y me ocurra que me silben los espectadores.

LICINO. — Ya te cuidarás de representar tu papel de la mejor manera posible, Polístrato. Por mi parte, una vez que he puesto la obra en tus manos, me retiraré por el momento, y cuando se hagan públicos los votos de los jueces, entonces me presentaré de nuevo personalmente para ver cuál es el desenlace de la representación.

---

[37] PLATÓN, *Timeo* 92c, *República* 501; palabras de Diógenes en DIÓG. LAERCIO, VI 51.

[38] Se refiere al reloj de agua que le medía el tiempo.

51

EL FALSO RAZONADOR O SOBRE EL TÉRMINO «APOPHRÁS» [1]

Como ensayo de invectiva no tiene igual en Luciano, sobre todo para los que no se ofenden por la indecencia llevada con buen humor. Dirigido a una persona viva, destaca en brío sobre *Peregrino* y el *Alejandro*. Se parece en intención a dichas obras, al ser una denuncia que pasa revista a la vida pública y privada dentro del tema. Otro propósito es rechazar la acusación de que Luciano ha utilizado la palabra «nefando» *(apophrás)* de modo bárbaro, aplicando a un sujeto masculino este adjetivo normalmente femenino. Como la palabra sirve tanto para ataque como para defensa, es en consecuencia compleja de forma.

Después de un prólogo general, Luciano llama a la personificación del Examen *(élenchos)* para explicar las causas inmediatas de la disputa, un encuentro de dos hombres en Olimpia y otro más reciente en Éfeso. Este uso de un portavoz ficticio recuerda al extranjero anónimo, con el que Luciano comparte la tarea de

[1] El propio Luciano explica más adelante (caps. 12-13) un *apophrás heméra* como «día nefando» *(dies nefastus* entre los latinos), un día de mal agüero en el que no se podían celebrar asambleas ni reunirse los tribunales. Lo curioso es que Luciano aplica aquí el término a una persona. Podría citarse en su ayuda al comediógrafo ÉUPOLIS (frag. inc. 32 M., 309 K): «Al salir, me encontré casualmente con un pobre hombre nefando *(ánthrōpos apophrás)*».

denunciar a Peregrino. A continuación, Luciano aborda el tema de la palabra «nefando» y la trayectoria de la crítica, que divide en dos partes, la pública de su reputación y trayectoria, y la privada de sus costumbres sexuales. A esto añade las faltas estilísticas del individuo, sus sofismas y su aspecto personal, y termina con un epílogo.

Muchas de las acusaciones son familiares, y Luciano no intenta que se crean todas. Puesto que la víctima pretende ser un sofista, era de esperar que combinara un vocabulario extraño con faltas notorias de gramática. Las acusaciones de homosexualidad pasiva no eran menos previsibles, aunque Luciano medita en este tema con mucho más detalle que en el *Ignorante que compraba muchos libros.* Un aliado tópico es la pantomima, aunque a diferencia de *Sobre la danza,* en sus invectivas Luciano no tiene motivos para ocultar la repugnante reputación que tenía este arte.

Aunque alguna de las acusaciones de Luciano puede ser tradicional, la impresión general que transmite esta obra es que atacaba a una persona real, aunque ello no facilita su identificación. La única referencia de la obra a un colaborador, Flavio Boeto, en cuya casa vivía Adriano de Tiro, ha hecho suponer que éste es el crítico y objetivo del ataque de Luciano, que habría escrito esta obra en Éfeso hacia el año 160.

1 Seguramente todo el mundo tiene claro que tú ignorabas la palabra *apophrás.* ¿Cómo si no habrías podido acusarme, a propósito de esta palabra, de que yo usaba un lenguaje bárbaro, cuando dije de ti que te parecías a un día nefasto (pues recuerdo que comparé tus modales con un día así), a no ser que te hubiera resultado totalmente inusual esta palabra? Un poco más adelante te explicaré lo que significa la palabra *apophrás,* pero ya desde ahora te voy a decir lo de Arquíloco, que has cogido una cigarra por las alas [2], si es que realmente has oído hablar de un

[2] Bergk, *Frag.* 143.

autor de yambos llamado Arquíloco, oriundo de Paros, hombre totalmente independiente, dado a la franqueza, que no temía insultar con su lenguaje, sobre todo cuando iba a fastidiar a los que habían caído víctimas de la bilis de sus yambos. Efectivamente, cuando hablaba mal de él alguno de estos individuos, decía que esa persona había cogido una cigarra por las alas, comparándose el propio Arquíloco con una cigarra, que por naturaleza es chillona incluso sin ninguna violencia, pero cuando alguien la coge por las alas todavía grita con más fuerza. «También tú, desgraciado», decía, «¿qué te proponías al incitar contra ti a un poeta charlatán, que anda a la busca de motivos y argumentos para sus yambos?» [3].

Pues ésta es también la amenaza que yo mismo te 2
hago, pero no comparándome con Arquíloco, ¡por Zeus! —¿cómo podría? ¡Estoy muy lejos de ello!— sino porque soy consciente de tus innumerables actividades dignas de yambos, para las que creo que no bastaría ni el propio Arquíloco, aunque llamara en su ayuda a Simónides [4] y a Hiponacte para representar uno solo de tus defectos. Hasta tal punto tú conseguiste que parecieran niños, con toda su impudicia, Orodócides, Licambes y Búpalo, objetivos de sus yambos [5]. Probablemente fue un dios el que llevó a tus labios la risa cuando yo pronuncié la palabra *apophrás,* para que te pusiera más en evidencia que un escita en ser totalmente inculto e ignorar materias obvias de co-

---

[3] Tenemos un fragmento dirigido al «padre Licambes» que ayuda a reconstruir parte del contexto (Bergk, 88).

[4] Es Semónides de Amorgos, pero no aparece así en los mss. de Luciano.

[5] Orodócides es, sin duda, el objetivo de Semónides; esta es la única referencia que tenemos de él. Licambes fue satirizado por Arquíloco, y Búpalo por Hiponacte.

nocimiento común, y proporcionaras un pretexto razonable para atacarte a un hombre libre que te conoce perfectamente desde tu infancia y no tiene miedo de decir, o más bien de proclamar todo lo que haces de día y de noche, todavía ahora añadido a tus anteriores hazañas.

3 Aunque probablemente es inútil y está de más hablarte con franqueza en plan educativo, porque en primer lugar no mejorarías respondiendo a las censuras, no más de lo que un escarabajo pelotero se dejaría persuadir para que dejara de hacer rodar sus excrementos, una vez que se ha acostumbrado a ellos [6]; en segundo lugar, creo que no hay nadie que ignore todavía tus descaradas acciones y los pecados que tú, un hombre anciano, cometes contra ti. No eres ni tan seguro ni tan desapercibido en tu infamia. Ni hace falta que nadie te quite tu piel de león para que se ponga en evidencia que eres un asno, a no ser que alguien haya venido del país de los hiperbóreos recientemente o sea hasta tal punto Cimeo [7] que nada más verte no se dé cuenta de que eres el más bestia de todos los asnos, sin necesidad de esperar a oír tus rebuznos. De tal manera se han proclamado con frecuencia tus hechos desde hace tiempo, delante de mí y ante todos y tienes por ellos una gran reputación, más que Arifrades [8], por encima del sibarita Hemíteon, superando al famoso Bastas de Quíos, el experto en tales materias.

---

[6] Sobre las costumbres del escarabajo pelotero, es muy expresiva la descripción de ARISTÓFANES en la *Paz* (principio).

[7] Cf. *Fugitivos* 13.

[8] Arifrades era un ateniense ridiculizado por Aristófanes por sus pervertidas relaciones con mujeres. El sibarita Hemíteon es aludido en *Contra el ignorante que compraba muchos libros* 23, como autor de un libro obsceno. Bastas es el apodo aplicado a Demócrito de Quíos, un músico, por Éupolis en *Baptas (Frag.* 81, KOCK).

Sin embargo, debo hablar, aunque parezca que digo 4
cosas rancias, para que no se me acuse de ser el único ignorante. O más bien debemos convocar a uno de los prólogos de Menandro, la Prueba, un dios amigo de la Verdad y de la Franqueza [9], que no es en absoluto el menos notable de cuantos personajes aparecen en escena, únicamente odiado por vosotros que teméis su lengua, porque lo sabe todo y dice con toda claridad cuanto conoce de vosotros. Sería gracioso que estuviera dispuesto a comparecer ante nosotros y a contar a los espectadores todo el argumento de la obra.

Ea pues, tú, personificación de la Prueba, el mejor de los prólogos y de las divinidades, procura informar claramente a los oyentes de que no hemos acudido a esta declaración gratuitamente ni con ánimo de querella ni con los pies sin lavar como dice el proverbio [10], sino para vengar un agravio no sólo personal sino colectivo, movidos por el odio a este individuo a causa de su depravación. Esto es lo único que tienes que decir, explícalo claramente, danos tu bendición y vete, dejándonos a nosotros el resto. Nosotros te imitaremos y lo rebatiremos en la mayoría de sus actividades, de modo que no puedas echarnos nada en cara, al menos en lo que a franqueza y verdad se refiere. Y no me alabes ante ellos, querida Prueba, ni te precipites a exponer sus defectos antes que yo lo haga, porque no es digno de ti siendo un dios que acudan a tu boca palabras que describen temas tan abominables.

---

[9] No tenemos noticia de la obra en la que la Prueba aparece como prólogo.

[10] Cenobio, I 95: «Subiendo al tejado con los pies sin lavar». No lo explican los paremiógrafos ni *Suidas*. Puede ser algo relacionado con el uso del tejado como sitio para dormir.

5 «Porque este sedicente sofista» (ya está hablando el prólogo) «vino en una ocasión a Olimpia, dispuesto a pronunciar ante la concurrencia de los juegos un discurso que había escrito mucho antes. El tema de su escrito era el de la exclusión de Pitágoras (por un ateniense, me imagino) de la participación en los misterios de Eleusis como bárbaro, porque el propio Pitágoras había dicho que una vez antes de ser Pitágoras había sido Euforbo [11]. Su discurso, a la manera del grajo de Esopo, estaba hecho con remiendos de abigarradas plumas ajenas. Y como no quería dar la impresión de que estaba repitiendo cosas rancias, sino que improvisaba lo que en realidad procedía del libro, le pidió a un conocido (era de Patras y tenía mucha experiencia en pleitos) que escogiera a Pitágoras cuando él pidiera temas para su discurso. Así lo hizo el hombre, y convenció a los espectadores para que oyeran aquel discurso sobre Pitágoras.

6 Lo cierto es que, estuvo muy poco convincente en su actuación, recitando de carrerilla, como era de esperar, algo que había imaginado hacía tiempo y lo tenía aprendido de memoria, a pesar de que su desvergüenza ⟨ ⟩ [12], le ayudó, le tendió una mano y colaboró con él en el empeño. Los oyentes se rieron mucho y algunos de ellos, dirigiendo su mirada de vez en cuando al hombre de Patras, le daban a entender que no les había pasado por alto su colaboración en el fraude, mientras que otros, que habían reconocido el texto pronunciado, se pasaron toda la audición atentos a la única tarea de someter a prueba unos a otros su memoria para averiguar a cuál de los sofistas que habían conseguido fama poco antes de nosotros en

[11] Euforbo era uno de los troyanos de Homero. Cf. *El gallo* 13, 17 y 20.

[12] Laguna en el texto.

los llamados «ejercicios» correspondía cada una de las expresiones.

A todo esto, también el que había escrito este discurso 7 se encontraba entre los que se estaban riendo. ¿Cómo no se iba a reír en efecto ante una cara dura tan evidente, tan poco convincente y tan cínica? Lo cierto es que (es una persona que no puede dominar su risa), cuando el orador estaba modulando su voz para cantar y estaba entonando, al parecer, una endecha por Pitágoras, en ese preciso momento nuestro autor, viendo según la expresión proverbial a un asno que intentaba tocar la lira, soltó una melodiosa carcajada. El otro entonces se volvió y se quedó mirándolo. Esto provocó entre ellos un estado de guerra, que empezó por ahí recientemente.

Era el principio del año, o más bien el tercer día de 8 enero, en el que los romanos según una antigua costumbre ofrecen votos personales para todo el año y hacen sacrificios, de acuerdo con unas normas religiosas establecidas para ellos por el rey Numa, y están convencidos de que los dioses atienden especialmente sus súplicas en ese día. Pues bien, en ese día festivo y de sagrada celebración, el mismo que había soltado la carcajada en aquella ocasión en Olimpia por el ficticio Pitágoras, cuando vio acercarse a este individuo despreciable e impostor, que representaba los discursos de otros (casualmente conocía perfectamente sus costumbres, su insolencia en general, su vida depravada, lo que se decía que hacía y las acciones en que lo habían cogido *in fraganti)*, dijo a uno de sus compañeros: «Debemos apartarnos de este espectáculo funesto, que con su presencia parece que nos va a convertir un día felicísimo en un día nefasto *(apophráda)*».

«Al oír el sofista esta palabra *apophráda,* al punto se echó a reír como si se tratara de un nombre extranjero

y ajeno a los griegos y se vengó del hombre por aquella antigua risa, al menos así lo creía él, diciendo ante todos: «¿Qué es eso de *apophrás*, un fruto o una planta, o un objeto? ¿*Apophrás* es algo que se come o se bebe? Porque yo nunca lo oí, ni podría saber lo que significa».

9 Con estas palabras se imaginaba que estaba atacando al otro, tratando de reírse mucho de la palabra *apophrás*, pero no se estaba dando cuenta de que manifestaba una prueba extrema de incultura. Sobre este tema escribió su discurso el que me envió a vosotros, para demostrar que el ilustre sofista ignoraba términos comunes entre los griegos, y cuanto conocen incluso los que están en los talleres y en las tiendas.»

10 Hasta aquí las palabras de la Prueba. Yo por mi parte (pues ya he asumido lo que queda de la representación) podría decir con razón, como desde el trípode de Delfos, lo que tú hiciste en tu propia patria, y en Palestina, y en Egipto, en Fenicia y en Siria y luego a continuación en Grecia y en Italia, y por encima de todo ello lo que estás haciendo ahora en Éfeso, que es precisamente el colmo de tu insensatez y la culminación que corona tu manera de ser. Y puesto que, como dice el proverbio [13], siendo tú de Troya contrataste representaciones trágicas, es una ocasión oportuna para que oigas tus propias desgracias.

11 Pero no, al menos de momento. Hablemos primero de lo de «nefando». Díme, en nombre de Afrodita Pandemia y de las diosas Genetílides [14] y Cibebe, ¿en qué te pareció

---

[13] Si el pueblo de Troya asiste a tragedias, están seguros de que van a oír las desgracias de los troyanos,

[14] Genetílides era originariamente una diosa del nacimiento. Hesiquio dice que se parecía a Hécate y recibía sacrificios de perros y era de origen extranjero, pero en el Ática, donde se le rendía culto en el templo de

censurable y digna de risa la palabra *apophrás?* ¡Por Zeus! Es cierto que no era propio de los griegos, sino que por algún procedimiento irrumpió entre ellos por contaminación con los celtas, los tracios o los escitas. Entonces tú por esa razón —como conoces todo lo concerniente a los atenienses— lo excluiste al punto y por medio de pregones lo desterraste de suelo griego. De ahí tu risa. ¡Porque yo cometí un barbarismo, empleo un idioma extranjero y me salgo de los límites del Ática!

«Y, sin embargo, ¿qué otra palabra está tan bien arraigada entre los atenienses como ésta?», podría decirte la gente que está mejor informada que tú sobre estas materias. Hasta el punto que te sería más fácil demostrar que Erecteo y Cécrope son extranjeros e intrusos en Atenas que presentar *apophrás* como extraña y no oriunda del Ática. Porque 12
son muchas las cosas que también ellos designan de la misma manera que todas las otras personas, pero ellos y sólo ellos designan como *apophráda* a un día contaminado, abominable, infausto, nulo y parecido a ti. Ahí lo tienes, ya has aprendido de paso lo que para ellos significa un día nefando.

Cada vez que los magistrados no actúan, ni se pueden entablar querellas, ni se llevan a cabo sacrificios de víctimas ni en general se hace nada que requiera presagios favorables, eso es un día *apophrás*. La costumbre se intro- 13
dujo entre diferentes pueblos por distintos motivos: o bien habían sido vencidos en grandes combates y en consecuencia señalaron aquellos días en los que habían sufrido tales desgracias para que fueran considerados nulos e inhábiles para sus transacciones legales, o también ¡por Zeus!...

---

otra divinidad parecida, Colias, las identidades de ambas se confundían, al tiempo que ambas se mezclaban más o menos con Afrodita.

—aunque tal vez sea inoportuno y fuera de lugar a estas alturas intentar cambiar la educación de un hombre viejo y volverlo a instruir— cuando carece totalmente de base [15]. Seguramente esto es lo que queda, y si consigues aprenderlo, te tendremos completamente informado. ¡Tonterías! Porque puede disculparse que ignores otras expresiones ajenas al sendero trillado y desconocidas del vulgo, pero no podrías decir «nefando» de otra manera aunque quisieras, ya que éste es el único nombre para expresarlo.

14 De acuerdo, dirá alguien, pero en el caso de las palabras antiguas, unas deben emplearse y otras no, cuantas no son familiares al público, con el fin de no turbar a nuestros oyentes ni herir los oídos de nuestros contertulios.

Mi querido amigo, tal vez en lo que a *mí se refiere* me equivoqué al decir esto de ti; yo debí, sí, yo debí conversar contigo en la lengua vernácula de los paflagonios o de los capadocios o bactrianos, para que pudieras entender lo que se decía y te fuera grato escucharlo. En cambio, creo que los griegos en general deben utilizar la lengua griega. Por otra parte, aunque los áticos han hecho numerosos cambios en su lengua en el curso del tiempo, esta palabra se ha seguido usando especialmente en este sentido siempre por parte de todos ellos.

15 Podría hablar también de los que antes de nosotros utilizaron esta palabra, si no fuera a trastornarte con ello, citándote nombres extraños y desconocidos para ti de poetas, oradores y escritores. Más aún, ni siquiera voy a nombrar por mi parte a los que la usaron, pues los conoce todo el mundo, pero tú, en cambio, si consigues citarme uno sólo de los antiguos que no la haya empleado, tendrás una estatua de oro, como se dice, en Olimpia. Aunque

[15] Es decir, carece incluso de la más elemental educación.

a mí me parece que un hombre viejo y cargado de años que ignora tales cosas, tampoco sabe que la ciudad de Atenas está en el Ática, Corinto en el Istmo y Esparta en el Peloponeso.

A lo mejor te falta por decir que conocías el nombre 16
pero me criticaste por un uso indebido del mismo. Ea, pues, también me defenderé ante ti en este punto como es lógico, pero tú presta atención, a no ser que te importe poquísimo no saber nada. Los antiguos lanzaron antes que nosotros muchos dicterios contra gentes parecidas a ti de su época —pues también había entonces como es lógico, personas de costumbres abominables, canallas de comportamiento deleznable—, y uno llamaba a cierta persona «Coturno», comparándolo con la manera de vivir acomodaticia, que se parecía al calzado de este nombre; otro llamaba a alguien «El del soplo violento», porque era un orador turbulento que alteraba las asambleas, otro llamaba a uno «Séptimo día» porque, lo mismo que los niños en el séptimo día del mes, también él en las asambleas bromeaba y se reía y se chanceaba de la seriedad del pueblo [16]. ¿No me vas a permitir también entonces a mí, por Adonis, que compare a un hombre absolutamente perverso, habituado a toda clase de maldad, con un día de mala fama y nefasto?

Nosotros también esquivamos a los cojos del pie dere- 17
cho, sobre todo cuando los vemos por la mañana temprano; y si alguien ve un sacerdote castrado o un eunuco o un mono nada más salir de su casa, volviendo sobre sus pasos regresa de nuevo, augurando que sus actividades cotidianas no le saldrán bien ese día, bajo la influencia de

[16] Se dio el apodo de Coturno a Terámenes; «Séptimo día» no puede ser identificado, y el otro apodo está corrupto en el texto griego; hemos adaptado la variante del aparato crítico *(dysáen)*.

aquella primera señal nefasta y de mal agüero. Pero al principio y a las puertas de todo el año y en su primera salida, en la madrugada del año entero, si alguien ve a un libertino, que comete acciones nefandas y se somete a ellas, que es notorio por ello y está completamente corrompido y casi se le define con el nombre de sus propias acciones, como impostor, charlatán, perjuro, peste, miserable, manirroto, ¿no huirá de él?, ¿no lo comparará con un día nefasto?

18 ¿Acaso no eres tú una persona así? No podrías negarlo, si yo conozco tu temeridad, que incluso creo que presumes de que no se haya perdido la fama de tus acciones, sino que eres conocido y famoso ante todos. Y si te opusieras, y negaras que eres así, ¿quién te creería? ¿Tus paisanos? (porque es justo empezar por ahí). No, ellos conocen tus primeras andanzas, cómo te entregaste a aquel pervertido soldado y compartiste su depravación sirviéndole en todo, hasta que, según el dicho, después de convertirte en un trapo destrozado, te echó.

19 Y, naturalmente, recuerdan cómo actuaste con descaro juvenil en el teatro, haciendo papeles secundarios entre los danzantes y reclamabas el derecho de ser jefe de la compañía [17]. Desde luego, nadie habría entrado antes que tú en el teatro, ni habría podido informar del nombre de la obra, pero tú te introducías pomposamente el primero, muy ataviado, con sandalias doradas e indumentaria de tirano, para pedir el favor de la audiencia, con coronas de vencedor y haciendo mutis entre aplausos, cuando eras objeto de su consideración. ¡Y ahora eres un orador público y un

[17] Este hombre representaba papeles como el de Odiseo, que como vimos en *Sobre la danza* 83, tuvo que sufrir que le rompiera la cabeza un danzante de pantomima que estaba representando a Áyax muy mal. Cf. también cap. 25 de esta obra.

conferenciante! Y así, esta gente, cuando recibe alguna información parecida acerca de ti, creen que «ve dos soles», como en la tragedia [18], y que «hay dos ciudades de Tebas» y a todos se les ocurre al punto decir aquello de: «¿Éste es aquél, y después de aquello?» Es por eso por lo que tú mismo, y haces bien, ni vas allí en absoluto ni vives entre ellos, sino que te destierras voluntariamente de tu patria, que no es «ni mala en invierno ni terrible en verano» [19], sino la más agradable y más grande de todas las ciudades de Fenicia. Porque el someterte a prueba y convivir con los que te conocen y recuerdan tus antiguas hazañas es para ti tan malo como una cuerda para colgarte. ¿Pero para qué divago tanto? ¿De qué podrías tú avergonzarte? ¿Qué te podría parecer la última de las desvergüenzas? Estoy informado también de que tienes grandes propiedades entre ellos, aquella miserable torrecilla, comparada con la cual el tonel del hombre de Sínope podría parecer la residencia de Zeus.

Precisamente por eso no podrías convencer de ninguna manera a tus conciudadanos para que no te consideren el mayor de los canallas y la vergüenza común de toda la ciudad.

Tal vez podrías conseguir que te votaran los otros 20
habitantes de Siria, si les dijeras que no has hecho nada malo ni digno de culpa en tu vida. Pero, ¡por Heracles!, Antioquía también fue testigo presencial de tu mala conducta, cuando te llevaste a aquel jovencito recién llegado de Tarso —aunque desvelar estos hechos es, sin duda, vergonzoso para mí—. De todos modos, todos saben y re-

---

[18] EUR., *Bacantes* 913.

[19] Es decir, como Ascra, la patria de Hesíodo, que era ambas cosas. *Trabajos y Días* 640.

cuerdan, cuantos estuvieron cerca de vosotros y te vieron a ti inclinado de rodillas, y a él haciendo, tú ya sabes qué, a no ser que hayas perdido completamente la memoria.

21 Bueno, a lo mejor los de Egipto no te conocen, los que te acogieron cuando, después de aquellas maravillosas competiciones en Siria, te desterraste por las razones que dije, perseguido por los comerciantes de paños, a los que habías comprado costosos vestidos para emplearlos como viático. Pero Alejandría no es menos consciente de tus culpas, ni habría que considerarla, por Zeus, inferior a Antioquía, pero allí tu desvergüenza es más descarada, tu obscenidad más insensata, mayor tu reputación por tu conducta y sin tapujos en todas las circunstancias.

Una sola persona habría podido darte crédito al negar que hubieras cometido tales acciones, y habría acudido en tu ayuda, tu último patrón, uno de los romanos más distinguidos. Me permitirás que silencie su nombre, incluso al dirigirme a los que saben a quien me refiero. ¿Qué podría decirse de todos los atrevimientos cometidos por ti cuando estabais juntos y él tuvo que tolerar?, ¿y cuando te sorprendió echado en las rodillas del jovencito copero Enopión, qué opinas? ¿Habría podido creerte negando que fuera así, a pesar de estar viendo él la acción misma? No, a menos que fuera completamente ciego. Lo cierto es que al punto puso en evidencia su opinión echándote de la casa y mandando purificarla, según dicen, después de tu marcha.

22 Tanto Aquea como toda Italia están llenas de tus hazañas y de tu fama por ellas. ¡Deseo que disfrutes de tu buena reputación! En consecuencia, a los que se admiran por lo que estás haciendo ahora en Éfeso, yo les digo, y no hay nada más cierto, ¿cómo no se habrían admirado si hubieran conocido tus anteriores acciones? Aunque aquí has aprendido algo nuevo, lo que se refiere a las mujeres.

¿No venía, pues, al pelo, díme, llamar *apophrás* a un 23
hombre así? ¿Pero por qué, en nombre de Zeus, vas a pretender encima besarnos en la boca después de tales hazañas? Con esa actitud te estás comportando muy insolentemente, sobre todo con quienes menos merecen ese trato, tus contertulios, que ya tenían bastante con disfrutar únicamente de las desgracias de tu boca, las palabras bárbaras, la voz áspera, la indiscreción, el desorden, la falta absoluta de estética y defectos parecidos, pero que encima nos beses, ¡ni hablar!, ¡genio alejador del mal! Antes besar a un áspid o una víbora, pues el peligro es una mordedura y el dolor, que nos quita el médico cuando lo llamamos, mientras que a consecuencia de tu beso y de tu veneno, ¿Quién podría acercarse a los templos o a los altares? ¿Qué dios querría atender todavía las plegarias? ¿Cuántas pilas de agua bendita se necesitarían, cuántos ríos?

Y tú, siendo como eres, te burlas de los otros por 24
nombres y verbos, después de perpetrar tan terribles acciones. Por mi parte, si yo no conociera la palabra nefanda me avergonzaría más bien, pero ni mucho menos negaría haberla utilizado. En tu caso, nadie de nosotros te acusó por decir *brōmológous tropomásthlētas, rhēsimetreîn, athēniô, anthocrateîn, sphendikízein* y *cheiroblimâsthai* [20]. ¡Ojalá Hermes, Señor del lenguaje, te destruya de mala manera con tus propias palabras! ¿En qué lugar de los libros encontraste esos tesoros? A lo mejor en algún rincón, enterrados entre algún poeta miserable, lleno de mo-

[20] Excepto *rhēsimetreîn* (hablar con el tiempo medido, como ante el tribunal), que usa Lexífanes *(Lex.* 9) estos términos sólo se encuentran aquí. *Athēniô* es «suspirar por Atenas», *Brōmológos* es «de lenguaje pestilente», *tropomásthlētas* «persona sin carácter», *anthocrateîn* «mandar a las flores», *sphendikízein* «tirar con honda», *cheiroblimâsthai* «frotar con la mano».

ho y de telarañas, o tal vez entre las *Tablillas* de Filénides [21], que tienes a mano. Desde luego son dignas de ti y de tu boca.

25 Y puesto que he mencionado tu boca, ¿qué dirías si tu lengua te hiciera comparecer ante un tribunal —hagamos esta suposición— acusándote de un delito o en el más favorable de los casos, de injuria, diciendo: «Ingrato, yo me hice cargo de ti cuando eras pobre y sin recursos, no tenías medios de vida, y en primer lugar conseguí que triunfaras en el teatro, haciéndote representar unas veces a Nino, otras a Metíoco, poco después a Aquiles [22]. Poco después, cuando tú estabas enseñando a los niños a juntar letras, te mantuve durante mucho tiempo. Y cuando ya te dedicabas a pronunciar discursos ajenos, hice que parecieras un sofista y te di una reputación que no tiene nada que ver contigo. Entonces, ¿qué cargo tan grave tienes contra mí para que me trates de esta manera, me impongas las tareas más abominables y los servicios más despreciables? ¿No tenía bastante con las actividades cotidianas, mentir, perjurar, agotar tantas simplezas y bobadas, o más bien vomitar el fango de aquellos discursos? Encima ni siquiera por la noche me dejas tranquila, desgraciada de mí, sino que yo sola lo hago todo por ti, me pisotean, me deshonran, decidiste tratarme como a una mano más que como lengua, me insultas como si fuera una extraña y me abrumas con tantísimas ofensas. Mi única función es hablar; la naturaleza ha adjudicado a otros miembros hacer y sufrir cosas como

---

[21] Las *Tablillas* de Filénides se citan frecuentemente como un *ars amatoria*. El libro es de la época de Polícrates (a quien también se le atribuye, a principios del s. IV a. C.).

[22] Como Nino, representó el papel de Semíramis, basado en la novela griega de Nino. En cuanto a Metíoco, hizo el papel de Parténope (cf. *Sobre la danza* 1) y el papel de Aquiles, disfrazado de muchacha.

esas. ¡Ojalá alguien me hubiera cortado también a mí la lengua, como a Filomela! ¡Más felices que yo en efecto son las lenguas de los padres que se comieron a sus hijos!»

En nombre de los dioses, si tu lengua te dijera esto, 26
tomando su propia voz y llamando a tu barba para que la ayudara en su acusación, ¿qué le responderías? Seguro que lo mismo que le dijiste recientemente a Glauco cuando te acusaba por una hazaña ya realizada, diciéndole cómo por eso te habías hecho famoso rápidamente y conocido de todos, pues ¿cómo habrías podido llegar a ser tan notorio pronunciando discursos? Es deseable, decías tú, hacerse famoso y conocido por cualquier procedimiento. Luego le contarás a la lengua tus innumerables denominaciones,
todas las que conseguiste en diferentes naciones. Lo que 27
más me sorprende es que te molestaras al oír la palabra *apophrás* y no te disgustaras por los otros apodos. En Siria te llamaron Rododafne, y la razón, por Atenea, me da vergüenza decirla, de modo que en lo que a mí se refiere puede seguir sin aclarar. En Palestina tú eras el «Seto espinoso», me imagino que por los pinchos de tu barba rasposa, porque entonces todavía te afeitabas. En Egipto eras la «Angina», que es evidente; lo cierto es que cuentan que estuviste a punto de ahogarte cuando tropezaste con un marinero de los que llevan naves de tres velas, que al chocar contigo te tapó la boca. Los atenienses, que son unas magníficas personas, no te dieron ningún nombre enigmático, sino que te llamaron Atimarco, honrándote con la adición de una simple letra, porque debías tener algo por encima de Timarco [23]. Y en Italia, ¡caramba! conseguiste el famoso sobrenombre heroico, «Ciclope», desde

[23] Timarco era un individuo atacado por Esquines por sus vicios en un discurso que tenemos.

que una vez quisiste representar, conforme a la antigua puesta en escena, una vergonzosa parodia del propio Homero. Y ya estabas tú tendido borracho, con un cuenco de madera en la mano, un lascivo Polifemo, mientras un joven contratado, con una agudísima estaca en la mano, haciendo de Ulises se lanzaba contra ti para sacarte el ojo:

y el golpe falló; la lanza se desvió
su punta atravesó hasta las raíces de la mandíbula[24]

(pues no es absurdo hablar fríamente tratándose de ti). Y tú el Ciclope, con la boca abierta y manteniéndote todo lo boquiabierto que podías, aguantabas que te cegara la mandíbula, o más bien como si se tratara de Caribdis intentando tragarse entero a Nadie, incluidos los marineros, el gobernalle y las velas. Y esto lo estaban viendo las demás personas presentes. Al día siguiente tu único pretexto para defenderte era la borrachera y tu único refugio el vino puro.

28 Siendo tan rico como eres en calidad y cantidad de apelativos, ¿te avergüenzas de la palabra *apophrás?* Díme, por los dioses, ¿qué sientes cuando también dice la gente que lesbíanizas y te comportas como un fenicio? ¿Acaso ignoras también estas palabras, lo mismo que *apophrás* y crees tal vez que te están alabando? ¿O conoces estas palabras porque te son familiares y únicamente desprecias la palabra *apophrás* porque no la conoces, y la eliminas del catálogo de nombres? En consecuencia, nos estás pagando un castigo no pequeño, porque tu fama se extiende ya hasta los gineceos. Por ejemplo, recientemente, cuando inten-

[24] El primer verso es de *Ilíada* XIII 605 combinado con XI 233. El segundo es *Il.* V 293.

taste casarte con una mujer en Cízico, aquella excelente mujer, bien informada de todo, dijo: «No aceptaría a un hombre que también él necesita uno».

Y tú que estás en esta situación, te preocupas de los nombres y te ríes e insultas a otros, lógicamente, porque no todos podríamos hablar como tú. ¿Cómo sería posible? Porque ¿quién es tan osado de lenguaje que pida un tridente en vez de una espada contra tres adúlteros? ¿O que diga a propósito de Teopompo, emitiendo un juicio sobre el *Tricárano,* que destruyó con un discurso de tres puntas las principales ciudades? Y de nuevo, que él había sacudido a Grecia con un tridente y que era un Cerbero literario? Recientemente, encendiste una linterna y andabas buscando al parecer a un hermano que se había extraviado, y otros innumerables detalles, que no merece la pena citar, salvo uno solo, que contaban los que lo habían oído. Por lo visto un hombre rico y dos pobres eran enemigos. Entonces, en medio de la historia, hablando del rico, dijiste: «Mató al uno *tháteron* (refiriéndose a uno de los dos) en vez de decir *tòn héteron,* «a uno de los dos» y como se echaron a reír los presentes, como era de esperar, tú para rectificar el error cometido dijiste: «No, no es eso, sino que mató *háteron,* «al otro». Omito tus deslices antiguos, como lo de hablar de tres meses en dual y *anenemía* (por *nēnemía),* «calma de viento», *pétamai* (por *pétomai),* «vuelo», *ekchýnein* (por *ekcheîn),* «verter», y las otras hermosas florituras que adornan tus discursos. 29

Porque cuanto haces impulsado por la pobreza —querida Adrastea, símbolo de la Necesidad— yo no podría censurártelo. Puede disculparse, por ejemplo, si un hombre agobiado por el hambre recibe un depósito de un conciudadano y luego perjura de haberlo recibido, o si alguien pide vergonzantemente, o más bien mendiga, roba vestidos 30

o se hace cobrador de impuestos. No me estoy refiriendo a eso. Nada impide rechazar la escasez por todos los medios. Pero lo que es intolerable es que un pobre como tú derrame las rentas de su desvergüenza únicamente en placeres de esta clase. Sin embargo, me permitirás que elogie una sola cosa, algo que tú hiciste con mucha gracia cuando compusiste personalmente el «Manual de Tisias» que tú conoces, como la obra de un cuervo de mal agüero, robándole treinta piezas de oro a aquel estúpido viejo; y él gracias al nombre de Tisias pagó, estafado por ti, 750 dracmas por el libro [25].

31 Aunque podría decir muchas más cosas, con gusto te dejo a ti el resto, añadiendo únicamente una cosa: actúa como te plazca y no dejes de desahogar en ti mismo tus furores ebrios, pero no sigas aquella conducta, apártate. Porque no es decente invitar a la misma mesa a gentes que se comportan así, y brindar con ellos y compartir las mismas comidas. Y que no ocurra lo acostumbrado después de las lecturas, el beso, especialmente para los que mucho antes hicieron que la boca fuera *apophrás* para ti. Y desde el momento en que empecé con exhortaciones amistosas, suprime, si te parece lo de perfurmarte con ungüento las canas y de depilarte únicamente aquellas partes. Porque si te afecta alguna enfermedad, tienes que cuidarte todo el cuerpo, pero si no sufres nada parecido, ¿qué sentido tiene para ti dejar sin pelo, lisas y brillantes partes que ni siquiera se pueden ver? Sólo una cosa es inteligente para

---

[25] Aparentemente, el personaje de Luciano le había vendido al viejo como *Manual de retórica* de Tisias una obra que había compuesto él mismo. Tanto Tisias como su maestro Córax, fundador de la Retórica, se decía que habían escrito manuales. Esta obra, que se pretende que sea de Tisias, era en realidad de un cuervo *(kórax)* de mal agüero, ladrón como suelen serlo tales pájaros.

ti, las canas y no teñirlas nunca, de modo que puedan ser tapadera de tu falta de honradez. Cuídalas, por Zeus, también en este aspecto, y sobre todo cuida tu barba, no la manches ni la maltrates. O al menos obra de noche y en la oscuridad, pero no de día, que es demasiado salvaje e incivilizado.

¿Te das cuenta de que para ti era mejor dejar a Cama- 32
rina tranquila [26] y no burlarte de la palabra *apophrás,* que hará toda tu vida nefanda? ¿O te falta algo todavía? En lo que a mí se refiere no te faltará nada nunca. En realidad tú no te has dado cuenta todavía de que has arrastrado todo el carro detrás de ti, aunque debiste, tú montón de harina zorro, temblar de miedo si un hombre peludo y (como se decía en antiguo) con culo negro [27] te miraba torvamente. Tal vez tú ya te estés riendo de lo de montón de harina y zorro, como si estuvieras oyendo algo enigmático y como una adivinanza, porque desconoces las palabras para tus acciones. Por ello es ya el momento oportuno para que calumnies, si la palabra *apophrás* no te ha pagado el triple o el cuádruple. En todo caso, inculpate a ti mismo por todo. Porque, como solía decir el simpático Eurípides, de bocas desenfrenadas, insensatez y desprecio a las leyes el final es la desgracia [28].

---

[26] Los habitantes de Camarina en Sicilia, a pesar de que el oráculo de Delfos les advirtió de que debían dejar tranquila la laguna, también llamada Camarina, que flanqueaba la ciudad, la desecaron. Al obrar así debilitaron sus defensas y ello ocasionó la caída de la ciudad.

[27] Alusión a la historia de Heracles y los Cércopes. Cf. Aristóf., *Lisístrata* 803.

[28] *Bacantes* 386 ss., citado libremente, sin atención al metro.

52

LA ASAMBLEA DE LOS DIOSES

Trata de los dioses intrusos. Los únicos interlocutores son Zeus y Momo, personificación de la censura, que es más bien una figura literaria que un dios real. Es la obra más crítica, aunque no la más larga o más compleja, en la que Momo cuestiona las credenciales de una serie de dioses, empezando por los más aceptados entre los Olímpicos a pesar de sus madres mortales: Dioniso, Asclepio y Heracles. En segundo lugar, pasando por Ganimedes, se dirige a las importaciones del extranjero: Atis, Coribas, Sabacio, Mitra y los dioses de Egipto con cabeza de animal. Luego habla de tres parejas de héroes, Trofonio y Anfíloco, conocidos por sus oráculos, los atletas Polidamante y Teágenes, cuyas estatuas se usaban para curar fiebres, y los héroes troyanos Héctor y Protesilao. Condena a continuación las abstracciones, como la Virtud, que los filósofos convirtieron en divinidades. Finalmente presenta una moción por la que se nombra una comisión para que compruebe las credenciales de los dioses. Zeus, sin añadir su voto, promete una revisión rápida, pero amenazando a los comisionados «para que no investiguen si alguien tiene un templo grande en la tierra o los hombres lo consideran un dios».

Luciano se ha inspirado, desde luego, en la literatura anterior. Menipo puede haber facilitado la estructura del diálogo, y los paralelos con la *Apocolocyntosis* de Séneca son frecuentes y concretos. Algunos de los argumentos contra los dioses intrusos se han dado en la literatura ya, como por ejemplo el Acadé-

mico Cotta en *De natura deorum* de Cicerón, y fueron, sin duda, munición de las escuelas y en las discusiones públicas. También se ha pensado que los dioses olímpicos y sus mitos no se tomaron en serio por más tiempo y que, por otra parte, los nuevos dioses, especialmente los orientales, habían avanzado mucho más de lo que dice Luciano. Pero si los mitos tradicionales no se hubieran tomado en serio, sería difícil de comprender por qué los apologistas cristianos contemporáneos de Luciano los atacaban tan duramente.

La difusión de nuevos cultos en el mundo grecorromano, sobre todo los orientales, ha sido una preocupación real de los eruditos, que tratan de explicar el triunfo definitivo del cristianismo. En este tema Luciano ha sido censurado tanto por lo que dice como por lo que omite. Se ha alegado que los dioses que escoge, Atis, Coribas, Sabacio, Mitra y los egipcios, como Anubis, el toro de Menfis y Zeus Amón, de hecho fueron objeto de culto durante siglos. El interés primario de Luciano no está, sin embargo, en los dioses nuevos, sino en los espurios, y ninguno de los que nombra perdieron terreno desde su introducción, y algunos incluso ganaron rápidamente.

Es cierto que Luciano omite ciertos dioses de los que podría pensarse que merecen un lugar en su obra. Adriano promovió el culto de su favorito Antínoo en Bitinia, Egipto y otros lugares, y este hecho lo presentan con frecuencia los escritores cristianos como una ofensa contra la moral. El silencio de Luciano podría ser debido al tacto, pero también al sentimiento de que Antínoo era demasiado artificial como divinidad para merecer una sátira.

Una teoría reciente sugiere que la *Asamblea de los dioses* estaba fuertemente vinculada con los emperadores en otro sentido y le daría una gran relevancia. El reinado de Marco Aurelio, que coincide en líneas generales con la estancia de Luciano en Atenas, fue un período de turbulencia política, marcado en particular por ataques contra el envejecido Herodes Ático. Marco Aurelio y Lucio Vero intentaron reformar el Areópago en el 165 y purgarlo de intrusos, y los sucesos de los años siguientes, sobre todo la devastación producida por la gran peste, movió a M.

Aurelio a tomar una decisión en la que intentaba no sólo destituir a los indignos de posiciones de prestigio, sino asegurar la vida política de la ciudad. Se ha pensado que la sátira lucianesca está secretamente dirigida a las perturbaciones que precedieron las reformas de los dos emperadores en el 165. No hay duda de que él plantea el debate en términos de vida civil griega, no que algunos escritores imperiales igualen el papel de emperador con Zeus. Habría que pensar en los éxitos contemporáneos de Atenas y esperar la mayor capacidad de conocimiento de sus lectores para advertir la alusión, pero estos acontecimientos no pueden significar la llave para el disfrute de esta obra, puesto que tales disputas eran endémicas en las ciudades griegas del Imperio, incluida Atenas.

1 ZEUS. — No andéis murmurando, dioses, ni sigáis cuchicheando entre vosotros, reuniéndoos por las esquinas, a causa de vuestra indignación porque muchas personas indignas participan de nuestros banquetes. En cambio, puesto que se ha autorizado una asamblea para tratar estos temas, que cada uno diga públicamente su opinión y presente sus cargos. Y tú, Hermes, haz la proclamación pública requerida por la ley.

HERMES. — Escucha, calla. ¿Quién de los dioses numerarios a los que se les permite hablar desea hacerlo? El debate será sobre residentes y extranjeros.

MOMO. — Yo, Momo, Zeus, si me das permiso para hablar.

ZEUS. — La propia proclamación ya te lo permite, de modo que no necesitarás mi permiso.

2 MOMO. — Pues bien, yo afirmo que es intolerable lo que hacen algunos de nosotros, que no se conforman con haberse convertido ellos mismos de seres humanos en dioses sino que encima, si no consiguen que se reconozca a

sus servidores y criados con los mismos derechos que a nosotros, creen que no han hecho nada importante ni valiente. Y yo te pido, Zeus, que me permitas hablar con franqueza, ya que no podría hacerlo de otra manera, sino que todos saben que yo soy muy independiente de lengua y no podría pasar por alto nada que no esté bien. Yo lo critico todo y digo públicamente lo que me parece, sin miedo a nadie y sin ocultar mi opinión por vergüenza. Por ello muchos me consideran molesto y de temperamento maledicente y me llaman acusador público. Sin embargo, puesto que la ley lo permite y así ha sido proclamado, aparte de que tú también, Zeus, me das permiso para hablar con libertad, hablaré sin reservas.

Afirmo, en efecto, que muchos, no contentos con par- 3
ticipar personalmente en nuestras asambleas y banquetes en igualdad de derechos, a pesar de ser mortales a medias, encima nos traen al cielo a sus propios criados y colegas y los inscriben fraudulentamente, de modo que ahora participan en igualdad de derechos de nuestros repartos de carne y de los sacrificios, pero no nos pagan siquiera el impuesto de residentes.

ZEUS. — No hables en términos enigmáticos, Momo, sino con claridad y explícitamente, añadiendo incluso el nombre, puesto que ya has lanzado tu discurso al medio y muchos están comparando y acomodando tus observaciones a unos y a otros. Tú que confiesas ser sincero no debes tener miedo a decir nada.

MOMO. — Estupendo, Zeus, ya que me incitas a la 4
franqueza. De este modo te comportas regiamente y con magnanimidad, de modo que voy a decir incluso nombres. En efecto, este incomparable Dioniso, que es medio humano y ni siquiera es griego por parte de madre, sino hijo de la hija de un comerciante sirofenicio llamado Cadmo,

tan pronto como se vio honrado con la inmortalidad, no voy a hablar de su aspecto personal, ni de su mitra, ni de su borrachera, ni de sus andares, pues estoy seguro de que todos conocéis su naturaleza amanerada y afeminada, medio loco, apestando a tinto desde la madrugada, pero nos ha metido a todo el clan, comparece al frente de su coro y ha convertido en dioses a Pan, a Sileno y a los Sátiros, la mayoría de ellos campesinos y cabreros, saltarines y con figuras extrañas. Uno tiene cuernos, con la mitad inferior de aspecto de cabra, provisto de larga barba, apenas distinto de un macho cabrío. Otro es calvo, viejo, chato de nariz, montado generalmente en un asno, lidio él, los Sátiros con las orejas puntiagudas, también ellos calvos, cornudos, como suelen tener los cuernos los cabritos recién nacidos, y algunos son frigios. Todos tienen rabo. ¿Ya veis qué clase de dioses nos ha fabricado el muy noble?

5 ¿Y luego nos extrañamos de que los hombres nos desprecien, cuando ven dioses tan ridículos y portentosos? Porque omito decir que también trajo dos mujeres, una enamorada de él, Ariadna, cuya corona incluyó en el coro de las estrellas, y la otra la hija del granjero Icario [1]. Y lo más ridículo de todo, dioses, es que el perro de Erígone también se lo trajo, para que la niña no sufriera si no podía tener en el cielo aquel perrito suyo predilecto. ¿No os parece esto una insolencia, un insulto de borracho y una burla? Pero dejad que os hable también de otros.

[1] Erígone; su perro, llamado Maera, la guió hasta el lugar donde se encontraba el cadáver de su padre sin sepultura. Erígone al verlo se ahorcó de un árbol y luego se convirtió en la constelación *VIRGO*. Dioniso transformó al perro en la constelación de su nombre.

ZEUS. — No digas nada, Momo, ni de Asclepio ni de 6
Heracles, que ya estoy viendo adonde te dejas llevar en tu discurso. Porque uno de ellos es médico y cura a la gente de sus enfermedades y es «equivalente a muchos hombres» [2], mientras Heracles, que es hijo mío, compró la inmortalidad pagándola con muchos trabajos, de modo que no los denuncies.

MOMO. — Me callaré por ti, Zeus, aun pudiendo decir muchas cosas. Aunque no sea otra cosa, todavía tienen las señales del fuego [3]. Si pudiera emplear también la franqueza hablando de ti, también podría decir mucho.

ZEUS. — Pues conmigo tienes la máxima licencia. ¿Es que vas a acusarme de extranjería también a mí?

MOMO. — En Creta no sólo puede oírse esto de ti sino que dicen también otra cosa y muestran tu sepultura. En lo que a mí se refiere, ni me dejo convencer por ellos ni de los aqueos de Egio, que afirman que eres un niño cambiado por otro [4]. En cambio voy a decir lo que me parece 7
más digno de censura.

Porque fuiste tú, Zeus, quien originó tales infracciones y fuiste la causa de que se bastardeara nuestro cuerpo político cuando ligaste con las mortales y bajaste a visitarlas cada vez en una forma distinta, hasta el punto de que nosotros temíamos que alguien te cogiera y te sacrificara cuando eras un toro o que algún orífice te trabajara cuando eras oro y te nos convirtieras de Zeus en collar, brazalete o pendientes. Lo cierto es que nos has llenado el cielo de

2 *Il.* XI 514, aludiendo a Macaón.

3 Heracles se autocremó y Asclepio también se quemó al nacer.

4 Según la mitología, Zeus no sólo había nacido en Creta sino que los cretenses mostraban también una «tumba de Zeus» con gran escándalo de mitógrafos y poetas.

estos semidioses. No podría hablar de otra manera. Y resulta muy ridículo cuando alguien oye de repente que Heracles ha sido declarado dios, y que Euristeo, que estuvo dándole órdenes, ha muerto, y que cerca del templo de Heracles, que era su criado, está la tumba de Euristeo su amo. A su vez, en Tebas Dioniso es un dios, pero sus primos Penteo, Acteón y Learco son los más desgraciados de todos los seres humanos [5].

8 Porque desde que tú, Zeus, por primera vez abriste las puertas a éstos y te dedicaste a las mujeres mortales, todos te han imitado, y no sólo los machos, sino, lo que es más vergonzoso, también las diosas hembras. Porque ¿quién no conoce a Anquises, a Titono, a Endimión y a Yasión y al resto de ellos? De modo que creo que voy a pasar por alto estas incidencias, porque resultaría demasiado largo censurarlas.

ZEUS. — No hables de Ganimedes, Momo, porque me enfadaré si molestas al muchacho metiéndote con su familia.

MOMO. — ¿Entonces tampoco voy a poder hablar del águila, puesto que también ella está en el cielo, posada sobre el cetro real y casi anidando sobre tu cabeza, pasan-
9 do por ser un dios? ¿Pasaré también de ella por gracia de Ganimedes?

Pero en todo caso, ¿de dónde se han inmiscuido entre nosotros Atis, Coribas, Sabacio [6] o el famoso Mitra, el medo, el del caftán y la tiara, que ni siquiera habla griego

[5] Primos de Dioniso por ser los tres hijos de otras hijas de Cadmo: Penteo de Ágave, Acteón de Autonoe y Learco de Ino.

[6] En el *Icaromenipo* 27 hay una lista parecida de dioses extraños de situación dudosa, donde junto a Pan, Atis y Sabacio encontramos a los Coribantes. Cf. también *Sobre la danza* 8. En cuanto a Sabacio, era el centro de una difundida e importante religión mistérica.

y no se le entiende cuando ofrece un brindis? Por eso, los escitas, al ver esta situación, y los getas entre ellos, nos mandan a paseo y también ellos conceden la inmortalidad y votan dioses a los que desean, de la misma manera que Zamolxis, siendo esclavo fue inscrito en la lista fraudulentamente, sin que pueda saberse cómo pasó desapercibido.

Aunque todo esto son cosas sin importancia, dioses. 10
Pero tú, cara de perro, egipcio vestido de lino, ¿quién eres, buen hombre, o cómo pretendes ser un dios con tus ladridos? [7] ¿O con qué pretensión es adorado este toro moteado de Menfis, da oráculos y tiene profetas? [8]. Porque me da vergüenza hablar de los ibis, los monos y otras criaturas mucho más ridículas que se nos han metido no sé cómo en el cielo procedentes de Egipto. ¿Cómo podéis aguantar, dioses, el ver que se les rinde culto tanto o más que a vosotros? O tú, Zeus, ¿cómo lo llevas cuando te ponen cuernos de carnero? [9].

ZEUS. — Todo lo que estás diciendo de los egipcios 11
es verdaderamente vergonzoso. Sin embargo, Momo, la mayor parte de esas cosas son simbólicas y no debe burlarse demasiado de ellas uno que no está iniciado en los misterios.

MOMO. — ¡Pues sí que necesitamos nosotros muchos misterios, Zeus, para saber que los dioses son dioses y las cabezas de perro, cabezas de perro!

ZEUS. — Te digo que dejes de hablar de los egipcios. En otra ocasión podremos hablar de ellos con más tiempo. Dedícate a hablar de los otros.

MOMO. — Trofonio y (lo que más se me atraganta) 12
Anfíloco, que era hijo de un hombre maldito y parrici-

[7] Anubis.

[8] Apis.

[9] Zeus Amón.

da [10], profetiza el muy pillo en Cilicia, mintiendo por lo general y timando con su charlatanería a la gente por dos óbolos. Precisamente por eso tú ya no tienes fama, Apolo, sino que ya cada piedra y cada altar emite oráculos, con tal de que se empape de aceite, tenga coronas y disponga de un charlatán, de los que hay una gran abundancia. Ya hasta la estatua de Polidamante el atleta cura las fiebres en Olimpia, la estatua de Teágenes hace lo mismo en Taso [11]; le ofrecen sacrificios a Héctor en Ilión y a Protesilao en la orilla de enfrente, en el Quersoneso. Desde que somos tantos, han crecido el perjurio y el sacrilegio y en general nos desprecian, y hacen bien.

13 Ya basta con lo dicho sobre los bastardos y registrados fraudulentamente. Pero yo he oído también muchos nombres extraños de seres que ni existen entre nosotros ni pueden mantenerse como realidades, Zeus, y yo me carcajeo de ellos. Porque, ¿dónde está la célebre Virtud, la Naturaleza, el Destino y el Azar, nombres sin consistencia y carentes de realidad, imaginados por hombres bobalicones, los filósofos? Y, sin embargo, a pesar de ser nombres improvisados, de tal manera han persuadido a los ignorantes, que nadie está ya dispuesto a ofrecernos sacrificios a nosotros, convencidos de que aunque ofrezcan mil hecatombes la fortuna hará lo que ya está decidido por el destino y

[10] Alcmeón, hijo de Anfiarao, mató a su madre, huyó de Argos y no volvió.

[11] Polidamante era un gigantesco luchador de pancracio, que se decía que había matado leones con sus manos y parado carros lanzados a toda velocidad poniéndose delante. PAUSANIAS (VI 5, 1) menciona su estatua, en Olimpia, hecha por Lisipo. También tenemos una cita de PAUSANIAS (VI 11, 6-9) sobre la estatua de Teágenes, que ganó 1.400 coronas en el boxeo, además de luchar en el pancracio y ser corredor, considerado hijo de Heracles.

lo que desde el principio ha sido hilado a cada uno por las Parcas. Me gustaría preguntarte, Zeus, si tú viste en alguna parte la virtud, la fortuna o el destino. Yo ya sé que tú has oído hablar siempre de ellos en las discusiones de los filósofos, a menos que estés tan sordo que no seas capaz de oírlos vociferando.

Aunque tengo todavía muchas cosas que decir, voy a poner fin a mi discurso, porque estoy viendo que a muchos les molestan mis palabras y están silbando, sobre todo los afectados por mi libertad de expresión. Para termi- 14
nar, pues, si me lo permites, voy a leer un proyecto de decreto que ya tengo redactado.

ZEUS. — Léelo, pues en realidad no todas tus acusaciones eran absurdas y hay que parar muchas de ellas para que no crezcan demasiado.

MOMO. — «¡Que sea para bien! Decreto: En una asamblea regular celebrada el día siete del mes en curso, bajo la presidencia de Zeus, dirigiendo la mesa Posidón, con Apolo al frente y actuando de secretario Momo, hijo de la noche, el Sueño presentó la siguiente propuesta [12]:

»Puesto que muchos extraños, no sólo griegos sino también bárbaros, que no son dignos en absoluto de participar de nuestro sistema político, inscritos fraudulentamente no sé cómo y pasando por dioses han llenado el cielo, hasta el punto de que está repleto el banquete de una turba tumultuaria de gentes de múltiples lenguas que son pura morralla, considerando que escasean la ambrosía y el néctar, hasta el punto de que una copita cuesta ya una mina por la gran afluencia de bebedores; considerando que llegan

---

[12] Toma la fórmula para los decretos del s. IV en Atenas: Zeus preside *(prytaneúō)*, Posidón dirige *(proedreúō)*, Apolo modera *(epistátēs)*, para dar gusto a todos.

en su patanería a expulsar a los dioses antiguos y verdaderos y reclaman la preferencia para sí mismos, en contra de todas las tradiciones y pretenden ser honrados con prioridad en la tierra. Por todo ello:

15 »Resuelvan el Consejo y el pueblo convocar una asamblea en el Olimpo para el solsticio de invierno y elegir siete dioses numerarios como árbitros, tres del antiguo Consejo del tiempo de Crono, cuatro elegidos de los doce, Zeus entre ellos; que estos árbitros actúen como magistrados después de prestar el juramento tradicional invocando a la Estigia, que Hermes convoque mediante proclama pública a cuantos pretenden formar parte de nuestra asamblea y que éstos se presenten con testigos bajo juramento y certificados de nacimiento. Que a continuación comparezcan de uno en uno y los árbitros después de la oportuna investigación los declaren dioses o los envíen a las tumbas y sepulturas de sus antepasados. Y si alguno de ellos resulta convicto de haber sido reprobado una vez por los jueces y haber regresado al cielo, éste sea lanzado al Tártaro.

16 »Resuelva también que cada uno realice sus propias labores y ni Atenea se dedique a curar ni Asclepio emita oráculos ni Apolo lleve a cabo él solo tantas actividades, sino que debe elegir una sola y ser adivino, cantante o médico.

17 »Hay que advertir a los filósofos para que no modelen
18 palabras hueras ni parloteen de lo que no saben. Y cuantos se consideraron dignos de templos o de sacrificios, hay que derribar sus estatuas y poner en su lugar las de Zeus, Hera, Apolo o alguno de los otros, mientras la ciudad debe levantarles un túmulo sepulcral y poner sobre él una estela en vez de un altar. Y si alguno desatiende el pregón y no está dispuesto a presentarse ante los árbitros, se le debe condenar en rebeldía.»

ZEUS. — Este decreto vuestro es muy justo, Momo. El que esté de acuerdo, que levante la mano; o más bien, que se cumpla, porque sé que serán más los que voten en contra. Y ahora podéis iros. Cuando Hermes haga la proclamación, presentaos trayendo cada uno sus señas de identificación inequívocas y los certificados claros, con el nombre del padre y de la madre, por qué y cómo se convirtió en dios, y la tribu y sus cofrades, porque quienquiera que sea el que no traiga los papeles, no les importará a los árbitros en absoluto el que tenga un gran templo en la tierra o si los hombres lo consideran un dios. 19

53

EL TIRANICIDA

Es un típico ejercicio de retórica, como *El Desheredado*. Se plantea un caso ficticio, a veces con mucha imaginación y altamente improbable. Los temas pertenecen a un acervo común, transmitidos de uno a otro retórico. Aquí se trata de un individuo que entra en la Acrópolis con la idea de matar al tirano, y como no lo encuentra a él sino a su hijo, mata a éste y le deja su espada clavada. Al verlo el padre, se da muerte con la misma espada. El autor pide una recompensa como tiranicida.

Este tema fue empleado por Libanio *(Or.* VI) más tarde, y luego por Coricio (XXVI). Erasmo, que tradujo esta obra al latín, escribió además, también en latín, una defensa fingida en oposición a ella, que se encuentra en algunas de las antiguas ediciones de Luciano.

Si Luciano abandonó la retórica hacia los cuarenta años, como dice en *Doble acusación,* cap. 32, estas dos obritas serían anteriores, y de ellas *El Tiranicida* parece la primera, pues *El Desheredado* recuerda más el estilo de Luciano en su madurez.

Un individuo subió a la Acrópolis para matar al tirano. A él no lo encontró, pero mató a su hijo y dejó la espada en el cuerpo del cadáver. Llegó el tirano, vio a su hijo ya muerto y se dio muerte con la misma espada. El hom-

bre que subió a la Acrópolis y dio muerte al hijo del tirano reclama una recompensa como tiranicida [1].

«He dado muerte en un mismo día a dos tiranos, seño- 1
res del jurado, uno de edad ya avanzada y el otro en plena madurez y más preparado para sucederle en sus crímenes. Comparezco, sin embargo, para reclamar una sola recompensa por ambos, como único tiranicida de todos los tiempos que me deshice de dos malhechores con un solo golpe, dando muerte al hijo con mi espada y al padre con el intenso afecto hacia su hijo. Con ello el tirano nos ha dado una compensación suficiente por los crímenes que cometió, porque ha visto en vida, próximo a la muerte, a su hijo prematuramente eliminado, y por último, lo más extraño de todo, se ha visto obligado a convertirse en su propio tiranicida. Su hijo no sólo murió a mis manos sino que con su muerte me ayudó a cometer otro homicidio; mientras en vida colaboró con su padre en los crímenes, después de su muerte mató a su padre en la medida de sus fuerzas.

»Yo fui, por consiguiente, quien puso fin a la tiranía, 2
y ha sido mi espada la que lo ha hecho todo, pero invertí el orden de las muertes e introduje una novedad en el método de eliminación de los criminales, al suprimir personalmente al más fuerte, que tenía capacidad para defenderse y dejar al más viejo a cargo de mi espada únicamente.

»Yo creía que por estos hechos iba a tener un trato muy 3
generoso por vuestra parte y que iba a recibir un número

[1] La forma del procedimiento planteado es análogo al de la *dokimasía* en Atenas. El derecho del reclamante a la recompensa ofrecida por el Estado es puesta en tela de juicio por uno de sus conciudadanos, y las autoridades remiten la cuestión a un jurado. La parte contraria, como demandante, ha hablado primero.

de recompensas igual al número de muertos, en la idea de que no sólo os había librado de los males presentes sino incluso del temor de las desgracias venideras, y que os había proporcionado una libertad firme al no quedar ningún heredero de las violencias. Pero entretanto, corro el peligro, después de llevar a cabo tan grandes hazañas, de alejarme de vosotros sin recompensa y ser el único en quedar privado de la compensación que conceden las leyes que yo salvaguardé.

»Mi adversario, aquí presente, pienso que no actúa, como afirma, preocupándose de los intereses de la comunidad sino porque le duelen los muertos y trata de castigar al culpable de aquellas muertes.

4 »Por vuestra parte, señores del jurado, os ruego que soportéis un momento mi relato de lo que ocurría durante la tiranía, aunque lo conocéis perfectamente, porque así estimaréis mejor la grandeza de mi servicio y vosotros mismos sentiréis mayor satisfacción al pensar en la situación de la que habéis escapado.

»Porque no era como ha ocurrido ya con frecuencia a otros pueblos; nosotros no soportábamos una simple tiranía, ni aguantábamos una sola servidumbre, ni soportábamos los caprichos de un solo señor, sino que éramos los únicos de cuantos han experimentado nunca tal adversidad en tener dos tiranos en vez de uno y desgraciados de nosotros multiplicábamos las iniquidades por dos: el viejo era más moderado con mucho, más tranquilo para las iras, más débil para los castigos y más lento para las pasiones, en la medida en que ya su edad cohibía la violencia del impulso y frenaba los apetitos de los placeres. En lo que se refiere a la iniciativa de los actos violentos, se decía que su hijo le impulsaba contra su voluntad, ya que él no era excesivamente dictatorial, pero cedía ante el otro,

ya que era exageradamente amante de su hijo, como lo demostró; su hijo lo era todo para él, le hacía caso en todo, cometía cuantos crímenes le mandaba, castigaba a los que el hijo señalaba, en todo le servía y en pocas palabras estaba tiranizado por él y era un simple segundón de las pasiones de su hijo.

»Su hijo le cedía el honor por consideración a su edad 5
y sólo se abstenía del nombre del poder, pero él era la sustancia y el móvil de la tiranía: de él emanaban la confianza y la seguridad del gobierno y él era el único que disfrutaba de los frutos de los crímenes. Él era quien controlaba a sus guardias, fortalecía sus defensas, atemorizaba a los súbditos, eliminaba a los conspiradores, él era quien arrancaba a los muchachos de sus casas, el que ultrajaba los matrimonios; a él le llevaban las muchachas y si había matanzas, destierros, confiscaciones de bienes, torturas y ultrajes, todo pasaba por desvergüenzas juveniles. El viejo entretanto le seguía, se asociaba con él en sus crímenes y únicamente tenía alabanzas para estos desafueros de su hijo. La situación para nosotros ya era intolerable, pues cuando las pasiones del ánimo consiguen encima la libertad que nace del poder ya no reconocen ningún límite a las infamias.

»Pero lo que más nos dolía era el saber que la escla- 6
vitud iba a ser larga, más bien interminable y que en virtud de la sucesión la ciudad iba a ser entregada cada vez a un opresor distinto y el pueblo iba a convertirse en herencia de criminales. Por ello, no es pequeña esperanza para otros pensar y decirse entre ellos: «Pronto va a terminar», «Está a punto de morir y dentro de poco seremos libres».

»En nuestro caso, sin embargo, no podía esperarse nada parecido, sino que veíamos que ya estaba dispuesto el

sucesor del mando, y por ello ninguno de los valientes que pensaban lo mismo que yo se atrevían siquiera a intentar algo, sino que se había perdido toda esperanza de libertad, y la tiranía parecía invencible al tener que enfrentarse contra tantos.

7 »Pero a mí no me asustaron tales circunstancias ni retrocedí por miedo al considerar la dificultad de la empresa, ni me acobardé ante el peligro, y yo solo, solo frente a una tiranía tan fuerte y con tantas cabezas, mejor dicho, no solo sino con mi espada que luchaba conmigo y conmigo contribuyó por su parte a matar al tirano, subí a la colina, con mi muerte a la vista, pero dispuesto a cambiar la libertad de todos por mi vida. Encontré el primer puesto de guardia y puse en fuga con dificultad a los soldados, maté a quien se me enfrentó, eliminé todo lo que se me opuso y me lancé a lo más importante de mi tarea, contra la única fuerza de la tiranía, contra la base de nuestras desdichas. Me aposté en el puesto de guardia de la ciudadela y cuando vi que se defendía valientemente y resistía con muchas heridas, le maté.

8 »Ya estaba destruida la tiranía y mi empresa había alcanzado su fin, y desde ese momento todos éramos libres; quedaba todavía el viejo únicamente, sin armas, abandonado por sus guardias, eliminado su poderoso guardaespaldas, desamparado, ni siquiera digno ya de una mano valiente.

»Pues bien, en esas circunstancias, señores del jurado, me hacía las siguientes reflexiones: «Todo me ha salido bien, ya está todo terminado, todo ha sido un éxito. ¿Por qué medio podría ser castigado el superviviente? Es indigno de mí y de mi diestra, sobre todo si su muerte sigue a una acción tan brillante, juvenil y valiente y deshonro también aquella estocada mortal. Hay que buscar un ver-

dugo digno: después de la desgracia no hay que beneficiarse de ella. Que lo vea, que se castigue, que tenga a mano la espada. A ella le encomiendo lo que falta.»

»Después de trazar este plan, yo por mi parte me retiré, y la espada, como yo había presagiado, lo llevó a cabo, mató al tirano y puso fin a mi acción.

»Aquí comparezco, pues, para traeros la democracia, in- 9
fundir confianza a todos y proclamar la libertad. Ya estáis disfrutando del resultado de mi empresa, la Acrópolis, como veis, está limpia de criminales, nadie nos da órdenes; ahora podéis otorgar honores, pronunciar sentencias y replicar de acuerdo con las leyes. Todo ello lo habéis conseguido gracias a mí y a mi audacia, y como consecuencia de la muerte de un solo hombre, después de la cual el padre ya no podía vivir. Por ello, os pido que me déis la recompensa ofrecida, no porque yo sea avaricioso o mezquino ni me haya propuesto favorecer a mi patria cobrando por ello, sino porque deseo que mi éxito se fortalezca con la recompensa y no se tergiverse ni llegue a quedar mi empresa sin fama como si hubiera quedado incompleta y considerada indigna de premio.

»Pero éste que aquí veis se opone y afirma que no 10
tengo razón al desear que se me honre y se me conceda una recompensa: pues según él yo no soy un tiranicida ni he actuado de acuerdo con la ley, sino que mi acción tiene defectos para reclamar la distinción. Entonces yo le pregunto: ¿qué me falta según tu reclamación? ¿No había intención por mi parte? ¿No subí la colina? ¿No lo maté? ¿No liberé? ¿Acaso alguien está dando órdenes? ¿Es que alguien manda? ¿Algún amo sigue profiriendo amenazas? ¿Se me ha escapado alguno de los criminales? No podrías afirmarlo, sino que todo está lleno de paz, disfrutamos de todas las leyes, la libertad es evidente, la democracia

está a salvo, los matrimonios están libres de ultrajes, los niños no tienen miedo, las muchachas están seguras y la ciudad celebra sus fiestas en común felicidad. ¿Y quién es el causante de todo ello? ¿Quién puso fin a aquella situación y nos trajo ésta? Porque si hay alguien digno de homenaje antes que yo, le cedo el honor, renuncio a la recompensa. Pero si únicamente yo llevé a cabo la empresa entera, corriendo la aventura y exponiéndome al peligro al subir, matar, castigar, tomar venganza de uno a través del otro, ¿por qué intentas desacreditar mi éxito? ¿Por qué tratas de conseguir que el pueblo sea ingrato conmigo?»

11 «Es que tú no mataste al tirano, y la ley otorga la recompensa al tiranicida.»

«¿Y qué diferencia hay, díme, entre matarlo a él y causar su muerte? Porque yo afirmo que no hay ninguna, en mi opinión. Y lo que el legislador tenía a la vista era únicamente esto, la libertad, la democracia, la liberación de las injusticias. Esto es lo que honró y lo que consideró digno de compensación, lo que tú no podrías afirmar que se ha producido sin mi ayuda. Porque si ocasioné una muerte que hacía imposible que el otro viviera, yo mismo le maté: mía es la muerte, la mano era suya; no porfíes más sobre la forma de su muerte ni sigas investigando sobre cómo murió sino sobre si ha dejado de existir y si el haber dejado de existir ha sido gracias a mí. Porque a este paso me parece que vas a intentar averiguar incluso, para desacreditar a nuestros benefactores si alguien lo mató con una piedra, una estaca o de algún otro modo en vez de matarlo con una espada.

»¿Qué habría ocurrido si yo hubiera sitiado de hambre al tirano, causándole con ello la muerte? ¿Me requerirías también por la muerte de mi propia mano o dirías que tenía algún defecto según la ley, aunque el malvado hubie-

ra muerto con muerte mucho más cruel? Una sola cosa tienes que tratar de investigar, requiere esto únicamente, preocúpate de esto: ¿queda algún tirano, hay alguna perspectiva de temor, queda algún recuerdo de las desgracias? Y si todo está limpio y pacificado, es propio de un timador servirse del hecho consumado, tratar de quitar la recompensa ofrecida por los resultados conseguidos con esfuerzo.

»Yo también recuerdo que esto aparece claramente dicho 12
en las leyes (a no ser que debido a la larga esclavitud haya olvidado los preceptos contenidos en las mismas), que hay dos tipos de acusación por homicidio, ‹si uno mata con su propia mano› y si, sin haber intervenido personalmente en el homicidio ni haber llevado a cabo la acción de mano propia, obliga a hacerlo y da el motivo para la muerte; la ley considera que éste debe ser igualmente castigado muy justamente, porque no quiere que su castigo sea inferior al del autor del hecho [2]. De modo que es superflua una investigación posterior sobre la forma del homicidio.

»¿Y tú consideras justo castigar como homicida al que quitó la vida de esta manera, y no estás dispuesto de ninguna manera a absolverle, y, en cambio, no vas a considerar tan digno de premio como a los bienhechores a quien
por el mismo procedimiento hizo bien a la ciudad? Porque 13
no te atreverías a afirmar que yo obré de una manera espontánea, y que aquello tuvo un final feliz sin que yo me lo hubiera propuesto. Porque, ¿qué podía temer una vez muerto el tirano más fuerte, y por qué dejé la espada en mi víctima, si no hubiera previsto con todo detalle lo que iba a ocurrir? A no ser que digas que el muerto no era un tirano, ni tenía tal apelativo, ni vosotros estábais dis-

[2] Aquí hay un problema de texto. Seguimos el de la edición de Oxford.

puestos a dar por su muerte con mucho gusto grandes recompensas. Pero no lo dirás.

»Y ahora, una vez muerto el tirano, ¿vas a negarle la recompensa al hombre que ocasionó su muerte? ¡Qué sutileza! ¿Te preocupa cómo murió, cuando estás disfrutando de la libertad? ¿O vas a reclamar algo más al hombre que nos devolvió la democracia? «Aunque la ley», como tú dices, «sólo investiga los puntos más importantes de los hechos, ignora los detalles y no se plantea más problemas.» ¿Qué pasa entonces? ¿Acaso no obtuvo una recompensa de tiranicidio el hombre que desterró a un tirano? [3]. Y con toda razón, ya que también él proporcionó la libertad en sustitución de la esclavitud. Pero lo que yo he hecho no es un destierro ni la expectativa de un nuevo levantamiento, sino una abolición completa y una extinción de toda la estirpe, y un arrancamiento de raíz de todo el mal.

14 Y en lo que a mí se refiere, por los dioses, investigadlo todo si os parece, del principio al fin, a ver si se ha omitido algún aspecto legal y si falta alguna de las cualidades que debe tener un tiranicida. En primer lugar, debe tener un espíritu valiente y patriótico, dispuesto a arriesgarse por el bien común y a conseguir la salvación del pueblo a costa de su propia vida. ¿Es que tuve yo algún fallo en este sentido, me ablandé o previendo alguno de los peligros inherentes desistí de la empresa? No podrías decirlo.

»Sigue, pues, prestando atención por un momento sólo a este punto y piensa únicamente en este aspecto de la intención y del planteamiento y que, aunque el resultado no hubiera sido favorable, yo me presento y pido, a partir de mi propósito, que se me conceda una recompensa como

[3] Se refiere a Harmodio, que mató a Hiparco, hermano del tirano Hipias. Cf. Tuc., VI 54 y ss.

bienhechor. Porque si yo no hubiera podido hacerlo y otro después de mí hubiera cometido el tiranicidio, díme, ¿sería por ello irracional o absurdo que se me concediera? Sobre todo si yo dijera: «Señores, estaba dispuesto, lo decidí, lo intenté, me arriesgué; únicamente por mi intención me considero digno del premio», ¿qué responderías en ese caso?

»Pero la realidad es que no digo tal cosa, sino que 15
subí, puse mi vida en peligro y llevé a cabo mil acciones antes de matar al joven; porque no penséis que el asunto era tan fácil y tan asequible —sobrepasar el puesto de guardia, dominar a sus ocupantes y poner en fuga a tanta gente yo solo— sino que esto es casi lo más importante y lo más decisivo en un tiranicidio, ya que el tirano en sí no es poderoso ni difícil de coger ni de dominar, sino quienes protegen y mantienen la tiranía, ya que si alguien los vence ha conseguido un éxito completo, y lo que queda no tiene importancia. Yo no hubiera podido llegar hasta los tiranos si no hubiera superado y vencido previamente a todos los guardianes y secuaces que había a su alrededor. Y no digo nada más, sino que me mantengo en este punto. Superé el puesto de guardia, vencí a los secuaces, dejé al tirano sin guardias, inerme, desamparado. ¿Te parece que soy digno de honores por ello o me vas a requerir encima por el derramamiento de esta sangre?

»Y aunque busques sangre, tampoco en esto hay defecto 16
de forma; no he sido incruento, sino que he llevado a cabo una hazaña grande y valiente al matar a un joven en la plenitud física y temido por todos, por quien también el otro era inasequible a los atentados, en quien únicamente confiaba, que le bastaba en vez de muchos guardianes. ¿Es que no soy digno de recompensa, hombre, sino que voy a quedar sin honores por tales empresas? Porque ¿qué hubiera ocurrido si hubiera dado muerte a un solo secuaz,

a un servidor del tirano, o a un criado valioso? ¿No os habría parecido también esto algo importante, subir hasta el centro de la Acrópolis y dar muerte a uno de los amigos del tirano rodeado de hombres armados? ¡Pero la realidad es que aquí veis al hombre mismo muerto! Era hijo del tirano, o mejor dicho un tirano más duro, un déspota inexorable, un torturador más cruel, un opresor más violento, y lo que es más importante, su heredero para todo y sucesor capaz de prolongar durante mucho tiempo vuestros sufrimientos.

17 »Imagínate si quieres que yo hubiera hecho sólo esto y el tirano hubiera escapado y viviera todavía. Pues bien, también por ello reclamo una recompensa. ¿Qué decís? ¿No me la vais a dar? ¿No le temíais también a él? ¿No era un dictador? ¿No era cruel? ¿No era insoportable?

»Pero tal como están las cosas, considerad lo que es más importante. Porque lo que éste me reclama, lo llevé a cabo de la mejor manera que pude y maté al tirano por medio de otra muerte, no directamente ni con un solo golpe, que es lo que él más habría deseado por delitos tan monstruosos, sino que antes lo torturé con intenso dolor, poniéndole ante los ojos lo que más quería expuesto miserablemente: su hijo en la flor de la edad, aunque malvado e igual que su padre, lleno de sangre y coágulos. Éstas son las heridas de los padres, éstas son las espadas de los tiranicidas justos, ésta es la muerte digna de los tiranos crueles, éste es el castigo adecuado a crímenes tan tremendos. Pero morir en el acto, ignorar la manera y no ver tal espectáculo no es digno del castigo de un tirano.

18 »Porque yo no ignoraba, caramba, repito, no ignoraba, ni tampoco ninguno de los otros, cuán grande era el afecto que él tenía hacia su hijo ni hasta qué punto no hubiera querido sobrevivirle ni siquiera por poco tiempo. Proba-

blemente son así todos los padres respecto a sus hijos, pero él lo era mucho más que los otros, lógicamente, porque veía que su hijo era el único protector y guardián de la tiranía, el único que hacía frente al peligro por su padre y proporcionaba seguridad a su gobierno. En consecuencia, yo sabía, que aunque no fuera por afecto sino por desesperación, moriría enseguida, considerando que su vida ya no servía para nada al desaparecer la seguridad que le venía de su hijo. De hecho, yo le sujeté con todos estos lazos, la naturaleza, la amargura, la desesperación, el temor, los recelos sobre el porvenir..., los utilicé como aliados contra él y le forcé a aquella decisión final. Se os ha muerto sin hijos, desconsolado, con lloros y lamentos, después de llevar un duelo corto sí, pero suficiente para un padre, y lo más terrible de todo, muerto por su propia mano, que es la muerte más lamentable y mucho más amarga que si la hubiera recibido de otro.

»¿Dónde está mi espada? ¿La reconoce alguien más? 19
¿Era acaso el arma de algún otro? ¿Quién la llevó a la Acrópolis? ¿Quién la empleó antes que el tirano? ¿Quién la envió contra él? ¡Oh espada mía, partícipe y sucesora de mis hazañas! Después de tantos peligros, después de tantas muertes nos vemos despreciados y no se nos considera dignos de recompensa! Porque si yo os pidiera honores sólo por ella y os dijera: «Señores, esta espada mía ayudó a un tirano que quería morir y se encontraba ocasionalmente desarmado, y contribuyó totalmente a la consecución de la libertad; consideradla digna de honor y premio», ¿no recompensaríais al dueño de un bien tan democrático? ¿No la inscribiríais entre los nombres de los bienhechores? ¿No la depositaríais entre las ofrendas del templo? ¿No la veneraríais entre los dioses?

20 »Ahora por favor imaginaos lo que probablemente hizo el tirano y lo que dijo antes de morir. Pues cuando yo estaba dando muerte al hijo y le estaba hiriendo una y otra vez en las partes más visibles de su cuerpo, porque así iba a afligir más a su padre, desgarrando su corazón con lo primero que viera, dio un grito lastimoso, llamando a su padre no para que le ayudara o compartiera su agonía —pues sabía que ya estaba viejo y débil— sino como espectador de los males familiares. Porque antes yo me había marchado, después de haber compuesto la trama completa de la tragedia, pero le había dejado a este actor el cadáver, la escena, la espada y el resto de la representación. Y cuando se acercó el anciano y vio a su único hijo que apenas respiraba, ensangrentado, todo lleno de muerte, con heridas continuas, numerosas y mortales de necesidad, dijo a gritos: «¡Hijo mío, nos han dado muerte, nos han asesinado, hemos sido víctimas de un tiranicidio! ¿Dónde está el asesino? ¿Para qué me reserva? ¿Para qué me guarda después de matarme por medio de ti, hijo mío? ¿Tal vez me desprecia como anciano y con su lentitud (puesto que me tiene que castigar) prolonga mi muerte y hace más larga mi ejecución?

21 »Y diciendo estas palabras buscaba la espada, puesto que él estaba desarmado porque todo lo confiaba a su hijo. Pero tampoco esto le faltó, ya que había sido preparada desde hacía tiempo por mí y la había dejado para la acción futura. Y así, arrastró la espada lejos de la víctima después de sacarla de la herida y dijo: «Poco antes me mataste, ahora dame descanso, espada, ven a consolar a un padre dolorido y asiste a una mano anciana perseguida por la adversidad. Derrama mi sangre, mata al tirano, libérame del sufrimiento. ¡Ojalá me hubiera encontrado antes contigo, ojalá hubiera anticipado el orden de las muertes! Hu-

biera muerto, pero sólo como tirano y con la esperanza de tener un vengador. Ahora, en cambio, muero sin hijos, como alguien que ni siquiera tiene quien le mate». Y diciendo estas palabras precipitó su ejecución tembloroso, incapaz, deseándolo, pero sin fuerzas para servir su propósito.

»¿Cuántos castigos hay aquí? ¿Cuántas heridas? ¿Cuán- 22
tas muertes? ¿Cuántos tiranicidios? ¿Cuántas recompensas? Al final todos habéis visto al joven muerto a la vista (acción no pequeña ni fácil de llevar a su cumplimiento), al anciano caído junto a él, la sangre de ambos mezclada, la libación por la libertad y la victoria, y la hazaña de mi espada, ¡ah! y la espada misma en medio de ambos para demostrar que no ha sido indigna de su dueño y dando testimonio de que me sirvió lealmente. Lo que yo llevé a cabo era relativamente poco importante, pero ahora es más destacado por su originalidad. He sido yo quien destruyó totalmente la tiranía, aunque la representación se ha distribuido entre muchos como en una acción dramática: yo representé el primer papel, el hijo hizo el segundo, el tirano el tercero y mi espada ha servido a todos».

54

EL DESHEREDADO

Un hijo que ha sido desheredado por su padre consigue estudiar medicina y a continuación cura a su padre enloquecido cuando ya estaba desahuciado por los médicos, con lo que le admite nuevamente en la familia. Pero se vuelve loca su madrastra, su padre le ordena curarla, el hijo asegura que no puede y lo vuelve a desheredar. El hijo plantea pleito en su defensa.

Como la obrita anterior, es un ejercicio de retórica sobre un caso ficticio. El mismo tema había sido tratado en las *Controversiae* de Séneca el Orador (IV 5). En esta obra, las alusiones del orador a su madrastra son un ejemplo notable de ironía continua como dispositivo retórico.

Un individuo que había sido desheredado consiguió aprender medicina. Cuando su padre enloqueció y fue desahuciado por los otros médicos, lo curó aplicándole un remedio y fue admitido de nuevo en la familia. A continuación, recibió la orden de curar a su madrastra, que había enloquecido, ⟨y al negarse afirmando que no le era posible⟩, fue desheredado de nuevo.

1 «No es ésta una situación nueva, señores del jurado, ni es extraño lo que hace mi padre actualmente, ni es aho-

ra la primera vez que muestra esta clase de indignación, sino que tiene a mano esta ley y comparece habitualmente ante este tribunal [1]. Pero hay algo nuevo en mi inquietante situación y es que no me encuentro bajo una acusación personal, sino que corro el peligro de ser castigado por mi profesión si no puedo obedecerle en todas sus órdenes. Porque no puede haber nada más absurdo que curar por orden, no según las posibilidades de la ciencia, sino de acuerdo con los deseos de mi padre. Yo, desde luego, querría que la medicina tuviera tal capacidad curativa que no sólo calmara a los locos sino también a los que se enfadan sin razón, para poder curar también esta enfermedad de mi padre. Pero la realidad es que su locura está completamente apaciguada, mas su ira es cada vez más violenta, y lo peor de todo es que se muestra sensato con todos los demás y sólo contra mí que le curé se enfurece. Ya veis la clase de pago que recibo por mis cuidados, verme desheredado de nuevo y extrañado por segunda vez de mi familia, como si hubiera sido readmitido por poco tiempo para quedar más desacreditado al ser expulsado repetidamente de mi casa.

»Por mi parte, en los casos que tienen posibilidades, no 2
espero a que me den órdenes. En la ocasión anterior, por ejemplo, vine sin que me llamaran para darle ayuda. Pero cuando se trata de una situación desesperada, ni siquiera estoy dispuesto a intentarlo, y en el caso de esta mujer todavía me atrevo menos, pues considero cómo me trata-

[1] Se refiere a la ley que autoriza a un padre a desheredar a su hijo, así como al tribunal ante el que puede presentar su demanda. No hay ningún caso conocido de desheredamiento en Atenas. Pero Dionisio de Halicarnaso (*Arqu.* II 26) habla de las previsiones para ello incluidas en los códigos de Solón, Pítaco y Carondas. Cf. tb. Platón, *Leyes* XI 938d.

ría mi padre si fracasara, cuando sin haber siquiera empezado a tratarla ya me ha desheredado. Naturalmente estoy disgustado, señores del jurado, por la grave situación de mi madrastra (pues era una buena mujer) y por el dolor que mi padre siente por ella, pero sobre todo por mi aparente desobediencia y por mi incapacidad para prestar el servicio que se me pide, tanto por la gravedad de la enfermedad como por la inutilidad de la ciencia. Pero, sin embargo, no me parece justo desheredar a un hombre que se niega en absoluto a prometer lo que no puede realizar.

3 »Ahora bien, los cargos por los que me desheredó con anterioridad pueden comprenderse fácilmente por la actual situación. Creo que yo di suficiente respuesta a aquellas acusaciones con mi vida posterior, y lo que ahora me recrimina trataré de rechazarlo en la medida en que me sea posible, contándoos algunos detalles sobre mi situación.

»Porque yo, que soy tan intratable y desobediente, que avergüenzo a mi padre y actúo de modo tan indigno de mi familia, en aquella ocasión pensé que debía enfrentarme poco a sus gritos y crispaciones. Me marché de casa con la esperanza de que tendría un gran jurado y un verdadero veredicto en mi vida posterior, poniendo en evidencia que estaba muy lejos de las recriminaciones de mi padre, atento a las más nobles dedicaciones y en trato con las más distinguidas compañías. Preveía, sin embargo, y sospechaba algo parecido, que el irritarse injustamente con su hijo y lanzar contra él falsas acusaciones era un indicio de que mi padre no estaba totalmente en sus cabales. Había algunas personas que pensaban que éste era el principio de una locura, la amenaza y el preludio hostil de un mal que pronto se abatiría sobre él: el odio irracional, la ley cruel, los insultos a mano, el tribunal severo, los gritos, la ira, en pocas palabras, la cólera que lo llenaba todo.

Por ello tenía la esperanza de que pronto necesitaría tener conocimientos de medicina.

»Lo cierto es que después de ausentarme estudié con 4
los más famosos médicos extranjeros y a fuerza de mucho trabajo e insistente tesón conseguí dominar el arte. A mi regreso me encontré a mi padre ya claramente enloquecido y desahuciado por los médicos locales, que no lo habían analizado profundamente ni distinguían con claridad las enfermedades. Entonces yo hice lo que era lógico que hiciera un buen hijo, ni le guardé rencor por su desheredamiento ni esperé a que me volviera a llamar, pues no tenía motivos personales para acusarle sino que todas aquellas ofensas eran extrañas y, como ya dije, propias de su enfermedad. Me presenté, pues, sin que me llamara y no empecé al punto el tratamiento, pues no es ésta nuestra costumbre ni lo aconseja así la ciencia, sino que lo primero de todo se nos ha enseñado a observar si la enfermedad es curable o no tiene remedio y ha sobrepasado los límites de nuestros conocimientos. Y entonces, en el caso de que sea manejable, lo intentamos y ponemos todo el interés en salvar al enfermo. Pero si vemos que la enfermedad ya se ha impuesto y ha vencido, ni siquiera lo tocamos, respetando la antigua norma de los progenitores del arte de la medicina, que afirman que no se debe poner la mano sobre los que están superados.

»Viendo pues que mi padre todavía tenía esperanzas y la enfermedad no había sobrepasado los límites de la ciencia, después de una larga exploración y una cuidadosa investigación de todos los síntomas, empecé el intento y le apliqué con confianza mi medicina, aunque muchos de los presentes recelaban de mi receta y criticaban mi tratamiento, disponiéndose a acusarme. Estaba también presente la 5
madrastra, temerosa y desconfiada, no porque me odiara

sino porque tenía miedo y sabía perfectamente que él se encontraba muy mal, pues estaba enterada de todo por ser la única que convivía con él y estaba habituada a la enfermedad. El hecho es que yo, que no temía nada —porque sabía que los síntomas no me engañarían ni me traicionarían mis conocimientos— apliqué el tratamiento en el momento crítico de mi tentativa, ello aunque algunos amigos me aconsejaban que no me arriesgara, por miedo a que el fracaso me trajera una acusación más grave de haberme vengado de mi padre envenenándole, por el rencor que le guardaba debido al mal trato recibido de él.

»Para decirlo en pocas palabras, pronto se recuperó y de nuevo estaba en sus cabales y con plena capacidad para reconocerlo todo. Las personas presentes estaban admiradas, y mi madrastra también hacía elogios y era evidente por todos los detalles que estaba contenta con mi éxito y la cordura de él. Entonces mi padre (puedo servirle de testigo) sin demorarse ni aconsejarse de nadie, cuando oyó el relato de todo lo ocurrido, anuló el desheredamiento, me aceptó de nuevo como hijo suyo y me llamó salvador y benefactor, reconociendo que ya tenía una buena prueba de mí y disculpándose de sus anteriores cargos. Este acontecimiento agradó a muchos hombres buenos que estaban presentes, pero también molestó a cuantos preferían el desheredamiento de su hijo a su readopción. Yo me di cuenta en todo caso de que no todos se alegraban igualmente de lo ocurrido, sino que algunos cambiaban de color, su mirada se alteraba y su gesto se irritaba, como suele ocurrir con la envidia y el odio.

6 »Lo cierto es que nosotros estábamos satisfechos y éramos felices, como es natural, por habernos recuperado el uno al otro. Poco tiempo después, mi madrastra de repente empezó a sentirse enferma, señores del jurado, con una

dolencia grave y poco corriente, pues empecé a observar el mal desde su comienzo. No era una forma de locura sencilla ni superficial, sino que un antiguo mal, que acechaba en su espíritu, había surgido y se manifestaba abiertamente. Nosotros tenemos, indudablemente, otros muchos síntomas de las locuras incurables, pero en el caso de esta mujer yo observé uno nuevo: es bastante dulce y afable con la gente en general y la enfermedad es tranquila cuando hay gente, pero si ve a un médico o con solo oír su nombre, se enfurece muchísimo contra él y éste es por sí mismo un síntoma de que su situación es grave e incurable.

»Yo, al ver esta situación, estaba disgustado y compade- 7
cía a la mujer como se merecía porque era infortunada más allá de su destino. Mi padre, por su ignorancia (pues no conocía ni el origen del mal que la agobiaba, ni su causa, ni la extensión de la enfermedad) me ordenó que la tratara y le aplicara el mismo remedio; él cree que hay un solo tipo de locura, una sola enfermedad, que la dolencia es idéntica a la suya y admite el mismo tratamiento. Pero cuando yo le digo, como es muy cierto, que es imposible salvar a su mujer y reconozco que estoy vencido por la enfermedad, se enfada, se encoleriza y afirma que yo deliberadamente me escamoteo y traiciono a su esposa, echándome en cara la inutilidad de la medicina. Suele ocurrir a los que están afligidos: de hecho, todos se molestan con quienes les hablan con franqueza. A pesar de ello yo plantearé de la mejor manera posible mi causa ante él, defendiéndome a mí mismo y a mi arte.

»Empezaré primero con la ley, según la cual está dis- 8
puesto a desheredarme, para que sepa que ahora ya no tiene la misma potestad que antes. Porque el legislador, padre, no permite a todos ejercer el derecho de desheredar ni a todos los hijos ni cuantas veces lo deseen, ni por toda

clase de motivos, sino que, de la misma manera que consiente a los padres el derecho de ejercitar *tal ira, también* tomó precauciones en cuanto a los hijos para que no padezcan esta ira injustamente. Por esta razón, no permite que el castigo sea libre ni sin juicio, sino que hace comparecer ante el tribunal a investigadores dispuestos a juzgar lo que es justo sin ira ni malicia. Sabía, en efecto, que muchas personas son afectadas en muchas ocasiones por una ira irracional y uno se deja convencer por una falsa acusación, otro se fía de un criado o de una mujerzuela odiosa. Por ello quiso que el problema se resolviera mediante juicio y que los hijos no fueran condenados sin ser oídos, sino que también para ellos se mide el agua [2], se concede audiencia y nada queda sin investigar.

9 »Por consiguiente, puesto que está permitido, y mi padre sólo tiene facultad para acusar, pero vosotros sois quienes juzgáis si su acusación es razonable, no tengáis en cuenta todavía lo que me recrimina y por lo que ahora está indignado; investigad antes si se le puede permitir desheredar a un hijo después de haberlo ya desheredado una vez, utilizando la libertad que le concede la ley y ejerciendo el derecho de patria potestad, readmitiéndolo más tarde de nuevo y anulando el repudio. Yo digo que algo así es muy injusto, así se hacen interminables los castigos de los hijos, son numerosas las condenas, su miedo eterno; la ley unas veces favorece las iras, poco después las suprime, de nuevo es tan fuerte como antes; en pocas palabras, la justicia se revuelve arriba y abajo según la voluntad ocasional de los padres. No, en principio es justo ceder y compartir la indignación con él y conceder al padre la potestad del castigo; pero, una vez que ha consumido este privilegio y ha

---

[2] La clepsidra mide el tiempo que cada uno tiene para hablar.

hecho uso de la ley y ha satisfecho su cólera, y después lo ha readmitido, convencido de que era bueno frente a la anterior opinión, es preciso que se mantenga en ello, que no salte más, ni cambie su decisión ni se retracte de su juicio.

»Porque no había ninguna señal, me parece a mí, de que el hijo nacido fuera a resultar malo o bueno, y por ello se ha permitido el derecho de repudiar a sus hijos indignos de la familia a quienes los criaron cuando ignora-
ban esto. Pero cuando alguien, no obligado por la nece- 10
sidad sino libremente, por su propio impulso, readmite a su hijo después de someterlo a prueba, ¿qué medio queda ya para cambiar de opinión, o qué recurso legal subsiste? Porque el legislador podría decirte: «Si era un malvado y merecía ser desheredado, ¿por qué lo volvíste a llamar? ¿Por qué lo trajiste de nuevo a tu casa? ¿Por qué anulaste la ley? Ya que tú eras libre y tenías potestad para no hacerlo. Pues no se te puede permitir que juegues con las leyes ni que los tribunales se reúnan por tus volubilidades, ni que las leyes puedan relajarse un momento y otro estar en vigor, ni que los jueces comparezcan como testigos o más bien como servidores de tus caprichos, unas veces castigando y otras absolviendo según te parezca. Engendraste una vez, criaste una vez, una vez también tienes a cambio de ello el derecho a desheredar, en el caso de que creas que es justo hacerlo. Pero el hacerlo sin cesar, interminablemente y con demasiada facilidad eso ya está más allá de la patria potestad.»

»¡Por Zeus!, jueces, no le concedáis, después de haber- 11
me readmitido voluntariamente, anulando la decisión del anterior tribunal y retractándose de su cólera, que vuelva a invocar el mismo castigo y recurra a la patria potestad, cuya vigencia ya está pasada y fuera de tiempo y sólo para

él ha perdido su poder por haberla consumido de antemano. Podéis ver seguramente en los otros tribunales, donde los jueces son designados por la suerte, que si alguien cree que el veredicto es injusto, la ley le permite recurrir a otro tribunal. Pero cuando la gente se pone de acuerdo voluntariamente en nombrar jueces y una vez elegidos les conceden el arbitraje, eso no se permite. Porque si uno elige voluntariamente a quienes ni siquiera tenía por qué consultar, debe conformarse con sus decisiones. Ese es precisamente tu caso, que no teniendo por qué readmitir a un hijo si te parecía indigno de la familia, desde el momento en que lo aceptaste de nuevo porque pensabas que era bueno, ya no podrás volver a desheredarlo, puesto que tú mismo has dado testimonio de que no merece recibir de nuevo este trato y has reconocido que es bueno. Conviene por ello que su readmisión sea irrevocable y la reconciliación firme, después de una deliberación tan larga y de dos sesiones de tribunal, uno al principio, cuando me repudiaste, y otro tu propio tribunal, cuando te arrepentiste y anulaste el anterior. Al derogar tu anterior decisión has garantizado tu posterior determinación. Manténte, pues, en tu última sentencia y protege tu propio veredicto. Debes ser un padre, así lo decidiste, es lo que aprobaste y lo que sancionaste.

12 »Ni aun en el caso de que yo no fuera tu propio hijo, sino adoptado, y quisieras desheredarme, pensaría que podías hacerlo, porque lo que en principio podía no haberse hecho, es injusto deshacerlo una vez que se ha producido. Pero con el hijo que ha sido adquirido por naturaleza y luego de nuevo por propia decisión y selección, ¿cómo puede ser razonable expulsarle de nuevo y privarle repetidamente de esta única relación familiar? Si yo acaso fuera tu criado y al principio me hubieras mandado encadenar

creyéndome malo, pero convencido luego de que no había hecho nada injusto me hubieras dejado libre, ¿te sería lícito, cada vez que ocasionalmente te irritaras, devolverme de nuevo a la misma situación de esclavitud? De ninguna manera, pues las leyes disponen que tales pactos sean permanentes y tengan validez en toda circunstancia.

»Aunque podría seguir hablando mucho sobre el hecho 13
de que no tiene potestad para volver a desheredar a quien espontáneamente readmitió después de haberle repudiado, sin embargo, voy a terminar. Pero vosotros considerad ahora qué clase de hombre soy al que intenta desheredar. Y no quiero decir con ello que entonces yo era un don nadie y ahora soy médico, pues mi profesión no me ayudaría en este sentido. Ni que entonces era joven y ahora soy maduro y la edad me da confianza para no equivocarme, porque tal vez este extremo tiene poca importancia también. Pero en aquella época, aunque no había recibido ofensa alguna de mí, como podría garantizar, tampoco le había hecho ningún favor cuando me expulsó de la casa. Sin embargo, recientemente me he convertidò en su salvador y bienhechor. ¿Puede haber mayor prueba de ingratitud? Después de haberse salvado gracias a mí y haber escapado a tan gran peligro, ahora me recompensa con esta salida, sin tener cuenta alguna de aquella curación; tan fácilmente se ha olvidado de ella y trata de mandar al destierro a un hombre que podría alegrarse justamente de los males por los que injustamente había sido expulsado y no sólo no le guardó rencor sino que le salvó la vida y le saneó la mente.

»Porque no es pequeño ni un favor al azar el que le 14
hice, señores del jurado, a pesar de lo cual me considera digno de este trato. Pero aunque él ignore lo que entonces ocurrió, todos vosotros sabéis lo que hizo, lo que le pasó

y en qué situación se encontraba cuando me hice cargo de él, cuando los otros médicos lo habían desahuciado, las personas de la familia habían huido de él y ni siquiera se atrevían a acercarse. Yo le puse como véis, hasta el punto que puede presentar acusaciones y discutir de leyes. Precisamente puedes verte en un espejo, padre: yo me hice cargo de ti cuando estabas más o menos como ahora tu mujer y te devolví tu anterior sensatez. No es justo por ello que yo reciba parecida recompensa por mi labor, ni que te comportes sensatamente sólo contra mí. Porque es evidente por tu propia acusación que te hice un gran favor y me odias porque no curo a tu mujer que está en las últimas y en pésima situación. Puesto que yo te libré de parecida situación, ¿por qué no te muestras mucho más afectuoso y me expresas tu agradecimiento por haberte liberado de males tan terribles? En vez de ello tú, y esto es lo más ingrato, tan pronto como recuperaste la sensatez me traes ante los tribunales, y después de salvar tu vida tratas de castigarme, volviendo a tu antiguo odio y citando la misma ley. ¡Buen salario en verdad el que pagas a mi arte y dignas recompensas por las medicinas, al emplear tu salud sólo para atacar al médico!

15 »Y vosotros, miembros del jurado, ¿váis a permitir a éste que castigue a su bienhechor, que expulse a su salvador, que odie a quien lo asesó y que se vengue del que lo resucitó? No lo haréis si obráis en justicia. Porque aun en el caso de que yo fuera culpable ahora de los mayores delitos, tenía conmigo una gran deuda previa de gratitud, en consideración a la cual y acordándose de ella haría él bien en ignorar el presente y tener dispuesto el perdón en atención al pasado, especialmente si el favor es tan importante que supera con mucho todo lo posterior. Esta es en mi opinión precisamente mi relación con él, puesto que

le salvé, me debe su vida entera, a quien le he dado la existencia, la sensatez y la inteligencia, y ello sobre todo en un momento en que todos los otros lo habían desahuciado y reconocían que la enfermedad había podido con ellos.

»En mi opinión, mi favor es más grande porque enton- 16
ces no era su hijo ni estaba obligado a hacerme cargo de su curación, sino que yo era libre e independiente, ajeno a la responsabilidad impuesta por la naturaleza. A pesar de ello no me mostré indiferente, sino que acudí de modo voluntario, sin que me llamaran, por mi propia iniciativa; le asistí, le prodigué mis atenciones, le di un tratamiento, lo hice incorporarse, mantuve a mi padre para mí, me defendí personalmente del desheredamiento, calmé su ira con mi afecto, anulé la ley con mi cariño y pagué con un gran favor mi regreso a la familia, demostrando mi lealtad a mi padre en una crisis tan grave, me hice adoptar con la ayuda de mi ciencia y me mostré como un hijo legítimo en un momento de gran peligro.

»Porque, ¿cuántos sufrimientos imagináis que padecí, cuántos esfuerzos con mi presencia, estando a su servicio, esperando la oportunidad, cediendo unas veces a la fuerza de la enfermedad y otras aplicando mi ciencia cuando cedía un poco el mal? Porque de todos estos deberes inherentes a la profesión médica el más peligroso es el de tratar a tales pacientes y estar en contacto con personas que se encuentran en estas condiciones, pues con frecuencia sueltan su rabia con los que tienen cerca, cuando se encona su dolencia. A pesar de ello yo no vacilé ante ninguno de estos factores ni me acobardé, sino que en continuo contacto y luchando por todos los medios con la enfermedad, al final la vencí con mi medicamento.

17 »Y no vaya a resultar que alguien, nada más oír estas palabras, advierta: «¿Y cuánto o qué clase de esfuerzo requiere dar una medicina?», pues muchos trabajos se necesitan previamente: hay que preparar el camino para la pócima, facilitar el cuerpo para la curación, preocuparse de la situación general del paciente, purgándole y mitigándole, dándole los alimentos convenientes y moviéndole cuanto sea útil, proporcionándole sueño y aislamiento, a lo que podrían ser fácilmente persuadidas personas con otras enfermedades, pero los locos a causa de su independencia de espíritu son difíciles de manejar y de llevar, son peligrosos para el médico y malos de abordar para el tratamiento. De hecho, cuando creemos con frecuencia estar cerca del desenlace y tenemos esperanzas, se presenta de repente cualquier fallo trivial con un recrudecimiento de la enfermedad que lo echa todo abajo, estorba la curación y frustra nuestra ciencia.

18 »Pues bien, cuando un hombre ha soportado todas estas fatigas y ha luchado a brazo partido con una enfermedad tan grave, y ha superado la más difícil de vencer de todas las enfermedades, ¿váis a permitirle a éste que lo desherede de nuevo, que interprete a su antojo las leyes contra su bienhechor, y váis a tolerar que se enfrente a la naturaleza?

»Por mi parte, señores del jurado, obedeciendo a la naturaleza, salvo y mantengo por mi propia cuenta a mi padre aunque se porte mal conmigo. Él, en cambio, siguiendo, según dice, a las leyes trata de destruir y privar de su familia al hijo que le está favoreciendo. Él es enemigo de su hijo, yo amante de mi padre. Yo abrazo a la naturaleza, él desatiende e insulta sus justas exigencias. ¡Ay de un padre que odia injustamente! ¡Ay de un hijo que ama más injustamente! Porque yo me acuso a mí mismo, obli-

gado por mi padre, de que yo soy odiado, le quiero sin deber hacerlo y le quiero más de lo conveniente, aunque la naturaleza impone a los padres amar a sus hijos más que a los hijos amar a sus padres. A pesar de ello, él espontáneamente desprecia también las leyes, que preservan para la familia a los hijos que no cometen injusticias, y a la naturaleza, que arrastra a los padres a un gran afecto hacia sus hijos. Ya no se trata de que teniendo mayores motivos de benevolencia hacia mí me recompense y me sobrepremie con mayores pruebas de benevolencia, o que al menos me imite y rivalice conmigo en afecto, sino que para mi desgracia encima odia a quien le aprecia y trata de echar a quien le estima, trata mal al que le favorece y repudia a quien le abraza, y aunque las leyes favorecen a los hijos las emplea contra mí como si los odiaran. ¡Ay, padre, qué combate tratas de entablar entre las leyes y la naturaleza!

»Las cosas no son así, no son como tú deseas. Inter- 19
pretas mal, padre, leyes que están bien hechas. La naturaleza y la ley no están en lucha en materia de bondad, sino que se acompañan mutuamente y contribuyen a la supresión de las injusticias. Insultas a tu bienhechor, maltratas a la naturaleza. ¿Por qué ofendes al mismo tiempo a las leyes y a la naturaleza? Ambas quieren ser buenas, justas y favorables a los hijos, pero tú no las dejas, incitándolas repetidamente contra un único hijo como si fuera contra muchos y no permites que se mantengan tranquilas en los castigos las que así quieren mantenerse en las manifestaciones de afecto de los hijos hacia sus padres, y de hecho ni siquiera están promulgadas contra los que no han hecho nada malo. Eso sí, las leyes permiten querellarse por ingratitud contra los que no corresponden a los favores

recibidos [3]. Pero cuando un individuo, encima de no corresponder pretende castigar por los beneficios que recibió, considerad si le ha faltado cometer algún abuso de injusticia.

»Ya está bastante demostrado en mi opinión que ya no puede volver a desheredar a su hijo, una vez que ha satisfecho su patria potestad y ha hecho uso de las leyes, ni es justo volver a echar a quien se mostró tan gran benefac-
20 tor y expulsarle de la casa. Volvamos ahora al motivo mismo del desheredamiento y veamos cuál es la naturaleza del cargo. Es necesario recurrir una vez más al espíritu del legislador. Supongamos que te concedemos por poco tiempo el derecho a desheredar todas las veces que quieras y que te permitimos ejercer este derecho contra tu benefactor. Aún así no lo desheredarás por las buenas o por cualquier motivo. Ni es esto tampoco lo que dice el legislador, que el padre pueda desheredar por cualquier razón que se le ocurra alegar y que le baste sólo con quererlo y recriminarlo. Porque en ese caso, ¿qué necesidad habría de un tribunal? Más bien esto os lo confía a vosotros, señores del jurado, el examinar si el padre está irritado por razones grandes y justas o no. Es lo que ahora vosotros debéis tener en consideración. Voy a empezar por lo que ocurrió inmediatamente después de su locura.

21 »El primer acto de su sensatez fue la anulación del desheredamiento. Yo era un salvador, un bienhechor y lo era

[3] La ley que convierte la ingratitud *(acharistía)* en materia querellable formaba parte de la tradición aceptada de las escuelas retóricas griegas. El nombre de esta acción judicial está incluido en la lista que da PÓLUX (VIII 31) y confirma VALERIO MÁXIMO (V 3). Por su parte, JENOFONTE pone en boca de Sócrates *(Mem.* II 2, 13) la afirmación de que Atenas sólo reconocía la ingratitud hacia los padres para castigarla.

todo. No podía haber ninguna acusación en todo ello, me parece. Y en lo que vino a continuación, ¿qué tienes que censurarme en todo ello? ¿Qué cuidado, qué atención propia de un hijo pasé por alto? ¿Cuándo dormí fuera de casa? ¿De qué bebidas inoportunas, de qué juergas puedes acusarme? ¿Qué vida de crápula hice? ¿Cuándo fui de putas? ¿Quién me acusó? Nadie. Y, sin embargo, estos son los cargos por los que especialmente la ley permite desheredar.»

«No, pero tu madrastra empezó a enfermar.» ¿Y qué? 22
¿O es que también me acusas de ello y me demandas por enfermedad? «No», dice. Entonces, ¿qué pasa? «Es que recibiste orden de curarla y no consentiste; por ello serías merecedor de repudio, por desobedecer a tu padre.» Voy a pasar por alto de momento la cuestión de la clase de órdenes de su parte que, por no poder cumplirlas, pensó que yo le desobedecía. Diré simplemente, en primer lugar, que ni la ley le permite ordenarlo todo ni yo estoy obligado a cumplir todas sus órdenes en todas las circunstancias. En materia de órdenes paternas, unas son impecables y otras merecen ira y castigo. Si tú mismo enfermas y yo me desentiendo; si me ordenas cuidar de la casa y yo no me preocupo; si tú me mandas vigilar la finca y yo me muestro remiso, todas estas actitudes y otras parecidas, proporcionan motivos razonables para las censuras paternas. Pero las otras dependen de nosotros, los hijos, son propias de la profesión y del ejercicio de la misma, sobre todo si el propio padre no es víctima personal de una ofensa. Porque si el padre de un pintor le dice a su hijo: «hijo mío, pinta esto, no pintes aquello», y el padre al músico: «toca esta tonada, no toques esta otra», y el padre al broncista: «forja así, no forjes asá», ¿permitiría alguien que deheredara a su hijo porque no ejercitara su arte de acuer-

do con la voluntad de su padre? Yo creo que nadie lo permitiría.

23 »En el caso de la profesión médica, por cuanto es más honorable y más útil para las personas, tanto más conviene que sea independiente para quienes la ejercen y es justo que el arte de la medicina tenga algún privilegio en la libertad de ejercicio, que no haya coacción ninguna ni órdenes en una actividad sagrada, enseñada por los dioses y ejercitada por hombres sabios; que no esté sometida a servidumbres legales, ni al voto o castigo de un tribunal, ni al miedo o las amenazas de un padre o las iras de personas inexpertas. En consecuencia, aunque yo te hubiera dicho con toda claridad y expresamente: «No quiero darte un tratamiento y no te lo doy pudiendo hacerlo; mis conocimientos médicos son sólo para mí y para mi padre, y para todos los otros quiero ser un profano», ¿qué tirano habría tan violento que pudiera obligarme incluso contra mi voluntad al ejercicio de mi profesión? Porque tales actividades deben tratarse en mi opinión con súplicas y ruegos, no con leyes, amenazas o tribunales. Hay que convencer al médico, no darle órdenes, debe desearlo, no temerlo. Debe ir a la cabecera del enfermo contento, por su propia voluntad, no arrastrado. Su profesión está libre de la obligación paterna, teniendo en cuenta que a los médicos les conceden públicamente las ciudades honores, privilegios, inmunidades y prerrogativas.

24 »Esta es la defensa que yo habría hecho escuetamente de mi profesión aunque tú me hubieras dado la carrera, hubieras puesto mucho interés y hecho muchos gastos para que yo aprendiera y me hubiera opuesto a hacerme cargo de esta sola curación a pesar de todo, que para mí era posible. Pero, tal como están las cosas ahora, piensa de qué modo tan absurdo procedes al no permitirme disponer con

libertad de mi preparación. Yo conseguí aprender esta ciencia sin ser hijo tuyo ni estar sometido a tu patria potestad, a pesar de lo cual la aprendí para ti —y tú fuiste el primero que te aprovechaste de ella— aunque no tuve ninguna ayuda de ti para aprenderla. ¿Qué profesor me pagaste? ¿Qué botiquín de medicinas me proporcionaste? Ninguno. Pero yo, pobre como era, carente de lo más necesario, compadecido por mis maestros iba aprendiendo por mi cuenta y los subsidios que me daba mi padre para aprender eran tales como la pena, la soledad, la pobreza, el odio de mis familiares y la aversión de mis parientes. A cambio de ello, ¿tú te crees con derecho a utilizar mi profesión y a disponer de lo que yo me proporcioné cuando tú no eras mi amo? Ya puedes estar contento si antes te hice voluntariamente un favor sin deberte nada, cuando no podías pretender de mí ningún motivo de agradecimiento.

»Mi acto de benevolencia no debe convertirse para mí 25
en obligación para el futuro ni el haber sido voluntariamente un bienhechor puede ser un motivo para que se me obligue a hacerlo contra mi voluntad, ni puede convertirse en una costumbre que quien ha curado a alguien una vez tenga que curar a todos cuantos desee el que ha recibido la curación, pues de esta manera habríamos elegido a nuestros pacientes como amos contra nosotros, pagándoles encima como sueldo nuestra esclavitud a ellos y ejecutando todas sus órdenes. ¿Puede haber algo más injusto que esto? Por haberte devuelto la salud cuando estabas tan gravemente enfermo, ¿crees que puedes abusar de mi profesión?

»Esto es lo que yo habría podido decir si lo que me 26
mandaba fuera posible de hacer y yo no le hubiera atendido absolutamente en todo y bajo coacción. Pero tal como están las cosas, considerad cuáles son sus órdenes: «Puesto

que me curaste a mí», dice, «cuando estaba loco, y mi mujer también está loca y tiene los mismos síntomas» (eso se imagina él) «y ha sido desahuciada por los otros médicos por el mismo procedimiento, como tú puedes hacerlo todo como demostraste, cúrala también a ella y líbrala de su enfermedad». Esto, por una parte tan simple de oír, podría parecer razonable, sobre todo a un profano que no entiende de medicina. Pero si estáis dispuestos a oír mi alegato en defensa de mi profesión, descubriréis que ni todo es posible para nosotros los médicos ni las naturalezas de las enfermedades son las mismas, ni la curación es idéntica ni las mismas medicinas son efectivas en todos los casos; entonces se pondrá en evidencia que hay una gran diferencia entre no querer hacer una cosa y no poder hacerla. Permitidme que me extienda en un discurso científico sobre tales materias y no consideréis de mal gusto ni fuera de lugar o inoportuno mi disquisición sobre este tema.

27 »En primer lugar, las naturalezas y temperamentos de los cuerpos humanos no son los mismos, aunque haya acuerdo en que están compuestos de elementos muy parecidos, pero unos contienen mayor parte de éstos y otros tal vez menos. Y digo esto también a propósito de los cuerpos de los varones, que ni siquiera éstos son todos iguales o parecidos ni por su temperamento ni por su constitución. Así, es preciso que las enfermedades que se producen en ellos sean diferentes en cuanto a intensidad y clase, que unos cuerpos sean de fácil curación y abiertos al tratamiento, mientras que otros son completamente desesperados, fácilmente atacables y los domina la intensidad de las enfermedades. Por ello, creer que toda fiebre, todo agotamiento o inflamación de los pulmones o una locura, si es de la misma clase, son iguales en todos los cuerpos, no es propio de personas sensatas, que hayan estudiado e in-

vestigado tales materias, sino que la misma enfermedad en uno se cura fácilmente y en otro no. Yo creo que es como si siembras el mismo trigo en distintos campos: por una parte en tierra llana, profunda, regada, abrigada, con buen viento, bien trabajada crecerá en mi opinión abundante, bien desarrollado, con mucho fruto; por otra parte, en el monte, con suelo rocoso y poco profundo; por otra parte en tierra sin sol, al pie de una colina, en pocas palabras, de modo distinto según los diversos terrenos. Así también las enfermedades son prolíficas y se desarrollan fácilmente o se consumen en función de los lugares que las reciben. Mi padre omitió este aspecto, lo dejó todo sin investigar y por ello pretende que toda locura es la misma en todos los cuerpos y el tratamiento es idéntico.

»Además de todas estas importantes diferencias existen- 28
tes, es fácil advertir que los cuerpos femeninos son muy distintos de los de los hombres, tanto en lo que se refiere a las diferencias de sus enfermedades como a las esperanzas de curación o su desesperanza. Porque los cuerpos de los varones son macizos, nervudos, puesto que han sido entrenados mediante trabajos, ejercicios y un régimen de vida al aire libre; los de las mujeres en cambio son flojos y deslavazados, criados a la sombra, blancos por falta de sangre y ausencia de sol, además de un exceso de humedad. Por ello están más expuestos que los de los varones y, más propicios a las enfermedades, no aguantan el tratamiento médico, y, sobre todo, tienen mayor tendencia a los ataques de locura. Porque teniendo en cuenta que las mujeres tienen un temperamento muy irascible, muy frívolo e inestable, y por otra parte poca fuerza física, caen fácilmente en esta enfermedad.

»No es justo por ello reclamar a los médicos un mismo 29
tratamiento para ambos, porque ellos saben que hay una

gran diferencia entre unos y otros, separados como están desde el primer momento por todo un sistema de vida, por todas sus actividades y todas sus aficiones. Y así, cuando tú digas que se trata de un caso de locura, debes añadir también que es una mujer la que está loca y no confundirlo todo reuniéndolo con el único nombre de locura aunque parezca una misma cosa, sino separándolo, como ocurre en la naturaleza y estudia lo que puede hacerse en cada caso. Porque también nosotros, como recordaba al principio de mi disquisición, es lo primero que tomamos en consideración, la naturaleza y temperamento del cuerpo del paciente, cuál es su cualidad predominante, si es más caliente o más frío, si es vigoroso o senil, si es alto o bajo, gordo o flaco, y todos los factores de este tipo. En pocas palabras, si se hace toda esta exploración previa, será totalmente digno de confianza, tanto si niega que haya esperanzas como si promete alguna solución.

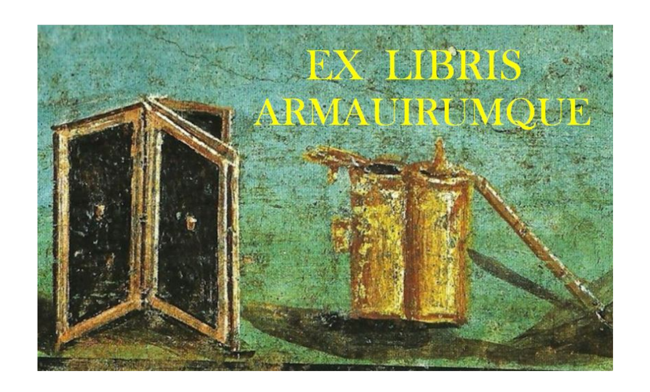
30 »Porque desde luego, de la locura misma hay innumerables variedades y su etiología es múltiple y ni siquiera las denominaciones son las mismas: porque no es lo mismo la paranoia que la extravagancia, el delirio o la insania, sino que todo ello son nombres de una mayor o menor intensidad de la enfermedad. A su vez, las causas son distintas para los hombres y para las mujeres, y de los mismos hombres, son de una clase para los jóvenes y otras diferentes para las personas de edad. Por ejemplo, en los jóvenes por lo general es la plenitud excesiva, mientras que en el caso de los ancianos hay una aversión intempestiva y con frecuencia un odio irracional contra la familia, que les ataca, altera primero su ánimo y luego poco a poco se convierte en locura. A las mujeres les afectan en cambio muchos factores, que fácilmente las llevan a la locura, sobre todo un odio excesivo contra alguien, o la envidia con-

tra un enemigo afortunado, o alguna pena o irritación. Estos sentimientos van prendiendo lentamente, adquieren fuerza al cabo de un largo tiempo y terminan en locura.

»Esto es lo que le ocurrió a tu mujer, padre, y tal vez 31
recientemente algo la ha apesadumbrado, porque ella desde luego no odia a nadie. En cualquier caso, está afectada, y en estas circunstancias ningún médico podría curarla. De modo que si algún otro se comprometiera a hacerlo, si alguien consigue liberarla, podrás entonces odiarme por haberte ofendido. Es más, padre, no me molestaría incluso decir que aunque su caso no fuera tan totalmente desesperado y brillara todavía alguna esperanza de salvación, ni aún así me pondría fácilmente en contacto con ella ni me atrevería sin más a administrarle un medicamento, por miedo a la mala suerte y a que el vulgo me difamara. Tú sabes perfectamente que todos piensan que todas las madrastras odian a sus hijastros, por buenas que sean, y que en este sentido ellas padecen en común esta especie de locura femenina. Alguien podría sospechar, si el mal va a peor y la medicina no produce efecto, que el tratamiento ha sido malicioso y traicionero.

»Esta es la situación de tu mujer, padre, y después de 32
una muy cuidadosa observación te digo que nunca estará mejor, aunque beba un millón de medicinas. Por ello no merece la pena intentarlo, a no ser que me estés apremiando únicamente para que fracase en el intento y quieras empujarme a la mala fama. ¡Deja que me sigan envidiando mis colegas médicos! Pero si me desheredas de nuevo, aunque yo me quede totalmente abandonado por todos, no pediré que ninguna adversidad caiga contra ti. ¿Pero qué ocurriría, ¡cosa que ojalá nunca se presente!, si tu enfermedad te afectara de nuevo? Porque tales dolencias suelen recurrir en caso de irritación. ¿Qué tendré que hacer

yo entonces? Yo te atenderé siempre, puedes estar seguro, y nunca abandonaré el puesto que la naturaleza asignó a los hijos, ni olvidaré nunca mi origen en la medida en que de mí dependa. Y luego, cuando hayas recobrado la razón, ¿tengo que confiar en que algún día me volverás a admitir? ¿Ves? Ya al comportarte así estás atrayendo la enfermedad y evocando tu dolencia. Cuando no has hecho más que reponerte muy recientemente de tan terrible enfermedad, ya estás en tensión y gritas, y, lo que es peor, estás irritado, te entregas al odio e invocas las leyes. ¡Ay, padre! tales fueron también los preludios de tu anterior locura.



55

SOBRE LA MUERTE DE PEREGRINO

Es el relato de la vida y muerte de un filósofo cínico que se pasó por algún tiempo al cristianismo en su juventud y fue practicante, hasta el punto de que lo encarcelaron durante un gobierno muy tolerante; después de volver al cinismo se enamoró en su vejez hasta tal extremo de las creencias de la India, que se inmoló por cremación en Olimpia, inmediatamente después de los Juegos Olímpicos del año 165, como había hecho Cálano en Susa en presencia de Alejandro Magno y Zarmaro en Atenas después de ser iniciado en los misterios, ante Augusto.

La obra fue escrita no mucho después del suceso, del que Luciano fue testigo, tal vez a continuación de *Fugitivos*. Hay indudables semejanzas entre *Peregrino* y *Alejandro;* más que proximidad de fecha, ello muestra que Luciano utilizaba métodos parecidos para víctimas parecidas.

Aunque no es una obra maestra de invectiva, como *El falso razonador,* ni muestra el resentimiento personal del *Alejandro,* probablemente ha causado mayor impresión que ninguna otra obra suya, especialmente por su famosa discusión sobre el cristianismo, que nos permite contrastar las observaciones de Luciano con los abundantes testimonios de sus contemporáneos.

La obra está dirigida a un tal Cronio, al que trata como viejo amigo, capaz de compartir una broma a propósito de un charlatán cuyos trucos estarían viendo ambos. El efecto es llevar a los

futuros lectores de Luciano a un círculo interior de cordura, que excluye a criaturas «patéticas» o «descarriadas» como Peregrino, sus seguidores cínicos y los cristianos *(Per.* 1-3).

Aunque convierte en tema principal de su historia lo que ocurrió en Olimpia, describe incidentalmente la vida anterior de Peregrino, en un discurso atribuido por Luciano a alguien cuyo nombre no conocía, pero que era evidentemente el propio Luciano.

Luciano cree que está descubriendo a un impostor, cuyo afán no buscaba en absoluto la verdad, sino únicamente el aplauso y la fama. Pero muchos notables críticos modernos, entre ellos Zeller y Wilamowitz disienten de esta interpretación, distinguiendo en Peregrino un fervoroso buscador de la verdad, porque para ellos la sed de gloria no es una explicación adecuada de su acto final. Hay escritores griegos que reconocen este objetivo como posible explicación de la conducta de Cálano y Zarmaro. En nuestro caso, Luciano no sólo conocía al hombre, sino a otros que también lo conocían, por ejemplo Demonacte. Seguramente la interpretación que da no es la única. Tal vez no esté tan equivocado. Desde luego aquí hay auténticos rasgos distintivos, como el intento de Proteo (Peregrino) de recuperar la herencia a la que había renunciado para dársela a su ciudad natal, lo que hace imposible ver en él al hombre «serio y constante» que Aulo Gelio veía.

Después de un sumario rápido, empieza una larga narración. Luciano ha llegado a Élide y permite que un cínico llamado Teágenes hable en su nombre. En el relato se entera con sorpresa, por un vecino en la multitud, que Peregrino se propone cremarse, plan que había anunciado en una obra publicada después de la última Olimpíada, de modo que el suceso no podía haber cogido a Luciano por sorpresa. En Olimpia Luciano oye con indiferencia a Proteo (Peregrino) contando su vida pasada e invitando a la gente a ser testigos de su muerte. Esta indiferencia se cruza con una descripción detallada de esta muerte, contradicción que resuelve alegando que no puede abandonar Olimpia por falta de vehículo.

Luciano es el único testimonio de una buena parte de la trayectoria de Peregrino. Algunas de las acusaciones que lanza contra él son tan trilladas que parece que están pensadas para provocar más diversión que indignación. Se puede suponer que se mezclan ficción y realidad y que ésta es mayor cuando no está en juego el propio Peregrino.

Luciano se interesa por los cristianos principalmente como las víctimas inocentonas de Peregrino. Su conocimiento, a pesar de ser adquirido, es en algunos puntos sorprendentemente exacto. Tenía noticias de Jesús de Nazaret y de su crucifixión, del amor fraterno de los cristianos y de la importancia de sus «libros sagrados». Lo que dice de la ayuda manifiesta que prestaban a sus hermanos encarcelados y la de la comunicación entre las iglesias de Asia y Siria está ilustrado exactamente por textos como las *Cartas* de San Ignacio y las *Actas* de los mártires de Lyon. El detalle de que a Peregrino se le dé el título de «nuevo Sócrates» es especialmente llamativo, pues aunque se ha creído que era un simple cliché, debe más bien equipararse a los pasajes de los apologistas en los que la muerte de Sócrates prefigura la persecución de Jesús y de sus discípulos. Sin embargo, Luciano ve el cristianismo con ojos griegos y tiene algunos conceptos equivocados: el fundador introdujo una «nueva forma de iniciación» y Peregrino no es simplemente un «profeta» sino un «tiasarca» y «convocante», títulos que no existen en el cristianismo primitivo. En esta obra y en el *Alejandro,* que también menciona a los cristianos, es mucho menos hostil a su credo que alguno de sus contemporáneos, como Frontón, y su información es relativamente completa.

La autoinmolación de Peregrino, anunciada ya en los Juegos Olímpicos del 161, es el centro del ensayo de Luciano. Todo el arte satírico del autor se emplea para reducir el hecho a simple bufonada y aquí es muy difícil separar realidad y ficción. Según Luciano, la motivación de Peregrino era enseñar a los hombres a «despreciar la muerte y ser constante en los infortunios», invocando a Heracles, héroe de los cínicos, como modelo y guía. Esto concuerda con la bien conocida doctrina cínica, especialmente

la versión refinada que había dado de ella Epicteto una generación antes, y el suicidio en tiempos antiguos estaba sancionado por ejemplos tales como el de Diógenes.

Hay también indicios de que Peregrino intentó algo más ambicioso, la fundación de un nuevo culto. El nombre de Proteo, adoptado el 161, tiene varias connotaciones. La transformación en fuego y el poder de la profecía eran conocidos por cualquier lector de Homero, pero Proteo había llegado a ser considerado como un dios o *daímōn*. El nombre Fénix también es elocuente, puesto que evocaba no sólo la sabiduría india, sino también la destrucción por el fuego y la regeneración mística.

Al poner la muerte de Peregrino como tema de su sátira, Luciano no está simplemente haciendo destacar un divertido detalle de noticias. Su panfleto más bien parece pertenecer a un completo debate de su época, como el *Alejandro,* aunque los otros participantes puedan ser oídos ahora tan sólo parcialmente. La iniciativa la dieron probablemente los propios escritos del protagonista. Luciano le adjudica en su fase cínica dos discursos o folletos, el primero de los cuales es una defensa o apología de su conducta ante la siguiente Olimpíada, y las cartas abiertas enviadas justo antes de su muerte. Una lista de libros del s. III nos daría una referencia precisa a *Apologías* de Peregrino, aunque podrían haber sido escritas en su defensa por otros. Más tarde, en el mismo siglo, su *Elogio de la pobreza* fue bastante conocido para ser recomendado por Menandro el Rétor. Teágenes se convirtió más tarde en un predicador famoso en Roma y Galeno conserva un curioso relato de su muerte, con la que habría extendido el evangelio de su maestro.

Las alusiones contemporáneas a Peregrino casi siempre tienen tono combativo, como si sus autores estuvieran afectados por un tópico muy sensible. Frente a la opinión de Aulo Gelio, que oyó a Peregrino en Atenas y lo llama «hombre serio y valiente», Pausanias en su descripción de Olimpia habla de un vencedor que se quemó vivo y comenta que tales acciones son más propias de locura que de valor.

Los escritores cristianos tienen sentimientos mezclados sobre Peregrino. Taciano habla de él con aparente respeto, que más bien puede interpretarse como impresión de persona parásita e hipócrita. Atenágoras habla en términos neutrales sobre su estatua en Parion y el mismo tono tienen cristianos como Eusebio. A finales de la Antigüedad pagana, Amiano Marcelino comenta que Simónides, un filósofo condenado a la hoguera por practicar la *teurgia*, se había inspirado en el ejemplo de Peregrino.

El relato de Luciano sobre Peregrino da la impresión de menor ferocidad que sus ataques a enemigos personales como *El falso razonador* y el *Alejandro*. El tono comparativamente imparcial de Luciano y la malicia evidente de alguna de las acusaciones no convierten a su panfleto en algo literario o escolástico. Peregrino no era una figura menor a la que Luciano sacara de la oscuridad para convertirlo en blanco de una burla erudita, sino un cínico de cuyas pretensiones políticas, filosóficas y religiosas debía opinar cualquier persona culta.

Luciano a Cronio, ¡Salud! [1].

Al desdichado Peregrino, o, como al mismo le agrada- 1
ba llamarse, Proteo, le ocurrió exactamente lo mismo que al Proteo [2] homérico; después de convertirse en todo por afán de gloria, y de adoptar innumerables formas, al final también se ha convertido en fuego; hasta tal punto le poseía la pasión por la fama.

Y ahora ahí tienes a este hombre excelente reducido a carbonilla, como Empédocles [3], con la única diferencia de que éste intentó pasar desapercibido cuando se precipi-

---

[1] Fórmula de saludo muy corriente en las cartas de Platón.

[2] Cf. *Odisea* IV 418.

[3] Filósofo presocrático que murió arrojándose al Etna, según la tradición.

tó en el cráter, mientras que aquel noble varón estuvo pendiente de la concentración más numerosa de Grecia, levantó una pira enorme y se lanzó sobre ella en presencia de muchísimos testigos, después de pronunciar ante los griegos un discurso defendiendo esta decisión pocos días antes de su hazaña.

2 Sí, ya me parece verte reír a carcajadas por la estupidez del viejo, y más aún oírte lanzar las exclamaciones lógicas del caso, como «¡Qué insensatez! ¡Qué arrogancia!» y otros comentarios que solemos expresar ante actos parecidos. Pero tú lo dices de lejos y en un lugar muy seguro, mientras que yo lo comento junto a la pira misma y ante una gran multitud de espectadores, algunos de los cuales estaban molestos, en especial los que se asombraron ante la locura del viejo, aunque también había algunos que se burlaban de él. Lo cierto es que yo estuve a punto de ser despedazado por los cínicos, como le pasó a Acteón con los perros y a su primo Penteo con las Ménades [4].

3 Tal fue todo el preparativo de la representación. Al poeta ya lo conoces, sabes cómo era y cómo estuvo representando a lo largo de toda su vida un drama superior a los de Sófocles y Esquilo. En lo que a mí se refiere, tan pronto como hube llegado a Élide, mientras paseaba por el gimnasio oí a un cínico que proclamaba a voz en grito sus preceptos habituales, invocaba la virtud de la calle y, en una palabra, despotricaba contra todo el mundo; al final sus voces se dirigieron a Proteo. Voy a tratar de hacer memoria de todo lo que dijo, en lo que pueda, aunque, sin duda, tú ya lo conocerás porque muchas veces te has encontrado con tales voceros.

---

[4] Acteón fue devorado por su propia jauría. A Penteo lo descuartizaron vivo las Ménades.

«¿Hay quien se atreva a afirmar» —decía— «que Proteo 4
es un fatuo, ¡oh tierra, oh sol, oh ríos, oh mar, oh antepasado Heracles! Proteo, que fue detenido en Siria, que entregó a su patria 5.000 talentos, que fue expulsado de la ciudad de Roma, él, que es más famoso que el Sol y que puede competir con el mismísimo Olímpico? Y porque decidió abandonar la vida por medio del fuego, algunos lo atribuyeron a fatuidad. Porque ¿no hizo Heracles [5] lo mismo? ¿No lo hicieron también Asclepio y Dioniso con el rayo? ¿No fue, en último término lo que hizo Empédocles en un volcán?»

Después de expresarse de esta manera Teágenes —por- 5
que así se llamaba aquel vocinglero—, pregunté a uno de los espectadores qué significaba aquello del fuego y qué relación tenían Heracles y Empédocles con Proteo. Y él me contestó: «Es que dentro de poco Proteo se va a tirar a una hoguera en Olimpia». «¿Cómo? —pregunto yo— ¿Por qué motivo?», y ya se disponía a decírmelo, pero el cínico seguía gritando tan fuerte que era imposible oír a otra persona, de modo que tuve que escuchar el resto de su chorro de palabras y las maravillosas exageraciones que contaba sobre Proteo. Ya no le consideraba digno de comparación ni siquiera con el de Sínope [6] o con su maestro Antístenes, ni con el propio Sócrates, sino que invocaba para la comparación, al mismísimo Zeus. Sin embargo, al final decidió mantenerlos más o menos en un plano de igualdad y
terminó así su discurso: «La vida humana —decía— ha 6
contemplado únicamente dos obras perfectas, el Zeus de Olimpia y Proteo; sus autores y modeladores han sido, del primero Fidias y, del segundo, la naturaleza. Pero ahora

[5] Heracles es el héroe de los cínicos.

[6] Diógenes, fundador de la escuela cínica. Antístenes es un precursor.

esta maravilla se marchará de los hombres a los dioses sobre el fuego y nos dejará huérfanos».

Después de decir esto, con muchos sudores se puso a llorar de modo muy ridículo y se tiraba de los pelos, con mucho cuidado de no tirar demasiado fuerte, y al final se lo llevaron deshecho en lágrimas unos cínicos que trataban de consolarle.

7 Inmediatamente después subió a la tribuna otra persona sin esperar a que se disolviera la multitud, sino que vertió las libaciones sobre las cenizas del anterior sacrificio. Al principio se estuvo riendo durante largo rato, y era evidente que obraba así de corazón; luego empezó con estas palabras más o menos: «Puesto que el maldito Teágenes puso fin a su desvergonzadísimo discurso con las lágrimas de Heráclito, yo, por el contrario empezaré con la risa de Demócrito [7]». Y volvió a reír largo rato, de modo que nos contagió también a muchos de nosotros.

8 Después, cambiando de tono, continuó diciendo «Porque ¿qué otra cosa hay que hacer, amigos, al oír argumentos tan ridículos y ver que unos hombres ancianos, por una fama ridícula están poco menos que contorsionándose en público? Para que veáis qué clase de maravilla es lo que se va a quemar, prestad atención desde el principio, a quien como yo estudió su pensamiento y siguió de cerca su evolución. Una parte de mi información la conseguí de sus propios paisanos y de personas que tenían que conocerle muy bien.

9 »Porque esa formación de la naturaleza, esa obra maestra, canon de Policleto, tan pronto se vio entre hombres hechos, fue condenado en Armenia por adulterio, recibió

---

[7] Según la tradición, Heráclito contemplaba la vida humana con lágrimas, y Demócrito con risas.

por ello una buena cantidad de azotes y al final consiguió escapar saltando desde un tejado, no sin que antes le metieran un rábano en el trasero [8]. Más tarde sedujo a un bello muchacho y pudo comprarlo al precio de 3.000 dracmas para que los padres del mozo, que eran muy pobres, no le llevaran ante el gobernador de Asia.

»Voy a pasar por alto tales hechos y otros parecidos, 10
porque aún era barro sin formar y todavía no se había convertido en estatua hecha y derecha. Pero sí que merece la pena que oigáis lo que le hizo a su padre. Aunque es seguro que todos los sabéis y habéis oído contar que estranguló al viejo porque no podía seguir soportando su vejez, que se prolongaba ya por encima de los sesenta años [9]. Y cuando lo ocurrido se hizo público, se condenó a sí mismo al destierro, y anduvo errante cambiando de un sitio a otro.

»Fue precisamente entonces cuando conoció la admirable 11
doctrina de los cristianos [10], al encontrarse en Palestina con sus sacerdotes y escribas. Y ¿qué creeis que pasó? En poco tiempo los hizo parecer como niños descubriendo que él era únicamente el profeta, sumo sacerdote, conductor, todo en suma. Interpretaba y explicaba una parte de los libros sagrados, muchos los escribió él mismo. En resumen, lo tenían como a un ser divino [11], lo utilizaban como legislador y le daban el título de jefe. Después, por cierto, de aquel a quien el hombre sigue adorando, que fue crucificado en Palestina por haber introducido esta nueva religión en la vida de los hombres.

---

[8] Cf. ARISTÓFANES, *Pluto* 168, a propósito de este suplicio.

[9] Los sesenta años se consideraban el umbral de la vejez.

[10] Según algunos críticos, el cuadro que traza Luciano de los cristianos no es enteramente falso.

[11] Este pasaje parece alterado.

12 »Detenido por esta acusación, Proteo fue a parar a la cárcel, lo que confirmó su prestigio aún mayor para su vida posterior, con vistas a la fama de milagrero que estaba anhelando. Pues bien, tan pronto como estuvo preso, los cristianos consideraron esto una desgracia y movieron todos sus recursos para conseguir su libertad. Al final, como esto era imposible, tenían al menos con él toda clase de atenciones, no al azar, sino con el mayor interés. Y desde el amanecer se podía ver junto a la cárcel esperando grupos de ancianos, viudas y huérfanos y, hasta los jerarcas cristianos dormían con él en la cárcel después de sobornar a los guardianes. Luego eran introducidos manjares variados, se pronunciaban discursos sagrados y el excelente Peregrino, ya que todavía se llamaba así, era calificado por ellos de nuevo Sócrates [12].

13 »Más aún, hasta desde algunas ciudades de Asia llegaron enviados por las comunidades cristianas para ayudar, defender judicialmente y consolar a nuestro hombre. Y es que se manifiesta un interés increíble cada vez que se hace público un suceso de este tipo. Para decirlo en pocas palabras, renuncian a todo. Y efectivamente, también entonces fue a parar a manos de Peregrino, con el pretexto de su prisión, mucho dinero procedente de esta gente y con ello se consiguió una aportación más importante. Ocurre que los infelices están convencidos de que serán totalmente inmortales, y que vivirán eternamente, por lo que desprecian la muerte e incluso muchos de ellos se entregan a ella voluntariamente [13]. Además, su primer legislador [14] les con-

[12] La comparación con Sócrates es natural ya que en esta época se le empezaba a comparar con Cristo.

[13] Desprecio por la muerte admitido incluso por los enemigos del cristianismo. Cf. JUSTINO, *Apolog.* II 4, 1, y TERTULIANO, *Ad. Scap.* 5.

[14] Cristo como legislador. Cf. MATEO, XXIII 8, y LUCAS, XVI 7.

venció de que todos eran hermanos y así tan pronto como incurren en este delito reniegan de los dioses griegos [15] y en cambio adoran a aquel sofista crucificado y viven de acuerdo con sus preceptos. Por ello desprecian igual todos los bienes que consideran de la comunidad, aunque admiten estos principios sin una total certidumbre, pues si se los presenta un mago cualquiera, un hechicero o un individuo que sepa aprovecharse de las circunstancias, se hace rico en muy poco tiempo y deja con la boca abierta a esos hombres tan simples.

»Lo cierto es que Peregrino fue puesto en libertad por 14
el entonces gobernador de Siria, hombre aficionado a la Filosofía, quien se dio cuenta de la locura de aquél, y viendo que aceptaría la muerte [16] para aceptar póstuma gloria lo soltó sin considerarlo siquiera digno de castigo. Peregrino volvió entonces a su tierra y se encontró con que lo del asesinato de su padre todavía estaba candente y que muchos se mostraban propensos a acusarlo. La mayor parte de su hacienda se había disipado durante su ausencia y sólo le quedaban unos campos cuyo valor era de unos 15 talentos. Porque el total de la herencia que había dejado el viejo estaba valorada en 30 talentos y no como decía el insensato de Teágenes en 5.000. Pues ni siquiera se habría podido vender por tanto dinero la ciudad entera de los parianos incluyendo en ella las cinco ciudades vecinas, con todos sus habitantes, ganados y demás bienes en general.

[15] Es uno de los grandes temas de discusión en la polémica paganismo-cristianismo.

[16] El ansia de morir entrará más tarde también en una parte de los herejes.

15 »El caso es que todavía estaba viva la acusación y la posibilidad de querella y daba la impresión de que en cualquier momento alguien podría demandarle. El pueblo estaba especialmente irritado contra él, según afirmaban los que le habían conocido, porque deploraban que un anciano hubiera muerto de modo tan impío. Pero fijaos qué salida encontró el sabio Proteo a todo aquel embrollo y cómo consiguió librarse del peligro: compareció ante la asamblea de los parianos —llevaba ya una larga cabellera, vestía un sucio manto, iba provisto con alforjas y tenía un bastón en la mano—; en resumen, se había equipado con todo un atuendo trágico. Se presentó pues con este disfraz y les dijo que dejaba en herencia a la comunidad todos los bienes que había recibido de su padre de santa memoria. Cuando el pueblo oyó sus palabras, gentes sin recursos siempre atentas a los repartos de tierras, lo proclamaron al punto único filósofo, único patriota, único seguidor de Diógenes y Crates [17]. Sus enemigos quedaron silenciados y si uno solo hubiera intentado mencionar el asesinato al punto lo habrían lapidado.

16 »Salió pues por segunda vez a recorrer mundo, con los cristianos como único viático, gracias a cuya protección no carecía de nada. Así vivió algún tiempo, pero más tarde, por haber cometido alguna falta contra ellos (se le vio al parecer comiendo alimentos prohibidos) [18], se encontró desamparado al no facilitar ellos ninguna ayuda y pensó que no tenía más remedio que retractarse y reclamar los bienes a su ciudad; envió, en efecto, un *memorandum* en

[17] La donación de bienes era una práctica cínica, pero tal vez Peregrino ya era cristiano cuando hizo la suya.

[18] Alimentos, ofrendas religiosas que se llamaban «cenas de Hécate».

el que pedía la entrega de los bienes por orden del emperador. La ciudad a su vez también envió una embajada y aquél no consiguió nada, sino que se le instó a mantenerse en su primera decisión, a la que nadie le había obligado.

»El tercer viaje después de los citados fue a Egipto, a 17
la escuela de Agatobulo [19], donde practicó su maravilloso adiestramiento, con la mitad de la cabeza afeitada, el rostro cubierto de barro, masturbándose ante una gran cantidad de público y poniéndose como ejemplo de lo que ellos llaman «acto indiferente». Luego se azotaba y se hacía azotar el trasero con una palmeta y se entregaba a otras mil extravagancias indecentes.

»Desde allí, después de recibir esta preparación, zarpó 18
hacia Italia, y nada más desembarcar se puso a insultar a todo el mundo y especialmente al emperador, ya que sabía que era muy apacible y tolerante, de modo que su audacia no le ponía en peligro alguno. Al emperador, en efecto, como era lógico, le importaban muy poco las críticas y no le parecía digno de él castigar por simples palabras a quien se había entregado a la Filosofía y sobre todo a un individuo que había hecho de la censura su oficio. Con ello y a partir de ahí comenzó a crecer su fama. Al menos era famoso entre los ignorantes por su extravagancia, hasta que el prefecto de la ciudad, un hombre inteligente, le expulsó porque se estaba pasando demasiado, comentando que la ciudad no necesitaba para nada un filósofo como él. Lo que ocurrió es que esto le hizo famoso y su nombre andaba en boca de todos como el filósofo que había sido expulsado por hablar con demasiada libertad y audacia. En esto se parecía a Musonio, a Dión, a

[19] Maestro de Demonacte.

Epicteto y a cuantos se encontraron en circunstancias parecidas [20].

19 »En vista de ello se marchó a Grecia y nada más llegar ya estaba insultando a los eleos o tratando de convencer a los griegos de que se levantaran en armas contra los romanos; otras veces difamaba a un hombre culto y que destacaba por su prestigio, y porque entre otros buenos servicios que había prestado a Grecia había traído el agua a Olimpia, con lo que había conseguido que dejaran de morirse de sed los que acudían a presenciar los juegos. Hablaba mal de él diciendo que había afeminado a los griegos, ya que los espectadores de Olimpia según sus palabras debían soportar valerosamente la sed e incluso ¡por Zeus! muchos de ellos debían morir de las terribles enfermedades que hasta entonces, a causa de la sequedad del país, eran tan frecuentes entre las grandes multitudes. Y decía tales cosas al tiempo que bebía de aquella misma agua. Y cuando todos cayeron sobre él y estuvieron a punto de matarle a pedradas, consiguió refugiarse en el templo de Zeus y librarse de la muerte aquel noble varón.

20 »A continuación, durante cuatro años estuvo redactando un discurso para la próxima Olimpíada y presentó a los griegos un elogio del que les había traído el agua y una disculpa por su anterior persecución. Pero ya nadie le hacía caso ni tenía la fama de antes, pues todas sus gracias estaban ya muy vistas y no podía inventar ya nada que pudiera sorprender ni maravillar a sus oyentes ni convertirse en el blanco de su atención (que es lo que deseaba desde el principio con toda su alma); se le ocurrió por último esta proeza de la pira y al punto hizo correr la voz

[20] Sobre las expulsiones de filósofos, cf. Luis Gil, *Censura en el mundo antiguo*, Madrid, Revista de Occidente, 1961, pág. 251 y ss.

entre los griegos de que al año siguiente, inmediatamente después de la última Olimpíada, se lanzaría a las llamas.

»Y ahora está preparando su teatro, como se dice, cavando un hoyo, acarreando leña [21], y prometiendo una entereza tremenda. Aunque en mi opinión lo que debería 21
hacer es más bien aguardar la muerte y no escapar de la vida. Pero, si de todos modos tenía decidido marcharse, no debía utilizar el fuego ni esos recursos del teatro, sino escoger una de las muchas maneras que hay de morir, y retirarse por el foro. Y si le gusta el fuego por ser algo heraclíteo, ¿por qué no elegir, sin que nadie se entere, un monte bien espeso y quemarse él solo, teniendo como compañía a un Filoctetes, como por ejemplo al tal Teágenes? [22]. Pero no, él se asará en escena, cuando Olimpia esté de bote en bote, cosa que por otra parte se merece, ¡por Heracles!, si efectivamente los parricidas y los ateos deben sufrir el castigo por sus delitos. En este sentido da la impresión de que lleva a cabo este acto con mucho retraso, porque ya hace tiempo que debía haberse arrojado al toro de Fálaris para sufrir un digno castigo, y no abrir sencillamente la boca ante las llamas y morir en un instante. Porque también me ha dicho esto mucha gente, que no hay forma más rápida de morir que el fuego: sólo hay que abrir la boca y enseguida se muere uno.

»Ahora se está imaginando probablemente el impresio- 22
nante espectáculo que nos va a dar de un hombre quemado en un lugar sagrado, donde la religión ni siquiera permite enterrar a los muertos [23]. Habéis oído contar, me ima-

[21] Según Amiano Marcelino (XXIX 1, 39), Peregrino se construyó él mismo la pira.

[22] Filoctetes acompañó a Heracles en su último momento.

[23] Para evitar la contaminación religiosa.

gino, que antiguamente un individuo que quería hacerse famoso, como no podía conseguirlo de otra manera, incendió el Artemision de Éfeso [24]. Pues una cosa así está intentando hacer nuestro hombre: tan grande es el deseo de gloria que le consume.

23 »Aunque él asegura que lo hace por el bien de la humanidad, para enseñarles a despreciar la muerte [25] y ser fuertes en los sufrimientos. A mí me agradaría preguntar, no a él, sino a vosotros, si os gustaría que los malchehores se hicieran imitadores suyos en esa clase de fortaleza, en ese desprecio a la muerte y a la hoguera y a suplicios semejantes. Estoy seguro de que no os haría gracia. Y siendo así ¿cómo va a hacer la distinción Proteo, ayudando a los buenos sin hacer a los malvados más temerarios y atrevidos?

24 »Aunque es posible que a esta pregunta sólo sean capaces de enfrentarse los que miran el tema por su utilidad. Pero quiero haceros otra pregunta: ¿admitiríais que vuestros hijos imitaran a un hombre así? Seguro que no. Pero ¿a qué hacer esta pregunta, cuando ni siquiera le imitaría ninguno de sus discípulos? Y en cuanto a Teágenes, se le podría reprochar especialmente que imitándolo en general no siga al maestro ni acompañe en su tránsito a Heracles —como dice él— a pesar de que en un momento podría ser felicísimo con sólo tirarse de cabeza al fuego. Porque la auténtica imitación no consiste en la alforja, el bastón, el manto, que todo eso es seguro y fácil para cualquiera, sino que lo que hay que imitar es lo último y más importante, hacer una pira con ramas de higuera lo más verdes posibles y dejarse asfixiar totalmente por el humo. Porque el fuego en sí no es exclusivo de Heracles y Asclepio sino

---

[24] Eróstrato.

[25] Principio cínico fundamental.

que también es propio de sacrílegos y homicidas, quienes puede verse que sufren este castigo a consecuencia de una condena. De modo que lo mejor es la muerte por el humo, pues ese sería un procedimiento exclusivamente vuestro.

»Por otra parte, Heracles, si efectivamente llevó a cabo 25
una hazaña así, lo hizo movido por el dolor producido por la sangre del Centauro, según cuenta la tragedia [26]. Pero este individuo, ¿por qué motivo se precipita a las llamas? ¡Por Zeus!, para poner en evidencia su fortaleza, como los brahmanes [27]. Porque con ellos es con quienes Teágenes creía que había que compararle, como si no hubiera también entre los hindúes individuos insensatos y pretenciosos. Pero en todo caso, que les imite de verdad; porque ellos no se lanzan al fuego, como afirma Onesícrito [28], el piloto de Alejandro que vio arder a Cálano, sino que una vez que han levantado la pira, se colocan al lado sin moverse y así se dejan asar poco a poco; luego se suben a ella y en la misma postura se van quemando sin moverse en absoluto de su posición horizontal. En cambio, éste ¿qué hazaña importante va a hacer, si en cuanto caiga en la hoguera morirá arrebatado por el fuego? Sin descartar la esperanza de que vuelva a salir medio asado, a no ser que (como dice alguno) se las haya ingeniado para que la pira sea honda y esté colocada en un hoyo.

»Hay quienes aseguran que ha cambiado de idea y que 26
ha tenido un sueño en el que Zeus le ha dado a entender que no permitirá que se contamine un lugar sagrado. Pero en este sentido podéis estar tranquilos, que yo personalmente estoy dispuesto a garantizar bajo juramento que ningún

---

26 Las *Traquinias,* de Sófocles.

27 Conocidos en Grecia desde Alejandro.

28 Acompañó a Nearco en su expedición contra Persia.

dios se va a encolerizar porque el infame Peregrino tenga una muerte infame. Tampoco le resultará fácil salir, porque los «perros»[29] que le acompañan, le incitan y le empujan hacia el fuego, enardeciendo su moral sin dejar que se acobarde; si al caer al fuego arrastrase consigo a dos de ellos, sería la única cosa graciosa que haría.

27 »He oído decir que ya ni siquiera le gusta que lo llamen Proteo, y que ha tomado el nombre de Fénix, porque también el fénix[30], ese pájaro de la India[31], cuando ha llegado a una vejez avanzada, se echa a las llamas, según dicen. Además compone discursos y cuenta oráculos ya antiguos según los cuales está escrito que se convertirá en una divinidad nocturna. Lo cierto es que pone en evidencia su afán de que se le dediquen altares y tiene la esperanza de que se le van a erigir estatuas de oro.

28 »Y ¡por Zeus!, no sería nada extraño que entre tantos imbéciles como hay se encontrara a quienes afirmaran que por su intercesión se han librado de las calenturas cuartanas o que se han encontrado por la noche con esta divinidad nocturna. Me parece incluso que esos malditos discípulos suyos urdirán un oráculo y un santuario junto a la hoguera, alegando también que el famoso Proteo[32], hijo de Zeus, antepasado suyo de nombre, era un adivino. Y seguro que nombrarán sacerdotes encargados de las flagelaciones, de las quemaduras y de otros prodigios parecidos, o que ¡por Zeus! establecerán alguna iniciación nocturna

---

[29] *Es decir, los cínicos.*

[30] Es el testimonio más antiguo sobre la creencia de que el ave fénix muere echándose al fuego.

[31] Sólo Elio Arístides (XLV 107, 6, II), antes que Luciano, habla de la procedencia india de esta ave.

[32] Cf. *Odisea* IV.

en su honor y una procesión de antorchas en torno a esta pira.

29 »Hace poco tiempo Teágenes —según me informó uno de sus camaradas— dijo que la Sibila había emitido un oráculo relativo a estos sucesos, y recordaba el siguiente texto:

Pero cuando Proteo, el más grande de todos los cínicos, después de encender una pira en el recinto del tonante Zeus se haya lanzado a las llamas y llegue al anchuroso Olimpo, en ese momento que todos los que comen el fruto de la tierra, así lo ordeno, honren al héroe noctívago excelso que comparte el trono con Hefesto y el soberano Heracles.

30 »Tal es el texto que Teágenes afirma haber oído a la Sibila. Pero yo voy a comunicarle sobre este tema un oráculo de Baquis. Así se expresa Baquis, con estas sabias palabras [33]:

Pero cuando el cínico de mil nombres haya saltado [34] *a la enorme pira estimulado por un deseo frenético de gloria, en ese momento todas las zorras* [35] *que siguen sus huellas deben tener el mismo destino que el lobo desaparecido* [36]. *Y si alguno por cobarde trata de escapar del fuego de Hefesto* [37], *que todos los aqueos lo ataquen al punto con piedras, no vaya a ocurrir que aun siendo glacial intente hablar con ardientes palabras, después de cargar en*

[33] Baquis es el nombre de un héroe tebano.

[34] Cf. ARISTÓF., *Caballeros* 197; *Ilíada* XXI 333.

[35] *Ilíada* XV 403; *Od.* XIV 361; *Il.* XI 228.

[36] *Odisea* XIV 8.

[37] *Od.* VIII 359.

su alforja el oro conseguido con su usura, puesto que tiene en la hermosa Patras tres veces cinco talentos.

»¿Qué os parece, amigos? ¿Acaso el oráculo de Baquis es menos fiable que el de la Sibila? De modo que es ocasión para que vean estos admirables contertulios de Proteo, dónde se van a evaporar, que así es como llaman a la cremación».

31 Después de estas palabras todos los presentes se pusieron a gritar: «A la hoguera ya que son dignos de las llamas». Y él bajó de la pira riendo y dijo: «Pero a Néstor [37bis] —es decir a Teágenes— no le pasó desapercibido el griterío», y en cuanto oyó las voces, se acercó a nosotros y destacándose se puso a dar gritos y a lanzar mil improperios contra el que había bajado de la pira, un buen hombre cuyo nombre ignoro. Yo lo dejé que reventara con sus voces y me alejé para ver a los atletas, pues corría la voz de que los Helanodicas ya estaban en el gimnasio.

Ahí tienes lo que ocurrió en la Élide.

32 Cuando llegamos a Olimpia, el opistódomo ya estaba lleno de personas que criticaban a Proteo o aplaudían su decisión, con tanta vehemencia que muchos de ellos incluso llegaron a las manos, hasta que compareció el propio Proteo seguido de una gran multitud que le escoltaba detrás del emplazamiento de los heraldos y pronunció un discurso hablando de la vida que había llevado, contando los peligros que había corrido y cuántas calamidades había soportado a causa de la Filosofía.

Su discurso fue largo, pero yo pude oír poco, a causa de la multitud de asistentes. Finalmente por temor a verme aplastado en medio de aquella muchedumbre, como veía

[37bis] *Il.* XIV 1.

que les estaba ocurriendo a muchos, me alejé de allí no sin decir adiós a aquel sofista que estaba deseando morirse y pronunciaba su propio discurso fúnebre antes de fallecer.

Únicamente pude oír este fragmento: decía que se proponía culminar con áurea corona su ya áurea existencia, pues quien había vivido como Heracles debía también morir como Heracles y mezclarse con el éter. «Quiero —decía— ser útil a la humanidad indicándole cómo se debe despreciar la muerte. Por ello, todos los hombres deben ser mis Filoctetes»; los más estúpidos se ponían entonces a llorar y decían: «Sálvate por el bien de los griegos», mientras los más valerosos le incitaban a gritos: «Acaba de decidirte a cumplir tu propósito». Con estas palabras el viejo se sentía no poco desconcertado, porque esperaba que todos lo sujetarían y evitarían que se echara al fuego, y que contra su voluntad tendría que seguir viviendo. Pero lo de «decídete a cumplir tu propósito» le cayó muy inesperadamente y le hizo ponerse todavía más pálido —aunque ya tenía aspecto cadavérico— y hasta le hizo temblar, ¡por Zeus! de modo que puso fin a su discurso.

En cuanto a mí, pienso que puedes imaginarte cómo 34
me estaba riendo. Porque no era digno de compasión un hombre tan morbosamente ansioso de gloria que aventajaba a cuantos se dejan impulsar por este castigo.

Le escoltaba, sin embargo, una gran multitud y él se dejaba llevar contemplando a aquella muchedumbre que lo admiraba por su fama, sin darse cuenta, el desgraciado, que también a los que van a ser crucificados o son conducidos por el verdugo les sigue una multitud todavía mayor.

Por fin terminaron los Juegos Olímpicos, los más her- 35
mosos de cuantos he presenciado yo, que ya he visto cuatro. Como no era fácil conseguir un vehículo, pues muchas personas se marchaban a la vez, tuve que quedarme contra

mi voluntad. Entretanto, él, en sucesivos aplazamientos, había fijado para una noche la presentación pública de su propia cremación. Uno de mis amigos se presentó a recogerme, me levanté a media noche y me dirigí hacia Harpina, donde estaba levantada la pira, a 20 estadios de Olimpia, hacia el Este, saliendo del hipódromo. Tan pronto como llegamos nos encontramos con una pira levantada sobre un hoyo, como de una braza de profundidad [38]. En su mayor parte se habían amontonado teas y sarmientos para que prendiera rápidamente.

36 Cuando salió la luna, porque también ella tenía que contemplar la hermosísima hazaña, apareció él disfrazado en su manera habitual, y con él las autoridades del cinismo, y en lugar destacado, empuñando una antorcha, el nobilísimo hombre de Patras, un comparsa perfecto. También Proteo portaba una antorcha. Varias personas se acercaron por distintos sitios y encendieron una hoguera inmensa, teniendo en cuenta que la formaban teas y ramas secas. Entonces él —préstame ahora mucha atención— se quitó la alforja y el manto y *aquella maza como* de Heracles [39] y se quedó de pie, envuelto en una sábana completamente sucia. Pidió a continuación incienso para arrojarlo al fuego; alguien se lo dio, vertió una parte y dirigiendo su mirada al Sur —porque también esto era parte de la tragedia— dijo: «Espíritus maternos y paternos, acogedme con benevolencia». Dicho esto, se arrojó al fuego y ya no se le vio más, pues las enormes llamas que se levantaron lo envolvieron.

37 Me parece ver que te estás riendo otra vez, hermoso Cronio, por el desenlace de esta representación. Por mi

[38] Aproximadamente 1,50 metros.

[39] Heracles siempre lleva una maza.

parte ¡por Zeus!, yo no le eché en cara excesivamente el que hubiera invocado los espíritus maternos, pero cuando también invocó a los paternos, al recordar lo que se había dicho de la muerte de su padre, no pude contener la risa. Por el contrario, los cínicos, colocados en torno a la hoguera, no lloraban, sino que dejaban constancia de su pena en silencio mirando al fuego hasta que yo, sintiéndome asfixiar les dije: «Vámonos ya, estúpidos, que no es un espectáculo agradable el ver como se asa un viejo mientras nosotros nos empapamos de una maldita peste a chamusquina. O acaso estáis esperando que venga un pintor y os retrate como pintan a los amigos de Sócrates en la cárcel».

Ellos entonces se enfurecieron y empezaron a insultarme, y algunos incluso echaron mano de su cayado. Pero cuando les hube amenazado con coger a alguno y echarlo al fuego para que acompañaran a su maestro, se callaron y estuvieron quietos.

A mi regreso, querido amigo, iba dándole vueltas y 38
considerando conmigo mismo qué es la gloria, hasta qué punto es la única pasión de la que no se libran ni siquiera los que parecen más admirables, no sólo este individuo, que por lo demás había llevado una vida de loco y descabellada que le hacía merecedor de la hoguera.

Más tarde me encontré con muchos que salían para 39
verle con sus propios ojos, pues esperaban encontrarlo todavía vivo, ya que el día antes había corrido el rumor de que al salir el sol se despediría —como dicen que hacen también los brahmanes— y luego subiría a la pira. A la mayoría de ellos les hice volverse cuando les dije que ya todo había terminado, salvo a los que no les preocupaba esto, sino que querían ver el lugar y recoger alguna reli-

quia suya [40]. Entonces, amigo mío, tuve un trabajo enorme para informar a todos, contestar a sus preguntas y a las solicitudes de detalles exactos. Si veía a alguno de aspecto educado, le contaba escuetamente como a ti lo ocurrido, pero a los tontos y a los que se quedaban con la boca abierta al oírlo, les añadía algo dramático de mi propia cosecha, como por ejemplo que cuando se prendió la hoguera Proteo se lanzó a ella y primero ocurrió un gran temblor de tierra acompañado de gemidos y que luego un buitre había surgido de en medio de las llamas y se había dirigido al cielo, diciendo con voz humana y muy alto: «Dejé la Tierra, me voy al Olimpo» [41]. Ellos entonces se quedaban atónitos, caían de rodillas atemorizados y me preguntaban si el buitre se había dirigido a levante o a poniente; yo les contestaba lo primero que se me ocurría.

40 Al volver a la asamblea me encontré con un hombre de aspecto canoso, cuyo rostro, ¡por Zeus!, a juzgar por su barba y otras señas de seriedad, parecía digno de confianza. Estaba contando entre otras cosas, acerca de Proteo, que le había visto después de arrojarse a las llamas, vestido de blanco y que acababa de dejarlo paseando resplandeciente, y coronado con un ramo de oliva por el pórtico de las siete voces [42]. Luego les soltó a todos lo del buitre, jurando que lo había visto con sus propios ojos salir volando de la pira —el buitre que yo poco antes había hecho volar como burla de los tontos y papanatas—.

41 Ya puedes imaginarte todo lo que lógicamente va a ocurrir en adelante, basándose en nuestro hombre, cuántas

---

[40] El culto a las reliquias ya era practicado por los antiguos paganos.

[41] *Trag. Adesp.* 290 A (Snell).

[42] *Ev. S. Mateo* 28, 3; *Ev. S. Lucas* 24, 4.

abejas no aparecerán en aquel lugar [43], cuántas cigarras no cantarán, cuántas cornejas no le sobrevolarán, como si fuera la tumba de Hesíodo [44], y otras cosas parecidas. Sé que muy pronto se van a erigir muchas estatuas de parte de los propios eleos y de otros pueblos griegos, a quienes decía que había enviado cartas. Cuentan que había mandado epístolas a casi todas las ciudades importantes, que contenían disposiciones, consejos y leyes. Incluso nombró para este cometido como enviados a algunos de sus amigos llamándoles «mensajeros de la muerte» y «correos del infierno».

Éste fue el final del infeliz Proteo, un hombre que, 42
para resumirlo en pocas palabras, nunca tuvo su mirada puesta en la verdad, sino que siempre habló y actuó para la fama y el aplauso del vulgo, hasta el punto de tirarse al fuego cuando ya ni siquiera iba a disfrutar de esos aplausos puesto que no iba a percibirlos.

Voy a terminar no sin contarte antes todavía un peque- 43
ño detalle, para que puedas seguir riéndote un buen rato:

Tú ya sabes hace tiempo, porque me lo oíste contar a mi regreso de Siria, que yo navegué con él desde la Tróade y conoces la buena vida que se pegó durante la travesía, lo del guapo mozo que había convertido al cinismo, para tener también él su propio Alcibíades [45], y cómo nos vimos alterados durante una noche en medio del Egeo; cuando el mar se cubrió de tinieblas y surgieron unas olas tremendas, el hombre admirable se puso a llorar con las mujeres, el que pasaba por ser superior a la muerte.

---

[43] Sería un indicio de que Peregrino se ha convertido en dios.

[44] Cf. Pausanias, IX 38, 3.

[45] Vuelve a comparar a Peregrino con Sócrates, que intentó convertir a la Filosofía a Alcibíades.

44 Y un poco antes de su muerte, ocho o nueve días más o menos, por haber comido más de la cuenta se puso a vomitar por la noche y le entró una fiebre muy violenta. Esto me lo contó Alejandro el médico a quien mandaron llamar para que lo tratase. Me dijo que se lo había encontrado revolcándose por el suelo y sin poder aguantar la calentura, y que le pedía agua fría con mucha ansia pero que él no se la dio, aunque me contaba que le había dicho que si de todos modos deseaba la muerte ésta acudiría por su propia cuenta a la puerta, de modo que era muy fácil acompañarla sin necesidad de fuego. Y que él le había contestado: «Es que entonces ya no sería una manera de morir famosa al ser como la de todo el mundo»[46].

45 Hasta aquí, Alejandro. En cuanto a mí, yo le vi hace pocos días untándose los ojos con un ungüento picante, para provocar las lágrimas. ¿Te das cuenta? Al parecer Éaco no admite a los que tienen los ojos enfermos. Es lo mismo que si uno que va a ser crucificado se preocupa de un golpe en un dedo. ¿Qué crees tú que haría Demócrito si viera esto? Con razón se reiría de nuestro hombre. Aunque, ¿de dónde iba a sacar aquél tanta risa?

Y tú amigo mío, ríete también, sobre todo cuando oigas a alguien sentir admiración por él.

---

[46] Insiste de nuevo en su pretensión de hacerlo todo para alcanzar la gloria.

56

LOS FUGITIVOS

Este diálogo fue escrito el 165 o más tarde, después de la muerte de Peregrino (1-3) y casi al mismo tiempo que la obra de su nombre. Es otra crítica del cinismo, extendida a un seguidor anónimo de Peregrino y aprovecha la ocasión para criticar a la clase entera. Son ataques generales a los filósofos por su glotonería y tosquedad, que más parecen un tipo común de generalización social. Es un diálogo cómico en tres escenas, que atacan a falsos filósofos: Peregrino, el demagogo disfrazado de cínico, y uno al que llama Cántaro (escarabajo pelotero) al que supone establecido en Filípolis de Tracia (donde debió de escribirse este diálogo) junto con dos esclavos fugitivos y una mujer errante como primer huésped de ellos.

Es seguramente uno de los reflejos de la acalorada discusión sobre el carácter y motivos de Peregrino, que empezó antes de que se tirara al fuego y estuvo de moda durante meses después en todas las zonas en las que se hablaba griego. Luciano estuvo metido en esta discusión desde el principio y considera tan nocivos a los abogados del nuevo santo que está deseando atacarles directamente. Está deseando presentar a Peregrino, pero tiene que hacerlo con precaución para que no quitarle campo de su *Peregrino* (obra en la que estaba seguramente trabajando), pero sobre todo para evitar que escapen al ataque Escarabajo (Cántaro) y sus colegas. Su solución es inteligente: sacamos la consecuencia de que la muerte de su santo personaje, lejos de verse en el cielo

como un final, propio de la vida de Heracles, es una peste en las narices de Zeus, que lo conoce tan poco como el propio Apolo.

El diálogo está construido con especial atención a los efectos dramáticos de suspense y sorpresa. El desenlace vigoroso entre la Filosofía y el obstáculo cínico se retrasa con un propósito obvio, y el ataque devastador contra Cántaro (Escarabajo) se encubre hasta el último momento posible. Sin embargo, al manejar su búsqueda, la técnica de Luciano no es completamente perfecta, ya que nos da a entender desde el principio que no tiene un objetivo definido.

1 APOLO. — ¿Es cierto eso que cuentan, padre, que uno se arrojó al fuego en plena celebración de los Juegos Olímpicos, un hombre ya viejo y nada vulgar en tales trucos? Me lo contó la luna, que decía que lo había visto personalmente mientras ardía [1].

ZEUS. — Es muy cierto, Apolo. ¡Ojalá no hubiera ocurrido nunca!

AP. — ¿Tan bueno era el viejo? ¿No merecía perecer en el fuego?

ZE. — Es posible que fuera así. En cuanto a mí, recuerdo haber soportado entonces una gran molestia por aquel terrible hedor, como es lógico que se desprenda de cuerpos humanos asados. En realidad, si no me hubiera marchado al punto a Arabia, tal como estaba, puedes tener la seguridad de que habría perecido a causa del humo densísimo. A pesar de encontrarme entre tantísimo buen olor y abundancia de suaves aromas, con incienso en profusión, mis narices apenas se mostraban dispuestas a olvi-

[1] Los Juegos Olímpicos se celebraban con luna llena y la cremación tuvo lugar a la salida de la luna *(Per.* 36).

dar y desprenderse de aquella peste de olor; todavía ahora casi me mareo al recordarlo.

AP. — ¿Y qué propósito tenía al llevar a cabo esta acción, Zeus? ¿Qué tiene de bueno que uno se incinere tirándose al fuego? 2

ZE. — Deberías hacerle esta crítica en primer lugar a Empédocles, que se lanzó también él a un cráter en Sicilia.

AP. — Me estás contando un caso terrible de melancolía. Pero este hombre, ¿qué razón tuvo para desear hacer una cosa así?

ZE. — Te voy a repetir su propio discurso ante la concurrencia, al justificarse ante los peregrinos por el motivo de su muerte. Dijo, en efecto, si la memoria no me falla... Pero ¿quién es esa mujer que se acerca precipitadamente, excitada y llorosa, como si hubiera sufrido una gran ofensa? ¡Espera!, es la Filosofía, y pronuncia a gritos en su amargura mi nombre. ¿Por qué lloras, hija mía? ¿Por qué has dejado el mundo para venir aquí? ¿Acaso la gente de nuevo ha tramado algo contra ti, como cuando condenaron a muerte a Sócrates, acusado por Ánito, y huyes de ellos por este motivo? 3

FILOSOFÍA. — No es nada de eso, padre, sino al contrario, ellos, la gente del montón, me alababan y me rendían honores, respetándome, admirándome y casi reverenciándome, aunque no entendieran mucho lo que yo decía. En cambio los otros —¿cómo te diría?— los que decían que eran mis compañeros y amigos y se disfrazan con mi nombre, ésos son los que me hicieron mayor daño.

ZE. — ¡Han tramado contra ti algún complot los filósofos? 4

FI. — No, padre, también ellos mismos han sido afectados por la misma ofensa que yo.

ZE. — Entonces, ¿las manos de quiénes te han perjudicado, si no inculpas ni a los analfabetos ni a los filósofos?

FIL. — Hay algunos, Zeus, que ocupan un espacio intermedio entre la multitud y los filósofos. Por su porte, su mirada y su manera de andar son como nosotros, y van vestidos de la misma manera. Lo cierto es que pretenden ponerse a mis órdenes y se inscriben con mi nombre, afirmando que son mis discípulos, mis allegados y mis devotos. Sin embargo, su manera de vivir es deleznable, saturada de ignorancia, de osadía y de vanidad, lo que constituye una ofensa no pequeña contra mí. Es de ellos de quienes huyo, padre, después de verme ultrajada.

5 ZE. — Eso es terrible, hija mía. Pero, ¿en qué te ofendieron especialmente?

FI. — Examina tú mismo, padre, si las injurias son pequeñas. Cuando tú te diste cuenta de que la vida humana estaba llena de injusticia y transgresiones porque la necedad y el ultraje se habían arraigado en ella y la alteraban, te compadeciste de la humanidad agitada por la ignorancia y me enviaste a mí con el mandato de que me ocupara de que cesaran de injuriarse y tratarse con violencia entre ellos y de vivir como animales salvajes y que, en cambio, pusieran su mirada en la verdad y convivieran como ciudadanos más pacíficamente. Lo cierto es que al mandarme me dijiste: «Lo que hacen los hombres y cómo se comportan por su ignorancia, tú misma lo estás viendo, hija mía. Pero yo tengo compasión de ellos y como creo que eres la única que podría curar lo que ocurre, te he escogido a ti entre todos nosotros y te envió para que los sanes».

6 ZE. — Recuerdo que dije entonces muchas cosas parecidas. Pero tú díme ya lo que ocurrió a continuación, cómo te recibieron cuanto volaste allí por primera vez y lo que ahora te han hecho.

FI. — Yo me apresuré, padre, pero no fui directamente a los griegos, sino que, como me parecía más difícil el trabajo de educar e instruir a los bárbaros, decidí llevar a cabo esto primero. Prescindí, pues, del pueblo griego, pues pensé que sería capaz de someterlo con facilidad y rapidez, que aceptarían el freno y se someterían al yugo. Me lancé en primer lugar a los indos, la nación más grande de la tierra, y les convencí sin dificultades de que se apearan de los elefantes y se asociaran conmigo, de tal modo que un pueblo entero, los brahmanes, limítrofes de los necreos y los oxídracas [2], todos se han alineado a mis órdenes y no sólo viven de acuerdo con mis principios, honrados por todos sus vecinos, sino que mueren con una manera maravillosa de morir.

ZE. — Te refieres a los gimnosofistas [3]. En efecto, yo 7
he oído decir de ellos, entre otras cosas, que suben a una pira muy alta y soportan su cremación sin cambiar su aspecto ni moverse de su posición sedente [4]. Pero esto no tiene gran importancia. Por ejemplo, recientemente yo vi con mis propios ojos en Olimpia algo idéntico, y es probable que tú misma estuvieras presente cuando entonces el viejo estaba ardiendo.

FI. — Yo me subí a Olimpia, padre, por miedo a aquellos detestables hombres que te dije, porque vi que se dirigían allí muchos de ellos para insultar a los reunidos y

[2] Los necreos no se mencionan en otros lugares, a menos que sean los nereos de Plinio. Los oxídracas se hicieron famosos por su decidida oposición a la invasión de Alejandro; vivían en el Punjab.

[3] Es un nombre genérico dado por los griegos a los hombres sagrados que vivían desnudos (en la India).

[4] Parece una corrección de *Peregrino* 30, donde se habla de posición yacente.

llenar el recinto del templo con sus ladridos [5], de modo que no pude ver cómo murió.

8 Para abreviar, después de los brahmanes me dirigí a Etiopía, luego bajé a Egipto, me reuní con sus sacerdotes y profetas, les instruí en los divinos preceptos y me dirigí a Babilonia, para iniciar a los caldeos y a los magos; de allí fui a Escitia, luego a Tracia, donde estuvieron conmigo Eumolpo y Orfeo, a quienes envié por delante a Grecia. A Eumolpo para que los iniciara en los misterios —ya que había aprendido de mí todo lo relativo a religión— y al otro para que cantando los apaciguara con su música. Yo les seguí tras sus pasos.

9 Al principio, nada más llegar, los griegos no me dieron una acogida muy calurosa ni tampoco me cerraron totalmente sus puertas. Poco a poco me fui asociando con ellos, incorporé a mí siete compañeros y discípulos de entre todos, a otro de Samos, uno más de Éfeso y otro de Abdera, pocos en total [6].

10 Después de ellos, una tribu de sofistas creció a mi alrededor sin saber cómo, gentes que ni profundizaban en mis enseñanzas ni desentonaban en absoluto, sino que eran como la raza de los Hipocentauros, algo compuesto y mixto, errante en el espacio intermedio entre la charlatanería y la Filosofía, sin estar completamente adherido a la ignorancia ni ser capaz de mirarme a mí fijamente, sino que, como si estuvieran legañosos, a causa de la debilidad de su vista veían de vez en cuando algo inseguro y oscuro, como un fantasma o una sombra mía, pero creían haberlo

---

[5] La palabra está especialmente escogida por tratarse de los cínicos.

[6] Los siete son los Siete Sabios, citados por Platón en el *Protágoras* (343a). Los otros tres son Pitágoras de Samos, Heráclito de Éfeso y Demócrito de Abdera.

discernido todo con claridad. A partir de ahí se inflamaba entre ellos esa «sabiduría» inútil y superflua, invencible en su propia opinión, a base de las famosas respuestas ingeniosas, inextricables y confusas, y las correspondientes preguntas laberínticas de difícil salida.

Entonces, al verse coartados y sometidos a pruebas por 11
mis camaradas, se indignaban y se agrupaban contra ellos y al final los llevaban ante los tribunales para que tomaran la cicuta. Entonces es cuando yo debería haberme escapado inmediatamente, sin aguantar su compañía, pero Antístenes, Diógenes y poco después Crates y Menipo, a quien conoces [7], me convencieron para que prolongara un poco más mi estancia. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! pues no habría tenido que soportar tales sufrimientos posteriormente.

ZE. — Todavía no me has dicho, Filosofía, qué daño 12
te han hecho; lo único que haces es mostrar tu indignación.

FI. — Tienes razón, Zeus, escucha y entérate de su gravedad. Son una clase de personas abominables, por lo general esclavos y mercenarios, que no tratan conmigo desde su niñez por falta de tiempo, pues se dedican a su trabajo de esclavos o de mercenarios, o aprenden otras habilidades lógicas en tales individuos, como curtir el cuero, construir, trabajar en los lavaderos o cardar la lana, para que sea más fácil de trabajar y de ovillar para las mujeres, que lo desenredarían con más eficacia cada vez que ellas hacen el torcido de la trama o quieren hilar una hebra. Pues bien, dedicados a tales ocupaciones en su adolescencia, ni siquiera conocen mi nombre, y cuando empiezan a llegar a la edad viril y se dan cuenta del respeto que siente la multitud ante mis compañeros, y cómo toleran su libertad de expresión,

[7] En esta época, Menipo disfrutaba de un alto grado de popularidad, a la que contribuyó Luciano de modo significativo.

se complacen con sus atenciones, acatan sus consejos y tiemblan ante sus censuras, considerando que todo esto constituye una gran soberanía.

13 Ahora bien, el aprendizaje de todos los requisitos necesarios para esta vocación requeriría una larga tarea o más bien algo completamente imposible para ellos. Sus oficios, sin embargo, les proporcionaban poco, y con mucho esfuerzo difícilmente podían darles lo imprescindible. Para algunos la esclavitud resultaba dura y, como es en realidad, insoportable. Por ello, al examinar su situación decidieron soltar su última áncora, la que los navegantes llaman sagrada [8], recurrieron a una maravillosa desesperación, llamaron además en su ayuda a la audacia, la estupidez y la desvergüenza, que son sus principales colaboradores, se ejercitaron en nuevos insultos, para tenerlos siempre a mano y en su boca, y provistos de este único refrendo (¿te das cuenta de la clase de pasaporte para la Filosofía?), componen su figura y se disfrazan muy bien para parecerse a mí misma, sin duda, lo mismo que dice Esopo que hizo el asno de Cime, que se puso una piel de león y empezó a rebuznar con violencia, pretendiendo ser también él un león. Y, sin duda, había algunos que le creían.

14 Nuestras características son muy sencillas, como tú sabes, y propensas a la imitación —me refiero a las que saltan a la vista—. No hace falta mucha ceremonia para ponerse el manto, colgarse la alforja, llevar el bastón en la mano y dar gritos, o más bien ladrar o rebuznar, e insultar a todo el mundo. La seguridad de que no iba a pasarles nada por ello se la iba a proporcionar el mismo respeto a su apariencia. La libertad estaba a la vista contra la voluntad de su amo, que si se disponía a retenerles, se vería

[8] Actualmente se habla del áncora de la esperanza.

rechazado a golpes de palo. La comida no escasea, ni se limita como antes a tortas de cebada y su acompañamiento ya no es salazón de pescado o tomillo, sino carnes de todas clases y vino finísimo, y dinero de quien lo deseen. Recaudan dinero yendo de casa en casa, o como ellos mismos dicen: «esquilan el ganado» y tienen la esperanza de que muchos pagarán, o por respeto a su hábito o por miedo a que se hable mal de ellos.

Además, me imagino que ellos veían también la venta- 15
ja de ponerse en el mismo plano que los verdaderos filósofos, y que no habría nadie que los sometiera a juicio ni estableciera diferencias en tales materias, con la única condición de que fueran iguales por fuera. Porque en principio ni siquiera admiten una investigación, si alguien les hace una pregunta de manera tan discreta y concisa, sino que enseguida se ponen a dar gritos y se refugian en su propio castillo, el insulto y el bastón a mano. Y si preguntas por sus obras, su respuesta es abundante, y si quieres juzgarlos por sus palabras, te piden que tomes en consideración su vida.

Lo cierto es que toda la ciudad está saturada de tales 16
advenedizos, especialmente de los que se inscriben en nombre de Diógenes, Antístenes y Crates y se enrolan a las órdenes del perro, personas que no imitan en absoluto la parte buena que hay en la naturaleza del perro, como su carácter de guardián, casero, amante de sus amos, con buena memoria; pero, en cambio, han copiado con precisión sus ladridos, la glotonería, su tendencia a robar, su incontinente lascivia, la adulación, los lamidos al que le da, el aferrarse a las mesas.

Pronto verás lo que va ocurrir. Todos los hombres que 17
están en los talleres darán un salto y dejarán abandonados sus oficios cuando vean que ellos, trabajando y esforzán-

dose desde la mañana a la noche, doblados sobre sus trabajos, apenas pueden sobrevivir con tan exiguo salario mínimo, mientras que otros hombres ociosos y charlatanes viven en una abundacia sin límite, reclamando cosas como si fueran tiranos, recibiéndolas sin esfuerzo, indignándose si no se les da, y sin dar las gracias aunque se les dé. Esto les parece que es «la vida en la era de Crono», y en realidad la propia miel fluye en sus labios procedente del cielo.

18 Y la cosa no sería tan terrible si se limitaran a ser como son y no nos ofendieran encima. Pero ellos, que parecen muy venerables y austeros por fuera y en público, si consiguen apoderarse de un muchacho hermoso o de una mujer bella o tienen esperanza de hacerlo, es preferible silenciar su conducta. Algunos incluso se llevan a las mujeres de sus propios huéspedes [9] para seducirlas, como aquel joven troyano [10] aparentando que también ellas filosofen; entonces las ofrecen como propiedad común a sus asociados, convencidos de que siguen la doctrina de Platón [11], ignorando en qué sentido aquel hombre divino quería que las mujeres fueran comunes.

19 Sería largo de contar lo que hacen en los banquetes y cómo se emborrachan. ¿Y sabes lo que hacen mientras se comportan así? Acusan ellos mismos de borrachera y adulterio, de lascivia y avaricia. En realidad no podría encontrar ninguna cosa tan distinta de otra como sus palabras y sus hechos. Por ejemplo, dicen que odian la adulación, cuando pueden superar en adulación a Estrucias y Gnatónides [12]. Exhortan a los otros a decir la verdad, pero

[9] Alusión al Escarabajo, del que habla más adelante (cap. 30).

[10] Paris.

[11] Plat., *República* V 459e.

[12] Son glotones parásitos de la Nueva Comedia. Estrucias aparece en el *Colax* de Menandro. Gnatónides es citado por Plutarco para ejempli-

ni siquiera podrían mover la lengua sin decir una mentira. De palabra, todos odian el placer y Epicuro es su enemigo, pero de hecho todo lo hacen por placer. Son irascibles, puntillosos y de ira fácil, más que si fueran niños pequeños. En realidad, provocan grandes risas entre sus oyentes cuando su bilis hierve por cualquier motivo, se les pone la cara lívida, con una mirada torva y perdida y su boca se llena de espuma, o más bien de veneno.

¡Ojalá no estés tú allí, cuando aquel sucio fango se vier- 20
ta! [13]. «No quiero tener, por Heracles, ni oro ni plata, un óbolo me basta para comprarme altramuces; una fuente o un río me proporcionarán la bebida.» Poco después pedirán no óbolos ni unas pocas dracmas, sino riquezas enteras. Y así, ¿qué comerciante podría ganar con la carga de su navío tanto dinero como el que les aporta a estos la Filosofía para enriquecerse? Y luego, cuando ya han reunido bastante y se han aprovisionado, tiran aquel desgraciado manto, se compran campos y vestidos lujosos, niños con largas cabelleras, fincas enteras, mandando a paseo la alforja de Crates, el manto de Antístenes y el tonel de Diógenes.

Los indoctos al ver esto desprecian la Filosofía, creen 21
que todos son iguales y me acusan a mí por mis enseñanzas, de modo que desde hace tiempo se me ha hecho imposible conseguir ni siquiera a uno de ellos, sino que me ocurre lo mismo que a Penélope [14]: todo lo que yo tejo, en un momento se disuelve de nuevo. La Ignorancia y la In-

---

ficar un típico parásito *(Banq.* VII 6, 2). Terencio cambió su nombre por Gnatón.

[13] Palabras de Circe a Odiseo, aludiendo a Caribdis *(Od.* XII 106).

[14] La historia de Penélope se cuenta varias veces en la *Odisea* (II 93-110, XIX 138-156, XXIV 129-146).

justicia se ríen de mí, viendo que no puedo acabar mi obra y que mi trabajo es inútil.

22 Ze. — ¡Oh dioses!, qué trato han dado a nuestra querida Filosofía aquellos malditos. Me parece que es el momento de estudiar lo que hay que hacer y cómo se les debe castigar, pues el rayo ataca con un solo golpe y es una muerte rápida.

Ap. — Yo te voy a dar una idea, padre, pues personalmente también odio a los impostores, indignado en nombre de las Musas, con las que no tienen trato. Ellos no merecen el rayo de tu mano derecha, pero envía contra ellos a Hermes con plenos poderes, si te parece, en materia de castigo. Como también él es un entendido en discusiones, pronto sabrá quiénes son los verdaderos filósofos y quiénes no. Luego elogiará a los primeros, como se merecen, y castigará a los otros como a él le parezca oportuno.

23 Ze. — Me parece una buena idea, Apolo. Y tú también, Heracles, acompaña a la Filosofía y dirigíos tan pronto como podáis al mundo. Piensa que vas a realizar tu decimotercer trabajo, tampoco despreciable, si consigues extirpar estas bestias tan pestilentes e impúdicas.

Heracles. — Para mí sería preferible, padre, limpiar otra vez los establos de Augias, antes que enzarzarme con estos individuos. De todos modos, vayamos.

Fi. — Voy contra mi voluntad, pero tengo que acatar la decisión de mi padre.

24 Hermes. — Bajemos ya, para que podamos eliminar, todavía hoy, aunque sea a unos pocos. ¿Qué dirección tomamos, Filosofía? Porque tú sabes dónde están, seguramente en Grecia.

Fi. — De ninguna manera, o muy pocos, que son los verdaderos filósofos, Hermes. En cambio, los otros no ne-

cesitan la pobreza del Ática, sino que debemos buscarlos donde haya mucho oro o plata escondido.

HERMES. — [Entonces tenemos que ir directamente a Tracia.]

HERACLES. — Tienes razón, yo os guiaré en el camino, porque conozco toda Tracia por haberla visitado con frecuencia. Vayamos por este camino, por favor.

HERMES. — ¿Por dónde dices?

HERACLES. — Estáis viendo dos montes, Hermes y Fi- 25
losofía, altísimos y los más hermosos de todos (el mayor es el Hemo y el de enfrente es Ródope) y una llanura extendida entre ellos muy fértil, que arranca desde los mismos pies de cada monte. Veis también tres colinas que emergen muy bellas, con una aspereza no desagradable, como muchas ciudadelas pertenecientes a una ciudad que está a sus pies. Y ahora ya está a la vista la ciudad.

HERMES. — Por Zeus, Heracles, sí que es la ciudad más grande y más hermosa. Su belleza irradia de lejos. Un gran río la bordea y casi la toca.

HERACLES. — Es el río Hebro, y la ciudad fue construida por el famoso Filipo [15]. Nosotros ya estamos cerca de la tierra y las nubes están sobre nosotros, de modo que debemos aterrizar y que sea para bien.

HERMES. — Que así sea. ¿Qué es lo que tenemos que 26
hacer ahora? ¿Cómo podemos seguir las huellas de las fieras?

HERACLES. — Ese es tu trabajo, Hermes. Tú eres el heraldo, de modo que debes cumplir tu oficio.

HERMES. — Eso no es difícil, pero no conozco sus nombres. Díme, Filosofía, cómo se llaman y cuáles son sus señas.

[15] Filípolis.

FI. — Ni yo misma sé con seguridad cómo se llaman porque nunca he tenido tratos con ellos, pero a juzgar por el ansia que tienen de riquezas, no te equivocarías llamándolos Ricachos o Poseecaballos, o Tienerenombres o Adinerados o Multimillonarios.

27 HERMES. — Tienes razón. ¿Pero quiénes son ésos o qué están mirando en derredor? Incluso se acercan y quieren preguntar algo.

AMOS. — ¿Podríais decirnos, señores, o tú, amabilísima señora, si habéis visto a tres charlatanes juntos y a una mujer con el pelo cortado a la manera espartana, con rostro varonil y completamente virago?

FI. — ¡Ajá!, éstos buscan lo mismo que nosotros.

AMOS. — ¿Cómo que lo mismo que vosotros? Todos ellos son esclavos fugitivos y nosotros buscamos especialmente a una mujer que ha sido secuestrada por ellos.

HERMES. — Váis a saber enseguida por qué los estamos buscando. De momento vamos a leer el pregón.

«Si alguien ha visto a un esclavo paflagonio, uno de los bárbaros de Sínope, con un nombre tomado de las riquezas, muy pálido, con la piel rasurada, barba densa [16], con una alforja colgada de sus hombros y cubierto con un manto, iracundo, inculto, con áspera voz, e insultante, que lo denuncie por declaración espontánea.»

28 AMO. — Conozco al del pregón, hombre. Su nombre cuando estaba conmigo era Escarabajo Pelotero, llevaba el pelo largo, barba depilada y conocía mi oficio, porque sentado en el recinto del batán cortaba todos los flecos que sobresalen en los vestidos.

[16] Como cínico debería usar pelo largo, pero se nos dice que tenía tendencias estoicas (cap. 31).

Fi. — Ese es tu esclavo, sólo que ahora parece un filósofo, que se ha sometido a un perfecto repaso de sí mismo.

Amo. — ¡Qué desvergüenza la suya! Escarabajo dedicado a filosofar, eso dice él, sin hacer ninguna cuenta de nosotros.

Hombres. — No te preocupes, los descubriremos a todos, pues esta mujer los conoce, según dice.

Hermes. — ¿Quién es este otro que se acerca, Hera- 29
cles, un hombre hermoso con una lira?

Heracles. — Es Orfeo, que navegó conmigo en la Argos, el más dulce de todos los cómitres. De hecho, gracias a su canto nos cansábamos poquísimo remando. Salud, Orfeo, el mejor hombre y el más excelente de los músicos. Porque seguro que no has olvidado a Heracles.

Orfeo. — Yo también os saludo, Filosofía, Heracles y Hermes. Ha llegado el momento de que paguéis vuestra recompensa, porque conozco perfectamente al hombre que estáis buscando.

Hermes. — Entonces dínos donde está, hijo de Calíope, ya que tú no necesitas dinero, me imagino, siendo un sabio.

Orfeo. — Dices bien. Yo puedo enseñaros la casa donde vive, pero no al hombre en persona, para evitar que me ponga como un trapo, porque es exageradamente deslenguado y es en lo único que está bien entrenado.

Hermes. — Tú limítate a mostrarnos el sitio.

Orfeo. — Aquí es, muy cerca. Yo me quito de vuestra presencia, para no verlo siquiera.

Hermes. — ¡Deténte! ¿No es la voz de una mujer que 30
recita algo de Homero?

Ap. — Así es, por Zeus. Oigamos lo que dice.

MUJER. — *Tan odioso es para mí como las puertas del Hades quien ama al oro en su corazón y afirma no hacerlo* [17].

HERMES. — Entonces tienes que odiar a Escarabajo.
MUJER. — *Hizo daño a quien le dio hospedaje, que le ofrecía su amistad* [18].

HOMBRE. — Ese verso se refiere a mí, ya que se marchó con mi mujer porque le di alojamiento.
MUJER. — *Cargado de vino, con ojos de perro y corazón de ciervo no cuentas ni en la batalla ni en el consejo, Tersites de palabra confusa, el mejor de los cuervos funestos,*
inútilmente y sin orden, para atacar a los reyes [19].

AMO. — Justamente son los versos para atacar a un canalla.
MUJER. — *Perro por delante, por detrás un león, en medio una cabra*
exhalando el vaho terrible y salvaje del tercer perro [20].

31 HUÉSPED. — ¡Ay de mí, mujer, cuánto daño te han hecho esos perros! Dicen que incluso está embarazada de ellos.

HERMES. — No temas, te parirá un Cerbero o un Gerión, para que Heracles aquí presente tenga un nuevo tra-

[17] *Il.* IX 312 (= *Od.* XIV 156) y 313.
[18] *Il.* III 354, con un pequeño cambio.
[19] *Il.* I 225, y II 202, 246 y 214.
[20] *Il.* VI 181 y 182 con alteraciones.

bajo [21]. Pero ya se acercan, de modo que no hace falta aporrear la puerta.

Amo A. — Ya te tengo, Escarabajo. ¿No tienes nada que decir? Veamos qué tiene tu alforja, altramuces, sin duda, o un trozo de pan. ¡No, por Zeus! ¡Hay una bolsa de oro!

Heracles. — No te extrañe, pues antes pretendía ser un cínico en Grecia, pero aquí es totalmente un Crisipeo (portador de oro). Por eso verás en seguida al propio Cleantes, porque se va a colgar de la barba por ser tan canalla [22].

Amo b. — Y tú, maldito, ¿no eres Lecitio, que se esca- 32
pó de mi casa? No puede ser otro. ¡Qué risa me da! Después de ésto, ¿qué puede dejar de ocurrir? ¡Hasta Lecitio filosofa!

Hermes. — ¿Este tercero no tiene dueño entre vosotros?

Amo c. — Sí, yo soy el amo, pero lo suelto para que reviente.

Hermes. — ¿Por qué?

Amo c. — Porque está terriblemente podrido. Lo llamamos Destilapeste.

Hermes. — Heracles librador del mal, ¿has oído? ¡Y encima la alforja y el bastón! ¡Eh, tú! (llamando al marido). Recibe también tú a tu mujer.

Amo. — De ninguna manera. No podría recibirla con un libro antiguo en su tripa.

Hermes. — ¿Cómo que un libro?

[21] Se espera que la progenie de los tres cínicos tenga tres cabezas, como el perro Cerbero, o tres cuerpos, como Gerión.

[22] Cuando Escarabajo era un cínico, tenía que ver con los perros. Ahora, como devoto del oro, sólo puede definirse como Crisipeo, es decir, estoico.

AMO. — Mi querido amigo, hay un libro llamado Tricárano [23].

HERMES. — No tiene nada de extraño, puesto que también hay un Trífales (uno de los cómicos) [24].

33 FILOSOFÍA. — A ti te corresponde, Hermes emitir juicio ahora.

HERMES. — Ésta es mi decisión: esta mujer debe volver a Grecia para vivir con su marido, para evitar que dé a luz algún prodigio o con muchas cabezas; estos dos miserables esclavos fugitivos deben ser devueltos a sus dueños y seguir aprendiendo las antiguas enseñanzas, Lecitio a lavar las ropas sucias y Destilapeste, después de ser previamente azotado con malvas, debe zurcir de nuevo los mantos rotos. Finalmente, también éste *(al Escarabajo)* debe ser entregado a los emplastadores para que perezca en primer lugar cuando lo depilen, y encima con pez asquerosa y femenina, y luego sea llevado desnudo al río Hemo y permanezca sobre la nieve con los pies atados.

FUGITIVO A. — ¡Ay que desgracia!

FUGITIVO B. — ¡Ay, ay!

FUGITIVO C. — ¡Ay, ay, ay, ay!

AMO. — ¿Por qué incluyes esta cita de los trágicos en tu conversación? Sigue más bien ya donde los depiladores, pero quítate antes la piel de león, para que te des cuenta de que eres un burro.

---

[23] El libro titulado *Tres cabezas* era un ataque a Atenas, Esparta y Tebas, atribuido a Teopompo, pero escrito probablemente por Anaxímenes.

[24] El *Trífales* de Aristófanes se supone que fue una sátira procaz de Alcibíades.

57

TÓXARIS O SOBRE LA AMISTAD

Conversación entre el escita Tóxaris y un griego, Mnesipo, a propósito de la amistad. Tóxaris explica que el recuerdo de Orestes y Pílades se honra en Escitia a pesar de los estragos que hicieron, porque los consideraban un modelo de leal amistad, que ellos tenían en muy alta estima. Los griegos, según él, eran mejores para alabar la amistad que para practicarla. En esta porfía para discutir el problema de la superioridad en este sentimiento, Mnesipo cuenta cinco historias de lealtad griega y Tóxaris otras cinco que dan testimonio de la de los escitas, después de declarar ambos bajo juramento que todas son auténticas y de reciente realización. El resultado, sin embargo, sólo puede ser un empate, porque no se ha nombrado árbitro, y los dos se juran amistad recíproca.

Las historias constituyen la obra, y el diálogo es un relato en el que se plantea el tema. Ocurre en el momento actual, Tóxaris aquí no tiene nada que ver con el del *Escita,* que recibe culto como héroe médico, aunque éste también había visitado Atenas y convivido largo tiempo con los griegos. El diálogo se desarrolla en Grecia, pero no se señala un lugar concreto, aunque parece excluida Atenas por la alusión en cap. 21. El lenguaje sugiere fecha temprana, tal vez *ca.* 163 d. C.

Los juramentos de Tóxaris y Mnesipo atestiguan el dominio de Luciano en el dispositivo acumulado de historias-relato, más que la autenticidad de estas narraciones. Muchas de estas histo-

rias, tanto escitas como griegas, estaban bastante fundadas en hechos. Algunas son muy románticas y probablemente Luciano las creó a partir de novelas en circulación en las que el héroe normalmente tenía siempre un amigo que le ayudaba en sus aventuras.

1 MNESIPO. — ¿Qué me dices, Tóxaris? ¿Vosotros los escitas ofrecéis sacrificios a Orestes y Pílades y habéis llegado a creer que son dioses?

TÓXARIS. — Les ofrecemos sacrificios, Mnesipo, les ofrecemos sacrificios, pero no porque creamos que son dioses, sino hombres buenos.

MNESIPO. — ¿Y es también vuestra costumbre ofrecer sacrificios a los hombres buenos cuando han muerto, como si fueran dioses?

TÓXARIS. — No sólo eso, sino que también los honramos con fiestas y peregrinaciones.

MNESIPO. — ¿Y qué tratáis de conseguir de ellos? Porque seguramente no les ofrecéis sacrificios para que os sean propicios, teniendo en cuenta el hecho de que están muertos.

TÓXARIS. — Tampoco estaría mal si incluso los muertos nos fueran propicios. Sin embargo, nosotros creemos que nos comportaremos mejor con los vivos si nos acordamos de los hombres más distinguidos, y los honramos después de su muerte, pues creemos que de esta manera muchos querrían ser como ellos.

2 MNESIPO. — En este sentido vuestro juicio es correcto. Pero en lo que se refiere a Orestes y Pílades, ¿por qué motivo especial de admiración les disteis los mismos honores que a los dioses, a pesar de que para vosotros eran unos intrusos y, lo que es más importante, enemigos? Porque, cuando los escitas de aquel tiempo los cogieron, des-

pués de que naufragaran y los llevaban detenidos para ofrecerlos en sacrificios a Ártemis, atacaron a sus guardianes, se libraron de su vigilancia, y no sólo mataron al rey y se apoderaron de la sacerdotisa [1], sino que incluso secuestraron a la propia Ártemis y se hicieron a la mar, dejando en ridículo a la comunidad de los escitas [2]. En consecuencia, si honráis a estos hombres por tales razones, pronto conseguiréis tener muchos como ellos. A partir de ahí, teniendo en cuenta lo que ocurrió antiguamente, considerad si es conveniente para vosotros que muchos como Orestes y Pílades desembarquen en Escitia. Yo creo que muy pronto, en estas condiciones, vosotros mismos seréis impíos y ateos, una vez que los dioses que os quedan hayan sido expulsados del país por el mismo procedimiento. Y entonces me imagino que en lugar de toda la comunión de los dioses divinizaréis a los hombres que han venido para echarlos y ofreceréis sacrificios como si fueran dioses a los que son profanadores de vuestros templos.

Porque si no es este el motivo por el que honráis a 3
Orestes y Pílades, díme entonces, Tóxaris, ¿qué otro bien os hicieron a cambio del cual, a pesar de que antes no los teníais por deidades, ahora por el contrario les ofrecéis sacrificios, juzgándolos dioses, y a los que entonces casi eran víctimas ahora se las ofrecéis? Porque esta conducta podría parecer ridícula y contradictoria con la de entonces.

TÓXARIS. — Incluso esas acciones que has enumerado, Mnesipo, ponen en evidencia la nobleza de aquellos hombres. Porque el hecho de que siendo dos se atrevieran a

---

[1] Luciano omite, tanto aquí como en el capítulo 6, que Orestes descubrió que la sacerdotisa era su hermana Ifigenia, como algo sobreentendido.

[2] Esta versión es distinta de la de Eurípides en *Ifigenia entre los tauros*, y de Sófocles en *Crises*.

tan gran hazaña; que zarpando de su patria hicieran una travesía tan larga hasta el Ponto (que estaba todavía sin explorar por los griegos, excepto los que hicieron la expedición a la Cólquide en la nave Argos), sin asustarse por los relatos que se contaban de él ni dejarse atemorizar por su denominación, ya que se llamaba «el inhóspito» [3] (me imagino que porque habitaban en torno a él pueblos salvajes); y una vez que cayeron prisioneros, enfrentarse con la situación tan valerosamente, no conformarse sólo con huir, sino castigar al rey por su insolencia y volver a zarpar llevándose a Ártemis con ellos, ¿no es todo esto admirable y no merece una divina consideración por parte de cuantos alaban la virtud? Sin embargo, no es eso lo que nosotros vemos en Orestes y Pílades cuando los tratamos como a héroes.

4 MNESIPO. — Entonces haz el favor de decirme ya qué otra cosa hicieron impresionante y divina, porque en lo referente a la navegación y al viaje, yo podría mostrarte a muchos que son más como dioses que ellos, los comerciantes y, entre ellos, particularmente los fenicios, que no sólo navegan hasta el Ponto o el lago Meotis y el Bósforo cimerio [4], sino que cruzan por todas partes del mar griego y extranjero; ellos han peinado todo el litoral y toda la costa, por así decirlo, todos los años, hasta que regresan a su patria ya avanzado el otoño. Por el mismo motivo debes considerarlos dioses, aun siendo la mayor parte de ellos, si acaso, mercachifles y salazoneros.

---

[3] Según Apolodoro (ESTRABÓN, VII 298-299), el Ponto se llamó primero *Áxeinos* por sus tempestades y la ferocidad de las tribus que lo rodeaban; más tarde, después del establecimiento de los jonios en sus costas, se llamó *Éuxeinos* («hospitalario»). PÍNDARO conoce ambos nombres (*Pit.* IV 203; *Nem.* IV 49).

[4] El Mar de Azof y el Estrecho de Kertsch.

TÓXARIS. — Escucha entonces, mi admirable amigo, y 5
entérate de hasta qué punto nosotros los bárbaros juzgamos con más generosidad que vosotros a propósito de los hombres buenos, puesto que en Argos y en Micenas no es posible ver un sepulcro respetable de Orestes o Pílades, mientras que entre nosotros se les ha asignado incluso un templo a ambos, como era lógico, puesto que eran camaradas, y se les ofrecen sacrificios y toda clase de honores, y el hecho de que fueran extranjeros y no escitas en nada impide que se les considere hombres buenos y que sean apreciados por los más dintinguidos escitas. Porque no investigamos de dónde son los hombres de bien, ni sentimos rencor por el hecho de que hombres que no eran amigos llevaran a cabo buenas acciones, sino que elogiamos lo que hicieron y los consideramos compatriotas a partir de sus hechos.

Pero lo que más nos impresionó de estos hombres y por ello los elogiamos es que nos parecieron efectivamente los mejores amigos de todos y se constituyeron para los demás en legisladores sobre cómo deben los amigos ser solidarios en toda fortuna.

Y cuantas acciones padecieron conjuntamente o en de- 6
fensa mutua, nuestros antepasados las hicieron inscribir en una tablilla de bronce que depositaron como ofrenda en el Oresteon [5] y promulgaron una ley para que lo primero que aprendieran y se les explicara a sus hijos fuera esta tablilla, así como la memorización de lo que había escrito en ella. Hasta el punto de que antes olvidaría cualquiera

[5] La existencia de pinturas está garantizada porque representa una versión de la historia de Orestes en Táuride desconocida para nosotros antes de Luciano, excepto en arte. Luciano no habría preferido esta versión a la de Eurípides si las pinturas fueran imaginarias.

de ellos el nombre de su padre que ignoraría los hechos de Orestes y Pílades.

Pero también en el recinto del templo se muestran los mismos temas que indica la tablilla, representados en pinturas por los antiguos: Orestes navegando con su amigo, y a continuación, cuando su nave quedó destrozada contra las rocas, su detención y los preparativos para el sacrificio, con Ifigenia preparando su inmolación. Y enfrente, en el otro muro, está pintado ya privado de sus cadenas, dando muerte a Toantes y a otros muchos escitas. Finalmente, están alejándose por mar, con Ifigenia y la diosa. Los escitas entretanto tratan inútilmente de apoderarse de la nave que está en movimiento, colgándose del timón e intentando abordarla; entonces, incapaces de conseguir nada, regresan nadando a tierra, unos heridos y otros por miedo a serlo. Es precisamente en esta ocasión cuando habría podido verse cuánta simpatía se mostraban recíprocamente; me refiero a su enfrentamiento con los escitas. En efecto, el pintor ha representado a cada uno de ellos desentendiéndose de los enemigos que tienen enfrente, pero enfrentándose a los que atacan al otro e intentando recibir los disparos en su lugar, sin preocuparse en absoluto de que puede morir, si consigue salvar a su amigo e intercepta con su propio cuerpo el golpe lanzado contra el otro.

7 Este afecto tan grande entre ellos, su solidaridad en los peligros, su fidelidad y compañerismo, la autenticidad y solidez de su recíproco cariño, pensábamos que no eran humanos, sino propios de un espíritu demasiado noble para las personas del montón, que mientras el viento de la navegación es favorable se molestan con sus amigos si no reparten por igual con ellos sus placeres, pero a poco que algo les sople en contra se marchan, dejándolos solos frente a los peligros. Porque quiero que sepas también esto,

que los escitas no creen que haya nada más importante que la amistad, no hay nada por lo que más podría ufanarse un escita que por solidarizarse con un amigo y compartir sus adversidades, exactamente como no hay mayor desgracia entre nosotros que dar la impresión de haber traicionado la amistad. Es por eso por lo que honramos a Orestes y Pílades, porque fueron los mejores en lo que es bueno para los escitas, y porque destacaron en la amistad, que nosotros admiramos por encima de todo; por estas razones les dimos un nombre, para que se llamaran *kórakos,* que en nuestra lengua es como si alguien dijera «genios de la amistad».

MNESIPO. — Tóxaris, no sólo eran buenos para disparar 8
los escitas, y mejores que los otros en actividades de la guerra, sino que también eran los más convincentes de todos para pronunciar discursos. Al menos yo, que antes tenía otra opinión, ahora creo que tenéis razón al divinizar a Orestes y Pílades. Tampoco me había dado cuenta, mi noble amigo, de que eras un buen pintor. De hecho, nos explicaste muy vívidamente las pinturas del Oresteon, el combate de los héroes y las heridas que se infligieron en mutua defensa. Sin embargo, yo no habría imaginado que la amistad fuera tan altamente apreciada entre los escitas, sino que, como gentes inhóspitas y salvajes, yo creía que ellos estaban siempre en tratos en la enemistad, la ira y el malhumor, mientras que la amistad no surgía ni siquiera entre los más afines. Yo sacaba estas conclusiones por todo lo que oímos sobre ellos, y especialmente lo de que se comen a sus padres cuando mueren.

TÓXARIS. — No voy a discutir ahora contigo si nos- 9
otros somos en general más justos en las relaciones con los padres y también más piadosos; pero, en cambio, es fácil de demostrar que los amigos escitas son mucho más

leales que los amigos griegos y que la amistad tiene más importancia entre nosotros que entre vosotros. Y, por los dioses griegos, te pido que no me oigas con desagrado si menciono alguna de las observaciones que he hecho después de haber tenido un largo trato con vosotros.

A mí me parece que vosotros sois capaces de hablar de la amistad mejor que otros, pero no sólo no ponéis en práctica sus hechos en correspondencia con las palabras, sino que os conformáis con elogiarla y mostrar la clase de bien tan grande que es; sin embargo, cuando se necesita, traicionáis vuestras palabras y os escabullís por cualquier medio de la presión de los hechos. Y cada vez que vuestros autores trágicos os muestran amistades de esa clase haciéndolas comparecer en escena, las elogiáis y las aplaudís, y la mayor parte de vosotros incluso lloráis cuando se enfrentan al peligro en recíproca defensa; pero vosotros personalmente no os atrevéis a ofrecer nada digno de elogio por vuestros amigos. Por el contrario, si un amigo tiene necesidad de algo por casualidad, de repente, como si fueran sueños, echan a volar y desaparecen de vuestro camino todas aquellas tragedias y os dejan como personajes vacíos, que no hablan, con las bocas abiertas en tremendo bostezo, pero sin decir ni pío. Nosotros, por el contrario, cuanto más inferiores somos a vosotros hablando de la amistad, tanto más os superamos al ejercerla.

10 Si os parece, hagamos lo siguiente. Dejemos que los antiguos amigos descansen, cualesquiera que nosotros o vosotros podamos enumerar entre los antiguos, puesto que en este terreno vosotros ganaríais, citando muchísimos testigos de la máxima confianza, los poetas, que han cantado la amistad de Aquiles y Patroclo, y la camaradería de Teseo y Pirítoo y de otros en bellísimos hexámetros y otros versos. En vez de ello, preparemos unos pocos ejemplos de

nuestros contemporáneos y contemos sus hazañas, yo de parte de los escitas y tú de los griegos, y quien venza presentando los mejores amigos, será proclamado vencedor y pregonará el nombre de su patria, después de haber competido en un certamen glorioso y nobilísimo. Por mi parte, creo que preferiría con mucho ser vencido en combate individual y cortarme la mano derecha, que es el castigo por la derrota en Escitia, a ser considerado inferior a otro en materia de amistad y sobre todo a un griego siendo yo mismo escita.

MNESIPO. — No es una empresa de poca categoría, Tó- 11
xaris, entablar combate individual con un luchador aguerrido como tú, equipado con argumentos tan apuntados y agudos. A pesar de ello, no voy a traicionar innoblemente a toda Grecia cediendo ante ti tan rápidamente, pues sería totalmente indigno que aquellos dos famosos derrotaran a tantísimos escitas como cuentan los relatos y vuestras antiguas pinturas, que describiste tan bien poco antes como si fueran escenas trágicas, y que todos los griegos, tantísimos pueblos y tantísimas ciudades fueran vencidas por ti en un proceso sin comparecencia de la otra parte. Y si ocurriera tal cosa, lo correcto sería que yo me cortara no la mano derecha, como hacéis vosotros, sino mi lengua. Pero, ¿debemos limitar el número de estas hazañas de amistad, o cuántas más pueda uno contar más adecuado parecerá para la victoria?

TÓXARIS. — De ningún modo; debemos aclarar que su fuerza no depende del número sino que si las tuyas parecen mejores y más incisivas que las mías, aunque sean iguales en número, es evidente que me causarán heridas más mortales y sucumbiré más rápidamente antes tus golpes.

MNESIPO. — Tienes razón, debemos decidir qué número es suficiente.

Tóxaris. — Yo creo que cinco para cada uno.

Mnesipo. — También a mí me lo parece.

Tóxaris. — Habla tú primero, pero antes debes jurar que dirás la verdad, pues inventar simplemente tales relatos no es muy difícil y el control no está claro. Mientras que si prestas juramento, no sería correcto desconfiar.

Mnesipo. — Juraremos, si tú crees realmente que hace falta un juramento. ¿Pero cuál de nuestros dioses te parece fiable? ¿Zeus Filio?

Tóxaris. — Desde luego. Y yo en mi discurso juraré por un dios nacional.

12 Mnesipo. — Sea, pues, testigo Zeus Filio de que cuanto pueda decirte lo haré por mi propio conocimiento o por información obtenida de otros con la mayor exactitud posible, sin hacer exageraciones trágicas de mi propia cosecha. En primer lugar voy a contarte la amistad de Agatocles y Dinias, que llegó a ser famosa entre los jonios.

Pues bien, Agatocles de Samos al que me refiero vivió no hace mucho tiempo y fue, como lo demostró, extraordinario por su amistad, pero en general no fue mejor que los samios del montón, ni por su familia ni por su hacienda. Era amigo desde la niñez de Dinias de Éfeso, hijo de Lisón. Pero Dinias se hizo enormemente rico, y como era natural en uno que es nuevo rico, tenía a su alrededor a mucha otra gente dispuesta a beber con él y a acompañarle en sus diversiones, pero que estaban muy lejos de ser sus amigos.

Durante algún tiempo Agatocles estaba incluido entre ellos, alternaba y bebía con ellos aunque no disfrutaba mucho con este pasatiempo. Dinias no le tenía en mayor estima que a sus aduladores. Pero, finalmente, Agatocles empezó a molestarle, reprendiéndole con frecuencia y se ponía pesado recordándole a sus antepasados y amonestán-

dolo para que cuidara lo que su padre le había dejado después de adquirirlo con muchos trabajos. La consecuencia de esto fue que Dinias ya no lo llevaba consigo a sus juergas, sino que se divertía sólo con los otros, tratando de pasar desapercibido a Agatocles.

Por esta época, este pobre hombre se dejó convencer 13
por sus aduladores de que estaba enamorada de él Cariclea, mujer de Demonacte, hombre muy importante y uno de los principales de la vida pública de Éfeso. Le llegaban a Dinias frecuentes notas escritas de la mujer, coronas medio mustias, manzanas mordidas y cuantos otros trucos suelen maquinar las busconas contra los jóvenes, fomentando sus amores poco a poco e inflamándolos al principio con la idea de que son deseados (esto es lo más sugestivo, sobre todo para los que se creen que son guapos), hasta que sin darse cuenta ya han caído en las redes.

Cariclea era una mujercita cosa fina, pero escandalosamente puta, que se entregaba siempre al primero que encontraba, aunque quisiera tenerla por muy poco dinero. Con sólo mirarla, enseguida asentía, y no había miedo de que Cariclea pudiera negarse. Por lo demás, era también una hábil artista, comparable con cualquier prostituta, para seducir a un amante y someterle totalmente cuando todavía estaba indeciso, y cuando ya lo tenía en su poder, para ponerle en tensión e inflamarle, unas veces con la ira, otras veces con la adulación, poco después con el desdén y el aparentar tener aficiones por otro. En pocas palabras, era una mujer completamente sofisticada por todas partes y tenía preparada toda clase de trampas contra sus amantes.

Pues bien, los aduladores de Dinias reclutaron a esta 14
mujer contra el muchacho y bromeaban constantemente cuando lo empujaban al amor de Cariclea. Pero ella, que

ya había arruinado a muchos jóvenes y había hecho el papel de enamorada un sinnúmero de veces y había destruido casas opulentísimas, desgracia versátil y con muchísima experiencia como era ella, cuando tuvo en sus manos a un jovencito sencillo e inexperto en tales sacrificios, no lo soltó de sus garras, sino que le cercó totalmente y lo atravesó de parte a parte hasta que, cuando ya lo tenía totalmente en su poder, no sólo pereció ella misma víctima de su presa, sino que ocasionó innumerables desgracias al desgraciado Dinias.

En efecto, nada más empezar le enviaba carnaza con aquellas notas ya citadas y continuamente despachaba a su criada de confianza para que hiciera ver que ella había llorado, que no dormía y por último que la desgraciada estaba dispuesta a ahorcarse por amor hasta que el bendito ingenuo se convenció de que era hermoso y de que las mujeres de Éfeso lo adoraban, y después de muchas súplicas se reunió con ella. A partir de este momento ya fue más fácil, como es lógico, que se apoderara de él una hermosa mujer que sabía darle gusto con su compañía, llorar oportunamente, lamentarse en tono compasivo durante la conversación, abrazarle cuando ya se marchaba, correr a su encuentro cuando llegaba, embellecerse como más le gustaba, y desde luego cantar y tocar la lira.

Todas estas herramientas utilizó contra Dinias; y entonces, cuando ella se dio cuenta de que él estaba mal, impregnado y derretido ya por el amor, ideó otro artificio para completar la perdición del desgraciado: fingió que estaba embarazada de él —esto también es eficaz para inflamar a un amante perezoso— y dejó de ir a visitarle, con el pretexto de que su marido la vigilaba al enterarse de su romance.

Dinias ya no pudo aguantar la situación, ni podía soportar el dejar de verla, sino que lloraba, enviaba a sus aduladores, invocaba a gritos el nombre de Cariclea, sollozaba abrazando su estatuilla —había mandado hacer una de mármol blanco— y por último se tiró al suelo y se echó a rodar, y la situación era de clara locura. Porque los regalos con los que correspondía ya no estaban en proporción con las manzanas o las coronas, sino que se trataba de casas enteras, granjas, criadas, trajes vistosos, todo el oro que ella quería.

¿A qué extenderse? En poco tiempo la casa de Lisón, 16
que había sido la más famosa de Jonia, estaba ya completamente vacía y agotada. Y entonces, como él ya estaba seco, ella lo abandonó, cazó a otro muchacho cretense de oro, se pasó a él y ya lo amaba y él se lo creía.

Así pues Dinias, desairado no sólo por Cariclea sino también por sus aduladores (pues también éstos se habían pasado al cretense que ya era su enamorado) fue en busca de Agatocles, que también estaba enterado hacía tiempo de lo mal que le iban las cosas. Aunque al principio le daba vergüenza, sin embargo, se lo contó todo —su pasión, su situación apurada, el desprecio de la mujer, el rival cretense—, y al final le dijo que no podría sobrevivir si no podía estar con Cariclea. Agatocles pensó que no era oportuno en tal ocasión echarle en cara a Dinias que era el único amigo a quien no se alegraba de ver y que solía dar preferencia a sus aduladores por aquellos días. Vendió todo lo que tenía, la casa heredada de su padre en Samos y volvió trayéndole el importe de la venta, tres talentos.

Y una vez recibido este dinero, al punto quedó claro para Cariclea que Dinias de algún modo volvía a ser hermoso; y otra vez la criada, las notas, y el reproche porque

no había venido en mucho tiempo; los aduladores vinieron corriendo a rebuscar, al darse cuenta de que Dinias tenía
17 todavía algo que comer. Pero cuando prometió que vendría a verla, y llegó efectivamente en las primeras horas de la noche, cuando ya estaba dentro, Demonacte, el marido de Cariclea, ya sea porque se dio cuenta casualmente o de acuerdo con su mujer (pues ambas versiones se cuentan), se levantó de un salto, como si se tratara de una emboscada, ordenó cerrar la puerta del patio y detener a Dinias, amenazando con quemarle y azotarle, y se lanzó contra él con la espada desenvainada, como contra un adúltero.

Al darse cuenta Dinias de la situación tan grave en que se encontraba, agarró una barra que había cerca y dio muerte a Demonacte golpeándole en la sien, y también a la propia Cariclea, a ésta no de un solo golpe, sino con la barra repetidas veces y luego con la espada de Demonacte. Los criados que habían asistido mudos hasta entonces, atónitos por lo inesperado de la situación, luego intentaron detenerle, pero como también los atacó con la espada, huyeron, y Dinias consiguió escabullirse después de llevar a cabo una acción tan monstruosa.

El tiempo que quedaba hasta el amanecer lo pasó en casa de Agatocles, reconsiderando ambos los hechos y pensando cuál sería el desenlace en el futuro. Por la mañana se presentaron los alguaciles —pues ya se había difundido la noticia de lo ocurrido— y detuvieron a Dinias, que no negó haber cometido personalmente las muertes, y lo llevaron a presencia del Gobernador que mandaba entonces en Asia. Éste lo envió al emperador y poco después fue enviado de nuevo a la Isla de Giaros, una de las Cícladas, condenado por el emperador a estar allí en perpetuo destierro.

Agatocles, por su parte, que le había acompañado en 18
otras ocasiones y también había viajado con él a Italia, fue el único de sus amigos que compareció con él en el juicio y no le falló en nada. Y cuando Dinias ya estaba desterrado, tampoco entonces abandonó a su camarada, sino que por decisión propia se condenó a vivir en Giaros y sufrir el destierro con él; cuando ya carecían totalmente de lo necesario, se puso en contacto con los pescadores de púrpura, se sumergía con ellos y con el producto obtenido de este trabajo alimentaba a Dinias. Cuando Dinias cayó enfermo, le estuvo atendiendo durante muchísimo tiempo y después de su muerte no quiso volver de nuevo a su patria, sino que siguió allí en la Isla, porque se avergonzaba de abandonar a su amigo incluso después de muerto.

Ahí tienes la hazaña de un amigo griego, que ocurrió no hace mucho tiempo, pues no sé si han pasado ya cinco años desde que Agatocles murió en Giaros.

Tóxaris. — ¡Ojalá hubieras contado esta historia, Mnesipo, sin juramento previo para que hubiera podido negarle credibilidad! Hasta tal punto es un amigo escita el Agatocles que describiste. Sin embargo, temo que no puedas contar otro caso como éste.

Mnesipo. — Escucha entonces otro también, Tóxaris, 19
el de Eutídico el calcidense. Me lo contó Similo, el piloto de barco de Mégara, que me juró solemnemente que había visto personalmente lo ocurrido. Me contó que estaba navegando desde Italia a Atenas próximo al ocaso de las Pléyades, transportando pasajeros recogidos de todas partes, y que entre ellos estaba Eutídico y con él Damón, también de Calcis y camarada suyo; eran de la misma edad, Eutídico sano y robusto, mientras que Damón era un poco pálido y enclenque, convaleciente al parecer de una larga enfermedad.

Según me contó Símilo, habían tenido una travesía feliz hasta Sicilia, pero cuando habían atravesado el estrecho y ya navegaban por el Mar Jónico mismo, una enorme tempestad cayó sobre ellos. ¿Qué necesidad hay de contar los muchos detalles: olas enormes, huracanes, granizadas y todas demás desgracias propias de una tormenta? Cuando ya estaban cerca de Zacinto, navegando con antena sin vela y aún así recogiendo con dificultad algunos cordajes en sus velas para detener el ímpetu de la acometida, hacia la media noche Damón se mareó, como era natural con tanta agitación y se puso a vomitar, inclinándose fuera de borda. En ese momento al parecer la nave se inclinó más violentamente hacia la parte en la que él se había empinado, el oleaje contribuyó a empujarle y cayó al mar de cabeza, ni siquiera desnudo el desgraciado, para poder nadar con más facilidad. Entonces al punto empezó a pedir ayuda a gritos al sentir que se ahogaba y sin poder sostenerse apenas sobre el oleaje.

20 Cuando Eutídico le oyó, casualmente estaba desnudo en su camastro, se lanzó al mar, cogió a Damón que ya se estaba agotando (pues todo era visible a gran distancia porque la luna resplandecía), nadaba a su lado y procuraba ayudarle. El resto de la gente quería ayudarles y deploraba su desgracia, pero no podían hacerlo, arrastrados por un fuerte viento. Una cosa, sin embargo, sí que hicieron: les arrojaron muchos corchos y algunos palos, para que pudieran nadar con su ayuda si tropezaban con algunos de ellos, y por último la propia escalera del barco, que no era muy grande.

Piensa ahora, en nombre de los dioses, qué prueba de efecto más segura podría mostrar un hombre con un amigo que ha caído por la noche en un mar tan enfurecido, que la de compartir su muerte? Te lo ruego, imagínate el

tumulto de las olas, el rugido del choque del agua, la efervescencia de la espuma en derredor, la noche y la desesperación; y luego un hombre ahogándose, pudiendo apenas sacar la cabeza y tendiendo al amigo sus brazos, y éste saltando al punto, nadando con él y temiendo que Damón pereciera antes. Así podrías darte cuenta de que no es un amigo corriente este Eutídico del que te he hablado.

TÓXARIS. — ¿Pero perecieron aquellos hombres, Mne- 21
sipo, o tuvieron una salvación extraordinaria? Porque estoy muy preocupado por ellos.

MNESIPO. — Tranquilo, Tóxaris. Se salvaron y todavía están ambos en Atenas, dedicados a la Filosofía. Símilo, efectivamente, sólo pudo contar lo que vio aquella noche, que uno caía al agua, que el otro saltó a continuación y que ambos nadaban, en cuanto podía verse en la noche. El resto lo cuentan los propios discípulos de Eutídico. Al principio se subieron a unos corchos, sobre los que se mantuvieron y pudieron estar a flote con dificultades, luego al ver la escalera ya al amanecer nadaron hacia ella, y entonces se subieron y fácilmente arribaron a Zacinto.

A continuación de estos dos casos, que yo diría que 22
no están mal, vas a oír un tercero que no desmerece nada de ellos.

Eudamidas de Corinto había tenido amistad con Areteo el corintio y Carixeno el sicionio, hombres muy ricos, aunque él era paupérrimo. Estando en trance de muerte dejó un testamento que tal vez para otros podría parecer ridículo, pero no estoy seguro de que pueda serlo para ti, un hombre bueno que estimas la amistad y compites para tener en ella el primer premio. En el testamento estaba escrito lo siguiente: «Dejo en herencia a Areteo a mi madre para que la mantenga y la cuide en su vejez, y a Carixeno le dejo a mi hija para que la entregue en matrimonio

con la dote más grande que pueda darle de sus propios bienes» (tenía una madre anciana y una hija ya núbil), «y si a algunos de ellos le ocurre algo entretanto, que el otro asuma su parte», decía. Al leerse públicamente el testamento, los que conocían la pobreza de Eudamidas, pero ignoraban la amistad que tenía con estas personas, tomaron la cosa a broma, y todos se marcharon riéndose, mientras decían: «¡Vaya herencia van a recibir los afortunados Areteo y Carixeno puesto que tienen que pagarle a Eudamidas y estando ellos mismos vivos serán heredados por un muerto».

23 Pero los herederos a quienes se les *había dejado* este legado cuando oyeron el testamento, se presentaron inmediatamente para administrarlo. Carixeno sobrevivió a su amigo sólo cinco días, pero Areteo, comportándose como el mejor de los herederos, se hizo cargo de su parte y de la del otro, mantuvo a la madre de Eudamias y al cabo de poco tiempo dotó a la hija, dándole dos talentos de los cinco que tenía a su propia hija y otros dos a la hija de su amigo; luego decidió que ambas se casaran el mismo día.

¿Qué opinas, Tóxaris, del tal Areteo? ¿Dio un mal ejemplo de amistad al aceptar tal herencia y no traicionar el testamento de su amigo? ¿O lo ponemos entre los definitivamente elegidos para que sea uno de los cinco casos?

TÓXARIS. — También este es un caso hermoso, pero yo admiro más a Eudamidas por la confianza que tuvo en sus amigos. Demostró, efectivamente, que él mismo se habría comportado igual con ellos, aunque no hubiera estado escrito así en el testamento, y se habría presentado antes que nadie para ser un heredero intestado de tales amigos.

24 MNESIPO. — Tienes razón. Voy a hablarte en cuarto lugar de Zenótemis el hijo de Carmoleo, de Masilia.

Cuando yo era embajador de mi patria me presentaron a un hombre hermoso, alto y rico, al parecer. Iba sentada su mujer junto a él cuando recorría la calle en un carro de mulas; era repulsiva en general, tenía la parte derecha apergaminada, el ojo reventado, completamente desfigurada, un espantajo inabordable. Entonces, cuando yo expresé mi sorpresa por el hecho de que un hombre hermoso y atractivo como él pudiera soportar que una mujer así se paseara a su lado, el que me lo presentó me contó lo que había hecho obligatorio el matrimonio, porque estaba enterado de todo con detalle, ya que también él era de Masilia.

«Zenótemis era amigo de Menécrates, padre de esta mujer tan fea», me dijo, «y como él mismo, era rico y distinguido. En el transcurso del tiempo Menécrates fue privado de sus bienes por sentencia judicial, precisamente cuando los Seiscientos le quitaron los derechos de ciudadanía por haber presentado una moción inconstitucional. Este es el castigo que los marselleses infligimos, me dijo, si alguien propone por escrito algo ilegal. Lo cierto es que Menécrates estaba apenado por la condena, ya que en un momento se había convertido de rico en pobre y de hombre de honor en una persona deshonrada. Le preocupaba sobre todo esta hija, que ya era casadera y tenía dieciocho años, a la que ni aún con todos los bienes que tenía su padre antes de la condena querría llevarse fácilmente ningún hombre bien nacido, por pobre que fuera. Tan desgraciado era su aspecto. Se decía incluso que sufría ataques de depresión cada vez que la luna estaba creciente».

Cuando se estaba lamentando de estos infortunios ante 25
Zenótemis, éste le dijo: «Ten confianza, Menécrates, que no te faltará lo necesario y tu hija encontrará un marido digno de su linaje».

«Y, al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, le cogió la mano derecha, lo condujo a su casa y repartió con él sus muchas riquezas. Además, mandó preparar una cena e invitó a sus amigos y a Menécrates, como si hubiera convencido a alguno de sus camaradas para que prometiera casarse con la muchacha. Y una vez que ya habían cenado y después de ofrecer las libaciones a los dioses, en ese momento Zenótemis ofreciéndole un brindis con la copa llena, dijo: «Acepta de tu yerno la copa de la amistad, Menécrates. Porque yo voy a casarme hoy con tu hija Cidímaca, con la dote que recibí ya hace tiempo, veinticinco talentos».

El otro decía: ¡No, tú no, Zenótemis, no lo hagas! Que yo no me vuelva tan loco que pueda permitir que tú, un hombre joven y hermoso, se empareje con una muchacha fea y desfigurada. Pero Zenótemis, mientras el otro estaba hablando, cogió a la muchacha y se la llevó a la cámara nupcial; poco después apareció con ella, que ya no era virgen.

26 Desde entonces vive con ella, la ama muchísimo y la lleva consigo a todas partes, como has visto. No sólo no se avergüenza de su matrimonio, sino que incluso parece orgulloso, demostrando que desprecia las bellezas y las miserias de cuerpo, la riqueza y la fama, tiene sus ojos puesto en el amigo y no cree que Menécrates haya desmejorado en lo referente a la amistad por el voto condenatorio de los Seiscientos.

Sin embargo, la fortuna le ha compensado ya por su conducta: le ha nacido un niñito precioso de aquella mujer tan fea; recientemente, cuando su padre lo llevaba en brazos y lo introdujo en el Senado, coronado con ramos de olivo y vestido de negro, para que resultara más digno de compasión intercediendo por su abuelo, el niño soltó la

risa ante los senadores y se puso a aplaudir con las manos. Con ello el Senado se enterneció y revocó la condena de Menécrates y ha recuperado sus derechos, empleando un abogado defensor tan pequeño ante los miembros de la asamblea.

Tales son los hechos que había llevado a cabo Zenótemis, según el relato del masaliota, en defensa de su amigo. Como puedes ver, no son insignificantes ni podrían haber sido realizados por muchos escitas, que según se dice incluso en materia de concubinas seleccionan cuidadosamente las más hermosas.

Nos queda el quinto ejemplo, y no estoy dispuesto a 27
pasar por alto a Demetrio y ponerme a hablar de otro.

Demetrio navegó hacia Egipto con Antífilo de Alópece, amigo de la niñez y compañero en la adolescencia, con quien vivía y estudiaba. Él mismo seguía las enseñanzas de la escuela cínica con aquel famoso sofista de Rodas [6], y Antífilo estudiaba medicina. En cierta ocasión ocurrió que Demetrio hizo un viaje al interior de Egipto para contemplar las pirámides y la estatua de Memnón, pues había oído decir que las primeras, aunque eran muy altas, no proyectaban sombra, y que la estatua de Memnón gritaba a la salida del sol. Con estos deseos, la contemplación de las pirámides y oír a Memnón, hacía ya seis meses que navegaba Nilo arriba, dejando detrás a Antífilo, que temía el viaje y el calor.

Éste, entretanto, sufrió una desgracia que requería al 28
amigo más generoso. Su criado, que se llamaba Siro y tenía además esta nacionalidad, se asoció con unos saqueadores de templos, entró con ellos en el templo de Anubis y despojaron al dios de dos copas de oro, un caduceo tam-

[6] Podría ser Agatóbulo.

bién de oro, cabezas de perro de plata y otros objetos parecidos, todo lo cual lo dejaron en depósito en casa de Siro. Luego fueron a parar a la cárcel —pues los cogieron cuando intentaban vender algo— y enseguida lo confesaron todo cuando fueron sometidos al tormento de la rueda, los llevaron detenidos a la casa de Antífilo y sacaron los géneros robados, que estaban escondidos debajo de un camastro en un rincón oscuro. En vista de ello, fue detenido al punto Siro, y con él su amo Antífilo, éste arrestado mientras estaba oyendo a su maestro. Nadie acudió en su ayuda, sino que, por el contrario, hasta los que hasta entonces habían sido sus amigos le dieron la espalda, convencidos de que había profanado el templo de Anubis y considerando que había sido un sacrilegio por su parte el hecho de haber bebido o haber comido en alguna ocasión con él. Es más, los dos criados que le quedaban empaquetaron todo lo que había en la casa y escaparon.

29 Lo cierto es que el pobre Antífilo llevaba encarcelado ya mucho tiempo y estaba considerado como el más abyecto de cuantos malhechores había en la cárcel; el carcelero egipcio, persona supersticiosa, estaba convencido de que complacería al dios y se vengaría de las ofensas que había recibido comportándose duramente con Antífilo. Y cada vez que éste intentaba defenderse, asegurando que no había hecho nada parecido, lo consideraban un cínico y todavía lo odiaban más por este motivo. En consecuencia, ya se estaba poniendo enfermo y se encontraba mal, como es lógico al dormir en el suelo y no poder siquiera estirar las piernas por la noche, al tenerlas metidas en un cepo. Pues durante el día bastaba el collar y una mano sujeta con el grillete, pero por la noche tenía que estar totalmente encadenado. Además, el hedor de la habitación, la atmósfera asfixiante, teniendo en cuenta que estaban muchos en-

cerrados en el mismo lugar, muy apretados, sin poder apenas respirar, el estruendo del hierro y el escaso sueño, todo esto era difícil e intolerable para un hombre como él que no estaba acostumbrado a tales pruebas ni entrenado para un régimen de vida tan duro.

Y cuando ya estaba a punto de abandonarse, e incluso 30
se negaba a comer, llegó Demetrio, que no sabía nada de lo que había ocurrido entretanto. Tan pronto como se enteró, tal como estaba se dirigió al punto corriendo a la cárcel. No le dejaron entrar en ese momento, pues ya era tarde y hacía tiempo que el guardián había mandado cerrar la puerta y estaba durmiendo, después de dejar dada la orden a sus empleados para que vigilaran. Por la mañana, en cambio, después de mucho suplicar consiguió entrar, y una vez dentro se puso a buscar durante mucho tiempo a Antífilo, que estaba irreconocible por sus sufrimientos. Estuvo dando vueltas examinando a cada uno de los presos, como suelen hacer las personas que buscan a sus propios muertos en los campos de batalla, cuando ya están desfigurados. Desde luego, si no lo hubiera llamado por su nombre a gritos, Antífilo el hijo de Dinómenes, habría pasado mucho tiempo sin que supiera quién era, tan cambiado estaba a causa de su horrible situación. Pero Antífilo al oír su nombre dio un grito y al acercarse Demetrio, separó su larga caballera, toda sucia y enmarañada, la apartó de su cara y se identificó. Ambos cayeron al punto desmayados ante el inesperable espectáculo.

Pasado un tiempo, Demetrio se recobró, reanimó a Antífilo y se informó por él con todo detalle de cuál era la situación. Entonces le animó, dividió en dos partes su manto, él se puso la mitad y le dio la otra a su amigo, después 31
de quitarle el que llevaba, que estaba sucio y convertido en un trapo lleno de agujeros. A partir de este momento,

compartió su vida con él, cuidándole por todos los medios y atendiéndole. Se contrató con los comerciantes del puerto desde la mañana al mediodía y trabajando como estibador conseguía un buen sueldo. Y luego, cuando regresaba de su trabajo, le daba una parte de su salario al carcelero, convirtiéndolo en una persona tratable y pacífica; con el resto tenía suficiente para cuidar a su amigo. Se pasaba las tardes con Antífilo reconfortándole, y cuando caía la noche descansaba cerca de la puerta de la cárcel, sobre un camastrillo que se había hecho, cubierto de hojas.

32 Así pasaron algún tiempo. Demetrio entraba en la cárcel sin problemas y Antífilo soportaba mejor su desgracia. Pero más tarde, al morir en la cárcel un bandido (envenenado al parecer) la vigilancia se hizo más rígida y ya no dejaban entrar a ninguno de los que solicitaban el permiso. Angustiado y dolorido por esta situación, como no tenía otro procedimiento para poder estar con su amigo, se presentó ante el Gobernador y se acusó a sí mismo de haber sido cómplice en el atentado contra el templo de Anubis.

Nada más hacer esta declaración fue conducido preso a la cárcel, y al ser llevado junto a Antífilo, a fuerza de súplicas insistentes al carcelero pudo conseguir, al menos a duras penas que lo encadenaran al mismo cepo que él. Así fue como mejor demostró el afecto que le tenía, desentendiéndose de sus propios problemas (pues también él cayó enfermo), preocupándose de que durmiera lo mejor posible y sufriera menos. De esta manera sobrellevaban mejor sus desgracias solidariamente.

33 Pasado algún tiempo, ocurrió algo que puso fin a su posterior infortunio. Uno de los presos, sin que se sepa cómo, consiguió una lima y logró comprometer a muchos detenidos; cortó la cadena a la que estaban sujetos en rueda, con los collares insertos en ella, y los liberó a todos.

Mataron fácilmente a los pocos guardianes que había y escaparon juntos. Al punto se dispersaron por dondequiera que pudieron y más tarde fueron detenidos la mayor parte de ellos. En cambio, Demetrio y Antífilo se quedaron donde estaban e incluso cogieron a Siro, que ya se marchaba. Al hacerse de día, el Prefecto de Egipto, al enterarse de lo ocurrido, envió gente a perseguir a los otros, pero mandó llamar al grupo de Demetrio, los libró de la cárcel y los alabó porque eran los únicos que no habían escapado.

Pero ellos no se conformaban con haber sido puestos en libertad de este modo, sino que Demetrio daba gritos con gran indignación, diciendo que se cometía una gran injusticia con ellos puesto que iba a parecer que eran unos criminales a los que se ponía en libertad por compasión o como premio por no haberse escapado. Al final obligaron al magistrado a investigar cuidadosamente el asunto. Y cuando éste descubrió que no habían cometido ningún delito les elogió y expresó su gran admiración a Demetrio, después de lo cual los puso en libertad, condoliéndose por el castigo que habían sufrido al ser detenidos injustamente. A cada uno de ellos lo obsequió con dinero de su propio peculio, a Antífilo le dio diez mil dracmas y a Demetrio dos veces esta cantidad.

Antífilo está todavía en Egipto actualmente, pero De- 34
metrio le dejó aquellas veinte mil dracmas suyas y se marchó a la India con los brahmanes, diciéndole únicamente a Antífilo que debía considerar lógicamente disculpable el que ya lo dejara, pues ni él necesitaba el dinero, mientras estuviera como estaba, capaz de contentarse con poco, ni Antífilo necesitaba ya un amigo, puesto que sus circunstancias eran fáciles.

Así son, Tóxaris, los amigos griegos. Si tú no nos hubieras calumniado previamente, diciendo que presumíamos de boquilla, yo te habría repetido las propias palabras, abundantes y hermosas, que Demetrio pronunció ante el tribunal, no en defensa de sí mismo, sino de Antífilo, llorando incluso y suplicando y echándose a sí mismo toda la culpa, hasta que Siro fue sometido a tortura y absolvieron a ambos.

35 Yo te he contado estos pocos ejemplos entre los muchos que hay, los primeros que me vinieron a la memoria, de amigos que fueron buenos y seguros. A partir de ahora, me apeo de mi discurso y te concedo a ti la palabra. De que tus escitas no sean peores, sino mucho mejores que los míos ya te preocuparás tú, si te importa tu mano derecha, para que no tengas que cortártela. Tú mismo debes ser un hombre hábil, porque podrías quedar en situación ridícula si después de alabar a Orestes y Pílades muy inteligentemente, resultas un orador mediocre defendiendo a Escitia.

TÓXARIS. — ¡Estupendo, Mnesipo! Me estás incitando a hablar como si no te importara en absoluto no tener que cortarte la lengua si quedas por debajo de mí en el discurso. Sin embargo, yo voy a empezar inmediatamente, sin hacer un despliegue de palabras hermosas como tú lo hiciste; ni tampoco esto es norma de los escitas, especialmente cuando los hechos hablan más que las palabras. No esperes de nosotros nada parecido a lo que tú contaste, cuando elogiabas a un hombre que se había casado con una mujer fea y sin dote, o porque había dado dos talentos a la hija de un amigo suyo que se casaba, y ¡por Zeus!, si alguien se entregaba para que lo encarcelaran ante la evidencia de ser puesto al cabo de poco tiempo en libertad. Todo eso es demasiado barato y no hay en esas acciones

nada grandioso o heroico. En cambio yo te voy a hablar de muchos derramamientos de sangre, batallas y muertes 36 en defensa de los amigos, para que sepas que vuestras hazañas son cosa de niños comparadas con las de los escitas.

Aunque no es inexplicable que os ocurra esto, sino que es natural que elogiéis estas pequeñeces, ya que os faltan ocasiones trascendentales para ostentar la amistad, viviendo como vosotros en paz profunda, de la misma manera que no podría saberse con una mar tranquila si el piloto es bueno; se necesita una tempestad para que puedas precisarlo. Entre nosotros, en cambio, las guerras son continuas y siempre estamos o invadiendo el territorio de otros o retirándonos ante los invasores o entablando batallas por el pasto o botín, ocasiones en la que más necesarios son los buenos amigos; por esta razón consolidamos nuestras amistades tan firmemente como podemos, convencidos de que ésta es la única arma invencible e infranqueable.

En primer lugar, quiero explicarte cómo hacemos ami- 37 gos nosotros no a base de beber juntos, como vosotros, o por ser compañeros de la adolescencia o vecinos, sino que cuando vemos a un hombre valiente, capaz de realizar grandes acciones, todos ponemos en él nuestro interés y lo mismo que vosotros hacéis con las bodas, nosotros creemos que merece la pena hacerlo con los amigos, mostrando la máxima insistencia en nuestros requerimientos y al mismo tiempo poniendo todo el esfuerzo para no fracasar en su amitad y dar la impresión de que hemos sido rechazados. Y una vez que alguien ha sido escogido y se convierte en amigo, a partir de ahí se celebran los pactos formales y el máximo juramento «de que vivirán juntos y morirán, si es necesario, cada uno por el otro». Y así lo hacemos. Pues desde el momento en que nos hacemos un corte en los dedos, vertemos la sangre en una copa, mojamos

las puntas de nuestras espadas en ella, y luego, ambos a la vez, acercamos nuestros labios y bebemos, nada a partir de ese momento podría separarnos [7]. Está permitido como máximo celebrar tales pactos hasta tres personas, pues quienquiera que tenga muchos amigos, nosotros creemos que se parece a las mujeres públicas y adúlteras, y creemos que su amistad no será más segura, al tener que repartirse entre muchos afectos.

38 Voy a empezar por el asunto de Dándamis, ocurrido recientemente. En efecto, en el combate con los saurómatas, al ser hecho prisionero Amizoques, su amigo Dándamis..., bueno, mejor será que te preste primero nuestro juramento, puesto que es lo que convine contigo al principio. Juro por el Viento y la Espada que no te contaré ninguna mentira, Mnesipo, acerca de los amigos escitas.

MNESIPO. — Desde luego, yo no tenía ninguna necesidad de tu juramento. De todos modos, hiciste bien al no jurar por ninguno de los dioses.

TÓXARIS. — ¿Qué dices? ¿Es que no te parece que son dioses el Viento y la Espada? ¿Hasta tal punto ignoras realmente que nada hay para los hombres más importante que la vida y la muerte? En realidad cuando nosotros juramos por el Viento y la Espada, lo hacemos así porque el viento es fuente de vida y la espada es causa de muerte [8].

MNESIPO. — Es que si es por eso, también podrías tener otros dioses como la espada, la flecha, la lanza, el veneno, la cuerda para ahorcarse y otros parecidos, pues el

[7] HERÓDOTO (IV 70) habla de una copa de barro en la que se mezclan vino y la sangre de los contrayentes, pero no alude a que ambos beban de la misma copa al mismo tiempo.

[8] HERÓDOTO (IV 62) alude al juramento de los escitas, pero no dice nada de su culto al viento, que parece un invento de Luciano.

dios de la muerte es polifacético y ofrece muchos caminos para dirigirse hacia él.

TÓXARIS. — ¿Te estás dando cuenta de que me estás discutiendo como un picapleitos, interrumpiéndome y estropeando mi discurso? En cambio yo estaba callado mientras tú hablabas.

MNESIPO. — Ya no volveré a hacerlo, Tóxaris. Tienes mucha razón con tus reproches. A partir de ahora puedes hablar tranquilamente, que me tendrás callado como si ni siquiera estuviera presente mientras estás hablando.

TÓXARIS. — Hacía tres días que eran amigos Dándamis 39
y Amizoques, desde que habían bebido cada uno la sangre del otro, cuando los saurómatas invadieron nuestro país con diez mil jinetes; el número de la infantería que se decía que nos había atacado era tres veces superior. Teniendo en cuenta que nos habían atacado cogiéndonos desprevenidos, no sólo nos derrotaron completamente cuando cayeron sobre nosotros, sino que dieron muerte a muchos combatientes y cogieron a otros prisioneros, salvo los que consiguieron pasar a nado al otro lado del río, donde teníamos la mitad de nuestro campamento y una parte de los carros. Así teníamos en efecto establecido el campamento, no sé con qué idea de nuestros jefes, sobre ambas orillas del Tanaís [9].

Enseguida empezó el pillaje, el afianzamiento de los prisioneros, el saqueo de las tiendas y la requisa de los carros, la mayor parte de ellos cogidos con sus propios ocupantes; ante nuestros ojos violaron a nuestras concubinas y a nuestras mujeres y nosotros estábamos muy abatidos por la situación.

[9] Este dato fecha el origen del relato en una época en que escitas y saurómatas o sármatas se enfrentaban en orillas opuestas del Don.

40 Cuando se llevaban a Amizoques (que había sido hecho prisionero) duramente encadenado, llamó a gritos por su nombre a su amigo, y le recordó la copa de juramento y la sangre bebida. Al oírlo Dándamis, sin vacilar un momento y a la vista de todos se puso a nadar hacia el enemigo. Los saurómatas blandiendo sus jabalinas lo atacaron con la intención de alcanzarlo mortalmente, pero él gritó la palabra «Ziris» [10]. Si alguien pronuncia esta palabra, ya no lo matan, sino que lo reciben como a quien viene a traer un rescate. Así, fue conducido ante el jefe y reclamó a su amigo, pero el otro pedía un rescate, diciendo que no lo entregaría a menos que recibiera una gran cantidad por él.

Dándamis entonces dijo: «Todo lo que tenía, me ha sido arrebatado por vosotros, pero si puedo pagar conmigo desnudo, estoy dispuesto a ofrecerme a vosotros y puedes mandarme lo que quieras. Si lo deseas, tómame en su lugar y utilízame como te plazca».

El saurómata respondió: «No hay ninguna necesidad de que te pongas completamente en nuestras manos, viniendo como Ziris, pero páganos con una parte de lo que tienes y llévate a tu amigo».

Dándamis preguntó qué cosa quería tener. El otro pidió los ojos. Él al punto se ofreció para que se los sacaran, y cuando ya lo habían hecho y los saurómatas tenían su rescate, tomó a su amigo, regresó apoyándose en él; nadando los dos juntos llegaron hasta nosotros a salvo.

41 Este acontecimiento levantó la moral de los escitas, que ya no se consideraban derrotados, al ver que los enemigos

[10] Por el uso que se hace de la palabra citada «Ziris» parece claro que no significa «rescate» o «rescatador», sino que más bien parece que expresa algo como «hermano», «amigo», «enviado».

no se habían llevado el mayor de nuestros tesoros, sino que todavía permanecían entre nosotros una valiente disposición de ánimo y la lealtad a los amigos. A los saurómatas el mismo hecho los desmoralizó no poco, cuando se dieron cuenta de la clase de hombres con lo que iban a combatir en campaña campal, aunque entonces los habían vencido en un ataque por sorpresa. En consecuencia, al caer la noche, abandonaron la mayor parte de sus cabezas de ganado, prendieron fuego a los carros y se pusieron en fuga. Sin embargo, Amizoques no pudo soportar tener él mismo vista y que Dándamis estuviera ciego, sino que se cegó con sus propias manos y ambos están actualmente mantenidos a expensas públicas con todos los honores por la comunidad de los escitas.

¿Qué hazaña parecida, Mnesipo, podríais referir vos- 42
otros, si se os permitiera enumerar otros diez ejemplos sobre los cinco ya citados, sin necesidad de juramento si así lo deseas, para que pudieras adornarlos con muchas mentiras? Aunque yo te hice mi relato escueto de los hechos; mientras que si tú hubieras descrito algo parecido, sé perfectamente cuántos adornos habrías mezclado con la narración, contando la clase de súplicas que hacía Dándamis, cómo se cegó, lo que dijo, cómo volvió, cómo le recibieron con aplausos los escitas y otros productos como los que soléis fabricar vosotros para dar gusto a la audiencia.

Y ahora vas a escuchar otro caso de un hombre igual- 43
mente honrado, Belita, primo hermano del mismo Amizoques: éste, al ver a su amigo Bastes derribado de su caballo por un león (pues estaban cazando juntos), cuando ya el león abrazado a él estaba sujeto a su garganta y le estaba despedazando con sus garras, el propio Belita se apeó también del caballo, atacó al animal por detrás y trató de alejarlo, provocándolo hacia sí, distrayendo su atención me-

tiéndole los dedos entre sus fauces, tratando por todos los medios de apartar a Bastes de su dentellada, hasta que el león por fin soltó a éste, que estaba medio muerto, se volvió contra Belita, lo estrechó entre sus garras y lo mató también. Sin embargo, éste al morir consiguió golpear al león con su espada en el pecho, de modo que todos murieron, y nosotros los enterramos después de cavarles dos fosas cercanas, una para los dos amigos y otra enfrente para el león [11].

44 La tercera historia que voy a contarte, Mnesipo, es la de la amistad de Macentes, Loncates y Arsacomas. Este Arsacomas se había enamorado de Macea, hija de Leucanor, que reinaba en el Bósforo [12], cuando se encontraba allí en misión diplomática para tratar del tributo que nos pagaban regularmente los del Bósforo y entonces llevaban ya más de dos meses de retraso. Pues bien, durante el banquete vio a Macea, una muchacha alta y hermosa, se enamoró de ella y empezó a pasarlo mal. El asunto del tributo ya se había resuelto y el Rey lo recibía en audiencia y lo agasajaba en relación con su despedida. Los del Bósforo tienen la costumbre de que los pretendientes requieran a las muchachas en la sobremesa y digan quiénes son para considerarse merecedores de ser aceptados para el matrimonio, también en esta ocasión se encontraban presentes muchos pretendientes, reyes e hijos de reyes. Estaba Tigrapates, el rey de los lazos, y Adírmaco, soberano de Macliene, y otros muchos. Cada uno de los pretendientes tiene que anunciarse a sí mismo, diciendo que ha venido a pre-

---

[11] Este cuento, con su león y la justicia poética de la tumba del animal, sugiere claramente una fuente poética, un epigrama quizá.

[12] Leucanor es un personaje ficticio, así como Eubíoto, su hermano, mencionado en cap. 51.

tender, y luego debe cenar en silencio ocupando su lugar entre los otros. Una vez que han terminado de cenar, debe pedir una copa, hacer una libación sobre la mesa y pedir en matrimonio a la muchacha, haciendo de sí múltiples elogios en relación con su linaje, su riqueza o su poder.

Pues bien, una vez que muchos, de acuerdo con esta 45
costumbre, hicieron su libación, presentaron su petición y enumeraron sus reinos y riquezas, en último lugar Arsacomas pidió su copa, pero no hizo la libación, pues no es nuestra costumbre derramar el vino, sino que esto nos parece una ofensa al dios. Bebió de un solo trago y dijo: «Entrégame, majestad, a tu hija Macea como esposa, puesto que soy mucho más idóneo que éstos, al menos en lo que atañe a la riqueza y propiedades». Leucanor se quedó asombrado, porque sabía que Arsacomas era pobre y un escita de clase media, y le preguntó: «¿Cuántas cabezas de ganado o cuántos carros tienes, Arsacomas? Porque en eso estriba vuestra riqueza». «No tengo carros ni rebaños», dijo, «pero tengo dos amigos hombres de bien como no los tiene ningún otro escita».

Entonces se rieron de él por esta respuesta y no le hi- 46
cieron caso creyendo que estaba borracho. Al día siguiente Adírmaco, que había sido preferido a los demás pretendientes, se disponía a llevarse a la novia junto al lago Meotis en el pueblo de los maclianos; Arsacomas regresó a su casa e informó a sus amigos de la ofensa que el Rey le había hecho, poniéndole en ridículo en el banquete, porque se le consideraba un pobre. «A pesar», dijo, «de que le dije la riqueza inmensa que tenía en vosotros, Loncates y Macentes, y vuestro afecto, muy superior y más poderoso que la soberanía sobre los pueblos del Bósforo. A pesar de mis palabras, se burló de nosotros y nos despreció, y entregó su hija en matrimonio a Adírmaco el Macliano, porque

se decía que tenía diez copas de oro, ochenta carros de cuatro lechos y numerosas ovejas y bueyes. Hasta tal punto por encima de hombres valientes prefirió numerosos rebaños, artísticas copas y carros pesados.

»Por lo que a mí se refiere, amigos, estoy doblemente afligido, pues no sólo amo a Macea y me ha afectado mucho la injuria que se me ha inferido ante tanta gente, sino que creo que en la misma medida vosotros también habéis sido ofendidos, ya que la tercera parte de la injuria corresponde a cada uno de nosotros, puesto que desde que nos reunimos vivimos con la idea de que somos un solo hombre, *sufrimos con las mismas* desgracias y nos alegramos de las mismas alegrías». «No sólo eso», añadió Loncates, «sino que cada uno de nosotros se siente completamente injuriado con el trato que tú has recibido».

47 «Entonces», dijo Macentes, «¿cómo trataremos la presente situación?» «Dividamos el trabajo entre nosotros», dijo Loncates. «En lo que a mí se refiere, me comprometo a traerle a Arsacomas la cabeza de Leucanor, y tú debes ir a buscarle de nuevo a la muchacha.»

«Muy bien», dijo el otro. «Y entretanto tú, Arsacomas, ya que como es natural necesitaremos organizar a continuación una expedición y entrar en guerra, quédate aquí y reúne y prepara armas, caballos y demás dispositivos en el mayor número posible. Podrás alistar muchos fácilmente, porque tú eres bueno y además tenemos muchos parientes, pero sobre todo si te sientas en la piel de toro [13]».

[13] Luciano es la única autoridad que nos transmite esta curiosa costumbre que explica más abajo (cap. 48). Las alusiones de los paremiógrafos y la *Suda* se basan en él. La actitud del suplicante, con las manos en la espalda, simboliza la indefensión. La participación en el banquete, el poner el pie en la piel de toro, son un rito de comunión. Recuérdese

Así lo decidieron, y Loncates, tal como estaba, se dirigió al punto al Bósforo. Macentes se fue rumbo a los maclianos, ambos montados a caballo, mientras que Arsacomas se quedó en casa, mantuvo conversaciones con sus camaradas y equipó una fuerza reclutada entre sus parientes. Al final, también se sentó en la piel.

Nuestra costumbre relativa a la piel es la siguiente: cuan- 48
do un hombre ha sido ofendido por otro y quiere vengarse, pero ve que por sí mismo no tiene capacidad de lucha suficiente, sacrifica un toro, trocea la carne y la cuece, y a continuación él mismo se extiende la piel en el suelo y se sienta sobre ella, con las manos en la espalda, como los que están atados por los codos. Ésta es para nosotros la más significativa petición de ayuda. Una vez servidas las carnes del toro, se acercan los familiares y también si algún otro lo desea, toma cada uno una porción de carne y entonces pone el pie derecho en la piel y promete, de acuerdo con sus posibilidades, uno que proporcionará cinco jinetes a quienes no se les dará comida ni soldada, otro diez, otro más, otro los hoplitas que pueda, el más pobre se ofrece él sólo. Así se reúne a veces en la piel una gran fuerza y este ejército es tan seguro para la resistencia como invencible ante el enemigo, puesto que está juramentado, pues el hecho de poner el pie en la piel es un juramento.

En estos preparativos estaba ocupado Arsacomas; consiguió reunir unos cinco mil jinetes y unos veinte mil soldados de Infantería, entre hoplitas y armados a la ligera.
Entretanto Loncates, sin darse a conocer, llegó al Bósforo 49
y se presentó ante el Rey que administraba el poder y le dijo que venía de parte de la comunidad escita, pero que en privado le traía importantes noticias.

---

cómo Cartago se llamaba *Byrsa* en memoria de su fundación (VIRG., *En.* I 367).

Cuando el Rey le ordenó hablar, dijo: «Los escitas os hacen estas exigencias corrientes y ordinarias, que vuestros pastores no crucen hasta la llanura, sino que apacienten sus rebaños sólo hasta la comarca abrupta. En cuanto a los bandidos a los que vosotros acusáis de saquear vuestra tierra, niegan que sean enviados por orden del Estado, sino que cada uno de ellos por su propia cuenta roba para su beneficio. Si conseguís coger a alguno de ellos, tú tie-
50 nes toda la autoridad para castigarle. Éste es su mensaje, pero por mi parte te informo de que Arsacomas, el hijo de Mariantes, que recientemente estuvo contigo en una misión diplomática, está preparando un gran ataque contra ti, indignado sin duda porque te pidió a tu hija en matrimonio y no lo consiguió. Ahora lleva seis días sentado sobre la piel y ha reunido un gran ejército».

«Yo mismo oí decir», dijo Leucanor, «que se estaba reuniendo una fuerza en la piel, pero ignoraba que se estaba formando contra nosotros o que Arsacomas fuera el impulsor».

«Pues los preparativos», dijo Loncates, «van dirigidos contra ti en persona. Arsacomas es mi enemigo y está molesto porque nuestros dignatarios me anteponen en honores a él y me consideran mejor que él en todos los sentidos. Si me prometes a tu otra hija Barcetis, puesto que no soy indigno de vosotros en otros sentidos, yo te traeré pronto su cabeza».

«Te lo prometo», dijo el Rey, que estaba muy alarmado, porque reconocía la causa de la ira de Arsacomas en relación con la boda, y por otra parte siempre había tenido terror a los escitas.

Loncates le dijo: «Jura que respetarás el pacto y no te echarás atrás cuando las cosas ya hayan ocurrido».

Y cuando con las manos extendidas [14] hacia el cielo ya se disponía a jurar, el otro le dijo: «No jures aquí, no vaya a resultar que alguno de los espectadores sospeche del motivo de nuestro juramento. Vayamos a ese santuario de Ares y cerremos las puertas antes de jurar, para que nadie nos oiga, porque si Arsacomas se entera de esto, temo que sea yo la víctima propiciatoria de la guerra, puesto que ya tiene extendida una mano muy larga».

«Entremos», dijo el Rey, «y vosotros quedaos lo más lejos posible, y que nadie entre en el templo sin que yo lo haya llamado».

Una vez que estuvieron dentro y la guardia personal se había replegado, desenvainó la cimitarra, le tapó la boca con la otra mano para que no pudiera pedir ayuda y le hirió en el pecho; luego le cortó la cabeza y salió con ella bajo el manto, manteniendo con él entretanto una aparente conversación en la que le decía que volvería pronto, como si el otro ya le hubiera despedido. De este modo llegó al lugar en el que había dejado atado su caballo, montó y se alejó al galope hacia Escitia. No hubo persecución porque los bosforamos no se enteraron de lo ocurrido durante mucho tiempo, y cuando se dieron cuenta ya estaban en luchas por el trono.

Esto es lo que hizo Loncates, y así cumplió su prome- 51
sa, trayéndole a Arsacomas la cabeza de Leucanor. Por su parte Macentes, que se enteró durante su viaje de lo que había ocurrido en el Bósforo, cuando llegó junto a los maclianos fue el primero que les dio la noticia de la muerte del Rey, y añadió: «La ciudad te llama al trono,

[14] El Rey quiere jurar al aire libre, como era norma en la Antigüedad (Cf. *Il.*, III 275 ss., y XIX 254 ss.; entre los romanos para invocar a *dius fidius* se precisaba ver el cielo, Cf. VARRÓN, *L. L.* V 66). Loncates empieza por engañarle al hacerle entrar bajo techado.

Adírmaco, como yerno que eres del Rey, de modo que tú debes adelantarte y hacerte cargo del poder, presentándote súbitamente en medio de una situación alterada, y la muchacha debe seguirte poco después en los carros, pues así atraerás fácilmente a muchos pueblos del Bósforo, cuando vean a la hija de Leucanor. Por mi parte, yo soy alano y estoy emparentado con esta muchacha por su madre, puesto que Masteira, a la que desposó Leucanor, procedía de nuestro pueblo. He venido ahora a ti de parte de los hermanos de Masteira en el país de los alanos, que te piden que cabalgues a toda prisa hacia el Bósforo y no consientas que el gobierno vaya a parar a Eubíoto, que siendo hermano bastardo de Leucanor es amigo de siempre de los escitas y detesta a los alanos [15].

Macentes pudo hablar así porque llevaba la misma indumentaria y hablaba la misma lengua que los alanos. Estas características son comunes a los alanos y a los escitas, salvo que los alanos no llevan el pelo tan largo como los escitas. Pero Macentes también en este aspecto se les parecía pues se había cortado el pelo todo lo que convenía que un alano tuviera el pelo más corto que un escita, de modo que inspiraba confianza por este motivo y parecía pariente de Masteira y Macea.

52 «Y ahora, Adírmaco», dijo, «estoy dispuesto a ir contigo al Bósforo, si lo deseas, o a quedarme aquí si es preciso y acompañar a la muchacha».

---

[15] En un fragmento papiráceo de una novela griega *(P. S. I.* VIII 981) cuya acción discurre en Escitia aparece un soberano Eubíoto. Rostovtzeff *(Skythien und der Bosporus,* pág. 98) sugiere que este pasaje sea el resumen de una novela más larga. En efecto, el hecho de que Eubíoto sea hermano bastardo de Leucanor nos explica su amistad con los escitas y su enemistad a los alanos. También queda en el aire por qué estaba viviendo a la sazón con los sármatas.

«Me gustaría más esto», dijo Adírmaco, «que tú que eres su pariente consanguíneo acompañaras a la muchacha, pues si vienes con nosotros al Bósforo sólo tendríamos un jinete más, mientras que si me llevas a la mujer, serías el equivalente a muchos».

Así se hizo y él se alejó, después de confiarle a Macentes que condujera a Macea, que todavía era virgen. Éste la escoltó durante el día en su carro, pero al caer la noche, la hizo montar sobre su caballo —pues había encomendado que sólo les siguiera un jinete [16]— montó también él y en vez de continuar hacia el lago Meotis se desvió de la ruta hacia el interior, teniendo a su derecha los montes Mitreos. Deteniéndose únicamente para que la muchacha descansara, al tercer día completó el viaje desde los maclianos hasta Escitia. Su caballo, al dejar de galopar se mantuvo de pies un momento y se murió. Macentes entre- 53
gó Macea a Arsacomas y le dijo: «Acepta también de mí el cumplimiento de mi promesa».

Arsacomas quedó atónito ante lo inesperado de lo que estaba viendo y trató de expresarle su agradecimiento, pero Macentes le dijo: «Deja de considerarme una persona distinta de ti mismo, pues el darme las gracias por lo que hice es lo mismo que si mi mano izquierda agradeciera a la derecha que la curara cuando se hirió y que la atendiera cariñosamente cuando estaba cansada. Realmente nos comportaríamos de manera ridícula si después de unirnos desde hace tanto tiempo y habernos convertido, en la medida de lo posible, en una sola persona, todavía le diéramos importancia a que una parte de nosotros hiciera algo útil

[16] Macentes viene solo; este jinete único es presumiblemente un macliano, hostil. ¿Qué se hace de él? Por alguna razón no hace lo que sería lógico, darle muerte por la noche y cogerle el caballo.

para todo el cuerpo, pues actuó en su propio beneficio, por ser una parte del organismo completo al que se favoreció».

54 Así le habló Macentes a Arsacomas cuando éste intentaba expresarle su agradecimiento. Pero cuando Adírmaco se enteró de la estratagema, ya no se dirigió al Bósforo —pues allí ya estaba gobernando Eubíoto, llamado por los saurómatas, entre quienes vivía— sino que regresó a su propio país, y después de reclutar un numeroso ejército, avanzó hasta Escitia a través de las montañas. Poco después también Eubíoto irrumpió con todo el ejército griego en masa, mas tropas auxiliares de alanos y saurómatas en número de veinte mil de cada grupo. Cuando juntaron sus fuerzas Eubíoto y Adírmaco, sumaron en total noventa mil hombres, de los cuales la tercera parte eran arqueros a caballo.

Por nuestra parte —y digo nosotros porque también yo mismo tomé parte en su expedición, puesto que había contribuido en aquella ocasión a la piel con cien jinetes automantenidos— habíamos reunido no menos de treinta mil hombres, incluidos los jinetes, y esperábamos su ataque. Mandaba las tropas Arsacomas y cuando los vimos avanzar nos dirigimos contra ellos, enviando por delante a la Caballería. Después de una larga y dura batalla, nuestro frente ya estaba empezando a ceder y se estaba rompiendo la formación, hasta que al fin la fuerza escita entera quedó dividida en dos; una parte empezó a replegarse, pero no claramente derrotada, sino que la fuga parecía una retirada, pues ni siquiera los alanos se aventuraban a perseguirlos a distancia; en cambio, la otra parte, que era más pequeña, estaba cercada por los alanos y maclianos, que la estaban machacando por todas partes disparando gran cantidad de flechas y venablos, de modo que estaban muy

agobiados nuestros soldados sometidos al cerco y ya muchos arrojaban las armas.

En este grupo se encontraban también Loncates y Ma- 55
centes, que ya estaban heridos combatiendo en primera línea, Loncates alcanzado por una punta de lanza en un muslo y Macentes herido de hacha en la cabeza y en un hombro por una jabalina. Al darse cuenta de ello, Arsacomas, que se encontraba en nuestro grupo, pensó que sería vergonzoso retirarse y abandonar a sus amigos; picó espuelas a su caballo y se lanzó gritando entre los enemigos blandiendo la espada de combate, de modo que los maclianos ni siquiera aguantaron la furia de su ataque, sino que se separaron y lo dejaron pasar.

Después de levantar la moral de sus amigos y de exhortar a todos los demás, se lanzó contra Adírmaco y con un golpe de hacha en el cuello lo seccionó hasta la cintura. Con su muerte todo se descompuso, el Ejército macliano primero, poco después los alanos, y a continuación los griegos. De modo que una vez más vencimos nosotros, y los habríamos podido seguir persiguiendo por mucho tiempo matándolos si la noche no hubiera puesto fin a la acción.

Al día siguiente llegaron procedentes del enemigo unos suplicantes que pedían que nos hiciéramos amigos; los del Bósforo prometieron pagar doble tributo, los maclianos se comprometieron a entregar rehenes y los alanos se ofrecían en compensación por aquel ataque a ayudarnos para someter a los sindianos, que se habían separado de nosotros desde hacía ya tiempo. Con estas condiciones nos dejamos convencer, una vez que estuvieron de acuerdo Arsacomas y Loncates [17], y se hizo el tratado de paz, mientras ellos negociaban los detalles.

[17] El que no se mencione el nombre de Macentes parece indicar que murió en el combate, aunque Luciano no lo diga.

Tales son las hazañas que los escitas tienen valor para llevar a cabo por sus amigos, Mnesipo.

56 MNESIPO. — Muy dramático, Tóxaris; se parece mucho a los cuentos. Que me perdonen la Espada y el Viento, por los que juraste, pero realmente, si alguien no se fiara de ellos, no parecería muy censurable.

TÓXARIS. — Ten cuidado, mi valiente amigo, no vaya a ser envidia vuestro descreimiento. Sin embargo, no soy yo la persona a la que con tu desconfianza puedas desalentar para que no cuente otros relatos como éstos de hazañas que me consta que los escitas llevaron a cabo.

MNESIPO. — Únicamente no lo hagas demasiado largo, mi excelente amigo, ni emplees discursos tan prolijos, porque recorriendo arriba y abajo la Escitia y la Maclia, y yendo y volviendo al Bósforo, has abusado excesivamente de mi silencio.

57 TÓXARIS. — También en este tema debo hacer caso de tus sugerencias y hablar brevemente para que no te canses prestándome atención en todo el recorrido de mi relato. Escucha más bien el servicio que me prestó a mí personalmente un amigo llamado Sisines.

Cuando yo salí desde mi casa de Atenas ansioso de aprender la cultura griega, navegué hacia Amastris, en el Mar Negro; la ciudad es un puerto de cabotaje para los que navegan procedentes de Escitia, no muy distante de Carambis. Me acompañaba Sisines, un amigo de la niñez. Buscamos un alojamiento en el puerto, trasladamos allí nuestro equipaje desde el barco y sin sospechar nada malo nos fuimos de compras. Pero entretanto unos ladrones rompieron la cerradura y se lo llevaron todo, hasta el punto que no dejaron siquiera lo imprescindible para ese día.

58 Cuando regresamos a casa y nos dimos cuenta de lo ocurrido, no nos pareció oportuno proceder judicialmente

contra los vecinos, que eran muchos, ni contra el hospedero, temiendo que la gente nos tomara por chantajistas si decíamos que nos habían robado cuatrocientos dáricos, mucha ropa, algunos paños y todo lo que teníamos. Estábamos estudiando la situación para ver qué podíamos hacer al encontrarnos sin nada absolutamente en un país extraño. Incluso yo era de la opinión de hundirme la espada en el pecho en el acto y desaparecer de la vida antes de soportar una situación indecorosa, agobiado por el hambre o la sed, pero Sisines trataba de animarme y me suplicaba que no hiciera tal cosa, pues decía que él mismo iba a discurrir un medio para que tuviéramos subsistencia suficiente.

Entonces se dedicó a transportar maderos desde el puerto y regresaba trayéndome víveres adquiridos con su salario. Al día siguiente, dando vueltas por la plaza vio una especie de procesión, según dijo, de jóvenes animosos y de buen aspecto, que habían sido reclutados a sueldo como gladiadores y se disponían a luchar al cabo de dos días. Y una vez que se enteró de todo lo relativo a ellos volvió junto a mí y me dijo: «Ya no tienes que llamarte pobre más tiempo, Tóxaris, porque dentro de dos días te haré rico».

Así dijo, y estuvimos vegetando de mala manera en el 59
intervalo; cuando por fin se montó el espectáculo, nosotros mismos fuimos espectadores. Me cogió como si fuéramos a ver un espectáculo griego divertido y único y me llevó al teatro. Nos sentamos y vimos en primer lugar animales salvajes abatidos a flechazos, acosados por perros y lanzados contra hombres encadenados —criminales, según supusimos—. Cuando entraron los gladiadores, el heraldo hizo destacarse a un joven de buena talla y proclamó públicamente que quien estuviera dispuesto a luchar con él avanzara hasta el centro y recibiría diez mil dracmas

como recompensa por el encuentro. Entonces se levantó Sisines, dio un salto a tierra, disponiéndose a luchar, pidió las armas, recibió la recompensa, las diez mil dracmas, me la trajo y la puso en mis manos, y dijo: «Si venzo, Tóxaris, nos iremos con todo lo necesario, pero si caigo, entiérrame y regresa a Escitia».

60 Mientras yo me lamentaba ante la situación, él recibió sus armas y se revistió con ellas, salvo el casco, que no se lo puso, sino que tomó posición con la cabeza descubierta y así luchaba. Él mismo recibió la primera herida, un golpe bajo en la corva con la espada curva, de modo que la sangre fluía abundante. Yo estaba ya con anterioridad muerto de miedo. Pero él esperó a que su adversario le atacara confiadamente y entonces le hirió en el esternón y lo atravesó, de modo que al punto cayó ante sus pies. Él mismo, exhausto por la herida, estaba sentado junto al muerto, y poco faltó para que la vida también le abandonara. Entonces yo acudí corriendo junto a él, lo reanimé y lo conforté. Y una vez que lo despidieron como vencedor me hice cargo de él y lo llevé a casa. Después de un largo tratamiento sobrevivió y actualmente está todavía en Escitia, después de casarse con mi hermana. Sin embargo, está cojo de resultas de la herida.

Y esto, Mnesipo, no ocurrió en el país de los maclianos ni en Alania, como para que falten testigos y pueda desconfiarse de ello, sino que hay aquí muchos amastrianos que recuerdan el combate de Sisines.

61 Todavía te voy a contar en quinto lugar la hazaña de Abaucas, y con ella terminaré. Vino una vez este hombre llamado Abaucas a la ciudad de los boristenitas [18], trayendo consigo a su mujer, de la que estaba muy enamorado,

[18] Olbia.

y dos hijos pequeños, uno de los cuales, el niño, era todavía de pecho, y la niña, de siete años. Vino con un amigo suyo, Gindanes, que estaba afectado de una herida que le habían inflingido unos ladrones que los habían atacado en el camino. Luchando con ellos, había recibido una cuchillada en el muslo, hasta el punto que ni siquiera podía estar de pie por el dolor. Durante la noche, mientras estaban durmiendo (casualmente vivían en el piso superior), se produjo un gran fuego, todas las salidas quedaron bloqueadas y el fuego rodeó por todas partes la casa. Abaucas se despertó, abandonó a sus hijos que estaban llorando, zarandeó a su mujer que estaba abrazada a él, le ordenó que se salvara ella misma, cogió en brazos a su amigo y bajó, consiguiendo salir de la casa por donde el fuego no lo había prendido todo completamente. Su mujer le seguía con el niño en brazos, dando instrucciones a la niña para que la siguiera. Medio abrasada, dejó caer al niño de sus brazos y pudo atravesar con dificultades las llamas, y con ella la niña, que estuvo a punto de perecer también ella. Y cuando le reprocharon a Abaucas posteriormente por qué había abandonado a sus hijos y a su mujer y, en cambio, había sacado a Gindanes, dijo: «Es que para mí es fácil hacer hijos de nuevo, y no es seguro que vayan a ser buenos; en cambio, yo no podría encontrar en muchísimo tiempo un amigo como Gindanes, que me ha dado pruebas abundantes de su afecto» [19].

---

[19] El razonamiento de Abaucas en este punto es sospechosamente parecido al que adjudica LUCIANO a Seleuco Nicátor en *La diosa siria* (cap. 18), SÓFOCLES a Antigona *(Antíg.* 905-912) y HERÓDOTO a la mujer de Intafernes (III 119). Sin embargo, no podemos estar seguros del todo de que en el caso de Abaucas derive de la historia de Heródoto, pues hay paralelos en la India (en el *Ramayana* y en el *Jatakas)* y en Persia.

62 He terminado, Mnesipo, al poner a tu disposición estos cinco casos escogidos entre muchísimos. Es el momento de decidir quién de nosotros tiene que cortarse la lengua o la mano derecha. Veamos, ¿quién va a ser el juez?

MNESIPO. — Nadie, ya que no nombramos ningún juez de la discusión. Pero vamos a hacer una cosa: puesto que ahora hemos disparado sin apuntar, otro día elegiremos un árbitro y en su presencia le contaremos historias de otros amigos; entonces, el que de nosotros quede derrotado se cortará la lengua, si soy yo, o la mano derecha, si eres tú. Esto puede parecer burdo; entonces, puesto que tú decidiste alabar la amistad y por mi parte yo no creo que haya para los hombres ningún otro bien ni más importante ni más hermoso que éste, ¿por qué no nos ponemos de acuerdo también nosotros ahora mismo en ser amigos y serlo para siempre, contentos por haber ganado los dos y por haber conseguido magníficos premios, puesto que en vez de una lengua o una sola mano derecha cada uno de nosotros tendrá dos, y lo que es más, dos pares de ojos, cuatro pies, y en pocas palabras, lo tendrá todo doblado? Porque la unión de dos o tres amigos es como las pinturas que representan a Gerión, un hombre con seis manos y tres cabezas. Porque yo creo que Gerión eran tres personas que lo hacían todo juntos, como debe ser tratándose de amigos.

63 TÓXARIS. — Tienes razón. Vamos a hacerlo así.

MNESIPO. — Y que no necesitemos ni sangre ni espada que garanticen nuestra amistad, pues nuestra conversación presente y el aspirar a los mismos ideales son mucho más dignos de confianza que la copa que vosotros bebéis, puesto que hazañas como éstas no me parece que necesiten coacción sino propósito.

TÓXARIS. — Eso me parece bien: seamos ya amigos y anfitriones, tú para mí aquí en Grecia, y yo lo seré tuyo cada vez que vayas a Escitia.

MNESIPO. — Puedes estar muy seguro de que no vacilaría en llegar incluso más lejos si me voy a encontrar con amigos como tú, Tóxaris, has puesto en evidencia que lo eres, con tus palabras.

58

ENCOMIO DE DEMÓSTENES

La extrema artificialidad de su construcción, así como el vocabulario, parecen excluir a Luciano como autor (Helm, *Lucian und Menipp).* En cambio, lo defienden Baldwin *(Antichton* 3, 1969, 54-62) y Hall *(Lucian's Satire,* Nueva York, 1981).

Las razones para repudiarla son su falta de inspiración, su griego pobre y su evitación del hiato. Tal vez fue escrito imitando el estilo de Luciano por un sofista que conocía la *Vida de Demóstenes* de Plutarco; tiene también datos comunes con la *Vida de los diez oradores* de Plutarco y ligeras semejanzas con la *Vida de Demóstenes* de Libanio.

La fecha de la obra es completamente incierta. Si el escenario es Rodas (véase nota 3 e introducción a *Amores),* probablemente se escribió antes de la mitad del siglo IV y antes por tanto de la época de Libanio.

Entre sus defensores, Bauer supone que la obra es una caricatura satírica de los elogios de oradores contemporáneos y da a entender que Luciano culpa a éstos deliberadamente de las exageraciones grotescas y del mal griego de su tiempo. Aunque esta interpretación es ingeniosa, no es convincente. Si la gran mayoría de eruditos no han visto una sátira en una obra atribuida a Luciano el satírico, es porque la sátira está bien disimulada desde luego. Es un pobre satírico que no consigue que su sátira, aunque sutil, sea reconocida como tal.

Me estaba yo paseando a lo largo del pórtico, por la 1
izquierda según se sale, poco antes del mediodía del día dieciséis del mes [1], cuando me encontré con Terságoras, a quien probablemente conocéis algunos de vosotros. Es un hombre bajito, de nariz ganchuda, blanquecino y dotado de una constitución viril. Yo, al ver que se acercaba hacia mí, le dije: «¿Adónde va el poeta Terságoras y de dónde viene?» [2].

«Vengo de casa aquí», dijo.

«¿A pasear?», dije yo.

«Desde luego», dijo, «es lo que más falta me hace, porque me he levantado a horas intempestivas y decidí honrar con mis primicias poéticas a Homero en el día de su nacimiento.»

«Hiciste bien», le dije yo, «al querer pagarle las enseñanzas que te dio.»

«Empecé por ahí», dijo, «y sin darme cuenta ya es mediodía. Por eso, como te dije, necesito un paseo.

»Pero ante todo he venido aquí para saludar a éste (y 2
señalaba a Homero con su mano). Estoy seguro de que sabéis que me refiero al que está a la derecha del templo de los Tolemeos [3], con el cabello suelto. Pues bien, he venido para hablar con él, dijo, y rogarle que me conceda una parte de su abundante poesía.»

«¡Ojalá», dije yo, «las cosas dependieran de los deseos! En ese caso, creo que yo mismo habría seguido tu ejemplo y desde hace tiempo habría estado molestando a Demóstenes para que me ayudara con motivo de su cum-

---

[1] Probablemente es el mes de Pianepsion (mediados de octubre-mediados de noviembre) en el día de la muerte de Demóstenes.

[2] PLATÓN, *Fedro,* principio.

[3] La escena se desarrolla probablemente en Rodas.

pleaños. Si nos bastara con rezar, yo me uniría a tus plegarias, y así conseguiríamos una ganga compartida.»

«Por mi parte», dijo, «creo que puedo atribuirle a Homero la abundancia de inspiración de mis composiciones nocturna y durante el día, pues me sentí transportado por un delirio divino hacia la inspiración poética. Pero tú mismo podrás juzgarlo, pues a propósito me traje estas tablillas, con la esperanza de encontrarme con un amigo que estuviera desocupado y tú me parece que te encuentras en un ocio muy bello.»

3 «Desde luego, eres un amigo afortunado», dije yo, «y te ocurre lo que al vencedor de la carrera de fondo, que ya se había limpiado el polvo y estaba en condiciones de disfrutar del resto del espectáculo cuando se le ocurrió obsequiar al luchador contándole sus cuentos, aunque la prueba de la lucha lógicamente estaba a punto de anunciarse. Pero el luchador le replicó: «¡No se te ocurriría contar cuentos si estuvieras en la línea de salida!» Así también me parece que tú, después de haber ganado una carrera de fondo de poesía, quieres divertirte con un hombre que está sobre ascuas pensando en su suerte en el estadio».

Y él riéndose dijo: «¿Qué cosa difícil te propones hacer por tu cuenta?»

4 «A lo mejor», dije yo, «Demóstenes te parece de poca categoría para ser comparado con Homero. Porque tú te sientes orgulloso alabando a Homero, ¿crees que para mí Demóstenes es lo mismo que nada?»

«Me estás acusando sin fundamento», dijo él. «Yo no enfrentaría entre sí a los superhombres, aunque estoy más dispuesto a ponerme de parte de Homero».

5 «¡Bien dicho!», dije yo, «¿y no se te ocurre pensar que yo pueda estar de parte de Demóstenes? Pero puesto que no desprecias en este sentido el discurso, según tu ra-

zonamiento es evidente que sólo piensas en la actividad poética, mientras que desprecias los discursos oratorios exactamente igual que un jinete irrumpiendo entre la infantería».

«Espero no estar tan loco como para eso», dijo él, «a pesar de que necesitan mucha locura los que se dirigen a las puertas de la poesía» [4].

«Pues también los que se dedican a la prosa necesitan inspiración divina, si no quieren parecer pedestres y pobres de ingenio» [5].

«Lo sé, amigo», dijo, «y con frecuencia disfruto comparando las obras de los escritores de discursos y de Demóstenes en particular con las obras de Homero, por ejemplo, su intensidad, su amargura y su inspiración; contrapongo lo de «cargado de vino» [6] con las borracheras de Filipo, sus danzas desordenadas y su desenfreno [7], lo de «un augurio es el mejor» [8], con lo de «los hombres valientes deben tener buenas esperanzas en sus corazones» [9] y lo de «¡cuánto gemiría el anciano jinete Peleo!» [10] con lo de «¡cómo llorarían esos hombres de otros tiempos que murieron por la gloria y la libertad!» [11]. Comparo igualmente el «desbordado Pitón» [12] con «los copos de nieve» [13] en palabras de Ulises, y lo de:

¡ojalá nos libráramos para siempre de la vejez y de la [muerte

[4] Plat., *Fedro* 245a.

[5] Plat., Leyes 811c.

[6] Hom., *Il.* I 225.

[7] Demóstenes, *2.ª Olintíaca* 18.

[8] *Il.* XII 243.

[9] Demóstenes, *Corona* 97.

[10] *Il.* VII 125.

[11] Dem., *Contra Aristócrates* 210.

[12] Dem., *Corona* 136.

[13] *Il.* III 222.

con:

porque para todos los hombres la muerte es el término
[de la vida[14]
aunque alguien se encierre y esconda en un aposento[15].

Y hay otras innumerables ocasiones para que coincidan en un mismo pensamiento.

6 »Me deleito igualmente con los pasajes emotivos, las disposiciones anímicas, los giros del lenguaje, las variaciones que suprimen la monotonía, el regreso al tema principal después de las digresiones, la elegancia de las oportunas comparaciones, su estilo libre de todo barbarismo.

7 »Más aún, con frecuencia pensé (porque no podría disimular la verdad) que Demóstenes, que, según dicen, había soltado las riendas a la libertad de lenguaje, asumió la desidia ática con más gracia que el que llamó «aqueas» a los aqueos [16] y llenó de nuevo las tragedias griegas con un espíritu más intenso que el que inventó diálogos en el punto más álgido de una batalla y disgregó el ímpetu de la acción con discursos.

8 »Con frecuencia Demóstenes, con sus cláusulas medidas, su cadencia rítmica y sus consonancias, me proporciona el mismo placer que la poesía, del mismo modo que a Homero tampoco le faltan antítesis, correspondencias de sonidos, figuras violentas del lenguaje o pureza de estilo. Sin embargo, parece que de una manera natural se combinan las inteligencias con la capacidad para usarlas. ¿Cómo po-

[14] *Il.* 322-4.
[15] Dem., *Corona* 97.
[16] Homero, *Il.* II 235, y VII 96.

dría yo despreciar a Clío, que sé que tiene el mismo poder que Calíope? [17]

9 »Sin embargo, no por ello considero menos mi trabajo de elogio de Homero como doblemente importante que tu elogio de Demóstenes, no por razón del verso».

«Entonces, ¿por qué?», dije yo, «sino porque no tengo una base firme en la que pueda apoyar mis elogios, excepto su misma poesía, ya que todo lo demás es oscuro, su patria, su familia y su época. Y si alguna de estas cosas fuera cierta:

no habría entre los hombres ninguna querella incontrover-
[tible [18],

al darle como patria Ios o Colofón, o Cime, o Quíos, o Esmirna o Tebas la egipcia u otras mil [19], y como padre a Meón el lidio o un río [20], puesto que prefieren el nombre Melesígenes al suyo de familia; su madre dicen que era hija de Melanopo o, a falta de linaje humano, una de las ninfas del agua, y que su época fue la edad de los héroes o el período jónico [21] y admiten que ni siquiera se puede saber con seguridad su edad comparada con la de Hesíodo, y que su sino fue la pobreza o la ceguera. Pero tal vez sería mejor que estas cosas siguieran estando en la oscuridad. Es decir, que mi elogio está limitado a un espacio estrechísimo: alabar su poesía al margen de la realidad, y reunir una impresión de su sabiduría entrevista a partir de sus versos».

---

[17] Clío era la musa de la historia y Calíope la musa de la poesía épica.
[18] Eur., *Fenicias* 500.
[19] Aulo Gelio, III 11.
[20] El Meles, río de Esmirna.
[21] Unos 140 años después de la guerra de Troya.

10 «Pero tu trabajo», dijo, «lo tienes a mano, fácil y sencillo, dentro únicamente de nombres definidos y conocidos, como si fuera una comida preparada ante ti que necesita que le eches condimentos. Porque, ¿qué asoció la fortuna a Demóstenes que no fuera grande, glorioso y famoso? ¿No era Atenas su patria, «aquella rica», celebrada por todos, baluarte de Grecia? [22] Si yo hubiera tocado el tema de Atenas, habría utilizado también mi licencia poética para introducir también los amores, los juicios y las estancias allí de los dioses, sus regalos y la historia de Eleusis [23]. Y si además se introdujeran sus leyes, sus tribunales, las festividades, el Pireo, las colonias y los trofeos por las victorias marítimas y terrestres, ninguna palabra humana podría igualarla, como dice Demóstenes [24]. Entonces tendría una abundancia extraordinaria de material y no pensaría que el elogio se apartaba del tema, ya que es costumbre tradicional en los elogios incluir sus patrias para aumentar la distinción de los elogiados. Así Isócrates añadió la historia de Teseo como complemento de su *Helena*. La raza de los poetas es libre, pero tal vez tú debes precaverte de atraer hacia ti el dicho proverbial sobre la burla del sentido de la proporción, no te vaya a salir la inscripción más grande que el saco.

11 »Ahora abandono Atenas y el relato continúa con su padre trierarco, «sandalia de oro» según Píndaro, pues no hay en Atenas cargo más ilustre que el de trierarco. Y si hubiera muerto cuando Demóstenes era todavía un niño, su orfandad no hubiera debido tomarse como una desgra-

[22] Pínd., *Frag.* 76, también citado en el *Timón de Atenas* 50.

[23] Plat., *Menéxeno* 237c.

[24] Dem., *Simorías* 1.

cia sino como base de una gloria que descubría su nobleza natural.

»En lo que se refiere a Homero, la historia no nos ha transmitido el recuerdo de su formación ni de su preparación, y su elogio, al no tener material procedente de su crianza, ni de su trayectoria ni de sus enseñanzas, hay que tomarlo de los propios productos de su artesanía, sin recurrir al laurel de Hesíodo [25] que fácilmente proporciona inspiración poética incluso a los pastores. Al llegar a este punto, estoy seguro de que tú tienes un espléndido catálogo en Calístrato, Alcidamante, Isócrates, Iseo, y Eubúlides [26]. Aunque había en Atenas innumerables placeres para seducir incluso a los que estaban sometidos a la potestad paterna, aunque los jóvenes tienen una edad dispuesta a deslizarze hacia la molicie, y él tenía completa libertad para hacerlo gracias al descuido de sus tutores, sin embargo, se apoderó de él el amor a la Filosofía y a las virtudes cívicas, que le abrió las puertas no de Friné [27], sino de Aristóteles, Teofrasto, Jenócrates y Platón. 12

»Y al llegar aquí, mi querido amigo, tú podrías filosofar en tu discurso sobre las dos clases de impulsos amorosos que sienten los seres humanos [28], uno es el de un amor como el mar, frenético, salvaje y que se agita como olas en el alma, un mar tumultuoso de Afrodita Pandemia, que surge exactamente con las pasiones impetuosas de la juventud, mientras que el otro es un amor celestial «atracción de una cadena de oro», que no inflige con su fuego y sus arcos heridas de difícil curación, sino que empuja 13

[25] HES., *Teogonía* 30.

[26] Calístrato fue el primer orador que entusiasmó a Demóstenes.

[27] Famosa cortesana, amante de Hipérides.

[28] *Amores* 37; PLAT., *Banquete* 180d.

a los hombres a una forma pura e inmaculada de belleza, con un sensato furor de sus mentes, tal como dice el poeta trágico:

Está cerca Zeus y los allegados de los dioses[29].

14 »Para el amor todo es posible: puede aguantar una cabeza afeitada, una cueva, un espejo, el filo de una espada, es capaz de articular el lenguaje, emprender una empresa con la edad ya avanzada, agudizar la memoria, despreciar molestas interrupciones, enlazar las noches a las actividades diurnas[30]. ¿Quién podría ignorar, dijo, en qué clase de orador se te convirtió Demóstenes como resultado de todo ello, empleando pensamiento y lenguaje para dar solidez a sus discursos, una muy cuidada disposición para garantizar la persuasión, brillante en su grandeza, de espíritu vehemente, muy mesurado en el uso de palabras y figuras de pensamiento, variadísimo en sus giros? Fue el único orador[31], para decirlo con palabras de Leóstenes[32], «que dio a sus palabras la vida y la fuerza de un martillo».

15 »Porque a diferencia de Esquilo, que según Calístenes[33] escribía sus tragedias a base de vino, con el que estimulaba y calentaba su ánimo, Demóstenes no bebía alcohol sino agua mientras componía sus discursos[34]. También por esa razón decían que Démades se reía por esta costumbre de

[29] Esquilo, *Níobe Frag.* 162 (Nauck).

[30] Tal como se dice que Demóstenes perfeccionó su oratoria, cuando se retiró a una cueva.

[31] Éupolis, 94-6.

[32] Un patriota ateniense que intentó sacudirse el yugo macedonio después de la muerte de Alejandro.

[33] Historiador contemporáneo de Alejandro.

[34] Dem., *2.ª Filípica* 30.

beber agua diciendo que los otros hablaban con agua [35], mientras que Demóstenes escribía con ella. Y a Piteas el sonido de los discursos de Demóstenes le parecía que olía a candil nocturno [36]. «Este lugar de tu discurso coincide con mi planteamiento», dijo, «pues cuando se discute sobre la poesía de Homero mis argumentos desde luego no son inferiores.

»Y si recurres a sus sentimientos de bondad, su generosi- 16
dad en el dinero, y la brillantez sin mácula de su trayectoria política» —y seguía recitando dispuesto a añadir otras cualidades—, yo me eché a reír y dije: «¿Acaso te propones taponarme los oídos, inundándomelos con el resto de tu relato como si fueras un bañero?» [37].

«¡Así es por Zeus!», dijo, «las comidas públicas, el pago voluntario de los gastos de los coros, el equipamiento de las trirremes [38], las murallas, el foso que pagó, las liberaciones de esclavos, las muchachas a las que dio una dote [39], como prueba de una excelente actividad política, sus embajadas, las leyes que presentó, la magnitud de sus servicios públicos, cuando pienso en todo ello me río de uno que frunce las cejas y teme que sus palabras queden por debajo de los hechos de Demóstenes».

«¿Te imaginas tal vez, mi querido amigo», dije, «que 17
soy el único de cuantos se han pasado la vida dedicados a la Retórica sin que se le hayan taponado los oídos con las hazañas de Demóstenes?»

«Sí que me lo imagino», dijo él, «si como tú dices necesitamos alguna ayuda para nuestro discurso. A no ser

---

[35] Referencia al reloj de agua, que medía el tiempo de los discursos.

[36] PLUTARCO, *Demóstenes* 7.

[37] PLAT., *República* 344d.

[38] DEM., *Contra Midias* 13.

[39] DEM., *Corona* 248, 257, 268.

que a ti te ocurra lo contrario, que a causa del resplandor que le rodea no puedes fijar tu mirada en la gloria resplandeciente de Demóstenes. A mí mismo me ocurrió algo parecido al principio con Homero. En realidad estuve a punto de renunciar, porque no podía mirar de frente mi argumento. Luego, sin saber cómo, levanté la vista, me imagino que por haberme acostumbrado poco a poco a mirar de frente, sin desviarme del tema como si se tratara de los rayos del sol ni comportarme como un miembro bastardo de la familia de los homéridas.

18 »Me parece que también en este aspecto tu situación es mucho más ventajosa que la mía», continuó. «Porque mientras la gloria de Homero está como anclada en su poder poético y había que abarcarla conjuntamente, en cambio tú, si intentaras desviar tu atención de una vez hacia Demóstenes en su conjunto, tendrías muchas dificultades al lanzarte dando vueltas al discurso, sin saber qué era lo primero que tenía que captar tu mente, lo mismo que les pasa a los glotones en los banquetes de Siracusa [40] o a los amantes de audiciones y espectáculos, cuando se encuentran ante muchísimas posibilidades de placeres del oído y de la vista. No saben hacia dónde dirigirse y cambian sin parar de deseo. Me parece que también tú andas dando tumbos sin saber dónde pararte, porque te arrastran en círculo el atractivo de su natural magnificencia, su vehemencia de fuego, su vida sobria, su elocuencia, su valor en la acción, su desprecio a las grandes finanzas, su sentido de la justicia, su magnanimidad, su lealtad, su sensatez, su inteligencia, todos y cada uno de sus grandes servicios públicos. Por ello, tal vez cuando veas por una

[40] Los banquetes de Siracusa eran proverbialmente suntuosos. Cf. *Diálogos de los muertos* 19, 2.

parte los decretos, las embajadas, los discursos públicos y las leyes, y por otra las expediciones navales a Eubea, Mégara, Beocia, Quíos, Rodas y Bizancio en el Helesponto, no podrás desviar tu atención, rodeado por tanto desbordamiento de riqueza.

»Tal como Píndaro, después de darles vuelta a muchos 19
temas, expresaba así sus dificultades: [41]

¿Debemos celebrar con nuestros himnos a Ismeno [42]
o a Melia [43] *con su rueca de oro*
o a Cadmo, o a la raza sagrada de los hombres sembrados [44]
o a Tebas con su redecilla purpúrea,
o la fuerza capaz de todo de Heracles
o debemos honrar la fecunda alegría de Dioniso
o las bodas de Harmonía la de blancos brazos?

Así también tú parece que estás en dificultades parecidas, sin saber si tienes que celebrar los discursos de tu héroe, su vida, su filosofía, su liderazgo popular o su muerte.

«No cuesta ningún trabajo», siguió diciendo, «evitar 20
el desconcierto. Debes asumir algún rasgo distintivo, o su oratoria en sí misma y concentrar en ella todo el discurso. Ni siquiera la oratoria de Pericles parecería adecuada. Pues, aunque la tradición nos ha transmitido sus truenos y relámpagos y su «aguijón persuasivo», no podemos ver su oratoria real, que evidentemente no tenía ni tanta viveza

---

[41] *Frag.* 29.

[42] El héroe legendario que dio su nombre al río Ismeno en Tebas.

[43] Ninfa que recibía culto en Tebas como madre de Ismeno.

[44] Los antepasados tradicionales de Tebas fueron los supervivientes de los guerreros que combatieron entre sí después de nacer de los dientes del dragón sembrados por Cadmo.

ni cualidades tan permanentes como para haber podido resistir la dura prueba del tiempo. En cambio, la obra de Demóstenes —pero debemos dejarte a ti que lo digas, si estás dispuesto a dedicarte a ello.

21 »Sin embargo, si te dedicas a las virtudes de su espíritu o a sus actividades políticas, convendría separar un solo argumento para la discusión, y si quieres mostrarte generoso, elige dos o tres en total y tendrás tema suficiente para tu discurso, porque en todos sus aspectos hay una gran distinción. Y si queremos hacer un elogio no de todo, sino de una parte, existe en la tradición homérica la alabanza de los héroes por partes, los pies, la cabeza o la cabellera, y a veces incluso de sus atavíos o de sus escudos; tampoco fue censurable que los poetas celebraran a los dioses en sus himnos por una rueca o el arco o la égida, no digamos por alguna parte de su cuerpo o de su espíritu, puesto que nadie puede recorrer la lista completa de sus gracias. Por ello, tampoco se podrá objetar que Demóstenes reciba elogios por una sola de sus virtudes, puesto que ni él mismo tendría capacidad para hacer una alabanza completa de sí mismo».

22 Cuando Terságoras terminó su intervención, dije: «Creo que me has demostrado perfectamente una cosa, que no sólo eres un buen poeta, al añadir prosa a tus versos e incluir en el regalo a Demóstenes como accesorio».

«Más bien lo hice por ti», dijo, «cuando me dejé llevar al recorrido de mi discurso para sugerirte la facilidad de tu tarea, con la esperanza de que te relajaras algo de tu preocupación al oírlo.»

«Entonces puedes estar seguro de que no has conseguido nada», dije. «Piensa más bien si no ha podido agravarse el problema.»

«Bonita curación entonces, por lo que dices», dijo.

«Desde luego», dije yo, «y es que tú ignoras mi dificultad actual, y lo mismo que un médico que ignora cuál es la infección del paciente, tratas de curarle de otra enfermedad».

«¿Qué quieres decir con eso?»

«Tú has intentado curar lo que podría turbar al que por primera vez se dedica a hacer discursos, pero estos defectos ya han quedado trasnochados con el paso de largos períodos de tiempo, de modo que para esta clase de problemas tus remedios han quedado obsoletos.»

«Pues precisamente esto es lo que puede curarte», dijo. «Las medicinas son como caminos, cuanto más conocidos, más seguros.»

«Es que yo me propuse más bien», dije, «el camino 23
contrario al que dicen que siguió Anníceris de Cirene [45] para que le tomaran en consideración Platón y sus camaradas. Cuentan que el cireneo, exhibiendo la pericia de un auriga, condujo su carro durante muchos recorridos por la misma rodada, alrededor de la Academia sin salirse nunca de ella, de modo que quedara la señal de un solo circuito en la tierra. Mi interés, por el contrario, es evitar las rodadas de los carros, aunque en mi opinión no es fácil trazar nuevos caminos desviándose de los que ya están hollados».

«Pero el método de Pausón es más inteligente», dijo.

«¿Cual es?», dije yo, «porque no he oído hablar de él».

«Cuentan que le encargaron al pintor Pausón [46] que 24
pintara un caballo revolcándose, pero que él lo pintó corriendo y rodeado de una nube de polvo. Cuando se presentó el que le había hecho el encargo, mientras lo estaba pintando, le criticó diciéndole que no era lo que le había

[45] Eliano, *Historias varias* II 27.

[46] Eliano, *Historias varias* XIV 15.

mandado. Pausón entonces le dio la vuelta al cuadro poniéndolo boca abajo y le ordenó a su criado que lo mostrara al patrón, y que así el caballo se veía tumbado y revolcándose.»

«Eres un ingenuo», dije, «Terságoras, si crees que yo me las he arreglado para tener una sola alternativa a lo largo de todos estos años y no te das cuenta de que más bien he adoptado toda clase de giros y he dado tantas vueltas que temo que al final me ocurra lo mismo que a Proteo».

«¿Y qué le pasó a Proteo?», dijo.

«Lo que cuentan que le sucedió cuando consiguió librarse de la apariencia humana: después de haber agotado todas las figuras de animales, de plantas y de elementos, por falta de formas extrañas se convirtió otra vez en Proteo.» [47].

25 «Pero es que tú dejas pequeñito a Proteo con tus maquinaciones para librarte de oírme.»

«No es eso, mi querido amigo», le dije. «En todo caso, estoy dispuesto a escucharte, dejando a un lado la preocupación que me agobia. A lo mejor, al librarte tú de tu propio feto, quieras solidarizarte conmigo en mis dolores de parto.»

Así lo decidimos, y nos sentamos en un escalón cercano; yo le escuchaba mientra él recitaba muy noble poesía. De repente, como movido por un impulso místico, dobló su tablilla y dijo: «Vas a recibir tu sueldo de oyente, como en Atenas la subvención por asistir a la asamblea o por participar en un jurado, para que me estés agradecido».

26 «Yo te estaré agradecido», dije, «incluso antes de saber lo que estás diciendo. Pero, ¿de qué estás hablando?»

[47] *Odisea* IV 455 ss.

«Una vez me encontré unas memorias de la casa real macedonia, y tanto me gustó entonces el libro que puse mucho interés en comprarlo. Ahora acabo de recordar que lo tengo en casa. Además de dar detalles de los hechos de Antípatro en su casa, habla de Demóstenes, y creo que tendrías interés en oírlo...»

«Pues bien», dije yo, «te agradezco a la vez tus buenas noticias y te pido que leas el resto de tus versos. Yo no me voy a privar de ver tu promesa convertida en realidad. Tú me invitaste con esplendidez en el natalicio de Homero y parece que también tú mismo quieres ser el anfitrión en el de Demóstenes.»

En efecto, después de recitar lo que le quedaba en la 27
tablilla, nos entretuvimos el tiempo suficiente para expresar las alabanzas que merecía el poema antes de dirigirnos a casa de Terságoras. Aunque con algunas dificultades, encontró el libro, yo lo cogí y me separé un momento; después de leerlo, tomé la decisión de volvéroslo a leer palabra por palabra, sin cambiar nada. Porque tampoco Esculapio recibe menos honores si sus visitantes no le cantan su propio peán, sino uno de Isodemo de Trecén o de Sófocles [48] ni a los ojos de Dioniso, aunque se haya interrumpido la composición de comedias y tragedias en su honor, las obras escritas por otros autores antiguos favorecen menos a los que las representan ahora en momento oportuno, porque parece que así han honrado al dios.

Pues bien, este libro —la escena dramática siguiente 28
es la parte de las memorias que nos afecta— nos cuenta cómo se le anunció a Antípatro la presencia de Arquías. Bueno, este Arquías, por si alguno de los más jóvenes no lo conoce, había sido nombrado para arrestrar a los

---

[48] La poesía de Isodemo es desconocida.

exiliados. Se le habían dado instrucciones para que convenciera a Demóstenes, más que empleando la violencia, para que viniera de Calauria a la presencia de Antípatro. Y con esta perspectiva Antípatro estaba efectivamente excitado, siempre esperando a Demóstenes. Por ello, cuando oyó decir que Arquías había vuelto de Calauria [49], ordenó que se le llamara inmediatamente a su presencia,
29 tal como estaba. Y cuando compareció — el propio libro os contará el resto—.

Arquías. — ¡Salud!, Antípatro.

Antípatro. — ¿Cómo no voy a estar bien, si trajiste a Demóstenes?

Arquías. — Lo traje lo mejor que pude, pues he traído una urna con los restos de Demóstenes.

Antípatro. — Has defraudado mis esperanzas, Arquías. ¿De qué me sirven los huesos y la urna, si no tengo a Demóstenes?

Arquías. — Es que su alma, Señor, no la pude dominar contra su voluntad.

Antípatro. — ¿Por qué no lo cogisteis vivo?

Arquías. — Lo cogimos.

Antípatro. — ¿Murió entonces en el viaje?

Arquías. — No, sino donde él estaba, en Calauria.

Antípatro. — Tal vez este fue el resultado de vuestra negligencia, porque no lo vigilasteis bastante.

Arquías. — Más bien ni siquiera dependió de nosotros.

Antípatro. — ¿Qué dices? Hablas enigmáticamente, Arquías. ¿Lo cogisteis vivo y no lo tenéis?

30 ¿Acaso no nos mandaste no utilizar la fuerza desde el primer momento? Aunque tampoco habríamos conseguido nada más empleando la fuerza. Incluso lo intentamos.

---

[49] Una isla en la Argólide.

ANTÍPATRO. — No obrasteis bien ni siquiera al intentarlo. ¿Acaso murió por efecto de vuestra violencia?

ARQUÍAS. — Nosotros no lo matamos, pero era necesario usar la fuerza al no poder convencerle. Pero tú, Señor, ¿qué habrías ganado si te hubiera llegado vivo? En cualquier caso, no hubieras hecho otra cosa que matarle.

ANTÍPATRO. — Cállate, Arquías. Creo que no has com- 31
prendido qué clase de hombre era Demóstenes ni cuáles eran mis intenciones, sino que al parecer piensas que es lo mismo encontrar a Demóstenes que buscar a esos miserables que murieron de mala manera, Himereo de Falero, Aristónico de Maratón y Éucrates del Pireo, que eran como torrentes violentos, hombres humildes y que pululaban aprovechando los tumultos ocasionales, adoptaban posturas audaces ante la más pequeña esperanza de desorden y luego se paraban pronto como los vientos de la tarde. Otro de ellos es el traidor Hipérides, falso adulador del pueblo, que no se avergonzaba de adular a la plebe para calumniar a Demóstenes, ni de prestarse como esbirro para acciones de las que pronto se arrepintieron los mismos hombres a los que había favorecido. En cualquier caso, poco después de la calumnia, nos enteramos de que Demóstenes había tenido a su regreso del exilio una acogida más triunfal que la de Alcibíades. Pero a Hipérides no le importó ni se avergonzó de utilizar contra los que entonces eran sus mejores amigos una lengua que habría tenido que ser cortada por su insensibilidad.

ARQUÍAS. — ¿Qué pasa entonces? ¿No es Demóstenes 32
el peor de nuestros enemigos?

ANTÍPATRO. — No para quien cuida la lealtad del comportamiento y estima todo carácter libre de engaño y firme. Porque en verdad lo honorable es honorable también en el enemigo y la virtud es valiosa en todas partes. Yo

no soy peor que Jerjes, que admiraba a los espartanos Bulis y Esperquis [50], y los puso en libertad habiendo podido darles muerte, pero de todas las personas por quien más admiración he sentido siempre es por Demóstenes, con quien me encontré dos veces en Atenas, aunque precipitadamente, y de quien obtuve información a través de otros. Y le admiré por sus actividades políticas, no como podría pensarse por la elocuencia de sus discursos, aunque Pitón no era nada comparado con él, mientras que los oradores áticos son una tontería junto a su intensidad de trueno, el ritmo de sus frases, la concisión de sus pensamientos, la continuidad de sus argumentos, la acumulación de palabras y su vehemencia. De hecho, nos arrepentimos cuando convocamos a los griegos en Atenas para censurar a los atenienses, fiándonos de las promesas de Pitón, y nos enfrentamos con Demóstenes, que fue quien nos desacreditó. Realmente, no era posible acercarse a su poder oratorio.

33 Pero yo consideraba este poder en segundo lugar, asignándole el papel de una herramienta, porque a quien admiraba extraordinariamente era al propio Demóstenes, por su sensatez y su inteligencia, y porque mantenía su espíritu inquebrantable en una trayectoria recta a través de todas las olas tempestuosas de la fortuna, sin retroceder ante ningún peligro. Y yo sabía que Filipo tenía de él la misma opinión que yo. En efecto, cuando se le informó en cierta ocasión desde Atenas del discurso pronunciado en público contra él, y que Parmenio había montado en cólera y había soltado una pulla contra Demóstenes, dijo Filipo: «Parmenio, Demóstenes tiene derecho a hablar con libertad. Es el único orador popular que no está incluido en la lista de mis gastos, aunque yo preferiría confiar en él antes que

[50] Heródoto, VII 134.

en los escribas y en los remeros de las trirremes. En realidad, todos ellos están anotados por haber recibido de mí oro, madera, trigo, cabezas de ganado, tierra en Beocia y cualquier otra cosa existente. En cambio, antes nos apoderaríamos de Bizancio con nuestras máquinas que de Demóstenes con el oro.

»Por mi parte, Parmenio, si alguno de los atenienses 34
que hablan en Atenas me estima a mí más que a su patria, yo les daría mi dinero, pero no mi amistad. En cambio, si alguien me odia por defender a su patria, yo a éste le hago la guerra como a una ciudadela, una muralla, un astillero o un foso, pero le admiro por su valor y felicito a la ciudad que lo tiene. A los primeros los destruiría muy gustosamente después de haberlos utilizado para mi provecho, mientras que al otro me gustaría tenerlo conmigo, más que a mi caballería de Iliria o de los Tríbalos, más que a todo mi ejército de mercenarios, porque pienso que la fuerza de las armas está por debajo de la persuasión del lenguaje y del peso intelectual». Esto le dijo a Parmenio.

Cosas parecidas me dijo también a mí. En efecto, cuan- 35
do fue enviada la expedición con Diopites desde Atenas [51], yo estaba preocupado, pero él, riéndose a carcajadas dijo: «¿Es que tú tienes miedo de un general o de un soldado ateniense? A mí sus trirremes y el Pireo y sus astilleros me parecen bobadas y naderías. Porque, ¿qué podrían llevar a cabo unos hombres que celebran festivales a Dioniso, y se pasan la vida en comidas sacrificiales y danzas? Si no hubiera en Atenas un solo Demóstenes, nos habríamos apoderado de su ciudad más fácilmente que de los tebanos y los tesalios, con el engaño, la violencia, la sorpresa y la compra. Pero la realidad es que ahora él única-

[51] La expedición al Quersoneso trácico se hizo *ca.* 342 a. C.

mente se mantiene vigilante, está atento para enfrentarse con cualquier crisis, contrapone sus propios planes. No conseguimos maquinar nada, ni hacer ningún intento, ni tomar ninguna decisión sin que él se entere. En pocas palabras, este hombre es un obstáculo y un baluarte que nos impide tenerlo todo de repente. En lo que de él depende, no habríamos ocupado Anfípolis, no tendríamos Olinto, ni Fócide y las Termópilas, ni nos habríamos podido apoderar del Quersoneso y de la región del Helesponto.

36 »Pero él hace levantarse, incluso contra su voluntad, a sus conciudadanos, que están dormidos como si los hubieran drogado, utilizando su libertad de lenguaje como bisturí y cauterio de su pereza, preocupándose poco de lo que les pueda gustar. Transfiere los fondos de espectáculos al Ejército, con las leyes sobre la trierarquía [52] hace recomponer la escuadra, que estaba casi completamente arruinada a causa de la desorganización, estimula la dignidad de la ciudad, largo tiempo postrada en su obsesión por la dracma y el trióbolo [53] reconduciendo a este pueblo largo tiempo dormido al recuerdo de los antepasados y a emular las hazañas de Maratón y Salamina, une a los griegos en federaciones y alianzas militares. No es posible escapar a su atención, no se le puede engañar, ni se le puede comprar más de lo que el Rey de Persia compró al famoso Arístides [54].

37 »Por ello, Antípatro, es a él a quien hay que temer, más que a todas sus trirremes y a todas sus expediciones. Porque lo mismo que fueron Temístocles y Pericles para

---

[52] Con estas formas los ricos tuvieron que contribuir más a proveer la escuadra.

[53] Los abogados públicos cobraban una dracma y los jurados tres óbolos diarios.

[54] Plut., *Arístides* 10.

los atenienses de antaño, esto es Demóstenes para los actuales, y compite con Temístocles en inteligencia y con Pericles en sensatez. Lo cierto es que consiguió para ellos que les escucharan Eubea, Mégara, la región del Peloponeso y Beocia». «Y además», dijo, «me alegro mucho de que los atenienses nombren a Cares, Diopites y Próxeno y otros como ellos generales para que manden expediciones, pero dejen a Demóstenes en Atenas en la tribuna de los oradores. Porque si llegan a dejarle a un hombre así el control de las armas, de las naves, de los ejércitos, sus iniciativas y sus finanzas, temo que me habría increpado en su discurso refiriéndose a Macedonia, un hombre que emplea decretos para luchar contra nosotros, que nos rodea por todas partes, nos coge la delantera, consigue recursos, envía escuadras, concentra fuerzas, se mueve de un sitio a otro».

Tales fueron las cosas que me dijo Filipo entonces y 38
en otras muchas ocasiones a propósito de Demóstenes, considerando como uno de los bienes de su fortuna que Demóstenes no mandara ejércitos, aunque sus discursos, lanzados desde Atenas como arietes o catapultas, sacudían y alteraban sus planes. Ni siquiera después de la victoria de Queronea dejó de decirnos en qué peligro tan grande nos había colocado Demóstenes. «Porque», decía, «aunque contra toda esperanza gracias a la cobardía de sus generales, la indisciplina de los soldados y los caminos imprevisibles de la fortuna, que nos ayudó en muchas ocasiones, hemos conseguido la victoria; sin embargo, en el corto espacio de tiempo de un solo día puso en peligro mi Imperio y mi persona [55], puesto que había unificado las ciudades más importantes, había concentrado todo el po-

[55] PLUT., *Demóstenes* 20.

derío de Grecia, impulsando no sólo a los atenienses, sino también a los tebanos y a los otros beocios y corintios, eubenses y megarenses y a las potencias más grandes de Grecia, a arrostrar juntos el peligro y no permitirme entrar en el Ática.»

39 Con estos términos se expresaba hablando continuamente de Demóstenes. Y a los que decían que el pueblo ateniense era un gran adversario para él, les respondía: «Mi único adversario es Demóstenes, y los atenienses sin Demóstenes son como los enianos o los tesalios [56]». Y cada vez que enviaba legados a las ciudades griegas, si la ciudad de Atenas le volvía a enviar en correspondencia a otros oradores, se alegraba de la victoria conseguida con su embajada, pero cuando aparecía Demóstenes, decía: «Hemos enviado una embajada inútil, porque no se pueden levantar trofeos contra los discursos de Demóstenes».

40 Así hablaba Filipo. Pero nosotros estaríamos en situación muy inferior a Filipo si lo cogiéramos. ¿Qué crees que haríamos con un hombre así, Arquías? ¿Lo llevaríamos como un buey al matadero o mucho más probablemente lo nombraríamos consejero de asuntos griegos y de todo nuestro Imperio? Porque por naturaleza me cayó simpático desde el primer momento por sus actividades políticas, pero más aún a causa del testimonio de Aristóteles. En efecto, éste nunca dejó de decirnos a Alejandro y a nosotros, que entre tantas personas como le habían frecuentado para oírle, nunca había admirado a nadie tanto, por la magnificencia de sus dotes naturales, su autodisciplina para controlarlas, su seriedad, su vivacidad, su libertad de expresión y su fortaleza.

[56] Los enianos eran un pueblo sin importancia al norte de Grecia.

«Pero vosotros», dijo, «pensáis en él como si se tratara 41 de un Eubulo, un Frinón o un Filócrates [57], e intentáis atraerle también a él con sobornos, a un hombre que gastó la herencia paterna en los atenienses, tanto privadamente para ayudar a los necesitados como públicamente en el Estado. ¿Estáis tan equivocados como para creer que podéis atemorizar a un hombre que hace tiempo que ha decidido someter su vida a las inciertas vicisitudes de su patria, y os indignáis cuando censura vuestros actos? No, ni siquiera retrocede por miedo ante la asamblea de Atenas. No os habéis dado cuenta», continuó, «de que el patriotismo es la base de su actuación política, y que se ha propuesto a sí mismo esta actividad como entrenamiento para la Filosofía.»

Esta es la razón, Arquías, por la que estaba ansiando 42 estar con él y oírle decir cuál era la opinión que tenía sobre la actual situación, y, si era necesario, librarme de los aduladores que continuamente caen sobre nosotros, y escuchar un discurso sencillo procedente de una mente libre para conseguir un consejo sincero totalmente. También era justo advertirle cuán ingratos habían sido los atenienses con él, que había arriesgado por ellos toda su vida, aunque habría podido disfrutar de amigos más generosos y más seguros.

ARQUÍAS. — Señor, tal vez habrías acertado en el caso de los otros, pero en éste tu discurso habría sido inútil, porque era un amante fanático de Atenas.

ANTÍPATRO. — Así es, Arquías. ¿Qué otra cosa podríamos decir? Pero, ¿cómo murió?

---

[57] Eubulo era un oponente político de Demóstenes, Frinón ofreció sus servicios a Demóstenes y Filócrates formó parte de una embajada.

43 ARQUÍAS. — Me parece que aún te vas a sorprender más, Señor, ya que también nosotros, que habíamos contemplado la escena, estábamos igualmente atónitos y no podíamos dar fe a lo que veían nuestros ojos. Al parecer, ya tenía decidido desde hacía tiempo su plan sobre el último día de su vida, como lo demuestran los preparativos. En efecto, se había instalado en el interior del templo y todas nuestras conversaciones de días anteriores habían sido inútiles.

ANTÍPATRO. — ¿Y qué argumentos habíais empleado?

ARQUÍAS. — Yo le había hecho muchas ofertas humanitarias, prometiéndole cierta clemencia de tu parte, aunque sin confiar mucho en ello —porque yo no lo creía, sino que pensaba que tú estabas muy enfadado con él—, pero me parecía que era procedimiento útil para conservarle.

ANTÍPATRO. — ¿Y él cómo recibió tus razones? Y no me ocultes nada; me hubiera gustado muchísimo estar allí y haberlo oído con mis propios oídos. No debes pasar nada por alto, porque no es cosa baladí conocer el pensamiento de un hombre noble en el último momento de su vida y averiguar si fue débil e indolente o mantuvo inquebrantable la rectitud de su espíritu.

44 ARQUÍAS. — Desde luego no lo disimuló. ¡Ya lo creo que no! Se rió suavemente, me gastó bromas a propósito de mi vida anterior y me dijo [58] que estaba representando de modo poco convincente el papel que me habían asignado tus mentiras.

ANTÍPATRO. — ¿Entonces dejó escapar su vida porque desconfiaba de mis promesas?

ARQUÍAS. — No es eso. Si estás dispuesto a escuchar el resto, comprenderás que no desconfiaba únicamente de

[58] Arquias había sido actor trágico.

ti. Pero puesto que me invitas a hablar, Señor, él dijo: «No es imposible ni extraordinario que los macedonios se apoderen de Demóstenes como lo hicieron de Anfípolis, Olinto y Oropo». Dijo otras muchas cosas parecidas, y yo situé algunos escribas para que te recogieran sus palabras. «Desde luego yo, Arquías», dijo, «no iría a presencia de Antípatro por miedo a las torturas y a la muerte. Pero si lo que dices es cierto, todavía tendría que precaverme más para que mi propia vida no se vea corrompida con sobornos por Antípatro ni tenga que abandonar el puesto que yo me asigné junto a los griegos, para pasarme al servicio de Macedonia.

»Porque para mí, Arquías, la vida es honrosa si me la 45
proporciona el Pireo, la trirreme que yo regalé, los muros y el foso que se construyeron a mis expensas, la tribu Pandiónide, para cuyas representaciones contribuí con un coro [59] y Solón, Dracón, la libertad de la tribuna, un pueblo libre, los decretos militares, las leyes sobre la trierarquía y trofeos de los antepasados, la buena voluntad de mis conciudadanos, que me condecoraron muchas veces con coronas, el poder de los griegos, que yo he vigilado hasta ahora. Si la compasión hace la vida llevadera, en cambio, es humillante, pero es tolerable la caridad antre parientes, cuyos cautivos redimí, o entre los padres, a cuyas hijas doté para el matrimonio y para las personas cuyas contribuciones ayudé a pagar.

»Pero si no me pueden salvar ni el dominio de las islas 46
y del mar, suplico mi salvación a este [60] Posidón, a este altar y a las leyes de la piedad. Y si Posidón», continuó, «no puede garantizar la inviolabilidad del templo ni se aver-

[59] Cf. nota 39.

[60] El dios en cuyo templo se había refugiado.

güenza de entregar a Demóstenes a Arquías, pido morir. No debo en absoluto adular a Antípatro en lugar del dios. Yo hubiera podido conseguir que los macedonios me quisieran más que los atenienses y ahora compartiría vuestra buena fortuna, si me hubiera alineado a vuestro lado con Calimedonte, Piteas y Démades. Aunque tarde, habría podido cambiar a mejor mi fortuna, si no me hubiera avergonzado ante las hijas de Erecteo y ante Codro [61]. Mi elección fue no cambiar cuando la fortuna desertara de mí. La muerte es un honorable refugio para quedar libre de todo peligro de ignonimia. Y ahora, Arquías, en lo que dependa de mí, no avergonzaré a Atenas eligiendo voluntariamente la esclavitud y rechazando la libertad, que es el más hermoso ornamento para mi tumba.»

47 «Merecería la pena», dijo «recordarte uno de los pasajes trágicos, en el que se citan las impresionantes palabras:

Ella, aunque estaba agonizante,
tuvo mucho ciudado de caer con decoro [62].

Tal fue la conducta de una muchacha. ¿Va a preferir Demóstenes una vida vergonzosa a una muerte honesta, olvidando las palabras de Jenócrates y de Platón sobre la inmortalidad? [63]»

Y luego siguió diciendo cosas más amargas contra los que se insolentan con la suerte. ¿Pero qué necesidad tengo de contártelo todo ahora? Y al final, mientras yo le suplicaba, le amenazaba y mezclaba la musa amable con la du-

---

[61] Las hijas de Erecteo, un rey legendario de Atenas, dieron sus vidas para asegurar la victoria de Atenas en la batalla, como hizo Codro.

[62] EUR., *Hécuba* 568-569.

[63] Jenócrates sucedió a Espeusipo en la Academia. PLATÓN, *Fedón* y otras.

ra, me dijo: «Yo me dejaría convencer por esos argumentos si fuera Arquías, pero puesto que soy Demóstenes, perdóname, mi buen dios, que no forme parte de mi naturaleza mostrarme infame».

En ese preciso momento yo estaba pensando en arran- 48
carle del altar a la fuerza. Pero él se dio cuenta y burlándose de mí evidentemente, miró hacia el dios y dijo: «Al parecer Arquías piensa que únicamente las armas, las trirremes, las murallas y los ejércitos proporcionan fuerza y son refugio para las almas de los hombres. Da la impresión de que desprecia mis preparativos, que no rechazarían los ilirios, ni los tríbalos y macedonios, porque son más fuertes que nuestros muros de madera de entonces [64], que el oráculo del dios declaró inexpugnables. Gracias siempre a esa providencia yo actué sin miedo en la vida pública, como careció de miedo mi audacia contra los macedonios. No me preocupó en absoluto Euctemón [65], ni Aristogitón [66], ni Piteas ni Calimedonte; no tomé entonces en consideración a Filipo ni ahora a Arquías».

Después de pronunciar estas palabras, añadió: «No me 49
pongas las manos encima, que en lo que de mí depende, el templo no sufrirá ninguna profanación, sino que una vez que haya expresado mis respetos al dios te acompañaré voluntariamente». Esto era lo que yo esperaba, y cuando se acercó la mano a la boca yo pensé que no hacía otra cosa sino saludar al dios.

ANTÍPATRO. — ¿Y qué era en realidad lo que estaba haciendo?

[64] HERÓDOTO, VII 141.

[65] Un guardaespaldas de Midias.

[66] Un orador atacado por Demóstenes y otros por no pagar sus deudas.

ARQUÍAS. — Más tarde averiguamos, torturando a una criada, que había estado guardando veneno desde hacía tiempo, para conseguir la libertad soltando al alma de su cuerpo, ya que apenas había franqueado el umbral del templo, cuando me miró y me dijo: «Llévale esto a Antípatro, porque a Demóstenes no se lo podrás llevar, no por los...», y yo pensé que iba a añadir los "caídos de Maratón".

50 Después de estas palabras de despedida, su alma voló. Y éste es el final del asedio de Demóstenes que puedo traerte, Señor.

ANTÍPATRO. — Esto es muy propio de Demóstenes, Arquías. ¡Qué espíritu invencible y feliz! ¡Qué fuerza de voluntad tenía! ¡Qué previsión política, tener siempre en sus manos la garantía de la libertad! Pero Demóstenes se ha marchado a disfrutar su vida en las islas de los bienaventurados, que se considera propia de semidioses, o se ha ido al cielo por los caminos que se supone toman las almas; allí será una divinidad servidora de Zeus el dios de la libertad. Su cuerpo lo mandaremos a Atenas, como nobilísima ofrenda a la tierra de los caídos de Maratón.

59

CÓMO DEBE ESCRIBIRSE LA HISTORIA

Esta obrita de Luciano es la única explícitamente dedicada a este tema que nos queda de la Antigüedad, y tuvo un gran prestigio en el Renacimiento. Eclipsada en parte al decaer la reputación de su autor a fines del siglo XIX, ha conseguido un mayor interés actual como fuente de la antigua historiografía y también por la escasez de los materiales en relación con los acontecimientos de la guerra contra los partos de Lucio Vero. Esta obra, como otras, se ha visto perjudicada por la tendencia a menospreciar la falta de precisión de Luciano para la observación y el relato. Así, frente a opiniones elogiosas como la de Sommerbrodt, Schmid o Strebel, nos encontramos con otras negativas, como las de Christ, Wilamowitz o Wehrli.

El título que se le da habitualmente es engañoso y tal vez no es del propio autor. Más bien debería llamarse *Historia elogiosa de la guerra reciente contra los partos.* Aunque discute los principios generales de la historiografía, se refiere a un suceso en particular, la guerra de Marco Aurelio y Lucio Vero contra los partos, que empezó poco después de su acceso al trono y terminó en el 166. La obra empieza con una anécdota que comenta con ironía el gran número de historiadores surgidos «en esta situación de guerra contra los bárbaros, el desastre de Armenia y las victorias continuas»; todos sus ejemplos están tomados de historiadores de esta guerra y cuando da un consejo positivo,

piensa en esta guerra. El destinatario, un tal Filón, es tal vez un historiador del mismo conflicto.

La obra puede ser fechada con precisión. Cuando se estaba escribiendo, el legado Avidio Casio había llevado la ofensiva a través del Tigris a Media, con una maniobra que puso fin a la guerra y tuvo lugar en el 166. Habla como algo futuro de un triunfo que se produjo en octubre del 166 [1] por lo que debió de escribirse a mediados de este año.

Se ha supuesto que la fecha sugerida por el texto es ficticia y que la obra se habría escrito realmente después de terminada la guerra, entre el 166 y el 168, pero no hay por qué dudar del crédito de Luciano.

Menciona una gran peste en Nisibis [2]; puede referirse a la que devastó el Imperio Romano en la segunda mitad de la década (contraída por los soldados en el sur de Seleucia) o a la que asoló Atenas entre el 167 y el 172, época en la que ni siquiera hubo arconte epónimo [3].

Luciano se burla al principio de estos historiadores, con su invocación a las Musas y la comparación que hace de Lucio Vero con Aquiles y del rey de los partos con Tersites (cap. 14); respeta el culto general a Homero, del que Luciano es un ilustre ejemplo, del mismo modo que Polieno compiló sus *Estratagemas* para favorecer a Marco Aurelio y Lucio Vero al principio de la guerra, aplicándoles un amplio conjunto de ejemplos antiguos. Empieza éste su primer libro aduciendo que también Homero incluía estratagemas en sus poemas. También los *Principia historiae* de Frontón, escritos para elogiar a Lucio Vero como conductor de la guerra, lo comparan con Aquiles e invocan el ejemplo de Homero.

La segunda víctima de los ataques de Luciano es la imitación servil de los modelos clásicos, y presenta un ejemplo concreto de Tucídides y otro de Heródoto; no es fácil encontrar casos

---

[1] *Cómo debe...* caps. 30 y 31.

[2] Cap. 15.

[3] ROTROFF, *Hesperia* 44 (1975).

de plagios tan evidentes en la literatura superviviente, pero pueden suponerse. En la generación anterior, un tal Cefalio escribió una historia en jonio y puso el nombre de las Musas a cada uno de sus nueve libros [4]. En el caso de Luciano tenemos su propio *pastiche* en el ensayo *Sobre la diosa siria* escrito en jonio. Arriano muestra hasta qué punto siempre podían hacerse imitaciones moderadas, ya que modela su *Pláticas* según Epicteto y su *Anábasis* sobre obras de Jenofonte, y usa siempre el nombre «Jenofonte» para sí mismo, claramente como homenaje a su modelo.

Luciano se burla de las imitaciones de sus contemporáneos y no hay por qué pensar que exagera aunque lo parezca; lo mismo puede decirse de otros amaneramientos. Un historiador comete una larga digresión para hablar de un soldado de caballería en la guerra, el cual mientras andaba errante por las montañas había comido con dos sirios, uno de los cuales había visitado Mauritania cuando su hermano estaba sirviendo allí como soldado. La base histórica para este relato la dan algunas inscripciones de auxiliares estacionados en Mauritania en el siglo II, así como la superestructura romántica puede ser razonablemente adscrita a historiadores anónimos y no a Luciano *(Cómo debe...* 28). Otro historiador del que se burla ha escrito sobre el futuro: «ha fundado una ciudad en Mesopotamia, enorme por su tamaño y preciosa por su belleza, y todavía sigue considerando y deliberando si debe llamarla Nicea por su victoria, o Concordia y Ciudad de la Paz». La frase «enorme por su tamaño y belleza» está imitada del acostumbrado elogio de las ciudades imperiales, de cuyo amor por los títulos se está burlando probablemente Luciano. El primero de los tres nombres tiene su análogo en las diversas Nicópolis fundadas por los generales y emperadores romanos; el segundo y el tercero, en la Irenópolis fundada por Nerón en Cilicia. Ésta, cercana a la propia Comagene de Luciano, proporciona igualmente el nombre de Concordia. La propaganda oficial de la guerra contra los partos acentúa la concordia de los hermanos imperiales en su defensa del Imperio, y siguiendo el ejem-

[4] Cf. *Frag. Graec. Hist.* 93 *(Suda* K 1449 = T 1).

plo de la casa de la moneda imperial, algunas ciudades de Cilicia acuñaron monedas que mostraban a los dos Esperadores estrechándose las manos y con la leyenda *Concordia de los Augustos (Homónoia Sebastón)*. La anticipación de acontecimientos futuros puede ser también comprendida en una sociedad en la que los escritores empleaban todos los medios posibles para captar la atención de la casa gobernante. Bajo Tiberio, por ejemplo, un poeta lloró imprudentemente la muerte del hijo del emperador, Druso, dos años antes de que ocurriera, con la esperanza de una gran recompensa si los acontecimientos demostraban que tenía razón [5].

Un rasgo característico del relato de Luciano ha despertado frecuentes sospechas: deja en el anonimato a la mayor parte de sus historiadores, y al hablar de «un sabio» deliberadamente omite su nombre (cap. 17). Identifica a cuatro, sin embargo. El primero es uno de los imitadores serviles de Tucídides, Crepereyo Calpurniano de Pompeyópolis; este individuo, según se dice, plagia su primera frase de su modelo, poniendo únicamente su propia nomenclatura grotesca, y en vez de «lacedemonios y atenienses» dice «partos y romanos». La Pompeyópolis en cuestión está tomada tal vez de la ciudad de Paflagonia y es también el nombre de otra ciudad de Cilicia, que recibió una visita de Lucio Vero camino del frente en la Guerra de los Partos el 163, y es una de las diversas ciudades de la región que proclamó en sus monedas la concordia de Marco Aurelio y Lucio Vero. Crepereyo puede inferirse que es una persona real, cuya historia refleja la adhesión de su ciudad al emperador y el regocijo general por sus victorias (cap. 15).

El historiador siguiente se llama «Calimorfo, médico del Sexto escuadrón de lanceros». Este individuo en su prólogo justifica el lazo de unión entre la medicina y la historia, con argumentos sacados de la mitología y aunque empieza en jonio enseguida se pasa al ático, excepto para unas pocas palabras como *ietriké* (medicina) (cap. 16). Se ha supuesto por quienes defienden su

[5] TÁCITO, *Anales* III 4-9.

existencia que el nombre Calimorfo («hermosa figura») no está atestiguado, aunque Luciano naturalmente lo cita con mala intención. La unidad militar que cita Calimorfo es presumiblemente el *ala prima Ulpia contariorum*, que estaba habitualmente concentrada en la Mesia superior y debió de ser incorporada al frente contra los partos.

Otros médicos escribieron también historia. Las guerras de Trajano contra los dacios fueron descritas por su médico Estatilio Critón, y dos siglos más tarde Oribasio, que desempeñó el mismo papel con Juliano, escribió unas memorias con muchos detalles sobre la derrota de la expedición persa. Las pullas de Luciano sobre el jónico inseguro de Calimorfo suenan a ciertas, puesto que inscripciones contemporáneas de médicos griegos, alguno de ellos como Calimorfo, afecto a la unidad romana, muestran un intento parecido por el dialecto de Hipócrates.

El tercer historiador tiene un nombre que de nuevo se incluye para diversión y equívoco de lectores modernos, «Antioquiano, vencedor en los juegos consagrados a Apolo». Antioquiano es un nombre banal, si bien este título, atestiguado en muchos documentos, indica que había ganado en uno de los certámenes oficialmente reconocidos como «sagrados». No puede juzgarse ahora si Antioquiano ganó realmente en una carrera de larga distancia en la categoría de los muchachos, como pretende Luciano, o si es una seca alusión a su prolijidad.

El último historiador que cita Luciano se llama Demetrio de Sagalaso (cap. 32). Aunque su nombre no es notable, su ciudad incluye entre sus títulos el de «amiga y aliada de los romanos» y uno de sus hijos pudo haber escrito una historia de las victorias de Lucio Vero contra los partos.

La consideración de las circunstancias históricas tiende a reivindicar el crédito de Luciano, pero igualmente proporcionan un contexto para su ensayo. Las victorias de Lucio Vero, aunque su recuerdo ahora es escaso, tuvieron una gran resonancia pública. Los emperadores tomaron el título de *Armeniacus, Parthicus, Medicus,* y la alegría general se expresa en las monedas, inscripciones y monumentos. Entre estos últimos hay uno famoso,

que sobrevive en una ciudad que Luciano conocía bien, Éfeso. Se trata del gran monumento de Lucio a la guerra contra los partos, tal vez empezado no mucho después de la guerra, pero terminado por completo sólo después de su muerte. A diferencia de las monedas, que celebran la concordia de Marco y Lucio, aquí toda la atención está puesta en el segundo.

La literatura tenía que inscribirse en la campaña de glorificación; lo mismo había ocurrido con las guerras de Trajano en Dacia seis años antes, cuando el propio emperador inició el camino con su propio *Comentarii.* Frontón, a petición de Lucio Vero, también escribió un prospecto, *Principia historiae,* pero parece que nunca produjo la obra deseada. Las *Estratagemas* de Polieno, escritas algunos años antes, adoptan una actitud parecida. Polieno no «desea pasar por alto sus deudas en la presente ocasión» y promete hacer un amplio elogio de los éxitos del emperador cuando llegue el momento oportuno, promesa que al parecer nunca se cumplió, como otras parecidas hechas por otros autores imperiales.

Los *Principia historiae* de Frontón son un elogio indirecto de Lucio Vero, a quien compara favorablemente con Trajano. El desastre más grande, la derrota de Sedacio Severiano en Elegea, es puesto en duda por Luciano, que menciona asimismo con brevedad los éxitos conseguidos por los generales que luchaban a las órdenes de Lucio. La captura de Artaxata por Estacio Prisco, el asedio exitoso de Dura-Europo, la derrota del general de los partos, Cosroes, y en particular el avance final de Avidio Casio. Lo mismo que Frontón, Luciano prefiere el medio de una carta encomiástica en vez de la actual tarea historiográfica; de este modo elige un vehículo en el que puede al mismo tiempo exaltar los éxitos del emperador en un estilo elegante y dar rienda suelta a su propia afición por la sátira.

La obra puede verse también en el contexto de la vida y escritos del autor. Mientras Luciano visitaba Acaya y Jonia en el 165 y 166, lo más probable es que se encontrara con parte de las tropas que regresaban del frente, y también con su jefe, que parece verosímil que volviera a visitar Éfeso y Acaya. Se sabe que

Éfeso recibió algunas visitas del emperador en estos años; parte del ejército de regreso pasó por allí y la ciudad celebró la victoria lujosamente, tanto con juegos de victoria *(epeníkia)* como levantando el gran altar. Éfeso debió de ser en 165 y 166 el escenario de lecturas públicas como las que Luciano sostiene haber oído en Jonia. Es igualmente posible que publicara su ensayo en Corinto cuando el emperador la visitaba en su camino de regreso a casa.

BIBLIOGRAFÍA

GER AVENARIUS, *Lükians Schrift zur Geschichtsschreibung,* 1956, Meisenheim/Glan.
C. P. JONES, *Culture and Society in Lucian,* 1986, Harvard.

Cuentan, mi querido Filón, que en el reinado de Lisí- 1
maco [6] atacó a los habitantes de Abdera una enfermedad con estos síntomas: al principio todos sin excepción tenían una fiebre violenta y persistente desde el primer momento, y hacia el séptimo día ponía fin a la fiebre en unos casos una fuerte hemorragia nasal y en otros una afluencia de sudor, también abundante, pero dejaba sus mentes en una situación ridícula, pues se volvían locos por la tragedia, soltando yambos y dando grandes gritos; sobre todo, cantaban solos la *Andrómeda* de Eurípides y recitaban en su canto el relato de Perseo, y la ciudad entera se llenó de aquellos trágicos de siete días, todos pálidos y flacos rugiendo:

¡Oh amor, tú tirano de dioses y de hombres! [7]

[6] Lugarteniente de Alejandro, que obtuvo Tracia después de la batalla de Iso en el 301 a. C. Abdera era una de las ciudades más importantes de este reino.

[7] EURÍPIDES, *Frag.* 136.

y el resto con voz potente, durante mucho tiempo, hasta que la llegada del invierno con un frío glacial puso fin a sus tonterías.

Yo creo que el causante de esta situación fue el actor trágico Arquelao, que entonces era famoso, y en pleno verano, con un calor sofocante, se puso a cantar para ellos la *Andrómeda,* hasta el punto de que la mayor parte se fueron del teatro con fiebre, y al levantarse posteriomente de la cama recayeron en la tragedia, porque Andrómeda se quedó por mucho tiempo en su recuerdo y Perseo con Medusa revoloteaba sobre la mente de todos.

2 Pues bien, para hacer, como dicen, una comparación, aquella enfermedad de los abderitas también ahora ha afectado a la mayoría de los hombres de letras, pero no para recitar tragedias —pues no cometerían una gran extravagancia si se encontrasen poseídos por versos no mediocres de otros hombres— sino que, desde que se ha producido esta situación en la actualidad (la guerra contra los bárbaros y el desastre de Armenia y las victorias continuas), no hay quien no escriba historia. Más aún, todos se nos han convertido en Tucídides, Heródotos y Jenofontes y, al parecer, era verdad aquello de «la guerra es el padre de todo» [8], ya que efectivamente hizo surgir a tantos escritores de un solo impulso.

3 Pues bien, al ver y oír todo esto me acordé de la historia del hombre de Sínope. Cuando se decía que Filipo ya estaba avanzando, todos los corintios estaban asustados y en acción, unos preparando armas, otros trayendo piedras, apuntalando muros, reforzando almenas y colaborando en cualquier cosa útil. Y Diógenes al ver esto, como no tenía otra cosa que hacer, ya que nadie le utilizaba para nada,

[8] HERÁCLITO, D. K. 22 B. *Frag.* 53.

ciñéndose su manto de filósofo, también él hacía rodar la tinaja en la que vivía, arriba y abajo del Craneon [9]. Y al preguntarle uno de sus amigos: ¿Por qué haces eso Diógenes? Diógenes contestó: «También yo hago rodar la tinaja, para que no parezca que soy el único vago entre tantos trabajadores».

Pues también yo, amigo Filón [10], para no ser el único 4
mudo en una ocasión tan parlanchina, ni presentarme en silencio con la boca abierta, como un guardián figurante en una comedia, pensé que era una buena idea hacer rodar la tinaja en la medida de lo posible, pero no para escribir historia ni referir actividades históricas —no soy tan atrevido—, y no temas algo así de mí, pues yo sé cuán grande es el peligro de hacer rodar por las rocas, especialmente, un barrilito como el mío, que ni siquiera está muy reforzado; tan pronto como choque contra cualquier piedrecita, habría que recoger los fragmentos.

Voy a decirte qué he decidido hacer y cómo voy a participar en la guerra sin riesgos, manteniéndome personalmente fuera del campo de tiro, «fuera de ese humo y de las olas» [11], y de cuantas preocupaciones tiene el historiador, me quedaré yo mismo aparte, y con razón. Ofreceré este pequeño consejo y estos modestos preceptos a los historiadores, para participar con ellos en la construcción del edificio, ya que no en la inscripción, tocando el mortero con la punta de mi dedo.

Aunque ni siquiera cree la mayoría que necesiten más 5
consejo para su tarea que la relativa habilidad que necesi-

[9] Gimnasio de Corinto, donde se había establecido Diógenes, y lugar de cita entre los griegos.

[10] Probablemente se trata del mismo al que está dedicado el *Banquete* o los *Lapitas,* pero no se sabe nada más de él.

[11] HOMERO, *Odisea* XII 219.

tan para andar, para ver o para comer, sino que piensan que es facilísimo y está al alcance de cualquiera escribir historia, con tal de ser capaz de explicar con palabras lo ocurrido. Pero tú sabes, sin duda, querido amigo, tan bien como yo, que la historia no es una de las cosas fáciles de manejar, ni de las que pueden componerse con negligencia, sino que necesita, como lo que más en literatura, mucha meditación, si se intenta componer, como dice Tucídides, un bien para siempre [12]. Sin embargo, sé que no voy a convertir a la mayor parte de ellos, y que incluso voy a parecer muy molesto a algunos, y especialmente a cuantos ya han terminado su obra histórica y la han presentado públicamente. Y si encima ha sido aplaudida por su audiencia, sería una locura también esperar que remodelen o vuelvan a redactar algo de lo que ya ha sido ratificado y alojado como si estuviera en el palacio real. A pesar de ello, no es malo hablarles incluso a éstos, para que, si alguna vez sobreviene otra guerra, o de los celtas contra los getas, o de los indos contra los bactrianos (pues no creo que nadie se arriesgue a luchar contra nosotros estando todos derrotados), puedan componer mejor aplicando este criterio, si efectivamente creen que es correcto; y si no, que midan lo ocurrido con la misma medida que ahora. El médico no se molestará en absoluto si todos los abderitas disfrutan recitando la *Andrómeda* [13].

6 La actividad del consejo es doble, pues nos enseña a elegir una cosas y a evitar otras. Vamos a decir en primer lugar lo que debe evitar el historiador, y de qué defectos

[12] TUCÍDIDES, I 22.

[13] Según opinión común, los de Abdera eran muy inocentones. La tragedia *Andrómeda* se ha perdido. Cf. ATENEO, XIII 1.

debe librarse, y luego qué procedimientos debe utilizar para no desviarse del camino correcto que le conduce directamente, cómo debe empezar, con qué disposición debe ajustar los hechos, las proporciones de cada cosa, lo que debe ocultar y lo que debe ampliar, lo que es mejor que pase rápidamente y cómo debe interpretar con palabras los hechos y ordenarlos.

Éstas y otras materias análogas vendrán más adelante.
Hablemos ya de los defectos que acompañan a los malos
escritores. El recuerdo de las faltas de dicción comunes
a todos los géneros literarios, tanto en la palabra aislada
como en la concordancia, en el sentido y demás fallos de
destreza, sería largo e impropio del presente planteamien- 7
to, pues, como te dije, son comunes a todos los géneros
literarios. Pero los fallos de la historia, si te fijas atentamente, descubrirás que son como los que me parecieron también a mí en múltiples audiciones, especialmente si abres tus oídos a todos ellos. Pero tampoco estará fuera de lugar entretanto recordar a manera de ejemplo alguna de las historias que ya han sido escritas de esta manera.

Para empezar, veamos qué falta tan grande cometen cuando la mayoría de ellos omiten el relato de los acontecimientos y se pasan el tiempo elogiando a gobernantes y generales, elevando hasta el cielo a los suyos y difamando a los enemigos más de lo tolerable; ignoran que la línea que divide la historia y el panegírico no es un istmo estrecho, sino que hay una gran muralla entre ellos y esto es como lo de los músicos: hay un doble diapasón entre ellos; mientras que la única preocupación del encomiasta es elogiar y agradar por cualquier procedimiento al elogiado, y le importaría poco conseguir su objetivo mintiendo, la historia, en cambio, no podría admitir una mentira, por muy pequeña que fuera, no más de lo que dicen los médicos

que una tráquea podría admitir en ella algo que se hubiera tragado.

8 Parece que estos escritores ignoran que la poesía y los poemas tienen sus propias intenciones y normas, pero los de la historia son distintos. En efecto, allí la libertad es incontenible y hay una sola ley, la voluntad del poeta; está inspirado y poseído por las musas, y aunque quiera uncir a un carro caballos alados o aunque haga montar a otros sobre el agua para correr, o por encima de las mieses [14], nadie se molesta. Ni siquiera cuando Zeus tirando de una sola cadena levanta al mismo tiempo la tierra y el mar [15] temen que se rompa y todo caiga y se destroce. Y si quieren hacer elogios de Agamenón, no hay nadie que impida que sea semejante a Zeus en la cabeza y en los ojos, en el pecho a su propio hermano Posidón y el cinturón a Ares [16], y en resumen el hijo de Atreo y Aérope tiene que ser un compuesto de todos los dioses, porque ni Zeus, ni Posidón ni Ares son suficientes por sí solos para darle la plenitud de su belleza. La historia, en cambio, si admite alguna adulación de este tipo, ¿en qué otra cosa se convierte sino en una especie de poesía pedestre, privada del lenguaje elevado de ésta, pero mostrando el resto de su hechizo carente de ritmo y por eso mismo mucho más llamativa? Pues bien, esto es un gran defecto —más bien un gravísimo defecto—: que no se sepan separar los atributos de la historia y de la poesía, y meter en la historia los adornos de la poesía —el mito, el elogio y las exageraciones de ambos—; es como si vistieras a uno de esos atletas fuertes y completamente macizos con vestidos de púrpura

---

[14] Hom., *Il.* XX 226, 9.

[15] Hom., *Il.* VIII 248.

[16] Hom., *Il.* II 478, 9.

y los demás aderezos de una putilla y le pintaras la cara de rojo y albayalde. ¡Por Heracles! ¡Cómo lo pondrías en ridículo, humillándole con este atavío!

Y no digo con esto que no haya que elogiar también 9 alguna vez en una obra histórica, sino que los elogios deben hacerse en la ocasión oportuna y adecuarlos con mesura a la realidad, para no resultar molesto a los futuros lectores y, en resumen, deben regularse con vistas a la posteridad, como trataremos un poco más adelante.

¿Te das cuenta, en cambio, de hasta qué punto se alejan de la verdad cuantos creen que hacen una doble división correcta de la historia en lo que da placer y en lo que es útil, y por esta razón meten en ella el elogio en la idea de que es agradable y gusta a los lectores? En primer lugar, porque utilizan un sistema de división falso, ya que el cometido y la finalidad de la historia es único, la utilidad, y esto sólo se deduce de la verdad. En cuanto al placer, mejor si también éste la acompaña incidentalmente, lo mismo que la belleza al atleta, y si no, nada impedirá que Nicóstrato, hijo de Isidoto, que era noble y más fuerte que sus adversarios, llegara a ser un sucesor de Heracles [17], aunque fuera feísimo de aspecto y tuviera como rival en la competición al hermoso Alceo de Mileto, que encima, según dicen, era el querido de Nicóstrato. Pues bien, la historia si va además acompañada del deleite, puede arrastrar consigo a muchos amantes pero se preocupará poco de la belleza hasta que vea realizado su propio cometido —me refiero a la publicación de la verdad—.

---

[17] Título avalado por su doble victoria en la lucha libre y el pancracio el mismo día. Según PAUSANIAS (V 21, 9-12), Nicóstrato fue el séptimo atleta que logró esta doble victoria.

10 Además también merece la pena decir que la ficción completa en la historia y el elogio claramente inclinado a una parte tampoco les gustan a los oyentes, si prescindes de la chusma y la masa del pueblo y piensas en los que van a oír con mentalidad de jueces e incluso de criticones; a éstos no les pasaría desapercibida ninguna omisión, porque tienen una vista más aguda que Argos por todo su cuerpo y examinan todo lo que se dice como si fueran cambistas, rechazando al punto las monedas falsas y admitiendo las de uso corriente, que tienen acuñación legal y correcta; hay que escribir pensando en esas personas y preocuparse poco de las demás, aunque revienten aplaudiendo. Y si te desentiendes de aquéllos y endulzas la historia más de lo conveniente con cuentos y elogios y otras formas de adulación, muy pronto la harías igual que Heracles en Lidia; porque probablemente tú lo has visto representado, al servicio de Ónfale, vestido de una manera muy estrafalaria, ella envuelta con su piel de león y con la maza en su mano, como si efectivamente fuera Heracles, y él vestido con colores azafranados y púrpuras cardando lana y golpeado con la sandalia por Ónfale. Es un espectáculo muy vergonzoso: una indumentaria que se desentiende de su cuerpo porque no le corresponde, y la virilidad del dios escandalosamente afeminada.

11 Y la mayoría posiblemente te aplaudirán por ello, pero esa minoría que tú desprecias se reirá muy a gusto hasta hartarse viendo la incongruencia, el desajuste y la ilegitimidad de la obra, porque cada cosa tiene su propia belleza, y si la desvirtúas se convierte en algo feo e inútil. No necesito decir que los elogios pueden ser agradables para una persona, la que los recibe, pero molestos para las demás, y especialmente si las exageraciones son monstruosas, como las que suelen prodigar la mayoría cuando trata de conse-

guir la benevolencia de los elogiados e insisten hasta que ponen en evidencia ante todos su adulación. Porque ni siquiera saben hacerlo con habilidad ni disimulan su lisonja, sino que se lanzan sobre todo en conjunto y hacen un relato tan increíble como ingenuo. La consecuencia es que ni si- 12
quiera consiguen lo que más desean, pues las personas a las que elogian los odian más y los rechazan por aduladores, y con razón, particularmente si tienen espíritu viril. [Como ocurrió cuando Aristóbulo describió un combate individual [18]] entre Alejandro y Poro; le leyó a Alejandro especialmente este pasaje de su obra, en la idea de que complacería muchísimo al Rey atribuyéndole falsamente algunas valerosas hazañas y adornando los hechos por encima de la verdad. Estaban navegando por el río Hidaspes; Alejandro cogió el libro y lo tiró inmediatamente al agua, diciendo: «Debería hacer lo mismo contigo, que entablas en mi lugar tales combates individuales y matas elefantes con un solo dardo». Hasta tal punto iba a indignarse Alejandro por ello, que ni siquiera toleró la osadía de su arquitecto [19] que le había prometido hacer la estatua de Atos con su efigie y remodelar la montaña con la imagen del Rey, sino que se dio cuenta enseguida de que era un adulador y ya no utilizó más sus servicios como antes.

Pues bien, ¿dónde está el placer con tales procedimien- 13
tos, a no ser que alguien sea tan absolutamente estúpido que disfrute con elogios cuya refutación está a la vista? Es como las personas feas, sobre todo las mujeres, que les piden a los pintores que las pinten lo más hermosas

[18] Laguna en el texto.

[19] Este arquitecto se llamaba Dinócrates, según Vitrubio, y Estesícrates, según Plutarco. Cf. Vitrubio, *De arquitectura* II; Plut., *Alejandro* LXXII.

posible, porque creen que tendrán mejor apariencia si el pintor las cubre más de rojo y mezcla mucho el blanco en su pintura.

Así son la mayoría de los historiadores, que miman el presente, sus propios intereses y la utilidad que esperan de la historia; se les podría odiar como descarados e inhábiles aduladores en el presente, y en el futuro porque con sus exageraciones hacen sospechosa toda la realidad histórica. Y si alguien cree que en todo caso el deleite debe mezclarse con el relato histórico, hay otras perfecciones del estilo que combinan la verdad con el deleite; el común de los historiadores se desentiende de ello y acumula incongruencias.

14 Pues bien, yo voy a contar cuanto recuerdo haber oído recientemente en Jonia a algunos historiadores, y ¡por Zeus! también en Acaya, que estaban relatando la misma guerra; por las Gracias os pido que nadie desconfíe de cuanto se va a decir, ya que incluso juraría que es verdad, si fuera elegante añadir un juramento a mi escrito. Uno de estos historiadores empezó directamente por las Musas, invocando a las diosas para que le ayudaran en su obra. ¿Te das cuenta qué principio más apropiado, qué ajustado a la historia y qué adecuado a este tipo de literatura? Y luego, avanzando un poco más, comparaba a nuestro General con Aquiles y al Rey de los persas con Tersites, sin darse cuenta de que Aquiles era un nombre mejor par él, si efectivamente iba a matar a Héctor más que a Tersites y si delante de él huía un noble,

otro mucho mejor le perseguía [20].

[20] Hom., *Il.* XXII 158.

Luego introducía un elogio de sí mismo, diciendo cuán digno escritor era de hazañas tan brillantes. Continuando más adelante alababa también a su ciudad, Mileto, añadiendo que hacía esta tarea mejor que Homero, que no había mencionado en absoluto a su patria. Y después, al final de su introducción, hacía una promesa clara y explícita de glorificar nuestra situación y someter en la guerra personalmente a los bárbaros, en la medida de sus fuerzas. Empezaba de este modo su historia, refiriendo al mismo tiempo las causas de la guerra: «El maldito Vologeso, que miserablemente perezca, empezó a hacer la guerra por la siguiente razón».

Hasta aquí lo que se refiere a este autor. Otro agudo 15
imitador de Tucídides, como bien asimilado a su modelo, empezó como aquél la introducción poniéndole su propio nombre, con el más gracioso principio, que olía a tomillo ático. Fíjate si no: «Crepereyo Calpurniano Pompeyopolitano refirió la guerra entre los partos y los romanos, diciendo cómo lucharon unos contra otros, empezando en el mismo momento en que se declaró»[21]. De modo que después de esta introducción, ¿qué podría decirte del resto? ¿qué clase de discursos pronunció en Armenia, haciendo poner en medio al propio orador de Corcira?[22]. ¿O qué clase de peste echó encima a los nisibenos que no habían elegido el partido de los romanos? Y todo lo tomaba de arriba abajo de Tucídides, exceptuando únicamente el Pelásgico y los Largos Muros[23], en los que a la sazón vivían los afectados por la peste. Por lo demás, también empezó en Etiopía, bajó a Egipto y a la mayor parte de la tierra

21 Tuc., I 1.

22 Tuc., II 17.

23 Tuc., II 48.

del Rey y en ella permaneció, ¡afortunadamente! Por mi parte, yo le dejé todavía enterrando en Nisibi a los desgraciados atenienses y me marché sabiendo con todo detalle lo que iba a decir después de mi marcha. Porque también esto es ahora bastante frecuente, la idea de que se escribe a la manera de Tucídides si se emplean sus propias expresiones haciendo pequeños cambios. ¡Por Zeus! Por poco se me pasa hablar también de una cosa: Este nuestro historiador nombró muchas de las armas y máquinas como los romanos las llaman, así el foso, el puente y otras parecidas. Tú me dirás qué dignidad puede tener esta historia y cómo puede ajustarse a Tucídides que entre palabras áticas se intercalen otras latinas, ¡¡como si fuera púrpura que adorna, destaca y hace una combinación perfecta!!

16 Otro de estos historiadores compendió una memoria escueta de acontecimientos, completamente pedestre y vulgar, como lo habría hecho un soldado que anota por escrito los acontecimientos del día, o un artesano o un vendedor ambulante de los que acompañan al Ejército. Sin embargo, este aficionado era más discreto, porque enseguida se veía claramente lo que era y además había adelantado el trabajo para otro hábil y capaz de dedicarse a la historia. Únicamente le censuré una falta: que ponía unos encabezamientos más pomposos de los que correspondía al destino de sus escritos: «De Calimorfo, médico del sexto escuadrón de lanceros, historiador de las Guerras de los Partos», y debajo ponía la numeración de cada libro. ¡Por Zeus! compuso un prólogo glacial, llegando a la conclusión de que era propio de un médico escribir historia, puesto que Asclepio era hijo de Apolo y Apolo era el conductor de las Musas y señor de toda cultura. También le censuré que después de empezar a escribir en jónico, no sé por qué razón de repente se pasó a la lengua corriente, usando

las formas jónicas para «medicina», «intento», «cuanto» y «enfermedades», pero el resto según uso de la mayoría, la mayor parte tomadas del arroyo.

Y si tengo que citar a un sabio, dejaré en el anonimato 17
su nombre, pero hablaré de su mentalidad y de sus escritos recientes en Corinto, que superaron toda expectación. En efecto, nada más empezar, en la primera frase de su introducción ya utilizó la dialéctica con sus lectores, en la impaciencia de mostrar un argumento completamente científico, a saber, que sólo al sabio compete escribir historia; un poco más adelante venía un silogismo y luego otro, y en resumen su introducción estaba hecha a base de preguntas y respuestas en toda clase de silogismos; la adulación llegaba al aburrimiento, los elogios eran vulgares y completamente bufonescos, pero no mal razonados, sino que también estaban compuestos con el procedimiento dialéctico. Sin embargo, a mí me pareció vulgar y sobre todo poco adecuado a un filósofo con barba canosa y poblada el afirmar en su introducción que sería excepcional nuestro General, cuyas acciones consideraran los filósofos dignas de escribirse. Porque un comentario así, si es que alguien tiene que hacerlo, debía dejarnos a nosotros el pensarlo, más que hacerlo él mismo.

Tampoco es justo olvidar al que empezó con este prin- 18
cipio: «Voy a hablar de los romanos y de los persas», y poco después: «los persas tenían que fracasar» [24], y de nuevo: «Era Osroes, a quien los griegos llaman Oxirroes [25]», y otras muchas cosas así (en jónico) [26]. ¿Lo estás viendo?

[24] Heródoto, I 8, 2, y II 161, 3, etc.

[25] Heród., I 7, 2.

[26] Aclaración que considera necesaria el traductor.

Era igual que Crepereyo, excepto que Crepereyo era una copia perfecta de Tucídides, mientras que éste imitaba muy bien a Heródoto.

19 Otro, renombrado por su potencia oratoria, era igualmente parecido a Tucídides o incluso un poco mejor que él: describía todas las ciudades, todos los montes, llanuras y ríos con muchísimo detalle y fuerza, según creía él. ¡Ojalá el que aparta la desgracia desviara esta fuerza contra las cabezas de los enemigos! Tanta frialdad superaba las nieves del Caspio y los hielos celtas. Por ejemplo, apenas pudo describir el escudo del Emperador en un libro entero con la Gorgona en el ombligo y sus ojos de azul, blanco y negro, el ceñidor irisado, sus rizos y bucles como serpientes. Y los pantalones de Vologeso, el freno del caballo, ¡por Heracles! cuántos miles de palabras para cada cosa, y cómo era la cabellera de Osroes cuando cruzaba a nado el Tigris, y en qué cueva se refugió, con yedra, mirto y laurel que crecían juntos y la hacían completamente opaca. ¡¡Piensa cuán necesario es esto para la historia, ya que sin ello no podríamos saber nada de lo que allí ocurrió!!

20 En efecto, o por falta de capacidad en las cosas importantes o por ignorancia de lo que se debe decir, se dedican a describir tales lugares y cuevas y cuando pasan a temas profusos de gran importancia, se parecen al criado nuevo rico que acaba de heredar a su amo y ni sabe cómo ponerse la ropa ni comer con modales; por el contrario, cuando le sirven con frecuencia carne de aves, de cerdo y de liebre, él se lanza sobre un puré de legumbres o una salmuera y se atiborra, hasta que revienta comiendo. Pues bien, ese historiador al que me referí describía heridas increíbles y muertes extraordinarias, cómo uno que fue herido en el dedo gordo del pie y murió al instante, o cómo con sólo

dar un grito el general Prisco [27] murieron veintisiete enemigos. Hasta en el número de los muertos se mintió, falseando los despachos de los generales, y así en Europo [28] murieron setenta mil doscientos treinta y seis enemigos, mientras que los romanos tuvieron sólo dos muertos y nueve heridos. Yo no sé si una persona en sus cabales podría aguantar estas cosas.

También hay que decir otra cosa que no carece de im- 21
portancia: a causa de que era un aticista acérrimo y había depurado su lengua hasta la última letra, creyó este historiador que debía cambiar también los nombres latinos y poner los equivalentes griegos, como decir Cronión por Saturnino, Frontis por Frontor, Titanio en vez de Titiano y otros muchos más ridículos. Más aún, escribiendo sobre la muerte de Severiano dijo que todos los demás estaban equivocados al creer que había muerto a espada, ya que este personaje había muerto ayunando, porque esta muerte le parecía la menos dolorosa. Ignoraba que todo el proceso de su muerte transcurrió al parecer en tres días, mientras que las personas que se privan de comer, la mayoría incluso llegan hasta el séptimo día. A no ser que alguien crea que Osroes había estado de pie esperando hasta que Severiano se muriera de hambre, y que precisamente por ello no le había atacado durante una semana.

Y en cuanto a los que emplean en historia términos 22
poéticos, mi querido Filón, ¿dónde podríamos ponerlos? Son los que dicen: «La máquina de guerra resonó y el muro cayó con gran estrépido», y de nuevo en otro pasaje de su preciosa historia: «Edesa retumbaba así con el estré-

[27] Este general hizo la guerra en Armenia y la terminó el 164 d. C. con la toma de Artaxata, capital del país.

[28] Ciudad a orillas del Éufrates.

pito de las armas y todo era fragor y resonancia», y también «El General reflexionaba sobre cómo atacaría en mejores condiciones la muralla» [29]. Y a continuación, en medio de tales expresiones, rellenaban los huecos con un montón de palabras baratas, vulgares, pobres, como aquello de «el jefe de la Guardia Imperial envió un despacho al soberano», y «los soldados compraban lo que necesitaban», o «una vez que ya se había bañado, pasaban el tiempo entre ellos», y expresiones parecidas. De modo que la situación se parece a la de un actor trágico, que ha metido un pie en un elevado coturno y se ha calzado el otro con una sandalia.

23 También se puede ver a otros que escriben introducciones brillantes, pomposas y exageradamente largas, como para que esperes oír a continuación algo completamente maravilloso, pero lo cierto es que el cuerpo mismo de la historia que añaden es minúsculo y más bien mediocre, hasta el punto de que se parece a un niñito, a un Amorcillo, como tú has podido ver en algunas parte jugando, que se pone en la cabeza una gran máscara de Heracles o Titán. Y sus oyentes nada más oírles, dicen: «El monte estaba de parto» [30].

Yo creo que no debe ser así, sino que el conjunto debe ser homogéneo y de un color uniforme y el resto del cuerpo debe estar de acuerdo con la cabeza, de modo que el casco no sea de oro, la coraza completamente ridícula, hecha con retales de andrajos o con pieles podridas, el escudo de mimbre y cortezas de cerdo en las piernas. Porque podrías ver a muchos escritores de esta clase, que ponen

---

[29] Expresiones poéticas tomadas sobre todo de Homero, Hesíodo y otros poetas.

[30] Horacio, *A. P.* 139; Ateneo, *Deipnosofistas* 61d.

la cabeza del Coloso de Rodas a un cuerpo enano; y otros por el contrario que presentan cuerpos sin cabeza, y [31] van directamente al asunto sin prólogo; éstos toman como amigo a Jenofonte, que empezó así: «De Darío y Parisatis nacieron dos hijos» [32], y a otros antiguos, sin darse cuenta de que las introducciones tienen una fuerza (aunque no se dé cuenta el vulgo), como indicaremos en otra ocasión.

Aunque todo esto, lo que son errores de expresión o 24
del resto de la construcción, es tolerable. Pero el falsear sobre los lugares mismos, no sobre las parasangas [33], sino incluso las jornadas enteras, ¿a qué belleza literaria se parece? Y así, por ejemplo, uno de ellos compuso con tanto descuido su obra que, sin haber hablado con un asirio ni (según el dicho) haber oído a los que hablaban del tema en la barbería [34], dijo refiriéndose a la ciudad de Europo: «Europo está situada en Mesopotamia, a dos jornadas de distancia del Éufrates; la fundaron los habitantes de Edesa [35]». Y no le bastó con esto, sino que hasta mi propia valerosa patria Samosata, el mismo valeroso autor en la misma obra la levantó, con acrópolis y murallas incluidas, y la transportó a Mesopotamia, de forma que quedaba rodeada por los dos ríos que pasaban a su lado por ambas partes y casi le tocaban las murallas. ¡Sería ridículo, mi querido Filón, que yo me defendiera ante ti alegando que yo no soy ni parto ni de Mesopotamia, adonde me transportó este maravilloso historiador!

---

[31] PLATÓN, *Fedro* 264c.

[32] JENOF., *Anábasis* I 1.

[33] Medida de longitud que aparece con mucha frecuencia en la obra citada de Jenofonte.

[34] ARISTÓFANES, *Pluto* 1338.

[35] Europo estaba situada en realidad a orillas del mismo Éufrates.

25 ¡Por Zeus! Este mismo autor contó aquello totalmente convincente sobre Severiano, jurando que lo había oído a uno de los que escaparon de la matanza misma. Decía que no había querido morir ni a espada ni tomando veneno ni ahorcándose [36], sino que había pensado en una muerte trágica y nueva por su audacia. Contaba que casualmente tenía unas copas muy grandes de finísimo cristal y que, como había decidido morir a toda costa, rompió la mayor de las copas y utilizó uno de los fragmentos para degollarse cortándose la garganta con el vidrio. ¡No pudo encontrar un puñal ni una lanceta para conseguir una muerte heroica y viril!

26 Y luego, en vista de que Tucídides había compuesto un discurso fúnebre [37] en homenaje a los primeros muertos en aquella guerra, también él creyó necesario dedicárselo a Severiano; pues todos ellos rivalizaban con Tucídides, que no tenía ninguna culpa de nuestras desgracias en Armenia. Pues bien, después de hacer enterrar a Severiano con gran magnificencia, hizo que subiera a la tumba un tal Afranio Silón, centurión, como émulo de Pericles; dijo en honor de Severiano tantas y tales cosas en tono declamatorio que, ¡por las Gracias!, yo lloraba a chorros de risa, especialmente cuando el orador Afranio, al final de su discurso, gimiendo entre lamentaciones con gran afectación, recordaba aquellas costosísimas cenas y brindis; a continuación, puso el broche de oro al estilo de Áyax [38]: desenvainó la espada, y con una gran nobleza, como era lógico en Afranio, se degolló a la vista de todos sobre la tumba —un hombre que merecía, ¡por Ares!, haber muerto

---

[36] Hom., *Od.* XI 278.

[37] Tuc., II 34 y ss.

[38] Sófocles, *Áyax* 815 ss.

mucho antes por haber declamado tales discursos—. Y contaba que, al ver esto, todos los presentes alabaron y elogiaron calurosamente a Afranio. Por otra parte, yo le reprochaba, entre otras cosas, que se acordara únicamente de las sopas y de los mariscos, y que llorara con el recuerdo de los pasteles, pero le censuraba especialmente que hubiera muerto sin haber degollado antes al escritor y autor de la representación.

Aunque podría enumerarte a otros muchos como éstos, 27
compañero, sin embargo, después de haber hecho mención de unos pocos, me referiré a otra promesa mía, la de aconsejar cómo podría escribirse mejor la historia. Pues hay algunos que omiten los grandes acontecimientos que son dignos de recuerdo, o sólo los tratan superficialmente, mientras que por ignorancia, falta de gusto o desconocimiento de lo que hay que decir y lo que se debe omitir se explayan describiendo con insistencia y todo detalle los hechos más insignificantes. Es como si alguien no viera toda la grandeza y la hermosura incomparable del Zeus de Olimpia y no la elogiara ni la explicara a los que no lo han visto; pero, en cambio ponderara la «buena hechura» y la «perfecta terminación» del escabel y las «buenas proporciones» de la base y lo detallara perfectamente con mucho cuidado.

Por ejemplo, yo oí a uno que cubría como narrador 28
la batalla de Europo en menos de siete líneas completas, mientras consumía veinte medidas y aún más del reloj de agua [39] en un relato glacial, que para nosotros no tenía ningún interés, sobre cómo un jinete mauro llamado Mausacas, que andaba errante por las montañas a causa de la sed, había encontrado a unos campesinos sirios que se

[39] Alusión a la clepsidra, que medía el tiempo de las intervenciones orales.

estaban preparando la comida; cómo al principio éstos sintieron miedo de él, pero luego se dieron cuenta de que era uno de sus amigos, lo acogieron y lo invitaron a comer. Uno de ellos, en efecto, había visitado casualmente también el país de los mauros, pues su hermano tomaba parte en la campaña en el mismo; a continuación seguían largos relatos y descripciones sobre cómo él había cazado en Maurusia y cómo había visto muchos elefantes paciendo juntos y cómo había estado a punto de ser devorado por un león y qué peces tan grandes había comprado en Cesarea; nuestro famoso historiador había omitido las grandes matanzas ocurridas en Europo, las cargas de los elefantes [***], las treguas impuestas, nuestras guardias y los puestos avanzados del enemigo y se había quedado hasta caída la tarde viendo a Malquión el sirio comprando en Cesarea unos escaros [40] enormes a buen precio. Y si no le hubiera sorprendido la noche, habría podido cenar con él una vez preparados los escaros. Si no hubiera anotado cuidadosamente estos detalles en su historia, nosotros habríamos ignorado grandes acontecimientos y la pérdida para los romanos sería insorportable si Mausaca el mauro, sediento, no hubiera encontrado de beber, sino que hubiera regresado sin cenar al campamento. Todavía ¿cuántas otras cosas mucho más esenciales omito yo ahora voluntariamente? Como que vino una flautista de una aldea próxima y se intercambiaron regalos, Mauro dio a Malquión una lanza y éste a Mausaca una fíbula, y otras muchas cosas parecidas, fundamentales ciertamente en la batalla de Europo. Resumiendo, con razón podría decirse que tales individuos no ven la rosa misma pero examinan con todo detenimiento las espinas del tallo.

[40] Pescado de mar, cuya carne era muy apreciada.

Otro, mi buen Filón, también éste muy ridículo, que 29
ni siquiera había sacado nunca un pie de Corinto, ni había salido hasta Quencrea [41], ni desde luego había visto Siria o Armenia, empezaba así, pues lo recuerdo: «Las orejas son menos dignas de confianza que los ojos [42]; para ello voy a escribir lo que vi, no lo que oí». Y con tanto detalle lo había visto todo que decía que las serpientes de los partos (esto es para ellos una señal de número, pues la serpiente vale, me parece, mil hombres) decía que las serpientes vivas son enormes y nacen en Persia, un poco mas allá de Iberia [43]; estas serpientes son atadas a largos palos, y levantadas en alto causan terror al enemigo mientras los partos avanzan a distancia; pero cuando llega el momento de la acción, en el encuentro, las sueltan y las envían contra el enemigo; decía que así habían sido devorados muchos de los nuestros y otros, al ser rodeados por las serpientes, se habían asfixiado y habían sido machacados. Que él había visto todo esto situado en lugar seguro poniendo su observatorio en un árbol altísimo. Hizo bien al no ponerse cerca de aquellas fieras, pues de otro modo no tendríamos ahora a tan admirable historiador, que con su habilidad llevó a cabo grandes y brillantes hazañas en esta guerra; porque sufrió grandes peligros y fue herido cerca de Susa, evidentemente mientras caminaba del Craneon a Lerna [44]. Y esto es lo que recitó a sus oyentes en Corinto, que sabían perfectamente que no había visto la guerra ni pintada en un muro. De hecho, ni siquiera conocía las armas, ni cuáles son las máquinas, ni los nombres de las

---

41 Tuc., IV 42.

42 Heródoto, I 18.

43 Más allá del Mar Negro, entre éste y el Caspio.

44 Pueblo situado a doce kilómetros de Corinto.

formaciones ni de las distribuciones por tropas. ¡Mucho le preocupaba llamar a la falange «formación oblicua» o «avanzar de flanco» al avance de frente!

30 Un estupendo historiador destrozó todo lo que había ocurrido de principio a fin en Armenia, en Siria, en Mesopotamia y en el Tigris, comprimiéndolo en menos de 500 líneas, y después de llevar a cabo esta hazaña afirmó que había escrito una historia. Eso sí, le puso un título casi más largo que el libro: «Descripción de los recientes acontecimientos de los romanos en Armenia, Mesopotamia y Media, hecha por Antioquiano, vencedor en los juegos consagrados a Apolo» (pienso que había vencido en las carreras de niños del largo estadio)[45].

31 Yo he oído ya a algunos que incluso había escrito la historia del futuro, la captura de Vologeso, el asesinato de Osroes —cómo será pasto de los leones— y sobre todo el triunfo que tanto hemos deseado nosotros. Cuando estaba en tal trance profético se apresuró ya a la terminación de su obra; incluso fundó una ciudad enorme por su tamaño y preciosa por su belleza. Todavía sigue considerando y deliberando si debe llamarla Nicea[46], por su victoria o Concordia o Ciudad de la Paz. El asunto sigue sin resolverse y tenemos sin nombre esta hermosa ciudad, rebosante de abundantes disparates y mucho moco histórico. Ha prometido que va a escribir ya sobre los futuros acontecimientos en la India y la navegación por el mar exterior, y no incluye la promesa sólo esto, sino que ya está compuesta la introducción a la *Historia Índica,* y la tercera legión, y cómo los celtas y la pequeña tropa de los mauros

---

[45] Espacio de veinticuatro estadios (doce doble), la carrera más larga que corrían los luchadores en los juegos.

[46] De *níkē,* «victoria», y *nikaîos,* «victorioso».

con Casio al frente, todos ellos cruzaron el río Indo. Lo que harán o cómo harán frente al ataque de los elefantes [47], nuestro maravilloso historiador nos lo escribirá poco después desde Mucíride [48] o desde los oxídracos [49].

Dicen muchas tonterías de este tipo por su falta de cul- 32
tura, personas que ni ven lo que es digno de verse ni, aunque lo vieran, podrían explicarlo dignamente, sino que inventan y componen lo que les viene a la punta de una lengua inoportuna, según afirman, y además se enorgullecen del número de los libros y sobre todo por los títulos, que a su vez son completamente ridículos: *Tantos libros de Fulano sobre las victorias de los partos,* y de nuevo: *Primera parte, segunda parte de la Historia de Partia,* como en las *Atides* [50], indudablemente. Otro mucho más fino (lo leí personalmente) dice: *Las Partónicas de Demetrio Sagalasio*... [50bis]. Y no hago estas afirmaciones en tono de censura ni para reírme y hacer escarnio de historias tan bellas, sino con una finalidad práctica, porque quienquiera que evite estas faltas y otras parecidas, ya ha asumido muy buena parte para escribir la historia correctamente o más bien, ya necesita poco si la dialéctica es correcta al afirmar que la supresión de uno de los términos introduce en su lugar al otro necesariamente.

Bueno, ya tienes tu parcela perfectamente limpia, diría 33
alguien, están arrancados los abrojos y zarzas que había, los escombros ya se han echado fuera, los desniveles ya

[47] PLUT., *Moralia* 343d. ARRIANO, *Anábasis* V 22, 2.

[48] Mangalore (¿Cranganore?), ciudad comercial de la India.

[49] Cf. PLINIO, *N. H.* VI 23, 26, y QUINTO CURCIO, IV 4 y 5.

[50] Crónicas locales de Atenas en muchos libros, carentes de sentido crítico.

[50bis] Laguna en el texto.

están allanados, de modo que ya puedes construir tú también un edificio, para demostrar que no sólo eres bueno para derribar la obra de otros, sino que también eres capaz de tener ideas tan buenas que ni el propio Momo podría censurarlas [51].

34 Pues bien, yo afirmo que el mejor historiador debe venir de su casa equipado con estas dos cualidades fundamentales: inteligencia política y capacidad de expresión; la primera es don innato de la naturaleza y la segunda se produce a continuación de un intenso ejercicio, un esfuerzo continuado y la imitación de los antiguos; ello carece de normas indicadoras y no necesita en absoluto de mi consejo: este libro nuestro no promete hacer inteligentes y agudos a los que no lo sean por naturaleza. Tendría mucho valor, o más bien todo el valor, si fuera capaz de remodelar y transformar algo tan importante, como hacer oro del plomo, plata del estaño o conseguir hacer de Conon un Titormo o de Leotrófides un Milón [52].

35 Pero entonces, ¿dónde está la utilidad de la técnica y del consejo? No sirve para crear cualidades, sino para un uso adecuado de las mismas. Por ejemplo, seguro que un Ico, un Heródico, un Teón [53] y cualquier otro entrenador deportivo no te prometerían hacerse cargo de Perdicas (si es que fue éste el que se enamoró de su madrastra y por ello quedó agotado, y no Antíoco, el hijo de Seleuco, que pretendió a Estratonice [54]) y convertirlo en un campeón

---

[51] Momo era una divinidad que personificaba el sarcasmo.

[52] Conón y Leotrófines eran muy pequeñitos, pero Titorno y Milón tenían una gran estatura y mucha fuerza. Cf. Eliano, *H. Var.* VII 22, Aristóf., *Aves* 1405.

[53] Platón, *Protágoras* 316d.

[54] Plutarco, *Demetrio* 38.

olímpico rivalizando incluso con Teágenes el de Tasos o Polidamante el de Escotusa; sí prometerían, en cambio, si se les diera una base bien dispuesta naturalmente a la recepción del entrenamiento, hacerla mucho mejor con su técnica. De modo que lejos de nosotros la envidia por la promesa que hacemos cuando afirmamos haber encontrado una técnica en materia tan importante y difícil, porque no prometemos hacernos cargo de cualquiera y convertirlo en un historiador, sino mostrarle a un hombre inteligente por naturaleza y perfectamente ejercitado en la expresión algunos caminos rectos (así lo parecen, efectivamente), con cuyo uso podría alcanzar más rápidamente y con mayor facilidad su objetivo.

Porque no se podría decir que el hombre inteligente 36
no necesita la técnica y la enseñanza de lo que ignora, ya que de no ser así incluso tocaría la cítara y la flauta sin haber aprendido y lo sabría todo. La verdad es que no podría tocar ninguno de estos instrumentos sin haber aprendido, pero si alguien le enseñara aprendería fácilmente y se dedicaría bien a ello por su propia cuenta.

Pues bien, que nos den también a nosotros ahora un 37
alumno así, que no sea inútil para comprender y expresarse, sino que tenga vista de lince, que pueda manejar los asuntos aunque se vuelvan contra él y tenga mentalidad militar unida con la civil y experiencia en el mando, que haya estado en un campamento, ¡por Zeus!, y haya visto a los soldados entrenarse y hacer la instrucción, que conozca las armas y algunas máquinas de guerra y sepa qué significa «en columna» y «de frente», cómo son las unidades de Infantería y cómo las de Caballería, de dónde viene y que significa «avanzar al galope» o «cabalgar en círculo», en suma, que no sea uno de esos que no salen de su casa ni es capaz de creer sólo lo que cuentan los narradores

38 Pero especialmente y ante todo, que sea libre de espíritu, que no tema a nadie ni espere nada [55] o será igual que los malos jueces que venden su veredicto por un favor o por un odio. Que no lo preocupe si a Filipo le saltó un ojo el arquero Aster de Anfípolis en Olinto (debe presentarlo como era [56]) ni si Alejandro llevará a mal el cruel asesinato de Clito ocurrido en el banquete [57], si es que trata de escribir un relato claro. Ni le atemorizará Cleón [58] por tener un gran poder en la asamblea y su dominio de la tribuna, para evitar que diga que fue un hombre funesto o insensato. Ni siquiera la ciudad entera de Atenas, si refiere los desastres de Sicilia, la captura de Demóstenes, la muerte de Nicias, la sed de las tropas, qué clase de agua bebían [59] y cómo la mayoría morían al beberla. Porque pensará, como es muy justo, que ninguna persona sensata le acusará si cuenta tal como ocurrieron los acontecimientos desgraciados o estúpidos, ya que él no era el responsable sino el denunciante. Y así, aunque sean vencidos en alguna ocasión en combate naval, no es él quien hunde los barcos, y si huyen no es él quien los persigue, salvo que se le pase por alto hacer una plegaria cuando había que hacerla. Porque si al menos omitiendo hechos o contándolos al revés pudiera corregirlos, sería muy fácil que Tucídides con pluma sutil derribara la fortificación de las Epípolas [60], hundiera la trirreme de Hermócrates, cosiera

---

[55] PLATÓN, *Protágoras* 327d.

[56] Parece una alusión a Apeles, que pintó a Antígono de perfil para que no se notara que era tuerto. Cf. QUINTILIANO, II 13.

[57] ARRIANO, *Anábasis* IV 8, 9; QUINTO CURCIO, VIII 1.

[58] TUC., III 36, 6.

[59] TUC., VII 82, 84, 86.

[60] TUC., VI 75, 1, y VII 11, 3, etc.

a puñaladas al maldito Gilipo [61] cuando estaba bloqueando
los caminos con fosos y fortificaciones, y por último echara
a los siracusanos a las canteras, y que los atenienses nave-
garan en torno a Sicilia e Italia, de acuerdo con las prime-
ras esperanzas de Alcibíades. Sin embargo, creo que ni Clo-
to podría ya volver a devanar los acontecimientos ni Átro-
po desviar su curso [62]. La única tarea del historiador es con- 39
tar las cosas que ocurrieron.

Pero esto no se podría hacer mientras se teme a Artajerjes por ser su médico, o se espera un «candi» de púrpura [63] o que se va a recibir un collar de oro y un caballo de Nisea como recompensa a los elogios en la obra [64].

No hará tal cosa Jenofonte (un historiador justo) ni tampoco Tucídides. Por el contrario, si siente un odio personal hacia alguien, considerará el interés público mucho más obligatorio, y pondrá la verdad por encima de la enemistad; y si tiene un amigo, no le disculpará si comete un error. Porque, como decía, ésta es la única peculiaridad de la historia y sólo a la verdad se le deben ofrecer sacrificios si uno va a dedicarse a escribir historia, y debe desentenderse de todo lo demás. En resumen, hay una sola norma y una sola medida exacta, tomar en consideración no a los actuales oyentes sino a los que se encontrarán con nuestra obra en el futuro.

Y si alguien sólo rodea de cuidados lo inmediato, pue- 40
de ser incluido lógicamente en el número de los adulado-

[61] Tuc., VI 32, 3, 7; VI 101, 2; VII 86, 2.

[62] Cloto y Átropo son dos de las Parcas. La primera (hilandera) hila la trama de la vida y la segunda (sin vuelta), la corta.

[63] También llamado caftán, es una prenda persa de vestir.

[64] Heród., III 106, y VII 14, etc. Se refiere al historiador Ctesias de Cnido, que pasó diecisiete años en la corte y escribió una historia de Persia.

res, a quienes la historia hace tiempo, desde su mismo principio, ha vuelto la espalda, tanto como la cultura física al arte del maquillaje. Recuerdan, por ejemplo, las palabras de Alejandro cuando dijo: «Me gustaría volver a la vida por poco tiempo, Onesícrito, para saber qué lectura dan a los acontecimientos actuales los hombres del futuro. Si ahora los aplauden y les dan la bienvenida, no te sorprendas: ellos creen que con esa especie de señuelo no pequeño todos van a pescar nuestra benevolencia». Lo cierto es que a Homero, aunque había escrito la mayor parte de su elogio a Aquiles en tono mítico, algunos se sienten ya movidos a creerle, aportando este único gran documento para demostrar la verdad: que no escribió sobre una persona viva y no encuentran por ello ningún motivo por el que pudiera mentir.

41 Así debe ser para mí el historiador: intrépido, incorruptible, libre, amigo de la libertad de expresión y de la verdad, resuelto, como dice el cómico [65] al llamar a los higos, higos, al casco, casco, que no rinda tributo ni al odio ni a la amistad, ni omita nada por compasión, pudor o desagrado, que sea un juez ecuánime, benévolo con todos para no adjudicar a nadie más de lo debido, forastero en sus libros y apátrida, independiente, sin rey, sin que se ponga a calcular qué opinará éste o el otro, sino que diga las cosas como han ocurrido.

42 En este sentido, Tucídides estableció muy bien la norma y distinguió entre la virtud y el vicio del historiador, sobre todo al ver que Heródoto fue admirado hasta el punto de que se pusiera el nombre de las Musas a sus libros. Y así afirma que está componiendo un bien para siempre [66] más

[65] Puede referirse a Aristófanes, a Menandro y también a Plutarco.

[66] Tuc., I 22.

que una representación para la actualidad, y que no le tiene apego al mito, sino que trata de dejar a la posteridad la verdad de los acontecimientos; añade la utilidad y el objetivo que sensatamente podrían ponerse como base de la historia, para que si alguna vez se presenta una situación parecida, dice, puedan consultar los testimonios escritos con anterioridad y tratar correctamente su situación presente.

Que me den un historiador con esta mentalidad; en 43
cuanto a la lengua y capacidad de expresión, que no empiece su obra completamente crispado, con la conocida violencia de dientes afilados, con claúsulas ininterrumpidas, argumentos retorcidos y otras habilidades retóricas. Su talante debe ser más bien pacífico, su pensamiento coherente y reflexivo, su dicción clara y propia de un estadista, para que pueda explicar la materia con la mayor transparencia.

Lo mismo que hemos puesto la libertad de expresión 44
y la verdad como objetivos del historiador, así también debe ser uno el principal propósito de su lenguaje: explicar el tema con claridad y mostrarlo con la mayor evidencia posible [67], sin emplear palabras oscuras y fuera de uso, ni tampoco términos vulgares y propios de tenderos, sino que pueda entenderlas la mayoría y elogiarlas las personas cultas. Que además lo adorne con figuras que no estorben y sobre todo que parezcan espontáneas, pues de otro modo consigue un relato que se parece a los caldos estropeados por exceso de salsa.

Que la mentalidad del historiador participe y se conta- 45
gie un poco de la poesía, en la medida en que también aquella es grandiosa y elevada, especialmente cuando se enzarza en formaciones de combate, batallas y luchas na-

[67] QUINTILIANO, *Inst. Or.* IV 2, 36.

vales. Porque entonces necesitará cierto espíritu poético que hinche las velas con vientos favorables y transporte la nave por encima de las altas olas. Pero que la expresión se quede en tierra, creciéndose con la belleza y grandeza de los temas y adecuándose a ellos cuando sea posible, sin tomar aspecto extraño ni salirse de sí inoportunamente. Porque el mayor peligro para ella es el de volverse loca y ser arrastrada al delirio poético, de modo que ante todo debe obedecer entonces al freno y mostrar sensatez, con la convicción de que también en la literatura el orgullo de caballo no es un mal insignificante. Es mejor entonces que la expresión acompañe corriendo a pie a la mente cuando ésta se lanza al galope, sujetando la silla para no quedar rezagada en la carrera.

46 Y en cuanto a la colocación de palabras, hay que usar una discreta moderación, sin separarlas ni dividirlas demasiado (ello resulta áspero), ni unirlas casi sin ritmo, como hace la mayoría, porque esto es censurable y lo primero es desagradable a los oyentes.

47 En cuanto a los acontecimientos mismos, no deben reunirse al azar, sino con una investigación laboriosa y concienzuda de los mismos, sobre todo como testigo presencial, y si no, prestando atención a quienes los refieren con la máxima imparcialidad y a los que se puede suponer que quitan o añaden menos a lo sucedido por motivos de simpatía o aborrecimiento. También aquí debe ser astuto y hábil para componer los argumentos más convincentes.

48 Y una vez que haya reunido todo el material o su mayor parte, debe preparar la trama de una memoria de datos y reunirlos en un cuerpo todavía informe y desarticulado; y luego, después de ordenarlo, debe darle belleza y colorearlo con los encantos de la expresión, las figuras y el ritmo.

Resumiendo, que se parezca al Zeus homérico, que unas 49
veces contemplaba el país de los tracios domadores de caballos y otras el de los misios [68]; pues, de la misma manera, que también él mismo considere la situación de los romanos y nos explique cómo le parecía vista desde arriba, y luego la de los persas, a continuación la de ambos al mismo tiempo, cuando combaten. Y ya en la misma formación de combate, que no mire a una sola parte ni a un solo jinete o infante, a no ser que ataque algún Brásidas [69] o un Demóstenes corte una acometida; que atienda primero a los jefes, y si dan alguna orden, que también la tenga en cuenta, el orden de combate, su propósito e intenciones. Y una vez que se ha entablado la batalla, debe tener una visión conjunta, pesar los acontecimientos como en una balanza y acompañar tanto a los que atacan como
a los que huyen. Y que haya ponderación en todo ello, 50
para evitar el exceso, la grosería y la fogosidad juvenil, y conseguir un desenlace fácil. Que pueda detenerse en algún momento y pasar a aquellos temas que lo exijan por su urgencia, y que después de resolverlos vuelva si los acontecimientos le reclaman; que sea breve en todo, siguiendo el tiempo en la medida de lo posible, que vuele de Armenia a Media y de allí en un silbido a Iberia [70], luego a Italia, para no perder ninguna oportunidad.

Debe presentar su pensamiento transparente como un 51
espejo, sin empañar, cuidadosamente centrado, que refleje las imágenes de las cosas tal como las recibe, sin distorsiones ni falsos coloridos, ni alteraciones de figuras. Porque

---

[68] HOM., *Il.* XIII 4-5.

[69] TUC., IV 11, 4 y 12, 1, corresponde a la ocupación ateniense de Pilos (425 a. C.).

[70] Recuérdese que se trata de Georgia en el Cáucaso, y no de España.

los historiadores no escriben como los oradores, sino que lo que ellos tienen que decir hablará por su cuenta, porque ya ha ocurrido, y hay que ordenarlo y decirlo, de forma que no tienen que pensar qué es lo que van a decir, sino cómo lo dicen. En resumen, hay que pensar que el historiador debe parecerse a un Fidias, a un Praxíteles, un Alcámenes o algún otro de aquellos famosos escultores, ya que tampoco ellos fabricaban oro, plata, marfil o algún otro material, sino que la materia prima estaba allí con anterioridad y había sido puesta a su disposición por los eleos, los atenienses a los argivos que la habían proporcionado: ellos únicamente modelaban y cortaban el marfil, lo pulían, lo pegaban, lo ajustaban y lo revestían de oro. Su arte consistía en tratar el material adecuadamente.

Una cosa parecida es también la tarea del historiador: ordenar con belleza los acontecimientos y exponerlos con la mayor claridad en la medida de lo posible. Y cuando el oyente crea luego estar viendo lo que se relata y a continuación lo aplauda, entonces sí que se puede dar por totalmente acabada la obra histórica de nuestro Fidias, que ha conseguido su propia alabanza.

52 Cuando ya está todo el material preparado, algunas veces incluso se empieza sin introducción, cuando el tema no exige demasiado una exposición preliminar, pero incluso entonces se emplea un prólogo funcional para aclarar lo que se va a decir.

53 Cuando se utiliza la introducción, se empieza únicamente con dos puntos, no con tres como los oradores, sino que se prescinde de la captación de benevolencia y se busca la atención y el interés de los oyentes. Éstos prestarán atención si muestra que va a hablar de temas importantes, esenciales, domésticos y útiles. Expondrá a continuación de forma fácil de entender y con claridad, planteando las causas

de los acontecimientos y limitándose a los más importantes.

Tales introducciones emplearon los mejores historiado- 54
res: Heródoto [71], para que no se borraran con el tiempo los acontecimientos, que eran grandes y admirables, y ponían en evidencia las victorias griegas y las derrotas de los bárbaros. Tucídides [72], por su parte, convencido personalmente de que aquella guerra sería grande, más memorable y más importante que las ocurridas anteriormente. Porque de hecho las calamidades que ocurrieron en aquella guerra fueron considerables.

Pero pasada la introducción, alargada o acortada en 55
proporción con los temas, la transición a la narración debe ser fácil y fluida, ya que todo el cuerpo restante de la historia es simplemente una larga narración, y por ello debe estar adornada con las virtudes de una narración, que avance sin asperezas, que sea uniforme, congruente consigo misma, de modo que no tenga ni hinchazones ni huecos. Además, que florezca la claridad, que se consigue con la dicción, como dije, y con el encadenamiento de los acontecimientos.

Lo presentará todo acabado y cumplido, y cuando haya terminado el primer capítulo, introducirá inmediatamente a continuación el segundo, trabado con él a manera de una cadena, para evitar que quede interrumpido y haya muchas narrativas yuxtapuestas unas a otras, sino que siempre lo primero no sólo sea vecino de lo segundo, sino que incluso se comuniquen y coincidan en sus límites.

La brevedad es útil en todo, especialmente si abundan 56
los temas a tratar; esta brevedad hay que conseguirla no tanto con los nombres o verbos como con los aconteci-

---

[71] HERÓD., I 1.

[72] TUC., I 1, 23.

mientos. Quiero decir con esto que si pasas deprisa los hechos pequeños y menos esenciales, podrás tratar de modo adecuado los temas importantes. Más bien, muchos deben ser desatendidos. Porque si tú invitas a tus amigos y lo tienes ya todo preparado, entre tantos pasteles, aves, platos de mariscos, jabalí, liebres, filetes de pescado selectos. no irás a servirles también arenques salados y gachas de legumbres —porque también estén preparados— sino que prescindirás de los platos corrientes y baratos.

57 Hay que ser especialmente discreto en las descripciones de los montes, fortificaciones y ríos, para no dar la impresión de una exhibición de mal gusto de potencia oratoria y de atender a los propios intereses a expensas de la historia. Más bien hay que tratarlo ligeramente, en aras de la utilidad y claridad y pasar al tema, evitando caer en la trampa de esta situación y toda otra golosina parecida, como ves que hace Homero con su elevación de sentimientos: a pesar de ser un poeta, trata con rapidez a Tántalo, a Ixión, a Titio y a los otros. Pero si escribiera Partenio, Euforión o Calímaco, ¿te das cuenta de la cantidad de palabras que emplearían para llevar el agua hasta los labios de Tántalo?, ¿o con cuántas palabras haría rodar a Ixión? Mejor todavía, el propio Tucídides [73], que emplea poco esta clase de estilo, fíjate cómo se aparta cuando describe una máquina o explica un tipo de asedio, aunque sea necesario y útil, o los planos de las Epípolas o el puerto de Siracusa [74]. Porque cuando parece extenso al describir la peste, piensa tú mismo en la realidad de los hechos y te darás cuenta de su rapidez y de cómo la presión de los

[73] Tuc., IV 11.
[74] Tuc., VI 96.

acontecimientos se apodera de él a pesar de su intento de escape.

Si en alguna ocasión hay que introducir a alguien pro- 58
nunciando discursos, su lenguaje debe acomodarse al personaje y ajustarse al tema ante todo, y además debe ser lo más claro posible; ahí se te permite también actuar como orador y demostrar tu elocuencia.

Los elogios y las censuras deben ser muy escatimados, 59
prudentes, libres de calumnia, acompañados de pruebas, breves y oportunos, puesto que se presentan fuera de un tribunal, y se te podría censurar como a Teopompo, que acusaba con malevolencia [75] a la mayoría y convirtió este sistema en modo de vida, hasta el punto de que fue más un acusador que un historiador de acontecimientos.

Además, si de repente surge un mito, hay que contar- 60
lo, pero en absoluto creerlo; más bien debe plantearse a la audiencia para que hagan las conjeturas que quieran sobre él [76]. Tú no debes arriesgarte ni ponerte de parte de nadie.

En resumen, acuérdate de esto, porque te lo repetiré 61
muchas veces: no escribas con la mirada puesta sólo en el presente, para que te alaben y te honren los contemporáneos; aspira más bien a toda la eternidad y escribe pensando en las generaciones venideras y solicita de ellos el salario por tu obra, de modo que digan de ti: «Era un hombre libre y lleno de franqueza, sin adulación ni servilismo, sino verdadero en todo». Esto es lo que cualquier persona sensata pondría por encima de todas las actuales esperanzas, que son tan efímeras.

[75] POL. II 8-9.

[76] HERÓD. II 123, V 45, VII 152; TUC., VI 2, 1.

62 ¿Tú sabes lo que hizo el famoso arquitecto de Cnido? Había construido la torre de Faro, la obra más grande y más hermosa, para que desde ella se lanzaran señales de fuego a los navegantes en una gran extensión de mar y no fueran lanzados contra el promontorio de Paretonia [77], que dicen que es muy difícil y del que no se puede escapar si un barco cae entre las rocas. Pues bien, después de terminar su obra el arquitecto inscribió su propio nombre por dentro sobre las propias piedras, lo cubrió con yeso y una vez tapado puso encima el nombre del soberano reinante, sabiendo, como efectivamente ocurrió, que al cabo de muy poco tiempo caerían las letras juntamente con el yeso y quedaría al descubierto lo siguiente: «Sóstrato [78] de Cnido, hijo de Dexífanes, a los dioses salvadores, para los navegantes». De modo que tampoco él tomó en consideración la acción inmediata ni su propia y corta vida, sino nuestra actualidad y la eternidad, mientras la torre permanezca en pie y perdure su arte.

63 Así pues, la historia debe escribirse con este espíritu, con la verdad, más bien pensando en la esperanza futura que con adulación con vistas al placer de los que ahora son elogiados. Este es tu modelo y tu norma para una historia justa. Si algunos usan esta medida, estará bien, y habremos escrito a propósito, y si no ¡¡he hecho rodar mi tonel en el Craneon!!

---

[77] ESTRABÓN, XVII 1, 4; PLUT., *Ant.* 814b.

[78] ESTRABÓN, XVII 1-6; PLINIO, *N. H.* XXXVI 8-3.

60

DE LAS DIPSADAS

Descripción, que acaba en lisonja, de una fauna curiosa del desierto de Libia. Pieza introductoria de tipo retórico. No hay criterios que permitan establecer su fecha.

El sur de Libia lo forman arenas profundas y una tierra 1
completamente reseca, en su mayor parte desierta, totalmente infecunda, absolutamente llana, sin yerba ni césped, ni plantas ni agua, excepto tal vez alguna pequeña charca que quede de la poca lluvia, y aún ésta turbia y estancada, que ni siquiera es potable para un hombre sediento. Por estas razones es inhabitable, porque ¿cómo podría habitarse una zona tan agreste, tan seca, sin recursos, agobiada por una permanente sequía? Y el mismo calor ardiente y el aire que es totalmente de fuego y abrasador y la temperatura ardiente de la arena hacen el país totalmente inaccesible.

Los garamantes son los únicos que la habitan cerca, una 2
raza austera y sencilla, gentes trogloditas que viven en general de la caza y de vez en cuando hacen correrías en la comarca para cazar, especialmente en el solsticio de invierno, después de esperar la llegada de la lluvia, cuando

se ha apagado lo más intenso del calor y la arena está humedecida y se hace de alguna manera accesible. La caza es a base de asnos salvajes, grandes avestruces que andan por tierra, monos especialmente y de vez en cuando elefantes. Únicamente estos animales aguantan el período de la sed y soportan por largo tiempo los sufrimientos de la intensidad de los rayos solares. Sin embargo, los garamantes, tan pronto como han consumido los alimentos que traían al llegar, regresan a sus casas inmediatamente, por temor de que la arena vuelva a ponerse abrasadora y les haga el regreso difícil o imposible y que a continuación perezcan con su caza cogidos como dentro de una red. Ya no hay entonces escapatoria, cuando el sol elimina la humedad, seca rápidamente la tierra y arde intensamente; sus rayos son entonces más penetrantes por la humedad, porque ésta sirve de combustible al fuego.

3 Aunque todos estos puntos que he mencionado —el calor abrasador, la sed, el desierto, la falta de recursos de la tierra— os parecerán menos inaguantables que lo que voy a decir, algo que hace que se deba evitar aquel país por todos los medios. Hay reptiles de muchas clases, de tamaño enorme y abundantísimos en número, de formas extrañas, provistos de venenos irresistibles, que viven en el país, unos sumergidos, metidos en madrigueras de la arena, otros que se arrastran por la superficie —sapos venenosos, áspides, víboras, cerastas, escarabajos buprestos, serpientes dardo, anfisbenas, serpientes pitón—, y dos clases de escorpiones, una que se arrastra a pie por la tierra, enorme y con numerosas vértebras, y otra que vive en el aire, alada, con unas alas membranosas como las de las langostas, las cigarras y los murciélagos. La gran cantidad de estos pájaros voladores hace difícil el acceso a esta parte de Libia.

Pero el más terrible de los reptiles que se crían en Li- 4
bia es la dipsada, una serpiente no demasiado grande, parecida a una víbora, de mordedura violenta y veneno espeso que ocasiona al punto dolores indecibles, porque quema, descompone y hace arder, de modo que sus víctimas gritan como si estuvieran en una hoguera, pero lo que más abruma y consume es la dolencia que da nombre al reptil [1], pues están terriblemente sedientos y lo más extraño de todo es que cuanto más beben tanto más deseo tienen de beber y esta sed aumenta cada vez más. Aunque les dieras el Nilo o el Istro entero, no conseguiría aplacarla, sino que con el riego todavía inflamas más la enfermedad, como si al-
guien tratara de apagar el fuego con aceite. Dicen los hijos 5
de los médicos que la causa es que al ser el veneno tan espeso, cuando se moja con el agua se diluye y se mueve con más rapidez, y al ser más líquido, como es lógico, se extiende al máximo.

Yo desde luego no vi a ninguna víctima de esta enfer- 6
medad y pido a los dioses no ver nunca a una persona tan atormentada; es más, ni siquiera puse los pies en Libia en absoluto, y me alegro de ello. Oí, en cambio, un epigrama que me dijo un amigo mío que había leído personalmente sobre la tumba de un hombre que había muerto de esa manera. Contaba que había hecho un viaje, partiendo de Libia, camino de Egipto, a lo largo de la Gran Sirte, y no podía ser de otra manera. Y que en ese viaje se había encontrado con una sepultura, a la orilla del mar, en la misma playa, y en ella se levantaba una estela que explicaba la forma de su muerte: efectivamente se había grabado en ella un hombre como se representa a Tántalo situado en la laguna y tratando de coger agua para beber de ella,

[1] Dipsada significa «que causa una sed ardiente».

pero con el animal —la dipsada— pegado a él, rodeándolo con sus anillos; y un numeroso grupo de mujeres que portaban agua, la vertían sobre el hombre. Cerca había unos huevos, como los de aquellos avestruces que dije que cazaban los garamantes. Había además una inscripción, que nada me impide recitar:

Tales fueron también los sufrimientos de Tántalo, me parece,
que nunca pudo calmar el sufrimiento de la sed producida por el negro veneno
Tal el sufrimiento de las hijas de Dánao, intentando inútilmente llenar
el tonel con penoso y permanente acarreo de agua.

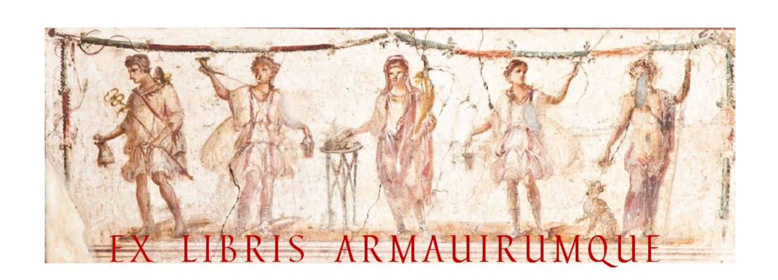
Hay otros cuatro versos sobre los huevos y cómo fue mordido al intentar levantarlos, pero ya no me acuerdo de ellos.

7 Los habitantes de la comarca se toman trabajos para recoger los huevos, no sólo para comerlos, sino que también los utilizan como utensilios después de vaciarlos y hacen vasos con ellos, ya que no pueden modelar el barro por ser el suelo de arena. Y si encuentran huevos bastante grandes, incluso se hacen dos sombreros con cada huevo, pues cada mitad es un sombrero suficiente para la cabeza
8 de un hombre. Pues bien, las dipsadas acechan junto a los huevos, y cuando se acerca una persona, saltan desde la arena y muerden al desgraciado, que siente lo que se dijo un poco antes, que no deja de beber, cada vez tiene más sed y nunca consigue llenarse.

9 Todo esto no lo he contado con afán de rivalizar con el poeta Nicandro, por Zeus [2], ni para que vosotros os

[2] Autor de *Teríaca* y *Alexifármara,* sobre mordeduras de serpientes y sus contravenenos.

enteréis de que no he descuidado el conocimiento de la historia natural de las serpientes de Libia. Éste sería más bien un elogio propio de médicos, quienes es necesario que tengan estos conocimientos, para que también puedan rechazar sus efectos con su arte. Más bien yo creo, y en aras de la amistad no os enfadéis conmigo porque haga una comparación a base de animales, que me pasa a mí con vosotros lo mismo que les pasa con la bebida a los que son mordidos por las dipsadas: cuanto más me presento ante vosotros, tanto más deseo estar, y una sed incontenible me abrasa, y me parece que nunca podré llenarme de tal bebida. Y con mucha razón, porque ¿dónde podría yo encontrar un agua tan pura y cristalina? Perdonadme entonces si mordido yo también en mi alma por esta mordedura dulcísima y sanísima me lanzo con la boca abierta metiendo mi cabeza en el chorro. Sólo pido, que no me falten los arroyos que fluyen de vosotros ni que, disipado vuestro deseo de audición, me quede todavía sediento con la boca abierta: porque en lo que atañe a mi sed de vosotros, nada podría impedir que siempre siga bebiendo, pues de acuerdo con el sabio Platón, no hay saciedad de lo bello.



61

LAS SATURNALES

Es una de las obras de Luciano conectada con Roma y ha sido investigada por sus implicaciones políticas. Luciano debe de referirse a los festivales romanos de este nombre, pero si pensaba en algún escenario, éste no era necesariamente Roma. En la primera de las tres partes de que se compone, el sacerdote de Crono pregunta al dios sobre mitos conectados con él y sobre las costumbres del festival. Esta sección deriva su humor del planteamiento característico de Luciano en cuanto a irónica credulidad y deja poco margen para interpretaciones políticas. En la segunda parte, el sacerdote, llamado Cronosolon, dicta leyes sobre la conducta durante las fiestas. Luciano alude a reglas burlescas para fiestas, conocidas en muchas sociedades, y «leyes» parecidas han sobrevivido en latín. Cronosolon ha sido nombrado legislador después de quejarse a Crono de que «gentes repugnantes y canallas son multimillonarios, y los únicos que disfrutan de la vida, mientras yo mismo y otros muchos intelectuales somos colegas en la pobreza y en la desesperación». Estas normas están dirigidas por igual a turistas y anfitriones, ricos y pobres.

La tercera sección es la más larga y su tono es más incisivo. Se trata de dos pares de cartas, las primeras escritas por «Yo a Crono» y «Crono a mí», y las segundas por «Crono a los ricos» y su réplica. La primera carta contiene, junto a las habituales acusaciones de egoísmo y gula y cosas parecidas, quejas contra la desigualdad y una petición para «una vía más democrática»

y «riqueza común». A su vez, Crono en su carta a los ricos utiliza el clásico eslogan de «reparto» *(anadasmós).*

Como el escenario es de nuevo el de las Saturnarles romanas, esta parte de la obra podría parecer un manifiesto dirigido contra la riqueza romana. Esta interpretación, sin embargo, pasa por alto el contexto en el que suceden las alusiones políticas. El lenguaje es un tributo humorístico al mito de Saturno y el aspecto general de fantasía recuerda el de *Historias verdaderas.* En un pasaje especialmente brillante, Luciano contempla un cómico castigo de los ricos, «cuando se les estropee la comida, que a sus melenudos y preciosos niños, a los que llaman Jacintos, Aquiles y Narcisos, se les caiga el pelo de repente, mientras ofrecen el brindis, y se queden calvos».

Lejos de ser un ataque a Roma, la obra podría haberse escrito para diversión de un patrón romano.

SACERDOTE. — Crono, ya que parece que eres tú el que 1
mandas ahora, a ti te ofrecemos sacrificios y de ti obtenemos buenos presagios, ¿qué es lo que mejor podría conseguir de ti si lo pidiera en mis sacrificios?

CRONO. — Lo correcto es que seas tú quien decida lo que tengas que pedir a no ser que pretendas que tu soberano sea un adivino para saber qué te gustaría a ti solicitar. Sin embargo, dentro de las posibilidades, yo no rechazaré tu plegaria.

SACERDOTE. — Es que ya hace tiempo que lo tengo decidido. Voy a pedir lo corriente, cosas que están a mano —riquezas, oro en cantidad, ser propietario de tierras, tener esclavos propios en abundancia, vestidos suaves y de colores brillantes, plata, marfil y todo lo que es precioso—. Concédeme pues, queridísimo Crono, parte de todo ello, para que también yo disfrute de tu soberanía y no sea el

único que se pase toda la vida sin participar de tales beneficios.

2 Crono. — ¿Lo estás viendo? Esas peticiones no dependen de mí, ya que no es cosa mía repartir tales beneficios. De modo que no te disgustes si no los consigues, pero pídeselos a Zeus, cuando pase a él la soberanía dentro de poco. Yo he heredado el poder con condiciones: todo mi reinado dura siete días y cuando haya terminado ese plazo al punto me convertiré en un particular y de alguna manera en uno del montón. Además, en esos siete días no se me ha permitido gestionar nada importante ni de tipo público, pero puedo beber y estar bebido, gritar, jugar, echar los dados, nombrar encargados de la juerga, dar banquetes a los criados, cantar desnudo, aplaudir con emoción, de vez en cuando incluso tirarme al agua fría de cabeza con la cara tiznada de hollín, todo eso es lo que yo puedo hacer, pero la riqueza y el oro, se las reparte Zeus a quienes quiere.

3 Sacerdote. — Pero tampoco él, Crono, está muy dispuesto ni con las manos abiertas. Al menos yo ya estoy harto de pedir a grandes voces, pero él no me atiende en absoluto, sino que agita la égida, blande el rayo y mira con fiereza para asustar a los que le molestan. Y si alguna vez concede a alguien su asentimiento y lo hace rico, hay una gran discriminación en ello, pues pasa a veces de los honrados e inteligentes e inunda de riquezas a los malvados y estúpidos, la mayor parte de ellos criminales o afeminados. Pero yo quiero saber qué es lo que tú puedes hacer.

4 Crono. — No es totalmente insignificante ni despreciable en absoluto, si se compara con las prerrogativas del poder absoluto —a no ser que te parezca insignificante vencer jugando a los dados y que a los otros el dado les caiga

en el uno mientras que a ti siempre te quede encima el seis—. Lo cierto es que muchos comieron hasta hartarse por este procedimiento, personas a las que el dado les da su asentimiento favorable y propicio. Otros, en cambio, nadan desnudos al hundírseles la nave contra un escollo tan pequeño como un dado. Y además al actuar con el mayor regodeo y ser aclamado en el banquete como mejor cantor que el vecino y ver que los otros servidores de la mesa caen al agua (porque éste es el castigo por un servicio defectuoso), mientras a ti te proclaman vencedor y consigues la salchicha como premio ¿tú has visto qué cosa más buena? Más aún, el convertirse en único rey de todos por haber vencido en el juego de las tabas, de forma que no se te impongan órdenes ridículas y en cambio tú puedas dar órdenes, a uno que diga a gritos cosas vergonzosas de sí mismo, a otro que baile desnudo, se ligue a la flautista y dé tres vueltas a la casa, ¿cómo no van a ser éstas demostraciones de mi munificencia? Y si censuras esta soberanía diciendo que no es verdadera ni segura, obrarás irreflexivamente, cuando te des cuenta de que yo, que puedo conceder tales favores, tengo el poder por poco tiempo. Por ello, pide sin miedo cualquiera de las cosas que yo te puedo dar, los dados, el poder, el canto, y todo lo que he enumerado, en la seguridad de que no te aterrorizaré con la égida y el rayo.

SACERDOTE. — Pero es que no necesito nada de eso, 5
magnífico Titán. Respóndeme, en cambio, una cosa, que es lo que más deseaba saber, y si me lo dices me habrás dado una compensación suficiente a mi sacrificio y en lo sucesivo te perdonaré tus deudas conmigo.

CRONO. — Tú pregunta, que yo contestaré si conozco la respuesta.

SACERDOTE. — Una cosa en primer lugar, si es verdad lo que hemos oído decir de ti, que devorabas a los hijos que nacían de Rea, pero ella escondió a Zeus, puso una piedra en lugar del niño y te lo dio para que la devoraras; al llegar Zeus a la pubertad te expulsó del poder después de vencerte en una guerra y luego te encadenó con todos tus aliados en la guerra y os metió en el Tártaro.

CRONO. — Si no estuviéramos celebrando las fiestas y no se hubiera dado permiso para emborracharse e insultar impunemente a los amos, te enterarías de hasta qué punto se me ha permitido enfadarme, por haber hecho tales preguntas sin respetar a un dios tan canoso y tan anciano como yo.

SACERDOTE. — Pero es que yo no hago tales afirmaciones por mi cuenta, sino que son Hesíodo, Homero y no me atrevo a decir que casi todas las personas restantes las que tienen esta creencia sobre ti.

6 CRONO. — ¿Pero es que tú crees que ese pastor, charlatán vagabundo, sabe algo sano sobre mí? Fíjate en lo siguiente: ¿Hay algún ser humano (por no decir un dios) que sea capaz de resistir el devorar voluntariamente a sus hijos, a no ser que se trate de un Tiestes, que devoraba a su hijo por haber tropezado con la impiedad de su hermano? Y aun suponiendo que estuviera loco, ¿cómo podría no darse cuenta de que se estaba comiendo una piedra en vez de un niño, salvo que tuviera los dientes insensibles? Lo cierto es que ni hicimos la guerra ni Zeus detenta su gobierno por la fuerza, sino que yo se lo entregué y abdiqué voluntariamente. Porque tú mismo estás viendo que ni estoy encadenado ni me encuentro en el Tártaro, a no ser que estés ciego como Homero.

7 SACERDOTE. — ¿Y qué es lo que te hizo dejar la soberanía, Crono?

CRONO. — Te lo voy a decir. En pocas palabras, porque ya estaba viejo y gotoso por los años (que es por lo que la gente cree que estaba encadenado). Yo no podía soportar la enorme injusticia de la actual generación y tenía que estar siempre corriendo arriba y abajo, con el rayo dispuesto, tratando de abrasar a los perjuros, a los sacrílegos, a los violentos; el negocio era demasiado laborioso y necesitaba energías juveniles, así que abdiqué, gracias a Dios, en favor de Zeus. Además, a mí me parecía una buena idea repartir el poder entre mis hijos y yo mismo pasármelo bien la mayor parte del tiempo, con tranquilidad, sin tener que atender a los que hacen promesas ni ser molestado por los que piden cosas contradictorias, sin tronar ni relampaguear ni verme obligado de vez en cuando a provocar granizadas. Por el contrario, llevo una vida agradabilísima de viejo, bebiendo néctar puro, de tertulia con Japeto y mis otros compañeros de quinta. Él por su parte reina con innumerables molestias. A pesar de ello, decidí hacer una excepción con esos pocos días a los que me referí y tomo de nuevo el poder, para recordar a la gente cómo era la vida cuando yo mandaba, cuando todo les nacía sin sembrar, ni arar, no espigas, sino el pan ya dispuesto, y las carnes preparadas, y el vino corría como un río y había fuentes de miel y de leche, porque todos eran buenos, oro puro. Ésta es la razón de mi corta soberanía, y por ello hay aplausos por todas partes, y cantos y juegos y hay igualdad entre todos, libres y esclavos, porque nadie era esclavo en mi tiempo.

SACERDOTE. — Por mi parte, Crono, yo supuse que tú 8
ejercías este altruismo con los esclavos y parias a partir de aquel mito, al tratar de honrar a los que sufrían lo mismo que tú, puesto que también tú fuiste esclavo, acordándote de tus cadenas.

CRONO. — ¿Es que no vas a dejar de decir tonterías?

SACERDOTE. — Tienes razón, voy a callarme. Pero respóndeme a otra pregunta: ¿había costumbre entre las gentes de tu época de jugar a las damas?

CRONO. — Ya lo creo, pero no por talentos o miles de dracmas, como vosotros, sino como mucho por nueces, de modo que nadie se molestaba si perdía ni lloraba porque sólo él se había quedado sin poder pagar la comida.

SACERDOTE. — ¡Y hacían muy bien! Porque, ¿qué habrían podido apostar cuando ellos mismos eran puro oro? Por ello, mientras tú hablabas, se me ocurrió esta idea: si alguien trajera a una de estas personas de oro macizo hasta nuestro mundo y la exhibiera públicamente, ¿te imaginas lo que le harían al pobre desgraciado? Estoy seguro de que lo despedazarían arrojándose sobre él, como hicieron las Ménades con Penteo o las Tracias con Orfeo o las perras de Acteón, rivalizando todos ellos entre sí por ver quien le arrancaba la parte más grande. ¡Personas que ni siquiera cuando están celebrando la fiesta se libran de su afán de lucro, sino que la mayoría han convertido la festividad en fuente de negocio, y así algunos de ellos van al banquete a robar a los amigos, otros te injurian cuando no deben, y rompen los dados, que no son culpables de lo que ellos están haciendo por su propia voluntad.
9 Pero díme una cosa: ¿Cómo es que tú, siendo un dios tan refinado y tan viejo has escogido la época más desapacible del año, cuando la nieve lo cubre todo, el viento del Norte es violento, todo está helado por el frío, los árboles están secos, pelados y sin hojas, los prados feos y sin flores, las personas andan encorvadas como si fueran muy viejas y la mayoría están junto a la chimenea, para celebrar precisamente entonces las fiestas? Porque no es tiempo para viejos ni cómodo para los que aman la *dolce vita.*

CRONO. — Me estás haciendo un montón de preguntas, amigo, cuando lo que hay que hacer es beber; en realidad me has quitado no poco tiempo de la fiesta con todas esas especulaciones totalmente innecesarias, de modo que olvídalo y vamos a divertirnos, a aplaudir y a vivir con libertad; luego juraremos a la manera tradicional con nueces, nombraremos a nuestros reyes y les obedeceremos. De este modo, podré confirmar la verdad del proverbio que afirma que los viejos vuelven a ser niños.

SACERDOTE. — Muy bien Crono, que no pueda beber aunque tenga sed nadie que no esté de acuerdo con lo que acabas de decir. Así pues, bebamos, porque ya son suficientes estas primeras respuestas. Creo que voy a escribir esta conversación nuestra en un libro, tanto lo que yo te pregunté como lo que tú amablemente me contestaste, y se lo daré a mis amigos para que lo lean pero sólo a los que sean dignos de conocer tus palabras.

CRONOSOLON [1]

Esto es lo que dice Cronosolon, sacerdote y profeta 10
de Crono, y legislador de las normas relacionadas con la fiesta.

Lo que deben hacer los pobres, lo he escrito en otro libro y se lo he enviado a ellos; estoy convencido de que también ellos respetarán estas normas, o incurrirán al punto en las graves sanciones que se han señalado contra quienes las desobedezcan.

Y vosotros, los ricos, tened cuidado con no transgredir

[1] Juego de palabras tomado de Crono y del legislador ateniense Solón.

ni hacer caso omiso de estos mandatos, porque quienquiera *que proceda de otra manera*, debe saber que no comete desacato contra mí como legislador, sino contra el propio Crono, que me nombró para dar normas en esta festividad; no se me apareció previamente en sueños, sino que tuve recientemente una conversación con él, con toda claridad y completamente despierto. No estaba encadenado ni lleno de harapos, como lo representan los pintores inspirándose en los poetas ramplones; llevaba una guadaña afiladísima, estaba radiante y fuerte, e indumentaria regía. Con este aspecto se me presentó, y lo que me dijo, también completamente divino, merece la pena comunicároslo como prefacio.

11 Al verme con aspecto triste y caminando con preocupación, enseguida se dio cuenta, como era lógico tratándose de un dios, de cuál era el motivo de mi aflicción y que llevaba mal mi pobreza, con una sola túnica insuficiente para la estación, con mucho frío, viento, hielos y nieve, contra lo que tenía poquísima defensa. Y encima, cuando estaba a punto de empezar el festival, yo veía que los otros estaban preparados para celebrar sus sacrificios y pasárselo bien, pero para mí la situación era muy poco festiva. Fue entonces precisamente cuando se me acercó por detrás, me agarró una oreja y me sacudió, como solía hacer cuando se me presentaba, diciéndome: «¿Por qué tienes aspecto de estar tan desanimado, Cronosolon?»

«Y con razón, Señor», le dije, «cuando veo que gentes tan repugnantes y canallas son multimillonarios y los únicos que disfrutan de la vida, mientras que yo mismo y otros muchos intelectuales somo colegas en la pobreza y en la desesperación. Porque ni siquiera tú estás dispuesto, Señor, a poner fin a esta situación y provocar un cambio más igualitario».

«Es que en general», dijo, «no es fácil cambiar el destino que os han asignado Cloto y las otras Parcas, pero en lo que se refiere a la fiesta, yo enderezaré vuestra pobreza. Esto es lo que voy a hacer: Tú, Cronosolon, ve y ponme por escrito las normas que deben regir durante la festividad, para evitar que los ricos festejen por su cuenta y en cambio que participen con vosotros de las diversiones».

«Pero es que yo no sé», le dije.

«Yo te enseñaré», dijo él, y enseguida empezó a ins- 12
truirme. Cuando ya lo sabía todo, me dijo: «Adviérteles a ésos que si desobedecen, no será en vano que yo me haya traído esta guadaña tan afilada; sería ridículo que yo haya castrado a mi padre Urano y no deje eunucos a los ricos que infrinjan las leyes, de modo que se conviertan en servidores de la Gran Madre [2] y hagan colectas para ella con flautas y tambores».

Esta es la amenaza que hizo, de modo que será mejor para vosotros no transgredir los mandatos.

PRIMER CAPÍTULO DE LAS LEYES

Que nadie tenga actividades públicas ni privadas du- 13
rante las fiestas, salvo lo que se refiere a los juegos, las diversiones y el placer. Sólo los cocineros y los pasteleros pueden trabajar.

Que todos tengan igualdad de derechos, los esclavos y los libres, los pobres y los ricos.

No se permite a nadie enfadarse, estar de mal humor o hacer amenazas.

---

[2] Rea Cibeles. Sus servidores eran sacerdotes castrados.

No se permiten las auditorías de cuentas durante las fiestas de Crono.

A nadie se le permite inspeccionar o registrar dinero o ropa durante los días de fiestas, ni practicar deportes, ni preparar discursos, ni hacer lecturas públicas, excepto si son chistosos y graciosos, que producen bromas y entretenimiento.

SEGUNDO CAPÍTULO DE LAS LEYES

14 Mucho antes de las fiestas, los ricos deben escribir en una tablilla el nombre de cada uno de sus amigos, deben tener dispuesto el equivalente a la décima parte de la renta anual, el excedente de su indumentaria, todo el mobiliario que resulte demasiado basto para su fortuna y una buena cantidad de plata. Todo esto deben tenerlo a mano.

La víspera de la fiesta deben hacer por toda la casa un sacrificio purificatorio y echar de ella la cicatería, la avaricia, el afán de lucro y cuantos otros vicios parecidos suelen convivir con la mayoría de ellos.

Una vez que hayan conseguido purificar la casa, que ofrezcan sacrificios a Zeus el que concede riqueza, a Hermes el pródigo y a Apolo el espléndido.

15 A continuación, al caer la tarde se les debe leer aquel breviario con los nombres de los amigos. Deben dividir sus regalos, en proporción a los merecimientos de cada uno, y enviárselos a sus amigos antes de la puesta del sol. Los portadores no deben ser más de tres o cuatro, entre los criados más fieles, ya de edad avanzada. El contenido y cantidad de cada envío debe inscribirse en una tabilla, para que ni unos ni otros sospechen de los que hacen la en-

trega. Los propios criados deben tomar una sola copa antes de salir, y no deben pedir más. A las personas de letras se les debe enviar de todo doble cantidad, pues es justo que tengan doble porción. Los mensajes que acompañen a los regalos deben ser muy modestos y breves. No debe decirse nada molesto ni se debe alabar el envío.

El rico no debe enviarle nada al rico, ni debe invitar en las Saturnales el rico a nadie de su misma clase. No debe quedarse con nada de lo que ya está dispuesto para ser enviado, ni debe arrepentirse del envío.

Si alguien quedó sin su parte por estar ausente el año anterior, debe añadírsele como extra.

Los ricos deben pagar las deudas de sus amigos pobres, incluso la renta de la casa a quienes la deban y no puedan pagarla. En resumen, por anticipado deben preocuparse por saber cuál es su mayor necesidad.

Los que reciben el regalo no deben censurarlo, sino más 16
bien considerarlo generoso, cualquiera que sea. Un ánfora de vino, una liebre o una gallina gorda no deben considerarse como regalo de las Saturnales, ni los regalos de las Saturnales deben tomarse a risa.

En correspondencia, el intelectual pobre debe enviarle al rico un libro antiguo, que sea agradable y apto para el convite, o escrito por él mismo si es posible. El rico, al recibirlo debe poner cara muy satisfecha y leerlo enseguida. Si lo rechaza o lo tira, sepa que queda sometido a la amenaza de la guadaña, aunque haya enviado como regalo lo que debía. Los otros pobres recipiendarios deben enviar, unos, coronas de flores y, otros, granos de incienso.

Si un pobre envía un vestido o plata u oro por encima de sus posibilidades al rico, el envío será considerado propiedad pública, vendido y el producto de la venta será depositado en el tesoro de Crono; el pobre al día siguiente

debe recibir del rico no menos de cincuenta golpes en sus manos con la palmeta.

LEYES PARA LOS BANQUETES

17 Deben bañarse cuando la sombra del reloj de sol tenga seis pies; ante de bañarse deben tener nueces y juegos.

Que cada uno se acueste donde se encuentre. La categoría, el linaje o la riqueza deben tener poco peso para la prioridad en la comida.

Todos deben beber del mismo vino, y que el rico no ponga como pretexto el dolor de estómago o de cabeza para beber él sólo del mejor.

Todos deben tener la misma ración de carne. Los camareros no deben hacer ningún favor a nadie: no deben ser demasiado lentos, ni tampoco pasar de largo con los manjares hasta que los invitados hayan decidido lo que deben servirse. Tampoco deben ponerle a uno delante grandes raciones y al otro demasiado pequeñas, ni a uno el muslo y a otro la quijada del cerdo, sino que todos deben ser tratados con igualdad.

18 El copero, desde un puesto de observación, debe estar pendiente de todos los invitados con aguda mirada, y menos del amo; debe tener los oídos muy abiertos y disponer de toda clase de copas. Se debe permitir ofrecer la copa de la amistad a quien lo desee. Todos pueden brindar por todos, si lo desean, una vez que haya empezado los brindis el rico. No debe ser obligatorio beber, si alguien no puede.

Si alguien quiere meter en el convite, un danzarín o a un tocador de cítara novato, no se le debe permitir.

El límite de las bromas debe ponerse en lo que no moleste a nadie.

Deben jugar con nueces; si alguien apuesta dinero, no debe ser invitado a comer al día siguiente.

Cada uno debe quedarse o marcharse cuando lo desee.

Cuando el rico invite a los criados, sus amigos deben ayudarle a servir la comida.

Todos los ricos deben tener estas normas escritas en una estela de bronce, deben ponerlas en medio del salón y deben leerlas. Deben saber que mientras la estela permanezca en el salón, ni el hambre, ni la peste, ni el fuego ni ninguna otra desgracia entrará en sus casas. Pero si alguna vez, ¡lo que ojalá no ocurra nunca!, se destruye la estela, será atroz lo que les ocurra en el futuro.

CORRESPONDENCIA CON CRONO

YO A CRONO, SALUD

Ya te había escrito con anterioridad para explicar- 19
te cuál era mi situación y cómo a causa de mi pobreza era el único que no participaba de la fiesta que tú habías anunciado públicamente, añadiendo además esto (porque lo recuerdo), que era contrario a toda razón que algunos de nosotros fueran multimillonarios y vivieran en la molicie sin participar de sus bienes con los más pobres, mientras otros estaban muriéndose de hambre, y eso ante las inminentes fiestas de Crono. Como no me contestaste, pensé que debía recordártelo de nuevo. Tú deberías, queridísimo Crono, suprimir esta desigualdad, hacer los bienes accesibles para todos y luego invitar a celebrar las fiestas. Por-

que ahora estamos, como dice el proverbio, o de hormiga o de camello [3]. O piensa más bien en un actor trágico con un pie metido en un elevado calzado, como son los coturnos de la tragedia, y el otro descalzo. Pues bien, si tuviera que andar en estas condiciones, te darás cuenta de que unas veces estaría en alto y otras veces en bajo, según con qué pie avanzara. Pues lo mismo nos ocurre a nosotros en la vida con la desigualdad: unos declaman ante nosotros con énfasis trágico, calzados con los coturnos que les ha proporcionado su representante la fortuna, mientras que la mayoría, a pie y por los suelos andamos, aunque podríamos, entérate bien, representar y caminar mejor que ellos si alguien nos hubiera preparado de la misma manera.

Aunque yo he oído afirmar a los poetas que la situación humana no era así antiguamente, cuando tú todavía gobernabas, sino que la tierra les producía las cosechas sin sembrar y sin arar, todos tenían la comida dispuesta hasta la saciedad, corrían ríos de vino, otros de leche, algunos incluso de miel. Y lo más importante, dicen que aquellos hombres eran de oro y que la pobreza ni se les acercaba [4]. Nosotros, por el contrario, ni siquiera podríamos pasar razonablemente por plomo y aún por algo inferior si es que lo hay: la mayoría consigue la comida con fatigas, y encima la pobreza, el desamparo, la desesperación, el ¡ay de mí!, el ¿cómo me las podría arreglar?, ¡qué desgracia!, es lo que más abunda entre nosotros los pobres.

Puedes estar seguro de que nos indignaríamos menos con esta situación si no viéramos a los ricos disfrutando de tantísima felicidad, con tanto oro y tanta plata en sus cajas, con tantos vestidos, con esclavos y yuntas, tantas

[3] Es decir, sólo hay ricos y pobres muy pobres.

[4] HESÍODO, *Trabajos y días* 109.

fincas y campos, que a pesar de tener cada uno de estos bienes en grandísimo número no sólo nunca nos hicieron partícipes de ellos sino que ni siquiera se dignan mirar a la gente del pueblo.

Esto es lo que más nos agobia, Crono, y consideramos 21
esta situación intolerable, que esa gente esté tumbada sobre telas de púrpura, disfrutando entre eructos de tantos placeres de la vida, recibiendo felicitaciones de sus amigos entre fiestas nunca interrumpidas, mientras que yo y mis semejantes soñamos con tener alguna vez cuatro óbolos para poder conciliar el sueño después de hincharnos de pan o de cebada, añadiendo como golosina algún berro, puerros o cebolla. De modo que una de dos, Crono, o cambia esta situación provocando un régimen de vida igualitario o en último término ordena a esos hombres ricos que dejen de disfrutar solos de sus bienes y que de tantísimos medimnos de oro [5] distribuyan entre todos nosotros al menos un cuartillo, y que nos den de su ropero lo que no les dolería que se comiera la polilla; que todas estas ropas que se van a estropear y el tiempo va a destruir díles que nos las den para cubrirnos antes de que se pudran en las arcas y en las cestas a causa de la mucha humedad.

Ordénales además que cada uno de ellos invite a comer 22
cogiendo una vez a cuatro, otra vez a cinco pobres, pero no a la manera actual, sino de forma mucho más democrática, para que todos participen por igual y no ocurra que uno se atiborre de manjares, con el camarero esperando de pie hasta que se hinche de comer y luego, cuando llega a nosotros, preparados ya para echar la mano, pasa de largo, enseñándonos únicamente el plato o los restos de un pastel. Díle que cuando llegue el jabalí y lo reparta

[5] Medimno, medida de áridos equivalente a 52 litros.

no le dé a su amo la mitad entera incluida la cabeza, y a los demás les ofrezca huesos cubiertos de pellejos. Advierte a los coperos que no esperen hasta que cada uno de nosotros pida siete veces de beber, sino que nada más solicitarlo le escancien al punto, llenando una gran copa como hace con el amo. Y que el vino sea único y el mismo para todos los invitados; porque ¿dónde está escrita la ley que diga que uno se emborrache con vino oloroso y que en cambio mi estómago reviente con el moscatel?

23 Si corriges esta situación y haces estos cambios, Crono, habrás conseguido que la vida sea vida y las fiestas, fiestas. De lo contrario, que ellos sigan celebrando las fiestas y nosotros esperaremos sentados, haciendo votos para que cuando vuelvan del baño el muchacho les vuelque la jarra del vino y la rompa sobre sus cabezas, que el cocinero queme la sopa y sin darse cuenta eche el pescado en las lentejas; que la perra se meta en la cocina y se coma, mientras los cocineros atienden a otras labores, la salchicha entera y la mitad del pastel. Y que el jabalí, el ciervo y los cochinillos, mientras se están asando, hagan lo mismo que cuenta Homero sobre los bueyes del Sol, o más bien que no se limiten a serpear, sino que den *un salto* y escapen al monte con los asadores puestos [6], y que las gallinas gordas, aunque ya no tienen alas y están preparadas para servirse, que también ellas se vayan volando, para que no puedan disfrutar solos de ellas.

24 Y lo que más daño podría hacerles, pediremos que unas hormigas como las indias desentierren sus tesoros por la noche y los lleven al de la comunidad [7]. Que sus vestidos,

---

[6] Hom., *Odisea* XII 395.

[7] Heród., III 102, 1, donde habla de unas hormigas grandes como perros, que al hacer su hormiguero van sacando a la superficie arena que es oro puro.

descuidados por sus encargados, sean perforados como una criba por los finísimos ratoncillos y se queden como las redes de pescar atunes; que a sus preciosos y melenudos, niños a los que llaman Jacintos, Aquiles o Narcisos, mientras ofrecen el brindis se les caigan las cabelleras y se queden calvos, que les salga una barba de punta, como los barbadecuña de las comedias; que la zona de las sienes se les ponga muy peluda e hirsuta, y entre medias rala y calva. Haremos estos y otros votos más gordos, a no ser que estén dispuestos a prescindir de su enorme egoísmo, ser ricos para todos y compartir discretamente sus bienes con nosotros.

CRONO A MÍ, SU QUERIDÍSIMO, SALUD

¿Por qué dices tales tonterías, amigo, cuando me escri- 25
bes cartas acerca de la situación y me pides que haga una redistribución de los bienes? Ello sería cosa de otro, el que manda actualmente. Me sorprende que seas el único que ignora que yo fui hace tiempo rey y que después de distribuir el poder entre mis hijos he dejado de serlo y ahora es Zeus quien se cuida especialmente de ese cometido. Mi reino se desenvuelve entre dados, aplausos, cantos y borracheras, y no dura más de siete días. De modo que sobre cosas más importantes como las que dices (suprimir la desigualdad y que todos sean por igual pobres o ricos), tendría que ser Zeus el que negociara con vosotros.

En cambio, si alguien comete un delito o trata de abusar en algo relacionado con la fiesta, entonces me corresponde a mí juzgarlo. Estoy escribiendo también a los ricos sobre las cenas, el cuartillo de oro, los vestidos, diciéndoles que os envíen también a vosotros para la fiesta. Es jus-

to y digno que así lo hagan, como decís vosotros, a no ser que puedan dar algún argumento lógico en contra.

26 Daos cuenta de que vosotros, los pobres, en general estáis equivocados y tenéis una idea falsa de los ricos al creer que son completamente felices y que únicamente ellos viven una vida placentera porque pueden organizar comidas suntuosas, emborracharse con vino de marca, ligar con muchachos y mujeres estupendas y llevar delicadas vestiduras. No tenéis ni idea de cuál es la verdadera realidad. En primer lugar, las preocupaciones que produce esta situación no son pequeñas: la gente rica tiene que abrir el ojo a todo, para que no le pasen por alto los descuidos o las sisas del administrador, evitar que el vino se agríe, que los gorgojos se coman el trigo, que el ladrón le robe las bebidas, que la gente crea a los delatores, que andan diciendo que aspira a la tiranía. Todo esto, sin embargo, no sería ni la milésima parte de las molestias que tienen que aguantar. Si al menos conocierais los miedos e inquietudes que pasan, pensaríais que hay que evitar la riqueza
27 a toda costa. ¿O es que tú crees que si la riqueza y el poder fueran tan importantes yo me habría vuelto tan loco una vez como para renunciar a ellos, ponerlos en manos de otro, convertirme en un simple particular y aguantar la dominación de otra persona? No, yo conocía todos los muchos problemas que tienen que soportar los ricos y los gobernantes y por eso, con mucho gusto, renuncié al poder.

28 Porque lo que tú me echabas en cara hace un momento, que ellos se forran de jabalíes y de pasteles, reflexiona cómo son las cosas: de momento ambos puntos son probablemente agradables y nada molestos, pero las consecuencias cambian completamente la situación. En efecto, vosotros no os levantáis al día siguiente con la cabeza cargada por la resaca de la borrachera ni eructando vapores pesti-

lentes por la tripa excesivamente llena; ellos, en cambio, no sólo disfrutan de estas ventajas y de arrejuntarse la mayor parte de la noche con muchachos, mujeres o lo que la lascivia les pida, sino que también con facilidad consiguen de su mucha lujuria tisis, pulmonías o hidropesía. ¿O es que podría mostrar fácilmente a alguno de ellos que no esté completamente amarillo y con pinta completa de muerto? ¿O alguien que haya llegado a la vejez por sus propios pies y no llevado a hombros por cuatro hombres, todo de oro por fuera, pero recosido por dentro, como los trajes de la tragedia, remendados a base de trapos completamente tirados? Vosotros no oléis ni coméis pescado, pero ¿os dais cuenta de que también ignoráis la gota y las pulmonías y cualquier otra cosa que pueda ocurrirles por algún otro motivo? Aparte de que tampoco a ellos mismos les ocurre eso todos los días ni el comer hasta la saciedad esos manjares, sino que podrías ver que a veces les apetecen las verduras y los puerros más que a ti las liebres y los jabalíes.

Omito decir otras molestias que les agobian, como te- 29
ner un hijo disoluto, una mujer enamorada del criado, un querido que se acuesta más por necesidad que por placer. En resumen, hay muchas desventajas que vosotros desconocéis, porque sólo véis su oro y su púrpura, y cuando véis que alguna vez galopan sobre un caballo blanco, os quedáis con la boca abierta y les rendís adoración. Pero si les mirarais por encima del hombro, los despreciarais y no os dejarais desorientar por su carroza de plata, y no os quedarais mirando la esmeralda de su anillo durante la conversación, ni tocarais sus vestidos admirando su elegancia, sino que los dejarais ser ricos por su cuenta, ellos acudirían espontáneamente a vosotros y os invitarían a comer, podéis estar seguros, para mostraros los lechos, las mesas

y las copas, que no tienen ninguna utilidad si la posesión 30 no tiene testigos. En realidad, podríais averiguar que la mayor parte de sus bienes no los han adquirido para utilizarlos, sino para que los admiréis vosotros.

Este es el consejo que yo os doy, porque conozco la clase de vida de unos y otros, y merece la pena que recordéis durante el festival que dentro de poco todos tendréis que partir de la vida, ellos abandonando su riqueza y vosotros vuestra pobreza. Por otra parte, escribo también a ellos como les prometí, y estoy seguro de que no desatenderán mi carta.

CRONO A LOS RICOS, SALUD

31 Los pobres me han escrito recientemente cartas en las que os acusan de no compartir con ellos vuestras riquezas y en resumen me pedían que hiciera los bienes comunes a todos y que cada uno tuviera su parte. Decían que era justo establecer un régimen igualitario y que no tuviera uno más deleites de los necesarios y que otro careciera en absoluto de ellos. Yo les respondí que el estudio de estos temas correspondía más bien a Zeus, mientras que en relación con la actualidad y las injusticias que creían que sufrían durante las fiestas, veía que el juicio era cosa mía, y les prometí escribiros.

Algunas de las peticiones que os hacen me parecen razonables. «¿Cómo podríamos celebrar las fiestas, dicen, ateridos de tanto frío y atenazados por el hambre?» Por ello, si yo quería que ellos participaran de la fiesta me pedían que os obligara a darles parte de vuestros vestidos sobrantes o demasiado ordinarios para vuestra categoría, y dejar que les goteara un poquito de vuestro oro. Dicen

que si hacéis esto ya no pleitarán más con vosotros ante Zeus por las riquezas. De lo contrario, os amenazan con demandaros para un reparto, tan pronto como Zeus inicie los juicios. No es muy difícil para vosotros hacer estas concesiones entre tantos bienes como tenéis correctamente.

Bueno, y en cuanto a las comidas y poder comer con 32
vosotros, también me pedían que añadiera esto a la carta, diciendo que hasta ahora disfrutabais vosotros solos, con las puertas cerradas, y si algún día os mostrabais dispuestos a recibir también a algunos de ellos después de mucho tiempo, en la comida había más malhumor que alegría, y la mayor parte del tiempo servía para insultarles— como aquello de no beber el mismo vino—, ¡por Heracles!, ¡qué poco democrático! Son dignos de censura por no haberse levantado y marcharse, dejándoos a vosotros el banquete entero. Aseguran que ni siquiera bebían hasta saciarse porque vuestros coperos tenían los oídos taponados con cera como los compañeros de Ulises [8]. Todo lo demás es tan vergonzoso que no me atrevo a decirlo, como las acusaciones que os hacen sobre la raciones de carne y los camareros, que se paraban delante de vosotros hasta que os forrabais, pero pasaban de largo por delante de ellos. Hay otros muchos detalles parecidos que son groseros y muy poco adecuados a personas generosas. En realidad lo más agradable y más propio en un banquete es la igualdad y por ello preside vuestros banquetes el justo repartidor [9] para que todos tengan una parte igual.

Procurad, pues, que no os acusen más, sino más bien 33
que os honren y os amen por su participación en estas minucias, teniendo en cuenta que el gasto para vosotros será

[8] Hom., *Od.* XII 173 ss.

[9] Probablemente Dioniso.

insignificante, mientras que ellos no olvidarán nunca lo que
les habéis dado en tiempo de necesidad. Además, ni siquie-
ra podríais habitar las ciudades si los pobres no son vues-
tros conciudadanos y no contribuyen de mil maneras a vues-
tra felicidad; no tendríais admiradores de vuestra riqueza,
si sois ricos aisladamente, en privado y en la oscuridad.
Dejad por ello que muchos admiren vuestro dinero y vues-
tras mesas y que se ofrezcan entre ellos copas de la amis-
tad; que mientras brindan examinen la copa y calculen el
peso sopesándola en sus manos y la exactitud del relato
y la cantidad de oro que adorna la obra de arte. Además
de consideraros como personas buenas y generosas, queda-
réis libres de envidias, porque ¿quién podría tener envidia
de una persona que comparte y da lo que es justo? ¿Quién
no desearía que esa persona viva muchísimo tiempo disfru-
tando de sus bienes? En cambio, tal como estáis ahora,
vuestra felicidad no tiene testigos, vuestra riqueza es obje-
34 to de envidia, vuestra vida es desagradable. Porque tampoco
es igualmente agradable atiborrarse uno solo, como dicen
de los leones y de los lobos solitarios, que convivir con
gente inteligente que trata de agradar en todo, que en pri-
mer lugar no permiten que el banquete sea mudo y sin
voces, sino que entretendrán con relatos propios de ban-
quetes, bromas graciosas y toda clase de muestras de amis-
tad, que suelen ser los más agradables pasatiempos, gratos
a Dioniso, Afrodita, placenteros también a las Gracias. Al
día siguiente, al contar a todos vuestra simpatía, consegui-
rán que os aprecien, lo cual está bien comprarlo por mu-
cho precio.

35 Voy a haceros una pregunta: Si los pobres anduvieran
con los ojos cerrados (supongámoslo así), ¿no os molesta-
ría no tener a quien enseñar vuestros vestidos de púrpura,
la multitud de esclavos que os siguen o el tamaño de vues-

tras sortijas? Omito decir que no se puede evitar que surjan entre los pobres conspiraciones y odios contra vosotros, si decidís disfrutar solos de vuestro lujo. Son espantosos los deseos que amenazan con lanzar contra vosotros; ¡ojalá no se vean en la necesidad de mantenerlos! Porque en ese caso no probaréis ni las salchichas ni el pastel, excepto lo que haya dejado la perra; el puré de lentejas se os quedará mezclado con el pescado; el jabalí y el ciervo mientras se asan tramarán una fuga de la cocina al monte, y las gallinas al punto, aunque no tienen alas, también ellas se irán volando hacia los pobres. Y lo más importante, los coperos más guapos en un momento se os quedarán calvos, después de haber roto su jarra sobre vuestras cabezas.

En vista de esto, haced planes que sean convenientes para el festival y los más seguros para vosotros; aliviadles su mucha pobreza con un pequeño costo y tendréis amigos irreprochables.

LOS RICOS A CRONO, SALUD

¿Pero es que crees tú realmente que sólo a ti te escriben 36
los pobres ese clase de cartas, Crono?, ¿acaso no está Zeus ya embotado por esos mismos gritos, cuando piden que se haga un nuevo reparto justo y acusan al destino por haber hecho una distribución desigual y a nosotros porque no nos dignamos repartir nada con ellos? Sólo que él, por ser Zeus, sabe de quiénes es la culpa y por eso pone oídos sordos a la mayor parte de sus súplicas. De todos modos, presentaremos ante ti nuestra defensa, puesto que ahora eres tú quien nos gobierna.

Nosotros por nuestra parte hemos puesto ante nuestros ojos todo lo que nos has escrito, que es hermoso ayudar desde nuestra abundancia a los necesitados y que es muy agradable convivir con los pobres y banquetearnos con ellos; es lo que hemos estado haciendo siempre, siguiendo un mismo régimen de vida, de forma que ni siquiera nuestro mismo comensal podía encontrar ningún motivo de acusación.

37 Y esos que en principio decían que necesitaban poco, tan pronto como les abríamos las puertas, no dejaban de pedir una cosa tras otra, y si no se les daba todo lo que pedían nada más abrir la boca, tenían a mano enseguida el malhumor, el odio y los insultos. Y si decían alguna mentira contra nosotros, los oyentes les creían, en la idea de que estaban muy bien enterados por haber convivido con nosotros. De modo que una de dos, o no les dabas nada y tenías que convertirte en su enemigo o se lo dabas todo, te convertías al punto en pobre de solemnidad y tú mismo pasabas a ser uno de los que pedían.

38 Hay otros aspectos que se pueden tolerar, pero en las mismas cenas a las que tú aludías, dejando aparte los hartazgos y atiborramientos, cada vez que bebían más de lo necesario, o hacían manitas con un hermoso mancebo cuando pasaba las copas, o le echaban un tiento a una concubina o a una mujer casada. Y luego, después de haber vomitado por toda la sala, al día siguiente al volver a su casa nos ponen verdes contando que pasaron sed y que se quedaron muertos de hambre. Y si crees que estamos calumniándoles, acuérdate de Ixión, vuestro parásito, a quien se consideró digno de la mesa común, con la misma categoría que vosotros, se emborrachó e intentó ligar con Hera, con lo fino que era [10].

[10] EURÍPIDES, *Orestes* 9.

Estos y otros motivos parecidos nos movieron a decidir 39
en el futuro, por nuestra propia seguridad, no hacerles asequible nuestra casa, pero si con tu garantía se comprometen a hacer peticiones moderadas, como afirman ahora, y a no comportarse insolentemente en los banquetes, podrán convivir con nosotros y participar en nuestros banquetes, en buena hora. En cuanto a los vestidos, se los mandaremos como ordenas, gastaremos oro en la medida de lo posible, y en general no regatearemos en nada. Pero que también ellos dejen de ser arteros en su trato con nosotros, y que se comporten como amigos en vez de ser aduladores y parásitos. Verás que no tendrás motivo para acusarnos de nada si también ellos están dispuestos a hacer lo que tienen que hacer.

62

HERÓDOTO O ETIÓN

Es una obra de juventud que sirve para hacer referencia a una visita a Macedonia, que se pensó que podía ser Tesalónica, pero ahora se piensa más bien en Béroe. Se trata de un *proemio* trazado para conquistar el favor de sus oyentes antes del discurso principal, que podía ser una declamación. En *Heródoto* el vehículo para conseguir este objetivo es el historiador jonio, que aprovechaba el gran festival de los Juegos Olímpicos para recitar sus *Historias* y así aumentar su fama. También el propio Luciano a su llegada a Macedonia había estado dispuesto a exhibir su obra ante la mayor cantidad posible de público, pero como la visita de todas las ciudades era un problema, escoge la más importante con ocasión de una reunión general en la que tiene como audiencia a «la flor y nata de todas las ciudades, los más famosos oradores, escritores y sofistas».

El tema central es el retrato que pintó Etión con motivo de las bodas de Roxana y Alejandro.

1 ¡Ojalá fuera posible imitar también las otras cualidades de Heródoto! No me refiero a todas las que tenía (ya que esto sería mucho desear), sino al menos una de todas ellas, como por ejemplo la belleza de su expresión, o el orden ajustado de las palabras, o la propiedad de su jónico nati-

vo, su riqueza enorme de pensamiento o las innumerables bellezas que abarca, más allá de toda esperanza de imitación. En cambio, lo que sí podríamos imitar tú y yo, como cualquier otro, es lo que hizo con sus libros históricos y cómo se hizo famoso en poco tiempo ante todos los griegos.

Tan pronto como zarpó de su casa en Caria en dirección a Grecia se puso a reflexionar consigo mismo cómo conseguiría con la máxima rapidez y el mínimo esfuerzo fama y reputación, tanto para él como para sus libros. Porque el andar viajando y leyendo sus obras entre los atenienses y los corintios, los argivos o los lacedemonios alternativamente, le parecía que era fatigoso y aburrido y que le haría perder mucho tiempo. No le apetecía dispersar su actividad ni conseguir su reputación reuniendo a la gente poco a poco por separado, sino que intentaba, si ello era posible, concentrar juntos a todos los griegos.

Pues bien, los grandes Juegos Olímpicos estaban a la vista, y Heródoto pensó que con ello le había llegado la oportunidad que más estaba esperando. Estuvo pendiente de que la asamblea estuviera atestada, cuando ya se habían reunido las personas más eminentes de toda Grecia y se presentó en el opistódomo no como espectador sino como un competidor de los Juegos Olímpicos; se puso a leer sus historias y encandiló a sus oyentes, hasta el punto de que sus libros fueran designados con los nombres de las Musas, que también eran nueve.

Y así ya todos lo conocían más que a los propios ven- 2
cedores olímpicos. Y no había quien no hubiera oído el nombre de Heródoto, unos porque le habían escuchado personalmente en Olimpia y otros informados por los que volvían del festival. Y con sólo aparecer lo señalaban con el dedo diciendo: «Ése es el famoso Heródoto, que compuso en jonio las guerras persas y celebró con himnos nues-

tras victorias». Tal es el fruto que obtuvo de sus historias, al conseguir en una sola reunión el voto unánime de toda Grecia y verse proclamado no por un solo heraldo, por Zeus, sino por todas las ciudades de que procedía cada uno de los espectadores de los griegos.

3 Posteriormente, aprendieron esta lección, como atajo corto para la gloria, Hipias el sofista, oriundo de la propia Élide, Pródico de Ceos, Anaxímenes de Quíos y Polo de Agrigento y otros muchos hicieron siempre personalmente sus lecturas ante la asamblea de espectadores y consiguieron como resultado un rápida reputación.

4 Pero, ¿qué necesidad tengo de hablarte de aquellos antiguos famosos sofistas, historiadores y logógrafos, cuando tenemos el relato reciente de Etión el pintor, que compuso las bodas de Roxana y Alejandro, trajo el cuadro a Olimpia y lo expuso con tal éxito que Próxeno, que entonces era uno de los jueces olímpicos, se deleitó con la pintura y convirtió a Etión en su yerno?

5 »¿Y qué maravilla había en su cuadro», preguntaba uno, «para que el juez de los juegos diera a su hija en matrimonio a Etión, que no era conciudadano?»

El cuadro está en Italia, y yo lo vi con mis propios ojos, de modo que también te lo puedo explicar: Hay una habitación hermosísima y un lecho nupcial; Roxana, una muchacha preciosa, está sentada mirando al suelo en actitud de modestia hacia Alejandro, que está de pie. Hay unos amorcillos sonrientes, uno situado detrás de ella que levanta el velo de su cara y muestra a Roxana a su esposo; otro, muy servicial, le quita la sandalia del pie para que ya pueda tumbarse y, otro amorcillo coge del manto a Alejandro y le arrastra hacia Roxana con todas sus fuerzas. El propio Rey ofrece una corona a la muchacha; asiste también como acompañante y padrino Hefestión, con una

antorcha encendida, apoyándose en un muchacho hermosísimo —creo que es Himeneo (porque no estaba puesto el nombre)—. Al otro lado del cuadro otros amorcillos están jugando con las armas de Alejandro, dos con su lanza, imitando a los braceros cuando van cargados con una viga; otros dos arrastran a uno que está tumbado sobre el escudo, su propio Rey, sin duda, cogiéndolo por las correas del escudo. Uno, por fin, que se ha metido en una coraza que está boca abajo, se parece a un emboscado para aterrorizarles cuando se pongan ante él arrastrando el escudo.

Por lo demás, esto no son trivialidades ni ha perdido 6
el tiempo en ello Etión, sino que trata de llamar la atención también hacia el amor de Alejandro a la guerra y haciendo ver que aun amando a Roxana no ha olvidado sus armas. Aparte de ello, el propio cuadro presenta en realidad otro significado matrimonial, ya que corteja a la hija de Proxenídes para Etión: el pintor regresó después de casarse también él mismo, complemento de las bodas de Alejandro, con un rey como padrino. La recompensa por una boda fingida fue una boda verdadera.

Pero volviendo a Heródoto, el creía que la concentra- 7
ción en los Juegos Olímpicos era un buen escaparate para dar a conocer a los griegos a un magnífico historiador que había narrado las victorias griegas tal como las había narrado. Por lo que a mí se refiere —y en nombre del dios de la amistad, no vayáis a creer que me he vuelto loco o que trato de comparar mis obras con las suyas, Dios me libre—, afirmo que me ocurrió lo mismo que a él. En efecto, cuando yo llegué por primera vez a Macedonia, consideré conmigo mismo cómo debía manejar mi situación. También tenía el deseo de daros a conocer a todos vosotros y al mayor número posible de macedonios mis

obras, pero lo de andar viajando en esta época del año, visitando personalmente cada ciudad, no me parecía fácil, mientras que yo pensaba que si estaba pendiente de esta concentración vuestra, me presentaba en medio de ella y hacía mi lectura, mis plegarias necesariamente serían atendidas favorablemente.

8 Pues bien, ya estáis reunidos, la crema de todas las ciudades, la flor y nata de toda Macedonia, os acoge una ciudad extraordinaria, no como Pisa, gracias a Dios, ni con aquellas estrecheces, aquellas chozas, tiendas y ambiente sofocante. Y los que aquí os concentráis no sois la hez del pueblo, aficionados ante todo al espectáculo de los atletas, que ponen en su mayoría a Heródoto en lugar secundario, sino los más famosos oradores, escritores y sofistas, con lo que ya casi mi situación no parece muy por debajo de la que se da en Olimpia. Si me comparáis con Polidamante, Glauco o Milón, creeréis desde luego que soy un hombre atrevido, pero si apartáis vuestro recuerdo de ellos y tratáis de verme a mí solo, desnudo, como soy, tal vez no os parezca demasiado digno de azotes; porque en tal estadio esto es para mí suficiente.

63

ZEUXIS O ANTÍOCO

Es un ejercicio retórico en el que Luciano se dirige a la audiencia en una ciudad que está visitando y empieza recordando un reciente recital en el que sus oyentes le habían aplaudido por su ingenuidad y novedad. El tema es la descripción de la pintura de Zeuxis *La familia de los Centauros*, y constituye el relato más completo de un pintor antiguo que haya llegado hasta nosotros. El refinamiento de sus oyentes se da a entender no sólo por el tema del discurso, sino por el hecho de dirigirse Luciano a «amigos» «realmente expertos que examinan todo con ojos de entendidos».

Recientemente, regresaba yo a mi casa, después de ha- 1
ceros una lectura de mis obras, cuando se me acercaron muchos de mis oyentes (creo que no hay inconveniente en contar cosas así a los que ya son mis amigos); pues bien, se me acercaban, me estrechaban la mano y me mostraban su admiración. Me acompañaron durante un largo espacio y rivalizaban a gritos en sus elogios, hasta el punto de ruborizarme, temiendo estar muy lejos de ser digno de sus alabanzas. Pues bien, lo más importante de su elogio era algo en lo que todos insistían, lo inusitado de mis escritos

y su gran originalidad. Mejor sería expresarlo con sus mismas palabras: «¡Qué novedad!, ¡por Heracles, que increíble relato! ¡Hombre de fácil inventiva! ¡Nadie podría expresar ideas más nuevas!» *Tales cosas decían, impresionados* evidentemente por la audición, pues ¿qué motivo habrían tenido para mentir y halagar con tales elogios a un forastero, que no era para ellos digno de mayor atención en otros aspectos?

2 Lo que ocurre, sin embargo (porque se va a comentar), es que a mí sus elogios me molestaban bastante, y una vez que ellos se retiraron y me quedé solo, me hice las siguientes consideraciones: «Ahora resulta que el único atractivo de mis escritos es que no son convencionales ni siguen las huellas de los otros, mientras que el vocabulario, bello por sí mismo, compuesto según las normas tradicionales, o la agudeza de pensamiento, o la capacidad de imaginación, la gracia ática, la buena construcción o el arte en todo el conjunto, tal vez no tienen nada que ver con mi obra. Porque de no ser así, no pasarían por alto estas mismas cualidades para elogiar únicamente la novedad y el elemento extraño de mi estilo. Y yo, presuntuoso como soy, cada vez que se lanzaban a aplaudirme pensaba que era todo tal vez lo que les atraía, pues era verdad lo que decía Homero [1], que un canto nuevo resulta agradable a los oyentes, pero no pensaba atribuirle tan gran parte ni todo a la novedad, sino que ésta a manera de accesorio contribuye al adorno y también forma parte del elogio, pero lo que en realidad alaban y aplauden los oyentes son aquellas cualidades ya citadas. Lo cierto es que estaba muy exaltado y a punto de creerles cuando decían que yo era único entre los griegos y cosas parecidas. Para decirlo con

[1] *Odisea* I 351-2.

el proverbio, nuestro tesoro se convirtió en carbón y a mí me falta poco para ser elogiado por ellos con el elogio del titiritero.

Y ahora quiero contaros la historia del pintor. Aquel 3
famoso Zeuxis, que llegó a ser el mejor de los pintores, no pintaba temas populares y corrientes, o los menos posibles (me refiero a héroes, dioses o guerras), sino que le gustaba presentar siempre algo nuevo, y si encontraba algún tema extraño e insólito lo pintaba poniendo en él la precisión de su arte. Entre otros atrevimientos, el propio Zeuxis pintó un centauro hembra, que además estaba dando de mamar a dos centauros hijos gemelos, muy chiquitines aún. Hay una copia de este cuadro ahora en Atenas, tomada del propio original con perfecto detalle. En cuanto al original mismo, se decía que el general romano Sila lo había enviado con otros cuadros a Italia y, al hundirse la nave cerca del cabo Malea, al parecer se habían perdido todos, incluido éste. Lo que ocurre es que yo vi una copia del cuadro y voy a describíroslo personalmente en la medida de mis posibilidades, aunque no soy, ¡por Zeus!, un experto en pintura, pero la recuerdo muy bien porque la vi no hace mucho en Atenas en casa de un pintor, y la enorme admiración que sentí por su arte probablemente ahora me ayudará a explicároslo con la mayor claridad.

La propia centaura está representada sobre un verde 4
césped sentada en el suelo sobre toda su parte de yegua con las patas extendidas hacia atrás. Su parte femenina se yergue con dulzura apoyada en el codo y las patas delanteras no están también extendidas, como si estuviera echada sobre un costado, sino que una está doblada, con la pezuña retraída, como quien está de rodillas, y la otra, por el contrario, se levanta apoyada en el suelo, como los caballos que tratan de saltar. De los dos recién nacidos,

la propia centaura tiene uno en sus brazos y le da de mamar ofreciéndole la teta a la manera humana, mientras que el otro mama de la yegua como si fuera un potrillo. En la parte superior del cuadro, como desde una atalaya, un centauro, indudablemente el marido de aquella que está amamantando por partida doble a las crías, contempla sonriente; pero no se le ve entero, sino sólo su parte central de caballo; sostiene en su mano derecha un cachorro de león y lo levanta sobre su cabeza como si quisiera asustar en broma a los niños.

5 Los otros aspectos del cuadro, que para los que somos simplemente aficionados no son del todo discernibles, encierran, sin embargo, toda la potencia de su arte, como por ejemplo la extensión muy precisa de sus líneas, la mezcla perfecta de los colores, la reflexión oportuna, el dar la sombra necesaria, la proporción en el tamaño, el equilibrio y correspondencia de los detalles con el conjunto. Que los hijos de los pintores alaben tales cualidades, puesto que es su oficio conocerlas. Por mi parte, aplaudo especialmente de Zeuxis el hecho de que mostró la extraordinaria capacidad de su arte en un solo tema de tan diversa manera: representó al marido absolutamente terrible y muy feroz, con una arrogante cabellera y peludo en su mayor parte, no sólo por donde es caballo, sino también en su pecho humano y especialmente en sus hombros, y le pintó la mirada, aunque sonriente, completamente salvaje, montaraz y violento.

6 Así pintó al marido, mientras que la parte femenina del caballo la representó bellísima, como son sobre todo las tesalias, todavía indomadas y vírgenes. La mitad superior femenina, es bellísima a excepción de las orejas, que es lo único que tiene de sátiro. La fusión y conjunción de los cuerpos, donde se adapta y empalma la parte equina

con la femenina se efectúa gradualmente y en conjunto, y como el cambio se produce sin soluciones bruscas no se nota al mirar de una a otra. En cuanto a los niños, a pesar de su infancia, hay fiereza y su ternura es ya terrible, lo que me causó admiración, y ver cómo miran puerilmente hacia el cachorro de león mientras uno y otro están agarrados a la teta y pegados al cuerpo de su madre.

Zeuxis pensaba que al exponer este cuadro pasmaría 7
a los espectadores con su arte. Ellos al punto le aclamaron, ¿qué otra cosa habrían podido hacer al encontrarse con un bellísimo espectáculo? Pero todos aplaudían especialmente los mismos aspectos que también a mí me elogiaban recientemente: la originalidad del tema y la nueva idea de la pintura, sin precedentes en los pintores anteriores. De modo que cuando Zeuxis se dio cuenta de que les llamaba la atención la novedad del tema y les distraía de su arte hasta el punto de poner en segundo lugar la precisión del detalle, le dijo a su discípulo: «¡Hala, Mición, enrolla el cuadro, recógelo y llévatelo a casa, porque éstos alaban el barro de nuestro arte y, en cambio, no hacen mucho caso de si están bien y dispuestos con arte los efectos de las luces, sino que la novedad del tema prevalece sobre la precisión de los detalles».

Esto es lo que decía Zeuxis, tal vez con excesiva iracun- 8
dia. Por su parte, a Antíoco, el llamado Sóter, le ocurrió algo parecido en la batalla contra los gálatas. Si queréis también os contaré lo que ocurrió. Él sabía que los gálatas eran valientes luchadores, veía que eran numerosísimos, que su formación era muy compacta y que formaban el frente soldados con broncíneas corazas, con una profundidad de venticuatro filas de hoplitas formados, con las alas cubiertas por veinte mil hombres de caballería, mientras que desde el centro estaban preparados para irrumpir ochenta ca-

rros armados de hoces y dos veces otras tantas bigas. Al ver esto, Antíoco tenía pocas esperanzas, pensando que para ellos estas tropas eran invencibles. Efectivamente, su ejército se había preparado apresuradamente, con mediocridad, y no estaba a la altura de la situación militar. Venía con poquísimos hombres, y la mayoría de éstos eran peltastas y soldados armados a la ligera; la infantería ligera constituía más de la mitad del ejército. Consiguientemente ya estaba pensando en hacer un pacto y encontrar una salida honorable de la batalla.

9 Pero Teódoto el Rodio, un buen soldado y táctico hábil que lo acompañaba, no permitió que se desmoralizara. Tenía Antíoco dieciséis elefantes. Teódoto ordenó que se les mantuviera ocultos lo más posible, para que no se les viera sobresalir por encima del ejército; y cuando la trompeta diera la señal y hubiera que atacar y llegar al cuerpo a cuerpo y avanzara la caballería enemiga y los carros gálatas abrieran la formación y se lanzaran separándose, que en ese momento un grupo de cuatro elefantes atacara a cada una de las unidades de caballería de los flancos, y que a su vez los ocho restantes se lanzaran contra los carros y las bigas. Porque si se hacía así, decía, se asustarían los caballos y al huir caerían de nuevo sobre los gálatas. Y así ocurrió.

10 En efecto, al no haber visto con anterioridad elefantes ni los propios gálatas ni sus caballos, se desconcertaron de tal manera ante lo inesperado de la visión que cuando todavía las bestias estaban lejos sólo al oírlos barritar y ver sus colmillos resplandeciendo con tanto brillo que destacaba sobre la negrura de todo su cuerpo, y las trompas levantadas como para el ataque, antes de llegar a tiro de flecha dieron media vuelta desordenadamente y huyeron, los de infantería atravesados unos a otros por sus propios

venablos y pisoteados como estaban por la caballería que caía con ímpetu sobre ellos; a su vez, los carros, al retroceder hacia las propias tropas rompían sus filas derramando sangre y, con palabras de Homero, «los carros volcaban con estrépito» [2]. Los caballos, una vez que se habían desviado de su trayecto al no poder soportar a los elefantes, derribaban a sus conductores [3], «los carros vacíos resonaban», mutilando, ¡por Zeus!, y desgarrando con sus hoces a los compañeros que alcanzaban. Muchos hombres fueron alcanzados al haber una confusión tan grande. También les seguían los elefantes pateándolos y arrojándolos por lo alto con sus trompas, y arrebatándolos y destrozándolos con sus colmillos; al final, estos animales le ofrecieron a Antíoco una abrumadora victoria.

Los gálatas en parte habían muerto en combate, pues 11
se había producido una gran matanza, y en parte fueron hechos prisioneros, excepto unos pocos que consiguieron huir a tiempo a los montes y los ocuparon. Los macedonios que había con Antíoco empezaron a cantar el peán y agrupándose en torno a él cada uno por su parte, le aclamaban como vencedor ciñéndole las sienes con una corona. Y él, echándose a llorar, según cuentan, dijo: «Avergoncémonos, soldados, porque nuestra salvación ha estado en manos de estas dieciséis bestias, porque si no hubiera aturdido a nuestros enemigos la novedad de este espectáculo, ¿qué habría sido de nosotros?» Y a continuación les ordenó no grabar en el trofeo otra cosa que un elefante.

Es el momento oportuno para considerar que mi situa- 12
ción no sea como la de Antíoco, algunos elefantes y extraños espantajos para los espectadores, amén de otros tru-

---

[2] *Ilíada* XVI 379.

[3] *Ilíada* XI 160.

cos. Estas son las cualidades que todos alaban. En cambio, las cosas en las que yo tenía confianza, no las tienen en absoluto en cuenta para nada; sólo se quedan estupefactos porque ha sido pintada una hembra de centauro y, como realmente ocurre, les parece nuevo y maravilloso.

¿Quiere decir eso que Zeuxis pintó sus otros cuadros inútilmente? No, no fue inútil, porque vosotros sois realmente artistas y examináis todo con ojos expertos. Me conformo únicamente con que mi exhibición sea digna de la audiencia.

64

SOBRE UNA FALTA COMETIDA AL SALUDAR

Curiosa discusión retórica en defensa de un patrón por un error de lengua cometido al saludar, que da ocasión para discutir sobre las tres expresiones griegas que sirven para indicar saludo: «hola», «alegría» y «salud». Esta corta obra muestra con gran claridad las afinidades entre Luciano y las clases superiores de Roma. En ella, justifica su saludo al destinatario en la recepción matinal con la expresión «salud» *(hygiaínein)*.

Parece estar implícito que Luciano se dirige al individuo en griego, por lo que se trata de un hombre occidental educado o, más probablemente, algún senador oriental domiciliado en Roma. Luciano pretende sobre todo que la obra sea un *tour de force* literario, pero en un pasaje muestra un notable conocimiento de una institución romana, las instrucciones *(entolaí)* que daba el emperador a los oficiales de la provincia. Cuando alega que éstos empezaban pidiendo al destinatario que cuidara su salud, esto parece corroborado por las cartas en las que Plinio asegura a Trajano su llegada sano y salvo a Bitinia.

Es difícil que un ser humano pueda librarse de la ma- 1
quinación de alguna divinidad, pero mucho más difícil es encontrar una disculpa para un error ridículo y de origen divino. Precisamente a mí me han ocurrido las dos cosas,

porque al llegar a tu casa para darte el saludo matinal, cuando debí usar la expresión habitual y decirte «buenos días», a mí, el perfecto, se me fue el santo al cielo y te deseé salud, que también suena bien pero no es oportuno (no al menos de madrugada). Y yo nada más decirlo me puse a sudar y me ruboricé y me sentía desconcertado sin saber qué hacer. Una parte de los presentes creían, con lógica, que había sido un despiste, otros que chocheaba de viejo, y otros pensaban que aún estaba cargado con la resaca de la noche anterior, a pesar de que tú te tomaste muy bien lo ocurrido y ni siquiera con un esbozo de sonrisa diste a entender mi *lapsus* lingüístico. Pensé entonces que sería una buena idea escribirme un consuelo a mí mismo, para no sentirme excesivamente desgraciado por mi equivocación ni considerar insoportable que un hombre viejo hubiera cometido tan gran equivocación en presencia de tantos testigos: pues pensé que no necesitaba defender una lengua que se había deslizado hacia un deseo tan favorable.

2 Pues bien, al empezar a escribir, pensé que me iba a encontrar con un planteamiento muy difícil, pero a medida que avanzaba, se me presentaban muchos argumentos para desarrollar. Sin embargo, no los voy a exponer sin que haya dicho previamente algo oportuno sobre los términos *chaírein, eû práttein* y *hygiaínein.*

La expresión *chaírein* es un saludo antiguo, no sólo para la mañana ni para el primer encuentro, sino que la usaban entre sí los que se veían por primera vez, como aquello de:

Hola, ¡oh señor de esta tierra de Tirinto! [1],

---

[1] *Trag. Adesp.* 292 (NAUCK).

y después de la cena, ya dirigiéndose a la tertulia con vino, lo de:

¡Hola, Aquiles! me falta comida para todos[2],

dice Ulises cuando le comunica la misión para la que ha sido enviado. Y cuando ya se despiden entre ellos, lo de:

Adiós, yo soy para vosotros un dios inmortal, y no soy
[un ser humano.

Y no se había adjudicado a este saludo ninguna ocasión especial, ni era como actualmente sólo una salutación matutina, puesto que lo utilizaban incluso en momentos desagradables y con malos auspicios, como en Eurípides cuando Polinices ya a punto de terminar su vida dice:

Adiós, pues ya me rodean las tinieblas[3],

y no sólo era para ellos éste un símbolo de cordialidad, sino también de discordia y ruptura definitiva del trato. Por ejemplo, decirle a alguien *makrà chaírein* (mandar a paseo) significa que ya no se ocupará más de él.

Se dice que fue Filípides el corredor quien primero lo 3
empleó en este sentido, cuando al anunciar la victoria a los magistrados reunidos, que estaban preocupados por el final de la batalla, les dijo: «Adiós, hemos vencido», y diciendo estas palabras se murió, y expiró coincidiendo con la noticia y el adiós. Y Cleón el demagogo ateniense, al principio de la carta que envió desde Esfacteria también puso el saludo *chaírein,* cuando anunciaba la victoria allí

---

[2] *Ilíada* IX 225.

[3] EURÍPIDES, *Fenicias* 1453.

y la captura de los espartanos. Y en resumen, a continuación de él Nicias, escribiendo desde Sicilia, mantenía la antigua costumbre de las cartas y empezaba directamente con los acontecimientos mismos.

4 Y el admirable Platón, el más fiable conocedor de estas materias, rechaza totamente la expresión *chaírein* (¡hola!) como incorrecta y porque no significa nada de interés, y en su lugar introduce *eû práttein* (buena suerte) que es un distintivo común al cuerpo y al alma, y en una carta que escribe a Dionisio le censura porque el saludar con lo de *chaírein* al dios en su *Himno a Apolo* lo considera indigno del dios de Delfos, y no sólo de los dioses sino que ni siquiera es adecuado para los hombres de gusto.

5 El divino Pitágoras, aunque no se dignó dejarnos personalmente nada de su obra, en lo que se puede conjeturar por Ocelo de Lucania, por Arquitas y por otros discípulos suyos, no empezaba sus escritos ni con *tò chaírein* ni con *tò eû práttein,* sino que invitaba a empezar con *tò hygiaínein* (salud). En todo caso, la totalidad de sus discípulos al escribirse entre ellos cuando trataban algún tema serio, nada más empezar se deseaban salud, pensando que era un término muy adecuado para el alma y para el cuerpo, que abarcaba todos los bienes humanos en conjunto. Y a su pentagrama, con intersección de tres triángulos, que utilizaban como símbolo de su secta, lo llamaban salud; en resumen, ellos creían que salud incluía el bienestar *(eû práttein)* y el disfrute *(tò chaírein),* pero que ni en el bienestar ni en el placer se incluía en absoluto la salud. Algunos de ellos al número cuaternario [4], su máximo juramento, que para ellos constituye un número perfecto, lo llamaron también principio de salud; Filolao está entre ellos.

[4] El número cuatro, primer cuadrado, y porque la suma de los cuatro primeros es diez.

¿Y qué te voy a decir de los antiguos entre los que 6
también está Epicuro? Este hombre disfrutaba con el deleite y eligió el placer ante todo; en sus cartas más serias (que son pocas) y en las destinadas a sus más queridos amigos, nada más empezar les desea ante todo salud *(hygiaínein)*. También en la tragedia y en la comedia antigua puedes encontrar «salud» dicho nada más empezar: Y así aquello de:

salud y mucha alegría [5]

tiene inteligentemente antepuesta la salud a la alegría. Y Alexis dice [6]:

salud, Señor, qué tarde has venido,

y Aqueo [7]:

he venido después de cometer terribles acciones, pero te [deseo salud,

y Filemón [8]:

pido primero la salud, luego el bienestar, en tercer lugar estar alegre, y por último no deber a nadie,

y el autor del canto de bebida, que menciona Platón [9], ¿qué dice también éste?:

lo mejor es la salud, lo segundo ser hermoso, lo tercero [tener dinero,

[5] *Odisea* XXIV 402.
[6] *Frag.* 297 (Kock).
[7] *Frag.* 44 (Nauck).
[8] *Frag.* 163 (Kock).
[9] *Gorgias* 451e; *Leyes* 661a.

y no se acuerda para nada del estar alegre *(chaírein)*. Por no citar aquello tan conocido que está en las bocas de todos [10]:

que pueda vivir contigo, salud, señora de los dioses, lo que me queda de vida,

de modo que si la salud es la señora de los inmortales, su actividad, que es el estar sano, debe anteponerse a los bienes restantes.

7 Podrían citarse otros innumerables pasajes de poetas escritores y filósofos que anteponen la salud, pero me abstendré para evitar que mis escritos incurran en un mal gusto pueril y sólo parezca que tratamos de arrancar con un clavo otro clavo. En cambio, me pareció oportuno añadir algunas anécdotas de la historia antigua adecuadas a las presentes circunstancias.

8 Cuando Alejandro iba a entablar la batalla de Iso, según cuenta Éumenes de Cardia en una carta de Antípatro, entró por la mañana en su tienda Hefestión, y ya fuera por despiste o por confusión (como en el caso mío) o impulsado por alguna decisión divina, le dirigió el mismo saludo que yo y le dijo: «salud, Señor, ya es el momento de entrar en combate». Y mientras todos se encontraban desconcertados por lo insólito del saludo y Hefestión a punto de morir de vengüenza, Alejandro dijo: «Acepto el augurio, pues ya tengo la promesa de que volveremos sanos y salvos del combate».

9 Antíoco Sóter, cuando iba a entablar combate con los gálatas, tuvo un sueño en el que Alejandro se le aparecía y le ordenaba transmitir al Ejército como santo y seña an-

[10] Arifrón, Page, *PMG* 813 1-2.

tes del combate la palabra «salud», y con esta contraseña consiguió aquella abrumadora victoria.

Tolemeo Lago, en una carta a Seleuco, invirtió clara- 10
mente el orden habitual al principio de su escrito, poniendo «salud», mientras que al final puso adiós *(chaírein)*, en vez de desearle fuerza *(errôsthai)*, según cuenta Dionisodoro, que reunió sus cartas.

También es digno de mención Pirro del Epiro. Como 11
General fue el segundo después de Alejandro y soportó innumerables vicisitudes de la fortuna. Hacía continuamente plegarias a los dioses, les ofrecía sacrificios y homenajes y nunca les pedía la victoria, ni una mayor consideración como Rey, o la gloria, o un incremento de riquezas; sólo les hacía una petición, buena salud, en la idea de que mienras tuviera esto fácilmente conseguiría el resto. Yo creo que era muy sensato al considerar que de nada servían todos los bienes de la vida con sólo que faltase la salud.

Bueno, podría decir alguien, eso está muy bien y nos- 12
otros hemos asignado el saludo apropiado a cada momento, pero tú lo alteraste, y aunque no dijiste nada distinto, sin embargo, con un correcto razonamiento, habrías cometido un error. Es como si alguien se pusiera el casco en la espinilla o se cubriera la cabeza con las grebas.

Pero mi querido amigo, podría yo también responderle, sería lógico lo que dices si hubiera algun momento que no necesitara en absoluto la salud, pero el estar sano es siempre necesario, ya sea ahora temprano, a mediodía y por la noche, y sobre todo para vosotros los magistrados y hombres de negocios, cuando más necesitáis vigor físico para atender a muchas actividades. Al decir *chaîre* sólo se usa un principio de buen augurio, una plegaria en realidad, mientras que quien desea salud expresa algo útil y

os recuerda lo que contribuye a estar bien, y no sólo expresa un deseo sino que exhorta a ello.

13 Qué más, ¿no tenéis como primer mandato, en el libro de órdenes que siempre recibís del emperador, el de cuidar de vuestra salud? Y con mucha razón, pues no serviríais de nada para otras cosas si no fuera así. Vosotros mismos, si es que yo entiendo algo el latín, con frecuencia respondéis con la palabra «salud» para contestar a las salutaciones.

14 Dije todo esto, no con la idea preconcebida de quitar *chaírein* y poner en su lugar *hygiaínein,* sino como algo que me ocurrió contra mi voluntad. Sería ridículo que yo actuara como un forastero tratando de alterar el momento habitual de los saludos.

15 Doy gracias a los dioses porque mi error fue un desvío a un auspicio más favorable y un desliz a algo mejor. Tal vez esto ocurrió por designio de la Salud o del propio Asclepio, que te prometía la salud a través de mí. Porque ¿cómo hubiera podido ocurrirme esto sin la intervención de un dios, ya que nunca había tenido una confusión parecida en mi larga vida anterior?

16 Si tengo que presentar una justificación humana por lo ocurrido, no es extraño que nervioso por mi ansia excesiva de que tú me reconocieras entre los más exquisitos, haya ido a parar al otro extremo; tal vez también podría desviar a alguien del correcto razonamiento una muchedumbre de soldados, una parte de los cuales empuja hacia adelante, mientras otros no mantienen el orden del saludo.

17 Yo sé muy bien que tú, en todo caso, aunque los otros atribuyan lo ocurrido a despiste, incultura o insensatez, lo consideraste una señal de respeto, sencillez y espíritu no trivial ni sofisticado, ya que en tales cuestiones la audacia excesiva no está lejos del atrevimiento y la desvergüen-

za ¡Ojalá nunca cometa yo tal error, y si lo cometo, que sea para buen augurio!

Por ejemplo, cuentan algo que ocurrió durante el reina- 18
do del primer Augusto. Estaba éste juzgando correctamente y había absuelto a un hombre que estaba injustamente acusado de un gravísimo delito. Éste mostraba su agradecimiento a grandes voces diciendo: «Te estoy agradecido, Señor, porque juzgaste mal e injustamente». Y cuando los que acompañaban a Augusto mostraban su indignación y se disponían a despedazarle, él les dijo: «cesad en vuestra indignación, pues no es su lengua lo que debéis examinar sino su significado». Así era él, y tú, si examinas mi ánimo, verás que es muy benévolo y que la lengua también es propicia.

Al llegar a este punto, me parece que debo sentir otro 19
temor, que algunos crean que me he equivocado a propósito, para poder escribir esta justificación. ¡Ojalá este escrito, mi querido Asclepio, pueda presentarse no como una justificación sino como un pretexto para una demostración!

65

APOLOGÍA DE LOS QUE ESTÁN A SUELDO

Luciano se defiende personalmente de la acusación de hipócrita para justificarse, ahora que se encuentra de funcionario en un puesto administrativo con cargo civil en Egipto, ya que en su anterior ensayo *Sobre los que están a sueldo* ponía en guardia a un amigo suyo llamado Timocles sobre la serie de inconvenientes que ocasiona la prestación de servicios como profesor particular en las casas de romanos de la alta sociedad, donde se ven obligados, a cambio de un sueldo más bien mediano, a realizar servicios muchas veces vejatorios, como un auténtico mayordomo, con lo que se echa por tierra su reputación.

Este diálogo, en el que Luciano se dirige a un tal Sabino, fue escrito poco después del anterior, hacia el 180 d. C. Luciano tiene ya casi un pie en la barca de Caronte (cap. 1), «está ya casi en el último límite de la vejez y prácticamente más allá del umbral del Hades» (cap. 4, esto último evidentemente exagerado); habla de un sólo emperador en el gobierno, que podría ser Marco Aurelio pero también Cómodo.

1 Hace tiempo que me pregunto, mi querido Sabino, qué se te ocurriría probablemente decir después de leer mi ensayo sobre los que conviven a sueldo. Porque para mí está muy claro que te reíste mucho cuando lo estabas leyendo.

Pero los comentarios que hiciste mientras lo leías y sobre el conjunto, eso es lo que ahora intento ajustar a tus lecturas. Y si no soy mal adivino, me parece estar oyéndote decir: «¿Quién es ese que después de escribir tal ensayo y lanzar en su relato una acusación tan violenta contra esa clase de vida, a continuación se olvida de todo, y como dicen, por caer el dado en otra parte, se deja caer voluntariamente en una esclavitud tan evidente y notoria? ¿Cuántos Midas, Cresos y Pactolos enteros le hicieron cambiar de opinión para abandonar una libertad amiga y compañera de educación desde la niñez? Cuando ya casi está en compañía del propio Éaco y a punto de meter un pie en la barca de Caronte, se deja arrastrar y empujar como si tuviera el cuello atado con un dogal de oro, como son los collares y corales de los ricos holgazanes [1]. Lo que sí es cierto es que hay mucha contradicción entre su vida actual y su ensayo, lo de «los ríos que remontan la corriente» y «todo está revuelto» y «retractarse a lo peor». No por Helena ni por lo que ocurrió en Troya [2], sino porque de hecho se han retractado tus palabras, que parecía que antes estaban correctamente dichas».

Seguro que te has estado diciendo cosas parecidas. Tal 2
vez me sugerirás un consejo de ese tipo, no inoportuno sino amistoso y propio de un filósofo honesto como tú. Ahora bien, si yo asumo tu papel y contesto dignamente, estará bien para nosotros y ofreceremos sacrificios al dios de la Razón. Si no, tú añadirás lo que falta. Ahora es el momento de cambiar de escena, yo quedarme quieto y aguantar que me sajen para salvarme, y tú aplicar los remedios, tener a mano el bisturí y el cauterio al rojo vivo.

---

[1] Vid. Sobre los que están a sueldo, cap. 7.

[2] El poeta Estesícoro se retractó de su ataque a Helena.

Y ya, mi querido Sabino, toma la palabra y díme lo siguiente:

3 «Hace tiempo, amigo mío, que este ensayo tuyo disfruta justamente de buena fama, tanto cuando se da a conocer ante grandes audiencias, según me contaron los que entonces lo oyeron, como en privado ante gentes cultas que se dignaron conocerlo y tenerlo a mano. El estilo de su prosa no es en efecto despreciable, su contenido es amplio, conoce el tema y se dice todo claramente. Y lo que es más importante, era útil a todos y en especial a los intelectuales, para evitar que por ignorancia se vieran arrastrados ellos mismos a la esclavitud. Pero puesto que tú, cambiando de opinión, has decidido que esta situación es mejor, mandando a paseo la libertad, e imitar aquel yambo tan vil

donde hay lucro hasta los libres se hacen esclavos [3],

procura que nadie te vuelva a oír la lectura de tu libro, ni siquiera le lleguen copias escritas a ninguno de los que contemplan tu vida actual, sino que debes pedirle al Hermes infernal que sumerja en abundante agua del Leteo a sus anteriores lectores, o parecerá que te ha ocurrido lo del relato de Corinto, un Belerofonte, que has escrito el libro contra ti mismo [4]. Yo no veo, por Zeus, qué clase de defensa puedes presentar con buena cara frente a tus acusadores, especialmente si se ríen alabando tu escrito y la libertad que en él se expone, mientras ven que su autor se esclaviza y somete voluntariamente su cerviz al yugo.

[3] Eurípides, *Fenicias* 395.

[4] Belerofonte llevó una carta que pedía su propia ejecución. Hom., *Il.* VI 155 ss.

»Por ello, se expresarían, correctamente si afirmaran que 4
el libro era de algún otro noble autor y que tú eres un grajo que se adorna con plumas ajenas; o bien, que si es obra tuya, te ha ocurrido lo mismo que a Saleto, que después de promulgar para los de Crotona una ley durísima contra los adúlteros, y siendo admirado por ello, poco después resultó él mismo convicto de adulterio con la mujer de su hermano. Se diría que tú eres exactamente lo mismo que el famoso Saleto, aunque él fue mucho más comedido; fue víctima del amor, como dijo en su defensa, y voluntariamente se arrojó al fuego con mucha valentía, aunque los ciudadanos de Crotona compadeciéndose de él ya le habían concedido el destierro, si lo desesaba. Pero tu caso es mucho más chocante, porque detallas en tu libro el servilismo de una vida así, acusas al que se mete en casa de un rico, se ata a sí mismo y aguanta hacer y sufrir innumerables bajezas, pero cuando ya estás al último límite de la vejez, casi ya más allá del umbral de la muerte, eliges una servidumbre tan innoble y casi incluso te ufanas por ello. Pues bien, cuanto más insigne parezca que eres, tanto más ridículo aparecerás si tu vida actual está en contradicción con tu libro.

»¿Pero qué necesidad hay de buscar una acusación nue- 5
va contra ti, después de aquella admirable tragedia que dice

Odio al sabio que no es sabio para sí mismo [5]?

»No les faltarán a los acusadores otros ejemplos contra ti. Unos te compararán con los actores trágicos, que en escena son cada uno de ellos Agamenón, Creonte o el propio Heracles, pero fuera del escenario, cuando se quitan

[5] EUR., *Frag.* 905 (NAUCK).

la máscara se convierten en Polo o Aristodemo, que actúan en la tragedia a sueldo, abucheados y silbados, a veces incluso azotados algunos de ellos, si el respetable lo exige. Otros dirán que a ti te ha ocurrido lo que al mono de la que fue ilustre Cleopatra. Este mono había sido amaestrado para que bailara con mucha elegancia y ritmo, y durante mucho tiempo fue motivo de admiración, porque sabía guardar las formas y cuidaba el decoro, acompañando con el movimiento a los que cantaban y tocaban la flauta en el himeneo, hasta que un día, según parece, vio un higo o una almedra a cierta distancia, mandó a paseo las flautas, los ritmos y las danzas, se apoderó del higo y se lo zampó, después de tirar o más bien destrozar la máscara.

6 »Y eso que tú, dirían, no eres un simple actor, sino un poeta de hermosísima poesía y un legislador, que por la aparición de este higo has resultado convicto de mono y de filosofar con la punta de los labios, «pensando una cosa en tu mente y diciendo otra» [6]. Por ello con razón podrían decir contra ti que tus palabras y las razones por las que te consideras digno de elogio, «mojan tus labios pero han dejado seca tu garganta» [7]. Ese es el motivo por el que inmediatamente sufriste tu castigo; después de lanzarte con audacia contra las necesidades humanas, poco después, casi a golpe de heraldo abjuraste de la libertad. Parecía que Adrastea [8], colocada detrás de ti cuando te estabas haciendo famoso por las acusaciones que lanzaban contra los otros, se reía porque conocía como diosa tu cambio inminente a una vida semejante, y porque tú, sin haber escupido antes en tu pechera [9], te dignabas acusar a los

[6] Hom., *Il.* IX 313.

[7] Hom., *Il.* XXIII 495.

[8] Némesis.

[9] Para alejar a Némesis.

que aceptaban hacer tales cosas por las vicisitudes de la fortuna.

»Por ejemplo, si alguien sometiera a consideración la 7
hipótesis de que Esquines, después de su acusación contra Timarco fue convicto *in fraganti* cometiendo el mismo delito, ¿qué carcajada te imaginas que provocaría entre los asistentes si a Timarco le hizo rendir cuentas por errores en su juventud, mientras que el propio Esquines ya viejo cometió el mismo delito por su cuenta? [10] En resumen, te pareces al boticario que hacía propaganda de un remedio contra la tos y prometía calmar al punto a los afectados, cuando el mismo boticario estaba, sin ninguna duda, tosiendo».

Estos y otros muchos argumentos parecidos podía pre- 8
sentar un acusador como tú en una hipótesis tan amplia y con tantas salidas. En cuanto a mí, ya estoy pensando por qué defensa me decido. ¿Acaso sería para mí mejor rendirme voluntariamente, agachar la espalda y reconocer mi delito, recurriendo a la socorrida defensa —me refiero a la fortuna, la Parca y el destino—, y pedir perdón a los que me inculpan, que saben que no somos dueños de nada, sino que nos arrastra un poder superior, sobre todo uno de los antes citados, que no actuamos espontáneamente, sino que somos totalmente inocentes de lo que hacemos o decimos? Seguramente esto es muy vulgar, tú no me aguantarías, mi querido amigo, que planteara una defensa así y que cogiera a Homero como abogado defensor y recitara aquellos versos suyos:

---

[10] Esquines fue acusado por Timarco, y presentó contra él una contraacusación de corrupción, lo que incapacitó a Timarco para seguir su trámite.

Niego que ningún hombre haya escapado a su destino [11],

y lo de:

hilando el lino, cuando su madre le dio a luz [12] .

9 Y si prescindo de este argumento que no convence a nadie y asumo el de que no me sometí a la actual asociación ni seducido por el dinero ni por alguna otra expectativa similar sino por mi admiración a la inteligencia, el valor y la alteza de miras de este hombre, con el deseo de participar de sus actividades, temo que a la acusación anterior se añada otra y resulte, como se dice, que intento arrancar con un clavo otro clavo, y con el mayor el más pequeño, por cuanto la adulación está considerada como el más servil de todos los vicios, y con este nombre, el peor.

10 Pues bien, si no estáis de acuerdo ni con esta defensa ni con aquélla, ¿qué otra cosa me queda sino reconocer que no tengo nada honesto que alegar? Aunque tal vez tenga todavía un áncora en seco, lamentarme por mi vejez, mi enfermedad y a continuación la pobreza, que le convence a uno a hacer y aguantar cualquier cosa para librarse de ella. En este contexto tal vez no es inoportuno invocar a la Medea de Eurípides para que venga a pronunciar en mi favor aquellos famosos yambos parodiándolos ligeramente:

Me doy cuenta de la maldad que voy a cometer,
pero la pobreza es más poderosa que mis decisiones [13].

---

[11] Hom., *Il.* VI 488.

[12] Hom., *Il.* XX 128.

[13] Eurípides, *Medea* 1078, cambiando pasión por pobreza.

Y aunque no os lo cite, ¿quién no conoce el pasaje de Teognis, cuando no le parece indigno arrojarse al mar profundo con sus monstruos, desde las escarpadas peñas, si de ese modo se va a escapar de la pobreza? [14].

Estos parece que son los argumentos que podrían ale- 11
garse como defensa en un caso como éste, y ninguno de ellos tiene buen aspecto, pero tú no te preocupes, compañero, que no voy a utilizar ninguno de ellos. Ojalá no se apodere nunca de Argos una epidemia de hambre tan grande que intenten sembrar el gimnasio de Cilarabis, ni nosotros estemos tan faltos de una defensa racional que tengamos que buscar tales refugios, a causa de la escasez frente a la acusación. Piensa, en cambio, conmigo una cosa, que hay mucha diferencia entre que uno se meta a servir a sueldo en la casa de un rico, y aguante todo lo que dice mi libro, o trabajar al servicio del Estado, administrando los bienes públicos según su capacidad y recibir por ello un sueldo del Emperador: Considera ambas situaciones detalladamente por ti mismo y estúdialas, y te darás cuenta de que el asunto, como ocurre con la música, tiene un doble diapasón, y que se parecen tanto las vidas de unos y otros como el plomo y la plata, el bronce y el oro, la anémona y la rosa y el mono y el hombre. En efecto, en ambos casos hay sueldo y uno manda a otro, pero en realidad existe una inmensa diferencia. En el primer caso hay una servidumbre manifiesta y los que entran en tales condiciones no se diferencian mucho de los que han sido comprados o han nacido en la casa, mientras que los funcionarios públicos que ofrecen sus servicios a las ciudades y pueblos enteros, no podrían ser justamente calumniados sólo porque cobran, ni se les puede implicar en una acusación co-

[14] TEOGNIS, 173-178.

mún e indiscriminada. Según eso, habría que abolir a toda prisa todos los servicios públicos, y ni los que gobiernan tantos pueblos ni los que administran las ciudades ni los que mandan las unidades militares o ejércitos enteros obrarán correctamente, puesto que cobran un sueldo por su actividad. Yo más bien creo que no hay que derribarlo todo por un solo caso, ni dar la misma categoría a todos los asalariados.

12 En resumen, yo no dije que todos los asalariados llevaban una vida miserable, sino que compadecía a los que estaban esclavizados en las casas con pretextos educativos. Mi situación actual, mi querido amigo, es completamente distinta, puesto que en privado tengo igualdad de derechos, y en público participo del más alto nivel del mando y colaboro en una parte. Si te fijas, pensarás que no he tenido pequeña responsabilidad en la administración de Egipto, abriendo procesos, ordenándolos debidamente, escribiendo memorias de todos los acontecimientos y discursos, moderando las intervenciones de los litigantes, conservando con el mayor cuidado y la máxima claridad a la vez que con la mayor fidelidad los decretos del emperador y entregándolos al archivo público para que se conserven para siempre. Y el sueldo no procede de un particular, sino del emperador; tampoco es pequeño, sino de muchos talentos. Y las esperanzas futuras no son pequeñas, si ocurre lo normal, sino la supervisión de la provincia u otras gestiones imperiales.

13 Quiero tener una enorme franqueza, enfrentarme con la acusación que se lanza contra mí y defenderme más allá de lo que se me exige. Te aseguro que nadie hace nada sin cobrar, ni aunque te refieras a los que desempeñan las actividades más importantes, puesto que el propio emperador cobra. Y no me refiero a los tributos o impuestos,

que le llegan todos los años de sus súbditos, sino que el sueldo más importante que tiene el emperador son los elogios, la fama universal, la adoración por los favores, las estatuas, los templos y altares; todo lo que tales hombres reciben de sus súbditos, también ésos son sueldos por sus desvelos y su preocupación, que demuestran velando continuamente por la comunidad; si estás dispuesto a descender, empezando por el vértice del montón hasta cada uno de sus componentes, verás que nos diferenciamos en tamaño de los que están en la cumbre, pero que todos en los demás aspectos somos asalariados por igual.

Pues bien, si yo hubiera promulgado por ley que nadie 14
trabajase, parecería lógicamente culpable de haberla quebrantado, pero si yo no he dicho tal cosa en ninguna parte de mi ensayo y todo hombre bueno debe trabajar, ¿en qué otra actividad podría emplearse a sí mismo mejor que en esforzarse con sus amigos para los mejores fines y en público, al aire libre, dar prueba de su lealtad, su interés y su buena voluntad hacia lo que emprendieron, para que no le ocurra aquello de Homero: «fardo inútil de la tierra»? [15].

Ante todo, deben recordar los que me censuran que 15
no censuran en mí a un sabio —si es que hay algún sabio en alguna parte— sino a un hombre del pueblo común, que se ha ejercitado en la facultad de hablar y ha sido discretamente elogiado por ello, pero que no ha practicado en absoluto aquella excelsa virtud propia de la flor y nata. Y, por Zeus, no merece la pena que me disguste por ello, ya que tampoco me encontré yo con otro que haya llenado la profesión de sabio. Sin embargo, me sorprendería que me censuraras por mi vida actual, si es que efectivamente

---

[15] Hom., *Il.* XVIII 104.

me censuras, puesto que sabes que hace mucho tiempo recibí grandísimos sueldos por el ejercicio público de la retórica, cuando tú fuiste a ver el Océano Occidental y el país de los celtas y te encontraste conmigo, que cobraba un gran sueldo comparable al de los sofistas.

Esta es la defensa, amigo mío, que te escribí aunque tenía muchísimas ocupaciones, sin dejar en segundo lugar el conseguir de ti un voto de libre absolución. Porque en lo que se refiere a los otros, aunque todos me acusen unánimemente, me basta lo de «a Hipóclides no le importa» [16].

---

[16] Heródoto, VI 127-129.

66

HARMÓNIDES

Otra obra dirigida a un benefactor muy bien situado, que parece ser un ciudadano romano.

El lenguaje empleado permite sugerir que, aunque Luciano «ya era famoso», estaba todavía haciendo su trayectoria (caps. 3-4).

En cierta ocasión, el flautista Harmónides le hizo una 1
sencilla pregunta a su maestro Timoteo: «Díme, Timoteo, ¿cómo podría llegar a ser famoso en todo el mundo con mi arte? ¿Qué tengo que hacer para que me conozcan todos los griegos? Porque todo lo demás, y te lo agradezco, ya me lo enseñaste: templar con cuidado la flauta, soplar en la lengüeta suavemente y con modulación, ajustar con buen tacto los dedos a la subida y bajada de la cadencia, seguir el ritmo y acomodar el canto al baile y mantener la peculiaridad de cada modo: el delirio del frigio, la excitación del lidio, la solemnidad del dorio, la elegancia del jonio; todas esas cualidades ya he conseguido aprenderlas de ti. Pero lo importante, por lo que me entró el interés en aprender la flautística, no veo cómo me lo podría proporcionar este arte: la gloria universal, que me conozca la multitud y me señalen con el dedo, y que dondequiera

que me presente todos se vuelvan hacia mí y digan mi nombre: «Ese es Harmónides, el famoso flautista», como también te ocurrió a ti, Timoteo, cuando nada más llegar procedente de tu casa en Beocia acompañaste con la flauta a la Pandiónide y conseguiste la victoria en el *Áyax furioso,* con la música compuesta por tu homónimo. Todos conocían tu nombre, Timoteo de Tebas. Incluso ahora, dondequiera que te presentes, todos corren hacia ti como los pájaros a la lechuza. Éste es precisamente el motivo por el que quise hacerme flautista y por el que soporté un duro entrenamiento. Porque yo no tomaría en consideración el hecho en sí de tocar la flauta sin ser famoso, si iba a quedarme en el anonimato, aunque llegara a ser un Marsias o un Olimpo ignorados. Pues no sirve de nada, como dicen, una música oculta y secreta. «Por ello tú», dijo, «instrúyeme también en estos aspectos, para que sepa cómo emplearme yo y nuestro arte, y te estaré doblemente agradecido, por el arte de tocar la flauta y, lo más importante, por la gloria que me conceda».

2 A esta petición le contestó Timoteo: «Harmónides, debes darte cuenta de que no es ninguna tontería lo que pretendes, aplausos, gloria y fama universal, pero si tratas de conseguirlo dándote a conocer mediante tu presentación ante las masas, sería un largo trabajo y ni aun así todos te conocerían. Porque, ¿dónde ibas a encontrar un teatro o un polideportivo tan grande para que pudieras actuar con tu flauta ante todos los griegos? Yo te voy a sugerir lo que puedes hacer para darte a conocer y cómo alcanzarás la cúspide de tus aspiraciones. Puedes tocar la flauta alguna vez también en los teatros, pero no te preocupes del público. El camino más corto y que lleva con más facilidad a la gloria es el siguiente: si escoges a los mejores griegos, y de éstos a los pocos verdaderamente importantes

y admirables sin discusión, cuyo juicio acepta todo el mundo, si a éstos, como digo, les exhibes tus audiciones de flauta y ellos te aplauden, ten la seguridad de que ya te has dado a conocer en tan corto certamen. Fíjate cómo planteo la cuestión: si las personas que todos conocen y admiran saben que tú eres un flautista de prestigio, ¿qué te importa la masa, que en todo caso seguirá a los más capaces de juzgar? Porque esa gran masa es incapaz de reconocer la calidad por sí misma, ya que en su mayoría son obreros no cualificados, pero cuando aplauden las personas distinguidas, confían en que el elogio está justificado y aplauden ellos también. La verdad es que en las competiciones muchos espectadores saben aclamar o silbar, pero los que realmente juzgan son sólo unos cinco o siete».

Harmónides no consiguió poner en práctica estos conse- 3
jos. Cuentan que mientras tocaba la flauta, cuando competía por primera vez, al soplar con demasiado entusiasmo dejó en la flauta su último aliento y murió en escena sin corona, actuando por primera y última vez en las Dionisíacas.

A mí me parece, sin embargo, que el argumento de Timoteo no es aplicable únicamente a los flautistas, sino a cuantos aspiran a la gloria haciendo exhibiciones públicas porque necesitan el aplauso de las masas. Por ejemplo, yo mismo cuando consideraba de modo parecido mi propia situación y trataba de conseguir por los medios más rápidos darme a conocer de todo el mundo, siguiendo los consejos de Timoteo, estudiaba quién sería el hombre más capacitado de la ciudad, al que todos creyeran y me bastara para todo. Así, ibas a parecernos tú naturalmente con un correcto razonamiento, como cúspide de toda excelencia, norma como dicen y modelo perfecto en tales materias. Si yo te mostraba mis obras y tú me las aplaudías,

(¡ojalá fueran a parecerte dignas de aplauso!), llegaba al límite de mi esperanza alcanzándolo todo con un solo voto. Porque ¿a quién podría elegir en tu lugar sin dar la impresión de haber enloquecido? De modo que tiraremos los dados de la palabra a un solo hombre, pero en realidad es como si hubiera concentrado a gentes de todas partes en un teatro común y diera a conocer allí mi obra. Porque es evidente que individualmente o concentrados todos juntos, tú serías el único buen juez. Los reyes espartanos, sólo ellos, tenían derecho cada uno a dos votos, mientras los demás tenían uno, pero tú has reunido los votos de los éforos y encima los de los ancianos y, en resumen, tú eres quien tiene más votos que nadie, al menos en cultura, especialmente porque posees el voto de calidad, voto salvador que me hace sentir confianza en estas circunstancias, en las que me encuentro muy justamente aterrorizado por la enormidad de mi audacia. También hay algo que me impulsa a estar tranquilo, y es que mi situación no es para ti completamente extraña, puesto que soy de la misma ciudad que tu favoreciste con frecuencia, primero a título particular y en segundo término en unión del resto del país.

Por todo ello, si alguna vez y también ahora el recuento de votos es desfavorable y disminuyen los que me son propicios, añade tú el voto de calidad de Atenea [1] y completa lo que falta por tu cuenta, y que parezca cosa de familia corregir este error.

4 Tampoco me basta que muchos me aplaudieran antes, que yo fuera famoso, y mis obras fueran alabadas por sus oyentes. Todo eso ahora son sueños que se lleva el viento, como dicen, y sombras de aplausos. La verdad se dará a conocer ahora: éste es el límite estricto de mi obra, sin

[1] Orestes fue absuelto gracias al voto de calidad de Atenea.

que haya dudas ni vacilaciones, sino que habrá que juzgarme como el mejor en el campo de las letras, si tal es tu opinión o la de todos, pero hay que desear buenos augurios al dirigirse a un certamen tan importante. ¡Que los dioses me concedan su aprobación y nos garanticen el aplauso de los demás, para que podamos comparecer ante el público en lo sucesivo confiados! Porque ya todo estadio es menos temible para el vencedor de los grandes Juegos Olímpicos.

67

DIÁLOGO CON HESÍODO

Obrita retórica en la que Licino (Luciano) expresa una vez más su doble actitud de admiración y desacato hacia el poeta, cuya *Teogonía* le resultaba especialmente molesta. Algo parecido había hecho con Homero, de quien prefiere la *Ilíada* sobre la *Odisea,* y los dos primeros libros de la *Ilíada* a los restantes; un sesgo parecido ilumina su trato de los tres trágicos clásicos, donde su simpatía por Eurípides era compartida con otros, pero no su desprecio de Esquilo y de Sófocles. A primera vista podría parecer extraño que pueda citar a Píndaro con aprobación, pero aquí tal vez siente como con Homero que la belleza del lenguaje se compensa con las doctrinas expresadas. Otros tipos de poesía que influyeron directamente en la propia prosa de Luciano fueron los yambógrafos, con expresión concreta de Arquíloco, Aristófanes, y en especial las *Nubes* (para Luciano la comedia antigua era recomendable tanto por sus temas como por ser modelo de dicción ática), cualidades que explican también sus preferencias por Menandro, a quien imita sin citar a su modelo.

1 LICINO. — Que eres un poeta excelente, Hesíodo, y que has recibido ese don de las Musas, juntamente con el laurel, lo has demostrado personalmente en tus obras (que están inspiradas y son todas ellas magníficas) y yo creo

que es efectivamente cierto. Pero hay algo que me tiene perplejo: por qué, después de anunciar por tu propia cuenta que habías recibido ese canto divino de los propios dioses, para poder celebrar y aclamar el pasado y profetizar el futuro, has cumplido perfectamente uno de los aspectos al relatar la generación de los dioses hasta aquellos primeros, el Caos, la Tierra, el Cielo y el Amor, además de las virtudes femeninas y los consejos agrícolas, lo referente a las Pléyades y a los momentos oportunos para arar, cosechar, navegar y todas otras actividades. En cambio, la otra parte, que era muy útil para la vida y mucho más lógica también para los dones de los dioses (me refiero a la premonición del futuro), ni siquiera la has empezado, sino que la has olvidado completamente, sin imitar siquiera en ninguna parte de tu obra a Calcante, a Telemo, a Polido o a Fineo, que sin haber recibido este don de las Musas, sin embargo, profetizaban y no vacilaban en dar oráculos a quienes se los pedían.

»Por ello, no tienes más remedio que aguantar una de 2
estas tres acusaciones: O mentiste, por duro que sea decirlo, al afirmar que las Musas te habían prometido el don de prever el futuro, o bien ellas te dieron lo que te habían ofrecido, pero tú por despecho lo ocultas, lo guardas en tu bolsillo y no participas de ese don con quienes te lo piden; o tienes escritas muchas cosas sobre el tema, pero no las has confiado al público, guardando para no sé que otra oportunidad su utilización. No me atrevería a decir que las Musas te hicieron dos promesas, te cumplieron una y se volvieron atrás de la otra mitad (me refiero al conocimiento del futuro), después de haber incluido aquella primera promesa en tus versos [1]. ¿Quién sino tú, Hesíodo, 3

[1] HESÍODO, *Teogonía* 32.

podría habernos dado esta información? Convendría, así como los dioses son «dadores de bienes» [2], que vosotros, sus amigos y discípulos, nos contarais con toda exactitud lo que sabéis y pusierais fin a nuestras dudas.

4 HESÍODO. — Mi querido amigo, tengo una respuesta fácil para todas esas cuestiones. Podría decir que nada de lo que he compuesto es mío, sino de las Musas, y que deberías pedirles cuenta a ellas de cuanto se ha dicho y se ha omitido. Pero en cuanto a lo que yo conocía por mí mismo (me refiero a apacentar rebaños, pastorearlos, conducirlos y ordeñarlos, así como a las demás actividades y saberes pastoriles) sería justo que me defendiera: las diosas conceden sus dones a quienes desean dárselos, y los comparten por el tiempo que consideran oportuno.

5 »A pesar de ello, no dejaré de defender mi poesía frente a ti. Porque en mi opinión no hay que exigir a los poetas un detalle minucioso ni una completa perfección en cada sílaba de lo que dicen, ni criticar amargamente un descuido inconsciente en el curso de la composición, sino que hay que darse cuenta de que nosotros incluimos muchas cosas por necesidades de metro y de la eufonía; el propio verso con frecuencia asume, yo no sé cómo, estos añadidos, que son sutiles. Tú, en cambio, tratas de quitarnos el mayor bien que tenemos (me refiero a la libertad y la potestad de creación) y no ves las otras bellezas de la poesía, sino que recoges unas pocas astillas y espinas y andas buscando pretextos para la calumnia. Pero no eres tú el único ni estás solo contra mí, sino que también otros muchos hurgan en las obras de mi colega Homero señalando nimiedades parecidas y fruslerías tan insignificantes.
6 Y si tengo también que luchar a brazo partido con la acu-

---

[2] HOMERO, *Odisea* VIII 325.

sación y presentar una defensa perfectamente ajustada, léete mi obra *Los trabajos y los días* y te darás cuenta hasta qué punto yo actué en este poema como adivino y profeta, pronosticando los resultados de las acciones correctas y oportunas y los castigos de las omisiones. Recuerda lo de:

lo llevarás en un cesto y pocos lo contemplarán [3]

y además, las bendiciones que recibirán los buenos agricultores, puede considerarse una profecía utilísima para la vida.

LICINO. — Con lo que has dicho, mi admirable Hesíodo, has hablado como un verdadero pastor [4] y parece confirmar la inspiración de las Musas al no ser capaz de defender personalmente tu poesía. Pero nosotros no esperábamos esta clase de profecía de ti y de las Musas, porque en estas cosas los agricultores son mucho mejores adivinos que vosotros los poetas y podrían profetizarnos estupendamente sobre todos los aspectos: que si la divinidad llueve los cultivos florecerán, pero si sobreviene la sequía se agostarán los campos y no habrá medio de evitar que el hambre siga a su sed; que a mitad del verano no hay que arar, o que no serviría de nada dispersar al azar las semillas ni hay que segar cuando la espiga está verde, porque el fruto estaría vacío. No hacen falta profecías para esto, o que si no cubres las semillas y un peón con una azada les echa tierra encima, vendrán volando los pájaros y se te comerán antes de tiempo todas las esperanzas puestas en el verano. 7

»Porque nadie se equivocaría dando tales consejos y sugerencias, pero yo creo que eso está muy lejos de ser adivi- 8

[3] *Trabajos y días* 428, equivale a decir «tu cosecha será pobre».

[4] HESÍODO, *Teogonía* 26.

nación, cuyo cometido es conocer de antemano cosas inciertas y de ningún modo evidentes, como por ejemplo predecirle a Minos que su hijo [5] se ahogaría en un tonel de miel, o prevenir a los aqueos de la causa de la cólera de Apolo, o que Ilión sería tomada en el décimo año. Esto es profecía. Mientras que si se atribuye a profecía cosas como las que tú cuentas, habría que llamarme a mí inmediatamente adivino, pues yo profetizaré y adivinaré incluso sin la fuente Castalia ni el laurel ni el trípode délfico, que si alguien se pasea desnudo cuando hace frío, lloviendo encima o granizando el dios, seguro que le dan escalofríos, y lo que aún es más difícil de adivinar, a continuación probablemente sentirá fiebre. Y así otras muchas adivinaciones parecidas, que sería ridículo recordar.

9 »De modo que déjate de defensas y profecías parecidas. En cambio, tal vez pueda admitirse lo que dijiste al principio, que no sabías nada de lo que decías, sino que una inspiración divina te infundía los versos, aunque tampoco ella era demasiado segura, porque no cumplía una parte de sus promesas y otras las dejaba incompletas.

---

[5] Glauco.

68

EL ESCITA O EL CÓNSUL

Hay dos obras en el *corpus* de Luciano que parecen referirse a una visita que hizo el joven Luciano a una ciudad de Macedonia que en ocasiones parece ser Tesalónica pero más probablemente es Béroe. Ambas son seguramente prefacios *(proemia)* diseñados para conseguir el favor de la audiencia antes del discurso principal, que pedía ser una declamación. En el *Escita,* Luciano emplea la figura del semi-mítico Anacarsis —quien según la tradición había llegado a Atenas y Solón le había acogido amablemente— como vehículo de sí mismo. También Luciano había llegado a una de las grandes ciudades de Macedonia, famosa por su «tamaño y su belleza» (detalle tópico para elogiar) y tenía la esperanza de alcanzar el favor de dos de sus más distinguidos ciudadanos, padre e hijo (cap. 9). La otra, muy parecida a ésta, es el *Heródoto,* donde el vehículo es el historiador jonio, que utilizó el gran festival de los Juegos Olímpicos para hacer recitados públicos de sus *Historias* y así divulgar su fama.

No fue Anacarsis el primero que llegó desde Escitia 1
a Atenas por ansia de cultura griega, sino que antes que él vino Tóxaris, hombre sabio, amante de la belleza y estudioso de los más distinguidos sistemas de vida. En su pa-

tria no era de estirpe regia ni de rango aristocrático [1], sino un escita plebeyo, del montón, de los que allí llaman «de ocho pies», es decir, dueños de dos bueyes y una carreta. Este Tóxaris ya no regresó a Escitia, sino que murió en Atenas, y poco después fue considerado héroe, y los atenienses le ofrecen sacrificios como «médico extranjero», que fue el nombre que le dieron cuando se convirtió en héroe.

El motivo del sobrenombre y la razón por la que fue incluido entre los héroes y se le consideró uno de los Asclepíadas, tal vez merezca la pena contarlo, para que estéis informados de que no sólo es tradición de los escitas inmortalizar a una persona y enviarla a Zamolxis [2], sino que también los atenienses pueden divinizar a los escitas en Grecia.

2 Durante la gran peste [3], la mujer de Arquíteles, un areopagita, creyó que se le había presentado en sueños el escita Tóxaris y le ordenaba decir a los atenienses que dejarían de verse atacados por la peste si rociaban abundantemente con vino sus callejuelas. Como los atenienses al oírlo no desatendieron este consejo, rociaron insistentemente las calles y ya no les atacó la peste, ya fuera porque el olor del vino disipó los vapores nocivos o porque el héroe Tóxaris, que era médico, tenía más conocimientos cuando les dio este consejo. Lo cierto es que todavía hoy sigue recibiendo como recompensa por la curación un caballo blanco que es sacrificado sobre su tumba, donde Demeneta di-

---

[1] Literalmente «los que llevan el *pîlos*», un bonete de fieltro, señal de rango entre los escitas.

[2] Los getas de Tracia consideraban a Zamolxis como único dios verdadero; creían en la inmortalidad del alma y miraban la muerte como un «dirigirse a Zamolxis». Cf. HERÓDOTO, IV 94.

[3] 430-429 a. C.

jo que se le había acercado cuando le dio tales instrucciones sobre el vino. Y se encontró allí enterrado Tóxaris, a quien se reconoció por una inscripción, aunque no era visible por entero, y sobre todo, porque en la lápida se había esculpido un escita, con un arco tensado en su mano izquierda, y en la derecha un libro, al parecer.

Todavía en nuestros días puede verse algo más de la mitad, así como el arco entero y el libro. El tiempo ha borrado ya la parte superior de la lápida, incluida la cara; está situada no lejos del Dipilón, a la izquierda según se va a la Academia; el túmulo no es muy grande y la lápida está en el suelo. Sin embargo, siempre tiene guirnaldas y cuentan que el héroe ya ha curado a algunos enfermos con fiebre, cosa que no es sorprendente, por Zeus, puesto que había sanado a toda la ciudad.

Pero volviendo al asunto por el que mencioné a Tóxa- 3
ris, éste vivía todavía cuando Anacarsis, recién desembarcado, llegaba a la ciudad procedente del Pireo, con la mente aún completamente confundida como es lógico en un forastero y extranjero, ignorante de todo, medroso de cualquier minucia, sin saber cómo comportarse. Porque encima se daba cuenta de que al verle se reían por su atuendo, no encontraba a nadie que hablara su lengua, estaba completamente arrepentido del viaje y había decidido nada más ver Atenas volver sobre sus pasos, embarcar de nuevo y navegar hacia el Bósforo, desde donde su viaje de regreso a Escitia sería más corto. Cuando Anacarsis se encontraba en este estado de ánimo, se cruzó con él, ya en el Cerámico, un ángel verdaderamente bueno, Tóxaris, que desde el primer momento se sintió atraído por el atuendo familiar escita, y a continuación iba a reconocer sin dificultad al propio Anacarsis, ya que era de las más ilustre estirpe y uno de los escitas de mayor categoría. En cambio, Ana-

carsis ¿cómo hubiera podido darse cuenta de que el otro era un compatriota, vestido a la griega, con la cabeza rapada, la barba un poco afeitada, sin cinturón ni espada, con su facilidad de expresión como cualquier nativo del Ática? Porque tantísimo había cambiado con el transcurso del tiempo.

4 Tóxaris se dirigió a él en escita: ¿No eres tú por casualidad», le dijo, «Anacarsis, el hijo de Daucetes?» Anacarsis se echó a llorar de emoción, porque había encontrado a uno que hablaba su lengua y sabía quién era entre los escitas, y le preguntó: «¿Y tú de qué me conoces, amigo?»

«Es que también yo soy del mismo sitio que tú, me llamo Tóxaris y no soy una persona ilustre para que tú puedas conocerme.»

«¿Entonces tú eres el mismo Tóxaris», dijo, «de quien yo he oído hablar como de alguien que enamorado de Grecia abandonó en Escitia a su mujer y a sus hijos pequeños para marcharse a Atenas y vive allí distinguido por las personas de categoría?»

«Yo soy ese hombre», dijo, «si es que todavía se habla de mí entre vosotros».

«Pues bien», dijo Anacarsis, «quiero que sepas que me he convertido en discípulo tuyo y en imitador en esa pasión de conocer Grecia; ésta es la razón por la que marché de mi casa y emprendí este viaje. Me presento a ti después de haber sufrido innumerables aventuras entre las gentes a lo largo del viaje, y si no me hubiera encontrado contigo ya tenía decidido, antes de ponerse el sol, regresar de nuevo a mi barco. Tan alterado estaba al tropezar con tantas cosas extrañas y desconocidas ante mis ojos. Y ahora, ¡por nuestros dioses patrios Acinaces [4] y Zamolxis, tómame a

[4] Es el nombre de la espada persa.

tu cargo, Tóxaris, guíame y muéstrame las bellezas de Atenas, y a continuación las del resto de Grecia, sus leyes perfectas, sus más grandes hombres, sus costumbres, sus fiestas, su sistema de vida, su régimen político, por todo lo cual tanto tú como yo hicimos un viaje tan largo, y no permitas que regrese sin haberlo visto todo».

«Las palabras que acabas de pronunciar», dio Tóxaris, 5
«no son nada entusiastas, si nada más llegar a las puertas ya quieres marcharte. Pero no te preocupes, porque ni te vas a marchar como dices, ni la ciudad te va a soltar tan fácilmente. Son muchos los encantos que tiene para los extranjeros, y se va a apoderar de ti con tanta fuerza que no te vas a acordar de tu mujer ni de tus hijos, si es que los tienes. Y para que puedas conocer rápidamente la ciudad de Atenas, o más bien toda Grecia y sus bellezas, voy a darte unos consejos. Hay aquí un sabio, ateniense de nacimiento, pero que ha hecho muchos viajes a Asia y a Egipto y ha alternado con las personas más distinguidas; no es rico, sino más bien muy pobre. Vas a ver a un anciano, vestido muy llanamente, a quien tienen en gran consideración por su sabiduría y su virtud, hasta el punto de tenerlo como legislador, y están decididos a vivir de acuerdo con sus normas. Si consigues su amistad y llegas a conocer la clase de hombre que es, podrás pensar que en él tienes a Grecia entera y que conoces lo más importante de las glorias que hay en ella. No podría hacerte un favor más grande ni más hermoso que encomendarte a él».

«No nos demoremos entonces, Tóxaris», dijo Anacar- 6
sis. «Llévame a su presencia. Sólo temo que sea difícil llegar hasta él y que tu solicitud por mí no le interese.»

«¡No lo creas!», dijo Tóxaris. «Más bien pienso que voy a hacerle un gran favor al darle la oportunidad de mostrar su buena voluntad hacia un extranjero. Tú limíta-

te a seguirme y te darás cuenta de cuán grande es el respeto al Zeus de la hospitalidad y en general su bondad y amabilidad. Pero providencialmente se nos acerca él en persona, pensativo, hablando consigo mismo». Y al tiempo, dirigiéndose a Solón, le dijo: «Te traigo el mayor regalo,
7 un extranjero que necesita amistad. Es uno de nuestros nobles escitas, a pesar de lo cual ha abandonado cuanto tiene allí y ha venido para vivir con vosotros y ver lo más bello de Grecia, y yo le he hallado un camino corto para que fácilmente lo aprenda todo y lo conozcan las personas más distinguidas; esa era la razón de traértelo a ti. Porque conociendo bien a Solón sé que tú lo harás, velarás por él y lo convertirás en un ciudadano griego hermano. Como te dije poco antes, Anacarsis, viendo a Solón has visto toda Grecia. Porque esto es Atenas, esto es Grecia. Tú ya no eres un extranjero, todos te conocen, todos te quieren. Tal es la categoría de este anciano. En su compañía olvidarás todo lo que tienes en Escitia. Ya tienes la recompensa de tu viaje, has cumplido el objetivo de tu amor. Ésta es la norma griega, éste el modelo de la filosofía ática. Comprueba cuán feliz vas a ser alternando con Solón y teniéndolo por amigo».

8 Sería muy largo de explicar cómo se alegró Solón con el regalo, lo que dijo, cómo convivieron en lo sucesivo. Solón como educador dando las más hermosas lecciones, convirtiendo a Anacarsis en amigo de todo el mundo, relacionándolo con los griegos de alto rango y procurando por todos los medios que viviera muy a gusto en Grecia. Por su parte, Anacarsis admiraba la sabiduría de Solón y no se apartaba de él ni un palmo voluntariamente. Y así, exactamente como le había prometido Tóxaris, todo lo aprendió rápidamente de un solo hombre, Solón; llegó a ser conocido de todo el mundo y consiguió verse respetado gra-

cias a él. Porque las alabanzas de Solón tenían mucho peso, y la gente le obedecía también en esto como a un legislador, cogían efecto a quienes él aceptaba y confiaban en quienes él consideraba personas excelentes.

Para terminar, si hay que creer a Teóxeno, que nos cuenta su historia, Anacarsis fue el único extranjero iniciado en los misterios, después de convertirse en ciudadano, y pienso que ni siquiera habría regresado a Escitia si Solón no hubiera muerto.

Bueno, ¿queréis que añada ya el remate al relato, para 9
que no ande dando vueltas sin cabeza? Porque ya es hora de conocer por qué motivo Anacarsis y Tóxaris se me han venido ahora desde Escitia a Macedonia, trayéndose encima al anciano Solón con ellos desde Atenas. Digo que a mí mismo me ha ocurrido lo que a Anacarsis y, por las Gracias no os enfadéis conmigo por la imagen si me comparo con una persona de estirpe regia, puesto que también él es bárbaro y no se podría decir que nosotros los sirios somos inferiores en nada a los escitas. En realidad no aludo a la semejanza de mi situación en cuanto a la realeza, sino por lo de ser ambos extranjeros, pues cuando por primera vez yo vine a vivir a vuestra ciudad, quedé atónito nada más ver su tamaño, su belleza, su enorme población, su poder y su esplendor en general, de modo que durante mucho tiempo estuve maravillado ante estas casas y no me cabía la admiración, como le había ocurrido al famoso jovencillo procedente de las islas [5] ante la casa de Menelao. Así iba a sentirme afectado en mi ánimo al ver una ciudad destacando con tanta pujanza, y según el famoso poeta:

floreciente con todos los bienes con los que prospera una [ciudad.

[5] *Od.* IV 43 y ss.

10 Con este estado de ánimo yo consideraba ya lo que debía hacer y tenía decidido desde hacía tiempo mostraros una parte de mi obra, ¿a qué otros hubiera podido ofrecérsela, si pasaba de largo en silencio una ciudad de tal categoría? A decir verdad, yo buscaba quiénes eran las personas importantes, a las que debería acercarme, nombrarles padrinos y empleados para que me ayudaran. Entonces encontré no uno, como le pasó a Anacarsis, y encima extranjero, Tóxaris, sino muchos, y todos me decían lo mismo casi con las mismas palabras: «Hay muchas personas buenas y entendidas en la ciudad, forastero, y en ninguna otra parte, encontrarías muchísimos hombres parecidos, pero tenemos sobre todo dos hombres excelentes, preeminentes por una cuna y categoría, a quienes podrías comparar con los diez oradores áticos por su cultura y elocuencia. El pueblo siente hacia ellos una gran devoción y se hace lo que ellos quieren, porque quieren lo que es mejor para la ciudad. Su bondad, su humanidad con los extranjeros, su generosidad entre tanta grandeza, su respeto benévolo, su dulzura y su accesibilidad tú mismo podrás referírselas a otros en cuanto lo hayas comprobado dentro de poco.

11 Y lo más sorprendente es que son de una misma casa, hijo y padre; éste, puedes imaginarte un Solón, un Pericles o un Arístides, el hijo en cuanto te vea se hará amigo tuyo: tan alto es, tan guapo con belleza varonil, que con sólo hablar te dejará atado por las orejas, por el atractivo que tiene el jovencito en la lengua. La ciudad entera le oye con la boca abierta cada vez que comparece para hablar en público, como dicen que les ocurría a los atenienses con el hijo de Clinias, pero con la diferencia de que éstos no mucho después se arrepintieron del amor que habían sentido por Alcibíades, mientras que a éste la ciudad no sólo le quiere, sino que incluso lo considera digno de

veneración; en pocas palabras, este hombre representa por sí solo para nosotros el bienestar público y es para todos una gran seguridad. Pues bien, si él y su padre te acogen y te hacen amigo suyo, ya tienes la ciudad entera, y únicamente tienes que hacer un gesto con la mano y la situación ya no volverá a tener dudas».

Esto es lo que todos decían, por Zeus (si es que hay que añadir un juramento al relato), y a mí me parecía, por mi experiencia, que me decían sólo una parte de la verdad.

«Ya no es momento de sentarse ni de aplazar», como dice el de Ceos [6], sino que hay que mover todo el cable, hacer y decir todo para que se hagan amigos míos tales hombres. Porque si se consigue esto, todo estará tranquilo, la navegación será favorable, el mar sin olas y el puerto cercano.

---

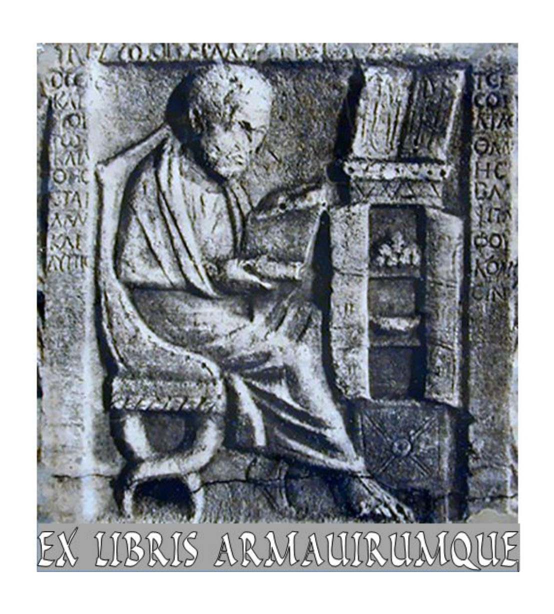
[6] Baquílides, *Frag.* 15, 1-3 (Snell-Maehler).

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

Abreviaturas

Dios.	=	*Sobre la diosa siria.*
Dan.	=	*Sobre la danza.*
Lex.	=	*Lexífanes.*
Eun.	=	*El eunuco.*
Astr.	=	*Sobre la Astrología.*
Am.	=	*Amores.*
Retr.	=	*En pro de los retratos.*
Fal.	=	*El falso razonador o Sobre el término «apophrás».*
Asa.	=	*La asamblea de los dioses.*
Tir.	=	*El tiranicida.*
Des.	=	*El desheredado.*
Per.	=	*Sobre la muerte de Peregrino.*
Fug.	=	*Los fugitivos.*
Tox.	=	*Tóxaris o Sobre la amistad.*
Dem.	=	*Encomio de Demóstenes.*
Hist.	=	*Cómo debe escribirse la historia.*
Dip.	=	*De las dipsadas.*
Sat.	=	*Las Saturnales.*
Her.	=	*Heródoto o Etión.*
Zeux.	=	*Zeuxis o Antíoco.*
Sal.	=	*Sobre una falta cometida al saludar.*
Apol.	=	*Apología de los que están a sueldo.*
Harm.	=	*Harmónides.*
Hes.	=	*Discurso contra Hesíodo.*
Esc.	=	*El escita o El cónsul.*


EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE

ÍNDICE GENERAL